1884

ducta aun más irreprochable y recatada que una niña soltera, ya por estar espuesta á más desembozadas tentaciones, ya para compensar con exceso de pureza moral el inevitable detrimento de la pureza corpórea.... A su juicio, solo era y podia ser verdaderamente libre la mujer casada; y esta misma parte de su doctrina habia sufrido modificaciones importantes despues de la muerte de Nevares. Ella pensaba ahora que la mujer casada debe hacer un uso muy discreto de su libertad personal, en homenaje al marido, pero no al marido actual, sino al segundo marido que puede llegar á ser necesario en caso de morir el primero.... Este, decía ella, puede ignorar ciertas cosas; pero la sociedad, donde está el embrion del otro, lo sabe ó lo adivina todo, y aun castiga las simples imprudencias de las mujeres casadas con interpretaciones perversas que dificultan despues, enormemente, el gran golpe de las segundas núpcias.

Las segundas núpcias!—Unico pensamiento del dia y constante pesadilla de la noche para Genoveva Ortiz. Amaba el lujo, los espectáculos públicos, las fiestas y las aventuras de la sociedad, el áspero placer de los combates del mundo; y todo eso le parecia vedado en la modestísima posicion de fortuna que le habia dejado su esposo.—¿Cómo recuperarlo sinó por medio de una segunda edicion conyugal?

La mundana mujer habia estudiado su situacion friamente.—¿Qué porvenir le esperaba?—¿Llevar sus hijos á la escuela y hacer una vida económica, con aires de *sirvienta de razon*?—Eso, á su juicio, era sencillamente horrible.—Se oponia, ademas, á ello, una imposibilidad absoluta.—Conociéndose á sí misma, comprendia que ese género de vida (y apelo aquí á la crudeza de sus propias palabras) la haria secar de tristeza ó reventar de rabia!

Otro camino que le inspiraba tanto horror como el de la austera virtud, era el de la infamia.—Sería inútil buscar en el alma de Genoveva móviles ideales; pero no escaseaba en ella la sagacidad del interés personal. ¿Qué podia darle el más opulento de los amantes?—Por el hecho de tenerlo siendo viuda, quedaba escluida del gran mundo, y de aquellas rivalidades, de aquellas intrigas excitantes que habian sido su mejor solaz, y cuya pérdida era en la nueva vida uno de los más poderosos motivos de su hastío. Todo su orgullo se sublevaba ante la idea de ser una mujer perdida, despreciada por las antiguas rivales, y sin defensa, sin venganza posible contra tal desprecio..... No! - Resistiria á esa caida....Todas las seducciones de ese linaje la encontrarian blindada durante su viudez....Lo habia jurado, y se sentia con fuerzas para poder cumplir el juramento!

No quedaba otro camino honroso y risueño que el de las segundas núpcias... Volver á la sociedad, honrada y triunfante, del brazo de un nuevo marido,—esa era evidentemente la solucion del problema; pero no se le ocultaba á Genoveva que semejante solucion es siempre más fácil de idear y de desear, que de realizar prácticamente.—Tenia ella subido concepto de su hermosura, de su gracia, y de su chispeante inteligencia; pero no dejaba, asimismo, de percibir todas las dificultades de la empresa matrimonial en cuyo éxito cifraba sus ideales de felicidad.

Analizando el caso, tropezaba desde luego con la opinion comun de los hombres sobre la inferioridad de las viudas.—En principio, parecíale esa opinion ó una preocupacion absurda, ó una injusticia atroz. «Si fuesen las mujeres á tener iguales escrúpulos!»—exclamaba con impaciencia;—pero inclinaba al punto la razon ante la brutalidad del hecho real, resignándose á no buscar al sucesor de Nevares entre los más apetitosos partidos de Buenos Aires, naturalmente reservados para las doncellas... Ay! dos niños eran todavía un triste apéndice de las reliquias del pasado himeneo!—No estaba Genoveva destituida de todo sentimiento maternal; pero tampoco la cegaba el cariño hasta el punto de desconocer que una *viuda sola* puede colocar sus fondos con mayor facilidad que una viuda acompañada de una tierna prole.—Los hijos de las primeras núpcias son testigos incómodos de las segundas. El segundo marido no puede mirar sin humillacion y cólera á los representantes vivos del primero.—Reflexionaba todo esto Genoveva, y al contemplar á sus hijos, no podia excusarse de pensar que ellos la obligaban á bajar el tono de sus ambiciones amorosas, una vez resuelto que estas debieran ser irreprochablemente correctas.

Sin embargo, no preocupaban en primer término á Genoveva las desventajas materiales de su posicion. Causábanle superlativa alarma otras desventajas, provenientes de su pasado y de su reputacion.

Habíase casado muy jóven, amando ó creyendo amar á Nevares, pero, por sus propensiones de carácter y por vicio de educacion, ingénuamente persuadida de que el matrimonio, lejos de interrumpir la mayor parte de las locas alegrías de la vida, les presta álas y les abre horizontes más ámplios.—Nevares, á su vez, era un jóven incapaz de dominar con acierto las estraviadas tendencias de su esposa.—Pertenecia á aquella generacion inquieta y generosa que se habia formado despues de caer la tirania, amando la libertad sin comprenderla mucho, llevando á la vida pública más impaciencias que aptitudes, y más entusiasmo que cordura.—Oficial de la guardia nacional en Pavon, se juzgaba vencedor en una de las más grandes batallas del siglo, y creía que Buenos Aires, rival de Paris en los placeres, eclipsaba á Esparta en las virtudes guerreras. Despues de Pavon, fundó un diario, y fué llevado al Congreso, donde era el más jóven de los miembros de ambas Cámaras.—Así, en la embriaguez de su fortuna política, se encontró un buen dia frenéticamente enamorado, se casó, y tuvo fruiciones de orgullo conyugal al presentar á su espléndida Genoveva en los paseos, en los teatros, en los bailes, deslumbrante de belleza y de atavíos, provocando envidias con los encantos de su cuerpo y los hechizos de su espíritu.—Duró esta vida de 1862 á 1865, con las breves treguas que demandaban los alumbramientos de Genoveva. —Ocurrió entónces la guerra del Paraguay.—Nevares descolgó la espada; habia sido nombrado jefe de un batallon y marchó con él á la campaña de Corrientes.—Acompañó despues la invasion al territorio enemigo;—se batió como un héroe en las jornadas de Mayo, en el Boqueron, en Yatatí Corá, y el 22 de Setiembre de 1866, frente á las trincheras de Curupaiti, tuvo la desgracia de perder una pierna, que le llevó una bala de cañon.... Glorioso inválido de la pátria, volvió entónces á Buenos Aires, donde se encontraba Genoveva. Una ausencia de año y medio! Durante ella, es fama que el desdichado Nevares habia sufrido en su hogar pérdidas mucho más sensibles que la del miembro destrozado por el fuego del baluarte paraguayo!

Un inválido de la pátria, con ambiciones políticas por añadidura, es forzosamente mal mirado.—Nevares empezó á serlo.—Aunque completamente restablecido de su herida, y dotado de un aparato ortopédico que suplia con bastante habilidad la pierna ausente, resistióse Nevares con imperio militar, á reanudar la antigua vida de disipaciones mundanas.—Adios! paseos en Palermo, balcones en Colon, bailes en el Club del Progreso, tertulias, y saraos en todas partes! Nevares necesita reposar, estudiar, escribir, cultivar influencias de partido, dar respetabilidad á su hogar. Protesta en vano Genoveva contra esa transformacion de su esposo mutilado. Resiste y lucha, mas al fin se resigna. ¿Se resigna?—Obediencia no es resignacion.—Para Nevares, la guerra del Paraguay está ahora en su propia casa. El enemigo es indomable; vive en perpétua emboscada y no pide ni da cuartel. Dejan larga fama las miserables reyertas de aquella pareja tan unida y tan brillante en dia no lejano.—Nevares, en las nuevas batallas, recibe las heridas en el corazon, y sucumbe.—Para que la sociedad sea cristianamente benévola,—¿bastará que el esposo, en la hora de la muerte, haya perdonado á la esposa, arrepentida y doliente?

No se forjaba Genoveva semejantes ilusiones. Sabia perfectamente que la sociedad era con ella muy severa.—Casualidades! caprichos!—Así como á veces duda de la maledicencia y la rechaza sin saber por qué, á veces tambien le presta un asentimiento irreflexivo é inconmovible al mismo tiempo.—Así como á veces está en vena de excusar todas las faltas ú olvidarlas, se complace á veces en perseguir y abrumar con anatemas catonianos.—A nadie se le ocurría suspender el juicio sobre las culpas atribuidas á Genoveva.—Nadie se atrevia á pronunciar una palabra en defensa de aquella pobre pecadora. Era Nevares reputado un inocente mártir de sus infortunios de familia, y cuando falleció, poco faltó para atribuir á su viuda un verdadero crimen de homicidio.

Antes de la viudez, habia demostrado Genoveva formidable entereza para desafiar las murmuraciones sociales.—En venganza, murmuraba á su vez de todo el mundo, y lo hacia, á fé, ostentando un gran caudal de sátira mordáz, profundamente intencionada.—Con la viudéz perdió un tanto la entereza,—aunque no las represalias de la maledicencia, ni las diabólicas artes de la sátira.—Deploraba su pasado, y sentia el peso calamitoso de su reputacion.—¿No estarian de antemano escarmentados en cabeza agena todos los maridos posibles?

El ideal de las segundas nupcias tenia, pues, obstáculos y dificultades que Genoveva no se disimulaba á sí misma.—Ella, empero, estaba resuelta á combatir por él, y formuló con habilidad y prudencia su plan de operaciones estratégicas.

Ante todo, habia juzgado imprescindible guardar todos los rigores del duelo por la muerte de Nevares.—Luto irreprochable y reclusion absoluta, fueron su divisa.—La gente se habia dado á suponer que ella buscaria un abogado jóven, accesible á las tentaciones del amor, para confiarle el arreglo judicial de la sucesion de su esposo.—No fué tal.—Genoveva puso sus intereses en manos del abogado más viejo de Buenos Aires, casado y con nietos.—Insinuó discretamente al abogado que éste deberia indicarle como procurador á un hombre entrado en años, y por su gusto hubiera llevado el espediente testamentario á los estrados del décano de la judicatura provincial.—Igual regla de conducta observaba Genoveva respecto de los médicos que más de una vez fué menester llamar para atender las enfermedades de los niños. Jamás comprometió su honor llamando médicos en disponibilidad para las aventuras amorosas!

¿Cuánto durarian el luto irreprochable y la reclusion absoluta?—Tres años, se habia dicho al principio Genoveva.—Llegó, sin embargo, el segundo aniversario de la muerte de Nevares, y le faltaron fuerzas para cumplir esa parte de su plan de operaciones estratégicas. En la soledad, tomaba su carácter acritud feroz y sufria su corazon torturas indecibles... Habia llegado la hora del combate. O bastaban dos años de aquella conducta ejemplar, ó no bastarian diez para purificarla ante el concepto de la sociedad... Al combate, pues.—Fueron sus primeras armas, en Marzo de 1875, primorosos vestidos color lila, que lució en la calle Florida á horas discretas, y vaporosos batones blancos con que asomaba de tarde á los balcones de su casa, en la calle Piedad.—Quedó el campo de batalla libre de los niños que podian estorbar evoluciones necesarias.—Genovevita y Arturo fueron colocados á pupilo, cada cual en el colegio correspondiente á su sexo.—La niña tenia ya once años y el varon nueve.

—Si, mis hijitos,—les habia dicho un dia Genoveva,—debo hacer el sacrificio de separarme de Vdes. para que puedan completar su educacion. Solo en los internatos la educacion es completa.

—Te comprendo, mamá! exclamó Genovevita, con una precocidad de malicia que sorprendió á la madre y no debió sorprenderla, siendo, como era, lejítima herencia de la linea materna.—Ya veo que te cuidas mucho el peinado y que entran con frecuencia las modistas. Andas pensando en casarte, y por eso nos quieres tener léjos!

Arturo no desplegó los lábios, pero lloró amargamente, con lágrimas y sollozos que no parecian infantiles.

Genoveva no lloró.—Quedó sola, y aguardó los decretos del destino.

Ya supondrá el lector quién fué la primera persona que pispó en Buenos Aires el cambio operado en la existencia de Genoveva Ortiz.—Pancha Ovalle felicitó cordialmente á su amiga por la resulucion adoptada,—y le regaló el oido con entusiastas vaticinios.

—Vés!—decia, acariciando á Genoveva, segun costumbre que seguia en su trato con las amigas bien dotadas por la naturaleza;—ves!—yo he sostenido en todas partes que la mujer más linda de Buenos Aires, hoy, en conjunto, es Orfilia Sanchez...

—Mi virtuosa prima, interrumpió Genoveva con mucho retintin...

—Pero desde que tú te presentes, prosiguió Panchita,—no puede haber cuestion; tú eres más perfecta y sobre todo mucho más graciosa!

Este homenaje, que fué reiterado bajo diversas formas, no era tal vez completamente desinteresado.—El salon de la señorita Ovalle se encontraba en crisis!—Diferentes causas determinaban ese acontecimiento deplorable. Avellaneda, consagrado á las funciones augustas de la presidencia, mostrábase ahora desdeñoso con los biscochuelos insuperables de Panchita.—Faltábale, pues, al cuerpo diplomático la *great attraction* de la conversacion del literato-estadista.—Entregado tambien á la alta política, mezquinaba el doctor Nugués sus visitas, y era esta otra pérdida muy sensibles para la vida intelectual de aquel salon. Pancha misma, exajerando sus preferencias sospechosas por el Baron Romberg,—descuidaba un tanto á sus demas amigos, comenzando estos á pagarle el desvio en la misma moneda, sin que el Ministro Austriaco se decidiese á recompensar en las formas suspiradas aquellas sentimentales predilecciones de la dueña de casa.—Sucedia ya que algunas noches, la afanosa Panchita montaba inútilmente la guardia, y se quedaba al fin dormida en el sofá, con el pié modelo *estendido hácia el vacio*, como el nido de cóndores en la composicion de Andrade, sin necesidad de *imponer silencio á los rumores* de aquel abismo desierto!—En tal situacion, la reincorporacion de Genoveva Ortiz á la turbulenta milicia de la vida tenia para Panchita Ovalle una importancia salvadora, y aquellas dos mujeres se entendieron fácilmente.—Genoveva dió en en estos términos enérgicos la fórmula del pacto celebrado:

—Yo vivificaré tu salon,—garantido!—y tú te darás maña por colonizar el mio.

Y así fué.—La presencia de una mujer hermosa, espiritual, libre por su viudéz, libérrima por sus antecedentes, restauró los esplendores del salon de Pancha Ovalle; y Genoveva Ortiz tuvo que rendirse á las instancias, á las exigencias de las amables personas del sexo masculino que le pedian una noche de recepcion semanal en su propia casa.—La generosa Panchita, con toda abnegacion, trasmitió su grey á la radiosa viuda de Nevares, reservándose únicamente el derecho de iniciar al Baron Romberg en ciertos misterios de la crónica porteña, para librarlo de celadas trascendentales.

La vida galante de Genoveva dió origen á muchas decepciones lastimosas.—Todos se le acercaban esperando encontrar en ella una mujer liviana, y á poco de cortejarla se apercibian de que estaban perdiendo el tiempo.—Sobre el particular, hacia ella declaraciones, talvez poco delicadas en la forma, pero de una energia concluyente.—Sus galanteadores se quedaban helados, y no podian siquiera vengarse con la maligna sospecha de haber llegado tarde.—Era muy trasparente la vida de Genoveva.—Cuidaba ella prolijamente su reputacion, notificando con claridad al mundo que así como estaba empeñada en encontrar ma-

rido, rechazaba *in limine* á los que solo se ofreciesen como amantes.

Tenia mucha fuerza de voluntad aquella estraña criatura; -y sin embargo algo habia en ella que se rebelaba siempre contra las más robustas decisiones de moderacion y buen juicio.—Era su lengua!—su lengua infatigable y cortante como la sierra de una carpinteria mecánica.—No le bastaba satirizar ó vilipendiar á las personas ausentes.—Se dejaba arrastrar por el placer satánico de decir insolencias cara á cara, aunque este vicio le proporcionase á menudo violentos desagrados. No respetaba ni al mismo doctor Nugués, con toda su fama de privilegiado insolente. Una noche,—como chanceasen con él, diciéndole que debia casarse por segunda vez, tuvo Genoveva la audacia de decir:

—Sí! Doctor Nugués;—es indispensable que V. trate de volver por su crédito.¡Todos aseguran que su primer matrimonio fué poco *chic* y aun menos parlamentario....

El escéptico facultativo no tenia inconveniente en caricaturar él mismo su pasada aventura conyugal; pero no estaba habituado á tolerar que otros hiciesen la caricatura.—Sonrióse maliciosamente al oir las palabras de Genoveva, se acarició la patilla y respondió con mucha flema:

- Si me casase con V., Genoveva,—¿volveria por mi crédito?

—No me toca á mi decirlo, pero si puedo asegurarle que yo podria colaborar con V. en los artículos satíricos...

—Y yo imitar el ejemplo del pintor de la catedral de Munich, interrumpió el Dr. Nugués.

Ignoraba Genoveva lo que hubiese podido hacer ese pintor,—pero calculó que nada bueno seria cuando su adversario traia el caso á colacion.—Guardó, pues, silencio, mas no faltó un indiscreto, admirador de los chistes del Dr. Nugués, que se precipitó á preguntarle:

—¿Y qué fué lo que hizo el pintor de la Catedral de Munich?

—Consolarse de los disturbios domésticos pintando á su mujer entre las Furias de un fresco!

—Ingeniosa y galante la aplicacion del cuento! exclamó Genoveva, mordiéndose los lábios.

El incidente quedó ahogado por las risas festivas de todos los tertulianos.—Pero no escarmentaba aquella lengua audáz.—Era el Baron Romberg un personaje que le hacia mucha gracia á Genoveva, y que con exesiva frecuencia se veia obligado á tolerar las sátiras de la traviesa viuda.

—Vd., señor baron, díjole una noche Genoveva, en plena rueda, tiene mucho porvenir en Buenos Aires.—Los austriacos, los alemanes en general, han probado acá muy bien, como maridos.—Excelentes, inmejorables, verdaderamente evangélicos!

Estas palabras tuvieron un éxito sospechoso en toda la rueda.—El Baron Romberg, que no era tan simple como lo suponia Genoveva, y que estaba además aleccionado por su buena amiga la señorita Ovalle,—tomó un aire muy candoroso y respondió:

—Creo que no se necesita ser austriaco para ser un marido como lo sueña idealmente la señora.... ¿No era excelente, inmejorable, evangélico, el malogrado señor de Nevares?

Intervino la conciliadora Panchita, y todo quedó en paz, para recomenzar la lucha con motivo de cualquier otra indiscrecion.... Asi pasaba la existencia de Genoveva Ortiz!

Pero no!—Su primera campaña no habia sido enteramente infructuosa.—Pocos meses despues de reabrir su salon, Genoveva tenia ya segura la retirada de las segundas nupcias, llevando como botin de guerra á D. Alejo Nuñez.—Ella ambicionaba más, mucho más; pero comprendia que aquel viejo, viudo y rico, era partido aceptable para un caso extremo.—Resolvió ponerle sitio, sin abrigar la menor duda de que D. Alejo se rindiria por hambre.

En las intimidades de Pancha Ovalle, tuvo el Sr. Nuñez ocasion de admirar de cerca aquella hermosura peregrina, aquella gracia fascinadora, que Genoveva prodigaba, por decirlo asi, ante sus ojos, con familiaridades esquisitas. Sentíase el obeso caballero dia y noche circundado por la imágen de la viuda, envuelto en sus perfumes, arrullado por su voz y por su risa.—Evocaba los recuerdos del viaje zootécnico por las capitales de Europa, y no encontraba nada comparable á los hechizos de aquella maga porteña.—A su lado, sentia renacer las timideces de la primera juventud, y permanecia inerte, bulbuciente, encendido el rostro y sudorosa la ancha calva, mientras Genoveva, para infundirle valor y confianza, apelaba á delicados resortes de insinuante dulzura que jamás habia empleado para cautivar á los hombres.—Un vértigo de amor trastornaba la cabeza de D. Alejo Nuñez,—pobre cabeza que habia perdido en fuerza interna todo lo que habia ganado en proporciones exteriores!

Fueron muy desgraciadas las primeras audacias del viejo enamorado.—Incurrió en el engaño de los otros.—Admitió la posibilidad de abreviar trámites, y Genoveva, que con los demas solo habia sido concluyente, fué con él implacable, armando una soberbia escena de indignacion sentimental.—Ocurria esto en casa de Pancha Ovalle,—que acudió en el acto al escenario.

—No volveré á poner los piés en tu casa, esclamó Genoveva, miéntras la frecuente este libertino!

Y salió con paso airado.—El golpe fué maestro.—Si don Alejo se hubiese oido llamar *viejo libertino*, estaria vejado; pero *libertino* á secas era un reproche justo que halagaba su vanidad senil, tanto como conmovia su corazon reblandecido por el fuego de un amor absorbente.—Cambiáronse explicaciones entre D. Alejo y Pancha Ovalle, y ésta se encargó de calmar la cólera de Genoveva, haciéndole ver ó creer que la causa de su estallido era una mala inteligencia de las palabras confusas ó de los ademanes nerviosos del Sr. Nuñez.—Dignóse Genoveva admitir la explicacion, manifestando, sin embargo, que ese caballero debia abstenerse de presentarse ante ella durante algunos dias.... Despues, cuando consintió en concederle audiencia, y D. Alejo se deshizo en protestas de profundo respeto, tomó ella el tono de las confidencias intimas y reveló á su galanteador que si pecaba por extremadamente susceptible lo debia á las injusticias y calumnias con que la habia flajelado siempre el mundo.... Asomaban lágrimas á sus ojos.... Enternecióse á su vez el Sr. Nuñez, y juró que su pensamiento estaba puro de sospechas injuriosas.... Ademas, sus intenciones eran santas, solicitaba humildemente la mano de Genoveva!

—Por ahora, todo mi perdon!—respondió ella;—el porvenir dirá talvez otra cosa.

Y así, cuidando siempre de no perder aquella ancla de salvacion, seguia esperando otro partido que le ahorrase la dolorosa inmolacion de todas las gracias de su cuerpo y de su espíritu al amor sensual de un viejo con abdómen extraordinariamente dilatado y espíritu extraordinariamente estrecho....

El corazon de Genoveva permanecia entre tanto invulnerable. De todos los que la habian solicitado con palabras explícitas ó miradas insistentes, ninguno habia logrado llegar á ese santuario.—Esta circunstancia daba cierto aplomo á la conducta de la jóven viuda, y la preservaba de los mayores peligros.—Todo cambió sin embargo en un momento, en Febrero de 1876, y voy á esplicar cómo.—Iba Genoveva en coche, con sus dos niños, á quienes acababa de tomar en el respectivo colegio, para que pasasen con ella el último dia del mes y tuvo que detenerse el vehículo por estar el paso de la calle accidentalmente obstruido.—Apercibe Genoveva una dama que la saluda con amabilidad desde la acera.....Es Pancha Ovalle, y no está sola.—Conversa con ella un jóven desconocido para Genoveva....Genoveva lo contempla durante breves instantes, y al punto una impresion estraña, desde años atrás no esperimentada por ella, serpentea en todo su cuerpo y hace estremecer su corazon.—Apenas llega á su casa, Genoveva escribe en una tarjeta estas dos palabras «¿quién es?»—y la misiva vuela inme-

diatamente á casa de Pancha Ovalle.—Esta responde en un billete:

«Es Rodolfo de Siani, secretario de nuestra legacion en Washingtos rècien llegado de Paris.—Tambien él se ha interesado mucho por ti.—Luego iré á verte».

Genoveva hiz osaber á su portero que en aquella noche solo estaba visible para la señorita Ovalle.

(*Continará.*)

NANTAS

(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

(*Conclusion*)

NANTAS se habia puesto de piè, y al quedar solo, esclamò en alta voz:

—Està noche... en su alcoba...

Y se llevò las manos à la cabeza, como si temiese que estallase. Aquella cita, dada en el domicilio conyugal, le parecia monstruosa de impudencia. No podia permitir que se le ultrajase de aquella manera. Apretaba sus puños de luchador, y la ràbia le hacia soñar en el asesinato. Entretanto, tenia que concluir un trabajo. Por tres veces consecutivas se sentò en su escritorio, y otras tantas veces la exitacion de sus nèrvios lo puso de piè, à la vez que una fuerza interior lo empujaba à subir à la habitacion de su mujer para tratarla de canalla. Por ùltimo consiguiò dominarse, y se puso à la tarea, jurando que estrangularia à los dos aquella misma noche. Fuè la mayor victoria que alcanzò jamàs sobre si mismo.

Por la tarde, Nantas fuè à someter al Emperador el proyecto definitivo de presupuesto. Habièndole èste hecho algunas observaciones, èl las discutiò con perfecta lucidez. Pero tuvo que prometer modificar una gran parte del trabajo. El proyecto debia ser presentado al dia siguiente.

—Sire, trabajarè toda la noche, dijo Nantas.

Y de vuelta à su casa, se decia à si mismo: «Los matarè à media noche, y en seguida tendrè tiempo hasta el dia para concluir este trabajo.»

Por la noche, durante la comida, el baron Danvilliers hablò precisamente de aquel proyecto de presupuesto, que causaba gran ruido. El no aprobaba todas las ideas de su yerno en materia de finanzas, pero las encontraba muy vastas y muy notables. Mièntras contestaba al baron Nantas, en varias ocasiones, creyò sorprender los ojos de su mujer fijos en los suyos. Hacia algun tiempo que generalmente ella lo miraba asì. Su mirada no se enternecia; ella lo oia simplemente y parecia que trataba de leer à travès de su rostro. Nantas pensò que ella temia haber sido traicionada, è hizo un esfuerzo para parecer despreocupado: hablò mucho, se remontò en su percracion, y concluyò por convencer à su suegro que cediò ante su gran inteligencia. Flavia lo miraba siempre, y un enternecimiento apènas sensible habia pasado un instante por su rostro.

Hasta la media noche, Nantas trabajò en su escritorio. Poco à poco se habia apasionado de la tarea y no existia para èl mas que aquella creacion, aquel mecanismo financiero que habia construido lentamente, engranaje por engranaje, salvando innumerables obstàculos. Cuando el reloj diò las doce, levantò instintivamente la cabeza. Un gran silencio reinaba en toda la casa. De repente, se acordò: el adulterio estaba allì, en medio de aquellas sombras y de aquel silencio. Pero le costò trabajo levantarse de su sillon; dejò la pluma contrariado, y diò algunos pasos como obedeciendo à una voluntad anterior que ya no encontraba. Despues, un fuego interior enrojeciò su rostro, de sus ojos brotaron llamas, y subiò à las habitaciones de su mujer.

Aquella noche, Flavia habia despedido temprano à su camarera. Queria estar sola. Hasta la media noche, permaneciò en la salita que precedia à su dormitorio. Reclinada en un sofà, habia tomado un libro, pero à cada instante el libro caia de sus manos, y parecia soñar, con la mirada vaga. Su semblante se habia dulcificado, y dibujaba por instantes una pàlida sonrisa.

De repente, se levantò sobresaltada. Habian golpeado en la puerta.

—¿Quièn està ahì?

—Abra usted, contestò Nantas.

Tan grande fuè la sorpresa de Flavia, que abriò la puerta maquinalmente. Nunca su marido se habia presentado asi en sus habitaciones. Nantas entrò todo agitado; la còlera lo habia asaltado nuevamente mièntras subia. La señorita Chuin, que lo espiaba en el descanso de la escalera, le habia murmurado al oido que Mr. des Fondettes estaba dentro hacia dos horas. Asi es que no tuvo èl que disimular nada.

—Señora, dijo, hay un hombre escondido en su alcoba.

Flavia no contestò inmediatamente, tan lejos estaba su pensamiento de lo que oia. Por ùltimo comprendiò.

—Usted està loco, señor, contestò ella.

Pero, sin detenerse à discutir, èl ya se dirijia à la alcoba. Entònces, de un salto, Flavia se puso frente à la puerta, esclamando:

—Usted no entrarà.... Aqui estoy en mi casa, y le prohibo à Vd. que entre!

Temblorosa, altiva, ella defendia la puerta. Durante un minuto, ambos permanecieron inmòviles, sin decirse una palabra, los ojos fijos en los ojos. El, con los brazos estendidos, parecia querer abalanzarse sobre ella para pasar.

—Quitese Vd. de ahì, murmurò con voz sorda. Soy màs fuerte que Vd., y de todas maneras, entrarè.

—Nò; usted no entrarà, yo no lo quiero.

El, como un loco, repetia:

—Hay un hombre, hay un hombre....

Ella ni siquiera se dignaba desmentirlo; se encojia de hombros. Despues, como èl diese un paso màs, dijo:

—Y bien! admitido que haya aqui un hombre ¿què le importa à Vd.? ¿No soy libre?

Nantas retrocediò ante aquellas palabras que le caian como una bofetada. Efectivamente, ella era libre. Desalentado por completo, comprendiò que ella llevaba la mejor parte y que èl desempeñaba el papel de un niño enfermo è ilògico. El no cumplia el convenio; su estùpida pasion lo hacia odioso. ¿Porquè no se habia quedado trabajando en su escritorio?.... La sangre se retiraba de sus mejillas, y una sombra de indecible sufrimiento oscurecia su semblante. Cuando Flavia notò el decaimiento que lo postraba, se separò de la puerta y con la mirada enternecida, dijo simplemente:

—Registre usted.

Y ella misma entrò en la alcoba, con una làmpara en la mano, en tanto que Nantas permanecia en la puerta. Con el gesto, èl le habia dicho que era inùtil, que èl no queria ver. Pero ella insistiò. Al llegar delante del lecho, levantò las cortinas, y tras ellas apareciò Mr. des Fondettes. Fuè tal la sorpresa de Flavia, que no pudo contener un grito de espanto.

—Es verdad, balbuceò ella anonadada, es verdad, este hombre estaba ahì.... Yo lo ignoraba ¡oh! os lo juro por mi vida!

En seguida, por un esfuerzo de voluntad, se calmò, y hasta pareciò arrepentida de aquel primer arranque que la habia llevado à defenderse.

—Tenia usted razon, señor, y pido à Vd. perdon, dijo ella à Nantas, tratando de recobrar su tono frio.

Entretanto, Mr. des Fondettes comprendia que estaba haciendo un papel ridiculo. Tenia una cara atontada, y hubiera pagado porque el marido se enojara. Pero Nantas estaba callado. Solamente se habia puesto muy pàlido. Despues de mirar à Mr. des Fondettes y à Flavia, se inclinò ante esta ùltima, pronunciando esta sola frase:

—Señora, pido à Vd. sus excusas; usted es libre.

Y dando vuelta la espalda, se retirò. Parecia que algo acababa de romperse en èl; solo el mecanismo de los mùsculos y de los huesos funcionaba todavia. Cuando de nuevo se encontrò en su escritorio, fuè derecho à un cajon en que guardaba un revòlver. Despues de examinar

el arma, dijo en voz alta, como para contraer un compromiso formal consigo mismo:

—Vamos; ya es bastante; me mataré en seguida.

Avivó la lámpara que languidecia, se sentó en el escritorio, y se puso tranquilamente á la tarea. Sin una hesitacion, en medio del gran silencio que reinaba, continuó la frase empezada. Uno á uno, metódicamente, los pliegos se llenaban. Dos horas despues, cuando Flavia, que habia echado á Mr. des Fondettes, bajó descalza para escuchar en la puerta del escritorio, no oyó más que el roce de la pluma sobre el papel. Entónces se agachó, y miró por el ojo de la cerradura. Nantas seguia escribiendo con la misma calma; su rostro espresaba la paz y la satisfaccion del trabajo, en tanto que un rayo de la lámpara hacia brillar el cañon del revólver á su lado.

V

La casa que miraba al jardin del palacio del baron Danvilliers, era entónces propiedad de Nantas, que la habia comprado á su suegro. Por capricho, no habia querido alquilar la estrecha bohardilla en que durante dos meses habia luchado con la miseria, cuando recien llegó á París. Despues de adquirir su fortuna, habia esperimentado en várias ocasiones la necesidad de subir á encerrarse allí durante algunas horas. Era allí que habia sufrido, y allí queria triunfar. Cuando se le presentaba un obstáculo, allí reflexionaba, y allí tambien tomaba las grandes resoluciones de su vida. Volvia á lo que era ántes. Así, ante la necesidad del suicidio, era en aquella bohardilla que habia resuelto morir.

Por la mañana, Nantas no terminó su trabajo hasta las ocho y temiendo que el cansancio lo adormeciese, se lavó profusamente. En seguida, llamó sucesivamente á vários empleados, para darles sus órdenes. Cuando llegó su secretario, tuvó con él una entrevista: el secretario debia llevar inmediatamente el proyecto de presupuesto á las Tullerías, y dar ciertas esplicaciones si el Emperador oponia nuevas objeciones. Terminado esto, Nantas creyó haber hecho lo bastante. Dejaba todo en órden; no se iba como un fallido atacado de demencia. Por fin se pertenecia, podia disponer de su persona, sin que lo acusasen de egoismo ó cobardía.

Dieron las nueve. Ya era tiempo. Pero, al ir á salir de su escritorio llevando el rewólver, tuvo que soportar una última amargura. La señorita Chuin se presentó para cobrar los diez mil francos prometidos. Nantas le pagó, y tuvo que sufrir sus familiaridades. Ella se mostró maternal; lo trataba así como á un alumno que ha salido bien. Si todavia hubiese titubeado, aquella complicidad vergonzosa lo habria decidido al suicidio. Subió apresuradamente, y en el apuro, olvidó la llave en la cerradura.

Nada habia cambiado en la bohardilla. El papel tenia las mismas roturas; la cama, la mesa y la silla estaban todavia allí, con su olor de anciana pobreza. Nantas aspiró por un instante aquel aire que le recordaba las luchas de otro tiempo. En seguida, se aproximó á la ventana, y vió aquel mismo retazo de Paris que habia visto á su llegada, los árboles del palacio, el Sena, los muelles, todo un ángulo de la orilla derecha, donde la ola de los edificios se ajitaba, se encrespaba, se confundia hasta los límites del cementerio del Père-Lachaise.

El rewólver estaba sobre la mesa coja, al alcance de su mano. Ya no tenia prisa; estaba seguro de que nadie iria, y que podria matarse cuando quisiese. Pensaba, y se decia que volvia á encontrarse en la misma situacion que diez años atrás, en el mismo sitio, y con la misma voluntad del suicidio. Una noche, desde aquella misma ventana, habia querido estrellarse el cráneo; era muy pobre entónces para comprarse una pistola, no tenia mas que el empedrado de la calle, pero de todos modos allí hubiera encontrado la muerte. Así, en la vida, solo la muerte es la que no engaña, la que siempre se muestra segura y siempre pronta.

Solo era ella sólida para él, pues por más que habia buscado, todo se le desmoronaba; la muerte sola era una certidumbre. Y al pensar esto, deploró haber vivido aquellos diez años más. La esperiencia que habia hecho de la vida, al subir á la fortuna y al poder, le parecia pueril. ¿Para qué aquel gasto de voluntad, para qué tanta fuerza desarrollada, si decididamente la fuerza y la voluntad no eran todo? Habia bastado una pasion para destruirlo; se habia enamorado ciegamente de Flavia, y el monumento que él edificaba, crujia, se desmoronaba como un castillo de naipes al soplo de un niño. Aquello era miserable, parecia un castigo impuesto á un niño travieso á quien se le rompe la rama del árbol en que habia trepado y que perece víctima de su travesura. La vida era estúpida; los hombres superiores concluian tan vulgarmente como los imbéciles.

Nantas habia tomado el rewolver y lo armaba lentamente. Una última tristeza lo hizo languidecer un segundo en aquel momento supremo. Cuántas cosas habria realizado si Flavia lo hubiese comprendido! El dia en que ella se hubiese arrojado en sus brazos diciéndole: Yo te amo! ese dia, él habria encontrado una palanca para levantar el mundo. Y su último pensamiento fué de un gran desden por la fuerza, ya que la fuerza, que debia darle todo, no habia podido darle á Flavia.

Levantó el arma. La mañana era soberbia. Por la ventana, abierta de par en par, entraba el sol, rejuveneciendo la vejez de la bohardilla. A lo lejos, Paris empezaba su faena de ciudad gigante. Nantas apoyó el cañon del rewólver sobre la sien.

La puerta se abrió violentamente, y entró Flavia. Con un movimiento brusco, desvió el tiro, y la bala se incrustó en el techo. Los dos se miraban. Ella estaba tan sofocada, tan emocionada, que no podia hablar. Por fin, tuteando á Nantas por primera vez, ella pronunció la palabra que él esperaba, la única palabra que podia decidirlo á vivir:

—Yo te amo! exclamó ella arrojándosele al cuello, sollozante, arrancando aquella confesion á su orgullo, á todo su sér vencido; yo te amo porque eres fuerte!

FIN

Shakespeare

(UNA TRADUCCION DE MIGUEL CANÉ)

I—El génio de Shakespeare—Su obra—Shakespeare historiador, filósofo—II Shakespeare y la naturaleza—La vida de Shakespeare.

I

Shakespeare hace parte del grupo indivisible que forman Homero, Esquilo, Job, Dante, Rabelais (1), esos primogénitos del espíritu humano, esos hombres que dominan las generaciones terrestres, como Saul se elevaba sobre el pueblo de Israel «de todo el hombro». Pero lo que le distingue entre sus pares, es una universalidad más vasta y más ámplia, una semejanza más grande con la naturaleza, una personificacion más completa y más variada de la humanidad. Entre los reyes de la inteligencia, Shakespeare ocupa el sitio aparte que Pan tenia entre los Olímpicos, ese Pan adorado por la antigüedad arriba de Júpiter mismo; dios erizado y salvaje que marchaba sobre piernas de macho cabrio, pero en cuyo pecho azulado se reflejaban todas las imágenes de la tierra, todos los astros del firmamento. Así, el génio de Shakespeare tiene algo de infinito y de universal. Ejerce hoy sobre la literatura europea la influencia de un elemento sobre el globo; apaga la sed de pueblos de inteligencias; fecunda mundos espirituales; literaturas enteras han salido de él. Ha hecho la Alemania á su imágen, el renacimiento poético de la Francia se ha desarrollado bajo su soplo; la lengua inglesa le ha conquistado la América; ella lo esparce en la inmensidad del Asia. Para emplear el barbarismo tan espresivo de Emerson, se puede decir que en el dia, el mundo entero está *shakespirizado.*

(1) Job no está en su lugar, falta Cervantes; Rabelais ocupa el sitio de Molière.

M. C.

Un crítico inglès le ha llamado «una voz de la naturaleza.» Esa seria, tal vez, su màs exacta definicion. La obra de Shakespeare no tiene nada de local ni de personal; ninguna poètica la limita, ningun sistema la restringe. Encierra todos los pueblos, contiene todos los siglos, admite todas las manifestaciones y todas las singularidades de la vida.

La barbarie y la alta civilizacion se encuentran allì, representadas por sus tipos más excesivos. Sakountala, delante de Miranda, creeria ver su imàgen reflejada en el agua serena de un lago; un Cafre recularia ante Caliban, como un salvaje al que se presentara un espejo. La risa burda de Falstaff, responde desde lèjos, sobre su vàsta escena, à los *concetti* refinados de Benedict y de Mercutio. Los climas mismos estàn allì representados por sus productos caracterìsticos. En una de las extremidades de esta escena inmensa, Othello lanza gritos de tigre, en un drama ardiente como la zona tòrrida; en el otro polo, Hamlet pasea la hipocondria del Norte sobre un fondo trèmulo de aurora boreal.

La historia desfila allì por legiones, desde Coriolano hasta Ricardo III, desde Julio Cèsar hasta Enrique VIII. Si algo puede dar en la tierra la idea del juicio final que anuncia la Escritura, es Shakespeare resucitando el pasado. Què intuicion profunda! què sagacidad temible! què vuelo de àguila sobre el rebaño de los hombres! què brincos de leon à travès de los siglos! Para èl, el Tiempo no tiene ni estaciones ni cuadrante; participa de la inmutable Eternidad. Los años se encierran en un dia, los meses en una hora, los dias en un minuto. El poeta està de prisa; armado del làtigo de las Furias ò de la vara de los encantamientos, fustiga en masa, evoca por multitudes. Su drama lanza todos sus corceles à la vez, à lo màs fuerte del entrevero de las cosas; unce à su carro diez acciones de frente; cruza, suelta, aprieta y desata con mano infalible veinte riendas diferentes de intrigas confundidas.

Està en todas partes y oye todo: el suspiro de un corazon perdido en la muchedumbre, como el clamor de la batalla; la meditacion solitaria del hèroe, como el vociferar del populacho. Sonda las carnes, escruta las conciencias. Todos sus personajes son iguales ante èl como las criaturas ante el Creador; los pesa, los juzga, los absuelve ò los condena sin que su mano tiemble, sin que su voz fallezca, sin que su nùmen decaiga. Una adivinacion trascendental reemplaza en èl la ciencia y el estudio. El arqueòlogo filtra el pasado y pesa el polvo de las edades: Shakespeare, sopla sobre èl y el polvo revive. Con sus licencias, sus disfraces y sus anacronismos, sus dramas romanos son mil veces más verdaderos y màs contemporàneos de los siglos que evocan, que las tragedias clàsicas calcadas sobre los textos. Las fronteras del pasado reculan ante èl; ilumina à relàmpagos el horizonte prehistòrico. Su Macbeth, nos transporta à la plena noche de la barbarie; su Caliban hace revivir los sères conciudadanos de los manmouths y mastodontes.

Como ha exhumado la historia, Shakespeare ha penetrado el alma humana; alumbra todos sus arcanos, hace vibrar todas sus cuerdas, la da vuelta, la presenta en todos sus aspectos. No hay una pasion que no haya pintado, ni un caràcter que no haya encarnado en personajes tan completos, tan enteros, tan definitivos, que su nombre se convierte en el del sentimiento que espresan. Los celos toman por màscara tràgica el rostro negro del Moro de Venecia. El amor correspondido se fija sobre el balcon de Verona, como sobre un pedestal inmortal, con el grupo de Julieta y Romeo, bañado en la luz de la aurora. Bajo la forma de Hamlet, la Duda, un crâneo de muerto en la mano, vuelve à asolar el pensamiento moderno. La piedad filial reviste el cuerpo de Cordelia como una tùnica inmaculada, el remordimiento vaga en la noche, llevando la làmpara de lady Macbeth.

Detràs de las grandes figuras que ocupan el primer plan de su Drama, hormiguea y se agita una miriada de personajes secundarios, vistos de perfil, recortados en silueta, dibujados de un rasgo, que subdividen al infinito los fenòmenos màs fugitivos de la vida y del caràcter y los destacan con un relieve pasmoso. Criados y mendigos, soldados y marineros, niños y comadres, cortesanos y pastores, verdugos y bandidos, todos marcados con el sello del tipo ò con la efigie del individuo, ondeantes y diversos, escepcionales y precisos, no pareciendo hàber sido creados por los procedimientos del arte, sino engendrados en la carne misma, en la naturaleza, por una operacion del espìritu. Ninguna eleccion aparente preside à su reunion. El gènio de Shakespeare tiene la imparcialidad de la creacion y la confusa mezcla de la sociedad. Apareja la estrema fealdad con la gracia suprema; sopla Ariel en la nube, al mismo tiempo que estrae à Caliban del fango del Càos. Hace espectorar gracejos por los sepultureros de Elsenar, en la fosa que espera el cuerpo de Ofelia y decir bufonadas, al deredor del lecho de muerte de Julieta, à los mùsicos invitados à sus bodas. La Ironìa, con el gorro de campanillas y cubierta con el abigarrado traje del Bufon, brinca à travès de sus dramas, sacando risa de las làgrimas, desenmascarando con un gesto brusco las vanidades de la vida, sobrescitando por su contraste la piedad ò el terror de las catàstrofes à que se mezcla.

Gènio mònstruo, que uno se representa, como los de Exequiel, hecho de ojos y de garras, de patas y de àlas, Shakespeare es tan poderoso cuando se arrastra como cuando se cierne, cuando amasa el barro como cuando nàda en el èter. Nada lo disgusta en la naturaleza: remueve el estièrcol con su horquilla vigorosa, con el ìmpetu gozoso de Hèrcules limpiando los establos de Augias. La tontera, la infamia, la glotoneria, la lujuria, le inspiran una especie de hilaridad sobrehumana. Embriaga sus grotescos como Ilotas y les hace trasbocar todo lo que contienen de inepcias y obscenidades. Nos enseña à despreciar la bèstia que arrastramos tras nosotros, à fuerza de cargarla de inmundicias. Aun à veces, los vicios de sus personages ìnfimos pierden su fealdad, tomando un abultamiento quimèrico. Tal asi su Falstaff, todo verbosidad y vientre, envasando botellas y vomitando chistes canallas. Ese viejo gloton fuè uno de los favoritos de Shakespeare; faltaria al cortejo de sus criaturas. A un rey como Shakespeare, era necesario un bufon de esa enormidad. Detràs de ese dios violento y soberbio, que triunfa sobre su carro uncido de tigres tràgicos, agrada ver trotar pesadamente sobre sus piernas cortas, ese Sileno del Norte, adornado de lùpulo como un jamon de laureles.

Ese gènio, que brama con las bestias, canta con las hadas y las vìrgenes. Las mujeres de Shakespeare, niñas y jòvenes, forman una especie aparte en la creacion femenina. Flexibles como cisnes, delicadas, como sensitivas. La imaginacion las concibe con cuerpos transparentes. Sus amores hacen soñar con los amores de las flores, su pudor con los rubores del alba, su lenguaje con el canto de los pàjaros. Ese lenguaje es una mùsica aèrea. Si el rocìo hiciera ruido al caer en el càliz de la rosa, tendria esa dulzura celeste. Hay àlas en su andar y perfumes en su encanto. Prontas para amar, fàciles para morir, tan tiernas que se quiebran al menor contacto. Los nombres eòleos que el poeta les dà, espresan su naturaleza etèrea è ideal: Desdèmona, Ophelia, Cordelia, Perdita, Miranda, Jessica, Celia, Rosalinda. Nombres luminosos y lìmpidos que fijan en sus frentes un cìrculo de estrellas.

Porque es ese el don de Shakespeare: su gracia iguala su fuerza; su gènio sutil y robusto recuerda la trompa del elefante que puede recojer una flor como ahogar un leon. Oid hablar à esos jòvenes caballeros con sus amadas, en las comedias romanescas, que son como los castillos de recreo de su reino poètico: què elegancia deslumbradora! què prodigalidad espiritual! Cada uno de esos gentiles hombres parece llevar aquel traje de Buckingham que sembraba perlas.

(*Concluirá.*)

Un soneto de Fragueiro

(Inédito)

I

NO SÉ SI LA QUERRÉ!....

SU cuerpo en el ambiente serpentea,
Flexible como tallo de retama.....
Parece, que hasta el céfiro la ama
Y en sus alas de tul la balancea!....

No sé si la querré!.... Su imágen crea
Un mundo transparente, que se inflama
De suave luz y en chispas se derrama
Por mi cerebro á despertar la idea!....

No sé si la querré!.... Pero sí siento
Desatar la dulcísima armonía
Del himno de sus lábios, á su acento
Se estremece mi alma de alegría,
Y al caer en su seno cada nota,
¡Se abre su seno y un ensueño brota!.....

PASATIEMPO

UN reporter acaba de llevar á un diario una conmovedora noticia sobre el episodio lamentable de un albañil, caido de lo alto de un quinto piso.

El artículo tenia próximamente cincuenta lineas.

—Es muy largo, le dicen.

El reporter recorta valientemente una parte de su produccion y, para terminar, resume así:

«La abundancia de materiales nos impide describir la desesperacion de la familia».



X... habia prestado quinientos francos á su amigo Z..., y cuando se los reclamó, el deudor le declaró que no tenia cómo reembolsárselos.

X... que contaba con esta entrada, comenzó á desesperarse.

—Todo cuanto puedo hacer, dijo Z... es firmarte pagarés de cincuenta francos por mes.

X... se resignó y aceptó.

Llegó el dia del primer vencimiento. No hubo pago.

—¡Entónces, exclamó el triste prestamista, si no me abonas tus pagarés, con qué objeto me los diste?

A lo que Z .. dió esta respuesta filosófica:

—Es que he visto que te causaba mucha pena el perder quinientos francos de golpe. De esta manera tú no pierdes sinó cincuenta por mes!



Nueva aplicacion del teléfono.

—Tin! tin!

—Hola!

—Doctor, es mi hijita que está enferma... su tos me alarma.

—Hágala toser en el aparato.

La niña tose y el doctor contesta por el teléfono:

—Déle una cucharada de jarabe de hipecacuana... Yo pasaré á verla más tarde.



Bebé vá con su mamá á hacerse agujerear las orejas. Bebé tiene mucho miedo de esta operacion.

Su mamá la tranquiliza.

—Querida mia, es necesario que te resignes, Dios lo quiere.

—Pero mamá, si Dios hubiera querido que se pusiera algo dentro, hubiera hecho el agujero él mismo!

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 22

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Magnolia*—2.ª *Pupitre*—3.ª *Arteria*—4.ª *Crisma*.

Rafeto ha hecho notar que de la 3.ª sale tambien *Arriale*, y Mirasol *Rateria*.

Las cuatro fueron descifradas por Lolò, Fugo, X, Riana, O. P. y Rafeto.

Mirasol resolviò las tres primeras, y Orto la tercera y cuarta.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
—	—
D 1 D	T 7 D
D 1 C (jaque)	R 5 A
P 3 R (mate)	

El Duende y Ed. Loedel enviaron la solucion exacta.

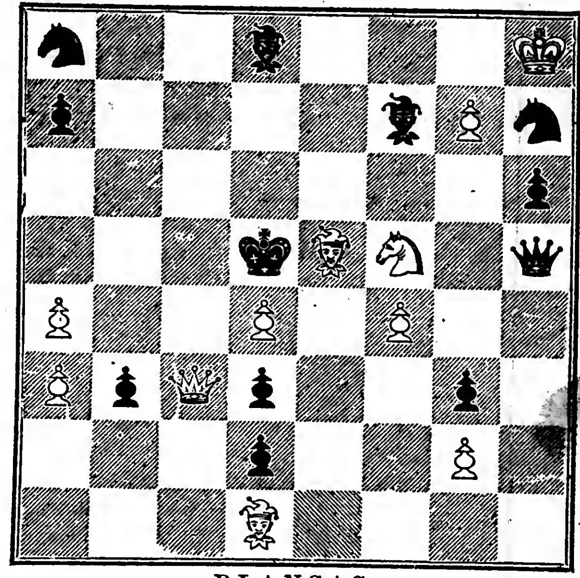
GEROGLÍFICO NÚM. 22

De los trapos se hacen billetes de banco y de los billetes de banco se hacen gentes que no valen los trapos.

Fuè descifrado por Riana, Lolò, G. F. L., Cosmos (del Durazno), Rafeto y Anfitrion.

Problema de Ajedrez por Manfredi

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

B.e.—..ya—.l..to—.u.—c.r.e,
.i..—h.y.—.l—a.e—qu.—.an.a,
B..n—.a.a—l.—.in..ada—n..e
..e -.n—t.rr..t.s—.e—d.s..a.
T..st.—n..e - .a—q..—e.—.ay.
.o—.u.de so...r,—.—pa..
De.o.ad.—p.. - el—f..g.
..e—.n—s.—pr..i.—s.no—g..rd.
.v.—tr...e—e.—a..—mu..,
.ue—á—s.—pe..—s.li..r.a
Ni—h.l.a—.l—c..s.el.—d.—.n .c.
.e—l.—c..c.va—c..ada.
Tr.s.e—m.l—e.—..e—n.—gi..,
..i.te—..an.o—.l—que - s.—c.a.a;
.u.—a.—.in—l..ri..s—...—c...en
C.rr.en..—se—d..a..ga.

GEROGLÍFICO NÚM. 23





DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Enero 14 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 24.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO SEGUNDO

—

LA VUELTA DE RODOLFO

CUMPLIÓ su palabra Pancha Ovalle, pues á las ocho de la noche entraba á casa de Genoveva Ortiz.—Su señora madre, dejándola en la puerta, iba á rezar un rosario en la vecina Iglesia de San Miguel y volveria á buscarla ántes de las nueve... Eso sí!—la honorable señorita Ovalle andará la Seca y la Meca, sin compañía, bajo la proteccion de los rayos solares, pero jamás compromete sus quisquillosos pudores en solitarias escursiones nocturnas.

Genoveva la espera en la antesala, sentada con aparente indiferencia en un sofá, sin más luz que la que irradian por el balcon abierto los faroles y las vidrieras iluminadas de la calle.—Están en el comedor Genovevita y Arturo.—Este, muy plantado en su silla, con los brazos apoyados en la mesa, silencioso y triste, parece sentir en su propio hogar la atmósfera helada de un hogar estraño, en tanto que su hermanita mayor, lozana, turbulenta, moviéndose de un lado para otro, habla, y gesticula, y se rie, sin agotar el tema de sus confidencias y aventuras de colegio.

—No habrás dado á mi curiosidad más importancia que la que tiene, dijo Genoveva, luego que Pancha se instaló á su lado en el sofá;—no conocia á Rodolfo de Siani, y al verte conversando tan contenta, con aquel buen mozo, sospeché que habrias realizado alguna nueva conquista...

—Rodolfo es únicamente amigo mio,—esclamó Pancha con admirable acento de sinceridad.

—¿De veras? - preguntó Genoveva con finísima ironía.

—Lo juro!—respondió Pancha, desbordando de satisfaccion ante las sospechas de su interlocutora.

Un extraordinario movimiento de vehículos que partian de San Miguel, á la terminacion de un bautismo, acompañados por gritería de pilluelos, alzó tal bulla, que la conversacion se hizo imposible durante algunos instantes.

—Es estraño, repuso despues la hermosa viuda, que yo no conociese personalmente á Rodolfo De Siani, perteneciendo él, como pertenece, á familia distinguida, sobre la cual tanto se ha hablado.

—Me lo explico perfectamente, replicó la doncella;—Rodolfo, antes de marcharse á los Estados-Unidos, era un muchacho calavera que jamás asistia á reuniones de alto rango, ni á los teatros sérios, como no fuese para introducirse,—el maldito!—entre telones, y hacer allí mismo de las suyas... De repente, se operó en él una transformacion asombrosa;—lo nombraron *attaché* á la legacion de Washington, y ahí lo tienes hoy, siendo la perla de los secretarios argentinos.

—¿En qué año lo nombraron *attaché?*

—Me parece que en 1873.

—Ah! cuando murió Nevares!

—Pero Rodolfo, sabes, volvió en 1874, con motivo de la muerte de su madre.—Entónces fué su desafio.... ¿recuerdas?

—Cómo no! Oí hablar mucho de esa historia;—sin embargo, yo hacia en esa época vida de anacoreta, y no pude por consiguiente ver jamás al héroe de aquella ridícula aventura promovida por una salvaje regalona....

—Pues él te conocia;—te reconoció muy pronto.

—No lo estraño! Es difícil no conocer á Genoveva Ortiz en Buenos Aires.

—Te encontró asombrosamente conservada....

—Conservada!

Esta altiva interrupcion de Genoveva desconcertó un momento á la Sta. Ovalle.—Luego, la señorita se repuso de su turbacion y contestó:

—Fué la palabra que Rodolfo empleó.—Dijo que recordaba haberte visto en 1865, en los balcones de la Capitanía del Puerto, al embarcarse el batallon de Nevares para la guerra del Paraguay, y añadió que hoy pareces tan jóven y tan linda como entónces.

—Recuerdos lejanos remueve el caballero De Siani.... ¿Su edad?

—Me parece que 26 ó 27 años; eso es lo que él dice....

Pues tiene muy buena memoria!

—Hizo otras muchas ponderaciones de tí....Rodolfo no es de esos antipáticos que por haber estado en los Estados Unidos ó en Europa, vienen creyendo que nada vale lo que han dejado en su tierra....Al contrario!—Me dijo que ni en Nueva York ni en Paris se encuentran media docena de mujeres capaces de rivalizar contigo....

—Lo creo!—exclamo Genoveva, en un acceso de irrefrenable orgullo.

—Rodolfo es muy amable, prosiguió Panchita lastimada por la jactancia de su amiga; á mi misma me ha vendido la lisonja de que seria un figurin irreprochable en la Quinta Avenida ó en el *Bois de Boulogne*....

—Muy bien! No te olvides de comunicarlo á tu modista y á tu zapatero.

En ese instante, Genovevita entró saltando á la antesala, y sin dignarse saludar á la visita, se acercó á su madre, le puso las manos en los hombros y esclamó:

—Mamá! mamá! necesito un juego de dominó para jugar con Arturo... Cuesta veinte pesos... Dame plata para mandarlo buscar.

—No seas majadera, hijita, respondió Genoveva, libertando sus hombros de las manecitas de la niña;—anda para adentro, que yo despues mandaré buscar el dominó.

Alejóse Genovevita cabizbaja; pero, ántes de salir, se dió vuelta para decir con un tono de insolencia que no debia á Genoveva parecerle hurtado:

—Te incomodo, porque estás hablando de novios.

—Insoportable esta criaturita! esclamó la madre.

—Poco le falta para ser una señorita, dijo Pancha;—pronto tendrás que *presentarla*.

Era la represalia instintiva por la sátira del figurin!

Despues de un breve intérvalo de silencio, reanudó Genoveva la conversacion diciendo:

—Con que eres grande amiga del caballero De Siani! ¿Te distingue mucho?

—No una, sinó mil veces me ha dicho que soy su mejor amiga....

—Precisamente lo mismo que te dice el Baron Romberg.... ¿Cómo concilias tú la intimidad comun con esos dos enemigos?

—¿Enemigos? No tal!—El Baron me ha declarado que no tiene ningun agravio con Rodolfo.—Ambos cumplieron su deber como caballeros. Todo pasó.—Ahora pueden ser íntimos amigos....Rodolfo va esta noche á casa....Estará tambien el Baron. Se verán, se hablarán, y asunto concluido.

—Así serán los hombres!—Pero si nosotras las mujeres nos batiésemos en duelo y nos lastimásemos, á buen seguro que no podriamos reconciliarnos nunca.

—Eso, Genoveva, depende de los caractéres.... A menudo, los hombres, por cosas mucho más insignificantes que un duelo, se guardan tal rencor que no hay medio de hacerlos componer....Sin ir muy léjos, ahi están el mismo Rodolfo y el Dr. Nugués....Fueron amigos, se pelearon un buen dia, y ahora cada uno dice incendios del otro....

—¿Y cómo hacen cuando se encuentran en tu casa?

—Ni se saludan, ni se miran.... Yo, á veces, me pongo muy inquieta, temiendo un lance.... Mira! Si Rodolfo llega á venir á tu casa, si tambien está el Dr. Nugués, trata de que ande cada uno por su lado....

—¿Y de qué proviene, Panchita, tan rencorosa enemistad?

—Misterio, misterio impenetrable!—Cuando interrogo al doctor Nugués, se contenta él con decir que Rodolfo es.... un foragido.... y lo dice con todas las letras.... Cuando interrogo á Rodolfo.... Rodolfo es más moderado.... Se contenta con decir que el doctor Nugués es loco.... Pero he notado que se pone muy pálido al hablar de ese asunto....

—Alguna calaverada de tu amiguito De Siani.... ¿Tiene hermanas el doctor Nugués?

—Qué ha de tener!—Vino solo desde el fin del mundo. Es de Santiago del Estero!

—Ave Maria Purísima!—Y la mujer era tan horriblemente fea! Provendrá la enemistad de alguna rivalidad amorosa.... Los hombres se disputan sus amores con más ferocidad que las bestias!

—Tan exageradas tus opiniones! exclamó la moderada señorita Ovalle.

—Como tú no tiénes memoria de haber sido disputada en esa forma, ni en ninguna otra!—replicó la terrible viuda de Nevares.

—En cuanto á rivalidad amorosa, prosiguió Pancha, sin responder aparentemente á la agresion, puedo suministrarte algunos datos que á mí no me satisfacen, pero que talvez á tí, con tu gran esperiencia de la vida, te aclaren el misterio de la enemistad mortal entre Rodolfo y el doctor Nugués....

—Veamos.

—Me parece que uno y otro aspiran á la mano de Marta Valdenegros... Yo no lo cómprendo bien al doctor Nugués, porque unas veces parece que estuviese muy enamorado de Marta, y otras habla de eso mismo como si fuese una broma.... Cuando oye decir que Marta tiene novio ó anda cerca de tenerlo, se le conoce el desagrado, la alarma que esperimenta; despues, cuando Marta está libre, disponible, se cruza de brazos y no hace nada por la riña.... Qué hombre tan enigmático!

—Muy bien dicho!—Y el caballerito De Siani—¿es igualmente enigmático, ó desemboza francamente el proyecto que tiene para salir de pobre?

—¿De pobre? Propiamente hablando, él no es pobre. Todos dicen que heredó de la madre como cuatro millones de pesos.

—Es algo, pero á *la pampita* le atribuyen más de doscientos millones!

—Dicen tambien que Rodolfo ya ha derrochado mucho, dándose vida de príncipe en los Estados Unidos... Pero esto no es del caso... Yo no sé qué decirte. Cuando Rodolfo tuvo el duelo con el Baron Romberg, nadie dejó de suponer que su intervencion en aquel lance era profundamente interesada....

—Si, lo recuerdo; yo tambien lo presumí.

—En esa época, yo conversaba mucho con Rodolfo. Antes del duelo, nada pude vislumbrar que indicase amor á Marta, ó codicia á su fortuna.... Despues del duelo, estando ya fuera de combate la candidatura del Baron Romberg, creí descubrir en Rodolfo el deseo de reemplazar á su adversario; pero él nunca lo dijo, nunca me descubrió su corazon. Se limitaba á decir que, Marta *es una hermosísima morena*. Contraje el compromiso de escribirle á los Estados Unidos, de tiempo en tiempo, dándole noticias de la sociedad, y recuerdo, eso sí, que varias veces me recomendó que no olvidase á Marta en mis noticias....

—¿Y has cumplido el compromiso?

—Sí! nos hemos escrito varias veces.—En una de mis cartas hace meses, le comunicaba que Marta habia asistido á un baile del Club del Progreso, con muy poco éxito, y despues le hice saber tambien que la niña parecía otra vez resuelta á vivir en reclusion.

—Y él... ¿te contestaba acerca de eso?

—No!—me agradecia las noticias y me hablaba de generalidades, nada más.

—¿Te anunció su vuelta?

—Tampoco! Fué para mí una sorpresa encontrarlo ayer en la calle... Acababa de desembarcar...

—¿Y á que ha venido?

—Me dijo que obedeciendo á un llamado del Ministro de Relaciones Exteriores.

—Ah! el gran personaje diplomático, cuya presencia es necesaria en Buenos Aires!

—Genoveva, no será Rodolfo un personaje, pero es encantador... Tiene unos ojos... qué ojos!

—No me alcanzó hoy el tiempo para saborearle los ojos; pero es, efectivamente, un buen mozo.—*La pampita*, la *hermosísima morena*, tambien lo encontrará encantador... ¿no es cierto?

—Si he de decirte la verdad, no sé lo que Rodolfo le parece á Marta... Antes de la escena en el atrio de la Capilla, Marta solo me hablaba del Baron Romberg, y despues de aquella escena no he conseguido verla.—Es una mal criada intolerable! Tres veces hemos estado en su casa, y ella no ha salido á la sala... Doña Emilia ha ido sola á pagarnos las visitas... Resulta que la niña está siempre enferma!

—Sí! muy delicada de salud y de temperamento! Podria apénas figurar como un regular soldado en la tribu de Pincen!

—Genoveva! ¿estás celosa? Tan pronto!

—No digas necedades, Pancha.—Seria curioso que me enamorase de ver instantáneamente á un hombre. Por otra parte, ni yo puedo tener pretensiones sobre el caballerito De Siani, ni él haria otra cosa que perder el tiempo al fijarse en mí...

—Entónces—¿no quiéres que lo haga venir á tu recibo?

—No me opondré á ello,—pero me es indiferente que venga ó

que no venga... Cambiemos de conversacion... Aborrezco las tergiversaciones... ¿Volvió de la estancia don Alejo?

—Debe llegar mañana.

– Pobre viejo! lo he estrañado mucho en estos dias.

Y siguió la conversacion sobre temas triviales, hasta que se oyó llamar á la puerta de calle. Pancha salió al balcon y volvió diciendo:

—Es mi madre que viene á buscarme;—no la haré entrar; se fatiga de subir escaleras. Además, no quiero hacer esperar á Rodolfo.

—Aprobado! dijo con naturalidad Genoveva, levantándose á su vez.

Diéronse las excelentes amigas un beso en cada mejilla.—A mayor abundamiento de amabilidad, la dueña de casa acompañó á la visita hasta la escalera, y allí volvieron á besarse.—Luego, cuando Genoveva, pensativa y suspensa, se dirijía por el corredor á las habitaciones interiores, oyó una voz que gritaba desde una puerta entreabierta:

—Puédes guardarte el dominó! Arturo ya se encerró en su cuarto, y yo me estoy desnudando en el mio.—No te necesitamos para nada!

Así como la señorita Ovalle habia cumplido con la señora viuda de Nevares, Rodolfo De Siani cumplió con la señorita Ovalle. Unicamente se tomó la libertad de hacer desear su presencia hasta las diez y media de la noche.—La sesion habia sido poco concurrida.—El doctor Nugués entró y volvió á salir luego que supo la llegada del Secretario de la Legacion Argentina en Washington. Herman Müller y otros diplomáticos se habian retirado temprano.—A la hora mencionada, solo el Baron Romberg permanecia firme en su puesto. S. E. tuvo para Rodolfo una acogida gentilísima. Conversaron cordialmente, y Pancha los escuchaba con deleite. El Baron Romberg nunca habia ido á los Estados-Unidos, pero decia conocer íntimamente á aquel *estraño país* por las referencias confidenciales de su respetable amigo el célebre Baron de Hubner, y de ahí tomó pié para esplorar las opiniones del jóven secretario argentino.—Rodolfo espuso con mucha fluidez sus impresiones, que eran casi siempre de censura á la sociabilidad de la Union Americana y tuvo el honor de oirse repetir este estribillo:

—Exactamente lo mismo que decia mi respetable amigo el Baron de Hubner!

Cuando el Baron Romberg se despidió de Panchita, Rodolfo se creyó en el deber de seguirlo, y ambos salieron juntos. Cómo!—¿Ni una sola confidencia?—Ni una sola interrogacion?—¿Para nada requiere su concurso el recien llegado amigo?—Era el segundo chasco de la noche; Genoveva le habia dado el primero.—Quédase Panchita inconsolable en los primeros momentos; pero se resigna luego, en holocausto á la efusiva reconciliacion de los antiguos duelistas!

Rodolfo tenia que hacer al dia siguiente una visita de carácter más positivo que la visita á Pancha Ovalle.—Durante su ausencia, habia sido apoderado suyo en Buenos Aires D. Agustin de la Peña, escribano público, hombre de probidad inatacable, depositario de toda la confianza de Da. Dorotea Valdenegros, despues de la ruptura de esta señora con el Conde De Siani.—Para hablar estensamente de negocios, el poderdante debia ir á medio dia á casa del apoderado.—Y así fué. D. Agustin recibió á Rodolfo en su modesto escritorio, con libros de cuentas y documentos y papeles puestos sobre la mesa, en línea, como piezas de artilleria de diferentes calibres.—El jefe de la bateria era un viejito de pequeña estatura, enjuto, afeitado, todo vestido de negro, con aire ceremonioso y severo.—Apénas cambiados los primeros cumplimientos, hizo D. Agustin que Rodolfo se sentara de un lado de la mesa y él ocupó el lado opuesto.

—Siento notificarle, jóven De Siani, dijo entónces el escribano, que usted lleva el camino de su finado padre, exactamente el mismo!

—No diga, señor don Agustin, exclamó Rodolfo con semblante plácido.

—Se lo digo únicamente á usted.—Con las demás personas he observado siempre la reserva que usted me ha recomendado y que mi propio deber me impone, sobre el estado y gestion de sus negocios; pero faltaria tambien á mi deber, y no me lo perdonaria jamás á mí mismo, si no le advirtiese á usted bajo el más sério apercibimiento, que, al paso que usted lleva, su fortuna quedará liquidada en dos años....

—¿De veras?

—Lo que usted oye—completamente liquidada!

– Habré gastado tanto?

No habia malicia en estas palabras ligeras de Rodolfo,—pero don Agustin las recibió como si fuesen una insinuacion malevolente, y se apresuró á decir, calándose las gafas:

—Jóven de Siani!—tengo aquí delante todos los justificativos de mis afirmaciones.—Oiga usted.... Este es el inventario estimativo de los bienes que usted recibió á la muerte de su señora madre, que en paz descanse.—Está formado por mi, y lleva el visto bueno de V... Segun este inventario....

—Señor don Agustin, no es indispensable tomar las cosas de tan léjos.....

—Oiga usted, jóven De Siani, oiga usted... Así se convencerá de que ha gastado deplorablemente su dinero... Segun este inventario, ascendia el *acervo líquido* de la herencia á *tres millones y quinientos sesenta y cinco mil pesos*, moneda corriente de la provincia de Buenos Aires, distribuidos en la siguiente forma;—abrevio el enunciado de las partidas:

Casa habitacion de la señora madre.	$	700.000
Chacra en Moreno		500.000
Campo en el Pergamino		900.000
Cédulas hipotecarias		500.000
Fondos Públicos.		600.000
En efectivo		365.000
	$	3.565.000

Tal era, jóven De Siani, su posicion de fortuna, en Julio de 1874, despues de pagadas todas las deudas hereditarias, vendidos los muebles de la casa materna, etc., etc.—¿No está usted conforme?

—Perfectamente conforme.

—Cien mil pesos entregué á usted luego de formado el inventario... Aquí está el recibo.

—No niego mi firma, señor don Agustin.

—Y en Setiembre del mismo año, al marcharse usted para los Estados Unidos, le entregué *doscientos sesenta y cinco mil.*—Otro recibo en regla...

—En regla!

—No habian transcurrido seis meses, y usted se permitió escribirme,—aquí está la carta,—ordenándome que vendiera las cédulas hipotecarias y le remitiese su importe... La órden es categórica, y con calidad de urgente... Habla usted de compromisos ineludibles...

—Sí, es cierto,—y puedo asegurarle, don Agustin, que New-York tiene en efecto para los hombres jóvenes unos compromisos....

—Las cédulas estaban en depreciacion.—Fué menester venderlas al 80.... Tengo aquí el boleto de venta y el certificado oficial de la cotizacion del dia en la Bolsa.... Obtuve, pues, por ellas *cuatrocientos mil pesos*, y acumulando las rentas percibidas remití á Vd. los quinientos mil pesos necesarios para cubrir esos sorprendentes compromisos de Nueva York.... Aquí están los comprobantes de la remision de fondos, la carta en que usted acusa recibo....

—En toda regla, don Agustin, en toda regla!

—Note usted lo siguiente: de Julio de 1874 á Marzo de 1875, ya habia usted recibido *ochocientos sesenta y cinco mil pesos*, del caudal hereditario, sin contar los emolumentos de su puesto diplomático, que corren por cuerda separada.... Yo suponia que esos grandes gastos serian gastos de instalacion....

—Sí! tuve en New-York muchas instalaciones!

—Y que en adelante, sobre esa base, se limitaria V. á vivir de su sueldo y de sus rentas, que suman más de lo necesario para la cóngrua sustentacion de un jóven juicioso y decente....Cuál no seria mi sorpresa, cuando recibo otra carta de usted ordenándome la venta inmediata de los fondos públicos, para que remitiese su producto á Paris, donde usted se encontraria en Octubre.....Esta es la carta....

Sí! Sí! Paris ofrece tambien instalaciones magníficas!

—Cumpl la órden, como era mi deber, salvando mi responsabilidad en el fuero interno, ante la memoria de su finada señora madre.—Los fondos públicos estaban en depreciacion, como lo habian estado las cédulas.—Realicé con ellos *cuatrocientos veinte mil pesos*, segun se justifica por todos estos comprobantes, y remití á Paris esa suma.... Aquí está la carta en que usted se da por recibido de ella....

—Exactamente!

—Pues bien!—¿Sabe usted, caballerito, cuál es el resúmen de todas estas operaciones? Que usted ha gastado en diez y nueve meses *un millon y doscientos ochenta y cinco mil pesos*, sin contar los emolumentos de la Legacion, y atacado el capital hereditario en *un millon cuatrocientos sesenta y cinco mil*.—Su fortuna que era de *tres millones quinientos sesenta y cinco mil* pesos, está hoy reducida á *dos millones y cien mil pesos*.—Su renta, jóven De Siani, su renta, que deberia ser de *ciento ochenta mil pesos anuales*, está ahora en *cien mil pesos*, provenientes del arrendamiento de la casa, altos y bajos, la chacra y el campo,—únicos bienes que á usted le quedan.—Aquí están todos los comprobantes....Es inaudito!

—Ay! Don Agustin!- exclamó Rodolfo, llevándose las manos á la cabeza y revolviendo sus cabellos negros sobre su ancha frente pálida;—si usted hubiese sido jóven alguna vez....

—En materias tan graves, no son procedente los epigramas, dijo dogmáticamente el escribano.

—Perdon; señor! Me equivoqué. Queria decir que si usted hubiese ido siendo jóven á New-York y á Paris, disculparia el vértigo que se apodera allí de los jóvenes estranjeros, sobre todo si disponen de fortuna para saciar las exigencias del mónstruo....Pero las lamentaciones son ya inútiles.... Me he venido á mi tierra con propósito de enmienda, para hacer vida ordenada, y la haremos, la haremos, señor don Agustin....Esto no quiere decir que yo pueda vivir del aire....¿Está usted en fondos?

—Lo dice la cuenta general, que usted tendrá la bondad de llevarse, para examinarla. – De las rentas de 1875, hay á favor de usted—deducidos los gastos de administracion y la comision que me corresponde,—un saldo de *noventa y cinco mil ochocientos setenta pesos*....

—Superior! ese dinero me vá á durar lo que usted no se figura.... Déme *veinte y cinco mil*....

– Haga usted el recibo.

Miéntras Rodolfo escribia, don Agustin abria su caja de fierro y tomaba de allí la suma solicitada.—Examinó el recibo, y encontrándolo en forma, entregó el dinero.

—Vendré á visitarlo con frecuencia, dijo Rodolfo levantándose; sus sermones me serán muy útiles.—Pero no se olvide: reserva absoluta sobre todos mis negocios!

—Absoluta! repitió el apoderado estrechando la mano del poderdante.

Salia ya Rodolfo y don Agustin lo detuvo.

—Aguarde usted.—Me olvidaba decirle.... La vez pasada, al dia siguiente de partir usted, se me presentó un italiano.... Habia estado en el hotel que usted habitaba y allí le dijeron que viniese á verme. Se manifestó muy contrariado por la ausencia de usted.—Decia que necesitaba hablarle de un asunto importante.—Como apoderado, me ofrecí á trasmitirle á usted lo que fuese menester. Dijo que no,—que era un asunto personal.—Casi todos los meses viene á preguntar si usted ha vuelto.... Estuvo hace pocos dias.... Yo le contesté que usted no pensaba venir, pues esa era mi creencia.... Siempre que le doy esta respuesta echa maldiciones!

—¿Qué clase de individuo es?—preguntó Rodolfo.

—Hombre! me dijo que era desde hace muchos años portero de ese médico muy soñado... que escribe en las gacetas... y ahora, sabe usted... es diputado al Congreso... ¿cómo se llama?

—¿El doctor Nugués?

—Sí!—justamente ese,—sí, portero del doctor Nugués... Conque,—si vuelve por acá, lo mandaré al hotel, ¿no es eso?

—Es natural, mándelo.

Y Rodolfo salió sin estrechar otra vez la mano de don Agustin, omision que á éste le pareció apénas digna de un desalmado calavera.

Cuando el jóven llegó al Hotel de la Paz, donde estaba alojado, hallábase en el patio, preguntando por él, un anciano de porte majestuoso, con larga barba blanca.—Era don Francisco Valdenegros. Con mucho cariño abrazáronse tio y sobrino.—Entraron enseguida á la salita de Rodolfo.—Fué cordial y breve la entrevista. El señor Valdenegros tenia el tiempo muy tasado, porque debia regresar al Tigre, donde estaba veraneando su familia. Habia venido únicamente para ver á Rodolfo, cuya llegada anunciaban los diarios, y lo comprometió á ir á comer al Tigre, al dia siguiente, que era domingo.

—¿Necesitas algo? dijo don Francisco al despedirse.

—No, señor, respondió Rodolfo, visiblemente contrariado.

—Con confianza, sobrino, con confianza!

Despues, cuando Rodolfo quedó solo, repantigado en un sillon, todas las preocupaciones de su espíritu se condensaron en esta interrogacion:

—¿Porqué me buscará como á pleito el portero del Dr. Nugués?

(Continuará.)

Shakespeare

(UNA TRADUCCION DE MIGUEL CANÉ)

I – EL GÉNIO DE SHAKESPEARE—SU OBRA—SHAKESPEARE HISTORIADOR, FILÓSOFO—II SHAKESPEARE Y LA NATURALEZA—LA VIDA DE SHAKESPEARE.

(Conclusion)

II

La naturaleza desborda en sus dramas; los acompaña como una orquesta. Las brisas soplan en ellos y los vientos silban; pasan ondas de violentos perfumes. Efectos de luz, hábiles ó estraordinarios, idealizan los grupos de sus personages; el alba argenta el beso de los amantes de Verona; la luna reviste de una mágica blancura à Jessica, sentada bajo los limoneros del Jardin de Belmont. Los trajes de Celia y de Rosalinda se toman en los arbustos de la selva de los Ardennes; el mar baña con su espuma rosada los piès de Desdèmona desembarcando en Chypre; los pàjaros sombrios revolotean al rededor del negro torreon de Macbeth. A veces su Drama, conmovido por la dulzura de una hermosa tarde ó por la magnificencia de un cielo estrellado, se interrumpe para contemplarlos. La accion cede el sitio al èxtasis, la tragedia calla ante la melodia. Los personajes apaciguan las pasiones que los agitaban hace un instante; se ponen al unisono de la paz de las cosas; acordan su voz como los instrumentos de una serenata religiosa y los himnos suben en cadencia hàcia el firmamento.

« Cuàn dulcemente duerme la Luna sobre este banco! La calma « de la noche conviene à los acordes de la suave armonìa. Siéntate « Jessica. Vè còmo la bòveda del Cielo entera està incrustada de dis- « cos luminosos. De todos esos globos que contemplas, no hay uno « solo, ni àun el màs pequeño, que en su movimiento, no cante como « un ángel, en perpètuo acorde con los querubines de tiernos ojos. « Una armonía anàloga existe en las almas inmortales; pero no pode- « mos oirla en tanto que esta arcilla deleznable las cubre con su « traje grosero. »

Con el cetro de este mundo, Shakespeare tiene la llave del otro; el abismo le obedece como la tierra; evoca los espectros como crea los hombres. La sombra del padre de Hamlet y el fantasma de Banco dominan el mundo fantàstico. Su ciencia oculta es formidable: las Parcas recularian de horror ante las tres Brujas de Macbeth.

Ese hombre tràgico, que aprieta con tanta fuerza la realidad, es al mismo tiempo el màs lucido de los soñadores. Un mundo encantado se cierne por encima de su imperio terrestre, compuesto de islas odoríferas, de selvas vìrgenes, de mares cuya calma y tempestades son regidas por la vara de las màgicas en vez del tridente de Neptuno. Ese mundo de mil facetas, refleja las cosas de la tierra con titilaciones y abultamientos maravillosos. Mitologìa mezclada de màgia, cuentos de hechicerìa jugueteando en la pastoral; rondas de ninfas y danzas de hadas; amores de Espìritus, columpiados entre tierra y cielo, en una tela de araña plateada por la luna; hormigueos de intrigas microscòpicas entremezclàndose con las fibrillas de las yerbas; Puck que se desliza como un fuego fàtuo; Cupido estraviado entre los gènios, como una abeja del Himeto entre los colibris de las sàbanas, la reina Mab, semejante à la Vènus de los àtomos, partiendo para visitar los sueños, en su càscara de nuez cincelada por la ardilla; Titania ciñendo la cabeza de asno de Bottom con las verbenas reales que coronan sus sienes.... Es todo un Apocalipsis delicado y deforme, grotesco y gracioso, el sueño de un dios embriagado de nèctar.

Ese gigante tiene ojos de enano para observar el microcosmos de las leyendas; sabe las querellas de familia de los duendes, tan bien como las guerras civiles de los imperios. La mano que acaba de derribar à Macbeth y de sofocar à Desdèmona, recoje los silfos suspendidos en la corola de la Reina-de-la-noche, sin empañar el polvo azulado de sus àlas. A la vislumbre de una luciérnaga, vè tantas cosas como al sol. Sus làbios poderosos que con tanto furor embocan la trompa tràgica, forman con una ligereza ideal, tènues globos teñidos con los colores del prisma.

Su estilo està en relacion con una creacion tan mùltiple. Es la lengua màs extraordinaria que la boca humana haya hablado. Reina allì el paroxismo y el paroxismo parece natural. Las pasiones de sus personajes son tan vehementes, sus sensaciones tan intensas, que no encuentran palabras bastante violentas para espresarlas. Tal asì esas figuras de Miguel-Angel, Profetas y Sibylas, que agita, como un demonio, su propia fuerza interior. Se sacuden y se retuercen para darle una salida. Es con gestos de atletas que hojean un libro, toman, para dar vuelta ò encorvarse, actitudes de titanes trepando al Olimpo. Su armazon rechina, sus huesos se dislocan; sus mùsculos rìgidos los enlazan, como las serpientes de Laocoon.

Rueda un torrente en el diàlogo de Shakespeare, arrastrando confundidos el fango y el oro, las trivialidades y las magnificencias, el lodo y la espuma. Hipèrboles gigantescas, metàforas desenfrenadas, arranques lìricos, exclamaciones furibundas, *pandæmonium* de imàgenes ardientes y entrelazadas. Esa confusion exhuberante se resume en una armonìa deslumbradora. Uno se creeria transportado à uno de esos paisajes de los tròpicos, donde todo se hincha y se exagera bajo la accion de un sol esplèndido. Las flores humean como incensarios, los insectos despliegan alas de dragon, los guijarros relumbran como carbunclos; las panteras nadan en las lianas, los pitones enlazan con sus nudos de carey àrboles deslumbrantes, cubiertos de colibrìs. En su estilo, la gracia de Shakespeare corresponde tambien à su energìa. Ese escultor de colosos es un cincelador de joyas. Los Cellini del soneto italiano no han igualado jamàs la finura de sus *concetti*. Las fantasìas que intercala en sus dramas, recuerdan, por la riqueza y la complicacion del detalle, esos arabescos del Renacimiento, cuyos festones de follaje se terminan por bustos de sàtiros ò cabezas de ninfas, cubiertas como por un gorro frigio, por el càliz de una flor.

Què fuè ese sèr casi divino que reinarà para siempre sobre el mundo de la inteligencia?

Apènas se sabe. Las fuentes de Shakespeare, como las del Nilo, no se han descubierto por completo. La sociedad shakesperiana, instituida en Lòndres, que paga à peso de oro toda informacion inèdita de su vida, solo recoge, aquì y allì, raros indicios. Shakespeare ha atravesado su siglo guardando el incògnito de su genio, como los reyes en viaje el de su majestad. Los rasgos èsparcidos que nos han quedado de su gran imàgen, no se prestan absolutamente al ènfasis. Tuvo una de esas existencias «deslizantes y mudas» que glorifica Montaigne, à quien Shakespeare amaba tanto y que tanto leia.

Ese sacrificador tràgico empezò, dicen, por sangrar toros y carneros en el matadero de su padre. En seguida se le entrevè vagamente cazador furtivo en las selvas de Strattford; màs tarde aùn, cuidando los caballos de los espectadores en las puertas de los teatros. Pero ninguna mancha de esos oficios groseros se refleja en su caràcter. El «dulce Shakespeare», asì lo llaman sus contemporàneos. No sospechan su gènio, pero concuerdan en celebrar su bondad. Su memoria solo deja tras ella, un perfume de dulzura y simpatìa. «Hemos recogido estas *bagatelas*» —dicen, en su dedicatoria al conde de Pembroke, los dos còmicos que publicaron sus dramas por primera vez, «por un piadoso recuerdo del muerto, à fin de procurar tutela à sus huèrfanos, sin ambicion de provecho ni de renombre, todo por conservar la memoria de un amigo tan digno y tan buen compañero como nuestro Shakespeare.» (*Only to keep memory of so worthy a friend and fellow a line as our Shakespeare.*)

Còmico como Molière, parece haber sufrido, como èl, de esa màscara de teatro que degradaba entònces à los que la usaban. Como èl tambien, tuvo la comprension y la cordura de la vida. Trabaja, estudia, produce, gana dinero, lo economiza, adquiere un teatro, lo hace prosperar, compra una casa en Strattford, su ciudad natal, y planta allì una morera. Luego, à los cincuenta años, à la mitad de su vida, vuelve tranquilamente à reposarse y morir à la sombra de esa morera.

Hè allì toda la vida perdida de Shakespeare. La antorcha deslumbra el mundo, el hombre que la lleva ha quedado en la sombra. Tanta oscuridad reunida en el centro de esa gloria inmensa, hace pensar en esos astros cuya luz no llega à la tierra sino siglos despues de su desaparicion.

¿Tiene la conciencia de su genio? Se dudaria, al verlo producir su cosecha, sin preocuparse ni aun de ligar las haces. Jamàs firmò ni reuniò sus dramas. La soberana indiferencia con la cual pone en escena las diversas acciones de los hombres, parece haber sido en èl un don de la naturaleza. Tal vez no creia en la gloria:—Cielos!—exclama Hamlet—muerto dos meses ha y no olvidado aùn! Se puede entònces esperar que la memoria de un grande hombre le sobreviva seis meses. Pero, por nuestra señora! seria necesario, para eso, que hubiera edificado iglesias... De otra manera, que se resigne à que no se piense màs en èl!»

Amò, sin duda, pero à la manera de los dioses, abajo de èl. La sola confesion que haya dejado caer de su alma, està en los *Sonetos*, arrojados como perlas ante obscenas cortesanas:

« Cuàn querida y amable haces la vergüenza, que como un gusano « en la rosa perfumada, mancha la belleza de tu nombre floreciente! « En què suavidad encierras tus vicios? El velo de tu belleza cubre to- « das tus maculaciones. Haces de tus faltas un cortejo de gracias. La « lengua que cuenta la historia de tus años y hace comentarios sobre « tus voluptuosidades, no puede difamarte sino con una especie de elo- « gio y tu nombre pronunciado, hace, de un ultraje, una bendicion. »

Un triple sello cierra este libro de sus *Sonetos*, libro secreto, velado, casi sin sexo, donde la amistad habla el lenguaje del amor, y cuyos himnos parecen à veces dirigirse al misterioso Andrògines que ha soñado Platon. Pero la pasion no turbò jamàs su genio, la embriaguez de los sentidos no subiò jamàs hasta el cerebro. Shakespeare mira y juzga la mujer, en sus dramas, con mirada escrutadora y tranquila. La hace sonar como un instrumento de sufrimiento y de voluptuosidad. Es para èl algo de esquisito, de caprichoso è irresponsable. El raciocinio no obra sobre sus encantadoras heroinas, las somete al instinto como à la influencia de una luna fantàstica. Ningun poeta, desde Salomon, ha proclamado màs ò mènos la inconstancia y la debilidad femeninas.—«Fragilidad, tu nombre es mujer!»—«Pèrfida como la onda!»—«Cuando mi adorada jura que su corazon es todo verdad, la creo, sabiendo que miente.»—«Jura por su piè —dice uno de sus personajes à un enamorado—para que pueda màs ràpidamente borrar el juramento!»

No es en el claro-oscuro de una vida tan oculta, es en la luz de su teatro que es necesario buscar y encontrar à Shakespeare.

No lo encontrareis entre los hèroes que se agitan en el primer plan de la escena, sino en segundo tèrmino, entre los personajes secundarios que asisten à sus dramas, sin mezclarse profundamente en ellos. Confundid en una misma figura al honesto Horacio de *Hamlet*, el espiritual Mercutio de *Romeo y Julieta*, el leal Antonio del *Mercader de Venecia*, el melancòlico Jacques de *As you like it* y tendrèis tal vez un retrato parecido à William Shakespeare.

Sí, es asì que me lo represento, mezcla de tristeza y gravedad, demasiado ocupado de su creacion interior para entregarse à la vida activa, pero sensato sobre todo, y poniendo en su conducta algo de la filosofìa superior que regìa su pensamiento; contemplativo sin misantropìa; irònico sin amargura, inclinàndose un poco para mirar à los hombres, pero sin hacerles sentir su grandeza. Le supongo aun costumbres elegantes, una cortesìa serena, el acatamiento à todas las conveniencias de su siglo y de su paìs, el fuego de un espìritu cuyo estado normal era una irradiacion magnìfica; el desprecio dulce, à fuerza de ser profundo, de las cosas despreciables; la indiferente bondad que caracteriza los sères soberanos. *Un gentleman*, en fin, en el sentido màs elevado de la palabra, tal era, tal debiò ser Shakespeare. Se puede sin duda aplicar-

se el elogio magnífico que, en su *Julio César*, Antonio discierne á Bruto: Su vida era pacífica y los elementos que la formaban estaban tan armoniosamente combinados, que la Naturaleza podia erguirse altivamente y decir al universo: Era un hombre!»

PAUL DE SAINT-VICTOR.

UN SONETO
DE GUILLERMO RODRIGUEZ

«Catorce versos dicen que es soneto», decia el gran Lope en aquel famosísimo que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante,
En mi vida me he visto en tal aprieto,

pero si bien es cierto que los tales catorce versos divididos en dos cuartetos y dos tercetos forman el soneto, cierto es tambien que nada hay tan difícil en el arte como el encerrar dentro de ese molde estrecho y forzado por la métrica y el consonante, todo el pensamiento del tema de que el soneto trata.

No sé de dónde sacó Larra que el más mediocre poeta sabia que para hacer un buen soneto era necesario empezar por el último verso; con lo cual, á mi entender, no quiso el ilustre crítico decir que habia de hacerse la composicion como escritura china, que empieza por donde la nuestra acaba y que se lée de abajo para arriba y de derecha á izquierda, sino que el último verso del soneto habia de ser tal que compendiase todo lo que los trece anteriores vienen diciendo, como si éstos fuesen el pedestal y aquél la estátua que encarna las alegorías é inscripciones enumeradas en la base.

Así por lo ménos debe ser el soneto, segun las reglas del arte, y de tantos sonetos como todos los dias se ven por ahí estampados en letra de molde, pocos son los que reunen esa condicion precisa de su mérito. Pero, donde ménos se piensa, salta la liebre; quiero decir, que cuando ménos me lo esperaba, me cae á las manos un soneto de verdad, que no me atrevo á publicar así no mas, sin decir siquiera: ahí va! á fin de que el lector pare en él su atencion, y guste las bellezas que encierra, de forma y fondo, sin que haya en sus catorce versos una palabra de más ni de ménos, valiendo cada uno de ellos una pincelada rica de colorido y de vida.

Canta el poeta al estío, y sin que él la precise, se adivina la hora de la siesta bajo un sol de fuego, radiante de luz todo el paisaje, desgajándose los árboles bajo el peso de los sazonados frutos que penden de sus ramas, zumbando los insectos de álas tornasoladas, durmiendo bajo la umbría enrramada los labradores, los mansos y recios bueyes, desuncidos del arado, rumiando gravemente echados, con los ojos entornados, abanicándose con el penacho de la cola los amplios y palpitantes flancos; mientras las aves, con el pico y las álas entreabiertas, buscan el reparo del follaje contra los rayos abrasadores del sol que reverbera en el campo, marchitando las yerbas y las florecillas que lo tapizan.

Todo eso, y mucho más pinta el soneto de Rodriguez, y si como colorido es completo, como forma tiene un corte especial, y como sustancia un sabor á Arriaza ó á Melendez, que tal parece exhumado de algun ignoto archivo en que se guardasen inéditas algunas obras de aquellos dulcísimos poetas.

Pero ¿á que desleir en mala prosa la esencia condensada en tan bellos versos?. .. Tome un abanico la lectora, y á las suaves ondas de brisa con que él la acaricie, lea este soneto que con especial interés de agradarla le recomienda

SANSON CARRASCO.

EL ESTÍO

PEL árbol pende el sazonado fruto;
Grano proficuo de la tierra brota;
Con rica sávia, que su seno agota,
Paga naturaleza su tributo.

Siente el pez, siente el ave, siente el bruto
Discurrir por sus venas, fuerza ignota;
Surge el insecto de la larva rota;
Ruge en las selvas el león hirsuto.

Ardiente mosto en el lagar fermenta;
La troj henchida por la miès rebosa;
Sus verdes galas la campiña ostenta;

Cabe el arado el tardo buey reposa;
Cruza fugaz el cielo la tormenta,
¡Salve estacion feliz, madre abundosa!

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

De Fragueiro

Soneto (inédito)

¿Y Á QUIÉN HAS DE QUERER?!

Y A quién has de querer?! Di, si te atreves,
A quién podrás amar, si á mí no me amas?...
Para mal de los dos, me finges nieves,
Pero yo sé que te consumen llamas!...

Y á quién has de querer?!... Por más que lleves
Cubierto el corazon de férreas lamas,
Ellas... para mi amor serán tan leves,
Como son para el viento hojas y ramas!

Y á quién has de querer?!... Ya me has querido,
Y el amor, que es amor, amor persiste...
Aunque á tí con ruindades te han dormido,

Bajo tu sueño efímero, él existe!...
No germina la hierba del olvido,
Donde brotó el amor... tú me quisiste!....

RAFAEL A. FRAGUEIRO.

INTIMA

A quién quieres tú más, dí,
á mí ó á Dios? ¡dílo!
—¡A Dios!
—¡Ah! ¿Con que á Dios?
—¡A los dos!
(y luego al oido) ¡A tí!

JOAQUIN M. BARTRINA.

PENSAMIENTOS

EL artista es un soldado que se sale de las filas de un ejército y marcha delante como jefe ó como desertor.—*Paul de Saint-Victor.*

Una mujer á la que no se ha amado todavia es una cancion que no se sabe.—*Alfonso Daudet.*

Los dioses estaban borrachos cuando hicieron al hombre.—*Virgilio.*

Un estúpido vuelve á su casa á hora avanzada de la noche, y no puede conseguir abrir la puerta:

—Qué torpe soy, exclama; ahora me acuerdo de que eché el cerrojo esta mañana, y al salir se me habrá olvidado descorrerlo.—*Nemo.*

El hombre que duerme sin celos, es como el que vive sin luz: puede sentir al brazo que va á herirle, pero no le vé.—*Alfredo de Musset.*

La lengua que habló Fidias todo el mundo la entiende, porque la aprendieron los mármoles y éstos no olvidan nunca. *Julio Janin.*

—

El sol es una hipérbole de fuego.—*Nestor Roqueplau*

—

El corazon de algunos hombres es una casa que no tiene escalera.—*Balzac.*

—

La mujer es la cuarta virtud teologal y el octavo pecado mortal. *Luis Veuillot.*

—

El nombre de las mujeres perdidas corre como sus besos por todos los lábios.—*Alfredo de Musset.*

—

El reloj de arena consiste en un vaso de cristal, desde el cual cae tierra poco á poco hasta tanto que el cristal esté vacio y la tumba llena.—*Shakespeare.*

—

Yo no concibo el infinito porque nací ayer y moriré mañana.—*Enrique Heine.*

—

La mujer es la parte nerviosa de la humanidad y el hombre la parte muscular.—*Emilio Zola.*

—

Al avanzar en edad se cometen dos tonterias: la de envejecer y la de tener razon.—*Balzac.*

—

Una de las cualidades más esenciales del poeta, la más esencial quizá, por lo que se refiere al contenido de su obra, es un sentimiento grande y profundo de la naturaleza. Cuanto mayor sea la simpatía del poeta por las cosas naturales, será tanto más verdadero y gran poeta en la sustancia de sus pensamientos.—*José Chiarini.*

—

Acuérdate de no creer.—*Máxima Griega.*

—

Los ruiseñores no cantan mas que en la primavera. Son tenores perezosos que están nueve meses sin contrata.—*Cárlos Dickens.*

—

Sucumbió: era el cuarto de hora del diablo. Prenguntad á Luzbel y él os contará cómo se pierde el cielo.—*Lord Byron*

—

Las lágrimas son suspiros ó risas llevados á la exageracion.—*De Stendahl.*

—

La apoteosis de la Malibran prueba su envidiable adaptacion al gusto del público por la novedad artística. Ella fué grande porque su organismo de cantora y de artista respondió perfectamente á las nuevas necesidades del arte respecto á las modificaciones del gusto en los espectadores. Si hubiese imitado á la Pasta, no habría sido más que un cantatriz de segundo órden; pero porque no imitó—ayudada por el estudio y por la naturaleza—alcanzó esa fama que conserva todavia la tradicion.—*Sthecchetti.*

—

La *Curée* de Emilio Zola es una novela breve, rápida, sin distracciones y sin desviaciones; recta y fulminea. Como obra de arte, es la mejor novela de Zola; por su simpliciad de arquitectura, por su unidad y rapidez de accion y por su concentracion de fuerza. Se ve allí la mente superior y tranquila que dispone y ata los hilos, sin ninguna especie de distracciones ni de desviaciones.—*Francisco de Sanctis.*

—

La gloria es el gran alimento para el estómago intelectual de los grandes: á los gusanos, á los chicos, lés pesa tanto como el plomo.—*Gerard de Nerval.*

—

Los copos de nieve del invierno se convierten en mariposas blancas de reflejos plateados, á impulsos de los besos tibios de la primavera. – *Victor Hugo.*

No falta quien sostenga que el arte es más grande que la naturaleza.—Esto equivale á decir que las pulgas son más grandes que los elefantes.—*Sancho Paturot.*

—

La anécdota es la tienda al por menor de la historia.—*Edmundo de Goncourt.*

—

El sol es el puntal *factotum* del Universo.—*Cárlos Dickens.*

—

El honor es la poesia del deber.—*Alfredo de Vigny*

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 23

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
—	—
A 4 CR	D toma A
D 4 AD (jaque)	R toma D
C 3 R (jaque)	R 6 AD
P 5 D (mate)	
1.ª variante	
A 4 CR	D toma C
D 5 AD (jaque)	R 5 R
A 3 AR (jaque)	R 6 R
P 5 D (mate)	
2.ª variante	
A 4 CR	A 2 R
C toma A (jaque)	R 5 R
P 5 D	Cualquiera
D dá mate	
3.ª variante	
A 4 CR	A 3 CD
D 6 AD (jaque)	R toma D
C 7 R (jaque)	R 2 CD
A 8 AD (mate)	

Tiene otras variantes de fácil solucion.

—

La solucion exacta nos fuè enviada por Eduardin y El Duende.

FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

Bien haya llanto que corre,
Bien haya el ave que canta
Bien haya la hinchada nube
Que en torrentes se desata.

Triste nube la que el rayo
No puede soltar, y pasa
Devorada por el fuego
Que en su propio seno guarda.

Ave triste el ave muda,
Que á su pena solitaria
Ni halla el consuelo de un eco
De la cóncava cañada.

Triste mal el que no gime,
Triste llanto el que se cuaja;
Que al fin lágrimas que corren
Corriendo se desamargan.

—

Rafeto, Riana, Alex y O. P. enviaron la solucion.

GEROGLÍFICO NÚM. 23

No beberé de esta agua

—

Fuè descifrado por O. P., Riana, Lolò, Rafeto, Fugo y Listo.

CHARADAS

No sé si *tercera* y *prima*
Come *segunda* y *tercera*,
Mas sé que aquél es hervíboro
Y que la otra es una yerba.

—

Hubo un *todo* que fué el diablo
Pero no todos lo son
Pues conozco más de uno
Bueno como alma de Dios.

OTRA

¡Guarda con *primera* y *tercia*,
Todo! que si al *dos* y *prima*
Acude, *tercia* y *primera*
Te deja de la cojida.

OTRA

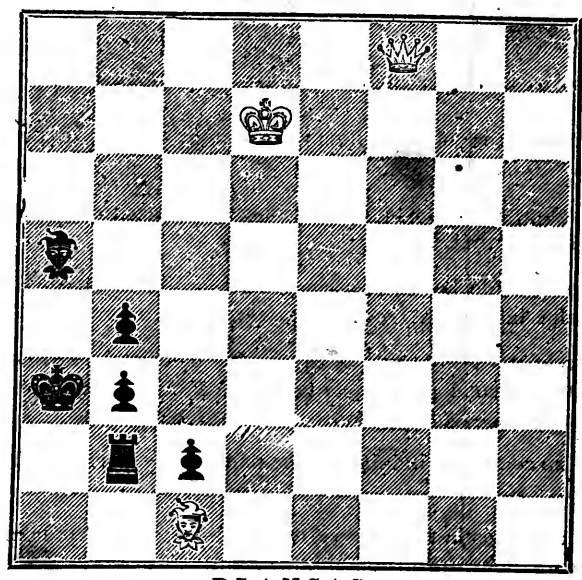
Los *dos* y *cuatro* me paso
Viendo los *primera* y *cuarta*
Que entran á cada juzgado
A representar su farsa.

—

Tercera, segunda y *cuarta*
Andan este año los tales
Pues por escribir sus *todo*
Los conchavan por dos reales.

Problema de Ajedrez por Cisne

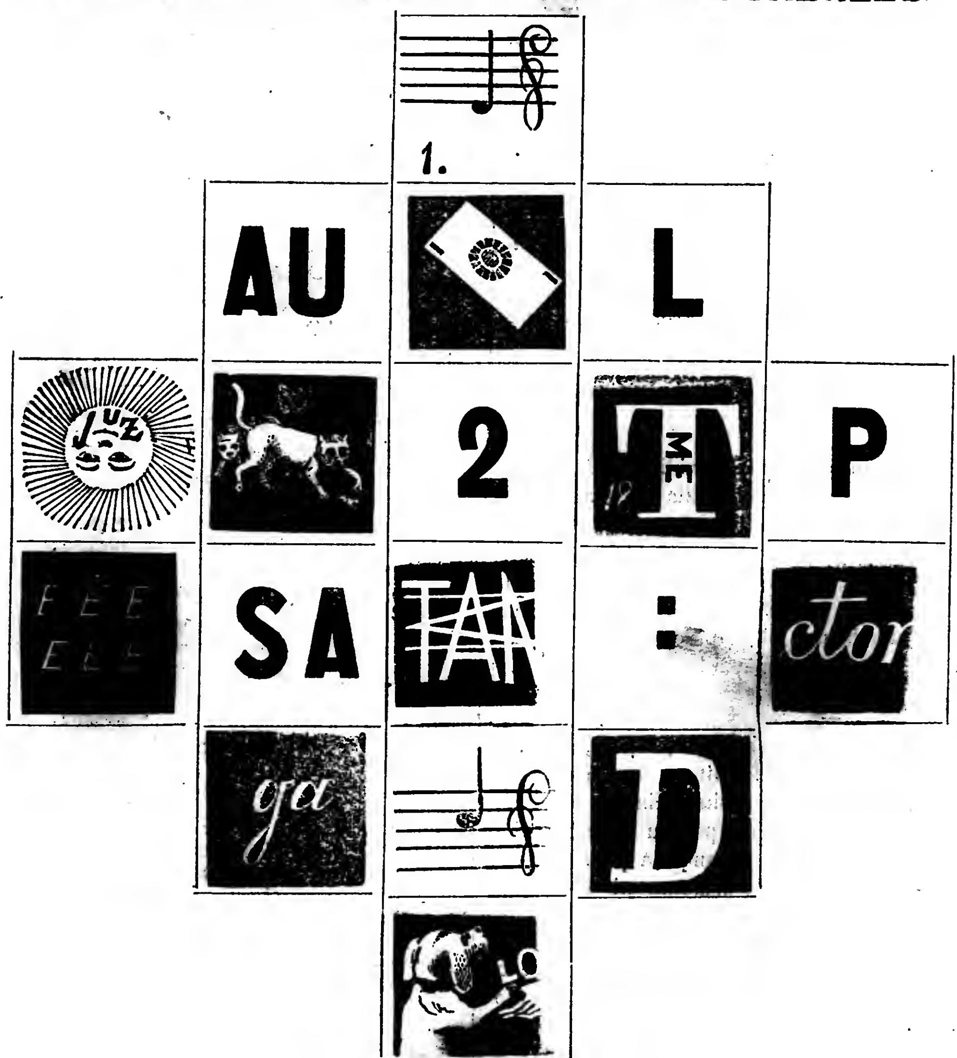
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 24 Y SALTO DE CABALLO



Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la casilla núm. 18.



EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Enero 21 de 1884. MONTEVIDEO. Vol. I.—Núm. 25.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO TERCERO

—

LOS PASATIEMPOS DE MARTA

EN Enero de 1875, era Montevideo teatro de sangrientas escenas y esperimentaba grandes conmociones políticas. —La familia Valdenegros, que todavia habitaba la quinta del Miguelete, tuvo que ir á hospedarse en un hotel de la ciudad, pues no parecia prudente permanecer en las afueras miéntras durasen aquellas circunstancias anormales.—Marta, muy fastidiada con la vida tumultuosa del hotel, preguntó á sus abuelos si no habia llegado ya la oportunidad de regresar á Buenos Aires. - Esta pregunta encerraba un deseo, y el deseo encontró al punto la eterna condescendencia de aquellos bondadosos ancianos.

¿Por qué deseaba Marta volver á la ciudad natal?—Ella misma no hubiera podido esplicárselo.—Obedecia fatalmente á la incurable versatilidad de su espíritu, siempre inquieto, y ya viciado en el placer de realizar hasta las menores veleidades del momento.—Pero grande fué, y dolorosa, la decepcion de su alma, cuando se encontró de nuevo instalada en aquel opulento palacio de la calle Florida, cuyo fausto extraordinario daba pábulo á populares leyendas.—Interrogaciones siniestras asaltaban incesantemente su espíritu.—¿Para qué tanto espacio, y tanta magestad, y tanto brillo, y tantas maravillas de las artes del lujo en aquella morada silenciosa?—¿Para sus dos abuelos, en los últimos resplandores del crepúsculo de la vida,—siempre triste!—y para ella, bajo los hermosos arreboles de la aurora, pero ya cruelmente azotada por las tempestádes del mundo?—Estaba allí la deslumbrante imájen de la inmensa fortuna que debian dejarle sus mayores, y esa imájen, léjos de halagarla ó enorgullecerla, era en aquellos dias la desesperacion de su existencia.... Todas las mujeres podian amar y ser amadas: pero ella, ¿á quién amaría ella, sin empequeñecer al objeto de su amor con una sospecha infamante?—Esta idea fatal era el veneno de todos sus recuerdos y el corrosivo de todos sus anhelos. Sentia en su corazon una fuerza desbordante, una inmensa necesidad de amar, y creíase al mismo tiempo condenada á mirar á todos los hombres con repulsion instintiva, como si en todos ellos estuviese oculta la celada indigna del Baron Romberg.... Maldecia locamente el destino que la habia hecho nacer en la opulencia; y, amando, como amaba, entrañablemente á sus abuelos, tenia la crueldad irreflexiva de hacerles conocer aquella rebelion impía de su espíritu.... Cierta vez, como hiciese largo tiempo que Marta se encontraba sola en uno de los más suntuosos salones de la casa, fueron los ancianos á buscarla. Paseábase la jóven con aire de meditacion intensa.

—Vamos, *tesoro*, vamos, dijo con Francisco, con todo el aturdimiento de su cariño indiscreto, no te cansas nunca de pensar... ¿en qué pensabas ahora?

—Abuelitos!—respondió Marta, tendiéndoles á entrambos las dos manos,—¿donde hay más felicidad, en los palacios ó en las cabañas?

Don Francisco sintió que la pregunta era demasiado árdua para él, y por medio de un mirada espresiva delegó la contestacion en doña Emilia.

—No sé, dijo esta, con afectuosa gravedad, lo que tú entiendes por *palacios*, y poco he conocido la vida de las *cabañas!* Yo creo, sin embargo, que la naturaleza humana es igual en todas partes, y está, en todas las condiciones sociales, sujeta á incalculables infortunios; pero me parece que puede haber en las cabañas miserias y dolores que no entran jamás en los palacios!

No pudo don Francisco reprimir manifestaciones de enternecimiento, y doña Emilia dejó tambien asomar algunas lágrimas. —Marta llevó á sus lábios las manos de sus abuelos, confundiéndolas en la efusion de un solo beso, y se alejó en seguida, con la cabeza baja, como avergonzada de su egoista ingratitud... Esos rasgos de zalameria patética eran frecuentes en la jóven, y con ellos derramaba un bálsamo oportuno sobre las heridas que ella misma imprudentemente abria!

Otra de las mortificaciones de Marta era el bullicio con que la gran ciudad golpeaba sus balcones desde las primeras horas del dia hasta las altas horas de la noche... Por allí pasaban, sí, todos los rumores de aquel inmenso enjambre humano, donde ella solo creia tener antipatías, envidias, maledicencias y sarcasmos... No se contentaba con sentir aversion por los hombres; abominaba á la sociedad entera. A esa sociedad maligna que conociendo el misterio del nacimiento de Marta Valdenegros, se complacerá en escudriñar todas las líneas de su rostro para descubrir en él las huellas de la sangre salvaje... Esa sociedad burlona, que todavía se rie de la vanidad nécia y pueril con que Marta ha ofrecido las primicias de su amor á trueque de un pobre título nobiliario, cuyo dueño desprecia el amor y ambiciona únicamente la fortuna... Esa sociedad, á quien Marta, en el exceso de su orgullo herido, supone capaz de solazarse con las cuitas de una jóven, solo porque esa jóven es la más opulenta heredera de su época!

Una tarde, á los pocos dias de llegar,—hizo abrir Marta, con gran sorpresa de sus abuelos, las puertas persianas de un balcon, sobre la calle Florida, y fué despues á estacionarse en él, con los brazos apoyados en la balaustrada de mármol. Rodaban estrepitosamente los landós, los victorias, los brocks, todos descubiertos, en un desfile interminable, y hormigueaban las aceras con encontradas corrientes de paseantes. Durante una hora, creyó Marta dar una prueba sobrehumana de fortaleza y de soberbia, desafiando impasible todas las miradas que se alzaban hasta ella con alardes de curiosidad insultante.... Nadie hubiera podido convencer á Marta de que en aquellas miradas no habia tales

alardes, ni en aquella curiosidad tal intencion de insulto —No volvió la jóven á presentarse en el balcon, y todas las puertas persianas de la régia casa permanecieron cerradas en todo el trascurso del verano.

Ya no acompañaba Marta á Da. Emilia para hacer visitas;—pero salia con ella algunas veces de noche, subiendo ambas al carruaje en el patio de las caballerizas, donde tambien bajaban á la vuelta.—El paseo era, pues, completamente de incógnito, y se reducia á ir á respirar aire puro en algun sitio apartado de Palermo, ya transformado en *Parque 3 de Febrero*.—Pero la soledad tenia entónces para Marta escepcionales encantos; y no atreviéndose la jóven, por grande que su atrevimiento fuese, á pretender que la dejasen salir sola, preferia con frecuencia subir á la azotea y pasar allí las horas, ya caminando de un estremo á otro con el paso lento de una melancolía soñadora, dulcemente arrobada por las voluptuosidades de la noche tibia, ya reclinada en un pretil, con sus grandes ojos negros, de mirada límpida, puestos en los astros, casi siempre silenciosa, y alguna vez aprovechando el turbulento rumor que subia de las calles para dejar escapar gritos armoniosos, notas ardientes de canciones ignoradas, ecos vibrantes de reminiscencias que despiertan en el fondo de un alma perturbada... ¿Y don Francisco y doña Emilia? Cediendo á los reiterados ruegos de la nieta, se resignan á quedarse abajo, sin vigilarla, sin interrumpir sus devaneos, fingiéndose recíprocamente la atencion en una de aquellas partidas de damas ó *besigue* que ántes tenian la virtud de embelesarlos y que ahora parecen jugadas por sonámbulos; pero cuando llegan á sus oidos, por acaso, el canto nocturno y misterioso de la nieta, hasta el mecanismo del juego se interrumpe, y los abuelos se contemplan con emocion indecible... Baja, baja pronto, para devolver la vida á esos ancianos!—Ven á darles testimonio de razon serena y corazon abierto á la esperanza... Ah! nunca ha desoido Marta esas voces instintivas de una conciencia pura.... Satisfechas sus fantasías poéticas, acude siempre á donde están los abuelos, y los colma de caricias, y los obliga á continuar con ella la partida... Rie, loquea, como en los mejores tiempos; y cuando se despide presentando su frente para que le dén el último beso de aquel dia, tienen los ancianos un momento que los hace reyes de la felicidad en la tierra!

En medio de las desdichas que se forjaba á sí misma, habia encontrado Marta un consuelo en la amistad de Orfilia Sanchez, única persona que seguia gozando de sus intimidades.—Tenia Orfilia el admirable tino de no irritar á su amiga con bruscas contradicciones y de no aburrirla con monótonos consejos; mas no perdia ocasion de apaciguar indirectamente sus agravios de susceptibilidad exajerada, sus sombríos recelos y sus declamatorias congojas. Haciale ver constantemente los aspectos agradables de la vida, sin exaltar demasiado los goces que ella proporciona, y procuraba demostrarle con ejemplos de una filosofía natural, cuya sensatez solia rayar en filosofía científica, que siempre es fácil ser feliz, á condicion de no aspirar violentamente á serlo.... Algo de esta profundísima verdad lograba Marta vislumbrar, cuando se apercibia de haber dejado correr las largas horas de un pesado dia de verano, despreocupada y contenta, sin más distracciones que la de oir hablar á Orfilia y juguetear con su niño.... Doña Emilia y don Francisco quedaban cada dia más prendados de las cualidades morales que embellecian el carácter de aquella linda jóven, y hubieran deseado que ella fuese la inseparable compañera de Marta....

Desgraciadamente, mediaban circunstancias que influian sobre Orfilia para hacerla exajerar el fervor de sus deberes conyugales, en cierto modo incompatibles con las asiduas relaciones de una niña soltera.—Esas mismas circunstancias la determinaban á no imponer á su marido una familiaridad escepcional en la opulenta casa de los Valdenegros... El doctor Arismendi atravesaba un periodo de grandes dificultades pecuniarias. A causa de su participacion en el movimiento revolucionario, habia perdido sus empleos y trabajaba de abogado, luchando con las desventajas comunes á todo principiante, y las especiales de su posicion política.—Jóven y taciturno por naturaleza, sentíase ahora singularmente afectado por los rigores de la suerte, dejando resbalar su espíritu hácia la peligrosísima pendiente de la misantropía... Ah! con qué arte delicado y encantador sabia Orfilia persuadir á Eduardo de que ella era absolutamente insensible á los halagos de la fortuna y á las privaciones de la pobreza!.... Con qué recrudescencia de coqueteria amorosa conseguia estinguir el lamento y hacer brotar la sonrisa en los severos lábios de Eduardo!—Sutilizaba ella el optimismo de una manera irreprochable.—Habian tenido que desalojar la casa, situada en el centro de la ciudad, donde estaban instalados desde el dia de su casamiento, y tomar otra de mucho menor precio en uno de los barrios espaciosos del Sur,—y Orfilia demostraba á la evidencia que la nueva morada era mucho más higiénica, y aseguraba que Eduardito tenia *otros colores* desde que no respiraba el aire envenenado de los barrios populosos!—Ahora, el doctor Arismendi necesitaba hacer una larga caminata para ir todos los dias á su estudio, y ella le repetia con frecuencia:—«Te noto con muy buena salud; debes atribuirlo al ejercicio; segun los médicos, no hay nada más funesto que la vida sedentaria»... ¿Debia reducirse el personal del servicio doméstico? Tanto mejor! «La cruz de una verdadera señora de su casa es tener que gobernar á muchos criados.» -En materia de economías, por otra parte, ella tomaba iniciativas audaces, y aun fingia aires impertinentes para hacérselas aceptar á Eduardo, que no deseaba otra cosa!—La familia, sin embargo, conservaba cierto tono,—que parecia cifrarse en el tocador esmerado de la madre, y en el aspecto del niño, con la carita fresca como si á todas horas acabase de salir del baño, y las telas de su traje tan blancas como la espuma de una ola constantemente renovada... Nunca faltaban flores en la casa, ni dejaba de brillar una sonrisa plácida en el semblante de su dueña... Ignoraba Orfilia las amarguras de la envidia y parecia ignorar á la vez los propios méritos.—No tenia palabras hirientes para recriminar faltas ajenas, y eran los dias de su existencia como una fácil trama de virtudes benévolas, amables, graciosas!

Cuando llegó el invierno, Marta estaba más tranquila; pero siempre obstinada en la vida de reclusion que había abrazado... Instábanla don Francisco y doña Emilia para que fuera á la Opera.—No aceptó; no queria exhibirse, estaba mejor en su casa! —Resignáronse aquellos á tolerar esa resolucion inquebrantable..... ¿Inquebrantable?—Un buen dia encontró Marta sobre una mesa de las galerias la invitacion para un baile del Club del Progreso.... Habiánla abierto sus abuelos, y dejádola allí como una cosa pérdida.... La nieta fué de otra opinion!

—Quiero estrenarme en este baile, dijo con imperio;—quiero ir toda de blanco, sin adornos en la cabeza, sin halajas, como la menos rica de las niñas que concurran.... Nos veremos cara á cara con esos señores del Club!

Este nuevo rumbo de los caprichos de Marta fue halagüeño para sus abuelos.

—Al fin entra en caja!—dijo don Francisco, cuando estuvo á solas con su esposa.

—Ya era tiempo! respondió doña Emilia.

Escusado es decir que la voluntad de Marta fué estrictamente respetada.—Se presentó la niña, en los salones del Club del Progreso, vestida de blanco, sin adornos en la cabeza y sin una sola halaja; pero, trás de aquella aparatosa sencillez, habia en la actitud de su cabeza, en su mirada, en sus movimientos nerviosos, manifestaciones inequívocas de recelosa soberbia....Parecia, de veras, la hija destronada de uno de los reyes de la tierra.

A la hora de vestirse, habia tenido vacilaciones estrañas, ama-

gos histéricos; y fué menester toda la dulce influencia de la palabra de Orfilia para decidirla á no dar á los abuelos el disgusto de una contra-resolucion inesperada.—Resultó de todo esto, sin embargo, que no pudo Marta llegar al Club hasta la una y media de la mañana, con lo cual creyeron los concurrentes al baile encontrar una confirmacion elocuente de las excentricidades que daban fama poco favorable á la heredera de los Valdenegros .... En esa hora avanzada, todas las parejas estaban ya muy hechas, por decirlo así, y una de las primeras con que tropezó nuestra heroina fué la del Baron Romberg ceremoniosamente dedicado á Pancha Ovalle... Santo Dios!—¿Era aquel el hombre que habia logrado apasionarla durante algunos meses?—¿Podia esto concebirse?—En su sarcástico despecho de sí misma, Marta justifica de antemano la espresion irónica y burlona que cree descubrir en las miradas de todos, cuando le abren paso en el salon... Un caballero á quien no conoce, un galante de profesion, le ha ofrecido el brazo á la salida del *toilette*, y ella lo ha aceptado con indiferencia, y allá vá, sin escuchar las palabras banales de su compañero, murmurando, con los dientes apretados y la mirada estraviada: «qué suplicio!—qué espiacion!»

No habiendo todavia frecuentado la sociedad, tenia Marta pocas relaciones personales, y la verdad era que casi todos los jóvenes sentian timidez ó escaso halago para improvisar amistades con ella.·. Sabiase que era superlativamente estravagante; la suponian locamente envanecida con el rango que le daba su colosal fortuna, y para colmo de males la veian ahora presentarse dominada por una gran excitacion nerviosa!—De nada le valieron sus hechizos,—que eran adecuados para resaltar en un baile, porque si las facciones de su rostro carecian de clásica perfeccion, no dejaban en cambio de tener originalidad atrayente, fuerza comunicativa de juventud, de amor, y al descubrir su busto, descubria ella un modelo de coloracion y de forma... En vano, los señores amigos del señor Valdenegros hicieron esfuerzos para encauzar hácia Marta simpáticas corrientes... Prestábanse los jóvenes á bailar con ella, que los recibia como á enemigos solapados, y ellos, al fin, ofendidos por aquella altivez sombría, llegaban efectivamente á serlo... Una profunda angustia torturaba el corazon de Marta... Le costaba reprimir las lágrimas... A su alrededor, las fisonomías abiertas, las miradas espansivas, las embriagueces del baile, la tierna gravedad de los enamorados, el aleteo de todas las esperanzas, el canto de todas las alegrías,—y ella, sintiendo solo removerse ondas de amargura en el fondo de su espíritu reconcentrado!—Era necesario acabar. Acércóse Marta á doña Emilia y le dijo al oido: «Así que me veas cambiar de compañero, me llamas, y me pides que nos retiremos porque estás indispuesta.» Hízolo así doña Emilia, con advertencia prévia de su esposo, y ántes de las tres y media la familia Valdenegros estaba ya en su casa, habiendo observado en el camino un pacto tácito de reservado silencio. Marta, así mismo, pudo fingir una sonrisa para despedirse de sus abuelos. Momentos despues, una criada previno á doña Emilia que la señorita queria desvestirse sola y habia cerrado con llave la puerta de la alcoba... Allá fué doña Emilia, y aplicó el oido.... Marta desgarraba su vestido y sollozaba á gritos... Tambien acudió don Francisco, naturalmente alarmado por la ausencia de la señora; y ambos, callados y perplejos, permanecieron en la oscuridad, con el oido en la puerta de la alcoba, hasta que la profundidad del silencio les indicó claramente que Marta se habia rendido al sueño.... Los rayos del sol iluminaban ya las galerias que los ancianos recorrieron para volver á su cámara nupcial!

La crisis pasó pronto.—Renovó Marta su propósito de renunciar á las exhibiciones del mundo, y Orfilia y su *bebé* volvieron á suministrarle gratísimos consuelos.—Pero aquel espíritu no podia estar largo tiempo en reposo. Al acercarse el verano, declaró Marta categóricamente que quería pasarlo en el campo.—«Iremos á la quinta de Barracas,»—dijo don Francisco... No! eso es imposible! La quinta de Barracas evoca en Marta el recuerdo odioso del Baron Romberg.... Pensar en las Alamedas, ó en cualquier otra estancia, era tambien imposible.... Los abuelos de Marta tenian terror pánico a las estancias, y ella misma sentia perturbada el alma cuando por acaso renovaba la memoria de su convalescencia.... Doña Emilia tuvo entonces una buena idea;—propuso pasar la temporada en el Tigre.—Marta aceptó de buena gana el proyecto.—Conocia aquel sitio y le agradaba. —Además, durante su permanencia en Montevideo, bañándose en el Miguelete, habia aprendido á nadar, y este ejercicio la recreaba mucho.—Tambien el andar en bote, manejando el timon ó remando, habian sido uno de sus pasatiempos orientales, y todo eso podia reproducirlo con ventaja en las aguas más caudalosas del Tigre.—Cosa arreglada entonces!—Hay una quinta en venta y don Francisco la adquiere sin pararse en precio.—Encuéntrase la casa un poco deteriorada, y á toda prisa ordena don Francisco las refacciones convenientes.... Está abandonado el jardin, y don Francisco, deseando tener á su lado servidores de confianza, hace venir de las Alamedas, donde son ya menos necesarios, dos de sus mejores jardineros.... A fines de Noviembre, la familia Valdenegros ocupaba ya su nueva propiedad, sobre la márgen derecha del Tigre, á corta distancia de la Estacion del Ferro-Carril del Norte.

La casa era modesta, pero espaciosa y alegre, con un corredor voladizo al frente, circundada de álamos y sauces, por todas partes adornada con abundosos ramajes de glicina.—Hácia el fondo del jardin habia otro edificio pequeño y pintoresco, destinado á huéspedes.—Orfilia y el doctor Arismendi debian aprovecharlo con frecuencia. Entre las dos familias eran las relaciones cada vez mas estrechas.—Habiendo fallecido el doctor Velez Sarfield, abogado antiguo de don Francisco, llevó este sus asuntos al doctor Arismendi... Honra y provecho de primer órden para el jóven abogado!—Orfilia habia exigido á Marta que se abstuviese de hacerle regalos mientras durasen las circunstancias difíciles de su marido;—pero sintió una satisfaccion indefinible ante el honrosísimo regalo de los asuntos del señor Valdenegros.... Establecida así la proteccion, sobre una base de recíproca utilidad, ambos aceptaron ya sin reservas todas las afectuosas distinciones que les brindaban en aquel hogar opulento.

Cuando Orfilia pasaba algunos dias en el Tigre, Marta, por propia inspiracion, se subordinaba á una vida ordenada y discreta;—pero, encontrándose sola, daba rienda suelta á sus caprichos; y ahora los caprichos de la nieta imponian á los abuelos mortificaciones angustiosas.—Habíale entrado el furor de la navegacion, consiguiendo que don Francisco adquiriese para ella embarcaciones de diverso género.—Al principio, toda escursion se hacia con buenos marineros y en compañía de los ancianos, que jamás se acordaban de su edad para reclamar sosiego.—Poco á poco, les hizo Marta comprender que los paseos serian más lindos, aunque fuesen más cortos, si ella misma les sirviese de remero, manejando el timon don Francisco.—No se detuvo ahí.—Por via de ensayo, se embarcaba sola en el más leve de sus botes y daba vueltas delante del pequeño muelle donde los abuelos se situaban para no perderla de vista... No hay peligro de ninguna especie... El botecito es ligero, pero muy seguro... Además, ¿no es ella ya una gran nadadora?—Puede alejarse algunas cuadras... De dia ¿qué pudiera sucederle?—¿No es lo mismo una noche de luna?—Pues de dia y en las noches de luna, el débil *gig* de Marta Valdenegros surca durante largas horas las aguas á menudo torrentosas del Tigre... Es fácil figurarse la sensacion de sobresalto con que doña Emilia y don Francisco esperan en el muelle el arribo de la temeraria argonauta,—pero seria imposible describir exactamente los recursos espontáneos de caricias y lisonjas con que Marta sabe recompensar la complacencia de sus abuelos y dejarlos con el ánimo preparado para repetirla al dia siguiente!

Tambien la equitacion habia hecho una entrada vigorosa en las fantasías de Marta.—Tal ejercicio iba siendo incompatible con los años y los achaques de don Francisco; pero la nieta es prudente á ese respecto.... oh! sí, muy prudente.... Ni pretende ni quiere que su abuelito la acompañe.... Si pide que le tengan en la casa un caballo manso, es para ir algunas veces al costado del carruaje de los abuelos, ó andar sola dentro de la misma quinta. .. ¿Cómo negárselo?.... Comenzaron así los ejercicios ecuestres de la jóven, y al poco tiempo no se esplicaban los ancianos cómo de condescendencia en condescendencia, de resignacion en resignacion, subyugados por la idolatría de aquel ser tan caprichoso, habian llegado á permitir que Marta hiciese ensillar su caballo por la mañana y por la tarde, y se alejase al galope, enteramente sola, para no volver sino una ó dos horas despues.... Ansiosa espectativa! Don Francisco subia á un pequeño mirador de la casa y tendia su anteojo de larga vista en todas direcciones... El silbato de las locomotoras hacia estremecer horriblemente á doña Emilia.... Marta cruzaba á menudo los rieles, y la señora estaba esperando siempre el momento en que le viniesen á prevenir que su nieta habia sido despedazada por alguno de los móustruos de hierro!

Entre tanto, aquella extraordinaria actividad corporal parecia de excelente higiene para el alma enferma de la jóven... Se hacia dulcificado un tanto su carácter... Estaba habitualmente serena... Mostrábase muy sensible á los encantos de la naturaleza... Gozaba con las flores, con los pájaros, con los crepúsculos que derramaban su púrpura sobre las águas ondulantes, con las luciérnagas que relampagueaban entre los juncales de las dos orillas, con las lluvias plateadas de la luna, con las mareas poderosas y fecundas del rio... Al mismo tiempo, una despreocupacion absoluta de los hombres... No los miraba, ni le importaba que se detuviesen á contemplarla cuando vogaba en su esquife ó galopaba en su corcel, incomparablemente desdeñosa....

Esa era la vida de Marta Valdenegros en Febrero de 1876, cuando Rodolfo De Siami resolvió poner término á su ostracismo diplomático; y el sábado aquel, cuando don Francisco, al volver de la ciudad, anunció muy complacido que *el sobrino* los acompañaria á comer al dia siguiente,—esta noticia dejó á la nieta perfectamente impasible.

(*Continará.*)

El taller de una artista

ES una pieza pequeña, iluminada por dos puertas que dan sobre la azotea de la espléndida casa en que habita la artista que ha decorado las paredes de aquel taller con cuadros y bocetos desde el zócalo hasta el techo.

Reina allí un desórden artístico, dejado todo como al descuido pero al mismo tiempo con gusto, con esa coquetería propia de la mujer, que áun en sus abandonos sabe ser graciosa, obedeciendo á un sentimiento íntimo que en ella impera sin que ella misma se dé cuenta del dominio á que está sometida.

Se ven en aquellos cuadros los progresos que la distinguida artista ha ido paulatinamente alcanzando á medida que su criterio estético se desarrollaba. Allí están las primeras figuras trazadas con líneas duras, iluminadas con colores chillones, aplastadas sobre el lienzo, proyectadas las sombras sin gradaciones; todo muerto, todo frio; algo así como el caos del arte en que no brilla todavía ni un resplandor del genio que anima sus creaciones.

¿Por qué conserva la artista esos malísimos cuadros al lado de los que ya se hacen notar por la dulzura de los contornos, por la armonía de los colores, por el tono del sombreado que pone de relieve sobre la tela los detalles de la obra? Tal vez los guarda porque le recuerdan sus primeros pasos en la vida del arte, como guarda un estudiante las planas de palotes que por primera vez garabateó en la escuela. Sus malos cuadros del comienzo son tan suyos como los buenos de ahora, y á todos los quiere talvez por igual, como quiere una madre por igual á todos sus hijos, aunque entre ellos haya alguno defectuoso y contrahecho. Quizás los conserva para su propio estímulo, recordándole éstos la ceguera en que vivia cuando recien tomó los pinceles, y viendo en sus propias obras todo el camino recorrido hácia adelante á medida que en ella se ha ido perfeccionando el sentimiento artístico.

¿Se aprende á pintar, á cantar, á escribir?... Dicen que hay maestros que lo enseñan, pero yo no lo creo. El maestro puede enseñar la materialidad de combinar en la paleta los colores, ó la disposicion de las notas musicales en el pentágrama, pero nada mas. No enseña á crear, y es por eso que sólo crean los que se sienten inspirados por esa fuerza desconocida que da vida á la música, á la pintura, á la poesía, á todas las manifestaciones del arte que duermen hasta que las despierta el genio.

La poesía no está en los versos, como no está la pintura en los colores ni la música en las notas. Las notas, los colores y los versos son el barro con que se formó el cuerpo de Adan, y en barro quedan miéntras la inspiracion no las anima; esa inspiracion que hace de una romanza todo un poema, y de un cuadro toda una vida, revelando en las cadencias de la armonía y en los claro-oscuros de los colores el sentimiento que electriza y conmueve á los que saben comprender y sentir las emociones del arte.

En nuestra sociedad descuella el sentimiento artístico de la música porque es el único con que estamos familiarizados. Ha habido escuela en nuestros teatros para educar el gusto musical, pero ni nuestras plazas, ni nuestros museos tienen esas esculturas y cuadros que forman el criterio en las demás manifestaciones del arte. Tenemos hábiles tocadoras de piano, distinguidas aficionadas de canto, pero no tenemos pintoras ni poetizas, salvo una que otra escepcion, entre las cuales cuento á la autora de los cuadros que visten el taller de que me ocupo.

En la Exposicion Continental de Buenos Aires tuve ocasion de ver reunidas muchas pinturas, obras de aficionadas de aquella ciudad y de la nuestra, y aunque me cueste decirlo, confesaré que en general todo me pareció muy malo: las copias pobres, los originales pésimos, dura la ejecucion, nada en fin que revelase un destello de inspiracion, ni siquiera de buen gusto. He dicho que tal fué la impresion que recibí *en general,* con lo cual quise significar que no todo era merecedor de censura, y entre las escepciones, quiero y debo señalar un cuadro de la señorita Eleonora Pacheco, que revelaba en la autora un delicado sentimiento poético.

El asunto del cuadro era al parecer insignificante, y sin embargo habia en él motivo bastante para escribir todo un libro. Sobre una mesa una calavera, y al lado, un ramo de pensamientos. Hé ahí todo. Pero en aquella agrupacion al parecer híbrida de la muerte con la vida ¡cuánto contraste resaltaba! cuánta elocuencia en la muda desnudez del cráneo con las cuencas de los ojos profundas como abismos y la boca estirada en una sonrisa sarcástica como haciendo burla del orgullo de los vivos, al lado de aquellas flores de pétalos oscuros y aterciopelados pintados con manchas de oro que remedaban los ojos vacios y la nariz hueca de la calavera!

Hacia pensar el tema del cuadro; habia en él la revelacion de un sentimiento íntimo que la autora confiaba á los que sabian comprenderlo. No era aquello el realismo del arte, pero sí la poesía del arte; era un poema de desencantos escrito en colores; era la síntesis de la vida humana, representadas las ilusiones en las flores, que de la noche á la mañana se marchitan, y los desengaños en la calavera, triste y repugnante despojo de la belleza, de la mirada abrasadora, de la sonrisa atrayente, de todos esos combustibles que encienden la hoguera del amor y que se apagan despues al soplo frio del olvido.

No he visto otros cuadros de Eleonora Pacheco, pero aquel solo me bastó para comprender que se agitaba en ella una alma de artista. ¿Qué

maestro podia enseñarle á combinar aquella escena de un drama íntimo? Lo que se siente no puede aprenderse; brota con la misma espontaneidad con que brotan en los troncos de los árboles y en los poros de las rocas los claveles del aire, llevado el pólen que los fecunda por un algo invisible que los hace germinar, como germina el sentimiento artístico fecundado por la inspiracion. El arte no se hace ni se copia: se siente.

Y así lo siente la dueña del taller que en este momento visito. En sus cuadros hay vida, hay animacion, hay luz. Los ojos de sus figuras miran, y por la frente parece que se ven cruzar en palpitante carrera los pensamientos. No tiene maestro que la enseñe; ella pinta sola, reproduciendo todo lo que la rodea: los grupos de plantas que adornan el patio, los panoramas que desde la azotea abarca; retratando á sus amigas, á sus sirvientes, á los mendigos que ella socorre; buscando los originales de sus cuadros en todo aquello que puede servirle de motivo de estudio; pero por lo mismo que no tiene un maestro no se vé contrariada en sus inclinaciones, y pinta obedeciendo á su inspiracion, Sus cuadros no son de imaginacion, pero tienen toda la poesía de la verdad. Hay un retrato de la madre en que se adivina todo el tesoro del amor de la hija. La ha pintado llena de bondad, haciendo que sus facciones reflejen todo el cariño á que ella aspira: la mirada dulce, la frente serena, los lábios lijeramente plegados en una sonrisa plácida, con esa placidez con que una madre sonrie á su hija.

Otro de los cuadros representa á Maruja Cibils, vestida con un traje de la época de Luis XV. Parece una damita de Corte, con su talle esbelto y delgado, cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas rodeadas de una pluma esponjada, y los contornos del rostro encerrados dentro del marco de la gola exajerada que en aquella época se usaba.

Como estudio sobresaliente, me llama la atencion una cabeza de negro, llena de vida, vigorosamente acentuados los rasgos de la cara, la frente angulosa en las sienes, los pómulos salientes, la nariz chata, cuadrada la barba, blanqueando entre los lábios morados una doble fila de dientes parejos y unidos, los ojos con ramazones sanguinolentas, las mandíbulas fuertemente pronunciadas; en una palabra, prolijamente detallados todos los caractères de la raza.

Tambien merece fijar la atencion este cuadro que representa á una vieja campesina, tostado el cútis por el sol y rayado con mil grietas por los años; las venas del cuello tirantes como cuerdas de contrabajo apenas cubiertas con el pellejo arrugado; los ojos fruncidos por el relajamiento de los párpados, y escapándose por debajo del pañuelo que le cubre la cabeza algunos mechones de canas ensortijadas. Gran verdad hay en ese cuadro. Es un estudio que revela á una verdadera aficionada.

Está el taller tapizado de otros estudios, á medio concluir los unos, apénas boceteados los otros, caras allí, allá manos, acullá paisajes, aquí ramos de flores, racimos de frutas, alhajeros cubiertos de joyas, y en el medio de la pieza el cabellete que sostiene la tela, recostada contra uno de los pies la paleta en que brillan en abirragada mezcla los colores, esparramados en torno los pinceles, y como divinidad que preside aquel pequeño templo del arte, un magnífico busto en yeso del Apolo de Belvedere con sus clásicas líneas de varonil belleza.

Entre las buenas cópias que la artista tiene en su galería, descuella un bellísimo cuadro titulado: *la inspiracion musical*. Figura una mujer jóven, delicada, rubia, alta y esbelta de talla, ricamente vestida con una pollera de *gros* celeste pálido, y una bata negra de terciopelo. Está de pié frente al piano, con una de sus afiladas manos apoyada sóbre el teclado, y la mirada perdida en el vacío, como buscando la nota que ha de completar la armonía. Hace muchos años ya que vino á Montevideo ese cuadro original, y recuerdo siempre que entre la numerosa y variada coleccion de que formaba parte, se destacaba por la belleza de la composicion y por la esmerada ejecucion de los detalles.

Hay efectivamente sentimiento artístico en aquella mirada soñadora de mujer delicada; la cabeza, graciosamente modelada, parece reflejar los destellos de la inspiracion, materializados en la cabellera rubia que la envuelve semejando una aureola dorada. La cópia es esmeradísima y en nada desdice del original, como tampoco desdicen otras cópias que se ven en la galería.

Pero á la artista hay que juzgarla por sus obras y no por las agenas, y la dueña del taller tiene sobradas para mostrar su talento creador. Su criterio no está fijado todavía; se vé que vacila entre este género y el otro, pero revela ya marcada predileccion por el retrato, al que sabe dar verdad y vida. Su coleccion de retratos es numerosa, y me ahorro la tarea de detallarlos diciendo que en todos ellos se ven rasgos notables de animacion y parecido, haciéndose distinguir por el colorido de la carne.

Tengo á la vista tambien un álbum de bocetos al lápiz en los que la distinguida aficionada da muestra de la valentía de sus rasgos, trazando en cuatro líneas una figura llena de vida. Cada hoja del libro es un recuerdo tributado á la amistad. Cada uno de sus amigos y amigas ocupa una página del álbum; ellos y ellas le han servido de modelos sin saberlo quizás, distraidos en la conversacion, miéntras ella sorprendia sus rasgos prominentes para trazarlos rápidamente en el papel, reflejando así cada uno de los retratos la actitud y el gesto del momento: sérios los unos, otros risueños; distraidos éstos, aquellos espresivos, y todos llenos de esa verdad que el arte dá á sus creaciones.

Y á todo esto, no he dicho todavía quien sea la dueña del taller que visito, y no lo diria por temor de incurrir en una indiscrecion, sino fuera que la mayor osadía ha sido la de revisar sus cuadros, que modestamente oculta, sin que ella misma lo sepa. He llegado al taller como tomándolo por asalto, y lo más lejano que tiene la señorita Josefina Cibils de su pensamiento es el suponer que á estas horas admiro yo suss telas y rindo tributo á su talento pictórico presentándola á los lectore de *El Lúnes de la Razon* como una de las más distinguidas aficionadas de aquende y allende el Plata.

SANSON CARRASCO.

EL ÚLTIMO BOHEMIO

No hace todavía el año que pasando por la Carrera de San Gerónimo dí con un amigo periodista, que me dijo al tiempo de saludarme:—Vaya V. por la calle de Sevilla y verá V. á Pelayo del Castillo acostado en la acera.

Habia oido hablar muchísimo de este personaje y tenia la cabeza llena de sus estravagancias y proezas tabernarias: habia visto en los teatros una pieza suya titulada: *El que nace para ochavo....* no desprovista enteramente de gracia: no quise, pues, perder la ocasion de conocerle. A los pocos pasos encontré á Urbano Gonzalez Serrano, conocido seguramente de todos mis lectores, y le invité á venir conmigo, lo que aceptó con gusto. Ambos nos dirijimos al lugar que me habian designado, ó sea la acera de la calle de Sevilla, colocado en el sitio de los recientes derribos, donde tumbado boca arriba con la cabeza apoyada en una piedra y espuesto á los rigores del sol, vimos á un mendigo súcio y desarrapado. ¡Cómo se nos habia de ocurrir que aquel hombre fuese Pelayo del Castillo! Tenia la cabeza enteramente descubierta y llena de greñas, el rostro encendido, el cuerpo envuelto en un andrajo que parecia el resíduo de una capa, los piés metidos en dos cosas asquerosas que en otro tiempo habian sido alpargatas.

Todos nos volviamos mirar á un lado y á otro esplorando la calle en busca de nuestro literato, sin lograr hallarle Al fin nuestros ojos se encontraron y le pregunté recelosamente designando al mendigo:

—¿Será ese?

—¡Imposible!—replicó Serrano.

No obstante en la frente de aquel hombre habia algo que no suele verse en las de los braceros; era una frente degradada, pero era una frente donde se habia pensado. Insistí en que lo averiguásemos, y, acercándonos á él, Serrano le sacudió levemente:

—Oiga usted... ¿es usted don Pelayo del Castillo?

El mendigo se incorporó lentamente y restregándose los ojos y

abriéndolos un poco con dificultad á causa de la gran irritacion de los párpados, contestó mal humorado:

—No señor, yo no soy ese Pelayo del Castillo.

Serrano se quedó un instante suspenso. Los dos comprendimos sin embargo, que era él.

—¿De veras no es usted Pelayo del Castillo?

—No, señor.

Despues de comunicarnos en voz baja nuestra opinion contraria, sacamos cada cual una moneda del bolsillo.

—Tome usted.

—No señor—repuso rechazándolas con la mano y el gesto—yo no puedo aceptar eso... yo no les conozco á ustedes.

—Somos dos aficionados á las letras; tome usted.

Con algun trabajo hicimos al fin que las aceptase. Levantando entónces la cabeza que tenia doblada sobre el pecho nos preguntó:

—¿A quién debo dar las gracias?...

—Nuestros nombres no importan nada: somos dos amigos de la literatura: quede V. con Dios.

Y nos alejamos apresuradamente, miéntras él repetia esforzando la voz:

—Gracias, caballeros... yo quisiera saber...

A los pocos pasos volví la cara. Estaba mirando las monedas. Al verle de aquella suerte, sentado en el suelo, cubierto de andrajos y la cabeza desnuda, al sol, me sentí conmovido. ¡Será posible que ese desdichado sea un literato; que haya escuchado los aplausos del público y alternado con los hombres más distinguidos de España! Y en aquel instante se me ocurrió escribir algo acerca del estado en que se hallan los literatos y artistas en nuestra nacion. Celebro no haberlo hecho, porque desde entónces hasta ahora se han modificado bastante mis opiniones en este asunto.

Impresionado por el espectáculo que acababa de presenciar, no pude ménos de dirijir *in mente* amargas recriminaciones á la pátria que deja perecer de hambre á todo el que se dedica al cultivo de las letras y las artes y ensalza y pone sobre su cabeza á cualquier nécio que se engolfa en la politica sin más equipaje que su desvergüenza.

Algo y aun mucho de esto es verdad; pero no es toda la verdad. Para resolver un problema es necesario examinarlo en todos sus aspectos.

Primeramente, la nuestra es una nacion de diez y seis millones de habitantes: por lo mismo es absurdo pretender que el literato que vive del público, sea aquí remunerado como en Francia ó Inglaterra donde la poblacion es más del doble. Demás de ser el número de lectores menor en absoluto, lo es tambien relativamente; si en Francia leen diez por cada ciento, en España no lée siquiera uno, entre otras razones porque no saben, y es fuerza por lo tanto que este uno ó este medio por ciento echen sobre sus hombros la carga de alimentar á todos los que con razon ó sin ella nos dedicamos á escribir para el público. Harto hace á mi entender con ayudarnos á vivir modestamente: no le pidamos hoteles, coches y alfombras como en Francia ó Inglaterra porque no puede dárnoslos.

Claro es que el número insignificante de lectores depende del atraso del pais, del detestable gobierno que nos ha regido, nos rige y nos regirá, de la influencia venenosa de la politica y de otras mil causas enumeradas á la continua en libros y en periódicos. Aquí está la parte de culpa de la nacion que realmente no es menuda.

Mas tambien los artistas y literatos ayudan con su conducta al estado miserable en que se hallan. En España se ha entendido hasta ahora que el poeta ó el artista es un ser mitad humano mitad angélico á quien no sientan bien los deberes y hábitos exigidos á los demás hombres. Todo hombre debe trabajar para ganarse el sustento; pues el literato no.

Todo hombre debe ser previsor y separar de lo que gana una parte para mañana; pues el literato está exento de tal carga. Pasar la vida holgando y tomar la pluma en el momento de inspiracion (que no suele venir precisamente cuando se está en ayuno); vender los productos del ingenio al primer editor usurero con quien se tropieza; gastarse el dinero alegremente en un dia y pasar el resto del mes viviendo del crédito si es que lo hay; tal ha sido hasta la fecha el proceder de la mayor parte de nuestros literatos. En algo se han de distinguir los séres ispirados de los que no lo son.

Y si ésta era la conducta de los grandes ingenios, de los hombres más eminentes, calcúlese cuál seria la de los adocenados, los que no pudiendo elevarse hasta ellos por la belleza de las obras imitan su vida exterior y hasta pretenden oscurecerla (y á veces lo consiguen) por medio de enormes estravagancias y atrocidades. Hubo una época en que la bohemia invadió toda la literatura. Para ser literato era preciso no solo ser un perdulario sino afectarlo; vivir á la ventura, no pagar á la patrona (este era el articulo primero del código bohemio), dormir algunas veces al aire libre, rodar noche y dia por los cafés, pedir dinero á todo el mundo con resolucion de no devolverlo, ponerse las camisas y las botas de los amigos, *dar mico* al sastre, jugar, emborracharse, etc., etc. Los que tenian gracia solian emplearla en estas cosas y se hacian célebres. Todavía se cuentan con entusiasmo las pasadas que á sus patronas, sastres y zapateros han jugado algunos escritores de menor cuantía, y hay quien les admira por ellas más que por sus obras, quizá tengan razon, porque estos literatos tan chistosos para no pagar, no solian serlo tanto para escribir.

De la falange de los bohemios, que repito, comprende la mayor parte de los escritores que han aparecido de treinta ó cuarenta años á esta parte, algunos, muy pocos por supuesto, han conseguido inmortalizarse con sus escritos; otros abandonando la literatura se han hecho personas formales y han entrado en la política ó los negocios: éstos son los que mejor han librado; pero uno que otro, ó más viciosos ó más soberbios ó ménos aptos, han persistido con estraña tenacidad en su vida aventurera y en sus costumbres abyectas que los han conducido rápidamente á un abismo de degradacion. El representante genuino de estos últimos, el más empedernido, el que gozaba de más notoriedad era Pelayo del Castillo, fallecido recientemente en el hospital. Este desgraciado fué víctima de su indolencia y de sus vicios, pero en parte tambien de las ideas dominantes en su tiempo acerca del papel que en el mundo debe el literato representar. Si en vez de celebrarse como chistes los vicios, el desaseo, la desvergüenza y el desarreglo de las cóstumbres, se consideraran como graves y repugnantes defectos, ni éste ni otros desdichados hubiesen llegado á tal estremo de miseria. Nada hay tan funesto como presentar al hombre un ideal que no esté de acuerdo con los preceptos de la virtud y halague al propio tiempo sus malas propensiones.

Por fortuna el ideal ha desaparecido y sus representantes no tardarán en desaparecer. El literato ya no pide á la sociedad privilegios inmorales: es un hombre que debe trabajar como los demás y sacar el mejor partido posible de sus productos. Si no puede vivir de la pluma, porque en España no existan medios de remunerarle cumplidamente, debe alternar sus ocupaciones literarias con otras de diversa índole. Si puede vivir, aunque sea modestamente, debe trabajar diariamente como cualquier otro obrero. Claro es que no se le han de exijir las mismas horas de trabajo que á un covachuelista porque el del escritor es más intenso; pero se marcará las que sin detrimento de la salud pueda llenar. La teoría de la inspiracion es falsa y ridícula: la inspiracion acude delante de las cuartillas y de los libros, no en las mesas de los cafés ni en las salas de juego: cuando no gusta lo que se ha escrito, se rompe y se escribe de nuevo preparándose convenientemente con el estudio y la meditacion; pero no se van buscar ideas á la ruleta..

Hay ejemplos irrecusables que comprueban la verdad de lo que acabo de manifestar. El hombre más inspirado del siglo diez y nueve, Víctor Hugo, el inmortal autor de las *Hojas de Otoño*, trabaja diariamente un número crecido de horas. Balzac, el coloso que rivaliza con él, trabajó mas que nadie en el mundo. Ni uno ni otro han necesitado esperar la inspiracion jugando á las siete y media. No obstante es fuerza declarar que para llevar á cabo lo que estos hombres, ademas de su ingenio soberano, se necesita un gran vigor corporal que pocos poseen: mas á nadie se le pide sinó los que puede ejecutar buenamente. En España tenemos dos ejemplos notabilísimos: uno es el del primero de los oradores contemporáneos, D. Emilio Castelar, el cual se puede decir qué trabaja de la salida á la puesta del sol como el último obrero, haciendo sudar á todas las prensas del orbe y atendiendo al propio tiempo á sus

tareas políticas: es de la raza de los atletas como Victor Hugo y Balzac. Otro es el ilustre novelista D. Benito Perez Galdòs, embebido noche y dia en un intenso trabajo literario, aprovechando todos los momentos de la existencia para preparar y escribir sus obras inmortales.

Abandonemos, pues, para siempre el romanticismo bohemio, plaga de nuestra literatura, que degrada al escritor y le pone à merced de los intrigantes polìticos y de los especuladores avaros. El literato necesita independencia, un relativo bienestar y sosiego para entregarse à su trabajo: el cual de esta suerte se hace leve y ameno. Nada me aflige tanto como ver à un hombre ilustre y respetado en la Repùblica de las letras, arrastrarse à los piès de cualquier polìtico estòlido en demanda de un destino ò una pension: me parece que aun subsiste aquel doloroso estado del tiempo de Cervantes, en que los literatos eran los domèsticos de los magnates; aun peor hoy, pues que tienen que adular à los que han sido sus compañeros, à quienes han aventajado siempre en el talento y que por dedicarse à la política, maltrechos quizá en la literatura, ocupan altas posiciones y otorgan mercedes.

Pero si todavia es poco lisongera la situacion del escritor en España, en el horizonte se divisan ya señales de un nuevo y mejor estado. De algunos años à esta parte ha mejorado notablemente el aspecto econòmico de las letras: ya los autores ò poetas que abastecen el teatro, pueden vivir de sus obras, y dentro de algunos años tal vez los que escriben libros y articulos puedan hacer lo mismo. Se fundan casas editoriales sèrias y acaudaladas en sustitucion de los editores sòrdidos è ineptos, que àntes lucraban con la miseria del escritor; muchos literatos administran sus obras con acierto, otros se hacen pagar dignamente y casi han desaparecido los nècios que por verse en letras de molde escriben de balde. En este respecto, preciso es confesar que la poblacion de España que màs està haciendo para procurar independencia al literato, beneficiando sus obras con habilidad en la penìnsula, explotando los mercados de Amèrica para nosotros cerrados hasta ahora, y arriesgando fuertes capitales en este negocio, es Barcelona. Siguiendo de tal suerte y si Madrid no trabaja algo màs en prò de las artes y de letras patrias, barrunto que pronto serà Barcelona el centro intelectual de España.

Armando Palacio VALDÈS.

EL WALS DE CALISTO

CALISTO era un viejo, auxiliar en la Biblioteca del arcáico lugaron de Muriedro. La edad le habia quitado la esbeltez y la gracia que dicen que tuvo. Era delgado, con un rostro cetrino comparable á una máscara de bronce, moldeada sobre las facciones del dolor. Ahora está en la seccion de infolios y pergaminos arrugados, puesto siempre delante de un facistol movible en el que se renuevan grandes pedazos de rugoso cuero amarillo llenos de letras rojas que parecen heridas abiertas en la historia, por las cuales sangran aún los héroes muertos de que en ellas se habla. Caslisto traduce al castellano aquellos cronicones antiquísimos donde se elogian las más brutales carnicerías y se ensalza á los más crueles carniceros. Calisto es un sábio de esos que solo saben lo que pasó y para quienes es el porvenir algo brumoso y desconocido,—una batalla de nubes sobre un abismo.



Cuando yo fuí á verle, el sol se ponia y era una tarde de Octubre. Caia lentamente la luz, volviendo naranjarados los vidrios àmarillos de los transparentes. El viento sonaba retorciéndose en la calleja inmediata. Calisto, envuelto en el postrero rayo de sol, tenia no sé qué estraña fisonomía de íntimo júbilo.

—¡Ah!—me dijo.—Hoy he vuelto á recordar aquellas notas... Un wals. Debe ser el primero que se ha escrito... Es una carcajada que acaba en llanto... Nunca te he contado esta historia.... Es la del único dia alegre de mi vida, y el más horrible de ella al mismo tiempo... El amor asomó á mi alma y echó en ella una lluvia de jazmines que me perfumaron... y murieron. La ilusion me prometió en un sólo instante una dicha eterna... La ilusion es la hermana menor del desengaño. Ella nos enamora, nos sonríe, nos da una cita en su reja, y cuando hemos acudido, llega el hermano... y nos mata.

Leocadia,—continuó Calisto;—era prima mia. Yo he sido primo de la hermosura. Sus ojos chispeaban con lumbre de amor, y su nariz recta tenia dos alillas trémulas, y en medio de la mejilla siniestra un lunar negro que parecia sobre la blancura del cútis, una mata de juncos en un campo nevado.



—¡Horas dichosas las pasadas en el destartalado salon de la casa solariega de mi tio! Yo adoraba á Leocadia, y al verla vestida de blanco, con las trenzas negras mal atadas rozando el cuello y el talle, tan endeble como una columnilla de marfil, me parecia una de aquellas princesas de mis libros viejos que, saliendo al mundo de la realidad de detrás de la más elocuente página, resumia en el breve cielo de sus ojos los premios prometidos á los vencedores de cien combates. Yo perdí el aplomo, la calma, el sociego. Me encontraba tan feo, tan pobre, tan ruin, tan ridículo, que llegar á alcanzarla lo tenia por un sueño, que me amase absurdo, y que yo la olvidase imposible.



Ella tocaba el *fortepiano*, y sus manos corrian semialadas sobre las teclas. Combinábanse la celeridad de sus dedos blancos y el concento de la música. Era un relámpago de blancura sobre una carcajada de armonia.



Y estar allí, cerca de ella, sentado junto al piano, viendo moverse sus ojos, estudiando las inflexiones que tomaba la curva de su garganta al levantarse el rostro y alentar el seno; y no obtener de aquella mujer ni una mirada, ni conmover un instante la fria, la helada impasibilidad de su espíritu... era un paraiso complicado de infierno, una caricia y una puñalada.



Leocadia no podia amarme. ¿Pero amaba á otro? Esta pregunta me mataba. ¿Cómo resolverla? Espié de noche sus balcones esperando ver pendientes de ellos una escala de seda y oscilando sobre el empedrado la capa del amante abandonada en el balustre. Rondé la verja del jardin y crispé mis puños más de una vez imajinando que los arbustos negros eran hombres. Yo veia en toda sombra un rival.



Una tarde me esperaba Leocadia; me dejó estrechar sn mano; yo me estremecí de dicha·

—¡Pobre, primo mio!—exclamó ella.

—¿Por qué dices eso?

—Tú me quieres bien. Tú lo sentirás.

Y una lágrima escurrió de sus pestañas largas y sedosas. Despues sus manos pu saron el teclado, y oí este wals, que he vuelto á recordar hoy al cabo de veinte años. Es una música endiablada de enamorados que se persiguen, de silfos que corren tras mariposas, de geniecillos y hadas jugando al escondite en los cálices de un bosque de azucenas. Ella le ejecutaba mirándome como se mira á un niño ántes de darle un pequeño disgusto.....A la noche me marché.



Pero volví á espiar las verjas del jardin.... y entónces ví una cosa horrible. Ví un embozado que salia llevándose del brazo á Leocadia. La sombra los envolvia; pero no tanto que dejara yo

de apercibirme de que al traspasar las lindes del huerto sus bocas se unian en un beso.... No fui dueño de mí. Corrí tras ellos. Mi mano se armó de un cuchillo.... Herí á ciegas, con fuerza, brutalmente. Una ola de sangre salpicó mi rostro y quedé sin vista. Caí al suelo, y me pareció que por el balcon salia ruido de música, que Leocadia estaba de nuevo sentada al piano y que este maldito wals sonaba, sonaba burlando mi furia porque yo habia matado á su amante y habia hecho inmortal su amor, poniendo entre dos almas una tumba.

ORTEGA MUNILLA.

LA PRIMAVERA

A JULIO PIQUET

—

PASA Favonio, con susurro leve
Las aves en los nidos despertando;
Pasa la gentil Flora derramando
Iris de flores, do la planta mueve.

Purpùreas tocas, blondas de oro y nieve
En el azul del cielo dibujando,
Aparece la aurora arrebatando
De la pàlida Diana la luz breve.

Cùbrense de hojas las desnudas ramas;
De aves y cantos la region del viento;
Las noches de astros de plateadas llamas;

Los mares de rumor y movimiento;
La tierra de esplendentes panoramas...
—Es Vènus que recorre el firmamento!

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 24

CHARADAS

1.ª *Roberto*—2.ª *Torero*—3.ª *Garabatos*

La segunda y tercera fueron descifradas por Riana, Alex y O. P.—La tercera solamente por Rafeto, Una Floridense, y Pincheira.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
—	—
D 8 CD	R 7 TD
D 5 R	Cualquiera
D dà mate	
2.ª variante	
D 8 CD	R 5 TD
D 8 TD	Cualquiera
D da mate	
3.ª variante	
D 8 CD	A juega
D 8 TD (jaque)	A cubre
D toma A (mate)	

—

Eduardin y El Duende remitieron la solucion.

GEROGLÍFICO NÚM. 24 Y SALTO DE CABALLO

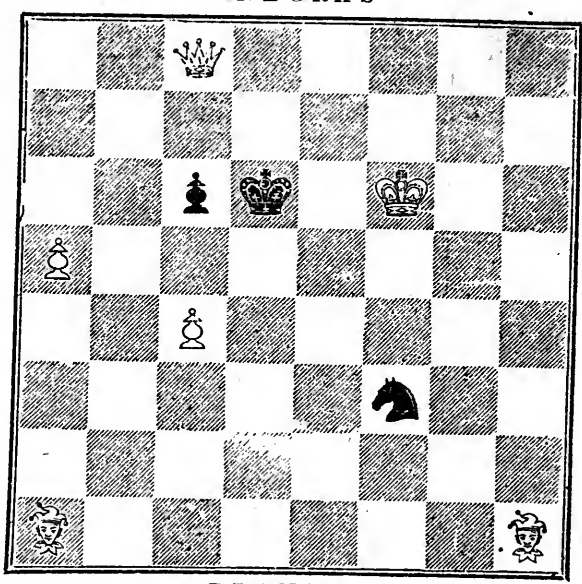
Los gatos electorales aumentan en los juzgados de paz escandalosamente.

—

La Ondina, Triana, O. P., Una Floridense, Rafeto y Pincheira lo descifraron.

Problema de Ajedrez por Sphinx

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

FUGA DE VOCALES

F.nj.m.—.n—m.—c.nst.nt.—d.v.n..,
M..ntr.s—.l—s..ñ.—.mb.rg.—m.—s.nt.d.,
Q..—.rr.b.t.d. v..l.—h.st.—t.—n.d.
.n—l.s—.l.s—d.—l.z—d.—m.—d.s..

FUGA DE CONSONANTS

.e..a.—..e.e..o—.o—.ue—e.—.ue.o.—.eo,
E.—.o.a.o.—.e.o..a—.u—.a.i.o;
.—e.—é..a.i.—.e—a.o.—e..e.e.i.o,
.ue—.e—a..i.io.o—e...e—.i.—..a.o.—..eo

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

L.c.,—c.—m.s—.e.e.—a.—s.n.i.t.—p.e.a,
.e.p.r.a.d.—á—.o.—e.o.—m.t.n.l.s,
B.s.—c.—a.b.e.t.—e.—q.e—.e—.u.g.—i.p.e.a
.—e.p.r.n .u.—c.n.o.n.s—.d.a.e.
E.—u.—r.y.—d.l—.i.,—q.e—.t.a.i.s.,
.o.o—.s.a.a—.c—.u.,—p.r—.i.—c.i.t.l.s!

PALABRAS DESCOMPUESTAS

LODAMAHA—SOTIBESI—ETRAMOMO

GEROGLÍFICO NÚM. 25





EL LIBRE DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Enero 28 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 26.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CUARTO

UN DOMINGO BIEN APROVECHADO

LA familia Valdenegros oyó misa muy temprano en la capilla del lugar: y á la vuelta, cuando Marta bajaba del landó, ya encontraba ensillado su caballo zaino, teniéndolo de la brida uno de los caballerizos de la casa.—Correr á sus habitaciones, vestir el traje de amazona, despedirse de los abuelos con caricias festivas, y montar en su corcel, todo fué para Marta operacion de muy pocos minutos.

—Cuidado con los trenes! gritó doña Emilia.

Era la perpétua recomendacion de la abuela, y la nieta se habia acostumbrado á recibirla con una carcajada burlona.—Don Francisco fué á buscar el anteojo de larga vista y ocupó en el mirador la posicion estratégica que le era habitual durante las escursiones ecuestres de la jóven.

Tomó Marta el camino de San Fernando, al gran galope, despreocupada y altiva;—pero al llegar á los rieles de la via férrea que interceptaba el camino, detuvo rápidamente su caballo.—Sentíase el rumor más ó ménos cercano de un tren que avanzaba hácia aquel punto.—Del otro lado de la via, estaban tambien detenidos un caballo, un carrito, un hombre, que á Marta le parecieron muy estraños... Cruzó poco despues el tren, atronador y rápido. En tales momentos era un placer supremo de la audaz amazona latiguear y sofrenar á su zaino, haciéndolo encabritar en las inmediaciones de la via, con asombro y espanto de los pasajeros del tren.—Cuando éste hubo pasado, acercóse Marta á los objetos que ántes le habian llamado la atencion.—No sin motivo, á fé.—Era el caballo pura armazon huesosa ma cubierta por una piel escoriada, de la cual pendian á trechos largos vellones enlodados, y sus arreos se componian de sogas y cuerdas anudadas, remendadas, súcias, como repugnantes harapos.—Era el carrito que arrastraba aquel caballo, un miserable aparato compuesto de dos tablas clavadas sobre dos ejes de pino, y cuatro pequeños círculos de madera, á guisa de ruedas que apénas levantaban las tablas sobre los guijarros sueltos del camino. Era el hombre que manejaba aquel estravagante vehículo un ser informe, cuya cabeza se perdia entre los hombros, cuyo pecho sobresalia del cuerpo con un ángulo agudo, y cuyas piernas, dobladas y retorcidas, se abrian como aletas de pescado bajo el monstruoso tronco... Vestia de negro, y sus ropas no eran otra cosa que girones, groseramente zurcidos, saturados de grasitud y de polvo... Horrible estampa de la miseria física!—y sin embargo, hay en aquel hombre, todavia muy jóven, de espresion dulcemente resignada, un interés profundamente simpático, cuando se saca el sombrero con su crispada mano y lo estiende hácia el pasante implorando en silencio una limosna...

Marta, aquel dia, no llevaba dinero; pero su corazon sufrió una conmocion piadosa.—Quiso conocer la historia de aquel hombre, y el desgraciado la refirió con todos sus detalles.... Qué dolorosa historia!—Llamábase Luciano.—Era su familia de las inmediaciones del Tigre. Su padre habia muerto en la guerra, dejándolo en brazos de una madre desvalida y enferma.—Desde muy tierna edad, Luciano habia servido de amparo á su madre, trabajando para ella, todo para ella. Rebosaba de salud y de fuerza.—Cuando llegó á hombre, era ya marinero y hacia la navegacion del Paraná, partícipe en la propiedad de un buquecillo.... Se habia dado entónces el lujo de una novia y estaba resuelto á casarse. Debia verificarlo á la vuelta de un viaje al Rosario, en cuyo resultado cifraba grandes esperanzas.—Estaba para zarpar el buquecillo, en las aguas de Lujan, en una tarde serena y calorosa del mes de Enero.—Apenas terminado el trabajo, Luciano, jadeante y sudoroso todavia, anhelando dirijir una última mirada á los ranchos lejanos donde se albergaba su novia, habia subido á lo más alto del mástil, y desde allí creia columbrar á su amada, que le hacia señas de despedida con un pañuelo blanco, bajo los naranjos del cerco.... Una distraccion, un mal movimiento,—acaso un vértigo,—le hizo perder repentinamente el equilibrio; rodó sobre los aparejos del buque y cayó violentamente al agua.... Despues, durante largos meses, habia luchado entre la vida y la muerte, y solo habia salvado aquella en cambio de las deformidades que convertian su cuerpo en horrible hacinamiento de miembros y órganos inútiles.... Los gastos de la enfermedad agotaron todos los ahorros de Luciano;—tuvo que vender su parte en el buquecillo de Lujan, y no le quedaba más recurso que implorar la caridad pública, para vivir y sostener á su madre. Un buen vecino le habia regalado el caballo; otro le habia arreglado el carrito; él mismo habia confeccionado los arreos.... Iria así de quinta en quinta, de puerta en puerta, pidiendo á la conmiseracion de los hombres lo que antes se habia proporcionado con sus propias fuerzas en las viriles fatigas del trabajo!

—¿Y su novia? preguntó Marta, despues de oir con atencion la historia de Luciano.

—Despues de verme así, respondió dulcemente el desgraciado, ella no podia quererme; se olvidó de mí y se casó con otro... El marido es un italiano rico... Cuando ella me encuentre me dará una limosna...

—Mujer infame! exclamó la jóven, con los ojos arrasados de lágrimas.

Y en seguida, desprendió sus brazaletes de oro, su prendedor de topacios, sus aros de brillantes, y todo lo arrojó nerviosamente en el sombrero de Luciano, atónito de verse colmado con tan ricos dones.

No hubo lugar á objecion. Marta se alejó al galope,—dió vueltas por los más solitarios caminos y estuvo de regreso en la quin-

ta de sus abuelos antes de la hora acostumbrada. Guardó silencio sobre el encuentro del mendigo. Habia tenido tiempo de comprender toda la impropiedad de sus dádivas en halajas de su uso personal, cuando hubiera sido lo más sencillo del mundo conducir al mendigo hasta la quinta, darle dinero y asegurarle una proteccion permanente; pero todo el carácter de Marta estaba en esos movimientos impetuosos é irrefrenables de su corazon, lo mismo para hacer el bien que para vengar agravios!—Lo hecho era ya irreparable. ¿Para qué contarlo? —Nadie le preguntaria por las halajas donadas; usaba tantas alternativamente!—Asi hubiese indudablemente sucedido, á no mediar un incidente que la generosa jóven era incapaz de prever.

Daban las cuatro de la tarde.—La familia Valdenegros estaba ya reunida en la sala, á espera de las personas invitadas á comer, y que debian llegar poco despues en el tren.—Un sirviente previno á don Francisco que el Juez de Paz deseaba hablar con él.—Como en aquella fecha partia don Francisco malas migas con los agentes de la autoridad pública, en vez de hacer entrar á su sala al Juez de Paz, fué á recibirlo afuera. —Pocos minutos despues, volvia trayendo en la mano unos objetos delicados, que examinaba atentamente.

—Tesoro! dijo el anciano al entrar;—¿estas halajas no son tuyas?

—Sí! *eran* mias, contestó Marta, poniéndose sumamente colorada, y fingiendo proseguir la lectura de un periódico que acababa de tomar.

Doña Emilia, con suma estrañeza, se acercó á examinar las halajas.

—¿Pues sabes lo que ocurre?—prosiguió don Francisco.—Ahí viene el Juez de Paz con un infeliz tullido que esta mañana llevó á vender estas halajas á un platero de San Fernando.... Habian ya cerrado trato por seis mil pesos, cuando le entró al platero cierto escrúpulo, ó tuvo miedo, y dió cuenta al Juez de Paz.—El tullido declaró que le habia dado las halajas como limosna una señorita que andaba á caballo y á quien encontró al cruzar la via.... Y daba tus señas, tesoro, daba tus señas, á tal punto que el Juez de Paz ha venido con la pretension de carear al infeliz contigo.... A mí me parece que tú has de haber perdido estas prendas.... ¿Cómo podria haberlas robado ese hombre?—Aunque á la verdad, si las encontró, sabiendo que te pertenecian....

—Por Dios!—exclamó Marta, tirando el periódico y levantándose bruscamente; en este mundo ni actos de caridad es posible ejercer sin esponerse á una intriga, á un alboroto como este.... Ni he perdido esas halajas, ni me las han robado.... El tullido dice la verdad, y quien lo desmienta, miente!—Yo se las di esta mañana; tiene el derecho de venderlas!

Y Marta, en seguida, con palabra rápida y vehemente, refirió la historia de Luciano,—cómo se habia emocionado al oirla, y porqué, no llevando consigo dinero, impresionada y aturdida, se desciñó sus joyas para socorrer tan grande infortunio.

Don Francisco habia escuchado la historia de Luciano, repitiendo á cada paso esta palabra: *pobrecito! pobrecito!*—y la esplicacion del regalo de las joyas, acentuando con toda su alma estas otras: *muy bien hecho!—muy bien hecho!*

Habia doña Emilia guardado un silencio reflexivo miéntras hablaba Marta, y cuando ésta concluyó, dijo con suave autoridad:

—Tranquilizate, hija mia. Has hecho una buena accion, y en lo que ocurre no hay motivo de disgusto.—Es preciso, Francisco, decirle al Juez de Paz que Marta, llevada de su excelente corazon, regaló en efecto las halajas á ese pobre tullido, y que nosotros aprobamos calorosamente la generosidad de nuestra nieta... Solo si, que como el dueño actual de esos objetos desea y necesita venderlos, le pedimos nosotros la preferencia... ¿Ofrecia seis mil pesos el platero de San Fernando?—Pues le darás diez mil..

—Brillante idea! brillante! esclamó don Francisco.

—Eso no basta, continuó doña Emilia;—como las halajas valen en realidad más que esa suma, es menester asignarle al tullido y á su madre una pension vitalicia...

—¿De cuánto, mujer, de cuánto?—preguntó don Francisco, que ya estaba impaciente por ir á dar un buen golpe ante el Juez de Paz.

—De mil pesos mensuales!—esclamó imperiosamente Marta.

—Eso es! De mil pesos mensuales! Bien lo merece el pobrecito!—Casualmente, tenemos ahí en San Fernando una finca cuyo alquiler pasa de mil pesos... Le diremos al tullido,—¿no te parece, Emilia?—que vaya cada fin de mes á cobrar su pension al inquilino, y á éste le escribiremos autorizándolo para entregar como dinero el recibo de la pension...

Rebosando de gozo, fué el señor Valdenegros á desempeñar su cometido, y doña Emilia imprimió un beso en la frente de la nieta con emocion comprimida... Su cariño no la cegaba hasta el estremo de desconocer que habia en el espíritu de Marta un desequilibrio incurable!

Durante este intérvalo el tren habia llegado, y cuando don Francisco se acercó al sitio donde el Juez de Paz esperaba con el supuesto reo, ya Rodolfo estaba á pocos pasos de allí.

—Sea bien venido el sobrino! exclamó don Francisco;—empezarás por enterarte de un incidente muy curioso. Qué tesoro el corazon de Marta! qué tesoro!

Por la conversacion que medió entre el señor Valdenegros y el Juez de Paz, seguido del alborozado agradecimiento con que recibió Luciano el simulado precio de las halajas y el anuncio de la pension vitalicia, fácil le fué á Rodolfo comprender que podia sacar un buen partido de aquellas munificientes rarezas.

—Qué nobles, qué sublimes satisfacciones, esperimentan las personas de fortuna, cuando saben emplearla como la emplean ustedes!

Así dijo Rodolfo, miéntras daba el brazo á su tio, encaminándose ámbos á la sala, y una vez allí, despues de los saludos y cumplimientos de estilo, llevó la conversacion, con mucho tacto, al incidente de las halajas.—Recordaba que en Nueva York habian hablado los diarios de un caso análogo... Allá, tales acciones jamás quedaban ignoradas... El aplauso público era su recompensa, su estímulo, robusteciendo los estímulos y las recompensas del propio sentido moral...

—Ves, Marta, decia el jóven,—si tú vivieses en la ciudad—imperio de los Estados-Unidos, mañana millares y millares de hojas divulgarian tu nombre, y serias la heroina del dia en una nacion de treinta y tantos millones de hombres!

—Pues aquí, contestó Marta, abandonando inconcientemente la frialdad con que habia recibido á su antiguo paladin,—solo seré objeto de habladurías y de risas....

—No lo creo! replicó Rodolfo; pero en todo caso, eso no probará sino que estamos todavia muy atrasados en el culto de la caridad, como asunto de interés general, que conmueve y apasiona á la sociedad entera.... Oh! la caridad es uno de los prodigios de la Union, y son verdaderamente admirables las funciones que en ella ejerce la mujer, usando de la ilimitada libertad que allí le conceden las costumbres....

Siguió Rodolfo disertando estensamente sobre las formas originales que la caridad asume en los Estados-Unidos.—Toda la familia lo escuchaba con vivísima atencion, pidiendo cada cual esplicaciones y detalles sobre lo que parecia oscuro ó más digno de estudio.... A Marta la deleitaba sobre todo aquella amplitud de accion en que Rodolfo describia á la mujer norte-americana, dignificada y fortalecida por el ejercicio de una libertad sana y bienhechora.... Era el momento muy propicio para aquella disertacion, salpicada de anécdotas amenas y exajeraciones bien traidas. No habia allí quien pudiese contradecirla.... Empeñába-

se Marta en profundizar el tema favorito de la libertad de la mujer aplicada á las prácticas de la caridad..... Rodolfo prometia llevarle estatutos de diversas asociaciones de beneficencia esclusivamente fundadas y dirijidas por señoritas, para que pudiese estudiar su mecanismo; á la vez, le haria conocer informes anuales sobre los prodigiosos resultados que aquellas asociaciones alcanzaban....

—Tú estás en una situacion privilegiada para promover en Buenos Aires sociedades análogas, decia gravemente Rodolfo, dirigiéndose á la nieta de los Valdenegros;—puedes adquirir la gloria de la iniciativa, bien entendido que será menester amoldar las cosas al estado de nuestras costumbres y á los preceptos de nuestra religion...

—Sí! sí! respondió Marta;—lo haré en cuanto vuelva á la ciudad; será esa mi ocupacion del invierno... Entretanto, tú me enviarás esos papeles... ¿Están en inglés?

—Sí, pues, en inglés.

—Oh! á mí me cuesta y me fastidia leer en ese idioma... ¿Te costaria mucho traducir para mí lo más importante que contengan esas cosas?

—Con el mayor placer!—Te traeré sucesivamente los estractos que vaya haciendo, y te ayudaré, si quiéres, á proyectar los estatutos de la sociedad que inicies....

—De acuerdo, Rodolfo; acepto tus ofrecimientos.

Verdaderamente, una poderosa oleada de espíritu caritativo invadia en aquel domingo el corazon y la cabeza de Marta Valdenegros!

Llegó la hora de comer. Seguia siendo Rodolfo el único huésped de la casa.—Contaba la familia con el doctor Arismendi y su esposa; pero ésta, por el tren que condujo á Rodolfo, habia escrito que no les era posible cumplir lo prometido á causa de tener al niño bastante enfermito.

—Muy solos estamos hoy, sobrino,—dijo don Francisco al tiempo de sentarse á la mesa.—Orfilia y Eduardo nos acompañan generalmente los domingos... Tambien esperaba hoy al doctor Nugués... No se puede querer mal á ese maldito! Lo encontré ayer y lo convidé á venir hoy... Le dije que te buscase para que viniesen juntos...

Marta, conociendo el misterioso entredicho de Rodolfo y el doctor Nugués, miró de soslayo y sonriendo, á su colaborador en los futuros proyectos de filantropía.

—No me ha visto todavía, contestó Rodolfo con mucha naturalidad.

—¿Y te verá?—preguntó Marta.

—Nos veremos, de cierto,—repuso el jóven.

—Es probable que el doctor Nugués, interrumpió doña Emilia, no haya querido abandonar la ciudad dejando enfermo al *bebé* de Orfilia... Asiste allí con un empeño particular... Tambien le tiene una fé Orfilia!... Y con razon... No debes ignorar, Rodolfo, que cada dia sube la reputacion médica del doctor Nuguez, y muy particularmente para las enfermedadus de los niños... Es un hombre de muchísimo talento. Qué lástima que sea tan escéptico!

—La palabra es, acaso, demasiado benévola,—exclamó Rodolfo.

Intervino en esto don Francisco.—Le mortificaba que se hablase mal del doctor Nuguez... En medio de todo, no podia olvidarse de que el doctor Nuguez habia sido el médico de la convalescencia de Marta...

—¿Te acuerdas, tesoro, te acuerdas?

La conversacion tomó entónces otro giro.—Comenzaron á rodar los íntimos recuerdos de familia... Rodolfo habló de su madre... Todavía no se consolaba de haber estado ausente cuando ella entregó su alma al Creador!... Le debia tantos bienes! La habia hecho sufrir tanto con sus travesuras de niño y sus calaveradas de la primera juventud!... Decia Rodolfo estas cosas, y las desarrollaba, con uncion discreta, como desahogando su corazon en el seno de una intimidad benévola.

—Siento una inmensa deuda de gratitud, y necesito pagarla... Por eso, al venir ahora de los Estados Unidos, me detuve en Paris, á fin de encomendar á un artista célebre la construccion de un monumento fúnebre que atestigüe en todo tiempo el respeto que consagro á una memoria querida .. Esas obras son allí muy caras; mas ¿qué importa? Todo sacrificio es ligero, cuando lo sostiene el corazon... No me hago ilusiones... Veo bien todas las asperezas que perjudicaban el carácter de mi pobre madre, por demas conturbado por una larga cadena de desgracias... Pero soy únicamente justo al atribuirle mi regeneracion moral... Espero que su recuerdo servirá para fortalecerme siempre en la prosecucion del buen camino!

Estas palabras de viril franqueza para juzgar el pasado, de severo aplomo para asegurar el porvenir, produjeron maravilloso efecto en el espíritu de los abuelos de Marta; y esta misma se encontró favorablemente impresionada.—No era posible que volviese Rodolfo con mejor donaire de su segundo viaje á los Estados Unidos!

Despues de la comida, dijo con amable confianza doña Emilia que tomarian el café en el jardin.... Se levantaron sin guardar etiqueta.... Declinaba ya la tarde, pero aún faltaba una hora para la partida del tren en que debia Rodolfo regresar á la ciudad.... Dirijióse Marta hácia la orilla del rio, y se sentó, pensativa, en uno de los bancos de fierro del muelle de la casa.... Rodolfo no tardó en seguirla, y se sentó á su lado.... Ambos guardaron silencio largo rato.... Un criado se acercó á servirles el café en una bandeja de plata.... Rehusó Marta, y Rodolfo imitó el ejemplo.... Guardaban siempre silencio, mirando maquinalmente el curso de las aguas, sobre cuya superficie corrian pequeñas islas flotantes de verdosos camalotes.... De tiempo en tiempo, cruzaban en opuestas direcciones botes ligeros, de cuyo seno partian voces alegres, sonoras carcajadas.... El cielo estaba rojo y los árboles se destacaban inmóviles y voluptuosos bajo el calor de una atmósfera pasmada....

—Con que hay muchas cosas buenas en los Estados-Unidos!—dijo al fin Marta, hastiada de tan prolongado silencio.

—Sí, muchas cosas buenas,—contestó Rodolfo; pero no sin mezcla de muchas cosas malas.... está sobreentendido!

—Ah!—entre las cosas malas,—¿cuentas tú los anónimos?

—¿Cómo los anónimos?

—Sí!—los anónimos!

—¿Qué quiere decir eso?

—Tan luego tú,—lo ignoras!

Turbóse lijeramente Rodolfo al oir esas palabras; pero logró muy luego reponerse y contestó tranquilamente:

—Te ruego que te espliques con claridad, con toda la claridad posible... No tengo miedo á ningun género de esplicaciones!

—Pues quiero saber esto, dijo Marta, mordiéndose los encendidos lábios; quiero saber si es usual, en los Estados Unidos, dirijir cartas sin firmas á las señoritas...ó enviarles, por ejemplo, bajo sobre cuya procedencia hábilmente se oculta, algun recorte de periódico con referencias que deben lastimarlas...

—Ahora comprendo la pregunta! exclamó Rodolfo, envolviendo á Marta en una mirada hechiceramente altiva; y te declaro que voy á tener un gran placer en contestarla.... Tales medios, parecidos á los ardides de la guerra, no son en sí mismos ni buenos ni malos; y en los Estados Unidos, como aquí, es menester juzgarlos segun el uso á que se apliquen... Supon el siguiente caso... Hay una niña, tan inesperta como encantadora... Es una magnolia apénas entreabierta... Sus perfumes embriagan desde léjos... Deleita su pureza... Los que la conocen, quisieran colocarla en un fanal, para que conservase eternamente su aroma y sus colores.... Pero esa niña va á caer en una vil celada... Por lijereza, vanidad ó estravio, se dispone á entregar su mano á

un hombre indigno de ella... Ese próximo enlace es el asombro, el escándalo de toda la sociedad... Que un especulador audaz compre tal dechado de juventud y de belleza! ¿No hay quien lo impida?—Bendito sea quien tenga el coraje de arrancar la venda con que la hermosa jóven marcha hácia un suplicio creyendo acercarse á un trono!—Bendito sea quien logra arrancar la máscara del rostro del traidor!

—Sí! sí! exclamó Marta con vivacidad extraordinaria;—pero el que quiera arrancar la máscara del traidor, debe á su vez abstenerse de usar máscara!

—Cómo!—replicó Rodolfo, con aire satisfecho;—pues te figuras que es posible que un hombre jóven, necesariamente sospechoso, vaya á turbar á cara descubierta los amores de una jóven estraviada... ¿Tendrá autoridad para ello?... ¿Se le creeria desinteresado?—¿Podria materialmente hacerlo? El ardid es indispensable para el éxito, y el anónimo es precisamente una forma que acusa el mayor desinterés posible... Bendito sea, repito, el que ocultando su nombre y su persona, con abnegacion absoluta, hace llegar á manos de la jóven á que aludo...en la hipótesis de que hablo, —el éco de los rumores públicos que ponen en trasparencia a celada tendida á su candor, á su virjinal inesperiencia!

—¿Y si la misma mano que envia el anónimo es la que ha trazado el pérfido escrito del periódico?

—Entónces, doblemente bendito!—No hay perfidia en revelar públicamente, para impedir la consumacion del mal, los rumores que corren de boca en boca... Eso es leal, y es valiente... Te ridiculizan, te deshonran... No debes ignorarlo... Abre los ojos! Contempla cara á cara el abismo!—Y si esas responsabilidades se asumen sin esperanza de que sean recompensadas por la gratitud, sin suponer siquiera que la jóven llegue á conocer algun dia la mano que la salva... oh! entónces, precisamente por eso, hay virtud, hay hidalguia, en la accion del salvador... Si lo descubren, si lo adivinan, sea! ¿Quién se atreverá á acusarlo?

Y Rodolfo quedó mirando fijamente á Marta, provocativo y sombrío.—Bajó sus ojos la jóven, y guardó silencio... Reinaba ya una grande oscuridad... Pasaron asi breves instantes... Levantóse despues Marta y dijo con voz grave, tendiendo la mano al provocador de sus iras:

—Injustamente me creí agraviada; pero reconozco mi error; podemos ser buenos amigos, y lo seremos!

Rodolfo se levantó á su vez y estrechó con afeccion aquella mano amiga... Cruzaban por su rostro relámpagos de alegria intensa... Marta se mostraba apaciguada y séria... Don Francisco y doña Emilia, que paseaban del brazo en el jardin, se acercaron entónces á los jóvenes...

—Sobrino, podrias hacernos el honor de quedarte, dijo don Francisco; pero si piensas volver, será prudente que te aproximes ya á la estacion... Con confianza, sobrino, con confianza...

Alegó Rodolfo que aquella noche le era imposible quedarse; prometió hacerlo otra vez, y se despidió con mucho cariño de sus buenos parientes.

- No te olvides de las traducciones prometidas,—dijo Marta cuando el jóven se hubo alejado algunos pasos.

—Confia en mi palabra, respondió Rodolfo sin detenerse,—y luego murmuró entre dientes: cada una de esas traducciones me representará un tesoro!

Un cuarto de hora más tarde, partia rugiendo el tren, y Rodolfo, ocupando el estremo de un salon casi vacío, iba indolentemente entregado á devaneos que lo hacian sonreir.—En la estacion de San Fernando hubo para él una sorpresa. Subieron allí Pancha Ovalle y Genoveva Ortiz.

—V. por acá! qué feliz casualidad!—exclamó Pancha, al ver á Rodolfo, que se levantó galantemente á recibirla.

—Felicísima para mí! contestó el jóven.

—La señora viuda de Nevares.... el señor De Siani....

Con estas palabras, se reconocieron oficialmente los nombrados; pero Rodolfo no pudo tomar asiento junto á las dos amigas.... Una avalancha de señoras habia llenado el salon, y los caballeros estaban obligados á mantenerse en pié, guardando dificultosos equilibrios.

El encuentro de Rodolfo, que habia sido sorpresa inocente para la señorita Ovalle, no lo era del todo para Genoveva. Ella habia convidado á Pancha para hacer una visita de confianza en San Fernando, con el objeto de saber á ciencia cierta si Rodolfo aprovechaba el domingo para visitar á Marta Valdenegros, pues era natural que regresase del Tigre en el último tren del dia.... ¿No lo encontraba?—Síntoma halagüeño!—¿Les tocaba viajar juntos?—Esperaba ella sacar partido de la situacion.—Lo sensible era ahora que Rodolfo no hubiera podido sentarse á su lado.—Tuvieron, sin embargo, ocasion de cambiarse desde lejos algunas miradas precursoras de corrientes magnéticas!

Genoveva y Pancha bajaron en la estacion del Retiro, porque allí las esperaba don Alejo Nuñez en su coche.—Rodolfo seguia hasta la estacion central; pero fué bastante cortés para ofrecer la mano en el andén á las dos damas que iban á separarse de él.

—Señor, díjole rápidamente Genoveva, con una espresion encantadora,—todos los miércoles, á la noche, nos reunimos algunas personas amigas... Tengo mucho placer en abrirle á usted las puertas de mi casa...

—Son las del Paraiso! respondió Rodolfo con una graciosa reverencia.

No pudieron decir más.—Don Alejo llegaba, buscando sofocadamente á su amada, y la locomotora dejaba ya escapar ronquidos de impaciencia.

Habia sido completa la jornada.—Esa noche, Rodolfo durmió con la sonrisa en los lábios.—Acababa de vivir el dia más alegre de su vida!

(*Continuará.*)

Nota. *En la página 194—segunda columna,—donde dice: «Jóven y taciturno por naturaleza, etc.,»—debe decir: «grave y taciturno, etc.»*

La novela de Gil Soplete

I

LA FÁBULA DE LA ABUNDANCIA

AQUELLA noche, bien sabeis que hacia mucho frio. El barro de las calles estaba helado. Por los cristales de los escaparates veianse caer gotas de agua y detrás de los mostradores á los dependientes de las tiendas de ultramarinos, alegres y ágiles, despachando á más y mejor. Madrid andaba por las calles hambriento y glotòn; pasaba con desdèn junto á los escaparates de las joyerías y se detenia absorto en los de las fondas. Entre una diadema de brillantes y un plato de tembladora gelatina, se decidia por la segunda. Diriase que un hambre heròica habia estremecido las entrañas de este gran pueblo. En donde quiera que se despachaba por libras la gula, veianse ojos ansiosos que escudriñaban las enjundias doradas de las aves y el dulce entresijo de las anguilas.

Gil Soplete iba por la Plaza Mayor embebecido en la deliciosa perspectiva de los inmensos montones de naranjas. Como era tan bajo, se tenia que empinar en las puntas de los piés para alcanzar á las mesas que eran base de vistosas pirámides de turròn. En uno de los puestos, titulado *A la pirámide de Egipto* (¿á cuál de ellas?), se detuvo entusiasmado Soplete, porque habia una verdadera pirámide de Cheops de cajas de jalea. Imposible parecia que hubiese en el mundo tanta dulzura. Con su abundancia oceánica desafiaban aquellas cajas á la

glotonería de la especie humana, y delante de ellas hubiese podido decir un hambriento:

—¡Desde esa altura os contemplan tres generaciones de empachos!

II

DINASTÍA DE LOS SOPLETES

El reloj de la Tercera Casa Consistorial diò las seis. Soplete se dijo:

—¡Caramba! ¡Y me estarà esperando mi madre!

¡Su madre! A esta idea, el estòmago dejò de estremecerse por la gula y empezò à brincar el corazon. Tres meses llevaba sin verla. Soplete se limpió una làgrima con el dorso de la mano y echò à andar hàcia el cuartel.

¿Còmo? ¿Aùn no os habeis fijado en Soplete? ¿Habeis visto su rojo pantalon, su chaquetilla oscura y su gorrilla de cuartel, y no habeis comprendido que el señor de Soplete es corneta de òrdenes?

Pues sì, sabedlo. Los sàbios que componen esas largas listas de nombres salvajes, que fueron dinastias druidicas, tendràn en lo porvenir que darse de calabazadas para recomponer el limpio y claro linaje de los Sopletes, oriundo de la patriarcal llanura de Getafe, extendido despues, merced à no se sabe què acaecimientos, por los linderos de la populosa Polvoranca.

En la estirpe prolífica de los Sopletes hubo gloriosa escuadra de leñadores, de cazadores furtivos, de papelistas y revendedores de billetes, de honradisimos jornaleros, de criadas de servir y niñeras perpètuas que pasean por el mundo su doncellez y su virtud.... Un momento de esplendor sumo sobrevino para el linaje de los Sopletes, y èste fuè cuando Iracundio Soplete fuè nombrado maestro de escuela en el Boalo, y otro àun mayor cuando Benedicto Soplete cantò misa en el Seminario Conciliar de Cuenca.

Natural era que, despues de tan altivos esplendores, la hueste de los Sopletes descendiera. No hay astro que, despues de fulgurar en su apogeo, no palidezca en su perigeo. Ni Alejandro, que al otro dia de un gran triunfo, no sufre el justo desmayo de una gloria, por humana, interminente. Ni rosa qne en la primera quincena de Mayo florece, llegarà à la segunda con sus hojas frescas. Ejemplos todos por demàs profundos, que justifican el que, despues de tanto esplendor, los Sopletes fuesen de capa caida, es decir, sin capa, que es la màs caida de todas las capas posibles.

¡Mucho bajaron, mucho!...

III

LA DINASTIA DE LOS SOPLETES PIDE LIMOSNA

Pero no tan abajo que llegasen al peldaño del Còdigo Penal. Se quedaron en pobres, y fueron protagonistas de esa primera pàgina de las novelas por entregas, que hablan invariablemente de un personage que *era hijo de padres pobres, pero honrados*.

El padre de Gil Soplete fuè cartero. Digamos en honor de los Sopletes que todas las cartas que èl debia repartir llegaban à poder del destinario. Elogio que parecerà, por inverosìmil, hipèrbole del panegirista.

Un mes de Diciembre descendiò el termòmetro à las heladas regiones de *bajo* 0. La pulmonia saliò de su nido de tèmpanos. Se paseò por la villa; escogiò sus vìctimas. El cartero Soplete, aquel prodigio de actividad y celo, que llegaba al último sotabanco con la carta de amor, y descendia al sòtano con la esquela de funeral; aquel incomparable è ilegislable Soplete, ràpido como Cèfiro, esperado como Favonio y temido como Mavorte (comparaciones que me ha prestado el clàsico de la esquina), falleció. Maria Juana, su mujer, se quedò en la miseria, con un hijo de tres meses.

¿Quien diria que aquel muñeco habia de ser à los nueve años el heròico Gil Soplete, el corneta de òrdenes del regimiento núm. 99 (de Tarifa la Nueva)?

Heredò de sus padres los pulmones, notable herencia. El cartero la empleaba en escalar las alturas del sotabanco, y el corneta en hacer vibrar aquella lengüeta de bronce que era la voluntad del regimiento.

¡Ay! Pero antes de que el muñeco envuelto en mantillas llegase à ser el hèroe envuelto en el rojo paño nacional, la pobre Maria Juana pidiò limosna muchas veces.

¿Habeis pasado alguna noche del año 73 por la calle de Ciudad-Rodrigo? Pues bajo una de sus bòvedas habreis visto una mujer que, teniendo un niño en brazos, os pedia limosna. Esa matrona era la desventurada Maria Juana.

Fuè màs heròica que Carlota Corday; màs heròica que Agustina Zaragoza; màs heròica que la doncella de Orleans...

Maria Juana resistiò al hambre.

IV

AGAPE

Andando habia pocas fuerzas terrestres y aèreas que sobrepujasen y vencieran à Gil Soplete. Estaba acostumbrado à seguir al noble bruto del coronel, al caballo del jefe del regimiento, en aquellas solemnes paradas, en aquellos cansados ejercicios, de los cuales decia Gil Soplete viendo còmo se enseñaba à los soldados à marcar el paso:

—Nos estàn enseñando à morir à compàs.

En poco màs de cinco minutos llegò el corneta à la plaza de San Marcial. ¡Què pedacillo de luna lucia en el horizonte! Era una raja de melòn mal cortada, con sus dulces filamentos de rayos pendientes de la parte màs aguda de la seccion. El tramwia pasò à escape lleno de gente. Gil entrò en aquella taberna que hay frente al cuartel de San Gil debajo de tierra. En la sala de comidas, colocada detràs del mostrador le aguardaba su madre, de piè, con su cara triste de viuda pobre, que se alegrò con todos los esplendores de la aurora maternal al ver llegar à su hijo. Cogiò al heroecillo entre sus brazos la viuda, le suspendiò en el aire, le besò con furia, con ansia, con vehemencia.—¡Si alguna vez los làbios se han vuelto locos, fuè entònces!—Se sentaron Maria Juana y Gil en los bancos que habia clavados frente à las largas mesas, mesas de pobres, sin mantel ni comida. Allì hablaron. Gil tenia una insaciable curiosidad por saber què cosas habian pasado en el pueblo, en Polvoranca. Preguntò por sus amigos Tonico, Faco y Andresillo; por el señor cura y por la yegua del escribano, que tantas veces habia llevado à beber agua al pilòn de la plaza; y sobre todo por la hija de D. Alejandro, aquella silfide lugareña, esbelta como una espiga, graciosa y conmovedora como el sueño de la noche de Rèyes.

La madre queria que empezaran à cenar. Aquella era la noche de Noche-Buena: la noche del mantel limpio y de la cena abundante la ùnica noche en que la gula no es pecado capital.

V

FILOSOFÍA COMPATIBLE CON UNA DIGESTION

Maria Juana habia venido desde Polvoranca à piè para unirse à su hijo. El camino, con ser tan yermo y desolado, habiale à ella parecido hermoso, lleno de vegetacion pasmosa, de encantos inefables. Los gorriones que medio helados piaban de hambre y frio en las zarzas, le decian à Maria Juana:—¡Què hermoso dia! ¡Què dichosa està hoy la naturaleza porque hoy vas à ver à tu hijo!—Un carro de estièrcol que, arrastrado por moribundo jaco, iba à las huertas del Llusio, le pareciò à Maria Juana la carroza del triunfo. Llegò à Madrid. Ella odiaba à Madrid, porque Madrid tenia preso à su hijo en aquella invisible càrcel que se llama la disciplina. Pidiò permiso al sargento: fuè concedido: citò à su hijo en aquel figòn, donde èlla habia hecho preparar una libra de sardinas y un cuartillo de Cariñena. La cena fuè, pues, esplèndida. Agape de sentimientos, en que se devoraron màs besos que manjares.

VI

ANDANDO Y LLORANDO

¿Es ya la una? Sì. Han empezado los banquetes de los poderosos. El Champagne ha disparado cien millones de tiros, de que es bala el

tapon de corcho, sobre la frugalidad, que cae en tierra vencida y extenuada.

¿Hay hambre ahora sobre el mundo cristiano? Es, entònces, que los cristianos han dejado de serlo. Porque Jesùs mandò que esta noche el duro no fuese del que le tiene, sino del que le necesita.

¿Por cuànta cabeza adornada de diamantes burbujea ahora el Champagne? ¿Cuàntos labios descoloridos se tiñen de rojo por la influencia de la gula satisfecha?

Pues bien: ahora es cuando la madre de Gil Soplete sale para Polvoranca. ¡Què frio hace! ¡Què frio! La pobre mujer piensa en su hijo, y esta idea le produce en el corazon el calor de un horno.... Se aleja.... se aleja.... Casas de Carabanchel Bajo, que vìsteis pasar à la pobre lavandera, decidnos su secreto: ¿reìa ò lloraba? ¿Su pena era tan grande que no tuviese remedio?

Y vosotros, dioses marciales del cuartel de San Gil, decidnos: ¿què le pasaba entònces à Gil Soplete?

Gil Soplete se habìa dormido soñando con su madre, con la hija de D. Alejandro, con su corneta de oro, con el caballo del coronel.

¡Hèroe de nueve años! ¡Àtomo de carne humana! ¿Què serà de tì? ¿Cuàl serà tu pròxima Noche-Buena? ¿La del amor, ò la del hospital?

LOS OJOS NEGROS

(HISTORIA ESCANDINAVA, IMAGINADA POR UN ANDALUZ)

I

Tiénes los ojos negros,
ojos de luto. . . .
Mi corazon lo lleva
desde que es tuyo.

MÀS allà del Cìrculo polar-àrtico, en los confines de la Laponia, cerca de Hammesfert,—ùltimo punto habitable del continente europeo,—se levanta, sobre un mar helado cada año durante seis meses, la negra, escarpada y colosal isla de *Loppen*.

Caìan las primeras escarchas de 1730: era el 15 de Agosto.

Las noches tenian ya cerca de tres horas, y la *aurora boreal* lucia en ellas, cerrando el arco esplèndoroso de los crepùsculos simultàneos de la mañana y de la tarde.

Hacia una semana que la luna aparecia en aquel cielo despues de mes y medio de absoluta ausencia.

Todo anunciaba la proximidad del invierno, cuyo blanco fantasma, no bien asoma por el Polo, envuelve en su inconmensurable sudario todas aquellas tristes latitudes.

Los nobles se encerraban ya en sus castillos, los pobres en sus cuevas, los osos blancos entre los tèmpanos de hielo secular.

Algunas aves hacian su nido en las grietas de los desgajados abetos, en tanto que otras levantaban el vuelo hàcia el Mediodia, buscando nuevas primaveras.

Los *balleneros* y los *groelanderos* dàbanse à la vela con direccion à Europa, temerosos de quedar clavados en una mar helada....

Los campos, los puertos, los pueblos mismos veìanse desiertos y abandonados. No parecia sino que una horrible epidemia habia pasado por ellos, ò que se aproximaba, amenazàndoles, un desastroso Conquistador.

Y asì habian de permanecer aquellas regiones durante ocho meses, ò sea hasta el 15 de Abril, que comienza el derretimiento de los hielos.

II

Sobre las àridas peñas de la isla de Loppen, asièntase un castillo que parece riscosa excrecencia de la montaña: tan musgosos y viejos son sus muros, tallados casi todos en la roca viva.

Aquella guarida de buitres no ha sido obra de *edificacion* sinò de *excavacion* y *desbaste*.—Es un monolito ahuecado, coronado de almenas.

Algunos òvalos abiertos en la peña para llevar aire al interior indican vagamente el *descenso* à los siete pisos del castillo, en el ùltimo de los cuales, inaccesible completamente à los rigores del invierno, habitan los señores de aquel alcàzar subterràneo.

No tenemos para què decir què hora era...

Allì es siempre de noche.

Es un salon triangular, tapizado y alfombrado de ricas pieles de marta y de rengifero y alumbrado por tres grandes làmparas, ardìa un enorme tronco de terso pino. Huìa el humo arremolinado, semejando movible columna salomònica, por el techo horadado de aquella aristocràtica gruta, excavada à cien piès de profundidad, en tanto que una inmensa galeria abierta en frente de la chimenea traìa ràfagas de aire tibio y perfumado...

Dos personages habìa en este aposento.

Dormìa el uno, sentado en disforme sillon de encina; y era Magno de Kimi, el *Jarl* ò Conde reinante de la isla de Loppen.

Tendria veinticinco años: vestìa larga tùnica, de pieles negras, por debajo de la cual asomaba un traje medio guerrero, medio cortesano, sumamente lùjoso. Este jòven, que en el Mediodia hubiera pasado por feo, ò cuando mènos por raro, no carecia de cierta belleza *local*. Era pequeño de talla; un poco grueso, ò por mejor decir, muy recio y fornido; moreno de cara, ò, màs bien pardo tirando à rojo; pero con cabellos rubios como el oro, sumamente largos y espesos, y ojos de un azul tan claro como el cielo de España en despejado dìa de Enero. Su rostro, en fin, imberbe como el de una mujer, tenìa, sin embargo, tal aire de fuerza y de entereza varonil, que nadie hubiera puesto en duda el salvaje valor del noble escandinavo.

Enfrente de èl, è iluminada dulcemente por los resplandores del hogar, rezaba en silencio una mujer, que màs parecia una niña; blanca como el alabastro; rubia tambien; con ojos celestes, semejantes à dos turquesas, y hermosa y triste como las siempre moribundas flores de aquellas fugaces primaveras.—Envolvìa todo su cuerpo anchìsima bata de dobles pieles de armiño, cuya blancura deslumbraba, y cubrìa su cabeza gracioso capuchon de blondas....—Con aquel trage parecìa la jòven una rosa flotando en golfos de nacarada espuma, un elegante cisne de albo plumaje, la luz matutina reflejada en intacta nieve.

Era la jarlesa Fœdora, la esposa del jòven Magno.

Muchos tiempo hacìa que los cònyuges estaban en aquella actitud.... Èl, haciendo como que dormìa, y ella haciendo como que rezaba.

Fœdora, en cuyo rostro se veìan las huellas de un dolor sin consuelo, clavaba los ojos en las juguetonas llamas del hogar... Mas, si por acaso los tornaba un momento hàcia la sombrìa figura de Magno, no era sin que leve temblor la agitase, ni sin que al punto volviera à fijar la vista en la lumbre, prosiguiendo con más fervor sus oraciones.

Una vez abriò Magno los ojos repentinamente, y sorprendiò la tìmida mirada que le dirigìa su esposa.

– ¿Dormìais?—murmurò èsta con voz dulce y apagada.

—Yo no duermo nunca... (respondiò àsperamente Magno).—¿Por què me mirabàis de aquella manera?

Fœdora temblò de nuevo, y cruzò las manos.

—¡Porque os amo mucho!—respondiò al cabo de un momento.

Y se enjugò las làgrimas, y tornò à sus oraciones.

Pero sus dedos no atinaban à pasar las cuentas de àmbar del rosario.

Y ya no hablaron màs, y habian hablado màs que de costumbre.

III

Tres años contaban de matrimonio Fœdora y el jarl de Kimi, y era aquel el primer invierno que pasaban en el castillo de Loppen.

Ibànse antes à Cristiania, donde la vida de los nobles es una fiesta continua durante los grandes frios; pero el año en que acontece esta historia, y despuès de haber viajado por toda la costa de Noruega en los hermosos dias de Junio y Julio, Magno decidiò sepultarse con su esposa en el alcàzar de piedra y hielo que hemos descrito, en donde, solos, taciturnos, sentados el uno en frente del otro, llevaban quince dias de reclusion, y de donde no podrian salir ya en ocho meses, à causa de haberse helado las primeras nieves sobre las puertas del castillo.

. . . .

IV

Habian pasado otras quince noches.

Magno de Kimi pidiò su arpa escandinava, y cantò el siguiente romance à su aterrada esposa:

De rodillas en la tumba,
en la tumba de mi padre,
amor eterno
tù me juraste. . . .
Si al juramento un dia
faltas, cobarde. . . .
te lo ruego, amor mio,
¡no pases por la tumba de mi padre!

La voz de Magno retumbò como un trueno en las concavidades del castillo, al repetir el ùltimo verso de su cancion.

Volviòse luego el Conde à la angustiada jarlesa, y le preguntò, sonriendo amargamente:

—¿Què haceis, Fœdora?

—¡Rezo por el alma de vuestro padre! contestò ella, cerrando los ojos para no ver la sonrisa de su marido.

Magno pulsò de nuevo el arpa, y prosiguiò su romance:

Luz de los cielos,
flor de los valles,
aquì naceràn mis hijos,
aquì murieron mis padres.
Sì, por tu desdicha,
mis hijos no nacen;
si es tu seno la tumba de mis hijos,
¡no pases por la tumba de mi padre!

El rosario de àmbar se desprendiò de las manos de Fœdora y fuè à caer sobre las brasas del hogar...

Allì se desgranaron sus cuentas, que al poco rato eran otras tantas àscuas.

Un delicioso aroma inundò la habitacion.

—¿Còmo os sentìs, señora?—preguntò el jarl, como si no hubiera visto nada.

—¡Bien, Magno!—respondiò ella, que tampoco parecia haber reparado en aquel accidente de tan mal agüero.

—¿Tenèis todavia *duda* acerca de vuestro estado?

—No, señor...

—¡Vais à sèr madre!... ¡oh ventura!—¡Ved cumplidos mis votos de tres años!

—¡Sì!...—murmurò mansamente la jòven.

—¡Sì! (repitiò el esposo con voz terrible).—Pero no olvidèis el otro cantar escandinavo...

Y, rièndose con satànica furia, cantò de este modo:

Cruza los montes
un extranjero,
negros los ojos
negro el cabello...
¡Todos sus hijos
tendràn de cierto
negros los bucles,
los ojos negros!

—¡Ah! ¡Callad!...—murmurò Fœdora, arrodillàndose.

—¿Conocisteis à vuestros abuelos?—exclamò Magno levantando à su esposa y con un rugido de fiera.

—¡Ah! señor... (respondiò la pobre mujer estrechando sus manos).—Matadme de un solo golpe! ¡No prolongueis mi agonìa!.

—¿De què color tenian los ojos? ¡Responded!

—Ya lo sabeis...—Los tenìan azules....

—¿Y à mis abuelos? ¿los conocisteis?

—No señor....

—¡Vais à conocerlos!—replicò el jòven, cogiendo à su esposa de un brazo y arrastràndola hàcia la galeria pròxima.

Habìa en ella una larga hilera de retratos alumbrados por làmparas colocadas de trecho en trecho.—Los señores de Kimi parecìan vivos dentro de los marcos que los encerraban... —¡Estos son mi antepasados! (exclamò el jarl.) ¡Vedlos, señora! Todos tienen los ojos azules, como vos y como yo, como nuestros padres y abuelos, como todos los escandinavos! ¡Comprenderèis, en consecuencia, que nuestro hijo ha de tener tambien los ojos azules!—¡Ay de vos si los tiène negros como el español D. Alfonso de Haro!

Dijo, y se alejò riendo convulsivamente, mièntras que la jòven caia de rodillas sin voz ni aliento.

Asì permaneciò largas horas; y, cuando ya todo era silencio en el castillo, y las làmparas espiraban consumidas, y la hoguerra del pròximo salon se apagaba tambien, levantòse quebrantada y moribunda y tomò el camino de su aposento.

—Hijo mio...—(murmurò allì con voz honda y supulcral, apoyando àmbas manos sobre su corazon, como si las pusiese sobre el del hijo que llevàba en su seno):—Hijo mio, ¿por què quieres ser el verdugo de tu madre?

Y echò una mirada sobre sì, y huyò con horror hàcia otro lado de la estancia, tapàndose el rostro con las manos.

Era la estatua del remordimiento, maldicièndose à sì misma.

(*Concluirà*)

PASATIEMPO

ALLÁ en los tiempos de cruz,
De barbarie y de ignorancia,
El hombre al hombre vendia;
Mas hoy dia,
En estos tiempos de luz,
De saber y de arrogancia,
¡Quién lo creyera!
El hombre servil no espera
A que otra mano lo ofrende,
Sinó que el mismo se vende.

Amenodoro Urdaneta.



En una estacion balnearia de moda hay dos hoteles en competencia: el *Gran Hotel Americano* y el *Espléndido Hotel*. La lucha de sus empresas reviste un carácter heróico.

El uno anuncia en el periódico de la localidad:

«Ha llegado al Gran Hotel Americano la embajada japonesa.»

El otro contesta con un anuncio:

«No fiarse de los personajes imitados. Llevado de un espíritu de innoble competencia hay quien recurre al extremo de hospedar á sus camareros disfrazados de príncipes, para atraer al público que nos dispensa su confianza. La embajada japonesa que acaba de llegar al hotel de enfrente, se compone de seis criados del mismo, vestidos de seda. Ayer tuvimos el gusto de ver á S. E. el embajador fregando platos.»



A una señora pisó
El vestido cierto dia
Uno que detrás venia
Y un tanto se lo rompió:
La señora se volvió
Diciendo:—Mucho animal
Hay en esta capital.—
Y él dijo:—Tanto es así,
Que sus *colas* por aquí
Voy pisando por mi mal.

—Hombre, Vd. es una maravilla;—ochenta años y tan conservado.

—Sí!.... leo sin anteojos.

—Y los dientes?
—No me falta ni uno solo!
—¿De veras?
—Ya lo creo! los he conservado todos.... en una caja!

En una partida de caza.
—Suelta tu perro, si quieres cazar.
—Ni que fuera tonto! me ha costado muy caro y no quiero esponerme á perderlo.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 25

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
A 4 D	C toma A
A 5 D	P toma A
P 5 AD (mate)	
1.ª variante	
A 4 D	C toma A
A 5 D	R 4 AD
D 8 AR (mate)	
2.ª variante	
A 4 D	P 4 AD
A toma C	P toma A
D 6 AD ó P 5 AD (mate)	

La solucion exacta nos fuè enviada por Eduardin y El Duende.

FUGA DE VOCALES

Finjome en mi constan'e devaneo,
Miéntras el sueño embarga mi sentido,
Que arrebatado vuelo hasta tu nido
En las alas de luz de mi deseo.

FUGA DE CONSONANTES

Verdad creyendo lo que en sueños veo,
El corazon redobla su latido;
Y en éxtasis de amor embebecido,
Que te aprisiono entre mis brazos creo.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Loco, en mis redes al sentirse presa,
Despertando á los ecos matinales,
Beso el ambiente en que te juzgo impresa.
¡Y espiran tus contornos ideales
En un rayo del dia, que atraviesa,
Como espada de luz por mis cristales!

La solucion de las tres nos fuè enviada por Riana y O. P.—Alex descifrò la fuga de vocales.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª *Almohada*—2.ª *Bisiesto*—3.ª *Maremoto.*

Gras, Riana y Alex, resolvieron las tres.

GEROGLÍFICO NUM. 25

A quien no le sobre pan no crie can.

Nos enviaron la solucion Alex, O. P., Riana, Tram-via y Col.

CHARADAS

Si estas *primera y segunda*
En vano es que leas esta;
Con el mi *tercera y cuarta*
Se descifra lo que encierra.

Segunda y *tercera* hay Dios
Te rompo el *primera* y *tercia,*
Si eres *cuarta;* que á los guapos
No me les animo yo.

Solo que te me escaparas
Echando á correr al diablo
Más lijero que mi *todo,*
Que ande de un lado á otro lado.

OTRA

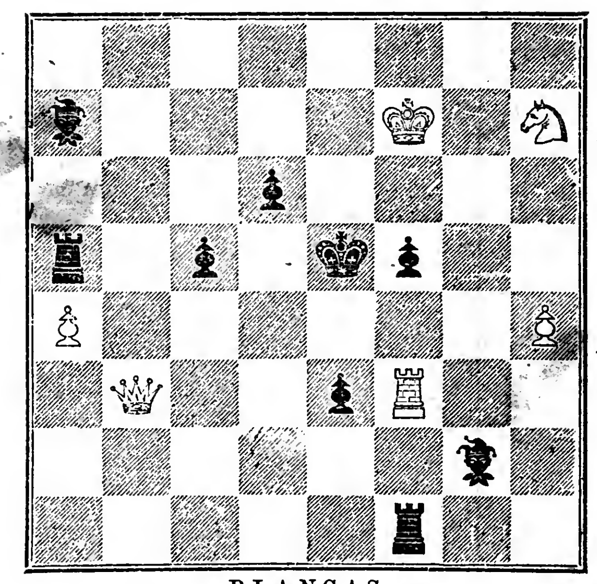
Con mi *dos* di en *prima* y *tercia*
De madera tal *total*
Que en los dias de mi vida
No me curaré del mal.

OTRA

A una *primera* y *tercera*
Tan hábilmente maté,
Que con un *prima* y *segunda,*
En el *todo* de un gran árbol
Aquella hazaña grabé.

Problema de Ajedrez por Sphinx

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 26



EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Febrero 4 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 27.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO QUINTO

—

EL CONDESITO Y EL PORTERO

ERA la una de la tarde.—Acababa Rodolfo de almorzar y estaba en su salita, acepillando su sombrero de pelo, pronto para salir á la calle, cuando un criado del hotel se presentó á prevenirle que un hombre ordinario queria hablar con él.

—Estuvo ayer tres veces, añadió el criado, y quedó muy descontento por no encontrarlo á usted... Ha de ser un majadero, un petardista... ¿Quiere usted que lo despida?

—No, hágalo entrar, respondió Rodolfo, y demostrando en su semblante una curiosidad inquieta, se sentó junto á una mesa que adornaba el centro de la salita.

No tardó en presentarse el *hombre ordinario*.

—Con permiso!—dijo humildemente, deteniéndose en la puerta.

Era un hombre de cuarenta años de edad, de regular estatura, cargado de espaldas, rubio, coloradote y lampiño, con ojos saltones y azules, de nariz respingada y boca redonda y abierta, como el *hombre que rie* de Victor Hugo.

Fácilmente reconoció Rodolfo al portero del doctor Nugués,—cuya fealdad era legendaria entre los amigos y conocidos del espiritual facultativo.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó Rodolfo secamente.

—Necesito hablar con el señor, respondió *Giacomo*.

—Hable usted.

—Ah! no.—A mi no me conviene hablar fuerte.—Al señor.... tampoco!

—¿Viene usted de parte del doctor Nugués?

—No, señor, de parte mia... Y al señor le interesa mucho lo que tengo que decirle; pero hemos de estar los dos solos, y sin que nadie pueda oirnos.

Levantóse Rodolfo, hizo entrar á *Giacomo* y cerró con llave la puerta de la salita.

—Hable ahora, dijo enseguida, volviendo á ocupar su asiento.

Giacomo, sin aguardar invitacion, cogió una silla y se sentó del otro lado de la mesa.—Hizo Rodolfo un movimiento de impaciencia, y el portero del doctor Nugués se apresuró á decir:

—Disculpe el señor; pero es muy largo lo que tenemos que conversar.

—Hable, pues!—repitió el jóven, dando una puñada en la mesa.

—Se ha de acordar el señor, repuso *Giacomo*, con alardes flemáticos, de la noche del 10 de Marzo de 1873... Mi patron se estaba aprontando para marchar al dia siguiente al campo, en compañía de una enferma muy rica, y usted, pariente de la enferma, fué á visitar á mi patron...

Rodolfo, lívidamente pálido, hizo un signo de silencio, y fué á cerciorarse de que su contiguo dormitorio estaba solo, con las puertas bien cerradas.—Volvió despues, y se sentó de nuevo, cruzando sobre la mesa las crispadas manos, escondiendo la cabeza entre los hombros...

—Sigue! sigue! balbució con voz ahogada.

Tuteaba á su interlocutor, como si el instinto le advirtiese que entre dos malvados debia establecerse pronto el compañerismo.

—Ve como ahora empieza á interesarle la conversacion! exclamó *Giacomo*, con una risa cínica.

—Pero despacio, muy despacio, interrumpió Rodolfo.

—Sí! sí! á mi tambien me conviene que nadie pueda oirnos.... Bueno! el señor entró á ver á mi patron... No sé lo que pasó entre ustedes.—Tenia que entrar adonde ustedes estaban... Oí que mi patron gritaba; ví al acercarme, que rompió un papel y le tiraba al señor los pedazos por la cara... El señor salia riendo como un loco y el patron me ordenó que nunca más lo admitiese al señor en la casa...

—¿Y bien?

—Yo quedé con mucha curiosidad por saber lo que decia aquel papel.. ¿Comprende? Al dia siguiente, cuando el patron se fué, solito como estaba, pasé unas cuantas horas juntando los pedacitos desparramados por la sala... Aparecieron todos... Mi patron demoró muchos dias... Pude trabajar despacio... Al fin, conseguí pegarlos en órden, y lo que decia el papel aquí está escrito en este otro.

Tomó Rodolfo la hoja que *Giacomo* le presentaba y leyó en caractéres groseros las palabras que él habia escrito bajo el dictado del doctor Nugués.—Dominó así mismo sus emociones, y preguntó:

—¿Dónde está el original?

—En mi poder,—oh! en mi poder, muy seguro!

—¿Ha leido alguien el original, ó la cópia?

—No señor, nadie; estas cosas, para que sirvan, es preciso hacerlas en secreto....

—¿Ignora esto el doctor Nugués?

—¿Mi patron? Bah! si mi patron lo supiera, estaria yo en la cárcel!

—Y bien!—¿para qué has rehecho tú ese papel? ¿De que te sirve? ¿Qué pretendes?

Giacomo bajó la cabeza con aire hipócrita, y guardó un breve silencio antes de esponer, en su trabada media lengua, los sentimientos y las intenciones que abrigaba.... Jamás habia sido su propósito perjudicar á Rodolfo.... Léjos de eso, queria servirlo, aprovechando al mismo tiempo la ocasion, que los pobres no deben nunca desperdiciar.... Nadie sabia que aquel documento estuviese en su poder.... La reserva habia sido absoluta y Rodolfo debia agradecerla.... Habia esperado tanto tiempo y con tanta paciencia!.... Primero, esperó el regreso de su patron para saber el estado de la enferma,—y cuando supo que vivia, que

seguia mejor, buscó en Buenos Aires á Rodolfo, decidido á pedirle poca plata por el papel rehecho, en atencion á que Rodolfo no disponia entónces de fortuna, segun se lo habia esplicado un sirviente de doña Dorotea Valdenegros; pero Rodolfo ya se habia marchado para los Estados-Unidos.... Ocurrióle igual percance cuando Rodolfo volvió con motivo de la muerte de su madre.... Una grave enfermedad lo habia obligado á asistirse en el Hospital, por consejos del Dr. Nugués,- y al salir de allí, habiendo sabido la vuelta de Rodolfo, acudió en su busca precisamente el dia de su nueva partida.... Desde entónces lo aguardaba con toda constancia, para ofrecerle en buena venta el papel comprometedor.... Este servicio merecia ser muy bien recompensado.... Rodolfo estaba rico ahora, habiendo heredado á su señora madre; pero *Giacomo* no queria abusar de las circunstancias.... Por delicadeza, se contentaba con trescientos mil pesos,—ni un peso más,—ni un peso ménos!

No pudo Rodolfo reprimir un movimiento de terrible cólera.... *Giacomo* se sintió amenazado y exclamó, llevando sus dos manos á la cintura:

—Le advierto al señor que vengo muy bien armado!

Rodolfo ocultó el rostro entre las manos y meditó largo rato.—Despues, con semblante sereno, con voz tranquila, comenzó á departir amigablemente con *Giacomo.* No habia heredado lo que suponia el vulgo, y habia ya gastado la mayor parte de su patrimonio.—Apenas, vendiendo lo que le quedaba, podria conseguir la cantidad que pedia *Giacomo.* No importa!—Se arruinaria por completo, pero entregaria trescientos mil pesos en cambio de ese papel, que no pasaba de una broma imprudente, una locura de muchacho..... No queria discusion.... No queria escándalos.... Admitia el negocio y cerraba trato.... Solo dos cosas exijia.... Que *Giacomo* ocultase el dinero y emprendiese viaje á Europa por el primer vapor....

Giacomo era un sugeto razonable, y aceptó de buena gana las exigencias de Rodolfo.—Cuadraba á sus propias conveniencias ocultar el dinero, para librarse de pedidos ó acechanzas.... Ambicionaba regresar á su tierra.... Qué más queria que hacerlo con un capital de *sesenta mil liras!*—Estaban, pues, completamente de acuerdo.—Quedaron convenidos en que al dia siguiente, á las cuatro de la tarde, el uno tendria pronto el dinero y el otro presentaria el documento.—Con esto, se despidieron como excelentes camaradas.—Parecian ambos profundamente contentos!

Media hora despues, golpeaba Rodolfo la puerta de su apoderado, don Agustin de la Peña.—El austero escribano, teniendo clientes en su escritorio, fué con su poderdante á la sala de su familia, rigida estancia, guarnecida con muebles del tiempo colonial, y en cuyos muros, frente al retrato de una dama adornada con gigantesco peineton, se destacaba el de un antiguo oidor español, egréjio padre de don Agustin, con el traje y las insignias correspondientes á su rango.—Rodolfo, sin atender al ademan cortés del señor de la Peña que le ofrecia asiento,—y sin el menor signo de respeto á las imájenes venerandas que lo contemplaban, dijo bruscamente:

—Necesito para mañana mismo, antes de las cuatro de la tarde, *trescientos mil pesos,* moneda corriente.

—Se chancea usted, jóven De Siani!—exclamó don Agustin espantado.

—Hablo sério y estoy de prisa; no se puede perder tiempo; *trescientos mil pesos* para mañana á las cuatro....

—Pero es absolutamente imposible!

—Pues es absolutamente necesario!

Don Agustin se llevó las manos á la cabeza, y comenzó á pasearse por la sala. Estaba profundamente indignado. Rodolfo lo atajó, diciendo:

—Perdemos el tiempo lastimosamente.... V. debe ponerse ahora mismo en campaña para conseguir el dinero que pido.... No me dijo V. que mi fortuna pasa todavia de dos millones.... Pues entónces!

—En propiedades raíces, jóven De Siani, en propiedades raíces.... Para obtener trescientos mil pesos, seria menester vender ó hipotecar una de las tres propiedades que le quedan....

—Pues venda ó hipoteque; me es indiferente.

—Vender en estos momentos! Pero hay una depreciacion general de los valores territoriales; no se puede vender sin enormes pérdidas....

—Pues hipoteque!

—Todavía, llevando los títulos de V. al Banco Hipotecario, seria posible la operacion en condiciones ventajosas.... Déme V. algunos dias de tiempo.... Es necesario someterse á la revisacion de títulos, tasacion del inmueble, etc. etc.

—Imposible, don Agustin, imposible!—Acepto cualquier sacrificio, pero exijo el dinero para mañana mismo.

—Tiene usted en caja *setenta mil pesos.*

—No me bastan, señor,—no me bastan.—Trescientos mil pesos necesito en una sola partida, que esos otros,—descuide usted,—no se han de apolillar en la caja!

—Estraña exijencia, jóven De Siani, muy estraña!

—Más de lo que usted se figura, señor don Agustin.

—Usted juega, jóven De Siani, usted juega!

—Sí, don Agustin,—y es una partida que puede proporcionarnos la más inmensa fortuna de Buenos Aires....

—Santo Dios! Cómo está la juventud de esta tierra!

—Déjese de sermones, por otra parte inútiles.—Soy mayor de edad; usted es mi *intendente,* cumpla mis órdenes....

—¿Y mi responsabilidad moral?—¿Las promesas que hice á la finada?

—Se trata de un compromiso de honor. Si ella viviese, á ella le tocaria salvarme, y me salvaria. Concluyamos, don Agustin.

—No puede usted negar que es hijo del Conde!

—Nunca lo he negado. Póngase usted en campaña!

Venció Rodolfo las últimas resistencias del *intendente,* y este, despues de breves reflexiones silenciosas, exclamó:

—*Inter duobus malis minimum eligendum!* decia siempre m finado padre. Lo más perjudicial en estos momentos seria vender la casa, ó la chacra, ó el campo.—Es preferible hipotecar, aun cuando, teniendo que tratar con un prestamista particular, será forzoso dar garantía excesiva y aceptar condiciones onerosas.

—Dé usted y acepte, sin mirar para atrás...

—Yo nada daré, nada aceptaré... Exijo de la manera más formal que usted firme la escritura hipotecaria... Me encargaré únicamente de concertar la operacion.

—Es lo esencial, esclamó Rodolfo, con aire placentero. En campaña, pues;—lo espero esta tarde ó esta noche en el hotel, para que me informe sobre el resultado de sus esfuerzos... No dormiré tranquilo si usted no me lleva buenas noticias, señor don Agustin.

—Buenas noticias! replicó el escribano; malas, muy malas! Díjele á usted dias pasados, que su fortuna quedaria liquidada en dos años. Rectifico ahora: será antes de un año!

—Ríase usted de cuentos! Hemos de conversar cuando el *hijo del Conde* se presente á decirle: «Señor intendente;—manéjeme con tino estos cientos de millones de pesos.»

Limitóse don Agustin á pronosticar mentalmente que aquel jóven concluiria, como el padre, en una casa de locos, y se despidieron, para volver á verse á la noche.—Fué en efecto don Agustin al hotel, y comunicó á Rodolfo que tenia casi concertada la operacion, esperando una respuesta definitiva el dia siguiente, á las nueve de la mañana,—y al dia siguiente vió Rodolfo calmada su ansiedad con una carta en que el escribano le anunciaba la conclusion del negocio, hipotecando el campo por trescientos mil pesos, á un año de plazo y al doce por ciento de interés anual. La escritura se firmaria á las dos de la tarde, debiendo Rodolfo

concurrir á la escribania. Estaba muy satisfecho el condesito; pero tuvo una gran contrariedad al encontrar en la escribania á don Alejo Nuñez y al saber en seguida que era el mismo don Alejo el dador del dinero. Rápidamente calculó Rodolfo que su prestamista no dejaria de hacer conversacion sobre aquella hipoteca... Se lo diria tal vez á Pancha Ovalle,—y Pancha Ovalle, al universo! Asi mismo, cuando tuvo los trescientos mil pesos en la mano, considerando ya seguro el rescate del documento cuya publicidad destruiria todos sus planes de ambicion,—esperimentó diabólicas sensaciones de orgullo. «El dinero es una fuerza,—deciase á si mismo;—es la gran fuerza del mundo!»

Con puntualidad irreprochable, compareció el portero del doctor Nugués al hotel de Rodolfo.—Este lo hizo entrar á su salita y cerró la puerta. El dinero estaba sobre la mesa, y *Giacomo* lo saludó con una respetuosisima reverencia.—Luego, sintió sobre su hombro la mano de Rodolfo, y dió un salto hácia atrás, tratando de sacar precipitadamente un arma.

—No te asustes, en vano, no te asustes,—exclamó Rodolfo, con ira comprimida;—vas á recibir tu dinero, y me vas á entregar mi papel.—Pero partirás mañana mismo á tu tierra.—Hay vapor italiano.... La agencia está á la vuelta....

—Si, señor, ya lo sabia, respondió *Giacomo*, suficientemente calmado; me embarcaré, como dice el señor, mañana mismo. Mi patron está advertido de que me voy muy pronto, y yo mismo le he llevado portero que me reemplace.... Saliendo de aquí, iré á despedirme de él.

—Eso es!—Y, oye lo siguiente: Si cometes alguna indiscrecion, si no te marchas, si vuelves á este pais,—entónces si,—desconfía con razon, tiembla por tu vida!

Habia tal espresion amenazante en la voz, en la fisonomia y en la actitud de Rodolfo, que *Giacomo* se puso efectivamente á temblar.

—No hay cuidado, señor, no hay cuidado, balbució con aire sumiso,—yo no soy capaz de hacerle daño; no contaré esto á nadie; me iré sin despedirme de un hermano que tengo, para que no pueda preguntarme nada.... Seguro que el señor quedará contento de mí....

—Cuenta el dinero!—fué la respuesta despechada de Rodolfo.

Giacomo contó prolijamente los *trescientos mil pesos*. Rodolfo, entre tanto, con las manos en los bolsillos del pantalon y la cabeza inclinada sobre el pecho, paseaba largo á largo en la salita.—Estaban cerradas las puertas persianas del balcon, y una luz indecisa, macilenta, alumbraba débilmente aquella escena.

—Está justo, dijo *Giacomo* al concluir;—¿puedo guardar este dinero?

—Si, pues,—respondió Rodolfo.

Guardó *Giacomo* los billetes de banco en un bolsillo interior de su saco.—En seguida, cogió su sombrero hongo, que habia dejado como al descuido en un rincon,—desgarró el forro, y del fondo de la copa hizo salir un papel, cuidadosamente doblado en forma cuadrangular.

—Aquí está, dijo, entregándoselo á Rodolfo.

Desdobló éste el papel, y con una sola mirada pudo cerciorarse de que era en realidad el terrible documento.

—Hemos concluido!—Callas y te marchas, bajo pena de muerte.

Hizo *Giacomo* un signo de asentimiento é indicó á Rodolfo que debia abrir la puerta.—Excesivamente cortés, no queria dar las espaldas al respetable dueño de la casa.-Rodolfo comprendió toda la delicadeza de su huésped y fué á abrir la puerta, con una sonrisa amarga.

Giacomo salió casi de un salto al corredor; habia allí luz profusa, y los habitantes del hotel cruzaban de un lado para otro.

—Bueno, señor, felicidad!—dijo estirando su tosca mano.

Rodolfo, bajo el dintel de la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y miró de hito en hito al insolente que tal familiaridad se permitia.—Despues, encogióse de hombros, hizo un gesto cínico, y estrechó la mano de *Giacomo*, diciendo:

—Tienes razon! Nos valemos. Felicidad!

Entró á su salita y cerró la puerta con llave.—Se dejó caer en un sillon.—Tenia el papel en la mano y se puso á examinarlo. Hallábase el documento perfectamente reconstruido.—La firma, la fecha, una letra segura, perfilada, llena de rasgos elegantes... Un contrato en toda forma para recompensar el asesinato médico de una niña enferma!.... Aquella monstruosidad, puesta bajo sus ojos, desató bruscamente en su alma ondas hirvientes de amargura, de repugnancia, de desesperacion.... Se oprimia la cabeza entre las manos convulsas, y dejaba escapar del pecho hondos gemidos de rabioso dolor.—En ciertos momentos, acertaba á comprender el estravio de su perversidad innata; pero no concebia, no, cómo habia podido ser bastante estúpido, bastante insensato, para entregar en aquella forma el secreto infame de su alma tenebrosa.... Leia y releia el documento.... Recordaba todos los detalles de la escena.... Sentia asco de sí mismo, y á la vez, una aversion creciente, rencorosa, á la persona del doctor Nugués.... ¿Porqué le habia él sugerido la idea del crimen con sus torpes bromas?—¿Porqué lo habia estimulado despues con su silencio, y prolongado la sangrienta farsa hasta el punto de dictar los términos de un pacto nefando para ambos?—Oh!—El doctor Nugués estaba libre de toda inculpacion, por el hecho de haber cumplido su deber en la asistencia de Marta Valdenegros,—y entre tanto, bajo el mismo techo de su casa, habiase conservado durante más de tres años el texto del pacto que deshonraba á Rodolfo.... ¿Un pacto? No!—Una proposicion rechazada, condenada, puesto que el doctor Nugués habia tenido en sus manos la existencia de la opulenta heredera, y no la habia sacrificado!.... Profundizando estas ideas, pudo medir Rodolfo la magnitud del peligro que acababa de vencer.... Conocia por Pancha Ovalle las veleidades amorosas del doctor Nugués, y tenia el presentimiento de tropezar con él, como un obstáculo tenaz, cuando aspirase abiertamente á ser esposo de Marta Valdenegros.... Aquel documento,—qué arma para su rival!—Destruirla, al fin, qué triunfo sin igual para Rodolfo!.... Todos sus instintos egoistas y perversos comenzaron á despuntar en la corriente de sus cavilaciones agitadas.... Creia haber afrontado un gran combate, y se sentia fatigado, destrozado, pero victorioso!—Veia de nuevo allanado el camino de sus ambiciones.... La heredera de los Valdenegros podia llegar á ser suya.... Suya tambien, aquella fortuna colosal.... Obtendria por el amor lo que habia buscado en vano por el crimen!.... Tuvo entónces un vértigo de codicia; y, poco á poco, se apaciguaron sus remordimientos, se disiparon sus repugnancias, se amortiguó su dolor, dando lugar á una reaccion de voluntad ásperamente templada para la accion y la lucha.

Estaba ya sereno.—Fué á su dormitorio y encendió una bujía.—Hizo arder, con diabólico deleite, el papel cuya adquisicion le costaba una buena parte de su fortuna, y cuando cayeron al suelo las pavesas, despues de haberlas triturado con sus piés, irguió la frente y esclamó:

—Ahora, doctor Nugués,—cuidado con propalar calumnias!

(*Continuará.*)

EN LA CATEDRAL

Yo habia oido hablar mucho del monumento que á la memoria del Obispo don Jacinto Vera se habia erigido en la Catedral, y deseaba verlo, porque una obra de arte no es cosa que se ve por aquí todos los dias, y de la tal decian que era muy acabada y perfecta.

Ayer entré en la Catedral por primera vez; y digo así y no mien-

to, porque yo nunca habia entrado al templo desde que ascendió de categoría, pasando de Iglesia Matriz á Catedral. Estaban desiertas las naves. Era la una del dia, y á pesar del calor que en las calles reinaba se respiraba allí un aire fresco, agradable, que convidaba á descansar un rato. Me senté en un escaño, y me puse á mirar todo lo que me rodeaba.

Ha cambiado mucho la Matriz, y ha ganado por cierto en el cambio. Ya no está aquel altar mayor de ántes, pintado de blanco con las molduras doradas, raquítico y contrahecho, sin carácter arquitectónico, producto híbrido de todos los estilos aglomerados sin arte y sin gusto. Ocupa su lugar ahora un retablo de nogal opaco, sencillo y severo, que llega hasta la bóveda.

Reinaba un silencio completo. Por las claraboyas de la media naranja entraba el sol teñido con todos los colores de los cristales, cayendo como un chorro de luz sobre la alfombra. Parecía el arranque de un arco-iris en cuyas variadas fajas se agitaba todo un mundo de moléculas, pasando de un color á otro hasta estinguirse en la sombra, como se estinguen en las tinieblas esas estrellas brillantes que se desengarzan por la noche del esmalte negro-azul del cielo.

De cuando en cuando aparecia por la puerta de la sacristía un hombre macizo, cuadrado de hombros, de cabeza enorme y cabellera enmarañada, que iba de un altar á otro, cambiando en unos las velas, arreglando en otros los porta-misales, maniobrando con los aparejos del culto con esa familiaridad propia de quien está en los secretos del oficio, como manejan los empleados de los teatros las decoraciones que tanto impresionan al público.

Pero no por eso olvidaba el sacristan hacer una reverencia al pasar frente á cada altar, haciendo al mismo tiempo como el remedo de santiguarse, harto ya sin duda de trazarse cruces desde la frente al pecho.

La soledad, el silencio, aquel agradable ambiente de sótano que allí se respiraba, fueron poco á poco adormeciéndome, y sin caer propiamente en el sueño, cerré los ojos y quedé entre ese ser y no ser en que no se pierde por entero el conocimiento, en que se perciben los ruidos como ecos lejanos, al propio tiempo que el pensamiento vaga por otros sitios y por otras edades, entreteniéndose en recordar lo pasado, como se entretienen algunas veces los hombres en recorrer y ordenar sus papeles viejos.

Y empecé á descontar años y años, hasta encontrarme niño aún, en aquella misma nave del templo, recitando de memoria las oraciones que mi buena madre me enseñaba, hincado á su lado, muy intrigado con las evoluciones que en el altar mayor practicaban los sacerdotes que decian la misa cantada, que era la que yo frecuentaba los domingos. Yo los veía prosternarse ante el altar, ponerse en seguida de pié, correrse de un lado para otro, alinearse los tres, formarse en fila levantándose unos á otros las faldas de sus recamadas capas, sentarse despues en unos grandes sillones á la derecha del altar, teniéndoles por sobre los respaldos los monaguillos las colas, miéntras otros ayudantes vestidos de sobre-pellices blancos, colocados al lado de la barandilla, levantaban ó bajaban unos inmensos candeleros, presentándolos al altar como presentan los soldados sus fusiles al pasar la bandera frente al batallon.

Ah! y con qué envidia miraba yo entonces á aquellos chicuelos que hacian de monacillos, y que se paseaban por frente al altar hamacando el incensario y haciéndolo despedir columnas de humo azulado que se condensaba en el techo en nubes que enturbiaban el brillo de los dorados!

Pero á lo que estaba yo más atento era al instante en que tragada la hostia y bebido el vino que en el simbolismo católico encarnan el cuerpo y la sangre del Redentor, empezaba un alegre campanilleo que contrastaba con los toques lúgubres y acompasados á cuyo eco todos los fieles se golpean el pecho y humillan la frente; y en medio de aquel ruido de campanillas violentamente agitadas, y del columpiarse continuamente los incensarios, y de romper el órgano en alegres armonías, se corria una cortinilla á manera de telon en lo alto del altar, y aparecia allí un sol de oro con un espejo en el centro, á cuya vista más furiosamente se agitaba el campanilleo, y más densas nubes de humo vomitaban los pebeteros, y más ruidosos acordes lanzaba el órgano, como si realmente fuese aquello una salida de sol, festejada y saludada con el concierto de trinos de pájaros, con el zahumerio de las flores que entreabren sus corolas, y con las dianas alegres de los cuarteles.

Yo no sabia lo que aquello significaba, pero me divertia, y me reia sin que las devotas que á mi lado estaban me rezongasen, como solian hacerlo cuando aburrido yo de la monotonía de las canturías gangosas de los padres me entretenia en hacer alguna muchachada. Aquel era un momento de respiro en que los fieles se sentaban cómodamente, y soltaban sus toses retenidas durante el ofertorio, que resonaban con ecos claros en las bóvedas, como si en cada ángulo del techo hubiese oculto un travieso que remedase por burla á los que tosian.

. . . .

Me sacó de mi abstraccion una viva claridad que inundó la nave derepente. Habian abierto la puerta del cancel para dar entrada á unas piezas de madera que los conductores colocaron bajo la media naranja con el propósito de erijir allí un catafalco, segun vi despues. Con las sombras huyó el silencio, la soledad, toda aquella dulce quietud que un instante ántes me rodeaba, y volví á la realidad del presente, en que ya no me deleitan los campanilleos, ni los zahumerios, ni los cánticos; ni envidio á los monacillos, ni espero con ánsia el momento en que aparece tras de la cortinilla el sol del altar, ni me conmueve nada eso que en mi niñez exaltaba mi espíritu hasta el punto de creer que todo aquello era realmente el culto de un Dios eterno é infinito.

Qué raquítico y que pobre encontré lo que veia! Solo la nave era grandiosa, con sus altas bóvedas que en aquel momento retumbaban como nubes preñadas de rayos, repitiendo y aumentando los ruidos que hacian las maderas al caer sobre el enlozado, remedando con ecos estentóreos las voces de los trabajadores, que se apagaban en un ángulo para en seguida reproducirse en otro, saltando de una en otra nave, como las piedras que al caer por un despeñadero van reproduciendo á cada choque el mismo sonido.

¿Estará reñida la religion con el arte? me preguntaba al ver aquellos santos contrahechos colocados en los michinales de los altares, y aquellas columnas grotescamente doradas, y aquellos adornos de papel y trapo que son la negacion del buen gusto y hasta de la decencia. ¿Será que el sentimiento católico ahoga el sentimiento estético?... Quién sabe lo que será, pero la verdad es que contrista el ánimo ver la pequeñez y raquitismo de las ofrendas hechas á todo un Dios. Era mas grande el paganismo que levantaba monumentos grandiosos á sus deidades, y que daba sello al arte creando el Apolo y la Vénus que sirven y servirán de eterno modelo á la belleza.

En nuestro principal templo, apenas hay un Cristo, uno solo, que tiene cierta espresion, y aun ese, ha sido profanado por la pintura y los barnices, como si la estatuaria tolerase ser iluminada como los cuadros litográficos que representan las campañas de Napoleon. Fuera de ese Cristo, no hay una sola estátua; todos los demas son muñecos, feos y ordinarios, hechos de carton pintado, grotescamente vestidos, tentando todos á la risa, en vez de levantar el espíritu á las esferas de lo grandioso.

Mal me comprende quien crea que estas observaciones son hijas de mi descreimiento. Las hago porque creo que el decorado de nuestra Catedral no está á la altura de nuestro adelanto artístico. Eso no es digno de Montevideo, una de las más bellas ciudades de la América, que se distingue por la elegancia de su edificacion, por la belleza de sus quintas, por la hermosura de sus

paseos. Una ciudad que hace de su cementerio un museo artístico, bien podia hacer de su Catedral un templo grandioso, enriquecido con pinturas y con estátuas que despertasen esos nobles sentimientos que el arte sabe despertar, haciendo amar á Dios por los destellos de su genio fecundo, pues que segun la Iglesia es Dios quien anima el espíritu de los hombres. Y ¿qué más grande, qué más sublime, qué ménos terrenal y que más eleve á las regiones de lo infinito que el sentimiento del arte?

. . . .

Horror! ¿Quién mandó pintar las paredes y la bóveda de la capilla de los Dolores?... Aquello da miedo! Angeles zanquilargos, despatarrados, lívidos unos, apopléticos otros, flacos como espectros; y luégo, algunos pasajes de la Pasion, en los que quienes martirizan á Cristo no son los Judios, sinó los pintores que lo contrahicieron y lo descuartizaron, haciendo dudar al que ve aquello si lo que tiene por delante es el dulce Jesus befado y escarnecido por los sayones, ó más bien el desventurado y escuálido don Quijote molido á palos por los desalmados Yangüeses. Hagan blanquear con cal esa capilla, que así quedará más humilde, pero más decente tambien, para que los extranjeros crean que es pobre la iglesia principal de Montevideo, pero no depósito de moharrachos que son la negacion del arte.

Otro horror! Un San Pedro en bronce que parece un moreno viejo vendedor de gramilla y copa-caballo. Cierto es que el muñeco tiene la rara virtud de conceder cincuenta indulgencias á quien le bese el pié, segun reza un cartel que á su lado pende, así es que está compensado lo que le falta de arte con lo que le sobra de bondad. Pasemos de largo.

Los operarios siguen trabajando en el catafalco haciendo un ruido infernal. Al principio, dominados por el respeto que aquel sitio infunde, golpeaban despacio y daban sus órdenes á media voz; pero ahora, familiarizados ya con los santos y los aparejos del culto, gritan á voz en cuello, y se maldicen unos á otros por la torpeza, y hasta blasfeman con palabras soeces, mientras los sacristanes andan allí trajinando con los chismes de los altares, con la misma indiferencia con que los enterradores manosean los despojos de los muertos.

Llego por fin ante el monumento erijido á la memoria del Obispo don Jacinto Vera. Sobre una gran urna de mármol, está la estatua que representa al prelado. La base es chata, maciza, pesada, y completamente desproporcionada á la obra que la corona, que indudablemente fué modelada para ser erigida á mayor altura. Monseñor Vera está de rodillas, en actitud de orar, vestido con sus ornamentos episcopales, cubierta la coronilla con el solideo, teniendo á un lado la mitra. Indudablemente hay bastante parecido en el semblante del anciano, aunque el mármol no reproduce todos los detalles de aquel rostro en que las inclemencias del tiempo habian trazado numerosas arrugas. No era la cara de Monseñor Vera térsa y mórbida como la retrata su estatua, acicalada y pulida como el rostro sonrosado de unos de esos canónigos de salon que viven entre perfumes y afeites. Eran más varoniles las facciones de don Jacinto, sin que esa virilidad endureciese la expresion de bondad que continuamente reflejaban. Aparte de esos detalles que no pudo tener en cuenta el escultor, pues que no conoció al orijinal de su obra, el parecido es bueno, y la actitud revela la uncion de un creyente sincero como era e primer Obispo Diocesano.

Pero ya no hay más en la obra. Todo lo demas es duro, rígido, sin delicadeza, apesar de la minuciosidad con que el artista ha esculpido una por una las mallas y los floreados de los encajes que adornan la delantera de la vestimenta. La capa pluvial, por detrás, parece la caparazon de un *gliptodon*, sin un pliegue, sin una ondulacion siquiera que indique que aquello es de género tejido. Las manos son dos pedazos de mármol gruesos, abultados, manos más propias de un estripa-terrones que de un hombre que vive entregado á la meditacion y á las prácticas cristianas.

No tiene Montevideo de qué enorgullecerse con la estatua de su primer obispo. Como ofrenda á la memoria de sus virtudes, tiene la obra el valor que tienen siempre tales ofrendas, pero como creacion artística, el monumento de la catedral deja mucho que desear. En un solo brazo del ángel que custodia el sepulcro de la familia de Scarone, hay más arte que en toda la estatua de Monseñor Vera.

El arte es algo que no puede falsificarse. Tiene un sello propio, único, esclusivo, que da autenticidad á todas sus creaciones: el sello del genio que se impone á todos y ante el cual todos se sienten impresionados por ese sentimiento que lo sublime engendra en el hombre civilizado. Las creaciones del arte son como los peldaños de la escala de la perfectibilidad humana, y es por esa razon que los pueblos más adelantados atesoran en los museos todas aquellas obras que llevan impreso el sello artístico para educar, para civilizar, para ennoblecer las pasiones que se suavisan y morijeran en el culto de lo bello. Nosotros desgraciadamente estamos todavia, en materia de arte, en la edad de piedra.

SANSON CARRASCO.

LOS OJOS NEGROS

(HISTORIA ESCANDINAVA, IMAGINADA POR UN ANDALUZ)

(*Conclusion*)

V

HAN trascurrido cuatro meses.

Magno de Kimi está en su cámara.

Vedlo sentado, con los codos apoyado en una mesa, con la frente caida sobre las calenturientas manos y fijos los ojos en objetos que parece querer grabar en lo más recóndito de su alma, segun la fuerza de atencion con que los mira.

Aquellos objetos son una carta y un retrato.

Representa el retrato á un hermosísimo jóven vestido con el lujoso traje español del reinado de Felipe V. Sus cabellos, negros como el ébano, sombrean un bello rostro moreno y descolorido: sus ojos, más negros aún, brillan como azabache entre las oscuras y largas pestañas. Una sedosa línea de bozo cubre su labio superior, graciosamente dibujádo bajo clásica nariz caucasiana.

En cuanto á la carta decia así:

«Al jarl Magno de Kimi, su siervo Estanislao.

«Señor: ¡Venid! ¡venid á Cristianía! ¡Habeis perdido su amor!... ¡Salvad la honra! La jarlesa Fœdora os es infiel. Hay en esta córte, desde pocos dias despues de vuestra marcha, un jóven extranjero, embajador y marino, bello como el ángel de las tinieblas, el cual os ha robado el corazon de vuestra esposa. Miradas y suspiros, palabras y sonrisas, todo revela la criminal pasion de los dos traidores.—Yo he sido arrojado de la casa como un perro; pero como un perro fiel á su señor.—¡Venid, os digo!....

«El asesino de vuestra dicha es español.—Tiene los ojos negros como la noche, y negra la cabellera como las álas del cuervo que cae sobre los cadáveres.—Es noble y poderoso, y se llama don Alfonso de Haro.—Venid, y contad con el brazo de vuestro siervo

ESTANISLAO.»

Mucho tiempo permaneció Magno de Kimi contemplando aquel retrato y aquella carta.

Levantóse al fin; miró un reloj que señalaba las doce, y dijo:

—Han pasado *veinticuatro horas de noche* y empieza otro dia de tinieblas....—Estamos á 22 de Diciembre. Dentro de sesenta dias nacerá el acusador de Fœdora.... Su mirada de luto, su primera mirada, dará la señal de la muerte de la esposa infiel, que ya no podrá negarme la consumacion de mi deshonra. ¡No dirá entónces, como cuando hallé

aquí, entre sus alhajas, el retrato del infame español, «que don Alfonso de Haro *solo habia sido su amigo!»*—Llegará luego el 20 de Abril; se deshelará el Océano; me daré á la vela en el *Thor;* buscaré al travès de todos los mares del Universo al asesino de mi ventura...., y morirá! ¡Morirá, aunque sea Lucifer en persona!

VI

Dos meses despues, el 22 de Febrero, la jarlesa Fœdora de Kimi diò à luz un niño.

El niño tenia los ojos negros.

Magno, con ser tan feroz, no se atreviò á matar á una mujer moribunda, ni à arrebatarle el hijo que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

—Os mataré despues... (dijo à la madre). Os mataré á los dos cuando estés buena.—Es la última prueba de amor qne puedo darte!

VII

Comenzò la primavera en la isla de Loppen. Rompièronse las cadenas de hielo que tenian amarrado el mar al piè del Castillo. Tornaron las aves à aquel cielo. Fluyeron los arroyos. Crecieron fresales en la ablandada nieve.

Magno de Kimi se presentò á su esposa, à quien no habia vuelto à ver, y le habló en estos tèrminos:

—No me he atrevido à matarte hasta hoy, porque estás criando à tu hijo. Y no he matado à tu hijo, porque debo esperar para ello à que sea hombre y pueda denfenderse.—¡No en vano soy noble! ¡En algo se han de diferenciar mis acciones de las tuyas!—¡Tú has manchado el nombre que heredaste y el que yo te dí!..¡Yo no debo manchar el mio!—Me dispongo á partir en busca de tu còmplice, à quien mataré si Dios no me niega su ayuda.

Ni uno solo de nuestros servidores quedará en esta morada.. A todos me los llevo en mi bergantin. Te dejo, pues, aquí sola con tu hijo. Clavaré las puertas de hierro que comunican con el exterior, y cortaré el puente que une este escollo con la isla de Loppen, de modo y forma que nadie podrà entrar en tu auxilio, ni tù podras salir à demandarlo.—Tienes á tu disposicion víveres para seis meses.—Si al cabo de ellos no he venido, será señal de que he muerto, y entònces tú y tu hijo morirèis de hambre... Mas, si logro volver, te daré á elegir muerte.

Fœdora estrechò al corazon á su hijo y no respondiò ni una palabra.

VIII

Era la brevisima noche del 25 de Abril.

La aurora boreal abrasaba con su misterioso incendio la lontananza del horizonte.

Hacía un frio espantoso.

En la isla de Langœ reinaba el silencio de las tumbas.

En una ensenada de su costa meridional estaban anclados el *Thor,* el bergantin de Magno de Kimi, y el *Finisterre,* la goleta de don Alfonso de Haro.

. . . .

En lo más bravo y erizado de aquella costa levántanse las ruinas de un dolmen colosal resto de los altares malditos en que los escandinavos daban á Odin sangriento culto.

La luna, magnìfica y resplandeciente en las regiones polares, donde el sol es tan pàlido y melancòlico, asomò por el Sudeste su blanca faz, iluminando el ara derruida.

A su fulgor vièse à dos hombres, sentado el uno sobre el tronco de un pino roto por los hielos, y apoyado el otro en el antiguo dolmen.

Parecian dos blancos fantasmas, dos sombras de las víctimas inmoladas antiguamente sobre aquellas peñas.

El hombre sentado era el jarl Magno de Kimi.

El que permanecia en piè, era D. Alfonso de Haro.

Los dos empuñaban corvo sable marino.

Su anhelosa respiracion demostraba la violencia con que habian luchado.

Pero àmbos estaban ilesos... No porque sus fuerzas ò su habilidad hubieran resultado iguales, sino porque D. Alfonso, más diestro y àgil que el Conde, lo habia desarmado ya tres veces, renunciando las tres à su derecho de matarlo.

El combate habia sido furioso, tenaz, violentísimo.

—¡Màtame!—gritò Magno la segunda vez que el español hizo saltar, de sus manos el sable.

—Yo no quiero que mueras (respondió don Alfonso), sino regalarte cien veces la vida, para que me respondas en cambio de la de Fœdora, puesto que me has dicho que morirà si tù mueres...

—¡Luchemos otra vez! - replicò Magno.

Y el tercer combate habia sido màs terrible que los dos anteriores....

¡Pero tambien inútil!—El ímpetu del noruego siguiò estrellàndose en la serenidad y la pericia del español; y, cuando volviò à ser desarmado por èste, era tal su fatiga, que cayò al suelo, como un abeto que se derrumba, y exclamò dolorosamente:

—¡Yo me mataré!... ¡Yo me mataré!...—¡Me seria insoportable una vida regalada por ti!

Y fuè á reclinarse en el tronco del pino caido, tal como le hemos visto al salir la luna.

—Me dejarè matar por tu flaca mano, ò me matarè yo ahora mismo... (dijole à su vez D. Alfonso), si me juras no matar á Fœdora...

—Te juro lo contrario... (respondiò el noruego). ¡Te juro que Fœdora sucumbirá de todos modos!—Si yo muero, nadie podrà socorrerla donde la he dejado, y perecerá de hambre.—Si tù mueres, irè á matarla, como ya te he dicho...—Mátame, pues... ¡Quìtame la vida, como me has quitado la honra y la ventura!...

—Yo no puedo matarte... (repuso el español). ¡Pero ni tù mataràs à Fœdora ni Fœdora morirà donde la tienes encarcelada!—Corro à mi barco, y con èl apresarè el tuyo. Tus marineros me conduciran à precio de oro, ò por no morir à manos de los mios, à la prision de Fœdora, y la libertarè, y será mia para siempre.

—¡Acepto el duelo de tus españoles contra mis escandinavos, de mi raza contra la tuya, de mi bergantin contra tu goleta!—(exclamò el Jarl de Kimi, levantándose y cogiendo su sable). Si el infierno te diò una destreza diabòlica en el manejo de las armas; si mi corazon y mi brazo han sido impotentes contra tu satánica astucia, no ocurrirá lo mismo en el nuevo combate à que me provocas!..—¡Al mar, Alfonso de Haro! ¡Al mar!

—¡Al mar!—contestò el español, tomando el camino de la playa.

IX.

Era el oscurecer del dia siguiente. Reinaba en el mar la más formidable tormenta.

El *Thor,* montado por Magno de Kimi, y el *Finisterre,* mandado por don Alfonso de Haro, estaban acribillados de balas de cañon y de fusil, y tan cerca el uno del otro, que sus bandas se tocaban à veces à impulsos del huracanado viento.

—*¡Al abordaje! ¡Al abordaje!*—rugian ambas tripulaciones con espantosa furia.

—*¡Al abordaje!*—gritaron al fin los dos gefes.

Pero la tempestad, que por momentos iba siendo más terrible, impedia el trasbordo de los combatientes, hasta que, por último, la propia fuerza del vendabal uniò à las dos embarcaciones, se echaron las amarras, y comenzò la lucha cuerpo á cuerpo.

Magno y Alfonso se encontraron sobre la cubierta del *Finisterre,* cada cual con una hacha en la mano y àmbos heridos.

Iban á acometerse de nuevo en aquel nuevo gènero de lid, cuyo èxito podia ser muy otro que el del combate á sable, cuando se oyò un grito horrible, pavoroso, fùnebre, que salia de cien bocas heladas de espanto, y que llegò à estremecer hasta à los dos hèroes:

—¡El MAELSTROOM! ¡El MAELSTROOM!

Todos repitieron este siniestro nombre y todos arrojaron las armas.—Ya no habia rivales ni enemigos.... ¡Ya no habia más que sentenciados à una misma muerte, segura, infalible, pròxima, que los heria à todos

de un solo golpe, que no dejaria rastro de ellos ni de sus naves, y de que jamàs se tendria noticia en el mundo!

X

—¿Qué es el MAELSTROOM?—preguntò un grumete muy jòven, al màs viejo marino del buque de Magno de Kimi.

—El MAELSTROOM... (respondiò tristemente el anciano) es un remolino del mar, un sumidero de la tierra, un abismo sin fondo, una sepultura abierta por Dios à todos los navegantes en esta parte del Oceano.—El MAELSTROOM es para un buque lo que la culebra boa para el pàjaro: lo mira; lo atrae; lo devora!—¡Es un mònstruo que ya nos enseña los dientes; que ya nos abre sus fauces; que dentro de pocos minutos nos habrà tragado!—¿No lo oyes rugir?—Inùtiles son las velas, inùtil el timon, inùtil el remo... ¡Todo es inùtil!—Pònte de rodillas como yo, y reza... ¡porque el MAELSTROOM es la muerte!

El grumete se precipitò al mar.

Muchos marineros de àmbas embarcaciones habian hecho ya lo mismo.—Otros se mataban con sus armas. Los mènos animosos pedian à sus amigos que les quitasen la vida.—De todas las muertes, ninguna horrorizaba tanto como la de ser tragado vivo por el MAELSTROOM.

Magno y Alfonso se miraban en silencio.

Pensaban en Fœdora.

El remolino mugia cada vez con màs fuerza... La tempestad habia callado... La atraccion del sumidero se sobreponia al ìmpetu del huracan...—El viento parecia allì esclavo del agua.

La mar, negra, tersa, muda, semejante à dura làmina de plomo formaba una especie de plano inclinado, sobre el cual se deslizaban los dos buques, con espantosa velocidad, pegados el uno al otro por la propia fuerza de la corriente.

Aun distaban una legua del oculto abismo; pero no podian tardar ni cuatro minutos en llegar à èl...

Los dos nobles, animados de sùbito è idèntico pensamiento, arrojaron las hachas lejos de sì, se dieron la mano con solemne religiosidad, y avanzando unidos à la proa del *Finisterre*, aguardaron allì la tremenda catástrofe.

Pronto crugieron ambos buques, deshacièndose el uno contra el otro, comprimidos por la atraccion. Abrazáronse entònces ferozmente Alfonso y Magno, como para asegurarse cada uno de ellos de que su rival no podria sobrevivirle ni volver á ver á Fœdora, y un minuto despues, los dos enemigos, sesenta hombres más, y los destrozados restos del *Thor* y del *Finisterre*, y una suprema explosion de oraciones, gemidos y blasfemias; todo... todo se hundiò para siempre en aquella espantable sima, apenas señalada, en los dias serenos, por una movible corona de leve espuma.

PEDRO A. DE ALARCON.

¡Alerta está...!

INTRODUCCION AL POEMA INÉDITO «EL CAPITAN GARCÍA».

Nuestro distinguido colaborador don José Velarde, nos remite desde Madrid por el último correo la introduccion de un romance suyo que aún no se conoce en España, y cuyas primicias toca à los lectores de El Lúnes saborear debido á la galanteria del distinguido poeta que honra estas columnas con las producciones de su inspirado talento.

En breve recibiremos el romance completo, y él embellecerá algunas páginas de este periódico que será el primero en América en dar á conocer las composiciones de uno de los más reputados poetas españoles.

LENTAMENTE de los valles
la noche subiendo va,
y al quedarse todo en sombras
y silencio y soledad
—«Centinela alerta!» se oye
à lo lèjos exclamar,
y otra voz màs à lo lèjos
responder:—«¡Alerta.... està!
Entra la noche tan fria
que, en las fuentes del lugar,
el agua, muda, se pàra
y se convierte en cristal;
y las vacas que retornan
al establo con afan,
como si ardiesen por dentro,
humean al traspirar.
Aquella triste comarca,
à un tiempo azotada està
por las furias de la guerra
y la estacion invernal.
La nieve quema los brotos,
crece el rio como el mar,
y los àrboles arranca
de raìz el huracan.
Pero hace la guerra sola
màs estrago, mucho màs,
que todos los elementos
desatados à la par.
Aquì, casas en ruinas;
bosques talados allà;
y en astillas y cascajos
el apero y el ajuar.
En graneros y bodegas
ni asomo de vino y pan,
y los àrboles del huerto
ardidos en el hogar.
Trocados en foso y fuerte
arroyo y molino están,
los vallados en trincheras
y la Iglesia en hospital.
Cantares, mùsicas, risas,
de allì huyeron con la paz;
solo espresan los semblantes
la zozobra ò la piedad;
y á quien sus penas olvide
se las viene à recordar
el aterrador—« ¿Quièn vive? »
ò el medroso—« ¡Alerta està...! »
Pasan los hombres el dia
contemplando su heredad
desde lèjos, no pudiendo
de las trincheras pasar;
y las mujeres calmando
su temor y su ansiedad
con rezos que el llanto viene
à menudo à entrecortar.
En cambio los rapazuelos,
en holganza y libertad,
por las calles de la aldea
alegres vienen y van;
armados de palitroques,
llevando el paso à compas
y riñendo à cada instante
una batalla campal.
Màs ¡ay! se mueren de miedo
cuando, la noche al cerrar,
escuchan del centinela
el lejano—« ¡Alerta està...! »
Pero no siempre este grito
vase en el pecho à clavar
tan agudo y tan helado
cual la punta de un puñal.
Cuando el miedo mil ruidos
del silencio hace brotar
y aterradores espectros
de la densa oscuridad;
Cuando el horrendo estampido
creen las gentes escuchar
de una descarga en la puerta
que sacude el huracan;
Y el clarin en el chirrido
de la veleta al girar,
y en el tropel de una ronda
el del asalto fatal;
entònces que el hombre asiendo
de una hacha y puesto detràs
de la puerta, se decide
à no morir sin matar,
y la madre tiembla y llora
por el sèr angelical

que en su regazo sonríe
soñando con Dios quizàs;
entònces solo à las gentes
infunde seguridad
y vuelve el sueño à los ojos
el tranquilo—«Alerta està....!»
Porque aquel grito les dice:
—«Hay quien vela; descansad!»
y se duermen bendiciendo
al soldado que lo dà.
¡Bien bendito el centinela
que envìa à las almas paz
desde el reducto lejano
en donde helàndose està!
Frente tiene al enemigo,
acechàndole quizàs;
la lluvia fria le cala;
le envuelve la oscuridad;
es casi un niño; el recuerdo
asàltale pertinaz
de la madre que llorando
por èl reza con afan;
y temor desecha y sueños
y vijila sin cesar,
y firme en su puesto grita
con voz fiera:—«Alerta està....!»
Sì, bendecid ese grito;
nunca lo dejeis de amar;
es la patria quien lo pide
y un valiente quien lo dà.
Y mièntras fè y honor sean
quienes lo hagan resonar
habrà Dios, y patria y honra,
y familia y libertad.

José Velarde.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 26

CHARADAS

1.ª *Locomóvil*— 2.ª *Tropiezo*—3.ª *Corteza*

Fueron descifradas por A. Bado, Triana, Fugo y Una Floridense.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C 6 AR	A toma T
D 2 CD (jaque)	R 5 AR
D 2 TR (mate)	
1.ª variante	
C 6 AR	P 5 AD
D toma PA	Cualquiera
D ò C (mate)	
2.ª variante	
C 6 AR	T toma T
D 5 D (jaque)	R 5 AR
D toma PD (mate)	
3.ª variante	
C 6 AR	R 5 D
D toma P (jaque)	R 5 AD
D 3 AD (mate)	

El Duende y Ulises enviaron la solucion.

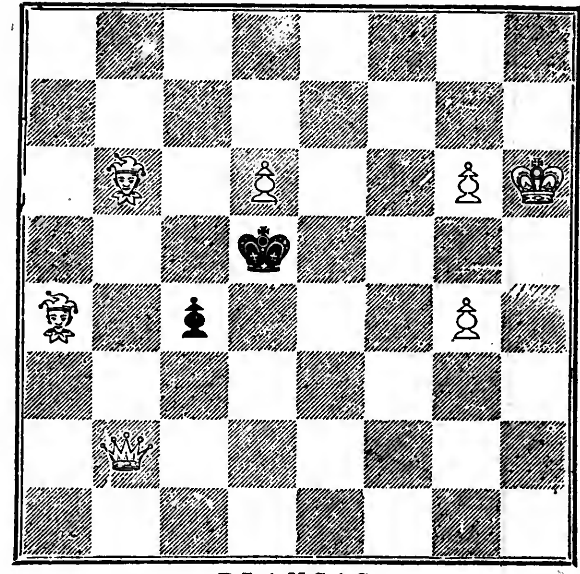
GEROGLÍFICO NUM. 26

La mujer es un enigma indescifrable

Fuè resuelto por Una Floridense, A. Bado, Fugo, Lolò y Carrasquillo.

Problema de Ajedrez por Ignotus

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

CHARADAS

Oh! mi *todo!* Danaida, no procures
Llenar sin fondo mi *segunda tercia*;
Que à tu inùtil afan no bastarìa
El inmenso caudal de mi *primera*.

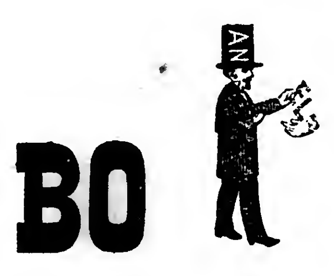
OTRA

Si un *prima* de *dos* me dieran
Cuànto pocillo tomàra!
Y cuànto me sumerjiera
En sus ondas perfumadas
Viendo de mi *todo* en ellas
La roja faz reflejada!

OTRA

Oh! *todo* salvador, omnifecundo!
Haced que mis cantares dignos sean
De mi *tercera* y *prima* y se dilaten
Desde el uno hasta el otro *dos* y *tercia*.

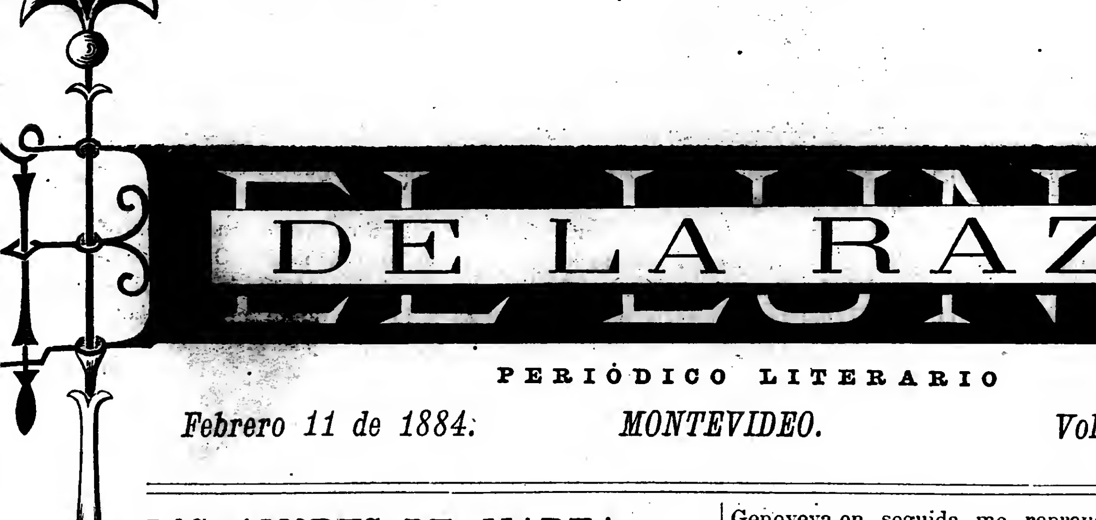
GEROGLÍFICO NÚM. 27







BOS


EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Febrero 11 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 28.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO SEXTO

—

UN DOMINGO DESGRACIADO

En la noche del miércoles no faltó Rodolfo á la cita del Paraiso.—Eva le esperaba; pero con muchas luces de gas, y rodeada de sus amigos habituales, sin excluir á don Alejo Nuñez,—todo lo cual produjo desde luego un efecto deplorable en el impetuoso temperamento de Rodolfo.

¿Será cierto que las mujeres hermosas tienen el poder de acrecentar sus hechizos cuando el amor bulle en sus venas y procuran atraer el corazon de un hombre? Aquella noche, habia llegado Genoveva al zénit de la belleza física. Vestia un traje de clarin blanco, cuya larga y ámplia cola manejaba con soberana elegancia.—Tenia todo el cabello recogido hácia la parte superior de la cabeza, y como la bata del vestido era audazmente escotada, en forma rectangular, sobre la espalda y el pecho, lucia sus blancuras palpitantes con serenidad de estátua griega... Níveo jazmin adornaba el centro de su seno, y era de dudar que una sola flor alcanzase á esparcir todo el perfume de jazmines que circundaba el cuerpo gentil de aquella maga... Resplandecian sus ojos claros entre las pestañas oscuras, y de tiempo en tiempo ardian sus mejillas pálidas con súbitas luces de rubor... A la vez, habia en todos sus gestos una gracia por decirlo así inspirada, y brotaban de sus labios las palabras con el doble encanto del ingenio agudo y la sonoridad melódica...

Mirando y oyendo á Genoveva, sintióse Rodolfo definitivamente arrebatado por tan poderosas seducciones, ansiando en aquel mismo instante la oportunidad propicia para declarar un amor que asaltaba su alma con impetus y deseos borrascosos.... A hora ya bastante avanzada, aprovechó el momento en que uno de los circunstantes se despedia de Genoveva, para abandonar su silla y salir al balcon, cuyas puertas estaban abiertas... Necesitaba respirar el aire libre... Lisonjeábale la esperanza de que no permaneceria solo... Habia apoyado los codos en la barandilla y miraba maquinalmente la fachada de la Iglesia, cuando sintió á su espalda susurro de polleras... Estremecióse de placer y dió vuelta la cabeza... Era Pancha Ovalle!

—Mire! dijo la señorita en voz baja y con mucho afecto; es inútil que espere aquí á Genoveva. No saldrá.—Como anoche se lo adverti á usted, ella toma precauciones infinitas para no comprometerse... en público... Suelo yo asomarme al balcon con el Baron... porque dice que *ama mucho el fresco de la noche*, y Genoveva en seguida me reprende, alegando que pueden confundirme con ella y atribuirle falsamente un galan...

—Entónces, replicó Rodolfo, el mecanismo de hoy es normal é invariable en todos los recibos de esta casa!... Iluminacion *à giorno*, rueda parlante, fiscalizacion perpétua de todos sobre cada uno... Que se resigne á esto don Alejo Nuñez, lo comprendo; pero yo, imposible!... Yo adoro á Genoveva, y necesito decírselo, decírselo á solas...

—Tiene usted pasiones demasiado violentas, observó la prudente Panchita;—no se haga ilusiones tampoco... Genoveva quiere casarse á todo trance... Lo confiesa con la mayor franqueza del mundo... Si no encuentra mejor partido, se casará con don Alejo... Este lo sabe, y espera con paciencia su hora... Usted, si se decide á casarse, no tiene más que desplegar los lábios; pero si piensa divertirse, me parece que va mal...

—Veremos! exclamó Rodolfo, y entró á la sala con aire muy resuelto.

En aquel instante, entraba á su vez Genoveva, de las habitaciones interiores.—Don Alejo y el Baron Romberg,—únicas personas todavia presentes, se paseaban del brazo. Instintivamente, Rodolfo y Genoveva tendieron la vista hácia el sofá más próximo, y fueron á sentarse en él.

—Señor De Siani, dijo Genoveva, mirando fijamente á Rodolfo,—¿cómo ha encontrado usted á su familia?

—¿Mi familia?—contestó el jóven;—tengo apénas un tio...

—¿Nada más?

—Y una tia...

—¿Nada más?

—Oh!—y la nieta de mis tios, que viene á ser mi sobrina...

—Esa famosa Marta Valdenegros! ¿Vuelve usted decidido á batirse otra vez por ella?

—No creo que haya todos los dias motivos suficientes para salir en defensa de una niña... Por otra parte, tengo ahora razones para amar la vida mucho más, inmensamente más, que en la época de mi duelo con el Baron Romberg.

Puso Rodolfo en estas últimas palabras una expresion ardiente,—pero Genoveva fingió no comprender su sentido.

- Tambien me inclino á pensar, dijo ella, que esta vez no habrá duelo... El doctor Nugués no sabe tirar las armas...

—Cómo!—El doctor Nugués!

—Sí!—¿Se sorprende?

- Eso requiere explicacion...

—Sencillísima!... Todos dicen que usted y él aspiran á la mano... no puedo decir de marfil... pero diré, de oro,—de Marta Valdenegros... A causa de eso, há tiempo que están ustedes reñidos;—son ya enemigos declarados, y podrian las cosas llegar á muy mal término... si el doctor Nugués no fuese un filósofo consumado... y usted,—no tuviese ahora nuevas razones para amar la vida!

—Genoveva! Está usted hablando desvarios... Para mí, Marta Valdenegros ..

Rodolfo no pudo continuar.—El Baron Romberg habia ido al balcon á tomar el fresco con la señorita Ovalle, y don Alejo

alarmado por el diálogo del sofá, acercaba su abdómen y su calva, con aire desapacible y mohino.—Vaya una gracia! Así le recompensaba Rodolfo el servicio de los trescientos mil pesos, dados sobre hipoteca, al doce por ciento de interés anual!

—Querido señor Nuñez! dijo Genoveva,—¿no es usted de los que vaticinan que el señor De Siani se casará con la señorita Valdenegros?

—Sería una buena pareja, respondió don Alejo con voz bronca y estirando su teñido bigote.

Rióse forzadamente Rodolfo.—Era ya muy tarde y nada prometia la noche. El jóven creyó oportuno ceder el campo á su vetusto rival; y Genoveva, sin la menor insinuacion de detenerle, tuvo la bondad de significarle que la frecuencia de sus visitas seria acogida con muchísimo agrado.

Ocupó don Alejo en el sofá el sitio abandonado por Rodolfo.—Pobre hombre! Habia sufrido aquella noche como nunca, en la contemplacion de Genoveva, el golpe de incesantes descargas eléctricas... Inspirábale presentimientos recelosos la presencia de Rodolfo, tan jóven y tan bien dotado por la naturaleza! Dejó escapar suspiros angustiosos y pidió compasion...

—Hasta cuándo, hasta cuándo! dijo al terminar una arenga entrecortada y difícil.

—El amor no se improvisa,—contestó Genoveva con dulzura;—debemos tener juicio. Reprima sus ardores juveniles.... ¿Teme acaso, esperando, que me vuelva vieja?

Hizo don Alejo un ademan de indignacion.

—Puedo asegurarle, prosiguió la viuda levantándose, que usted va ganando terreno... Cálmese, pues... Hé aquí un anticipo...

Y Genoveva estendió su mano derecha hácia los prominentes y montuosos lábios de su obeso adorador.- Su mano sí, era de marfil, primorosamente pulida, deliciosamente zahumada...Bésóla con devocion el Sr. Nuñez, y aquel baso aromático le dejó para muchos dias, en la boca, sabor de pastillas...¿balsámicas?... nó!—estimulantes y acres!

Rodolfo, entretanto, iba en direccion al hotel, abstraido, discurriendo los términos eróticos de una carta que debia dirigir al dia siguiente á Genoveva. No la dirigió ni la escribió siquiera, despues de reflexionarlo mucho.—Empresa más alta le obligaba á tener la pluma exclusivamente consagrada á traducir estatutos é informes de asociaciones caritativas de los Estados Unidos!—La carta proyectada y no escrita requeria, sin embargo, un sustitutivo.—En la tarde del juéves, Rodolfo pasaba por la casa de Genoveva, en victoria descubierta.—Ella estaba en el balcon, véstida de negro, soberbia!—Saludáronse expresivamente; —y esta escaramuza de amor se repitió con los mismos detalles en las dos tardes subsiguientes.—Pero el domingo, por desgracia, era indispensable suspenderla.—Rodolfo necesitaba ir al Tigre.—Habia enviado el sábado por la mañana, á la señorita Marta, traducciones y apuntes muy importantes, con una tarjeta afectuosa, en la cual anunciaba su visita.- Imposible faltar!—Lo grande ahora, es llevar en líneas paralelas las dos columnas de ataque, y triunfar al mismo tiempo en las dos batallas!

Un cuarto de hora antes de la salida del tren, llegaba Rodolfo á la estacion central, compraba algunos periódicos del dia, subia á un wagon, y, ocupando el banco lateral de un extremo, parecia entregarse tranquilamente á los placeres de la lectura.—Cuando oia el ruido de nuevos pasajeros que entraban, levantaba instintivamente la vista.—En uno de esos movimientos, apercibió al doctor Nugués.—Le veia por primera vez, en su reciente regreso de los Estados Unidos, y recibió una impresion penosa, que le costó disimular... El rubicundo facultativo traia tambien sus periódicos, y se sentó á leerlos, muy impasible, no muy lejos de Rodolfo.

A las tres rompió la marcha el tren.—Estaba casi lleno el salon donde iban Rodolfo y el doctor Nugués; pero uno y otro ocupaban con periódicos el asiento contiguo de su banco respectivo.

Como de ordinario, detúvose el tren en la estacion del Retiro. Esperaba allí mucha gente, y entre ella Genoveva Ortiz, acompañada de su hijo Arturo, á quien preferia entre sus dos hijos, para salir á paseo, no solo porque el niño tenia nueve años de edad y representaba menos, en tanto que la niña pasaba de los once y representaba mucho más, si que tambien porque aquel era silencioso y discreto, en su tristeza orgánica, miéntras ésta daba señales progresivas de ser absolutamente indisciplinable. Asomábase Genoveva á los wagones, como tratando de elegir el más desocupado. Despues, el que le pareció tal, fué sin duda el salon donde habia divisado á Rodolfo, cambiando ambos un saludo, esquisitamente amable en él, y en ella, significativamente frio. Como lo exigian las conveniencias sociales, subió Genoveva por el extremo opuesto al que ocupaba Rodolfo, pero luego caminó con presteza en busca de asientos que no quedasen distantes... El jóven se habia puesto de pié y ofrecia su banco,—pero ántes que él estaba el doctor Nugués en idéntica actitud, y no tuvo Genoveva cómo eludir la invitacion.—Sentáronse, pues, uno al lado del otro, y Arturo en las fáldas del médico. Aquel escéptico amaba entrañablemente á los niños!

Rodolfo, en el primer momento, se sintió colérico y despechado.—Qué! Ese doctor Nugués venia á estorbarle el paso en todos los caminos de la vida!- Era demasiado!—Podia costarle caro....—Sin embargo, reflexionando en seguida un poco, pudo comprender que en aquella ocasion,—decidido como estaba á seguir viaje hasta el Tigre,—no le convenian explicaciones inmediatas con la hermosa viuda.... Esta reflexion logró calmarle un tanto.... Dedicóse entónces á hacer refluir sobre Genoveva todo el magnetismo de sus grandes ojos pardos, miéntras ella y el Dr. Nugués se batian encarnizadamente con la lengua....

Eran rivales en el manejo del arma!—No faltaba quien afirmase la superioridad de Genoveva; y el Dr. Nugués, sabiéndolo, tenia especial prurito en demostrar lo contrario. Con todo, ella le vencia declaradamente en audacias de lenguaje, en malignidades injuriosas; y él se veia forzado, con alteracion de sus hábitos, á defender enérgicamente el simpático partido de la benevolencia humana.—La oposicion de sus caractéres estallaba así bajo las analogías aparentes;—en él, los alardes cínicos eran casi exclusivamente retóricos; en ella, profundamente reales.

Despues de algunas frases vulgares sobre la belleza del dia, habia preguntado Genoveva:

—¿Es cierto que está enfermo el niño de mi prima Orfilia?.... Creo habérselo oido á Pancha Ovalle.

—Estùvo, respondió el Dr. Nugués;—hace dias que le dí de alta....

—Pero V. seguirá visitando, por exceso de precaucion....

—No tal. Aconsejé á los padres que sacasen el niño al campo.. Están en el Tigre, en casa del Sr. Valdenegros.

—Y Orfilia, tan aficionada á escribir, le habrá escrito á V. diariamente sobre el curso de la mejoria....

—En tiempo de Nevares, ¿era V. quien escribia?—No me han escrito. Habrá seguido muy bien el niño.—Hoy le veré.

—Problema interesante y árduo seria averiguar si V. va por el enfermito, por la millonaria *pampita*, ó por mi virtuosa prima!

—Genoveva! Usted es capaz de manchar con el aliento de su murmuracion un cristal colocado en la luna; pero la reputacion de Orfilia está todavia más arriba.

—Soy franca; me ha agraviado y la detesto...

—¿Por sus virtudes?

—Las ostenta demasiado!—Parece querer decir á todos: soy incorruptible.

—Traduccion libre: no me confundan con mi prima.

—La prima, al menos, no elije su médico entre los grandes empresarios de aventuras amorosas...

—La empresaria es ella misma!

—Insolente!

Sosteníase el diálogo con rapidez y en voz muy baja, protejido por el estruendo del tren en marcha.— Estaban habituados á decirse tales cosas, sin romper amistades.—Trás un intérvalo de silencio, reanudó Genoveva la conversacion:

—Allí va un jóven con el mismo destino que usted.

—Probablemente.

—Pretende casarse con Marta Valdenegros...

—Aun cuando está ardientemente enamorado de otra, segun pregones de Panchita Ovalle...

—¿Cómo concilia usted esas dos cosas?

—Muy simple. Marta es una fortuna y esa otra una mujer.—Para obtener áquella, el matrimonio; para esta, el amor!

Quedó callada Genoveva.—El tren habia llegado á Palermo.—Atravesaba el corredor del salon un guarda-tren, y ella, alzando la voz, le dijo:

—Hasta Belgrano;—prevéngame al llegar....

Era una notificacion á Rodolfo, que la aceptó, entrando desde luego en tortura.—¿Bajaria, ó seguiria camino?

Volvió á andar el tren.

—Doctor Nugués, dijo Genoveva,—nosotros podriamos ser buenos aliados...

—Aliados! repitió el doctor Nugués, con sorpresa.

—Pues! aliados!—Si usted, que ha proclamado siempre la soberania del dinero, quiere disputarle á Rodolfo de Siani la fortuna de Marta Valdenegros, yo le ayudaré en la empresa...

—¿Y cómo?—¿Qué filtros misteriosos me ofrece usted para que yo conquiste el corazon de esa señorita?

—Déjese de filtros. El rival temible es Rodolfo, por sus intimidades en la casa. Yo manejaria con habilidad la intriga para hacerle perder la buena voluntad de los abuelos de Marta.... Me animaria tambien á abrir entre ella y él un abismo... El campo quedaria por usted—y á usted la tarea de manejar los filtros!

—En cambio... yo .. ¿qué papel me reserva usted en esa alianza?

—El de prestigiarme, darme fuerza moral y material para atraer á Rodolfo en la forma en que únicamente puedo yo admitirle...

—Buena presa llevaria usted!

—No sé!—Le amo. Quiero ser su esposa.—Ya ve!—Le descubro á usted toda mi alma... Buscaríamos una combinacion... Por ejemplo, usted,—con sus influencias en el Gobierno Nacional,—conseguiria para Rodolfo una posicion que le permita renunciar á otras ambiciones de fortuna,—que le asegure el porvenir casándose conmigo... Algo así, ó cualquier otra cosa... Las circunstancias nos guiarian, yendo siempre de acuerdo nosotros dos...

—Muy ingenioso! Mucho! El plan hace honor á su astucia, Genoveva; pero no puedo aceptarlo,—porque yo no abrigo ninguna intencion formal sobre la mano ó la fortuna de Marta Valdenegros...

—Imbecilidad ó mentira!

—Tal vez!

Callaron.—El doctor Nugués hizo caricias y preguntas cariñosas á Arturo, siempre sentado en sus faldas, y que se encontraba muy pálido, casi lloroso, habiendo alcanzado claramente á comprender la última conversacion de su madre... Ella, ahora, afrontaba decididamente las miradas magnéticas de Rodolfo.—Llegaba el momento decisivo... El tren estaba ya en Belgrano,—y e guarda-tren se lo prevenia á Genoveva.—No dejará el doctor Nugués de ser galante con su compañera..... Pónese de pié, junto con ella, y toma al niño de la mano. Va á acompañarla hasta el anden.... Ella, horriblemente nerviosa al ver la inmovilidad de Rodolfo, vacila un momento y le dirije en seguida un saludo insinuante, muy insinuante.... Vacila á su vez Rodolfo, pero al punto la ambicion vence al amor.... Comprende que el doctor Nugués hará bajar á Genoveva y seguirá viaje hasta el Tigre.... No puede abandonarle la partida.... No puede darle el derecho de ir á explicar ante la familia Valdenegros por qué Rodolfo De Siani falta á la anunciada visita.... Perderia de esa manera todo el terreno ganado.... Tal desercion equivaldria, en aquellos momentos, á renunciar para siempre á Marta... ¿Pero entónces, renunciaba á Genoveva?—No!—era diferente el caso... Rodolfo se sentia dueño del corazon de la viuda. Un desaire podria dar lugar á una reyerta, nada más, y trás de la reyerta, vendria, probablemente, el vigoroso reactivo de la reconciliacion... Al fin y al cabo, tendria que resignarse Genoveva á la rivalidad de Marta y al triunfo aparente de la rival... Convenia hacérselo sentir cuánto ántes, y el incidente de aquel dia deslindaba todas las posiciones... Asi, así, era menester encararlo... Sin embargo, negándose á bajar en Belgrano, qué oportunidad perdia Rodolfo, evidentemente! Creia tener delante la victoria suprema, la ilimitada posesion del Paraiso... Todavia, todo seria posible, podria conciliarse todo, si no estuviese presente el malhadado doctor Nugués;—pero estando él, imposible!—Es él quien traba en todas partes la felicidad de Rodolfo... Siéntelo este con profunda amargura, cuando ve á Genoveva, en el anden de la estacion, desentendida de Arturo, que la mira atónito, y contemplando con altanero despecho la perezosa partida del tren... Adios!... En el resto del viaje, hasta bajar en la estacion del Tigre, el catedrático de fisiologia se encontró constantemente fulminado por las miradas rencorosas de su antiguo discípulo!

Opuestas aceras tomaron Rodolfo y el doctor Nugués para ir á la quinta del señor Valdenegros,—pero llegaron juntos. Un criado los hizo entrar á la sala, miéntras prevenia á la familia, que se encontraba casualmente reunida en la casita ocupada por Orfilia.—Sentáronse á esperar, en sillas distantes.—No cesaba Rodolfo de mirar al doctor Nugués, y este, impasible, se acariciaba la patilla, dejando vagar la vista por el techo.

Don Francisco y el doctor Arismendi aparecieron primero.—Los saludos fueron muy cordiales. Aquel, sobretodo, hallaba motivo de satisfaccion particular en ver á su sobrino acompañado del doctor Nugués. *La gente* venia ya... El tren habia sido escepcionalmente puntual; por eso los viageros no habian encontrado á todos en la sala, como de costumbre, esperando las visitas... Oh! en el campo, las visitas, segun don Francisco, son como oro en polvo.

—Ahora estamos bien, añadia;—tenemos desde el juéves al doctor, Orfilia y su precioso chico.

—¿Va bien?—preguntó el médico, dirigiéndose al abogado.

—Perfectamente,—respondió este.

—Ya lo creo!—interrumpió el anciano; está visto que el Tigre le prueba á las mil maravillas.... No deben sacarle de aqui.... Trabajo al doctor Arismendi para eso.... Ayúdeme, doctor Nugués.... Mis empeños no son del todo desinteresados.... Pues es friolera que Orfilia acompañe constantemente á Marta!—Y el niño! ¿Qué me dicen? Si vieras Rodolfo!—Nuestra nieta se entretiene con él tanto como la propia madre!

—Muy bien! muy bien! exclamó Rodolfo, con exajerada demostracion de complacencia.

Hallábase, sin embargo, archi-fastidiado.—El estado borrascoso de su alma no le permitia adaptarse á la atmósfera serena y pura que encontraba en casa del Sr. Valdenegros.

Prosiguió la conversacion sobre los mismos tópicos, en tono burgués y familiar,—hasta que se interrumpió momentáneamente por la llegada de las damas, para continuar despues, en círculo más ámplio, con festiva inocencia.—Eduardito era siempre el héroe.... No se cansaba Marta de contar sus gracias....

—¿Por qué no le haces traer? dijo doña Emilia, dirigiéndose á la madre del niño.

Pero Marta recogió la palabra y salió con presteza á buscarle.

—Usted, señorita, debe jugar todavia con muñecas, gritó el doctor Nugués.

Le festejaron la gracia. —Orfilia creyó oportuno referir, ponderar, agradecer, las incesantes manifestaciones de cariño con que Marta distinguia á Eduardito.—La escuchaban todos con placer... Todos no.—Rodolfo estaba desesperado. No podia meter baza. En presencia del doctor Nugués, parecia perder toda la vivacidad de su espíritu.—Y él, entre tanto, como médico del niño, compartia los laureles de la jornada!

Apareció Marta con Eduardito en los brazos, seguida por la niñera. Le hicieron un aplauso, y el héroe se asustó á tal punto que hubo de acudir la madre para hacerle contener el llanto.—Ya caminaba Eduardito, y Marta se inclinó con él, para que luciese sus habililidades... Luciria tambien el traje,—un trajecito escocés,—regalo de la jóven... Pero las tablas del piso, excesivamente bruñidas, hacian resbalar al infante,—y Marta, arrodillada, con los brazos extendidos, iba detrás, para impedir una caida... Reian y hablaban todos á la vez... Todos no... Rodolfo acompañaba apenas la algazara... Preocupábale sobremanera la ineficacia de las traducciones y apuntes que habia enviado la víspera!

Aquello necesitaba un fin. — Púsolo Orfilia diciendo á su amiga:

—Si por ti fuera, nadie se ocuparia de otra cosa que del *bebe*.... Basta de *pergenios*!

Llevó á Eduardito la niñera.—Marta, que habia salido haciendo fiestas al niño, volvió á la sala y tendió la vista como si buscase un asiento á su gusto.—Apresuróse Rodolfo á ofrecerle el sillon que él tenia, y ella lo aceptó con una sonrisa fina... Rodolfo se sentó á su lado.—Quedaban algo aislados.—En un sofá conversaba Orfilia con el doctor Nugués.—En otro, doña Emilia con el doctor Arismendi.—Don Francisco habia salido.

—Monisimo el bebé... ¿no es cierto?

—Oh! si, monisimo!

—¿A quién le encuentras parecido?—¿Al padre ó á la madre?

—A los dos! á los dos!

—Es lo mismo que yo digo; y abuelita porfia que no se parece nada al doctor Arismendi... Puede parecérsele sin ser feo... ¿no es verdad?

—Sucede! sucede!—repitió Rodolfo, sin poder dominar la impaciencia que le devoraba.

Entraba en ese instante don Francisco, y se les acercó con aire alegre. A Marta, le dió un golpecito en la cara con la mano izquierda, y á Rodolfo en la espalda, con la mano derecha.—Fué en seguida á conversar con su esposa.—El doctor Arismendi la habia abandonado para formar grupo con el doctor Nugués y Orfilia, á llamado de ésta.

—Qué cosas tiene abuelito!—dijo Marta; nos ha hecho cariños á los dos, con cierto modo, así, como si fuéramos novios!

Y soltó una carcajada melodiosa, que repercutió en los oidos de Rodolfo como un sarcasmo insultante.

—Me diste la otra noche el titulo de amigo, replicó el jóven.

—Ah! si! amigos! muy buenos amigos—como deben serlo siempre los parientes... A propósito... Recibí tu carta... es decir, tu tarjeta y los manuscritos de que habiamos hablado... Eres hombre de palabra y te lo agradezco mucho... Conversaremos alguna vez de eso... De todos modos, miéntras habitemos el Tigre, nada podrá hacerse en el sentido aquel que me habia ocurrido el otro dia...

La frialdad de Marta helaba positivamente á Rodolfo—¿Ya se le habia acabado á ella el entusiasmo por la gran causa de la caridad?—¿Desaparecian tan pronto los vínculos traidores con que pensaba él ir encadenando aquel corazon inexperto? Fué, así mismo, bastante orgulloso para no darse por apercibido de la súbita transformacion, y habló de cosas indiferentes, con desgano, con dificultad.

Están ahora en la mesa.—Han colocado á Marta entre el Dr. Nugués y Rodolfo. El Dr. Nugués habla por los codos, chispeante, gracioso y delicado al mismo tiempo, como si hubiese renunciado aquel dia á todas las extravagancias de su literatura escéptica.—En vano espera Rodolfo sorprenderle en una frase imprudente, en una agresion maligna, para replicarle con acritud en nombre de las conveniencias sociales, y alzando el pabellon de la moral.... No da un solo traspié el verboso comensal; y todos le agasajan, le aplauden, miéntras Rodolfo, enteramente desconcertado, no logra poner en sus labios una sola frase capaz de cautivar á Marta.... Esta, parece abstraida en la conversacion del Dr. Nugués.... Durante la comida tiene la cabeza vuelta hácia él,—y á veces más que la cabeza. Poco antes de levantarse todos, ella habia dicho en voz alta, con acento natural:

—Excúsame, Rodolfo,—estaba dándote la espalda!

Y ya levantados todos, tuvo don Francisco la mala ocurrencia de exclamar:

—Sobrino! ahora me apercibo de que has estado en la mesa como si te hubieses comido la lengua!

Salieron á recorrer el jardin. Esperábanle allí á Rodolfo nuevas contrariedades.—Desde luego, se turba y palidece al pasar delante de un hombre que riega afanosamente las plantas.—Está seguro de la partida de *Giacomo*, pero aquellas facciones, irregulares, repelentes, eran iguales, idénticas, á las del odioso viajero!

Iban todos reunidos. Tambien el doctor Nugués fijó la atencion en el jardinero.

—Ah!—es este,—sí, el que estaba en las Alamedas,—¿no es verdad?

—El mismo, respondió doña Emilia; han venido él y otros, de confianza para cuidar todo esto.

—Yo tenia, usted sabe, de portero, al otro hermano,—otro ejemplar curioso... Ahora se me ha ido... De la noche á la mañana me avisó que se volvia á su tierra... Pero lo singular del caso...

Rodolfo se habia acercado para oir las referencias del doctor Nugués.

—Lo singular del caso, decia este, es que segun mi nuevo portero, recomendado del mismo *Giacomo*, este insigne diablo se ha ido llevando muchos, pero muchos miles de fuertes... Hay quien le ha visto cambiar el papel por oro en una casa de la calle Cangallo... La suma es demasiado grande para atribuirla á ahorros, —pero yo puedo garantir que conmigo el señor *Giacomo* era de una probidad ejemplar!

—Extraño!—observó don Francisco.

—Cuentos!—replicó doña Emilia.

Y siguieron el paseo, hablando de otras cosas.—Rodolfo despues de haber pasado algunos momentos de mortal angustia, se sentia aliviado y respiraba con toda la fuerza de sus pulmones.

Del jardin pasaron á la orilla del rio. Luz de crepúsculo iluminaba ya el paisaje.

—Haremos un paseito en bote! exclamó don Francisco.

—Si estos caballeros se quedan, me parece muy bien; dijo doña Emilia; pero si piensan irse, no hay tiempo.

—Quisiera yo poder quedarme, declaró el doctor Nugués; mas no puedo.

—Ni yo tampoco, murmuró Rodolfo.

Sentáronse todos en los bancos del muelle; pero Marta habia desaparecido.—El doctor Nugués preguntó por ella.

—Aquí estoy!—gritó desde la ribera una voz alegre.

Estaba en efecto, junto á la escalera, tripulando uno de sus botes, empuñando con donaire los lijeros remos.

—Ya tenia noticia, dijo el Dr. Nugués, acercándose, de que es V. la gran argonauta del siglo.

—Si fia en mí, embárquese, contestó la jóven.

—Aquí, esta señora pretende que no hay tiempo....

—No iremos lejos;—hasta el medio del rio únicamente....

Embarcóse el Dr. Nugués, tomando el asiento de popa, y la jóven dió al bote un impulso enérgico.—Todos se levantaron para observar las peripecias de la expedicion, admirando la travesura genial de Marta.... Rodolfo se clavaba las uñas de una mano en la palma de la otra!....

Una vez en medio del rio, Marta suspendió en línea horizontal los remos.... Las aguas estaban en reposo, y el bote oscilaba solamente por los movimientos algo bruscos del Dr. Nugués.... Conversaban locuras á juzgar por la frecuencia de las carcajadas cuyo eco resonaba en las orillas del rio.

Hacíase tarde entre tanto.—En la estacion del ferro-carril dieron el toque de prevencion.

—Apurarse! apurarse! gritó don Francisco.

Marta y el doctor Nugués fueron obedientes.—Antes de cinco minutos estaban ya en el muelle, muy satisfechos al parecer de su excursion fluvial.

Se resolvió que irian todos á la estacion, y esto por iniciativa de Marta... Dábale el brazo su mismo compañero del bote. Los demas seguian en hilera, como nocturna escolta de la feliz pareja.

Habia mucha aglomeracion de gente en la estacion;—tropezaban unos con otros, en el largo anden, y los diálogos animados, los gritos, las risas, las precipitadas carreras, unian tumultuosamente sus rumores al silbato y rodar de las locomotoras que iban y venian para dar colocacion á los wagones del tren próximo á salir.

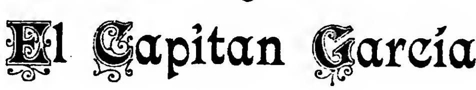
Rodolfo, ansiando ver terminado su suplicio, pretestó la necesidad de ganar asiento, para despedirse al punto de la familia Valdenegros y de sus dignos huéspedes.

—No te pierdas, sobrino, no te pierdas,;—dijo don Francisco; ven otro dia á quedarte;—con confianza! con confianza!

Doña Emilia hizo análogas manifestaciones, y Marta á su vez, estuvo bastante amable en el saludo.

Subió Rodolfo á un wagon,—pero no pasó de la plataforma... Desde ella, observaba al doctor Nugués, que se mantuvo en el grupo de la familia, sin dejar de hacerse escuchar con agrado, hasta el mismo instante de la partida del tren.—Y despues, cuando el tren se puso en movimiento, tuvo Rodolfo tentaciones de arrojarse entre los dos wagones para que le despedazasen las macizas ruedas del mónstruo!

(Continuará.)



El Capitan García

(CONTINUACION)

(Véase el número anterior)

II

EN el salon de una casa
Tan vieja, que está pidiendo
ó puntal que le dè apoyo
ò pico que la eche al suelo,
estàn varios camaradas
de la guarnicion del pueblo
alegremente matando
tan triste noche de invierno.
Desconchadas las paredes,
vencido y ahumado el techo,
desvencijadas las puertas
y terrizo el pavimento
asì la sala, que ostenta
rotos trastos por trofeos,
telarañas por cortinas
y un candil por reverbero.

Mas, quizá, ningun palacio
ver logrò en sus aposentos
espectàculo tan grande,
tan animado y tan bello.
Cercando el hogar, en donde
casi una selva està ardiendo,
encuèntranse los sesudos,
los tristes y los frioleros;
quien sentado en silla coja,
quien en un trozo de leño;
èste de piè contra el muro,
aquel tendido en el suelo.
Allá en un corro, alumbrado
por una vela de sebo,
sobre una tarima rota
se juega con naipes viejos.
En otro se habla de amores;
en este se narran cuentos,
en aquel se bebe y canta,
y en todos se grita rècio.
Aquì un alfèrez sin bozo,
que se las da de guerrero,
conversando gravemente
con un comandante viejo.
Allì un teniente poeta
que graciosa letra ha puesto
á cuanta mùsica toca
la banda del regimiento.
Acà un subteniente cano,
que era hace poco sarjento
y aun se corta entre oficiales
pero no al entrar en fuego,
cerca del Grande de España,
que de veras quiere serlo,
y las proezas emula
de sus heròicos abuelos.
Allà el oficial buen mozo,
de las viejas embeleso,
que hasta en las mismas batallas
entra atusàndose el pelo;
y más allá el calavera
que alborota como ciento,
y es en palabras y acciones
relàmpago, rayo y trueno.
Allì el catalan altivo,
el aragonès sincero,
el sufrido castellano,
el concienzudo gallego,
el cántabro en fortaleza
cual sus montañas de hierro,
y el andaluz que en la mente
lleva el fulgor de su cielo.
Vá el uno casi descalzo,
el otro de todo lleno;
este en girones la ropa,
aquel de uniforme nuevo;
todos las voces ahogando
de sus propios sufrimientos
en la comun algazara
y el universal estruendo;
y todos, pobres y ricos,
el adusto y el chancero,
el torpe y el avisado,
el título y el plebeyo,
fundidos los corazones
en un solo sentimiento,

en el amor á la patria
que se está mirando en ellos.

—

Cuando era mayor la bulla
penetrò en el aposento,
rengueando de una pierna,
un capitan de lanceros;
de porte tosco y altivo,
alto y robusto de cuerpo,
de más de cincuenta abriles
y cara de muy mal gènio.
El sol, el aire y los años
á su rostro oscuro dieron
las tintas y las arrugas
que à las hojas el invierno;
siendo tan corto de frente,
que si desplegaba el ceño,
sus cejas profusas iban
à unirse con el cabello.
Largos, copiosos, caidos,
rojizos y amarillentos,
sus bigotes recordaban
de las mazorcas los flecos;
y por velluda y por fuerte
su mano gozaba á un tiempo
del halago de la seda
y la pujanza del hierro.
Andaba mal: vivió siempre
ò tendido ò caballero;
jamàs consiguiò ni quiso
ablandar su voz de trueno;
bebia y jugaba fuerte;
era en las disputas terco:
más candoroso que un niño,
de espìritu aventurero,
y rabiando de vergüenza
al sentir impulsos tiernos,
los ocultaba lanzando
tales votos y reniegos,
que à tostarse hubiera ido
á los profundos infiernos,
si á votos de militares
no se hiciera sordo el cielo.

José Velarde.

(*Se continuará*).

FANTASÍA

EL AMOR

YO vivo y palpito lo mismo en los dorados átomos de pólen que arrastra el viento, que en los gigantescos astros de plateados reflejos que circulan por el cielo con eterno y armonioso ritmo.

LA GLORIA

Yo vivo y palpito lo mismo en las ideas sin formas de un sueño, que en las grandiosas creaciones de los poetas y de los artistas.

EL AMOR

Yo dilato mi imperio desde el fondo de los mares hasta el éter impalpable que rodea á la tierra; yo difundo en la naturaleza entera, la fuerza generadora de mi fecunda esencia.

LA GLORIA

Yo dilato mi imperio en las pájinas de la historia; en las grandes apoteósis y en los ruidosos aplausos del entusiasmo; yo rijo la mano del artista y el ritmo de los cantares del poeta.

EL AMOR

Yo hablo en el lenguaje sin palabras de las flores y en el lenguaje de luz de la mirada.

LA GLORIA

Yo hablo en el éxtasis contemplativo de la belleza: yo hablo en los mármoles de Paros y del Pentélico transformados en la Venus de Milo y en el Júpiter de Fidias; yo hablo en las tradiciones de la pátria.

EL AMOR

Por mí graba trémula mano sobre la corteza de los árboles misteriosas cifras.

LA GLORIA

Por mí graba el artista en sus obras las cifras de su nombre.

EL AMOR

Yo coloco sobre las sienes de la virgen desposada, la blanca corona de azahares.

LA GLORIA

Yo coloco sobre la frente del héroe la corona de laurel.

EL AMOR

Por mí descienden á la tierra los dioses del Olimpo.

LA GLORIA

Por mí escala el cielo Prometeo.

EL AMOR

Por mí cruza Leandro el embravecido Helesponto en busca de su amada Hero.

LA GLORIA

Por mí quema Erostrato el templo de Diana.

EL AMOR

Por mí robó Páris á la gentil Elena; por mí destruyeron á Troya los Aquivos: por mí existe Homero.

LA GLORIA

Yo conduje á Homero ante las ruinas de la sagrada Ylion; yo reconstruí, ante sus ojos abiertos á la luz, sus derruidos palacios; yo levanté sus derruidas puertas; yo pobló de innúmeros combatientes sus desiertos muros y llevé nuevamente las naves griegas á las riberas del Escamandro. Yo hice resonar en sus oidos el pavoroso estruendo de las rotas armaduras; el relinchar de los fogosos corceles; el silvar de las agudas flechas y el temeroso ruido de las robustas picas al chocar sobre los cóncavos escudos. Por mí canta Homero.

EL AMOR

Por mí llora la ardiente Safo los desdenes de su duro Faon.

LA GLORIA

Yo congrego los pueblos griegos en los estadios de Olimpia y de Nemea; yo corono la frente del vencedor en la veloz cuadriga y del triunfante púgil en la mañosa lucha; yo dilato sus nombres en los cantos de Corina y de Pindaro.

EL AMOR

Yo inspiró á Ovidio.

LA GLORIA

Por mí llora César ante la columna de Alejandro.

EL AMOR

Por mí el paladin de las justas y torneos coloca sobre el campo de su escudo los colores de su dama.

LA GLORIA

Por mí pregonan los heraldos á todos los vientos el nombre del vencedor en las justas y torneos.

EL AMOR.

Por mí canta el Petrarca, suspira el Dante y llama Abelardo á las puertas de Heloisa.

LA GLORIA

Yo inmortalicé los nombres de Laura, Beatriz y Heloisa.

EL AMOR

Yo conduje á Romeo ante los balcones de Julieta.

LA GLORIA

Yo desperté el espíritu de la antigua Grecia y lo vacié en el alma de Andrés Chenier.

EL AMOR

Yo tengo en cada hogar un templo y en cada corazon una ofrenda.

LA GLORIA

Yo tengo en toda alma un suspiro y en toda ambicion una esperanza.

EL AMOR

La juventud es la eterna Vestal de mi culto.

LA GLORIA

El genio es el sacerdote de mi templo.

G. P. R.

Febrero de 1881.

EL JUZGAMIENTO DEL CRISTO

EL pretorio está abierto!
Escribas, levantad vuestra cabeza!
En el nombre de aquel que en el Mar Muerto
Abrió tumba al Jordan, el juicio empieza.
Acusad al caido!
Crímen que le imputeis será atendido.
Ante su juez sereno
El Justo se halla ¡impíos!
—Eres, dime, Jesus el Nazareno?
Eres, responde, el rey de los judios?
—Tú lo dices—el Cristo le contesta,
Y Caifas escuchando la respuesta
Exclama lleno de furor insano:
Atenta contra el César soberano!
Se ha confesado del delito reo!
¿Qué más, gobernador de la Judea,
Tu justicia desea?
—Crucifícale!!! grita un fariseo.
- Crucifícale!!! gritan los villanos.
—Pues lo quereis, crucificado sea,—
Pilatos dijo y se lavó las manos.
Y desde entónces, hombres insensatos,
Os hace siempre vuestro encono adusto
Encontrar para un Justo
Un Judas y un Pilatos.

RICARDO PALMA.

EN EL ALBUM DE UNA AMIGA

SI el sacro fuego del amor primero
El ánimo encendiese con su llama;
Y en torno de la mente revolando,
Sus doradas imágenes volvieran;
Y eternizando del placer las horas,
En dilatada sucesion los dias
Pasáran, no pasando por el alma;
Y exelso el númen que me asiste, fácil
De exelsa inspiracion los altos dónes,
Propicio me acordára, oh! cuánto, dulce
Cantar, de ritmo sonoroso y suave
Surgiera de mi lira despertando
Cuanto en el alma de divino existe:
Ansias de juventud: perpétua boda
De lo ideal y lo real; supremas
Aspiraciones de lo honesto y puro;
Anhelos de castísimos deleites;
Promesas de venturas infinitas;
Afan de gloria; irresistible impulso
Hácia lo grande y lo sublime; extraña
Mezcla de dudas y de fé y oculta
Secreta conmocion que el alma espande,
Inflama las ideas en la mente
Y á amores ardentísimos provoca!...
Oh! cuántas veces, desdeñado amante,
Entre el lamento de sus vanas cuitas,
Mezclando el divo són de mis cantares,
De su dura beldad tornarse viera
El áspero rigor, en blando trato;
El duro ceño, en plácida sonrisa,
Engendradora de fruicion celeste,
Y la cruel y mortal indiferencia,
En amor vehementísimo y profundo,
De su voz y sus ojos trascendiendo!
Y fuera mi cantar, pálido y débil
Reflejo de la ingénua armonía
Que irradia de las líneas de tu rostro;
Repercute en tu alegre carcajada;
Y rige de tu cuerpo el movimiento
Y en cuanto te rodea se difunde!
. . . .
Mas, ni el amor mis horas engalana;
Ni exelso númen sus favores caros
Pródigo me concede; y fuera audace
Intento, pretender alzar el vuelo,
Poblando el aire de armoniosos sónes,
Ave sin alas y sin dulces trinos.
Y pues, que tierno y apacible y casto,
De sincera amistad, hora nos liga,
El generoso sentimiento, tierno,
Casto, apacible como el alma tuya,
Fuera el cantar que me inspiráras, suave.

GUILLERMO P. RODRIGUEZ.

Enero de 1874.

PASATIEMPO

QUIÉN ze me ha bebido el vino?
dijo flero un andaluz:
¡Por la santísima cruz
que he de matar al endino!
—¡Yo me lo he bebido! ¿Y qué?
—¿Usted?—Sí, cuerpo de tal!
—Pues entónces, don Pascual,
Buen provecho le haga á usted.



La condesa de S... á una de sus amigas:
—Y bien, querida amiga, ¿vuestro niño adelanta en el colegio?
—Ya comienza á declinar.

Y la escelente condesa, levantando los ojos al cielo, esclama en tono compunjido:

—¡Tan niño y ya comienza á declinar!

Desesperado un irlandés por la escasez de fondos y la carestia, cogió una pistola y se fué de noche á acechar á los transeuntes.

Pasa un caballero que venia del teatro, y

—¡Alto! ¡La bolsa ó la vida! le dice el irlandés.

El transeunte conoce que su agresor no es ladron de oficio, y le replica:

—Señor mio, usted es un hombre de bien, arrastrado al crimen por la necesidad; usted va á cometer una mala accion y á llenarse de remordimientos; pues bien, no quiero que usted cometa esa primera mala accion. ¿Quiere usted dinero? tome usted cien pesos que traigo; tome usted tambien mi reloj, y en cambio, para recuerdo, regáleme usted esa pistola.

Accedió él, tomó dinero y alhaja y dió el arma.

Mas apénas el transeunte la tuvo en la mano le dijo con aire de triunfo:

—Ahora que soy dueño de la pistola, devuélveme lo que te he dado ó te abraso los sesos.

—¡Quiá! replicó el irlandés sonriendo, ¡tire usted, tire usted, que no está cargada!

Y lo peor es que no lo estaba.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 27

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 3 AD	R toma P
D 6 AR (jaque)	R 4 D
A 6 AD (mate)	
1.ª variante	
D 3 AD	R 3 R
A 6 AD	R toma P
D 6 AR (mate)	
2.ª variante	
D 3 AD	R 5 R
A 7 D	R 4 D
D 4 D (mate)	
3.ª variante	
D 3 AD	R 5 R
A 7 D	R 4 D
D 4 D (mate)	

La solucion exacta nos fué enviada por El Duende, Ulises y Fugo.

CHARADAS

1.ª *Martina*—2.ª *Marte*—3.ª *Apolo*

Las tres fueron descifradas por Una Floridense, Loló, Fugo y Riana.

GEROGLÍFICO NUM. 27

Entre bobos anda el juego

Resuelto por Una Floridense, Riana, O. P., S. y Grima.

CHARADAS

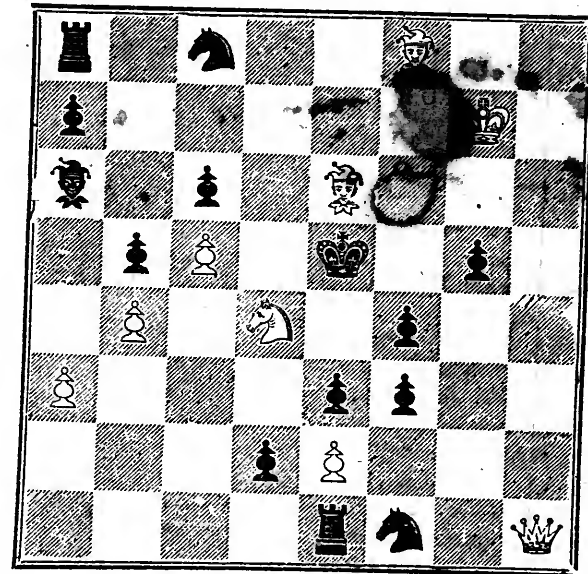
Prima y *tercera* de Saturno hija
Del cándido himeneo protectora
Mis ruegos escuchad: haced que amante
Torne á mi hogar que abandonó cruele
Mi *primera* y *segunda* idolatrada!
Que yo os prometo, si cual *todo* invicto,
De Roma los destinos dirijiendo
Vièrame alguna vez, ruidosa fiesta
En tu honor celebrar y templos miles
Levantar, á tu culto consagrados,
Que envidia fueran de los otros dioses.

OTRA

Fatídico mi *todo*, el vaticinio
Que con lúgubre acento, pavoroso,
Terrible pronunciaste, ora se cumple!
No más en ancha, reluciente copa,
De sonoro cristal, el *tercia* y *cuarta*,
Segunda, *tercia* y *cuarta* de Salerno
Gozoso beberé, ni *dos* y *prima*,
Ante mis ojos á la luz estintos,
Dibujará por el tendido cielo,
O en la ancha tierra, sus matices vàrios.

Problema de Ajedrez por Ignotus

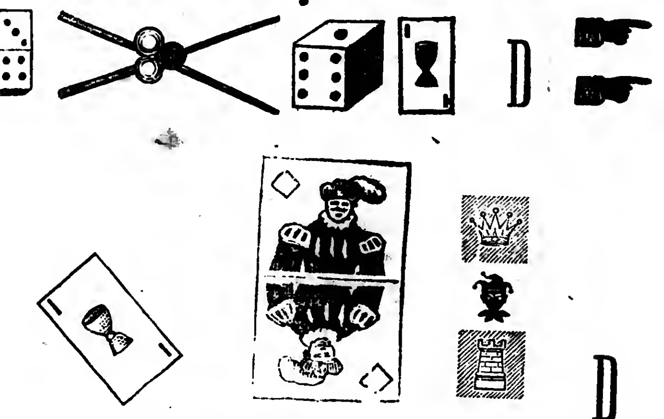
NEGRAS



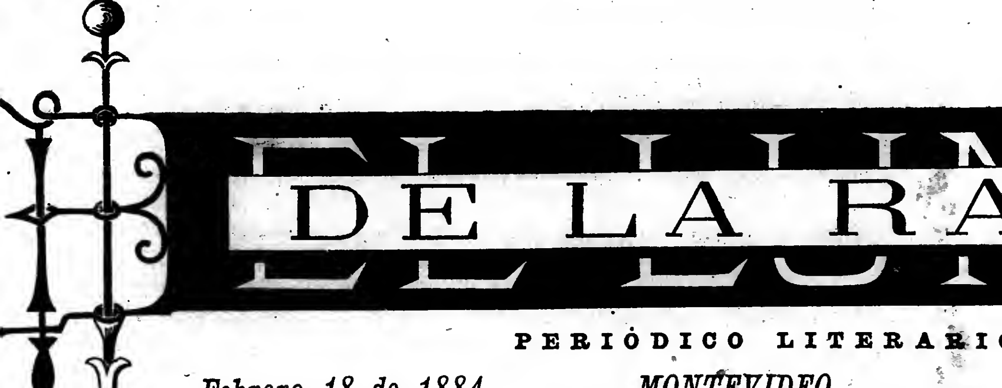
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 28







EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Febrero 18 de 1884. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 29.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO SÉTIMO

—

POR PARTIDA DOBLE

EN realidad, habian llegado á un momento muy difícil las dos campañas de Rodolfo, y estaban recien emprendidas! —Habia dado la espalda á la victoria en Belgrano, por disputar el campo al enemigo en el Tigre, y en el Tigre recibia un formidable contraste....¿Cargaba el doctor Nugués con la responsabilidad exclusiva de la doble desdicha de Rodolfo?

Justo es decir que éste, ante el espíritu voluble de Marta Valdenegros, habia tenido un enemigo oculto, aunque tal vez inconciente, cuya poderosa accion no podia el jóven calcular.—Era Orfilia Sanchez!—Estando desde el juéves en el Tigre, le habia oido referir á Marta, primero, las exaltadas ponderaciones de Rodolfo sobre la caridad femenina en los Estados-Unidos,—despues, el proyecto de promover en Buenos Aires asociaciones análogas á las que Rodolfo conocia, -y, por último, las *explicaciones satisfactorias* de Rodolfo sobre la publicacion y el envio del artículo cuyo conocimiento habia precipitado ó agriado la ruptura de Marta con el Baron Romberg.—Todo lo habia escuchado Orfilia en silencio, dejando apenas dibujar en sus labios una sonrisa cuyo significado no era fácil discernir; pero el sábado, cuando Marta le presentó la targeta y las traducciones de Rodolfo, no pudo ya contenerse y exclamó:

—Supongo que tú no tragarás inocentemente este anzuelo....

—¿Qué anzuelo?—preguntó Marta, con una súbita excitacion de nervios.

—Sí, pues;—tú habrás comprendido desde el primer momento que las traducciones y los proyectos de caridad son un pretesto para ponerse en contacto contigo, para seguir enamorándote... La declaracion ya está hecha, por otra parte....

—¿Estás soñando Orfilia? ¿Cuándo se me ha declarado Rodolfo?

—No te exaltes, querida amiga; no te exaltes.—O me engañas ó quieres engañarte á ti misma.....No me aventuraré á juzgar si Rodolfo hizo mal ó hizo bien cuando intervino en tus amorios con el Baron Romberg por medio de la intriga que ha venido despues á confesarte; pero esas cosas no se hacen sino por un interés más positivo que el de impedir un mal casamiento en nombre de la justicia abstracta!.....ni se confiesan, querida Marta, sinó para decir implicitamente: «tienes rendido á tus piés un antiguo adorador».....

—Y si Rodolfo hubiera querido decir eso....¿quién se lo impedia?

—Ah! entónces la confesion perdia todo su mérito! Tus resentimientos no habrian encontrado pretesto para disiparse. Lo que vale es persuadirte de que él obedecia á un amor secreto, irresistible, que hoy mismo queda oculto, y que en aquel tiempo le arrastraba á contraer muy sérias responsabilidades sin esperanzas de que tú pudieses recompensarle un dia sus esfuerzos abnegados....abnegadísimos!....Yo no critico nada de esto....Todos los hombres tienen esa clase de táctica, recursos, estratagemas de amor;—pero las mujeres necesitamos estar un poco en guardia, siquiera sea para no hacer papel de tontas á quienes se puede engañar como á chiquillas,- como parece que te está engañando Rodolfo.....

—¿De qué manera me engaña?

—Al enamorarte, abierta y decididamente, sin que tú quieras darte cuenta de ello.... Al propiciarse tus intimidades como simple y desinteresado amigo, cuando es, á todas luces, á cara descubierta, un pretendiente!.... Esto, que yo veo con toda evidencia, es menester que tú tambien lo veas, para medir tus actos, no en relacion al amigo, que no existe, sinó al pretendiente, que va avanzando sus líneas.... Esa historia de la caridad es muy bonita; es un ardid precioso para hacerse simpático, para poder escribir hoy una tarjeta, mañana un billete, y despues, otros muchos billetes! Vamos! tambien Rodolfo debe conocer á fondo el carácter de su sobrinita.... Es impresionable la niña (Orfilia, al decir esto, estrechaba y sacudia las manos de Marta) y un poco fantástica.... Sueles incurrir en excesos de romanticismo, verbigracia, el regalo de las alhajas al tullido de San Fernando,—y como el tio la encuentra en esa vena henchida de sentimientos caritativos, se propone halagarla, mecerla, seducirla, con arrumacos de caridad norte-americana, para aliviar juntos algun dia.... la desgracia.... de dos corazones enamorados.... Muy bien! perfectamente bien!—Aplaudo la habilidad de Rodolfo; pero deseo que mi jóven amiga sea á su vez suficientemente hábil para escarbar en la superficie de esas palabras: *amistad, filantropia*, y descubrir muy luego.... otra palabra más dulce y más peligrosa.... *amor!* Lo esencial, Marta mia, es hacer las cosas en conciencia, con propia y deliberada voluntad. ¿Amas á Rodolfo?—¿Crees posible llegar á amarle?—¿Te conviene hacerlo? -Toda la cuestion está ahí.—De ti depende la solucion,—pero que ella no sea, por Dios, un acto irreflexivo y aturdido.... Que no despiertes un buen dia enamorada de Rodolfo, prendida en sus redes, sin haberte apercibido de que estaban tendidas!

Los fuegos de Marta estaban ya apagados, y Orfilia prosiguió desevolviendo con acento persuasivo sus sensatas y disertas reflecciones:

—Te he escuchado con inmenso placer, dijo Marta al fin; -ahora, necesito conversar conmigo misma!

Y como era de tarde, hizo ensillar su caballo, y recorrió á gran galope una buena estension del Rincon de Millver,—esparciendo en el aire puro de los campos el alor de sus exitaciones nerviosas.—A la noche, tomó del brazo á Orfilia para pa-

sear por el jardin, y reveló á su sábia confidente el resultado de la conversacion que habia tenido consigo misma.

—Todas tus conjeturas son exactas; pero me pareces demasiado benévola. Rodolfo es un hipócrita! -Si me amaba en la época del duelo, ha debido confesarlo.—Si todavia me ama, ha debido decirlo, puesto que se le presentaba la ocasion. ¿Qué artificio es ese, de aprovechar una tendencia generosa de mi corazon, desnaturalizándola, para conseguir por vias tortuosas lo que podia intentar con franca nobleza? Ah! no! se engaña!—*El otro* supo marearme con sus conversaciones de palacios y de reyes, y de emperadores; pero alguna utilidad se reporta de los desengaños en la vida... He aprendido mucho, muchísimo, desde entónces; y este que ahora anda en juego se ha llevado un reverendo chasco al imaginarse que de algo podrian valerle sus arterias amorosas y sus esplotaciones filantrópicas!

Sucedia precisamente lo contrario.—Las arterias y las esplotaciones habian comenzado ya á surtir efecto.—Marta, en el fondo de su alma, tenia que reconocerlo, y eso era lo que más la exacerbaba,—lastimando profundamente su orgullo.

Orfilia trató de calmar á su amiga; «no habia motivo para una reaccion tan brusca.—En materias de amor, casi todos los hombres son astutos, y hay que tomarlos como son.—Pero en guardia, siempre en guardia!»—Y Marta apretando sus dientes nacarados, repetia la frase de Orfilia:

—En guardia, sí, en guardia;—ya lo creo!

Y hablaron con indiferencia de otras cosas, hasta que Orfilia exclamó:

—No seamos mal criadas. - Vamos á conversar con la gente.

En el umbral del comedor, donde platicaban los abuelos con el doctor Arismendi, Marta detuvo á Orfilia para decirle, como si estuviese pendiente la conversacion mucho antes interrumpida:

—No solo en guardia—á fondo!

Su plan, en realidad, era tener una esplicacion perentoria con Rodolfo, increparle sus amaños, obligarle á definir posiciones y.....despues ...hé ahi un punto que permanecia algo oscuro en las deliberaciones turbulentas de la jóven....Bah!—las circunstancias indicarian debidamente su actitud; —y vinieron de tal modo que, viendo á Rodolfo en compañía del doctor Nugués, no pudo Marta resistir á la tentacion de castigar las impaciencias de aquel con los honores rendidos á la *conversacion entretenida* del último.—Y habia quedado muy contenta de su determinacion.—El doctor Nugués la habia divertido muchisimo con toda suerte de extravagancias, y se sentia cada vez más enojada con Rodolfo, siéndole escaso el tiempo de sus soledades para calcular el efecto que habrian causado en el hipócrita los punzantes dardos del domingo!.

Indudablemente, si el doctor Nugués hubiera sabido que su antigua enferma se permitia emplearle como instrumento de pequeñas venganzas, no pequeño hubiera sido el escozor de su amor propio;—pero no tenia él porqué suponer tal cosa, y confiaba demasiado en los atractivos de su gran talento para estar prevenido contra ese linaje de travesuras femeninas.—Las amabilidades de Marta dejaban por otra parte, en su espíritu, una impresion halagueña, pero pasajera. Aquel hombre, á fuerza de ser médico, filósofo y literato, parecia, bajo ciertos aspectos, que hubiese dejado de ser hombre.—Habituado á estudiar y desmenuzar sus propios sentimientos, diríase que ya no los esperimentaba sinó como objetos de análisis colocados sobre la mesa de su anfiteatro sicológico. Nacida apénas una sensacion, la mataba él mismo para tener el placer de hacerle la autopsia.—Estaba perpétuamente ocupado en remontarse al orijen de todas las cosas, y no encaraba las realidades de la vida sinó por el tipo remoto y primitivo que su teoria se dignaba asignarles. Cuando el amor despuntaba en su alma, asomábase á ella, como por una ventana, preguntando con sonrisa burlona: ¿ama el doctor Nugués?—y el de adentro, hostigado, ridiculizado por el de afuera, concluia por burlarse tambien de todas las veleidades amorosas.—Sólo era excepcion parcial de esta regla la simpatía que habia logrado inspirarle Marta Valdenegros durante la convalecencia de las Alamedas.—Como tendencia á un amor ideal, la simpatia estaba declarada absurda y sentenciada á muerte;—pero podia merecer gracia, ante la filosofía, como expresion inconciente de amor propio y de sórdida ambicion.—Así, el doctor Nugués del exterior se permitia tolerarle al del interior, ó ciertas satisfacciones moderadas cuando la señorita se manifestaba accesible, ó ciertos conatos de rivalidad, cuando un tercero osaba disputar su imperio.—Así tambien, el dualismo del doctor Nugués, se fundia en una sola persona para considerar la adquisicion de la fortuna de Marta empresa digna de un hombre de sus principios y merecimientos;—pero tampoco habia en él resortes viriles para llevar adelante ese propósito.—Teorizaba el interés personal en vez de sentirlo, y la ambicion bastarda manchaba á menudo sus pensamientos y palabras sin dar á su voluntad las energias vivaces que requeria aquella mala accion. Sin embargo, un instinto irresistible le conducia al lado de Marta, viéndola amenazada por las seducciones de Rodolfo. Estaba persuadido de que debia evitar tamaña infamia; pero, como su sistema filosófico le vedaba admitir la realidad del concepto del *deber*, se encontraba verdaderamente perplejo para explicarse á si mismo porque sentia el compromiso moral de impedir que un *alma inocente* sucumbiera ante las insidias de un *alma atravesada*.—Problema insoluble para el doctor Nugués; se creia obligado, él, espíritu mefistofélico, á convertirse en angel guardian de Marta Valdenegrós!

Pero el enemigo estaba apercibido á luchar contra todos los ángeles.—Rodolfo, brevemente repuesto de los sinsabores cosechados en aquel domingo aciago, estudiaba con suma atencion los accidentes y las causas posibles de su derrota, coordinando los medios adecuados para restablecer el combate.—Jugaba todo su porvenir en la empresa, con el ahinco violento de las grandes ambiciones humanas, no vanamente teorizadas, sino poderosamente sentidas; y quedaban todavia fuerzas en su corazon para perseguir con vehemencia el logro de sus aspiraciones de amor. —Habia recobrado la fé de su propio poder, y se decia á sí mismo con infernal fruicion: «Marta será mi esposa, y yo seré el amante de Genoveva!»—¿Intuiciones proféticas, ó ilusiones quiméricas?

En la tarde del lúnes, la victoria de Rodolfo rodaba y saltaba con estrépito, por diversas veces, sobre el empedrado de la calle Piedad. - Inútil!—Uno de los balcones de la viuda está abierto, pero completamente vacío. Acaso, detrás de aquella persiana que se mueve....—Interrogada á la noche Pancha Ovalle, declara que Genoveva goza de excelente salud, parece muy alegre, y no ha dejado escapar un vocablo en relacion á Rodolfo.—Al dia siguiente, ofrece la calle Piedad igual espectáculo de templo abandonado, y el jóven se resigna á esperar veinte y cuatro horas la anhelada recepcion del miércoles.... *A giorno! Au grand complet!*—Viste Genoveva un traje color crema, severamente casto, y es amable con Rodolfo.... como con los demás de la numerosa rueda, en cuyo seno figura aquella noche el mismo doctor Nugués, disputándose con la dueña de casa los lauros triunfales de la conversacion.—La viuda tambien tiene ángel guardian bajo formas de cancerbero. Don Alejo Nuñez no la abandona un momento, y ella se muestra agradecida á ese ministerio tutelar.... Rodolfo la ama ahora con delirio y sale desesperado de ver que Genoveva no se digna dirijirle un reproche, ni un sarcasmo, ni el alfilerazo de una broma!

Dos noches despues, entrando Rodolfo algo tarde al salon de la señorita Ovalle, encontró allí una novedad interesante—la señora doña Genoveva Ortiz de Nevares, casta, amable, indiferente, como en su recibo del miércoles. No obstó la presencia del ángel guardian á que Rodolfo se dejase alucinar un momento con

la idea de hacer aceptar su compañía y su carruaje (habia ido casualmente en la victoria) para la retirada de Genoveva; pero, al llegar el momento de ofrecer sus servicios, pudo apercibirse de que la retirada estaba convenida en otra forma.—Volvia la viuda á su casa en el landó del señor Nuñez, acompañada de éste, el Baron Romberg,—y Panchita, la cual, á fin de no perjudicar su reputacion virginal, regresaria despues bajo la custodia y recíproca fiscalizacion de aquellos dos caballeros.—Esta escrupulosa correccion de formas dejó horrorizado á Rodolfo!

Entretanto, la campaña del Tigre reclamaba nuevas operaciones.—Tuvo Rodolfo una feliz idea. Iria el sábado y pernoctaria en casa del señor Valdenegros. De esta manera, parecia probable aprovechar aquella larga noche en una conferencia más ó ménos solitaria, bajo los álamos ó en la ribera del rio, ó tal vez sobre sus aguas dormidas, al rayo de la luna, con todos los requisitos necesarios de una decoracion apropiada para el rapto moral de una jovencita fantástica.... Allá fué, pero una estrella fatal guiaba en aquella época todos los pasos de Rodolfo.—Marta estaba obligada á guardar cama. En la marea de la víspera habia andado todo el dia en bote, humedeciéndose los piés; y de ahí, el consiguiente resfriado, con sensible irritacion á la garganta..... Pero la irritacion debia ser ligera, porque Rodolfo, conversando en el comedor, sobre asuntos trivialmente sérios, con los abuelos de Marta y el doctor Arismendi, oia resonar las carcajadas melodiosas de la nieta, en plática indudablemente sabrosa con Orfilia Sanchez.... Al dia siguiente, á la hora de almorzar, supo el jóven que Marta no podia levantarse aún,—y resolvió retirarse, pretestando estar invitado á comer en la ciudad, en casa del Ministro de Relaciones Exteriores.—Otra jornada infructuosa!—Hubo de lamentarlo más Rodolfo cuando, al bajar en la estacion central del Ferro-carril del Norte, tropezó con el doctor Nugués que solicitaba billete de pasage para el Tigre.... El, como facultativo, llegaria probablemente hasta el lecho de la enferma... El caso, en la situacion de Rodolfo, no era ocasionado á celos, pero mortificaba inmensamente su amor propio y enardecia sus rencores al rival que hasta entónces iba desenvolviendo superiores medios de accion en la conquista de Marta Valdenegros...

¿Y la conquista de Genoveva Ortiz?—Hácia ese punto seguia el horizonte muy cerrado.—La viuda habia desertado para siempre del balcon, y sus virtuosos miércoles ofrecian perspectivas platónicas, casí ascéticas,—reñidas, á juicio de Rodolfo, con los principios elementales del sentido comun. Si le hubiesen sangrado habrian obtenido tinta en vez de sangre! En la noche del juéves no pudiendo reprimir su mal humor, le dijo á Pancha Ovalle:

—Su amiga Genoveva se ha propuesto atormentarme. La disculpo. Tiene miedo!—Me ama, tanto como yo la amo, y comprende que si yo lograse estar un minuto á solas con ella... Panchita!...usted tambien lo comprende!

—No crea, Rodolfo, no crea,—respondóió Panchita, ruborizandose (poca cosa);—usted no conoce bien á esa *señora* (pronunciaba la palabra con acento austero);—tiene mucha fuerza de voluntad, y son muchos los que han recibido curiosos desengaño á su respecto... Y algunos... figúrese... nada menos...(era tan grave la conclusion de la frase que Panchita la murmuró al oido de Rodolfo, haciéndole jurar reserva).

—No importa,—replicó el jóven; eso no reza conmigo.—Sé lo que afirmo.—Un minuto! Nada más que un minuto! Mi reino por un minuto!

A la noche siguiente, volvió Rodolfo al salon de la señorita Ovalle, seguro de conocer, por lo menos de rebote, el efecto de su jactancia sobre el corazon de Genoveva...Ella estaba allí, con su ángel guardian, casta, indiferente, amable, como en sus recibos del miércoles; pero al salir, mientras don Alejo buscaba su sombrero para venir á darle el brazo, y Pancha y el Baron Romberg, que tambien debian acompañarla, como el otro viérnes, hacian sus respectivos aprontes de partida, tuvo tiempo de deslizarle á Rodolfo estas palabras, mientras le tendia la mano con aparente ceremonia.

—Le espero en mi casa mañana á las dos de la tarde.

Tras largas horas de insomne arrobamiento y deliciosa impaciencia, acudió Rodolfo á la cita, con puntualidad que no se necesita calificar de inglesa, porque, en tales materias, los latinos saben tomar la delantera.... Iba vestido con mucha coqueteria..... Llevaba un traje aplomado hecho por el mejor sastre de Paris; sombrero bajo color perla, y guantes de piel de Suecia, sumamente claros. Sus zapatos ingleses dejaban descubiertas en el tarso medias de seda celestes, y este eclectismo sibarita de su vestimenta se complementaba con embriagantes perfumes de gineceo.

Le recibió una criada, haciéndole entrar á la antesala. — El salon, adelante, estaba oscuro y silencioso. — Atrás, una puerta cerrada indicaba las habitaciones de Genoveva.—En la misma antesala flotaba una oscuridad discreta, tímidamente combatida por la faja de luz que dejaba penetrar la puerta exterior, apénas entreabierta... Rodolfo tomó asiento en un canapé, de escasa altura y cariñosa molicie, colocado bajo un grande espejo.—Se sacó los guantes; se levantó el cabello hácia los lados y se atuzó repetidas veces el bigote..... Esperaba con ansiedad indefinible á Genoveva....A su frente, sobre una mesilla dorada, en un florero de alabastro, habia un ramo de flores aromáticas...... Haciase la atmósfera excesivamente capitosa... Aquella puerta de las habitaciones interiores permanecia cerrada.... Eran de color rojizo el tapizado de los muebles y la alfombra..... Caian las cortinas como nubes blancas sobre una superficie de fuego....Rodolfo ardia.... Pero la puerta se estremece, se abre, y Genoveva, vaporosamente envuelta en un baton de albos encajes, está ya sentada al lado de Rodolfo.

—Tiene usted diez minutos de audiencia,—dijo la arrogante viuda, con dulcísima armonia.

—Es demasiado poco para un hombre que la adora, contestó el jóven, tomando osadamente las delicadas manos de Genoveva.

—Yo tambien le adoro; siento por usted lo que no he sentido por ningun otro hombre. Verle y amarle ha sido como la obra de un relámpago.... Le amo hasta la idolatria.... Por usted me siento capaz de los más grandes sacrificios; pero mi pasion es pura, y exige que igualmente lo sea la de usted. Es tan irrevocable mi resolucion á este respecto, como mi amor profundo y eterno. .. Si usted consiente en darme su nombre, seré su esclava y juro que le haré feliz;—pero si usted persigue otro propósito, oh! Rodolfo, juro que se engaña! Devoraré mis penas, y las sonrisas quedarán ahogadas por mis lágrimas.... Usted no encontrará jamás en mí sinó la máscara de la indiferencia despechada!

—Genoveva! El amor no razona ni discute.... Amemos!.... La felicidad me enloquece en este instante.... Amemos! El porvenir pronunciará la última palabra de nuestros inciertos destinos!

Genoveva retiró sus manos de las manos de Rodolfo.—Saltaban en sus ojos las lágrimas, y hubo menester de un gran esfuerzo para poder articular:

—Aplaudo la nobleza de sus reticencias! — No se atreve Vd. á aventurar ni una promesa.... Serian por otra parte inútiles,—Me encontrarian inconmovibles las promesas; solo ante la realidad me veria usted rendida.

—Genoveva! balbució Rodolfo, bañándola con una mirada de supremo amor.

—Ni una promesa falaz! murmuró ella.

—Genoveva! balbució de nuevo Rodolfo, procurando enlazar con sus brazos el arco tembloroso de la cintura de su amada.

Genoveva le apartó las manos con imperio y se puso en pié.

—Una mujer como yo, dijo entre doliente y colérica,—puede caer,—Dios nos perdone! — amando, ó sin amar; — pero no cae sino cuando quiere;—no sucumbe nunca por sorpresa. — Ahora,

mi propio amor, en sus esperanzas infinitas, me sirve de escudo contra cualquier vileza.... Adios!

Y salió lentamente, sin que Rodolfo, atónito, osase detenerla ó seguirla.—Tras ella se cerró la puerta de las habitaciones interiores.

No tardó el jóven en volver de su momentáneo estupor.—Una sonrisa intencionada se dibujó en sus lábios.—Se levantó tranquilo y fué hácia la puerta por donde habia desaparecido Genoveva... Cerrada! firmemente cerrada!

—Genoveva! Genoveva!

Y nadie respondia.—Era locura insistir.—Cuando salió de allí, no se descubria en el semblante de Rodolfo, ni un solo pliegue de sonrisa!

Al dia siguiente era domingo.—El Tigre le llamaba, y allá fué.—Esta campaña estaba ménos adelantada que la otra... En Buenos Aires, á lo menos, habia una excelente base de operaciones: el amor!—pero allá!... Rodolfo estaba á oscuras.—Se hacia indispensable practicar un reconocimiento con todas las reglas del arte.—Marta misma supo abrirle el camino.

Orfilia y el doctor Arismendi no estaban ya en el Tigre.—Los padres de aquella reclamaban á su nieto y los quehaceres del segundo casi no le permitian un viaje diario de dos horas.—Habian regresado, pues, á Buenos Aires, y Rodolfo tenia ahora la buena fortuna de encontrar el campo tanto más despejado cuanto que el doctor Nugués tampoco le hacia sombra.—Hubo, sin embargo, una contrariedad inesperada.... Antes de comer y á la comida, la conversacion debia ser necesariamente general y por consiguiente insípida. Lo auspicioso era la tarde, el crepúsculo, la noche;—pero, apenas se levantaban de la mesa cuando entraron visitas de familia residente en la la localidad; y no se retiraron sinó poco ántes de la partida del último tren, en el cual ya Rodolfo habia anunciado su regreso á la ciudad.—Mientras se despedian las visitas en la portada del jardin, Rodolfo habia quedado paseándose en el corredor. Marta fué á buscarle allí, le detuvo y con cierta brusquedad caprichosa dijo:

—El domingo pasado, hablando con el doctor Nugués....

—Ah! hablaste con el doctor Nugués! interrumpió Rodolfo.

—Sí!—entró á verme como médico; dijo que no tenia nada, me aconsejó que me levantase, y despues conversamos como amigos... Hablando con él, pues, se me ocurrió preguntarle: ¿cual es la causa de su enojo con mi pariente De Siani?—y él, poniendo una cara muy estraña, la cara más estraña que he visto en mi vida, respondió:—«pregunteselo á él;—él se lo explicará.» No pude arrancarle una palabra más.—Y bien! quiero que tú lo espliques!

— Serás complacida, dijo Rodolfo con admirable aplomo.—Dos hombres que aman á una misma mujer, se profesan ódio mútuo y el ódio les hace armar quimeras por cualquier pretesto.... El doctor Nugués y yo estamos enamorados de tí!

Marta dió un salto nervioso hácia atrás.

—No te asustes! exclamó Rodolfo; tu pregunta exigia respuesta, la he dado.

Algunos momentos de silencio.

—Ah!—tú estás enamorado de mí!—repuso Marta con expresion sardónica—sin duda, desde hace mucho tiempo....

—Sí!

—Desde que te batiste por mi en duelo.

—Sí!

—Desde que me intrigabas con anónimos.

—Sí!

—Desde que me galanteabas cuando era todavia niña.

—Pues!

—Y me quieres mucho?

—Te adoro.

—¿Y qué es lo que más quieres en mí?

—Todo! Tu cuerpo y tu alma.... Tus caprichos, tus extravagancias, tu soberbia....

—Y mi fortuna....

—Y tu fortuna! ¿Por qué no?—La fortuna es una fuerza.... ¿Quién no la envidia y la ambiciona en el mundo? Si estuviera enamorado de una reina, y ella me dijese: «amas tambien mi estirpe, mi trono»—yo le responderia, como te respondo á tí: «es cierto; amo tu régia estirpe y tu trono soberano:—me enorgulleceria si alcanzase á doblegar tu orgullo».. . Ah! tú eres jóven, eres bella.... Adunas el interés de la inteligencia viva, de la educacion esmerada, y de un temperamento novelesco.... Te aclaman además, la más opulenta heredera de Buenos Aires .... El que sea digno de tí, el que avasalle tu corazon, qué mirada triunfante podrá pasear sobre los otros! Qué poder! qué gloria!—Si fueses pobre.... ¿te amaria? no lo sé.... Pero siendo lo que eres.... te idolatro!

Casi no habia oido Marta las últimas palabras de Rodolfo.... La ahogaban los sollozos, y tuvo que huir hácia su alcoba....... Don Francisco y doña Emilia paseaban entretanto, en el jardin, del brazo, con aire apacible, bajo los suaves resplandores de la luna....Fué Rodolfo á despedirse de ellos, fingiendo haberse despedido ya de la nieta.....Iba de prisa. Habian dado ya el toque de prevencion; necesitó correr para alcanzar el tren...Hubiera podido darse por chasqueado; pero no!—preferia que el sortilegio de su declaracion amorosa operase á solas en el corazon de Marta Valdenegros!

(Continuará.)

¿Porqué era rubia?

I

HISTORIA DE CINCO NOVELAS

UNA tarde de Noviembre de 1854 estábamos seis amigos, todos menores de edad, sentados alrededor del una *mesa*, pasando un delicioso *dia de campo*.—Así llamábamos en aquel tiempo á la extraña manía, en que habíamos dado algunos discípulos de Apolo, de hacer del dia noche, cerrar las ventanas y encender luz artificial cuando no de quedarnos en la cama hasta que anochecia en el resto de Madrid.

Aquella *mesa* (de la cual he vuelto á tener noticias últimamente) ha sido descrita por mí del siguiente modo, en el prólogo de una novela ajena, titulada *Honni soit qui mal y pense*:

«Había en Madrid hace cuatro años... (no importa en casa de quién... »en casa de nadie... en casa de todos... en una casa cuya puerta no se »cerraba ni de dia ni de noche) una gran *mesa* revuelta, adornada con »un tintero-mónstruo y cubierta de cuartillas de papel sellado sin sello, »en la cual trabajaban indistintamemte diez ó doce artistas y literatos... »Mesa fué aquella en que nacieron algunas comedias del hijo de Larra, »algunos dramas de Eguílaz, algunas novelas de Agustin Bonnat, can»tares de Trueba, artículos económicos de Antonio Hernández y letrillas »de Manuel del Palacio; en que se tradujo *la profesión de fe del siglo* XIX »de Eugenio Pelletan, en que hizo Arnao muchas canciones, y Mariano »Vázquez bastante música, y Castro Serrano varios artículos, y Ribera »caricaturas, y Vázquez y Pizarro algunas *acuarelas*, y Barrantes no »pocas baladas, y planos arquitectónicos Ivón, y yo mis calaveradas de »*El Látigo*.»

En torno de esa mesa estábamos la tarde á que me refiero.

Era domingo: la revolución de Julio se hallaba en su apogeo. Madrid ardía en milicianos...

Llovía; silbaba el viento lúgubre de la estación, y hacia un frío que, al decir de un amigo nuestro, helaba hasta las congeturas.

Como acababa de pasar el dia de Difuntos, en todas las parroquias se celebraba la *Novena de Animas*. Mezclábase, pues, al estruendo de los himnos patrióticos que tocaban en la calle las músicas de la Milicia, el

fùnebre tañido de las campanas, que lloraban si habia que llorar sobre los tejados de la metròpoli.

¡Virgen de la Almudena!... ¡què tarde!

Nosotros la habiamos convertido en noche hacia ya muchas horas: cuatro velas iluminaban nuestros seis semblantes, y nuestros seis semblantes correspondian à los siguientes seis nombres, que revelo sin empacho, porque todos han llegado á ser de dominio pùblico:—*Luis Eguilaz, Manuel del Palacio, Agustin Bonnat* (Q. E. P. D.), *Ivón, Luis Mariano de Larra* y un servidor de ustedes.

—¿Què hacemos?—preguntò uno.

—¡Escribamos!—respondiò otro.

—¿Què escribimos?—añadiò un tercero.

—Una novela entre todos.

—No hay tiempo para ponernos de acuerdo sobre el plan.

—Pues escribamos una novela cada uno...

—¡Y todas con el mismo titulo!

—Titulo raro y comprometido, que sea piè forzado de la acciòn...

—¡Eso! ¡y con tèrmino de media hora!

—Pues inventemos un titulo estrafalario...

—¡Ya lo tengo!—dijo Larra.—Todas las novelas se titularán: *¿Por què era rubia?*

—¡Magnifico!—exclamamos todos.

Ahi tenèis un brillante asunto de dificil desempeño.—*¿Por què era rubia?*—Porque lo era. No, señor: es menester que no hubiese razòn para que lo fuera.—¿Y què razòn, esto es, què seis razones podremos inventar?

—¡Ahi está el *quid!*—¡Pongamos la imaginaciòn en prensa!

—Pero ¡cuidado que es preciso justificar el titulo!

—¡Y acabar antes de media hora!

—Son las cuatro.—A las cuatro y media.

—Pluma en ristre...

¡Silencio!

Y ya no se oyó más que el chisporroteo de las plumas sobre el papel.

Entonces hubierais visto demudarse aquellas seis fisonomias, ò, por mejor decir, aquellas cinco (pues la mia yo no llegaba á verla), adoptar un gesto desusado, transfigurarse, revestirse de alegria, de terror, de ternura ò de sarcasmo...

Todas las imaginaciones se aislaron: todas huyeron de aquel aposento; se extendieron por cielos y tierra, y soñaron estar en diversos paises, en distintas èpocas, entre desconocidos personajes.

Eguilaz se levantò cuando apenas llevaba veinte renglones.

Habia llamado Luque, que estaba enfermo en cama, y ya le fuè imposible continuar.

Los otros cinco seguimos excitando nuestra inspiracion de la manera habitual, pues sabido es que cada poeta tiene su receta para inspirarse.

Ivòn arqueaba las cejas, como Júpiter.

Larra se atormentaba el cabello.

Bonnat se pasaba por los làbios el extremo superior de la pluma, á fin de hacerse cosquillas.

Palacio se pellizcaba el entrecejo, donde dicen que reside la memoria.

—Yo trepaba insensiblemente por los palos de la silla, hasta concluir por sentarme al estilo moro.

Y todos fumàbamos desesperadamente.

Antes de la media hora, las cinco novelas estaban terminadas.

La creacion de Larra pertenecia al gènero venatorio.—Aficionadisimo el autor á la caza, su hèroe no podia menos de ser un perro. De la heroina, viuda de un intendente, no hay para què decir que tenia el pelo rubio, sumamente rubio, casi rojo.—Pero *¿Por què era rubia?*—¡Pronto se supo! A la muerte del perro, Anita, la intendenta, se puso completamente cana. ¿Fuè del sentimiento? ¡No! Era que Anita lo estaba ya hacia algunos años; pero se teñia el pelo con un elixir en cuya composicion entraba como parte integrante no sè què ingrediente suministrado por aquel perro.—¡Por eso era rubia!—El mèrito principal de la narracion consistia en el profundo conocimiento que demostraba el hijo de Figaro en achaques de caza menor.

Bonnat habia escrito uno de aquellos deliciosos articulos á la francesa, en que probaba toda clase de paradojas.—Negaba en primer lugar que Colon hubiese sido el descubridor de Amèrica, y nos describia el naufragio de un buque inglès y el arribo de una jòven rubia á las costas del Brasil, arrojada alli por las olas. Los americanos que nunca habian visto cabellos de aquel color, se preguntaban nuturalmente *¿por què era rubia?*, y, creyèndola bajada del cielo, fundaron una religion en su nombre. Luego pasaba esta rubia á ser, como legisladora filàntropa, una caricatura de la autora de la *Choza de Tomás*, á quien odiaba mi pobre Agustin con todas las fuerzas de su buen humor.

Ivòn, ò sea Fernandez Jimenez, nos ofreciò la mayor originalidad, ò variedad màs extraña que podia dar de si el asunto. ¡Proclàmamos entònces, y repito ahora, que su novela fuè la mejor, sobre todo por la còmica gravedad del estilo!—La escena era en una sacristia de Amèrica (¡Ya ven ustedes que todos habiamos viajado de lo lindo durante aquella media hora!) Iba à morir una dama muy vieja y que tenia el pelo completamente cano, pero á quien, sin embargo, llamaban todos *la Rubia.* Ahora bien: el Cura de la parroquia se negaba à auxiliarla de resulta de este sorites: «Esa mujer se llama *la Rubia* porque habrà tenido el pelo rubio: ha tenido el pelo rubio porque es inglesa: las inglesas son protestantes: luègo yo no tengo nada que ver con esta *rubia.*»—Al fin resultaba: 1.º que la señora no habia tenido el pelo rubio, sino castaño: 2.º, que no era protestante, sino catòlica, apostòlica, romana: 3.º, que la llamaban *la Rubia,* porque habia amado á un español, cuyo apellido era RUBIO: y 4.º, que el Cura era este español!—Al fin de la novela se reconocian los dos ancianos, recordaban los años de su juventud en que ambos eran seglares, y morian de la manera màs sentimental y cristiana.

La de Palacio brillaba por los retruècanos del estilo y por los chistes de que estaba salpicada.—Una señorita de Jaen comprendiò á los diez y seis años que una mujer de sus prendas no debia seguir en la *inacciòn.* Dividiò, pues, su alma entre dos novios. No sè por arte de que diablo nuestras señorita llega à huir con uno de ellos. El otro novio la persigue..., y entra en Madrid á su lado sin reconocerla. Antonia era morena oscura y ojinegra y pelinegra à más no poder; pero, gracias à los polvos de arroz, á unos anteojos azules y á una peluca rubia, parecia una silfide del Norte. Ya en Madrid, acontece que aquella mujer da una cita en las tinieblas al segundo novio; que èste se lleva enredados en los botones de la pechera dos cabellos de Antoñita, y que, al examinarlos en su casa, se encuentra con que son màs negros que la endrina.—«¿Por »què era rubia?—(exclama entònces el perplejo amante). ¡Cuando me »diò la cita en el ferro-carril, tenia el cabello del color del oro!... ¿Còmo »me deja sobre el corazon esta muestra negra?»—Pronto se descubre todo: los dos amantes la abandonan, y del sentimiento se le pone á Antoñita el pelo blanco.

En cuanto à mi novela (ùnica de que puedo disponer, pues cada cual se llevò la suya) era del tenor siguiente:

II

¿POR QUÉ ERA RUBIA?

(NOVELA CIPAYA)

> **Hay algo de sublime en el èxtasis de los indios.**
>
> (EL PRESTE JUAN).

¡Què hermosas son las noches de la India!....

EL LECTOR.—¿Me lo dice usted, ò me lo cuenta?

¡Hombre! me lo figuro.—Yo no he estado nunca en la India; pero tengo muchos deseos de ir.—¡Bien podia el gobierno enviarme à Filipinas sin formacion de causa!—De paso veria la India.

EL LECTOR.—Dele usted motivo, y lo enviará.

¡Bien! Pero ¿què motivo le doy?—Figùrese usted que salgo ahora à la calle cantando la *pitita,* y que el gobierno se contenta con enviarme al Saladero....—¿Habrè logrado mi plan?—De ningun modo.—Pues

figúrese usted que niego en público la infalibilidad del Duque de la Victoria, y que éste me condena á ser pasado por las armas....—Será esto ir á Filipinas? ¿Conseguiré así ver la India al paso, como la vió mi amigo don Manuel Hazañas?—¡Ah! bendigo á Napoleon III que deporta á todo el que no le da tratamiento de Majestad.—¡Aquel es un país! ¡Allí sabe uno á qué atenerse!

El lector.—Prosiga usted.

Prosigo. ¡Qué hermosas deben de ser las noches de la India!

Brillan allí los astros más que en cielo de Europa; cielo deslustrado por el uso, que me hace el efecto de una decoracion vieja de Philastre.

Y es que aquel cielo solo ha servido para una religion, mientras que el nuestro cuenta ya lo menos diez clases de adoradores: los iberos, los griegos, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los bárbaros, los cristianos, los mahometanos, y últimamente los espiritistas....

El lector.—Continúe usted.

Continúo.—¡Qué hermosas deben de ser las noches de la India!

Anchas bocanadas de aromas salen del seno de aquella verdadera naturaleza, vigorosa como una pasiega primeriza; y el indolente oriental, ébrio de narcóticas esencias, se atraca de arroz á la claridad de la luna, pensando en la simbólica flor del *Loto*, ó en algo por el estilo....

El lector.—Continúe usted.

Era media noche.

Todo yacia en el silencio y en la quietud del sueño á orillas del misterioso Ganges....

¡Sólo el Ganges no dormia! El rio sagrado se deslizaba entre bosques de bombaxes, branganeros y jaraques (árboles que podeis ver, si se os antoja, en el jardin botánico de esta villa), reflejando en sus aguas la claridad postiza de la luna.

A la sombra de un *árbol triste* (llamado así porque solo florece de noche), y no lejos de una *raflesia*, planta que produce las flores más grandes que se conocen en el mundo, pues algunas tienen tres piés de diámetro y quince libras de peso...... (hablo con seriedad), se hallaban sentados dos jóvenes indios, no muy decorosamente vestidos que digamos, pero hermosos cuanto pueden serlo aquellos paisanos del ébano y del bambú. Sus ojos negros.... eran muy negros. (En la precipitacion con que escribo, no se me ocurre nada á qué comparar su negrura). En cambio, sus dientes eran tan blancos como los dientes más blancos que haya en el mundo.

Y aquí termina el retrato de los dos indios.

¡Ah! se me habia olvidado decir que los dos eran masculinos, y que se llamaban *Nana* y *Nini*,—nombres sumamente interesantes.

—Habla, Nana.....—dijo Nini con voz afectuosa, pasando la mano por el lacio cabello de su amigo.

Es de advertir que Nini tenia tambien el cabello lacio.

Yo sé todas estas cosas, porque me ocupo hace algun tiempo en estudiar aquel país para escribir una novela titulada *La madre tierra*. Si no, no las sabria.

Pero volvamos á nuestros indios.

—Nini.... (dijo Nana): *¿Por qué era rubia?*

Y, despues de pronunciar estas significativas palabras, quedó sumido en profunda meditacion.

Lo mismo se pregunta el autor de esta novela: ¡exactamente lo mismo!—*¿Por qué era rubia?*

—Explícate, Nana,—murmuró Nini al cabo de un momento.

—¡Ah! Nini...... Nini..... (profirió Nana entre sus sollozos). Yo amo á mi esposa como la luna ama á la noche, como los pájaros al dia, como el mar á la estrella de la tarde. ¡Mila es mi alma, es mi vida, es mis ojos, es mi agua!.....—Pero ¡ay! *¿Por qué era rubia?*

—¡Repórtate, Nana! (dijo Nini).—Tú deliras. Tu esposa no tiene nada de rubia...... Yo conozco á Mila, y puedo asegurarte que no hay ébano más negro que sus trenzas.....

—¡Ah! sí... Ya sé que Mila no es rubia; y por eso me casé con ella. Sus ojos son la noche; sus cabellos las sombras de la muerte.—¡Pero yo no hablo de Mila!

—Pues ¿de quién hablas?

—Escucha: ¿Recuerdas cuando, hace medio año, era yo tan feliz porque Mila se habia sentido madre?

—Sí... Recuerdo.—Era el primer fruto de tu amor, despues de tres años de matrimonio...

¡Era el colmo de todos mis deseos! ¡Con qué afán esperé el dia en que mi esposa me diese un vástago que perpetuase mi familia! ¡Al fin iba á tener un heredero, un sucesor, uno de esos príncipes de mi raza cuyos negros cabellos demuestran que no se ha mezclado con nuestra sangre la vil sangre de los blancos del Norte!—Pues bien: Mila dió á luz una niña blanca, rosada, rubia como un inglesa, como una hija de nuestros opresores, de nuestros verdugos!—¡Incomprensible misterio, Nini! Si mis cabellos y lo de Mila son negros como el dolor, ¿por qué no lo eran tambien los de nuestra hija?—¡Ah! Nini.. Nini... *¿Por qué era rubia* la hija de Nana?

Un largo silencio siguió á estas palabras del príncipe sin ropa, del esposo de Mila, del padre de la rubia.

Luego continuó:

—Conociendo que me volvia loco á fuerza de pensar en cuál podia ser la causa de este inaudito fenómeno, he venido á buscarte, á fin de que tú, que eres hombre de gran inteligencia, ilumines las tinieblas de mi razon.

Nini reflexionó durante tres horas, y luégo interrogó á Nana:

—¿Se lo has preguntado á tu esposa?

—Fué lo primero que hice: pero ella, tan maravillada como yo, no ve la salida de este laberinto.—Es más: á mi casa va todos los dias un Capitan inglés, hombre de mucho talento, el cual nos quiere con locura y se interesa muchísimo por la felicidad de mi familia.—Pues bien; ¡tres dias ha estado pensando en este misterio, y no le ha encontrado ninguna explicacion!—Conque á ver, Nana, si tú eres más feliz, y me haces comprender cómo puede ser *rubia* la hija de un matrimonio de cabello *negro*.

—Necesito discurrir un rato, Nana....(dijo Nini).—Déjame solo.

Nana se retiró, y Nini se dijo entonces á sí mismo:

—La cuestion es saber *por qué era rubia*—Pues señor, reflexionemos: —*Por qué era rubia?*

Y, metiéndose en la boca el índice de la mano derecha, levantó la cabeza, elevó los ojos al cielo y se quedó sumido en una especie de éxtasis.

En esta postura seguia á la salida del último correo.

Luz del cielo

EN estos mismos instantes
en que, tan léjos los dos,
lloro mis cuitas amantes,
tus pensamientos, constantes,
vuelan y buscan á Dios.

Que, cuando brille mañana
la luz que ya se avecina,
á la voz de la campana
hará en tí casi divina
tu gran perfeccion humana!

¿Qué reposo celestial,
libre de sombras y mal,
te hace suyo, dulce dueño
en las horas de tu sueño
delicado y virginal?

¡Qué trémula luz suave
debe vagar por tu frente!
tras aquel velo prudente
¡qué tibio calor del ave
al anidar impaciente!

En ti ¡qué hermoso desmayo!
en la luz ¡qué ténue rayo!
¡cuánta ilusion de virtud
en tu cielo, juventud
que vas por tu mes de Mayo!

Corres al pié del altar
en busca de aquel manjar
que es vida, salud y amor....
escúchame, por favor,
que te quiere acompañar.

Léjos de tu influjo blando,
sufriendo el ardiente lloro
que tu amor me está costando,
voy por las calles vagando
y repitiendo: «¡la adoro!»

Por si algun éco, dolido
de tanto inútil gemido,
vuela y á tu lado muere
miéntras te dice al oido:
«¡Si viéras cuánto te quiere!»

¿Qué extraño -dime—qué extraño
que, herido en el corazon
en donde me hiciste el daño,
pida al cielo compasion
que alivie mi desengaño?

No me sedujo el abismo,
ni de mi Dios renegué
jamás con torpe cinismo;
¡me alienta tu misma fé
y me alumbra tu Dios mismo!

¿Qué importa, pues, que tu acento
sin escuchar los clamores
de mi loco amor, sediento
de tu amor, como las flores
de que las refresque el viento,

Quiera, torpe, desunir
el tuyo y mi porvenir,
si el amor á un mismo amante,
en igual hermoso instante
nos tiene que confundir?

¿Oyes muger celestial
mi súplica, mi lamento?
¿Sientes mi amor ideal?
Ay! así encuentra final
este bárbaro tormento.

Y así, tras tu injusto adios,
habrá, por poder del Dios
que sufrió muerte de cruz,
un mismo rayo de luz
que será para los dos!!

Cárlos Fernandez Shaw.

IMPROMPTU

PARA decir mi amor y tus agravios
Al sentimiento falta la expresion,
Porque mi corazon no tiene labios
Y mis labios no tienen corazon.

J. M. PINZON RICO.

¡¡CALLA!!

NADIE nos vé! los hierros de tu reja
Me servirán de escala;
En su crespon la noche nos envuelve....
—¡Sí; pero calla!
—Nadie nos oye; el aire se ha quedado
Dormido entre las ramas;
Todo es en derredor silencio y sombra
—¡Sí; pero calla!
—Juro puestos mis labios en tus labios
Amarte con el alma;
Juro ser tuyo como tú eres mia...,
—¡Sí; pero calla!

MANUEL DEL PALACIO

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 28

CHARADAS

1.ª *Juliano*—2.ª *Adivino*

—

Fueron descifradas por Doso, Una Floridense, Lolò y Fugo.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 7 TR	R toma C
R 6 TR	R 4 R
D 5 AR (jaque)	R 5 D
A 7 CR (mate)	
1.ª variante	
D 7 TR	C 6 CR
R 7 AR	C 3 D (jaque)
A toma C (jaque)	R toma C
D 3 D (mate)	
2.ª variante	
D 7 TR	T toma P
A 8 CR	R toma C
R 8 TR	Cualquiera
A 7 CR (mate)	
3.ª variante	
D 7 TR	T 1 CD
A 7 AR	R toma C
R 6 TR	Cualquiera
A 7 CR (mate)	

—

El Duende y Ulises enviaron la solucion.

GEROGLÍFICO NÚM. 28

Juegos de manos, juegos de villanos

—

Fuè resuelto por Una Floridense, Doso, Cármen Peinlich, Porthos, Lolò, Fugo y Caceron.

CHARADAS

De *cuarta y segunda* unidas
Y enmendàndolas muy poco
Me enamorè como un loco
En mi tierna juventud

Divina mi *prima* y *cuarta*,
De *segunda* y *cuarta* pura!
Era un cielo de hermosura
Y un modelo de virtud.
Con muy buen *primera* y *quinta*
La dije que la adoraba
Que solo en ella cifraba
Un porvenir seductor.
Y ella con tímido acento
Me dijo: tambien te adoro
Y con su *tercia* y *dos* de oro
Cantaba trovas de amor.
Pasàbanse así los dias
Y los meses dulcemente,
Cuando vino un incidente
Nuestra dicha à interrumpir:
En sangrienta *tercia* y *cuarta*,
Por celos, matè à un amigo,
Y entònces, fiero castigo!
Me vi precisado à huir.
Mas antes la dì un recuerdo
Un lindo *dos* y *primera*
Y ella con pena sincera
Eterno amor me jurò!
Y al volver de mi destierro,
Tras largos años de ausencia,
Me dijeron sin clemencia:
Ya con otro se enlazó!...
Prima con *segunda* y *quinta*
De rabia quedè al momento
Y en medio de mi tormento
Sin verla otra vez marchè.
Primera con *tercia* y *quinta*,
A *cuarta*, *prima* y *siguiente*
Marchè, y allì de mi mente
Su imágen bella apartè.
El *quinta*, *segunda* y *última*
Sueño que formado habìa,
La ingrata con su falsìa
Muy en breve destruyò.
Y me dejò en adelante
La leccion de mi adorada,
El *todo* de mi charada
que aquí lector concluyò.

X.

OTRA

Tercia y *segunda* el sol las altas cumbres
De los vecinos montes; ya se acerca
Del sacrificio el suspirado instante!
Vosotros *todo* de regiones vàrias
Que rendis culto á vuestros sacros dioses,
Mis palabras oid!: tejed vistosos
Segunda y *prima* de pintadas flores;
Y cabe el ara, do la ardiente pira,
Negra columna de humo al cielo eleva.
Entonad vuestros himnos; mientras *cuarta*
Virgen, robusta, por la abierta herida
Roja sangre derrama, propiciando
De nuestros dioses la deseada ayuda.

OTRA

Cuanto *prima* he pasado
Sin contemplar tu faz ni oir tu acento
Oh! mi *segunda* amado!
Viagero fatigado,
Que las ondas del mar buscas sediento!

Oh! *todo* pregonero
Por cuanto son los climas y los mares;
De mi eterno viajero
Conduce hasta mis lares,
El eco de la voz de sus cantares.

OTRA

Desde niño por mi *todo*
Le dominò el vicio raro,
Y à medida de la edad
Fuèse en pasión transformando;
Y como en cuestiòn de vicios
Andan los vicios de mano,
Infinitos vicios fueron
Sus costumbres enviciando.
En los cafèes siempre tuvo
A *prima* y *tercia* entre manos,
Y en manejar *prima* y *dos*
Fuè de todos respetado;
Y fama eternal obtuvo
Por su celoso entusiasmo
Como digno sacerdote
En el culto consagrado
A *segunda* y *tercia*, y fuè
Como tal canonizado.

GEROGLÌFICO NÚM. 29





PERIÓDICO LITERARIO

Febrero 25 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 30.*

LOS AMORES DE MARTA

Ocupaciones extraordinarias han impedido à su autor revisar y copiar, para darlo à la prensa, el *capítulo octavo* de la novela,—por lo cual pide disculpa à los lectores de *El Lúnes de la Razon.*

En adelante, saldrán sin interrupcion los ocho capítulos que faltan para la conclusion de la obra.



De cómo le dí yo un beso

(FRAGMENTO DE CAPÍTULO DE UNA NOVELA QUE NO LLEGARÁ À PUBLICARSE)

. . . .

NO pasaba ella de los diez y ocho ni llegaba yo à los diez y nueve, pero con ser ambos de una edad, era ella mucho más mujer que yo hombre, como que yo era apenas un pollo desbastado, largo de piernas y flaco de cuerpo, mientras ella ya vestia de largo y se llevaba tras de sì las miradas de cuantos la veian. Yo era como de la casa, ligado á su familia desde pequeñuelo, y como à de la casa me trataban sus padres, no reparando en si entraba ò si salia, pues estaban ya hechos à verme à toda hora, y hoy almorzaba allì, mañana comia, al siguiente dia me quedaba hasta la media noche acompañàndolos durante la velada, en torno de la mesa del comedor, donde se charlaba ò se leia sin hacer mucho caso de mì, que me estaba allì màs por costumbre que por aficion, aunque no ocultarè que no me disgustaba mirar à aquella mi coetànea, con quien de niño habia jugado hasta à los novios, que es el màs peligroso de los juegos en que los niños se entretienen.

Fuimos novios hasta los doce años, pero de allì en adelante empezò ella à gustar de otros pollos màs talluditos que desde la esquina de su casa le arrastraban el ala, y la esperaban à la salida de la escuela para decirle monadas que la hacian enrojecer hasta el blanco de los ojos, si es que habia blanco en aquellos ojos oscuros cuyo color no se podia percibir por el brillo que despedian. Y quedè relegado, pero relegado de la manera màs vergonzosa, pues de novio descendì à tercero, valiéndose ella de la intimidad que nos ligaba para hacer de mì su lleva y trae, y yo muy satisfecho con aquel oficio que me ponia en contacto con aquellos pollos paquetes, con quienes alternaba merced á mis relaciones con la niña que los hacia andar tan listos y espigados todas las tardes, paseando la cuadra de esquina á esquina.

Creciò ella, quedème yo en lo que era; vistiò ella de largo y se presentò en bailes mientras yo ponia todo mi lujo en las cometas y toda mi habilidad en apedrear pájaros por los cercos de las quintas, y con esto, se me olvidò el noviazgo de cuando niños, y la trataba à ella con cierto respeto, como à persona que estaba muy por arriba de mì.

Pero con el andar de los años, si bien ella se hacia mujer, no dejaba yo de hacerme hombre, y así lleguè á esa edad difícil de los diez y ocho, en que los demàs me consideraban como un muchacho grande, y yo me tenia ya por un caballerito, y me empaquetaba, y me peinaba, y me atuzaba los vellos que en el bozo me apuntaban, tiràndomelos por ver si de una vez crecian, y galleaba ya entre las polluelas de doce y catorce, sin dejar por eso de mirar con agrado à mi compañera, que dia por dia se hermoseaba.

Quiso la casualidad que por entonces completase yo mis escudios preparatorios, y en premio de mi aplicacion se me otorgaran cuatro meses de licencia para ir al campo, que buena falta me hacia, pues si no los rigores del estudio, los devaneos de la edad me habian hecho enflaquecer más de lo que à mi cuerpo convenia.

Despedíme de mi amiga y de su familia, y alegre como unas pascuas, tomè el campo por mio, bañándome en los ardores del sol durante el dia y en las frescuras del arroyo por la tarde, tomando leche y comiendo asados, hoy aquí, mañana allà, dueño como era yo de mi tiempo y de mi albedrlo para andar cuando y por donde se me antojase, ginete en mi caballo que desde el alba estaba á racion de freno hasta que el sol se escondia tras de las lejanas lomas que perfilaban sus ondulantes contornos en el fondo azul del cielo.

Volvi de mi escursion hecho un hombre, fuerte, lleno de vida, endurecidas mis endebles carnes por aquel continuo y rudo ejercicio en que habia vivido, tostado por el sol, sombreado el rostro con un sedoso vello que yo diputaba por patillas, y así que lleguè à mi casa, apenas espolvoreado del viaje, fuí à la de mi compañera de infancia, cuyo recuerdo habia brotado en mi pensamiento con harta frecuencia allá en las soledades del campo, sin darme yo mucha cuenta de la insistencia con que mi fantasía se ocupaba en reproducir su imágen, á punto de que muchas tardes, en esa hora en que la luz ya no es dia, ni las sombras son todavia noche, la veia flotar delante de mì como una vision, en cuya vista me deleitaba, y detenia el caballo, y entornaba los ojos, para seguir miràndola, hasta que el canto de los grillos y la luz de las luciérnagas me sacaban de mi èxtasis, con gran contento de mi caballo, molido á fuerza de andar y hambriento à fuerza de no haber probado màs bocado que el del freno.

Me presentè, pues, como decia, en casa de mi amiga, y todo fuè verla, y quedarme yo hecho un pazguato, sin acertar ni à estrecharle las manos que ella cariñosa me tendia, y más cortado y confundido quedè cuando me felicitò por el cambio físico que en mì se habia operado, llegando hasta decirme que me encontraba «muy buen mozo». Ah! si me hubiera yo atrevido à decirle còmo la encontraba yo à ella! todavia, al recordarla, y cuidado que vá fecha desde entonces, siento la misma emocion que sentí en aquella noche. Estaba en toda la esplendidèz de su belleza, lozanas y pintadas las mejillas con la sàvia de su juventud como un melocoton maduro, mòrbidas todas sus formas, el pecho turgente, los ojos más brillantes que nunca, y la boca fresca y rosada como una cereza.

Pasada aquella primera impresion, volvì à mis intimidades de antes, pero ni yo entraba y salia tan como Pedro por su casa, ni ella me hablaba de sus novios. Aquellos cuatro meses de separacion habian acortado mucho las distancias que nos separaban, y ni ella me miraba como á un muchacho grande, ni yo la respetaba ya como à una señorita á quien no me fuese dado llegar.

Solo los padres no veian nada de esto; los padres que por no envejecerellos no quieren que los niños se hagan hombres, y me dejaban en completa libertad, y me trataban lo mismo que cuando tenia doce años

sin reparar en que ademàs de mis diez y ocho, era mi naturaleza de las que se apuran á vivir al calor del fuego que por mis venas corria, como se apuran à dar fruto las plantas fecundadas por el sol de los trópicos.

Bien lo comprendia ella así y me lo dejaba ver en el estudio con que de los mios apartaba sus ojos, pues debia yo mirarla de manera de no dejarle duda sobre lo que en mì pasaba, que era algo que yo no sabia definir, asi como tampoco si aquella emocion que ella me despertaba era de placer ò de amargura, pues al par que gozaba con verla, sufria con no poder decirle lo que sentia, profano como era en esto de amoríos; tan profano, que maldito si se me ocurria que estuviese yo de ella enamorado. Lo supe despues, que fuè peor, porque ya entonces el mal no tenia remedio.

Sucediò que à poco tiempo de mi vuelta, cayò enfermo el padre de mi amiga, y aunque la dolencia no era de cuidado, su familia lo velaba, y muchas noches yo, que por si algo se ofrecia, allì quedaba, charlando en voz baja en la pieza vecina á la en que el enfermo dormia Con esto se reanudò la confianza, y fuimos perdiendo la cortedad que desde mi transfiguracion de muchacho á hombre mùtuamente nos teniamos, à punto de que se nos pasaban las horas muertas hablando de todo mènos de nosotros mismos, que era el punto difícil de tratar.

Ya el enfermo iba para bueno, pero à pesar de sus instancias para que todos se recojiesen à hora regular, continuaban las veladas, sobre todo cuando estaba ella de turno, que era cuando yo me quedaba para hacerle compañia y más llevaderas las horas largas de la noche. Y no se crea que habia malicia en la cosa, pues como llevo dicho, de todo hablàbamos mènos de lo que pudiese enturbiar aquella calma en que viviamos, sin que fuera esto decir que de cuando en cuando no la mirase yo de aquella manera que la hacia desviar sus ojos de los mios.

Una noche habiamos quedado solos en la pieza en que acostumbràbamos reunirnos. Eran las diez, ò poco mas. La madre andaba por las piezas interiores haciendo sus ùltimos arreglos para recojerse, y el padre dormia profundamente, con ese sueño franco y reposado de los convalecientes. Habian llevado la luz à la pieza contigua, y estàbamos los dos en la penunmbra, ella nerviosa y yo agitado, influenciados àmbos sin duda por el estado de la atmòsfera, cargada de electricidad. Estaba entreabierta la puerta que daba al comedor, y por la abertura entraban de rato en rato ráfagas de luz pajiza que por un instante iluminaba la pieza y se reflejaba en los espejos, dejàndonos encandilados, hasta que pasada la impresion volviamos à vernos á la semi-claridad que allì reinaba.

La situacion no era tan franca como en las noches anteriores. No hablàbamos, pero en cambio nos miràbamos con frecuencia, ella cada vez màs nerviosa, yo más desasocegado cada vez, sin atinar á esplicarme el por què de aquel desasociego. De repente brilló la luz del cielo más rápida y màs intensa, y todavia no apagado su fujitivo reflejo, retumbò un trueno estridente, prolongado, que fuè repercutiendo de nube en nube hasta morir en un rezongo lejano.

Al estruendo, mi amiga se puso de piè, y de la silla en que estaba vino à dar al sofá en que yo me sentaba, tapàndose con las manos los oidos, y aùn no se habia repuesto del susto, cuando otro relàmpago màs livido penetrò en la pieza dejàndola como de dia, para en seguida estinguirse sumièndonos en las tinieblas. Ella se apretò à mì como para resguardarse del trueno que en seguida estallò con un estampido horrisono, yo la tomè por la cintura como para protejerla, y..... ya ni vì relámpagos nì oi truenos, atento solo á mirar aquel rostro encantador que á mi lado tenia, y à percibir los latidos de aquel cuerpo que palpitaba al contacto de mi brazo como si tocase yo los resortes de su vida. Yo oia su respiracion anhelosa, veia su pecho ondulante agitarse como si el huracan de la pasion lo encrespase, recibia en mi cara el soplo ardiente que de sus entreabiertos labios se escapaba saturado de perfumes para mì desconocidos y..... un nuevo haz de luz se proyectò en la pieza, nuestros ojos se encontraron en otro relàmpago màs ardiente que el que las nubes fulguraban, y àntes de que el trueno del cielo estallase con estrepitoso fragor, estallò en nuestros labios hùmedos un beso ¡el primer beso! prolongado, ardiente, bebièndonos uno à otro el fuego de nuestros diez y ocho años, sin darnos cuenta de lo que nos pasaba, inocentes dentro de nuestro mismo delito; puros en aquel minuto de pasion como habiamos sido puros àntes.

. . . .

Al dia siguiente, el cielo estaba sereno, brillaba el sol en toda su esplendidez, y cuando fuì á enterarme de la salud del enfermo, saliò ella á recibirme, franca y alegre; ruborizòse al verme, pero aquel rubor pasò por sus mejillas como el relámpago que la noche àntes habia hecho cruzar nuestras miradas.

Un año despues, ella se casò.

Va tiempo desde entònces, mucho tiempo, pero cada vez que relampaguea en el cielo, me acuerdo de aquella noche, y siento en mis labios el sabor de aquel beso mordido en los suyos, frescos y rosados como una cereza.

NANTAS.



El Capitan García

(CONTINUACION)

(Véase el número 28)

Venga por acà Garcia
al verle dijole atento
su gefe, dandole sitio
á su lado y añadiendo:
—¿Por qué no se dá de baja?
—¿De baja yó? Solo muerto
El capitan respondióle
entre un rosario de ternos:
—¡Qué el reuma me tiene cojo!
¿Y qué le importa á un lancero,
mientras ande su caballo
una pierna mas ó menos?
¡Yó enfermo y en cama! Nunca.
Yá en torno de mí ver creo
al *Jírico* con sus drogas,
á vosotros de enfermeros,
á mi asistente pujando .
al *Pater* de cura haciendo,
y á la maldita patrona
preparándome el entierro.
Yo quiero morir ginete,
de uniforme, en campo abierto,
y á estocadas y balazos
hecho una criba el pellejo.—
—Los que á Garcia mal traen
dijo un oficial son celos
—¿De quién, de quién? ¿Quién es ella?
veinte gritaron á un tiempo
—¡Que celos ni que...demonios!
él repuso—lo que tengo
es que cumplió mi asistente
y mi caballo está enfermo.
¿Os reis? ¿Qué mujer vale
la décima parte que ellos?
¿No hago del uno mis brazos?
¿Mis piernas del otro no he hecho?
¿No dejan por mi á su madre
el uno y el otro el pienso?
¿Y ambos al parque animosos
no son fieles como perro?
¡Mujeres...! ¡De una que quise
recibí tal escarmiento...!

Treinta años tiene la historia
y aun llorando la recuerdo
—Que nos la cuente—uno dijo;
los restantes aplaudieron
y él exclamó echando un taco:
—¿Lo quereis? Pues vá de cuento.
Y como á la oculta fuerza
de un imán obedeciendo,
á tales frases, los grupos
callaron se deshicieron,
juntaronse en uno solo
del que Garcia fue centro,
y sucedió á la algazara
estruendosa, tal silencio
que sobre el rumor confuso
de los cortados alientos
como tiros, resonaban
los estallidos del trueno.

III

— «Estrañeza y confusion
os causará mi palabra
cuando el fondo oculto os abra
de mi triste corazon.
Romperé por vida mia,
la corteza que me escuda
aunque os asalte la duda
de si soy ó nó Garcia.
Mi historia vais á saber
así juzgareis por ella
mejor la maldad de aquella
encantadora mujer.
Vine al mundo con tal suerte,
que á mi madre bendecida
al irme dando la vida
la iba yo dando la muerte.
Oficial pobre mi padre,
en bien mio, solo pudo
con un asistente rudo
partir cuidados de madre.
¡Qué abnegacion que ternura,
que afan en aquellos bravos,
convertidos en esclavos
de una inocente criatura!
¡Cuantas, veces mi albedrio
de aquellos fieros leones
hizo los mansos trotones
del carro de juego mio!
¡Y cuántas les ví deshechos
por mí en lágrimas mojando
las cruces de San Fernando
que engalanaban sus pechos!
Fuí á estudiar; desde aquel dia
cuando he querido gozar
he tenido que soñar
que era niño todavia!
Estudios, dejando en pos,
á alferez iba á salir,
cuando en la guerra á morir
vinieron juntos los dos;
Y al verme solo en la tierra,
por la venganza arrastrado,
senté plaza de soldado
para ir más pronto á la guerra.
Combatí con ardimiento,
á lanzadas los vengué
y con mi sangre gané
los galones de sargento.
Entonces la conocí....
¡Y lo que puede el amor!
todo lo ví del color,
de la dicha que sentí.
Breve, esbelta como un hada,
el abundante tesoro
de sus cabellos de oro
le cervia de almoada
Y el son de su andar suave.
apenas si lo remeda
el blando roce de seda
del aleteo de un ave.
En un rostro nacarado
confundieron sus colores,
en competencia las flores
del almendro y el granado.
Y su ceno de azahar,
á un suspiro de mi aliento,
se agitaba turbulento
como las olas del mar.
Su boca, que tanta oferta
de amor eterno me hacia
al sonreir parecia
una granada entre abierta:
Nido de besos de amor
con la esencia del clavel
la dulzura de la miel
y el canto del ruiseñor.
Velados por las pestañas
sus grandes ojos azules,
cual los astros por los tules
de vapor de las montañas,
lanzaban tales destellos
al abrirlos amorosa
que á ser uno mariposa
volara á quemarse en ellos
Y voz, sonrisa, actitud,
mirada, llanto, alegria,
todo en ella aparecia
con esmalte de virtud
por modo tan singular
como arena, piedra, bruma,
escama, pérla y espuma,
todo es iris en el mar.
Nos amamos con pasion:
ella á mí como mujer;
yo poniendo en aquel ser
alma, vida y corazon.
Todo me causaba enojos
en siendo estraño á mi anhelo
y hallaba triste hasta el cielo
á no mirarlo en sus ojos.
¡Oh! cuantas horas de calma
pasábamos frente á frente
con los ojos mutuamente
absorviéndonos el alma!
Parecia tan veraz
su acento al jurar amor...
!No arrullaria mejor
una paloma torcazl
Todas ay! mentidas galas,
más débiles á la prueba
que el polvo de luz que lleve
la mariposa en sus alas

A la guerra me partí
presa de angustia fatal
y cuando yá de oficial
á un reclamo volví
segura de mi furor
habia la infame huido
con el hombre corrompido
á quien vendiera su amor.
Tan inicuo proceder
me anonadó de tal suerte
que la locura y la muerte
se disputaron mi ser
En mi sentido volví
y con él á la agonia
por que arrojar no podía
aquella ingrata de mi
Ay! De un golpe ó rama á rama
se logra un árbol matar,
mas no hay medio de estirpar
las raices de la grama;
y arraigó en mi la pasion
de tal modo que aun mi oido
oye en sueños el latido
de aquel falso corazon
Muerto hubiese á no hallar calma
al poner en mi bandera
con mi vida toda entera
los goces todos del alma.
A ella viví consagrado
¿qué mucho que ahora os asombre
haber visto un débil hombre
en el áspero soldado?
Dejadme, por vida mia!
dejadme marchar de aqui
que avergonzado de mí
está el capitan Garcia.
Así, á gritos concluyó
y á su aspereza volviendo,
con la rabia y el estruendo
con que vino se partió.

JOSÉ VELARDE.

(*Se continuará*).

Cómo murió Napoleon

CUENTO

(DE ORTEGA MUNILLA)

BRAVO sujeto era *Napoleon!* Y no creais que me refiero á aquel rayo de la guerra, á aquel corso de nariz aquilina y olimpico mirar, que trajo revuelto al mundo de nuestros abuelos, sino que hablo de una personita de diez años de edad, quien con tan famoso nombre era conocido en los círculos aristocráticos del Matadero y que se ganaba la vida en el noble oficio de vender *churros*. ¿Sabeis lo que son *churros?* Pues en pocas palabras os diré que son una especie de buñuelos de masa apretada é indigesta, que hace las delicias de estos ilustres pilluelos, espuma de la corte, orgullo de las carnicerias y descendientes de Guzman de Alfarache, Don Pablos, el Lazarillo de Tormes y Rincon y Cortado, los desenvueltos discípulos de Monipodio.

Napoleon vendia churros, y,—creedme,—con los veinte cuartos que solia sacar de ganancia diaria, atendia al sustento de su cuerpo y á las distracciones del alma, sin que jamás fuese cogido por los agentes de la autoridad con las manos en un pañuelo ajeno, *ahorcando* relojes ó arrebatando paraguas. Era un *Napoleon* honrado y respetable; y mucho más lo seria si no tuviese la fea costumbre de apedrear perros, echar mazas á las mujeres, silbar á los cocheros del tranvia de Carabanchel y hacer otras picardias semejantes; pero no hay virtud completa y *Napoleon* no podia estar exento de mancha.

Tenia *Napoleon* tres parroquianos asiduos y fieles en tres soldados del regimiento de húsares de Pavia, nacidos en la propia Andújar, con una lengua más temible que el chafarote y un chafarote que entre sus manos se trocaba en haz de mortiferos rayos. Llamábanse *Curro, Currito* y *Curruelo;* eran primos; sacaron en la quinta los números 1, 2 y 3; les hirieron tres balazos en la batalla de Puente la Reina y en el baile del *Ramillete* les mataron tres flechas amorosas disparadas desde los ojos de tres doncellas de labor que vivian en la misma casa.

Eran un terno andando, los tres ángulos de un triángulo, en medio del cual todas las tardes, á eso de las cuatro, se podia ver á *Napoleon* con su gorrita de cuartel, debida á la liberalidad del sargento Carrizales, con su chaquetón demasiado ancho para aquel sutil talle de señorita, con sus piés desnudos y con su bandeja abollada que sopesaba una docena de churros, y con su cigarrillo de papel humeando entre los infantiles labios.

—¿A donde van *Napoleon* y su chaqueta?—decia ayer tarde *Currito* al muchacho;—hoy es Noche Buena y nadie quiere buñuelos. ¡Voto al diantre! Lo que hoy venda este chico que me lo claven aquí.

Y señalaba con demostrativo gesto la dura frente de dragón.

—¿Que á dónde voy?—respondió el chico pegando una chupada al cigarrillo y arrojando poco á poco el humo.—A vender esta bandeja para comprar una granada y una barra de Jijona.

—¡Pues anda con Dios, y que él te la depare buena!—añadia otro de los húsares, separándose de *Napoleon,* seguido de sus compañeros de armas.

El heróico triunvirato se alejó, metiendo ruido con las espuelas que sonajeaban al andar, con la contera del sable que golpeaba el suelo, y con las insolentes bocas, incansables en su tarea de decir flores á las muchachas y chistes procaces á las viejas.

Estaba anocheciendo. Las luces de los faroles brillaban á través de la niebla húmeda y espesa como partículas diamantinas en el pelo negro de una mujer, y la Plaza Mayor, en el apogeo de su baraunda, estaba henchida de gente. Las voces de mil vendedores, el atronador tañido de los tamboriles, el cántico triste y filosófico de la resignada hueste de los pavos que parecian decirse: *¡Morir tenemos!,* el canturreo de los ciegos, formaban un conjunto discordante, extraña sinfonía de la cena que ya estaba hirviendo en los hogares, música infernal con que trataba de celebrarse el nacimiento de un Dios.

Por allí andaba el gran *Napoleon* confundido entre la muchedumbre, curioso, hambriento, atónito.

Aquí suspendian sus ojos aquellas pilas de naranjas, fruto que encierra bajo cáscara de oro toda la miel de Andalucia; más allá le cautivaba el alma los racimos de dátiles y plátanos, y en todas partes salian á su encuentro el turrón de Jijona, del cual no se sabe si decir que es dulce empedernido ó peña confitada, y el piñonate de Córdoba, y la jalea monjil y la perada de Alicante.

Sin rumbo fijo, flotaba en aquel oleaje como una tabla en el Océano, y dejábase llevar por la corriente, que le arrojó bien pronto á la calle de Atocha, por el arco de Zaragoza. Allí se detuvo y metió la mano en el hondo bolsillo de su chaqueta, donde sonó el ruido metálico de unas cuantas monedas. ¡No eran de plata ni de oro! ¡Pobre *Napoleon!* ¡Cobre vil, y solo cobre, habia en el bolsillo del muchacho; pero áun asi bastaba para echarse entre pecho y espalda un par de copas de peñascaró, ese petróleo en que humedece su mecha el crimen!

A *Napoleon* le gustaba mucho aquel liquido, y antes de tres

minutos había apurado el aguardiente de dos copas, en una taberna vecina. Limpióse con la manga los lábios y se puso de nuevo en marcha.

Pasaron dos horas y el frio arreciaba. Grande era el silencio en el barrio de Pozas, donde los escasos transeuntes apresurábanse á llegar á sus casas, huyendo de la helada. Los carruajes del tramvía corrian con sordo rumor sobre los rails llevando vacíos sus asientos y medio dormido el conductor.

Napoleon andaba á buen paso hácia el cuartel de la Montaña. A aquella hora solian darle los tres primos de Andújar el sobrante de sus ranchos, y la costumbre le hacia acudir á la puerta falsa del cuartel, en busca de su alimento, como lleva al perro á la cocina cuando se van á fregar los platos. Pero además, le impulsaba á andar una excitacion nerviosa extraña, una comezon que hacia vibrar sus músculos, un ardor íntimo que incendiaba su sér..... ¿Quereis que os lo diga? Pues bien, sí; *Napoleon* estaba borracho, no con la borrachera feroz y escandalosa de esos hombres para quienes es el vino un demonio negro y soez que se apodera de sus sentidos, sinó con esa modorra, con esa somnolencia morbosa, embrutecedora, quieta y muda, que convierte al hombre en piedra. Cansado, sudoroso, se dejó caer en un banco del paseo, y tuvo que apoyarse en él con ámbas manos para no rodar. Una nube sombría pasaba por delante de sus ojos, y cuando los abrió, los árboles, las casas, la garita del centinela, la luna, el tram-via danzaron delante de él, como si un caprichoso mandato de la naturaleza hubiese suspendido la ley de gravedad en aquel instante.

Napoleon vió algo aún más raro que este desequilibrio de las cosas; vió que se le acercaba una mujer hermosísima y vestida con lujo. Traia un rico gaban de pieles blancas que le cubria hasta los piés; una escofieta de terciopelo en la cabeza, de la cual se escapaban, cayendo con graciosa cascada por la espalda, rizos y bucles de color rubio pálido; azules eran sus ojos, recta, ateniense su nariz, y la barba, redondeada y llena, partida en dos bellas mitades, por hechicero hoyuelo con el que jugaba la luz. Sus manos afiladas y tornátiles, mostraban muchas y riquísimas sortijas, y al moverlas, los reflejos de la luna producian en las piédras preciosas explosiones de claridad. Vió *Napoleon* á esta señora, y la oyó que decia:

—¿No me conoces? Mírame y sabrás quien soy. Me llamaron Abundancia los gentiles; llámanme Noche Buena los cristianos. Donde yo me hallo, el imperio de la miseria acaba, y hasta en las casas pobres se sabe que he llegado. Hablan de mí en todas las cocinas con su hervor oloroso las besugueras, que tuestan al príncipe de los mares glaciales, y las tinajas del vino, que sueltan su espita como un avaro la llave de su tesoro. Alzate y goza de mis mercedes, Napoleoncillo, que tambien hay para ti espacio en mi mesa y dulces en mi bolsa de viaje.

Nada más oyó *Napoleon*, sino es el ruido que producian al caer sobre la arena mil monedillas doradas, cual soles, y que la señora le echó, como quien echa un puñado de avena á las gallinas.

Tambiéa oyó el alegre panderetco de una turba de mujerzuelas, que cruzó la calle en direccion al templo donde iba á comenzar la misa del gallo, y luego se quedó sordo, mudo, ciego, inmóvil, helado.

Así le encontraron á la mañana siguiente. Unos perros hambrientos se habian comido el contenido de la bandeja; la escarcha habia plegado sobre el cuerpo de *Napoleon* el primer sudario.

Y allí cerca, en un edificio de churrigueresca y presuntuosa arquitectura, donde damas aristocráticas fundaron un asilo de la infancia, se leia, escrito en la blanca pared con vistosas letras:

¡DEJAD VENIR Á MÍ LOS NIÑOS!

¡Pero la puerta estaba cerrada!

ROMANCE

EL almenado castillo
De fortísimas murallas,
Que se levanta soberbio
Cual gigantesco atalaya,
Que vigila el horizonte
De lo alto de la montaña:
Yace triste, silencioso,
Cual si la muerte sus alas
Dentro sus muros de piedra
Eternamente agitara!
No penetra en su recinto
De un sèr humano la planta;
Solo las huellas del tiempo
Su rudo paso señalan;
Tan solo el viento á sus puertas
Con sordos rumores llama;
Ni un rayo de sol penetra
En sus desiertas estancias;
Ni un rayo de sol se quiebra
En sus ojivas caladas;
Ni en sus altos minaretes
Posadas las aves cantan;
Ni brotan en sus jardines
Flores, ni frutos, ni plantas.
Què impenetrables misterios
Encierra aquella morada?
Que en medio de las tinieblas
De la noche solitaria,
Cuando ni un rayo la luna
Sobre la tierra derrama,
Vense en sus patios desiertos
Cruzar medrosos fantasmas,
Y se oyen hondos jemidos,
Estridentes carcajadas,
Cantos, suspiros, blasfemias,
Choques de copas y espadas
Cual si à un tiempo se efectuase
Un festin y una batalla;
Y por los pintados vidrios
De sus cerradas ventanas,
Proyèctanse en el espacio
Infinitas llamaradas,
Cual si un sol de mil colores
Su resplandor derramara,
Ardiendo, en la oscura noche,
Del castillo en las entrañas;
Y todo torna al silencio
Cuando estiende la mañana,
Sobre la faz de la tierra
El primer fulgor del alba.

. . . .

No tornarán los señores
À su desierta morada?
No más la guerrera trompa
Convocará à su mesnada
Para marchar à la guerra
En defensa de la patria,
O à vengar sangrienta injuria
Del señor de otras comarcas?
No más volverán los cantos,
La bulliciosa algazara,
Y las fiestas y torneos,

Y los juegos y las zambras,
Y el temible jabalí
Perseguido en ruda caza,
Que en los ocios de la guerra
Los guerreros celebraban,
Y de los rudos guerreros
Los ànimos levantaban?
No tornará el trovador
Cabe el sitial de la dama,
A entonar dulces canciones
Contando cosas pasadas,
Y refiriendo el valor,
Las grandezas, las hazañas,
De muchos nobles señores
De dilatadas comarcas;
Y los secretos amores,
De los pajes y las damas?
No cantarà el trovador
Contando cosas pasadas?
No màs sus dulces consejas,
Cabe la lumbre avivada
Del hogar, en crudo invierno,
Con sentenciosas palabras
Contará la antigua dueña
A los pajes y las damas?....
No tornaràn los señores
A su desierta morada
Donde aùn viven los recuerdos
De sus grandezas pasadas?

1883.

G. P. R.
(Continuarà)

EN VIAJE

RUGIENTE y atronadora,
Con marcha de torbellino,
Seguia el fèrreo camino
La rauda locomotora.

Como en un vèrtigo, todo
En torno suyo giraba,
Y en la mente, al huir, dejaba
Sensaciones de beodo.

Yo en el wagon, à su lado,
Lleno de afan y ternura,
Coutemplaba la hermosura
De su rostro inmaculado.

Durante un largo momento
Mudos los dos estuvimos,
Aunque en èl tal vez vivimos
Con un mismo pensamiento.

Mas de pronto en una estrella
Fijando sus dulces ojos,
Ella dijo, entre sonrojos;
«Y por fin ¿quièn es aquella?»

No sè como entònces, quedo:
«Tú, murmurò el labio mio;
En mi pecho sènti frio;
De mi audacia tuve miedo.

Ella, que ya presentia
Esa respuesta esperada,
Se puso toda encarnada
Y suspirò: «lo sabia».

D. D. MARTINTO.

Buenos Aires, Febrero 1884.

EN EL REDONDEL

GALLARDO el mozo, deslumbrante el traje
que del sol á los rayos reverbera,
rey del estadio, con soberbia impera
y aguarda osado en el fatal paraje.

De rabia lleno y de mortal coraje,
se lanza el toro y el mancebo espera,
y envuelve al hombre y la rabiosa fiera
el turbio polvo de la lid salvaje!

De la barbarie en el siniestro foro,
ruje la multitud, viendo anhelante,
rotos y en sangre los bordados de oro
del vencido que rueda por el suelo!
El populacho aplaude, brama el toro....
¡La civilizacion está de duelo!

JUAN R. MATEOS.

*
* *

QUÉ feliz era allì, bajo el ramaje
Menudo de los sauces quejumbrosos,
Aspirando los mirtos olorosos
Que el rio me traìa en su oleaje.

Aquella majestad casi salvaje
Que reinaba en los bosques rumorosos,
Cantaba amor en esos dias hermosos,
Y amor leìa en celestial miraje.

Todo ha pasado ya—Ya no murmùra
La caña al beso de la brisa leve,
Ni la hamaca ondulante se asegura
Entre los sauces á distancia breve.

¿Y el miraje?.... allá està.... siempre lejano....
Ensueños locos del cerebro humano!....

ZULEMA.

Montevideo, Febrero de 1884.

MIS CANTARES

(A C. L.)

VIAGERAS aves de templado clima
Solo de paso en la region de escarcha,
Que emprenden hoy aligeras su marcha
Buscando el Sol cuyo calor anima:—

Aves que beben el azùl del alma
Como el agua del mar la de los rios,
Y que buscan los dulces desvarìos
Como el que sufre, la perdida calma:—

Flores que nacen al calor fecundo
De làgrimas de fuego no vertidas....
Mis àngeles rosados, mis queridas
Que siempre ingrato, las entrego al mundo:—

Tesoros de mi pobre fantasía
Que viajan siempre como el alma viaja,
Y á veces ¡ay! encuentran su mortaja
Entre la bruma de la noche fria:—

Tales son mis cantares favoritos
Que un noble sentimiento los inspira....
Dèbiles ècos de la inmensa lira
Pulsada en los espacios infinitos!

Unas veces se alejan en bandadas
Buscando el nido que en mi sèr les falta,
Y allá en la torre del placer más alta
Doblan al fin sus alas fatigadas!

Otras, alguno de ellos llega solo
A la mansion de la amistad querida,
Despues de haber atravesado en vida
Tristes zonas, cual pájaros del polo!

Feliz descansa allí de la jornada
Durmièndose al arrullo del cariño,
Como se duerme el inocente niño
En brazos de la madre idolatrada!

Tù que en el alma guardas màs lirismo
Que una estrofa de Becquer sentimiento,
Y en las alas de luz de tu talento
Ràuda te elevas al Empìreo mismo:

Tù, que sabes amar á quien te quiere
Con la ternura espiritual màs suave,
En tu alma hospeda á mi cantar, el ave
Que sin caricias, de tristeza muere!....

Febrero 20 de 1881.

RICARDO SANCHEZ.

PASATIEMPO

CARO amigo, confiésote: primero,
que aquel blanco y carmin de Da. Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero;
segundo, que pintada así la quiero;
tercero, que me encanta esa mentira;
cuarto, que á convertir mi amor aspira
el rostro fraudalento en verdadero.
Hecha mi confesion, perdona que ande
tras mentira tan bella, pues sabemos
que nos seduce así naturaleza.
Si llantos cuesta la verdad que vemos,
si la ilusion nos dá placer tan grande,
deja, deja que mienta la belleza!



De calumnia demandó
un individuo ante el juez
á otro hombre, porque soez
de carnero le trató.
Y el demandado sincero
declaró que no era extraño
que le llamara carnero,
haciendo ya más de un año
que le oye llamar Cordero.



D. Emetèrio ha ido á pasar una temporada en el campo. Su reloj, magnífico cronómetro de oro, ha sufrido una indisposicion y no consigue hacerle andar por más que lo mueve.

—Aquí tenemos un magnífico relogero,—le dice el boticario.

—¿Cuál?—pregunta D. Emeterio.

—El herrador.

—¿Compone relojes?

—Perfectamente.

D. Emeterio vá á ver al herrador y le encomienda la compostura del cronómetro.

A los pocos dias recibe la visita del hábil artífice.

—Aquí tiene su reloj—le dice.

—¿Ha quedado bien?

—Completamente nuevo.

D. Emeterio paga la compostura, y cuando se dispone á abrir el cronómetro para examinarlo, le dice el herrador:

—¡Ah! Se me habia olvidado: guárdese usted esto.

—¿Y qué es esto?

—Las piezas que han sobrado.



Robaron un dia á cierto sugeto, y un amigo de éste se presentó á un inspector de policía.

—Señor—le dijo—acaba de cometerse un robo.

—¿Un robo?—exclamó el inspector frunciendo el entrecejo.—Que se me dé parte inmediatamente.



El cura lee la epístola de San Pablo y el novio acometido por un pensamiento alegre, comienza á reir.

Entónces el cura le mira con ceño adusto murmurando:

—¿No vá usted á casarse? ¡Parece mentira que aun tenga usted valor para reirse!



Mademoiselle L....decia á Alejandro Dumas, hijo:

—¿Cree V., amigo mio, que no sé lo que es moral?

—Ciertamente—contestó el autor del *Demi monde*—como los ladrones saben lo que es policía.



Dos aldeanos entran en un restaurant de lujo, y piden de comer. Quieren disfrutar de todos los placeres que encierra la Capital, cueste lo que cueste.

Despues de devorar cuantos manjares se les presenta, el mozo coloca sobre la mesa un plato con palillos.

El más jóven de los comensales se sirve unos cuantos, y trata de partirlos con un cuchillo; pero el otro, hombre de más precaucion, observa el uso que en las mesas próximas se hace de los palillos, y dice á su compañero.

—¡Animal! esto no se come. Esto se chupa.



Da. Remedios tiene un vozarron como un sochantre; pero ayer paseando con unas amigas, aseguraba que es mezzo-soprano.

—Dice mi maestro de música, que llegaré á cantar como un ángel—iba diciendo doña Remedios.

De pronto vé á un ciego que pide limosna en la esquina y acercándosele le dá una moneda.

—Tome usted; no llevo más suelto—le dice.

—Gracias, *mi general*—contestó el mendigo.

En un restaurant.

El parroquiano dirigiéndose al dueño del establecimiento que es muy feo:

—Voy á dejar de venir aquí. Hoy me han servido ustedes una pera podrida.

El dueño—Señor mio; yo no estaba dentro.

El parroquiano, con asombro—¡Pues hombre, no faltaba más sino que me lo hubiera á usted encontrado allí!

—Detesto las visitas de cumplido—dice una señora Tener que hablar de lo que no nos importa, fingir, enterarse de la vida de los demas....

—Pues á mí las visitas me encantan—contesta otra señora—no cuando llegan, sino cuando se van.



La espiritual y delicada anécdota que damos á continuacion, pertenece al gran novelista ruso Turguenef, que ha muerto hace poco.

Un jóven ruso que dejaba sus posesiones para pasar el invierno en Petersburgo, encontró á la orilla del rio una sierva suya, jóven tan bonita que el señor detuvo el carruaje para despedirse de ella.

– Sofia Androwna, le dijo, voy á la ciudad. ¿Quieres un collar ó un adorno para la cabeza? Te prometo traerte á la primavera lo que me pidas.

—Señor, no quiero adorno para la cabeza ni collar. Pero tráeme cuando vuelvas un poco de ese jabon que usan las damas hermosas.

El señor no volvió á acordarse durante el invierno de su jóven esclava; pero en el momento de regresar á sus posesiones recordó el extraño y sencillo capricho de la muchacha.

Volvió á encontrarla á la orilla del rio y le dió lo que ella habia deseado.

Le suplicó ella que esperase un momento y corrió al agua donde se lavó las manos con el jabon que le regaló su señor. Volvió despues á acercarse al carruaje y le dijo:

—Ahora, señor, bésame las manos como haceis con vuestras hermosas damas.



Una frase de un personaje, que está indicado para diputado. Tratábase de una niña de diez años dotada de una gran precocidad, y dijo el personaje:

—Esta niña razona como no razonaria ninguna persona mayor á su edad.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 29

CHARADAS

1.ª *Moralizado*—2.ª *Moradores*—3.ª *Diario*—4.ª *Tabaco*

Fueron descifradas las cuatro por Fugo, Pocopan y Riana.—La primera, segunda y cuarta, por Caron y Lito; la segunda y tercera, por Uno; la primera, por Cuatro Ojos; y la cuarta, por Julia.

GEROGLÍFICO NUM. 29

El tirano que mata á sus secuaces trata de ocultar sus crímenes

Descifrado por Fugo, Julia, Cocaus y Lito, Caron, Riana, Pocopan y Doso.

CHARADAS

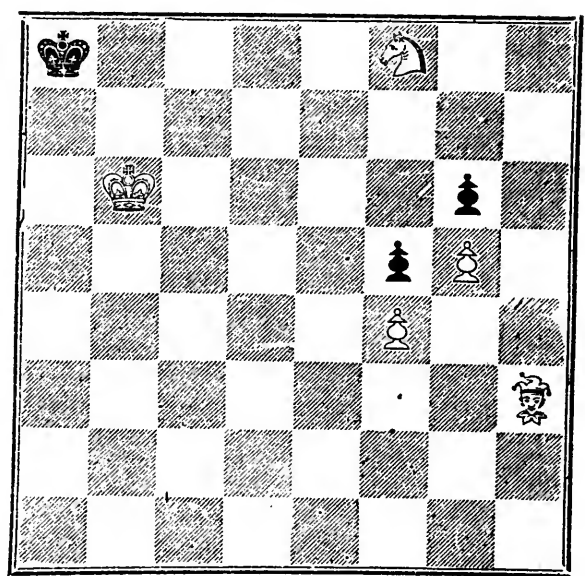
Déjame oh! helada duda! no pretendas
Al entusiasta, fervoroso culto
Que consagro á su amor, *Segunda prima*
Vanamente poner; no los culpables
Alzan la frente con celeste orgullo;
Ni sus semblantes el rubor colora;
Ni en sus miradas la inocencia brilla;
Ni en sus acciones la virtud pregonan.
Yo entonaré do melodiosos sones
Prima con *tercia* y en el sacro templo
Ante el altar, do la rodilla doblo,
Sencilla *todo* depondré, y entónces
El alto cielo agradecido, presto
Hará brillar sobre su casta frente,
De la virtud los resplandores divos
Que su inocencia virginal proclamen!

OTRA

Oh! mi *segunda* y *prima*, siempre amable!
Dó un *todo* encontraré, que cual tu *todo*
Cuando de *dos* y *tercia* montuosa,
Recorra la estencion, brindarme pueda
De suave néctar rebozante copa,
Que á mis cansados miembros torne fácil
El perdido vigor; y en ancho jarro
De la balante res, beba gozoso,
El tibio néctar con *mi tercia* y *prima?*

Problema de Ajedrez por Un aficionado

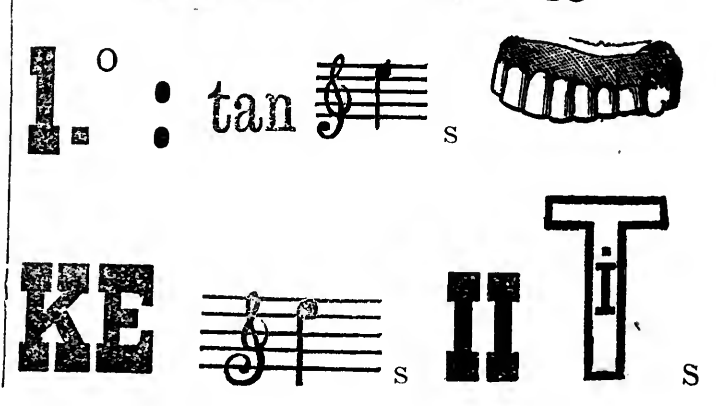
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 30





PERIÓDICO LITERARIO

Marzo 3 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 31.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO OCTAVO

—

EL ABUELO

DESPUES de la doble declaracion amorosa, creyó Rodolfo que debia moderar sus ardores, esperando el desenvolvimiento natural de las pasiones humanas.

Genoveva le amaba y resistia.... ¿Podria resistir largo tiempo?—No lo pensaba así Rodolfo.—Estaba cierto de triunfar con la perseverancia, y perseveraba ahora sin precipitacion, sin alardes impacientes. Se veian el miércoles en el recibo de la misma Genoveva, y el viérnes en casa de Pancha Ovalle.—Jamás conversaban mano á mano, y esto tranquilizaba á don Alejo, pero no impedia el cancerbero que se cambiasen miradas furtivas de un amor sin límites.... De tarde, habia restaurado Genoveva sus exhibiciones del balcon, y la victoria de Rodolfo sacaba siempre chispas del empedrado de la calle Piedad.... No siempre! Aquella victoria se eclipsaba en la tarde del domingo, y ya la viuda parecia resignada á este eclipse.—En lenguaje mudo, ella mantenia, sin embargo, su primera fórmula: «Seré tu esposa!»—y él, á su vez, replicaba: «Seré tu amante!»—¿Cuál de los dos se resignaria á ceñirse la divisa del otro, abandonando la propia?

Cuando pensaba en Marta, no se arrepentia Rodolfo de los términos audaces en que le habia declarado su amor.—Juzgaba feliz inspiracion del momento aquella por la cual habia planteado, como elemento posible de una pasion exaltada, el prestigio de la fortuna colosal de Marta, y apreciaba el llanto de la orgullosa jóven como propicio augurio de amor correspondido.... Asi mismo, no sin sombra de recelo volvió al Tigre el domingo siguiente de su declaracion.—Orfilia, el Dr. Arismendi, el Dr. Nugués y otras personas estaban aquel dia en casa del Sr. Valdenegros.... Marta, excepcionalmente circunspecta y grave, tuvo iguales atenciones para los dos caballeros que se sentaban á su lado durante la comida; y Rodolfo pudo alternar con el facultativo en los incidentes de la conversacion general.—Despues de comer, pasearon todos en el jardin, formando un solo grupo.... Marta no se separaba de Orfilia.... Parecia triste, y quedaba á veces abstraida, con el rostro apoyado en el hombro de su amiga.... Para el Dr. Nugués, era esto un fenómeno puramente fisiológico; pero Rodolfo le daba una interpretacion moral sumamente lisonjera.... «Está herida»—decia en su interior,—y el delirio de la ambicion sacudia todo su sér con empriagueces infernales.

Repitiéronse las mismas escenas ocho dias despues, no pudiendo Rodolfo hacer más frecuentes sus visitas, porque don Francisco y doña Emilia habian dejado de estimularle á ello.... Circunspeccion, gravedad y tristeza intermitente, son ahora los rasgos acentuados de la actitud de Marta.... Siempre al lado de Orfilia, cual si buscara en ella proteccion.... De tiempo en tiempo, lanza á su alrededor miradas de suspicaz inquietud.... No admite las bromas del doctor Nugués.... Huye de Rodolfo.... Está realmente herida, y el hierro trabaja con encono en las fibras de su corazon atormentado!

Corria ya el mes de Abril. Marta indicó á sus abuelos que habia llegado la oportunidad de regresar á Buenos Aires.—La indicacion fué inmediatamente atendida. Lo hubiera sido de todos modos, por la inagotable bondad de los ancianos; pero—¿qué más queria doña Emilia que dar fin á sus angustias durante las excursiones ecuestres y fluviales de su nieta? Oh! sobre todo, aquellas locomotoras odiosas que hacian oir su silbato mientras Marta atravesaba la via á caballo!... Alejarse de ellas, era apartarse de un abismo que inspiraba horribles presentimientos á la noble anciana.... Don Francisco participaba de esta misma disposicion de ánimo y tenia además un motivo particular par.. anhelar la vuelta á la ciudad.... No se encontraba bien desde algunos dias atrás.... Sentia pesadez en la cabeza y languidez en todo el cuerpo. Parecíale tambien haber esperimentado brev s amagos de un vértigo mientras caminaba por la quinta á medio dia; y aunque habia ocultado á su familia aquellas vagas aprehensiones, deseaba ponerse al habla con su antiguo médico para tranquilizarse ó someterse á un régimen curativo. Fué, pues, motivo de contentamiento para toda la familia Valdenegros verse de nuevo instalada en el palacio de la calle Florida.

Rodolfo, como era natural, tambien se alegró al saber que Marta se hallaba en Buenos Aires, allí, bien á la mano, pudiendo él visitarla cualquier dia, á cualquier hora, con fueros de pariente inmediato.—Comenzaba por otra parte, á sentir la necesidad de fijar los destinos de su vida.—Era falso que hubiese abandonado su puesto diplomático á llamado del Ministro de Relaciones Exteriores; pues solo contaba, al hacerlo, con la benévola autorizacion de su jefe inmediato, que le dispensaba consideracion afectuosa.—En esa forma irregular, habia tenido y agotado seis meses de licencia, disipando mas de cuatro en el citéreo torbellino de Paris. En consecuencia, el Ministro de Relaciones Exteriores ya le significaba que era indispensable ó volver á Washington para ocupar la secretaria de la legacion, ó presentar renuncia de su empleo, y no podia Rodolfo lo primero, mientras le sonriese una esperanza en Buenos Aires, ni se decidia á lo segundo sin la certidumbre del éxito.—Trataba, pues, de ganar tiempo; y no lo ganaba propiamente hablando, sinó que lo perdia con increibles veleidades de disipacion digna de un De Siani.—Le era imposible abandonar repentinamente los hábitos que habia contraido en Nueva-York y en Paris, despues de la muerte de doña Dorotea.—A no estar fanatizada Genoveva por el ideal de las segundas nupcias, tal vez las cosas

hubiesen tomado otro rumbo; pero ese maldito ideal precipitaba á Rodolfo en todas las impurezas de la realidad, con el arranque apasionado y la tendencia irresistible al fausto, que eran los dos vicios hereditarios de su espíritu.—El juego le atrajo tambien algunas veces; y, en cierta ocasion, luchando locamente contra la suerte adversa, tuvo una pérdida enormemente superior á sus recursos disponibles.....Se trataba de *ciento setenta y cinco mil pesos*, y en la honrada caja de don Agustin de la Peña, solo quedaban al rededor de *cincuenta mil*, no obstante nuevas entradas de alquileres. . . . . . Pero Rodolfo es todo un caballero, está comprometido su honor en el inmediato pago de la suma adeudada,—y ante este argumento de moralidad trascendental, el severo escribano hubo de acallar nuevamente sus escrúpulos para salir en busca del dinero que su poderdante requeria...

La idea de Don Agustin era proponer á Dn. Alejo Nuñez una nueva hipoteca, dando ahora la chacra en garantia, con igual interés y el mismo plazo del préstamo anterior.

Rodolfo aceptó, fijando como suma redonda de las operaciones *dos cientos mil pesos*. Comprometido ya con Don Alejo, preferia no tener otro acreedor....Además llegaba á figurarse que le convenia ese Shylock....Acaso algun dia pudiera ser otra persona quien entregase al judio libras de carne humana en vez de libras de oro....Shylock, á su vez, barruntando las pretensiones á Rodolfo sobre Genoveva, hallaba de su agrado remachar al rival otra cadena hipotecaria, para tenerle desprestijiado y abatido.... Efectuóse, pues, la operacion sin dificultad de ningun género... Cubrió Rodolfo su compromiso de honor, quedó pronto para seguir brindando nuevos testimonios de su caballeresca virtud.... ¿Quien podria igualarle en ese linaje de grandeza hidalga cuando fuera el esposo de Marta Valdenegros?

Doña Emilia y Don Francisco habian empezado ya á sospechar la nueva aventura amorosa de su nieta;—pero dejaban pasar los dias sin comunicarse sus impresiones al respecto, esperando cada cual la iniciativa del otro: y no pensaban en otra cosa, y sin embargo callaban, por temor de descubrir que coincidian en sus inquietas y punzantes desconfianzas. Al fin, en la noche del regreso á Buenos Aires, quiso Doña Emilia explorar el ánimo de su esposo, y asi, luego que se encontraron en la cama nupcial, dijole ella sin rodeos:

—Te habrás apercibido del verdadero motivo que tiene tu tesoro para haberse aburrido del Tigre....

—Tú piensas!—exclamó Don Francisco, más desagradado que sorprendido al oir la franca insinuacion de Doña Emilia.

—Como no he de pensarlo, repuso la señora;—Marta quiere estar en Buenos Aires para que Rodolfo pueda visitarla con frecuencia....Rodolfo la enamora, y ella....muy blanda, tan blanda, Francisco, que si me apuras concluiré por decir que ahora esta más enamorado que nunca!

—Tú lo crees, Emilia!

—Si! Lo creo! Algo que me ha dicho Orfilia, y todo lo que se ve bastan para persuadirme de ello...Hay en las exterioridades de Marta la revelacion caracteristica de un corazon perturbado por una pasion que brota, y crece, y ya no es posible comprimir...

—El sobrino! El sobrino!

—¿Qué piensas tú de tu sobrino, Francisco?

—¿Y tú Emilia?

—Habla tú primero, ya que se trata de uno de los tuyos.... Me parece justo!

—Pues mira! Yo te confieso que, alguna vez, no me ha dejado de lisonjear la idea de ver á mi sobrino casado con nuestra nieta.... ¿Comprendes? Un casamiento de familia!—Mi fortuna y la tuya reunidas en una bonita pareja que llevaria mi sangre.... Esto, ves, ha llegado á parecerme bueno;—pero, reflexionándolo mejor....ó peor, quien sabe! .. he recordado todo lo que Rodolfo ha sido de niño ó de muy mozo,... y me han asaltado entonces horribles temores de que no haga feliz á nuestra Marta...

Pronunciando estas palabras, saltábanle á don Francisco las lágrimas, y doña Emilia, oyéndolas, estaba tambien enternecida.

—Bien es cierto, prosiguió el anciano, que Rodolfo se ha modificado mucho.... Parece ahora un hombre muy juicioso.... pero todavia me suena al oido lo que de él decia su madre, precisamente la última vez que me tocó hablar con ella en este mundo...Ay! á mi se me ocurre una cosa muy extraña, que me tortura, como si fuese séria..... El padre de Rodolfo tuvo tambien su época de parecer un caballero, y despues.... Si será lo mismo el hijo!

—Cosa singular!—interrumpió doña Emilia; á mí se me ha ocurrido lo mismo!—Fisicamente, Rodolfo no se asemeja á su padre; pero no me es posible mirarle, desde que le veo cortejar á Marta, sin que se me represente De Siani, con todos sus atractivos personales y todas las malas condiciones que tan tristemente le distinguian.... Sin embargo, esto puede no ser mas que una preocupacion, una idea supersticiosa.... y debemos desecharla.... Lo esencial es averiguar si la enmienda moral de Rodolfo es verdaderamente sólida.... Hasta cierto punto—¿por qué no admitir que lo sea?—¿No vemos á cada paso jóvenes calaveras que despues llegan á ser hombres honrados, y no rara vez hombres ilustres?—Debemos, pues, moderar nuestros afanes hasta que sepamos con seguridad cuál ha sido la conducta de Rodolfo en los Estados-Unidos, y cuál es ahora en Buenos Aires.... Me parece que tú podrias acercarte al Ministro de Relaciones Exteriores, y pedirle que con toda franqueza te suministre informes con relacion á tu sobrino.... No te faltará un pretexto para eso, y en todo caso puedes decirle la verdad: Rodolfo visita en nuestra casa, y demuestra aficion á Marta.... ¿Qué cosa más natural que tratar de saber si es digno de ella?

—Excelente idea!—dijo don Francisco; mañana mismo veré al Ministro.—Tambien podremos tomar otros datos por medio de nuestros dependientes....

—Con disimulo, al dirijirte á ellos....

—Sí, pues; con disimulo.... Pondremos las cosas bien en claro.... Y, dime Emilia,—si.... lo que Dios no permita!.... si los informes que recogiésemos no fueran tranquilizadores,—¿estariamos en tiempo de impedir la desgracia?

—A lo ménos, respondió con abatimiento doña Emilia, hariamos todo lo posible por evitarla.... Orfilia nos ayudaria muchisimo.... Otro viaje á Europa seria talvez nuestra salvacion.... nuevamente!.... Ah! yo que me sentia tan benévola para juzgar al Baron Romberg, para creerle capaz de hacer feliz á Marta.... ahora, lo confieso.... tengo miedo á la juventud ardorosa de Rodolfo, puesta en íntimo contacto con el carácter caprichoso de Marta.... ¿Quién moderará los ímpetus de esas dos almas inexpertas? ¿Cómo encontrarán el equilibrio necesario para gozar juiciosamente de la inmensa fortuna que estará en sus manos?...Porque, desgraciadamente, marido!—debemos hacer nuestras cuentas calculando que nos quedan pocos años de vida y que Marta recibirá todo lo nuestro perdiendo en cambio nuestro amparo, nuestro cariño, nuestro corazon siempre abierto para complacer sus antojos y mitigar sus dolores.... Esta es la idea que me labra.... Si fuésemos jóvenes,—si hubiésemos de permanecer á su lado largo tiempo, en el órden natural de las cosas humanas,—podriamos encarar de otra manera el casamiento de nuestra Marta; pero estando como estamos tan cerca del sepulcro.... en el órden natural de las cosas humanas.... pensar que Marta se casa con un hombre de cuya lealtad y buen juicio no estamos nosotros bien seguros, es como pensar que en medio de un naufragio la entregamos á manos desconocidas, sobre frágil nave, para que halle la salvacion ó la muerte en el acaso....

—¿Porqué tan tristes pensamientos? murmuró dolorido don Francisco.

Guardaron silencio entónces; pero pasó largo tiempo sin que pudiesen conciliar el sueño, tan preocupados y desasosegados

estaban.... Reposad, al fin, buenos ancianos.... Saboread en paz la última noche de la amistad conyugal!

Al dia siguiente, doña Emilia y Marta salian en landó para recorrer algunas tiendas y coordinar con su modista preparativos de otoño.

Don Francisco, por su lado, tomó su cupé para ir á hablar con el Ministro de Relaciones Exteriores, y no habiéndole encontrado ni en la Casa Rosada ni el domicilio particular, estuvo de vuelta ántes de las tres de la tarde. Sentia siempre cierta pesadez en la cabeza;—estaba solo, y se adormeció en un sillon de su escritorio.—Cuando despertó, encontró cerca de él una carta, con timbre del correo vecinal, que un criado habia puesto allí mientras él dormia. Rompió la cubierta y halló una cartulina rectangular que tenia escritas estas frases, con una letra oblicua, visiblemente disfrazada, pero grande y clara.

«Señor Valdenegros:

«Una persona que se interesa vivamente en la suerte de Ro-
« dolfo De Siani cumple el deber de prevenirle á V. que ese jóven
« va en camino de perdicion..... Derrocha y juega..... Ha devora-
« do ya la parte realizable de su fortuna, y compromete los pocos
« bienes que le quedan en empréstitos ruinosos.....V. señor es el
« único hombre que puede todavia salvarle, ejerciendo autoridad
« moral sobre él..... Llene V. su mision como sabe llevar la su-
« ya el autor de este anónimo.»

Don Francisco leyó dos veces esas lineas con doloroso estupor y enseguida dejó caer la cabeza sobre el pecho con indicios de un profundo abatimiento.....Permaneció asi largo rato..... Se levantó despues y llamó á un criado para preguntarle si no habia vuelto de paseo la señora.....Todavia no!—Le falta á D. Francisco quien comparta con él la carga abrumadora de sus aflicciones.....quien le ayude á descubrir por conjeturas al autor de aquella revelacion tan oportunamente producida.....Una idea sagaz ilumina repentinamente la trabajosa inteligencia del anciano. Sabia que D. Agustin de la Peña, apoderado general de Doña Dorotea, seguia siéndolo de Rodolfo. Ocurrióle pues, que el escrupuloso escribano se valia del anónimo para darle á conocer los desórdenes del jóven, y procurar ayuda en la recomendable tarea de reprimirlos.....Era él..... evidentemente él, y con esta seguridad, don Francisco pidió su cupé para ir inmediatamente á verle.

Dn. Agustin de la Peña, plenamente convencido del alto honor que sobre su casa solariega refleja la presencia del hombre más rico de Buenos Aires, recibe al Sr. Valdenegros con excepcionales cortesias y le conduce á la sala de los retratos de familia. Ocupa Don Francisco un sofá y Don Agustin una silla que está al frente. En vano aquel hace una seña cortés para que este cubra su respetable calva con el gorro de terciopelo verde que gira entre sus manos; no se permite Don Agustin tanta familiaridad, y pregunta con aire respetuoso:

—¿A qué debo, señor, la honra y la satisfaccion de esta visita?

—Doy por sentado que usted es el autor de esta carta, respondió don Francisco.

Con ademan de sorpresa tomó don Agustin el anónimo, y prévio permiso, que pidió, para leerlo, depuso el gorro en una silla contigua, caló sus gafas y leyó la tremenda informacion sobre los negocios de su poderdante.

—Nunca, señor Valdenegros, nunca!—Un escribano público dirigiendo anónimos!—Eso es absolutamente imposible para un hombre de mis principios morales!

Hablaba con tal acento de sinceridad don Agustin, que don Francisco no tuvo el coraje de atribuirle una negacion falaz, y se limitó á balbucir:

—Pero entónces....¿quién es el autor de esta carta?

—Lo ignoro, señor, lo ignoro.....

—Pero á lo menos, usted no puede ignorar si son exactas ó son falsas las afirmaciones del anónimo....¿No es usted el apoderado general de mi sobrino?

—Lo soy, ciertamente.

—Pues, mi amigo don Agustin, espero que usted sea franco.... Un hombre honrado como usted, no puede ocultarme la verdad.... ¿Quién tendria más derecho que yo para conocer los secretos de Rodolfo con el muy justo deseo de ayudarle, de salvarle? Además, señor don Agustin.....además.....

Y al pronunciar esas palabras poco le faltaba á don Francisco para soltar el llanto; pero don Agustin no le permitió seguir adelante. Habia hecho un rápido exámen de conciencia y se creia más obligado á escuchar el ruego desinteresado del anciano que á respetar la reserva interesadamente impuesta por el jóven.... ¿Cómo desairar á don Francisco Valdenegros?—Seria un desacato!—Ya lo era ponerle en el caso forzoso de dirijir una súplica.... Sobre todo, la infidelidad aparente redundaria en beneficio de Rodolfo, y doña Dorotea, desde el cielo, sabria agradecerle!

—Comprendo, señor Valdenegros, dijo, pues, el escribano,—con voz solemne,—comprendo toda la nobleza de su proceder al interesarse de una manera tan viva por la suerte del jóven De Siani. El me ha recomendado que acerca de sus operaciones guarde yo el mayor secreto posible; pero yo no puedo tener secretos para Vd., ni debo tenerlos para perjudicar á ese jóven.

—De hacerlo, traicionaria la memoria de su finada madre, á quien juré velar por el buen comportamiento de Rodolfo como si se tratase de mi propio hijo....

—Gracias, don Agustin, un millon de gracias!—exclamó don Francisco muy complacido de que se le ahorrase la manifestacion del primordial motivo que le impulsaba á escudriñar la vida de su sobrino.

—Lo que refiere ese anónimo, dijo entónces el escribano, es desgraciadamente cierto!

—Pero cómo!—¿cómo han pasado las cosas?

Don Agustin expuso con toda exactitud el resultado numérico de las disipaciones de Rodolfo, sin excluir la constitucion de las dos hipotecas á favor de don Alejo Nuñez, ofreciendo exhibir todos los comprobantes que ponian á cubierto su responsabilidad personal.

—Me basta y me sobra su palabra, respondió don Francisco, cuya emocion iba en aumento;—pero no puedo explicarme cómo se maneja ese mozo para dilapidar con tanta rapidéz su patrimonio.... ¿En qué lo gasta?

El tema era en parte escabroso; y don Agustin, proponiéndose orillar la dificultad con una reminiscencia mitológica:

—Vénus y la carpeta!—respondió; la juventud de hoy está perdida....

Inclinó el Sr. Valdenegros la cabeza sobre el pecho y guardó silencio unos instantes.

—Rodolfo, sin embargo, dijo despues, ha hecho un desembolso fuerte á causa de un monumento fúnebre, dedicado á mi hermana Dorotea, y encomendado á uno de los primeros artistas de Paris.

—No tengo noticias de semejante cosa, repuso el escribano;—nunca me ha dado tal excusa sobre el dinero que consumió en Paris, y al contrario, me ha confesado que aquella Babilonia es la perdicion de los jóvenes....

—Si nos habrá mentido! murmuró don Francisco.

—Lo que si me asegura el jóven De Siani, añadió don Agustin con el loable intento de atenuarlas desagradables impresiones del señor Valdenegros, lo que si me asegura es que le sigue la pista á un gran negocio que dará para todo.....Ah! la misma imaginacion volcánica de su difunto padre!

—¿Y no le ha dicho á V. qué negocio es?

—No señor; eso nó; pero la última vez que estuvo acá me comunicó que lo creia de realizacion inmediata, y que una vez realizado será el hombre más rico de la Provincia.—Sospecho

que se trata de una gran especulacion sobre tierras públicas, con motivo de la expedicion á Carhué....

Don Francisco se levantó de su asiento, tomó su sombrero, y tendió la mano para despedirse, sin articular palabra. Los ofrecimientos y las cortesias reiteradas de don Agustin no consiguen detenerle, ni aún hacerle dar vuelta para agradecerlas.......Sube á su cupé, baja las cortinas laterales, y, echándose hácia atrás, inclina nuevamente la cabeza sobre el pecho con aire de consternacion profunda.

Cuando llegó á su casa aún no habian vuelto doña Emilia y Marta.—Esta, concluidas las diligencias menudas, habia querido ir á visitar á Orfilia, accediendo la abuela, como siempre, al deseo de la nieta.—Don Francisco, contrariado por la demora, pues anhelaba desahogar sus penas en el corazon de su esposa, comenzó á pasearse agitadamente á lo largo del escritorio.—Media hora más tarde, sintió cierta algazara en el vestibulo del piso principal y salió al encuentro de los que la causaban.... Eran doña Emilia y Marta que volvian acompañadas de Orfilia y el Dr. Arismendi, á quienes habian invitado á comer.—Era además Rodolfo, que se habia encontrado con ellas en la puerta y entraba sin necesidad de invitacion.... Haciendo un esfuerzo sobrehumano, don Francisco le saludó afablemente. Acercábase la noche y no estaban todavia encendidas las luces de la galeria. A favor de la penumbra, pudo don Francisco ocultar la alteracion de su semblante.

—¿Viste al Ministro? le preguntó en voz baja doña Emilia, miéntras se dirjian á la sala de las visitas de confianza.

—No pude hablarle, respondió el anciano.

Decia verdad, y estaba decidido á reservar sus confidencias hasta que se retirasen las visitas, para evitar una situacion violenta.

Fueron poco despues á la mesa.—Ocupaba una cabecera don Francisco y la otra doña Emilia. De un costado Orfilia y el doctor Arismendi;—del otro, Marta y Rodolfo, quedando éste al lado de la abuela y aquella junto al abuelo.

Don Francisco habia logrado serenarse un tanto, y pudo seguir durante los primeros platos el curso de la conversacion general. Rodolfo, sin dirijirle á Marta la palabra, mirábala de tiempo en tiempo con ojos expresivos; y cuando don Francisco sorprendia esas miradas,la sangre afluia á su rostro con singular violencia.

Parecia, sin embargo, estar de muy buen apetito.—Apuraba todos los manjares con precipitacion maquinal, y libaba con frecuencia el generoso vino.—Al acercarse el momento de los postres,—creyó descubrir que Marta miraba, á su vez, con tierna intensidad á Rodolfo, y esta vision le hizo perder todo dominio de si mismo.... Desde entonces, ora se abstraia en divagaciones lejanas, con la vista levantada hácia los picos de gas que hervian y reverberaban en la araña de cristal,—ora se entregaba á irresistible pesadumbre, inclinando la cabeza hasta el punto de rozar con su bella barba blanca el plato que tenia por delante.—Habialo notado doña Emilia y contemplaba á su esposo con creciente alarma. Orfilia, tambien apercibida, se mostraba inquieta.... El doctor Arismendi discutia amistosamente con Rodolfo, y Marta parecia escucharlos con encanto....

—Francisco! si te sientes mal... dijo doña Emilia.

—No! no es nada, respondió el anciano con voz balbuciente.

Un movimiento espasmódico le hizo torcer la cabeza hácia el lado izquierdo;— se levantó en seguida bruscamente, con los miembros rigidos, dilatadas las pupilas, y cayó muy luego *come corpo morto cade*, haciendo rodar estrepitosamente la vajilla, al arrastrar en su caida una punta del mantel.

(*Continuará.*)



Verdi

TODAVIA es arte la música, apesar de los que quieren convertirla en ciencia. Es arte, como es arte todo lo bello, todo lo grandioso, todo lo que levanta el espiritu, todo lo que hace sentir. La música es todavia del dominio del corazon, ó hablando más propiamente, domina al corazon y escapa al análisis del cerebro, porque no se analiza lo que se siente, como no se analiza á la mujer que se ama: brota la pasion de su conjunto como brota la armonía de una reunion de notas.

Y porque es arte la música todavia, vive aún la música de Verdi, y vivirá siempre, mientras haya en el organismo humano fibras que palpiten al ser heridas por un acorde, por una nota, como cuerdas de un arpa que solo vibran pulsadas por el sentimiento, por ese algo intimo que no tiene definicion, que es propio de cada uno, tan propio y tan intimo que creemos que nadie como nosotros puede gozar de las emociones que la música, como ninguna otra manifestacion del arte, despierta.

Hay quienes afirman que la música no les dice nada, ni les hace sentir, ni les hace gozar, ni les hace llorar. Yo no lo creo, como no creeria á quien teniendo ojos dijese que no veia los colores del iris. Pero, aunque me resisto á creer que haya quien no sienta la música, comprendo que no todos la sienten de la misma manera. ¡Cuán aislado y solo se encuentra uno en medio de esos insensibles á la armonia! Parece que se está entre estraños, entre gentes de otra raza, entre individuos de otra especie, con quienes es imposible cambiar una palabra porque no entienden lo que se les dice. Y en cambio ¡qué simpatia se establece entre los que la sienten aunque sean desconocidos aunque hableu distinto idioma, aunque procedan de diversa raza y hayan nacido en opuesto clima! Porque el sentimiento de la música es comunicativo, espansivo, como todos los sentimientos levantados. En un grupo de personas que están oyendo música, los que la sienten, se buscan con la mirada instintivamente, en este ó en aquel pasage, sin prevenirselo de antemano. pero con la seguridad de que han de encontrarse para espandir en aquella mirada la emocion que en el corazon rebosa, como busca el dolor el pecho amigo para sollozar en él sus amarguras.

Yo he nacido con el sentimiento de la música, y lo confieso aun á trueque de pasar por vulgar á los ojos de los que creen que ese sentimiento acusa inferioridad intelectual, como me lo aseguraba un amigo para quien la música no es ya el mas tolerable de los sonidos, sino el mas insoportable de los ruidos, y que se jacta de no haber oido jamas el tercer acto de *Aida*,....porque se ha dormido en el segundo. Él me compadece por mi melomania, yo lo compadezco por su insensibilidad, y.....tan amigos como siempre; pero falta en nuestra amistad ese vinculo que es el que mas intimamente ata las simpatias.

Verdi me hizo sentir las primeras impresiones musicales, y no he renegado de él como tantos otros que se dejan llevar de ese espiritu de contradiccion con que algunos que se creen entidades superiores, critican todo aquello que la generalidad aplaude. Pero apesar de ellos, la música de Verdi vive, todo su repertorio, desde *Nabuco* hasta *Aida* se canta en los principales teatros del mundo, y ultimamente, su *Don Carlos* reformado, acaba de obtener un éxito completo en Milan, éxito confirmado por el juicio de Philippo Philippi, el mas autorizado y concienzudo de los criticos musicales de la actualidad.

Verdi es el músico de la pasion, de las grandes situaciones dramaticas, de los grandes efectos. Su música es irresistible: arrastra, levanta, fascina, despierta esos entusiasmos indescriptibles que hacen poner insensiblemente de pié al auditorio como electrizados por la grandiosidad de la armonia. Verdi es el Shakespeare de la música: incorrecto como el gran poeta inglés, descuidado á veces, pero lleno de inspiracion y de vigor en esas grandes situaciones que determinan la importancia de una obra. No se ha escrito en el pentágrama una pieza concertada de más efecto, más rica de armonias, más compacta, que el *settimino* del primer acto de *Hernani*, desde el concertante á voces sola

con que comienza hasta el grandioso conjunto en que termina, cantando á la vez las partes principales, los coros, los instrumentos todos de la orquesta, enriqueciéndose á cada compás la armonía con nuevas combinaciones: Elvira y Hernani primero en un duo suave como el primer tinte de una aurora: don Cárlos y Silva despues, alternando sus notas graves con las agudas del tenor y la soprano, los coros á media voz en seguida robusteciendo el colorido de la escena, hasta unirse todos y producir un acorde sublime que llena el teatro como si del escenario se precipitase un torrente de armonía, inundándolo desde la platea hasta la bóveda, repercutiendo en las paredes, para volver de nuevo en ondas sonoras á la sala y morir lentamente, como muere la encrespada ola al esplayarse en el remanso de la arenosa ribera.

Pero otra ola viene detras, mas grande, mas bullidora que la anterior. Apaga los ecos del conjunto, comienza nuevamente á formarse, pero a la inversa. Empiezan las notas profundas del bajo, las siguen las intermedias del baritono y la contralto, y no apagadas estas aun, surjen las agudas del tenor y la soprano, que á su vez se refuerzan con las voces nutridas del coro, con el acompañamiento dulce de los violines, el canto armonioso de las flautas, la melodiosa voz de los clarinetes, los tiples gangosos de los oboes, los zumbidos graves de los contrabajos, creciendo siempre el raudal hasta que se desborda con la sonoridad de las trompas y el penetrante eco de los pistones, formando un tono majestuoso, imponente, sublime, que hace poner de pié al que lo oye, olvidado de todo lo que lo rodea, sacudido todo el organismo por una sensacion indefinible de frio, de calor, de placer, de congoja, de espasmos nerviosos que corren desde la planta del pie hasta la raiz de los cabellos; contenida la respiracion, la mirada brillante, los labios entreabiertos, esperanda el momento en que todos aquellos sonidos dispersos se aunan en una armonia grandiosa, con el mismo anhelo con que un amante espera la llegada de su querida á la cita acordada.

Mienten los que dicen que pueden permanecer indiferentes oyendo esa música. Se engañan á sí mismos ó pretenden engañarse para no dejar traslucir sus impresiones, pero sienten, indudablemente sienten algo que ellos mismos no se esplican, como no se esplica el adolescente las sensaciones que en él despierta la vista de una mujer hermosa, sin que su ignorancia lo exima de la tiranía del amor que lo domina. Es la misma sensacion: sentir la música es amar, es gozar con todos los transportes del deleite, es remontarse á los ideales que la pasion hace entrever, que en último resultado, la mujer no es más que el conjunto armónico de todas las notas de la belleza; es un acorde formado por todo lo que hay de sublime en la naturaleza. Quién no siente la música no comprende á la mujer, como no puede apreciar las bellezas de una poesia quien no entiende el idioma en que está escrita.

Nadie como Verdi sabe hacer sentir. Meyerbeer habla mas el cerebro; hay mas profundidad en su música, mas ciencia en sus combinaciones, mas unidad en la composicion, pero no tiene el arranque, la espontaneidad, el fuego del autor de *Rigoletto*. Hay entre ellos la misma diferencia que hay entre Quintana y Espronceda, entre Milton y Byron. Verdi canta lo que siente, y hace sentir lo que canta.

La escena final de *Hernani* es mas dràmatica, mas desgarradora, interpretada por Verdi que como la concibió Victor Hugo. Hay mas vigor y mas pasion en aquel terceto que en los versos del poeta. Primero es una melodia suave, un idilio, tierno como el amor que la castellana protesa á su prometido; él recuerda su vida aventurera, los azares que ha corrido en pos de aquella dicha que resplandece á sus ojos como un cielo límpido, sin una nube que la empañe, y entregados á su pasion cantan con dulzura aquel duo intimo, envuelto en los arpejios de los violines; todo suavidad, todo melodía, como es suave y melódico el lenguaje del amor correspondido, hasta que de improviso, en el instante de mayor arrobamiento, suena la trompa que Hernani diera en prenda de su vida para entregarle cuando se la exijiese el cumplimiento de su compromiso.

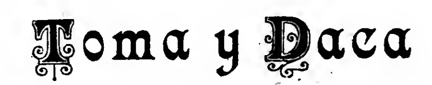
«Es el tigre que reclama su presa», esclama es una frase llena de desesperacion el desventurado amante, y desde aquel momento, se trueca la escena; la música ya no es una melodia suave: se desata en compases entrecortados y violentos como se transforma á veces la mansas brisa en ahuracanadas rachas de viento; y unas tras otras se suceden, se interrumpen las transiciones, desde el ruego hasta la amenaza, desde la compasion hasta la ira, desde las notas plañideras de Elvira hasta los acentos vengativos de Silva, mientras Hernani, luchando entre su pasion y su honor, mezcla sus gritos de desesperacion en la desgarradora escena, formando el dolor, la venganza y la ira un conjunto imponente de armonia, aunadas las voces sin que se confundan los sentimientos que espresan, ligadas las de Hernani y Elvira como estan ligadas sus vidas, al par que la de Silva revela todo el despecho, todo el encono que irrita en él aquella pasion que prefiere la muerte á la separacion.

Hay más accion, más movimiento, más pasion en la música que en el verso, porque su elocuencia es más arrebatadora, hiere fibras más delicadas que las que la palabra hace vibrar, penetra más adentro, á lo más intimo del corazon, donde anida lo más delicado del sentimiento. Y nadie como Verdi conoce los senderos del organismo que conducen á ese centro sensible, y es por eso que su música vive y vivirá mientras la humanidad sienta, miéntras el cerebro no mate el corazon, miéntras la ciencia, que es el cálculo, no eclipse al arte, que es la espontaneidad, que es el entusiasmo, que es la belleza; la una convence, el otro conmueve; el clasicismo infunde respeto y admiracion, pero esta música que no se ciñe á la estrechez de las reglas, engendra inspiracion, levanta el espíritu, despierta emociones desconocidas, hace palpitar el cuerpo con espamos voluptuosos, es más grandiosa, como es más grandiosa la cascada que se precipita en caprichosos saltos por el agreste despeñadero, que la cortina de agua que cae de una represa artificialmente construida con un objeto útil.

Verdi es el compositor mas universal y mas popular de nuestro siglo. Cuando ya se creia agotada su inspiracion y sus adversarios presagiaban la próxima desaparicion de sus óperas, presentó su *Aida*, llena de novedad, aunque conservando en su originalidad el sello del autor de Hernani, rica de armonia y de efectos, con grandiosidades como el final del acto segundo y melodias como el duo con que termina aquel drama de pasion, resaltando los contrastes entre el delirio de los amantes que sonrien ante la muerte, y los cánticos de triunfo con que sus verdugos ensalzan al dios de las batallas, mientras la desdeñada Amneris llora sobre la lápida que separa del mundo de los vivos á su amado Radamés, formando entre todos un conjunto solemne, solemne como la escena que ante el auditorio se desarrolla, hasta morir los últimos acentos de la música entre arpejios vagos, algo así como el murmullo de coros de ángeles que mas allá de la vida reciben las almas de aquellas dos víctimas del amor.

Ya en el ocaso de su existencia, sigue el gran maestro trabajando incansable. *Simon Bocanegra* y *Don Carlos*, dos de sus obras que menos camino habian hecho en el favor del público, han sido puestas recientemente en escena, totalmente reformadas, y un unánime aplauso ha coronado su éxito. Ahora prepara su *Yago*, obra en que ha trabajado asiduamente durante algunos años, y que será una nueva revelacion de su portentoso génio creador, como ya lo fué *Aida*, rompiendo el antiguo molde para vaciar su inspiracion en otro mas moderno, pero que conserva aquel sello grandioso que ha dado renombre al gran músico de que solo reniegan los *espíritus fuertes* que incurren en la debilidad de singularizarse censurando aquello que la generalidad aplaude.

SANSON CARRASCO



PROMETI hacerte Teresa
Unos versos por un beso,
Pero no sé te confieso
Como cumplir mi promesa.

Mucho escribir y escribir;
Mucho borrar y borrar;

No sè por donde empezar
Ni sè por donde concluir.

Yo diria que tus ojos
Son, Teresa, dos ladrones,
Que roban los corazones
Cuando miran sin enojos;

Que son tus dientes de perlas,
Y sin que te cause agravios,
Que son dos guindas tus labios
Que dan ganas de comerlas;

Que forman red muy tupida
Las hebras de tus cabellos;
Que el alma se enreda en ellos
Sin que pueda hallar salida;

Que como tu talle airoso
No hay otro talle que cimbre;
Que es de junco, que es de mimbre
Que es el talle mas gracioso;

Que eres un ángel del cielo,
Y, si es que sirve el vocablo,
Que ères el diablo mas diablo
Que se ha visto en este suelo;

Pero todo esto y aun más
Tú estàs cansada de oir,
Volvèrtelo à repetir
Fuera tonto por demàs.

Y como ninguna idea
Original se me ocurre
Y mi caletre se aburre
De buscarla que es tarea.

Te dirè solo Teresa,
(Mas nò te enfades por eso)
Que si me das otro beso
Te harè otra vez la promesa

Y yà tendrè que escribir
Y nò tendrè que borrar
Y sabrè còmo empezar
Y sabrè còmo concluir.

LUIS M. MUÑOZ.

LA ÚLTIMA CALAVERADA

NOVELA ALEGRE PERO MORAL

POR P. A. DE ALARCON

I.

TENGO la seguridad (dijo el Marqués, encendiendo otro cigarro) de que, si se examinara la vida de todos los grandes calaveras arrepentidos, se encontraria que *perdieron su última batalla;* quiero decir, que su última calaverada fué un chasco, una derrota, un Waterlóo.

—¡Qué reaccionario es este Marqués! ¡Miren ustedes con qué arte, en el simil de que se ha valido, la Virtud hace el papel de la Santa Alianza, restauradora de Luis XVIII y del antiguo régimen!

—También se podría decir (replicó el preopinante) que, en mi simil, la Virtud hace el papel de la árida roca de Santa Elena, dado que ese fué el camino que tomó Napoleón despues de su derrota. . . . .

—¡Pero no lo tomó sino á la fuerza, señor Marqués, é intentó muchas veces escaparse!

—Pues entonces, Duque, prescindamos del simil. En cambio, estoy más decidido que nunca á sostener mi tesis: «Nadie ha dejado de ser calavera al dia siguiente de un triunfo. Todos los Lovelaces se han abrazado á la virtud al dia siguiente de un descalabro.»

—Marqués. . . .(exclamó el General X., que hasta entonces habia callado): ¡Mucho insiste usted en esa idea; lo cual me hace presumir si hablará usted por experiencia propia!—¡Usted fué muy calavera en su juventud!

—¡Nada más que lo puramente necesario!

—Y luégo, de pronto, se convirtió usted en hombre de bien, cuando aún podia aspirar á nuevas glorias. . . . . .

—¡Ya lo creo! Todavía no contaba treinta años cuando me retiré del mundo y me casé con Eloisa. . . . . .—No esperé como Carlos V. á estar lleno de reumas para abandonar los campos de batalla. . . . . .

—Pues vamos á ver: compruébenos la tesis, contándonos la derrota que precedió á su retirada de usted á Yuste.

—Sí, sí. . . ¡que la cuente!

—¡Con muchísimo gusto, señores! ¿A qué viejo no le agrada recordar sus campañas amorosas, áun aquellas en que fué poco afortunado?—¡Perfectamente me acuerdo del *hecho* que determinó mi *abdicacion*!

—¿Y fué en efecto, un descalabro?

¡Horrible!—¡Providencial, por mejor decir!—Porque os advierto que no me derrotó ningún hombre más agradable que yo á la beldad de que se trataba; ni menos me derrotó el desdén de ésta; ni tampoco me derroté yo á mí mismo...

—¡Bravo, Marqués! ¡Esa última frase es digna de la corte de Luis XV!

—No: no quedó por mí de manera alguna... (prosiguió el Marqués mordiscando el cigarro). -¡Me derrotó la Providencia!

—¡Veamos, veamos! ¡Basta ya de prólogo! Nuestro interés no puede estar más excitado.

—Muchísimas gracias, Duque.—Pues, señor; el caso fué el siguiente:

II.

—Empezaré por deciros que mi arrepentimiento, ó sea el descalabro que voy á contaros, no data, como suponeis, de la época de mi enlace con Eloisa.

—¡Oh! ya comprendemos que seria anterior....

—¡Nada de eso!—Fué posterior.—Yo me curé en falso al casarme; esto es, yo era todavia un calavera impenitente cuando conduje al altar á Eloisa; y, si me casé con ella, fué por miedo de no encontrar más adelante otra mujer de sus virtudes á quien entregar el depósito de mi honor y destinar á madre de mis hijos.-Pero aún podia decir: *¡Latet anguis in herba!* ¡Aún no estaba arrepentido! ¡Aún no habia formado propósito de enmendarme! ¡Aún no habia pasado por la susodicha derrota!

El Marqués chupeteó detenidamente el cigarro hasta reavivar su lumbre; dió un suspiro, y continuó:

—Llevaba yo ya tres años de casado con esa adorable Marquesa que todos conoceis, y á cuyo talento y bondad haceis cumplida justicia.....

—¡Oh, la marquesa es un ángel!

—Pues añadid que entonces era tambien joven y hermosa....

—Hermosa.... ¡lo será siempre; (exclamó el Duque). Eloisa es la mujer que más me gusta hoy en Madrid.

—Y joven.... ¡lo es todavía!—agregó cierto pollo muy elegante.

—¡Eso se figura ella! (replicó el Marqués muy orgulloso y contento). Pero aquí, entre nosotros, debo deciros que tiene cuarenta y cinco años. A lo menos, yo le llevaba diez cuando la cono-

ci, y tengo cincuenta y cuatro cumplidos....—¡Si me oyera!—En fin....vuelvo á mi historia.

Estaba yo en aquel tiempo (como sigo estándolo hoy) verdaderamente prendado de mi mujer; reconocia todas sus bellas cualidades; considerábame feliz haber ligado mi vida á la suya; proclamaba que el matrimonio tenia indudablemente muchas ventajas... *Pero...*

—*Pero...* ¡habia usted sido calavera!...

—¡Justamente! Habia yo sido calavera...—¡Lo había sido, y aún me quedaba en el corazon algo de aquella satánica codicia de bien ageno que constituye el carácter de todos los conquistadores de pueblos y de mujeres!

—¡Soberbio! !Edificante!—Está usted hablando como un libro, señor Marquéz...

—¡Y era... (prosiguió éste, contemplando de un modo melancólico la ceniza de su cigarro); era que yo habia entrado en la virtud por las puertas del desencanto, de la humildad y de la penitencia! ¡Era que mi casamiento habia sido un triunfo, una fortuna, una conquista más!... ¡Era que Dios no me había hecho caer del caballo como á San Pablo!

—¡Sublime! Marqués, ¡sublime!

¡Parece que me explico! (exclamó el relatante, riéndosé, y derribando con el meñique la mencionada ceniza)—¡No me llamará usted hoy epicúreo, señor Duque!

—No decimos nada. —Continue usted.

—Pues, señor, á los tres años de matrimonio (¡recuerdo que un dia de canícula!), principié á sentir que retoñaba en mi corazon el calaverismo. El fantasma de la *otra*, de la mujer ajena, de la mujer *nueva*, del fruto vedado, comenzó á hacerme guiños en el sereno horizonte de mi paz doméstica. «¡Yo quisiera desamortizarme! (empecé á decir para mi capote.) ¡Yo quisiera reivindicarme, recuperarme, rssucitar; probarme á mi mismo que soy todavia un hombre como los otros, capaz de inspirar una *pasión en activo servicio*, y demostrar al diablo que, si hasta aquí he resultado un modelo de maridos fieles, ha sido por mi gusto, no por necesidad ni decandencia; que no me morí al casarme; que soy libre de hecho: que aún vive Pelayo; que puedo escalar las murallas de mi cárcel cuando me acomode, y, que si abito en ella, no es como forzado de la virtud, sinó como voluntario de mi mujer!»

Al poco tiempo de ocurrírseme todas estas atrocidades, hijas de mi impunidad, parecióme que la suerte, que el destino, que el hado, que el númen en que creen los jugadores y cuantos no se atreven á hacer á Dios cómplice de sus proyectos, se habia puesto de mi parte y me proporcionaba la ocasión de realizar el acto de independencia porque suspiraba todo mi sér...

¡Redoblad ahora vuestra atención; que va á salir la heroina del drama!

(Continuará)



SONETO

Por qué has, dura Filis, lacerado
Con tan cruel desengaño el pecho mio?
No he rendido á tus plantas mi albedrio?
No he vivido en tu amor aprisionado?

No lloraste las penas que he llorado?
No culpaste severa tu desvio?
Porque ay! entonces con rigor impio,
Sentencias mi dolor y tu pecado?....

Oh! cuanta exala dolorida queja,
Mi corazon, no mio, sino suyo,
Y ay! en cuan triste soledad me deja!

Ya todo concluyó! mis dichas huyo
Y pues mi amada de su amor me aleja
Mi propia vida con mi amor destruyo!

Enrique Breton.

EL COHETE

Lanzose audaz á la extension sombría,
Y era, al hendir el céfiro sonante,
Un surtidor de fuego palpitante
Que en las ondas del cielo se envolvia.
Viva su luz como la luz del dia,
Resplandeciò en los aires fulgurante,
Cuando la luna en el azul radiante
Como rosa de nieve se entreabria.
Pe: dióse luègo su esplendor rojizo,
Siguiò fugaz cual raudo meteoro,
Y al fin surgiò como candente rizo.
Parò de pronto su silbar sonoro,
Y tronando potente, se deshizo
En un raudal de làgrimas de oro.

S. Rueda.

¡Año nuevo!

Un año màs al discurrir ligero
por los confines de la humana vida,
es saeta del arco despedida
que recorre veloz su derrotero.
Nace el año, y el hombre placentero
el saludo le da de bienvenida,
y desea más tarde su partida,
esperando en el año venidero.
¿Por què, si nos visita Invierno helado,
ambicionamos ¡ay! la Primavera,
y por èsta el Estío es anhelado?
¡Loca y voluble condicion humana!
odiando siempre lo presente, ¿espera
eternos bienes alcanzar mañana?

Luis Moreno Torrado.

ADORACION

Soy tuyo, todo tuyo! Ni un momento,
Lo que por ti, por otras he sentido,
Y à tu solo recuerdo, el extinguido
Calor del alma reanimado siento.

Tù infundes á mi espiritu su aliento,
Y cuando me hallo enfermo y abatido,
Es tu càndido amor el dulce nido.
Donde vá à descansar mi pensamiento.

Por ti vivo, por ti la ardiente idea
Que en mi cerebro brota y se elabora,
En mi frente y mis ojos centellea;

Y hasta mi estrofa rítmica y sonora,
Cual raudal que entre flores serpentea,
Besa tus plantas y tu sombra implora.

D. D. Martinto.

PASATIEMPO

UN sujeto llega corriendo al viaducto, y se abalanza á la baranda con ánimo de suicidarse

—Qué va usted á hacer desgraciado!—le grita un guardia, cogiéndolo por el cuello.

—¡No tengo un cuarto!

—¿Pero no le quedan á usted parientes?

—Sí; tengo mujer rica.

—Pues entónces, váyase usted á vivir con ella.

El ex-suicida meneando tristemente la cabeza:

—Gracias, mi desesperacion no llega hasta ese punto.



El.—¿Cómo?.... ¿Usted, mi mejor amigo?.... ¡Y tú infame!

Ella.—Es que...

El.—¿Sabe usted caballero que no creí nunca que fuera usted, un pillo de playa..... un....

El otro, (con dignidad).—No acabe usted. Lo de *pillo* es bastante. Me retiro.



En un tribunal.

– Se le acusa á usted de haber encontrado un billete de 100 pesos y de no haberlo devuelto.

—No es verdad, señor presidente.

—¿Pues qué ha hecho usted?

—Momentos despues de haber encontrado el billete, lo devolví á la circulacion.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 30

CHARADAS

1.ª *Ofrenda*—2.ª *Taberna*

Ambas fueron descifradas por Riana.—La primeta lo fuè por Fugo y Una Floridense.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
A 1 AR	R 1 CD
A 6 TD	R 1 TD
A 7 CD (jaque)	R 1 CD
C 7 D (mate)	

Enviaron la solucion El Duende y Eduardin.

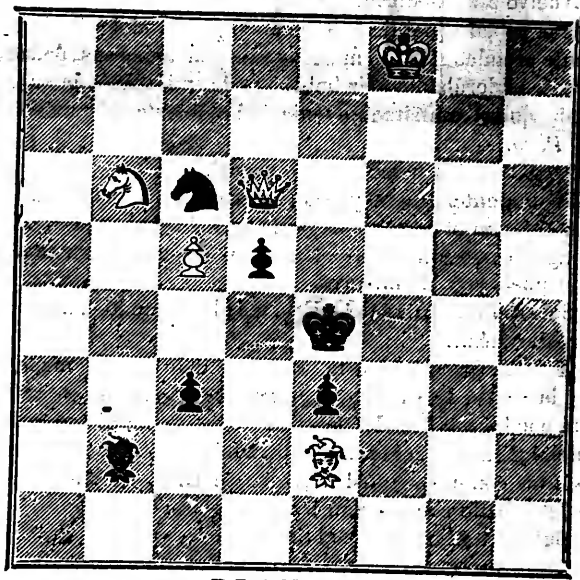
GEROGLÍFICO NUM. 30

Primero están mis dientes que mis parientes

La solucion exacta nos fuè remitida por Lolò, Un tipoze, Tutti, Riana, Càrmen P., y Fugo.

Problema de Ajedrez por Iberica

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

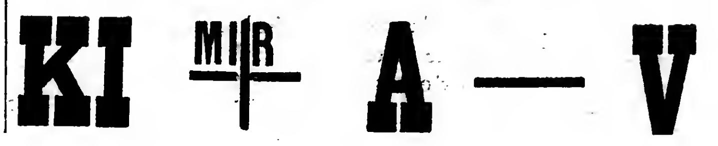
CHARADAS

Era mi *todo* de las nueve alumno
De ingenio rico, de fortuna escaso,
Mas de esperanzas y ambiciones muchas.
Si entre los dioses habitado hubiera
Fuera el Olimpo y los mortales todos
A su invencible voluntad sujetos;
Y cual mi *prima* con *segunda cuarta*
Su propio padre asesinàra, y tiernos
Sus propios hijos devorara infame,
Para lograr la omnipotencia suma!
El levantàra cual mi *tercia cuarta*
La que hecha ruinas, sepultada yace
Del solitario Tigris en las orillas,
Populosa ciudad, que allá en lejanas
Edades fuera, poderosa y fuerte;
Y cual mi *tercia cuarta* conquistara
Dilatadas regiones, que le dieran
Innúmeras riquezas y alto nombre.

OTRA

Era mi *todo* un rùstico aldeano
De gènio adusto y en palabras sòbrio,
De anchos carrillos y abultado vientre,
En todo semejante á un hipopòtamo
De lento andar y tardos movimientos.
Era mi *prima* con *segunda*, tierna
Casta doncella; que al paterno ruego
Fácil cediendo, sacrifica, tristel
De su existencia el porvenir dorado;
El dulce encanto de su amor primero;
Sus ilusiones y esperanzas caras,
Para ceder su *prima* con *tercera*,
A mi rùstico *todo*, el aldeano
De gènio adusto y en palabras sòbrio.

GEROGLÍFICO NÚM. 31





PERIÓDICO LITERARIO

Marzo 10 de 1884. MONTEVIDEO. Vol. I.---Núm. 32.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO NOVENO

¡DATE LILIA!

El ataque habia sido fulminante.—La muerte cayó como un rayo sobre don Francisco Valdenegros. Cuando llegaron los médicos, en cuya busca salieron á todo correr el doctor Arismendi y varios criados,—ya sus servicios profesionales eran completamente inútiles.—Cumplieron, sin embargo, su mision, discutiendo con bastante lucidez el diagnóstico de la enfermedad—ya convertida en catástrofe.

La hemorragia cerebral, la congestion cerebral, la apoplejía meningea, la apoplejía serosa, la apoplejía nerviosa, etc.—fueron sucesivamente discutidas en presencia del cadáver del señor Valdenegros, con acopio de erudicion científica, poniéndose los médicos de acuerdo sólo sobre un punto: la poco comun instantaneidad de la muerte en semejantes casos.—Allí estaba el anciano .... guardando aún en su fisonomía un suave resplandor de los afectos dulces que habian iluminado siempre su alma!—La cabellera y la barba, blancas, sedosas, primorosamente conservadas, daban todavia á su rostro, en la descomposicion lineal de las facciones cadavéricas, un marco imponente y majestuoso!

Verificóse al dia siguiente el entierro, que fué de una pompa extraordinaria. Habia muchos carruajes rigorosamente enlutados. Rodolfo De Siani y el Dr. Arismendi ocuparon el primero, yendo los demás vacios, á falta de parientes immediatos que tuviesen derecho á ocuparlos. El acompañamiento era immenso. Estaban allí todas las personas de elevada posicion social; y sin estarlo, innumerables menesterosos derramaban lágrimas consagradas á la memoria de Dn. Francisco Valdenegros. Doblaban las campanas de todas las iglesias, y casi todos los periódicos del dia insertaban pequeños artículos necrológicos, distinguiéndose el de *La Nacion* por sus mayores dimensiones y por la grandilocuencia de la frase, con lo cual á todos anunciaba que se habia dignado escribirlo el mismo General Mitre.

Al volver del entierro, en la tarde, el Doctor Arismendi y Rodolfo, subiendo la escalera de la casa mortuoria, divisaron á Orfilia, que parecia esperarlos con semblante muy afligido.

—No me gusta, dijo cuando ellos se acercaron, el estado de la pobre señora...: no me gusta nada!—Hay en ella algo más que la impresion natural de esta desgracia... Está positivamente enferma... Es menester que vengan médicos...

Despues de deliberar un momento, Rodolfo y el doctor Arismendi resolvieron ir á buscar al antiguo médico de la casa, librando á su juicio la oportunidad de llamar otros facultativos.

Doña Emilia requeria en efecto esos ciudados.—Habia sufrido un desmayo en el momento del ataque de su esposo; y cuando volvió en sí, y pudo darse cuenta de lo ocurrido, la actitud de su nieta y de Orfilia le hicieron comprender fácilmente que todo estaba ya terminado.—Quiso en vano la señora levantarse del lecho donde la habian desnudado y atendido provisoriamente... Le faltaron fuerzas para hacerlo, y pasó toda la noche revolviéndose en las sábanas, con agitacion febriciente, entre Marta y Orfilia, á quienes dirigia preguntas incesantes sobre las disposiciones tomadas para velar el cadáver del señor Valdenegros, y trasmitia órdenes y recomendaciones vehementes sobre los preparativos del entierro.

En las primeras horas de la mañana, pudo conciliar el sueño;—parecia tranquila;—pero despertó á medio dia sintiendo un congojoso malestar, manifestando su dolor y sus idéas fúnebres con la desordenada locuacidad de la fiebre. Horas despues, cuando comenzó á oirse ese rodar inconfundible de los coches que se acercan simultáneamente, en grupos, y cruzando de un lado á otro para ocupar su puesto, en las inmediaciones de una casa mortuoria,—doña Emilia quedó en suspenso, quieta y callada, con el oido atento.—Marta y Orfilia estaban siempre á su lado, guardando tambien un silencio angustioso.—Aquel rumor duró largo tiempo, y hubo enseguida una tregua que indicaba la proximidad del instante en que debia ponerse el acompañamiento en marcha.—Cuando volvió á oirse el lento rodar de los carruajes, doña Emilia comprendió que el cuerpo de su esposo partia á la morada eterna, desvaneciéndose así el último vínculo material de la santa union que habia durado medio siglo!.... Un violento calofrio hizo estremecer el cuerpo de la anciana. Lanzó un gemido intenso; sentia como que le arrancaban una parte de sus propias entrañas.... Marta dejó escapar tambien gritos dolientes, y Orfilia acompañaba la afliccion de la abuela y de la nieta derramando silenciosas lágrimas

Los calofrios se habian sucedido con frecuencia, y subia la fiebre.—Conocialo Orfilia por el calor cutáneo de la anciana y de ahi emanaban sus alarmas.—La visita del médico, cuya presencia sensibilizó profundamente á Doña Emilia, lejos de disipar esas alarmas, vino á justificarlas.—Despues de un exámen muy atento de la enferma, el médico se manifestó muy preocupado.

—Hay algo!—dijo á Rodolfo y al Dr. Arismendi; volveré á la noche.

Y se retiró despues de recetar una pocion calmante. Siguieron entretanto los calofrios y la fiebre. Pronunciábase además un agudo dolor al hipocondrio derecho, y la respiracion se hizo anhelosa, provocando de tiempo en tiempo una tos seca y molesta....A la vez, el llanto histérico exacerbaba y complicaba todos los síntomas.

La segunda visita fué aún ménos satisfactoria que la primera. —Declaró el médico que el hígado estaba gravemente afectado.—Se explicaba esta afeccion por el terrible golpe moral que habia ecibido doña Emilia inmediatamente despues de la comida,—

sin perjuicio de causas anteriores que á veces permanecen ocultas, casi inofensivas, hasta que un accidente extraordinario desenvuelve su accion con rapidéz.—Lo dificil, por el momento, era determinar el carácter real de la afeccion.

—Podria decir *hepatitis*!—exclamaba el viejo facultativo;—pero con ello diria muy poco.—Necesitamos esperar.—Trataremos de darle á la enferma algun reposo.... Al menos, que los dolores morales no conspiren á favor de los dolores físicos!

Ordenó, pues, algunos remedios y se despidió hasta la mañana siguiente.—Muy temprano fueron á prevenirle que la enferma seguia mal, para que apresurase la visita.—Atenta la gravedad que presentaba el caso, mandó pedir el médico á dos colegas suyos que concurriesen inmediatamente á casa de la señora de Valdenegros, y antes de una hora estaban los tres allí reunidos. —Doña Emilia comenzaba á tener vómitos biliosos, y signos pronunciados de un principio de ictericia.—Era cada vez más agudo el dolor al hipocondrio derecho;—hacíase cada vez más anhelosa la respiracion y más violenta la tos. Unicamente la fiebre habia disminuido un tanto.—Estudiados todos esos síntomas, y reconocida la paciente, los tres facultativos se pusieron de acuerdo en el diagnóstico.—Era un caso agudo de *hepatitis supurada*, iniciado con caractéres alarmantes, y tanto más temible cuanto que tenia por sujeto á una persona anciana, abatida por reciente infortunio.—Así mismo, ellos no pronunciaban todavía un pronóstico fatal, y acometieron con fé un tratamiento enérgico;—pero trascurrieron los dias sin que la enfermedad cediese en ningun sentido.—La fiebre declinaba en la mañana y recargaba en la noche. Eran cada vez más intensos los padecimientos, y la santa señora se desarmaba y deshacia por instantes en las crueles torturas de su mortal dolencia.

Orfilia Sanchez habia llevado á su niño, y dirigia personalmente la asistencia prolija y afanosa de la enferma, turnándose algunas veces con su madre Doña Margarita Moyano.—Marta sólo abandonaba por breves momentos la alcoba de la anciana.—Dia y noche, estaba inclinada sobre el lecho de su abuela, reposando la cabeza en la misma almohada que ella, estrechándose las manos siempre que no lo impedia la aplicacion de los remedios.—Cuando la vencia el sueño, se recostaba en un sillon cercano, pero jamás cedió á las instancias con que pretendian hacerla retirar á su aposento.

El Doctor Arismendi y Rodolfo tenian el gobierno de la casa, y hacian sus honores. Se entendian con los médicos,—recibian visitas,—manejaban á la numerosa servidumbre.—Habíales confirmado ese papel (que en cierto modo le correspondia al uno por su íntima amistad y al otro por su parentesco,) la circunstancia casual de haberse hallado ámbos presentes en la muerte del señor Valdenegros, viéndose así obligados á acompañar á la familia en todos los accidentes de un duelo que amenazaba terminar con una segunda desgracia.—Aquellos dos hombres parecian congeniar admirablemente. A la gravedad del Doctor Arismendi apareaba Rodolfo una circunspeccion irreprochable.—Como pariente, podia reclamar el primer puesto,—pero no;—llevaba su prudencia hasta oscurecerse en el segundo término, aun á riesgo de contrariar la delicadeza de su compañero.—El fallecimiento de su tio debia haberle impresionado vivamente; un pliegue sombrio perturbaba su ancha frente, habitualmente serena.

A los diez dias de haber caido enferma doña Emilia, alcanzó su mal un punto crítico. Volvieron los calofríos con una frecuencia aterradora. Corria por todo su cuerpo un sudor frio y espeso. El pulso era pequeño y concentrado.... La santa señora seguia desarmándose y deshaciéndose por instantes en las crueles torturas de su mortal dolencia....

Los tres médicos que asistian á doña Emilia con infatigable asiduidad, pidieron entónces el concurso de otros médicos.—Rodolfo indicó algunos. El doctor Arismendi apuntó, talvez por inadvertencia, el nombre del doctor Nugués, y Rodolfo no se atrevió á contradecirle. Realizóse, pues, una gran junta, que deliberó largamente, confirmó el diagnóstico primitivo y se disolvió declarando su impotencia para modificar con esperanzas de éxito el tratamiento seguido por los médicos de cabecera.—Qué miradas tan extañas dirijió el doctor Nugués á Rodolfo, al entrar y al salir! Sus colegas quedaron verdaderamente sorprendidos de que hubiese omitido en aquella consulta sus gracias y burlas características.

Tres dias despues, pudo creerse que la crisis de la enfermedad habia pasado en un sentido favorable á la curacion definitiva. Cesaron los dolores; disminuyó considerablemente la fiebre, y cierto relativo bienestar dió reposo y consuelo á la estenuada anciana.—Marta y Orfilia rebosaron de alegria,—pero la última supo bien pronto por su esposo que los médicos habian dicho:

—No hay que alucinarse. Estos nuevos síntomas solo indican que la supuracion ha cesado, y la mejoria puede ser muy engañosa.

Recobró, sin embargo, doña Emilia toda la lucidez de su espíritu.—Pudo examinar y comprender su situacion. Muerto el señor Valdenegros, y ella, en su debilidad extrema, apurando sensaciones glaciales de atraccion sepulcral!—Era indispensable meditar sobre el destino reservado á Marta....

Aprovechando una ausencia momentánea de la nieta, la señora dijo á Orfilia:

—Dile á tu marido que vaya á ver á nuestro escribano y le pida copia de nuestros testamentos....Estúdielos y entre despues á conversar conmigo, tratando tú de alejar con disimulo á esa adorada criatura....

Esta recomendacion fué brevemente cumplida, prévia aprobacion de los médicos. Las copias de los testamentos estaban prontas y el Doctor Arismendi se enteró de su contenido en pocos minutos. Orfilia hizo entender á Marta que Doña Emilia, sintiéndose muy mejor, queria hablar de negocios con su abogado, y la retuvo en la habitacion contigua, mientras el Doctor Arismendi penetraba en la alcoba de la enferma y conversaba con ella á solas.

Larga y dolorosa explicacion! Ambos testamentos, despues de instituir algunos legados piadosos, declaraban á Marta heredera única y universal de los esposos Valdenegros.—Don Francisco nombraba albacea á Doña Emilia, y Doña Emilia á Dn. Francisco.—Muerto este, y comprendiendo ella el peligro de su vida, queria reformar sus disposiciones testamentarias.

El Doctor Arismendi ante todo, se creyó en el deber de pronunciar algunas palabras que tranquilizasen el espíritu de la anciana.

—Señora,—¿porqué se preocupa usted de eso?... Está usted tan mejor!—Espere su restablecimiento completo para arreglar esas cosas.

—No, Arismendi, no;— replicó doña Emilia; se han aliviado mis dolores;—pero siento que la vida se me va. En todo caso quiero estar tranquila... Quiero tener conciencia de haber hecho el último esfuerzo en bien de nuestra nieta, espuesta á quedarse... de un momento á otro... sola en este mundo... ¿Qué mal hay en esto? ¿Porque me han de negar este consuelo?

Toda objecion á este lenguaje lleno de conmovedora prevision, era inútil é injusta.—Lo comprendió así el jóven abogado, y guardó silencio.—Doña Emilia, entónces, explicó su pensamiento; queria que el doctor Arismendi fuese albacea de su sucesion y tutor de Marta.

—Usted es un hombre honrado,—decia la señora. Francisco depositaba en usted toda su confianza.... ya es usted nuestro abogado.... ¿Cómo podria usted negarnos este otro servicio, que nos es tan necesario? Marta, al lado de ustedes, estará como al lado de sus ausentes abuelos... Sólo Orfilia podria reemplazarnos... Ella es la única persona capaz de encaminarla.... La ama y la comprende.. Ah! si Dios ha querido que suene tambien mi hora, allá iré, resignada y serena, llevando la certeza de

que, al despedirme de mi nieta para siempre, queda ella bajo el cuidado y el amparo de ustedes!

Con sincera emocion de gratitud, acogió el doctor Arismendi esas indicaciones tan honrosas para él y para Orfilia. Manifestó su agradecimiento en palabras muy sentidas, y despues hizo ver á doña Emilia que su plan ofrecia algunas dificultades legales.—Podia ella nombrar albacea,—pero no podia nombrar tutor.—Los abuelos tienen la tutela legítima de los nietos,—pero no pueden trasmitirla.—El Código Civil sólo confiere á los padres el derecho de dar tutor á sus hijos.

—¿Y quién será el tutor de Marta?—preguntó doña Emilia, sorprendida.

—La persona que designe el juez, con intervencion del ministerio de menores,—respondió el doctor Arismendi, y añadió en seguida, para calmar la ansiedad que demostraba doña Emilia:—se elige siempre una persona respetable!

Rompió á llorar la anciana.—¿Qué le importaba que fuera una *persona respetable* el tutor de Marta, si no la amaba, si no la conocia, si no comprendia aquel carácter tan difícil y tan raro? ¿Cómo podian quitarle el derecho de elegir en sus últimos momentos, las personas á cuyo lado deberia quedar la niña para su propio bien? Pues qué! Un juez, un extraño, tendria más títulos para hacer esa eleccion!.... Por ventura—¿habia conocido Marta otra madre que la de su propio padre, muerto cuando ella andaba todavia en brazos? Ah! los hombres que habian hecho esas leyes inhumanas no conocian el corazon de una abuela!

Procuró el doctor Arismendi apaciguar las aflicciones de doña Emilia con razonamientos hábiles; pero la pobre señora no se resignaba á la idea de que un extraño pudiese confiar á otro extraño los destinos de Marta.

—Nó! nó! murmuraba con toda la energia de sus postreras fuerzas,—yo quiero que mi nieta quede con ustedes,.... únicamente con ustedes!

Hubo un largo intérvalo, durante el cual doña Emilia seguia exhalando sus lamentos y el doctor Arismendi meditaba con la cabeza baja.

—Se me ocurre algo,—dijo despues el abogado,—algo que, á mi juicio, asegura la realizacion de sus deseos.—Usted tiene que reformar su testamento para nombrarme albacea.—En ese mismo acto, puede usted expresar, como una exhortacion dirijida á los jueces y al ministerio de menores, la voluntad de que yo sea el tutor de Marta, manifestando al mismo tiempo los motivos de esa indicacion.—A la vez, no es difícil encontrar influencias que oportunamente obren sobre el ministerio de menores y sobre el juez de la causa, para que satisfagan los deseos de usted.... Sin ir muy lejos, el doctor Nugués es grande amigo del Presidente y del Gobernador...... Con esos dos empeños, no seria dudoso, en cualquier tiempo, obtener lo que usted se propone y es en todo sentido digno de respeto..... Podremos invitar al doctor Nugués para que sea uno de los testigos del testamento, aprovechando usted esa oportunidad para pedirle el servicio de sus poderosas amistades.

Luego que doña Emilia se persuadió de la eficacia de los médios ideados por el doctor Arismendi tuvo una inmensa espansion de alegria, vertiendo lágrimas tan dulces como habian sido amargas las que acababa de verter.

Sin pérdida de tiempo fué mandado llamar el escribano y dirijida la invitacion al Doctor Nugués.—Los médicos no se engañaban con la aparente mejoria de la enferma....Aterraba su debilitacion creciente, rebelde á una constante aplicacion de fuertes tónicos....Desaparecia ya toda fé en los tenaces esfuerzos de la ciencia, y la naturaleza senil de la paciente pocas esperanzas suscitaba de una reaccion salvadora....Los mismos médicos insinuaron que se debian aprovechar las horas porque de un momento á otro era posible que perdiese Doña Emilia la perfecta lucidez de su espíritu. Era indispensable descubrirle á Marta la realidad de las cosas....Orfilia, de todo advertida por su esposo, hizo alejar nuevamente á su amiga del lecho de la abuela, y la previno con voz muy conmovida que la señora se ocupaba de formular su última voluntad....

—Ella ha querido hacerlo, y los médicos, desgraciadamente, opinan que la oportunidad ha llegado!

Cayó entónces una venda de los ojos de Marta.....Corrió su llanto á raudales, y sus gemidos desgarradores hubieran llegado á oidos de Doña Emilia, si antes de aquella siniestra confidencia no se hubiera observado la precaucion de interponer algunas habitaciones y cerrar cuidadosamente las puertas.

Entraron el escribano y el doctor Arismendi, hallándose la enferma bajo el cuidado de doña Margarita.

—El doctor conoce mis intenciones, murmuró doña Emilia.

Expúsolas en seguida el jóven abogado, y doña Emilia se apresuró á ratificarlas con palabras breves y gestos expresivos.—Salieron el escribano y el abogado á una pieza contigua, para insertar en el protocolo las nuevas disposiciones testamentarias.

—Que no vuelva Marta mientras no hayan concluido todas estas diligencias! dijo doña Emilia.

Doña Margarita respondió con una señal de asentimiento.

El doctor Nugués acudió solicitamente al llamado, llegando momentos antes de estar concluida la escrituracion del testamento.—Rodolfo, que se encontraba siempre en la casa, y á quien el doctor Arismendi habia referido toda la conversacion con doña Emilia, esquivó la vista de aquel testigo importuno.—Pero el doctor Arismendi, llegado el instante del otorgamiento, creyó que debia ir en su busca.

—Me parece, dijo entrando en el escritorio donde Rodolfo se paseaba á grandes pasos, meditabundo y tétrico,—me parece natural que usted sea uno de los testigos del testamento.

—Soy pariente,—contestó el secretario de legacion con bastante sequedad.

—No importa!—repuso el doctor Arismendi;—no habiendo, como no hay, en el testamento, ninguna disposicion á su favor, es usted un testigo tan hábil como cualquier otro.

—De todas maneras, dijo Rodolfo, tratando de parecer más amable,—me contraria serlo. No he visto durante la enfermedad á mi tia, y se me hace cuesta arriba verla ahora.... moribunda! Es posible que ella misma se impresione demasiado,—y en cuanto á mí, soy poco fuerte para esta clase de emociones.

Aceptó el doctor Arismendi esta excusa, y fué á pedirles á dos de los médicos presentes que acompañasen al doctor Nugués como testigos del testamento de doña Emilia, lo cual aceptaron de buen grado.

El escribano dió lectura al acta, de pié, junto á la cabecera de la enferma. A su lado, estaba el doctor Nugués, alardeando flema, y del otro lado del lecho se agrupaban los otros dos testigos, cabizbajos, lánguidos, abrumados acaso por la responsabilidad de su impotencia médica. El Dr. Arismendi se habia retirado al fondo de la alcoba. Eran las cuatro de la tarde. Para facilitar la lectura habian abierto los postigos de un balcon, y rayos de luz alegre caian sobre los tintes lúgubres de la fisonomia cadavérica de la anciana, mientras la voz del escribano, pausada y solemne, se apagaba en la atmósfera pesada de la alcoba como un eco prematuro de ultra tumba....

Halló todavia doña Emilia metal de voz bastante enérgico para declarar que aquella era su última voluntad; y, aunque con esfuerzo penosísimo, pudo trazar una firma trémula al pié del testamento. Los testigos y el escribano firmaron enseguida.

—Ahora, dijo doña Emilia, volviendo hácia el doctor Nugués sus ojos ya nublados,—tengo que pedirle á usted un gran servicio.... Ha oido.... Quiero que Marta sea inseparable compañera de Orfilia.... Solo el doctor Arismendi puede ser su tutor.... Usted es tan amigo del Presidente y del Gobernador!... Prométame que hará valer sus empeños para que, ante la justicia, sean res-

petados estos votos de una abuela, al separarse para siempre de una huérfana, su única nieta...

—Señora mia! exclamó el doctor Nugués, estrechando con afecto la mano descarnada y tibia de la enferma; lo prometo! lo juro! Llegado el caso, garanto que el doctor Arismendi será el tutor de Marta Valdenegros!

—Gracias! gracias! murmuró la anciana.

Aquel servicio lo prestaba el doctor Nugués de todo corazon; — pero no dejaba de incomodarle que le hubiesen sometido á la prueba de una escena patética... Oh! escándalo! El doctor Nugués, rebajado hasta el nivel del vulgo, se permitia sentir nudos compasivos en su garganta escéptica!

Cuando quedó sola con doña Margarita, pidió la anciana que viniese Orfilia.— Una criada fué á buscarla. Entró la jóven esposa y se arrodilló junto al lecho, manifestando asi su gratitud por la demostracion que le hacia doña Emilia al reclamar para Marta su cariño y sus cuidados.

—Serás su hermana! serás su madre! dijo doña Emilia, poniendo la mano sobre la cabeza de Orfilia.—Tú la amas,—tú la comprendes!—Ella es buena... ¿no es verdad? Pero necesita quien la guie, amándola, comprendiéndola.... Tú eres prudente y generosa... tú sabrás guiarla con acierto y con cariño... Francisco y yo...te contemplaremos sonrientes desde la otra vida....

Orfilia, con la cabeza inclinada, lloraba silenciosamente.

Luego, doña Emilia bajó todavia el tono de su voz apagada y preguntó:

—Rodolfo! ¿Dónde está Rodolfo?

—Ha permanecido constantemente en la casa, respondió Orfilia.

—¿Porqué no me ha visto?

—Tal vez nadie se ha acordado de invitarle á entrar; inadvertencia.... olvido.... ¿quiere usted verle?

—No! no! repitió la anciana, despues de reflexionar unos instantes;—no quiero verle.... Mira! Debes estudiar muy bien el carácter de Rodolfo; debes cerciorarte de que ama verdaderamente á Marta ... Si la amenaza un abismo,—sálvala!.... Ahora, quiero verla á ella tambien.

Doña Margarita fué á llamarla. No tardó la nieta en presentarse, con sus ropas y cabellos en desórden, con las facciones amoratadas por largas horas de llanto.—Orfilia estaba siempre arrodillada junto al lecho. —Marta se arrodilló del otro lado, sin atreverse á fijar los ojos en la abuela. Esta juntó las manos de las dos amigas, y dijo con voz desfallecida:

—Sean como dos hermanas.. . Tú, Marta, respeta siempre á Orfilia, y tú...Orfilia....adora siempre á nuestra Marta....Ella....

Un síncope vino á cortarle la palabra; pero los médicos entraron y consiguieron hacerla volver en si; pero ya su espíritu habia caido en una grande postracion.... Comenzó muy pronto la agonia....Vagaban ya las manos amarillas y heladas de la anciana sobre las ropas del lecho, con movimiento incierto, cual si tantearan el camino de una nueva existencia, en tanto que sus ojos, revolviéndose en las órbitas hundidas, parecian buscar horizontes desconocidos....A la noche, tuvo asi mismo una reaccion ligera. Pidió los auxilios espirituales de su religion y los recibió con beatitud angélica....Toda su fisonomia tomó entonces una expresion dulcísima.....Hubiérase dicho que sus facciones se rejuvenecian bajo la accion de la muerte y volvian á ser bellas....La nieta le estrechaba las manos y la contemplaba cara á cara en doloroso estupor....Hacia algun tiempo que la anciana habia cerrado los ojos....Los abrió derepente con un movimiento espasmódico y quedó mirando fijamente á Marta....

Estaba muerta!

(*Continuará.*)

LA ÚLTIMA CALAVERADA

NOVELA ALEGRE PERO MORAL

POR P. A. DE ALARCON

(*Conclusion*)

III

Vivia yo con Eloisa en el campo, en las cercanias de Bayona, en uno de aquellos *chalets* que tanto abundan allí y que se alquilan por la temporada de Verano.—Hallábase situado el nuestro en la carretera que conduce á Pau.—Todavia no habia ferrocarriles en el Mediodia de Francia.

Precisamente habia sido en aquella especie de quinta donde habia yo concebido (*á priori* y en abstracto) la pícara idea de *faltarle* solemnemente á mi cara mitad, de tener una aventura en toda forma, prévia la correspondiente conquista; de aumentar un nuevo laurel á los de mi borrascosa juventud. ¡La soledad, el espectáculo de la pagana naturaleza, y la rápida visión de las hechiceras *veraneadoras* y bañistas que pasaban por delante de nuestra solitaria vivienda, en soberbios carruajes, dirigiéndose á otros puntos del Pirineo, contribuyeron, sin duda, á sacarme de mis casillas!

¡El campo...., y, sobre todo, el campo de Francia, tan poblado de divinidades mitológicas con medias y corsé, es el más terrible enemigo del matrimonio!—La seda, en el silencio de los bosques, cruje de un modo que causa vértigo....

En tal situacion, pues, supe que una antigua novia mia, gaditana, con quien estuve para casarme, y cuya mano no llegué al fin á pedir solo porque me permitió besársela varias veces cuando la llevaba del brazo, escoltada por una tia suya, viuda, y por un antiguo amigo de ésta, desde cierta tertulia inolvidable hasta la casa en que vivia; casa cuya pícara llave no pude adquirir nunca, no por falta de voluntad de la niña, me parece á mi, sino por sobra de vigilancia de la vieja....

—¡Escupa, usted, Marqués; que se ahoga!

—¡Descuidad, que no os diré el verdadero nombre de la interesada! Pero, para entendernos, bueno será que la llamemos Antonia, Josefa, Dolores!...., en fin, como queráis....

—Preferimos *Antonia*.—Es muy bonito nombre.....

—Y nombre romano, clásico, propio de estatuas semi-desnudas....

—Pues bien, repito que *Antonia* habria llegado tal vez á convertirse de mi *futura* en mi *pretérita*, si yo le hubiese dedicado más tiempo ó si la tia nos hubiera dejado más espacio; y que un hombre de mis circunstancias no debia, ni pudo, ó, por mejor decir, *no quiso* llamar esposa suya á mujer que le merecia tal concepto....

Por que habéis de saber que el verdadero calavera no se casa nunca con sus víctimas, ni con las que han estado abocadas á merecer semejante dictado. El calavera se casa con una santa como mi marquesa, ó baja soltero á los profundos infiernos.— Esos Tenorios vulgares que acaban por pagar en la Vicaría todo lo que deben al sexo contrario, poniéndose en manos de una equívoca hija de Eva que vengue á todas sus predecesoras, son unos calaveras apócrifos, unos impostores, unos falsos profetas del amor.—¡A ver! deme usted lumbre pollo.—Y ustedes ¡perdónenme estos entusiasmos de ultratumba!—El hombre bien nacido no pierde nunca su amor platónico al *arte*. A más que la teoría que mantengo puede servir de advertencia á las *incautas*.

Iba diciendo que por entónces supe que aquella mi antigua novia (casada ya á la sazon con un pobre amigo mio, de la especie predestinada, que, ó no probó á besarla la mano á Antonia antes de pedírsela, ó era menos receloso y precavido qu

yo), habitaba en otro *chalet* solitario, situado en aquella misma carretera y á una legua corta del nuestro.

No bien me enteré del caso, procuré hacerme el encontradizo con su marido y con ella.

Alegráronse ambos mucho de aquel encuentro y de aquella vecindad; llevé á mi mujer á misa á la misma aldea en que solian oirla ellos; hubo las presentaciones consiguientes; mediaron dos largas visitas. . . . . (es decir nosotros almorzamos un dia en casa de Antonia, y Antonia y su marido almorzaron otro dia en la nuestra),y, con esto fuimos ya los cuatro los mejores amigos del mundo.

Mi pobre Marquesa no sospechaba nada, y, sin embargo, la cosa no podia marchar más de prisa. La legüecilla que separaba los chalets andábase en menos de media hora, bien en el *tilbury* que tenian nuestros vecinos, bien en los caballos de silla que teníamos mi mujer y yo; y, en cuanto al camino del adulterio, puede decirse que Antonia y yo lo andábamos á paso doble de tal manera, que ya estábamos tocando al término de tan criminoso viaje. . . . .

Desde mi primer encuentro con ella conocí que recordaba aquellos besillos que en otro tiempo depositara yo en sus manos; y, á mayor abundamiento, aproveché todos los descuidos de su esposo y de mi mujer para aumentar el catálogo de los antiguos y reverentes ósculos con media docena que pude plantarle en el carrillo izquierdo, otra media docena en el derecho, y uno de padre y muy señor mio en mitad de su perjura boca; todo esto dando vueltas por nuestro jardin, ó por el suyo, mientras que su marido y mi mujer (¡con remordimiento lo digo!) hablaban de floricultura, ó se contaban lo muy felices que respectivamente los haciamos Antonia y yo....—Lo que no podian conseguir nunca los infelices era pasearse por las mismas calles de árboles que nosotros.... ¡Tal afan (aparente) poniamos nosotros en perseguir vilanos, á falta de primaverales mariposas!

Porque estas escenas ocurrian á mediados de Setiembre.

—«El domingo se marcha mi marido á Pau, donde estará tres dias. El lúnes, despues que oscurezca (á fin de que no llames la atencion de los transeuntes), puedes montar á caballo é ir á verme á mi *chalet*. Yo estaré en el jardin, en el pabellon grande, que, segun recordarás, se halla, lo mismo que éste, al extremo de la verja y lindando con el invernadero. Procuraré, además, que la verja no esté cerrada, sinó entornada, y que el portero haya ido á la aldea á algun recado que lo entretenga mucho tiempo. Por consiguiente, podremos disponer de dos ó tres horas de absoluta libertad, y sin riesgo de que se entere nadie.»

Así me dijo Antonia la mañana que almorzó en nuestro *chalet* con su marido.

Yo no pude menos de admirar y (de sentir) la consumada sabiduría que revelaba aquel plan de batalla.

—¡Es veterana! (me dije). ¡Alguien ha madrugado más que yo!

Pero, de cualquier modo, Antonia era todavia muy digna de personificar mis pecaminosas ilusiones. Veinticuatro años; blanca y pelinegra; estéril aún; rica de formas y gallarda de movimientos; risueña, impávida, terrible; con boca de niño y ojos de mujer muy mujer....

«con ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!»

que ha dicho Perico Alarcon.... tales eran las *señas particulares* de aquella beldad, á los veinte meses de matrimonio.

¡Parecia la estatua viva del pecado!

IV.

El lúnes por la tarde recibí una comunicacion (*que yo mismo me había escrito*, disfrazando perfectamente la letra), en la cual el Alcalde del pueblecillo á que pertenecia nuestro *chalet* me prevenía que compareciera aquella noche á las siete ante su autoridad, á fin de enterarme de un gravísimo asunto que me importaba personalmente, encargándome mucho el secreto, *y advirtiéndome que fuera solo.*

El pueblecillo distaría cosa de una legua.

—«*Ha sido un error; me han confundido con otra persona*,» tenia yo pensado decirle á mi mujer. . . á la vuelta.

Pero, por lo pronto, fingí gran alarma, mucho miedo y extraordinaria curiosidad. . . . , con lo que partí en el acto, dejando á mi pobre mujer muy afligida. . . . : ¡tan afligida, que hubo un momento en que temí se desmayase! . . . —por lo cua no me marché hasta que su corazon se desahogó á fuerza de llanto. . . .

Ya veis que no escatimo ninguna circunstancia agravante de mi iniquidad. Falsificador, embustero, verdugo. . . . ¡todo lo fuí á un mismo tiempo, con tal de ser, por añadidura, traidor á una fé jurada en los altares y ladrón de la honra de un confiado amigo!—Total: cinco infamias.

El auditorio se iba poniendo serio.

El Marqués hizo una pausa, y luego continuó, en tono más alegre:

V.

Era una de aquellas noches de niebla que tan frecuentes son en los Pirineos durante ocho meses del año.

No se veia nada, absolutamente nada. ¡Ni tan siquiera divisaba yo mi propio bulto!

Pero el arrecife era recto, ancho, llanísimo; tenia árboles y cunetas á los lados, y mi caballo inteligente por todo extremo, que ya habia ido varias veces de nuestro *chalet* al de Antonia, no podia extraviarse. . . .

Consideré, pues, más ventajosa que inconveniente aquella espesísima niebla, impenetrable de todo punto, á causa de la oscuridad de la noche. . . . ¡Ni nadie me vería en el camino, ni nadie podría conocerme en el momento de entrar en la casa ajena.

—¡Hay un Dios que protege á los enamorados!—me dije alborozadamente.

¡Y cómo me latía el corazon!—Mis antiguos amores con Antonia; aquellas tímidas, embozadas y simbólicas conversaciones propias del noviazgo con una señorita; aquellos rápidos é insuficientes besos que estampé en sus manos de soltera; aquellos otros más audaces, pero no menos ligeros, que había estampado ya en sus mejillas de casada y en su aleccionada y agradecida boca; sus lánguidas miradas en nuestras recientes entrevistas, sobre todo en la última, todo esto constituía, para mi amorosa esperanza, un mundo de ilusiones, de promesas, de indefectibles venturas. . . .

¡Qué larga deuda iba á cobrar! ¡Una deuda de cinco años! ¡Y á qué poca costa!—¡Como me alegraba de no haberme casado con Antoñita, sinó con mi santa mujer! ¡Qué suerte tan grande la mia! ¡Tener un ángel por mujer propia, y no ser un ángel la mujer ajena! ¡Qué distinta habria sido mi situacion si me hubiera casado con la ingrata que iba á escarnecer en mis brazos la fé conyugal, y me hubiese enamorado luégo de la dulce prenda incapaz de pecado que tenía por esposa! ¡Oh doble desventura! ¡Ni la una ni la otra me hubiera amado entónces! ¡La una por mala, y la otra por buena, me habrían maltratado igualmente!—Y de aquel otro modo, era mio el corazon de las dos: las dos se esmeraban en hacerme feliz: encontrábame á un mismo tiempo venturoso marido y venturoso amante. ¡Seguia siendo el hijo mimado del amor y el nieto favorito de su madre Venus!...

Por aquí iba en mis erróneas y detestables reflexiones, cuando tropezó el caballo, y caí.

VI.

—¡La caida de Saulo, de que hablaba usted antes!

—¡Justamente! ¡La caida de San Pablo!—replicó el antiguo calavera, lanzando una gran bocanada de humo y siguiendo con la vista sus azuladas espirales, que fueron á ennegrecer el techo del gran salon del *Casino del Príncipe* de esta villa (entónces córte), donde pasaba la presente conversacion en tiempos del último Ministerio Isturiz.

—Segun eso.... (observó uno), se rompió usted....

—¡No me rompí nada, mi General!

·Pues entónces....

—Déjeme usted concluir.

Me levanté ileso (milagrosamente ileso, si se considera que la caida fué por las orejas del caballo); busqué el sombrero, que me costó gran trabajo encontrar en medio de las tinieblas tan absolutas; cepilleme con ambas manos, como Dios me dió á entender, y volví á colocarme sobre la silla, no arrepentido todavia (pues yo era más contumaz que el Apóstol de los gentiles), sinó antes bien, lleno de mayor impaciencia que nunca por estrechar entre mis brazos á aquella pecadora, cuyas viles promesas me habian hecho dejar á mi bendita mujer llena de tribulacion y angustia en la soledad de una casa de campo, en una noche tan triste, en tierra extranjera, contando los segundos, y temiendo á cada instante por mi libertad y por mi vida!

Pero esto lo pienso ahora; pues lo que es entónces.... sólo pensaba en los aguerridos ojos de Antoñita; en su incitante boca; en su sedoso pelo; en sus brazos, que habian engordado desde que yo le daba el mio al salir de las tertulias de marras; en su talle, no menos redondo que cuando yo bailaba con ella, diciéndole al oido cosas equívocas, cuyo sentido parafraseaban sus ojos y su aliento, en sus piés, por último, que yo pisé tantas veces, cuando íbamos en coche, acompañados de la sombra de Nino de su ya destronada tia, á Carabanchel ó á la Alameda de Osuna. . . .

Metí, pues, de nuevo espuelas al caballo, y, al cabo de un cuarto de hora, sus desperezos y relinchos me denotaron que estaba cerca del paraiso de mis sueños.

En cuanto al noble animal, regocijábase sin duda de aquel modo, porque habria olfateado la vecindad del hospitalario paraje en que ya habia sido muy bien tratado dos ó tres veces.

—¡Gracias, buen servidor! (le dije, acariciándolo). ¡Tú tambien amas esta mansion de venturas!

El caballo me contestó con una parada en firme, como diciendo:

—Hemos llegado.

Y, en efecto, á través de la niebla percibí dudosamente un punto de claridad, que comprendí era la iluminada ventana del pabellon en que me aguardaba Antoñita.

Me apeé del caballo; avancé á la orilla del camino, y topé con la verja.

Mi corazon brincó de gozo. . . . . Pero en seguina me asaltó un miedo muy natural.

—¿Si estará cerrada? ¿Si se habrá arrepentido Antonia?—me pregunté, con el recelo propio del que acude á primera cita de tal clase.

Até el caballo á un hierro de la verja, y luego fui empujando los demás, hasta que al fin cedió uno. . . .

¡Era la puerta que se abria!

—Bendita sea!—pensé, lleno de agradecimiento ante aquella *formalidad* de mi adorada y ante aquella *facilidad* de la cancela. . . . que me anunciaba tantas otras facilidades.

Al mismo tiempo, un fantasma blanco se delineó entre la bruma, y una voz baja, trémula, ronca de emocion y sobresalto, pero llena tambien de infinita dulzura, murmuró en medio de las tinieblas.

—Juan, ¿eros tú?

—¡Yo soy, mi vida! —le contesté, alargando los brazos. . . . .

Y palpé unos suaves y tibios hombros; y oí un gemido de placer; y una ardorosa cara, bañada en llanto, se apoyó en la mia; y la misma dulce voz, más amante aún que al principio, pero menos velada ya por la inquietud, me dijo entre dos cariñosos besos:

—¡Hay, Juan! ¡Creí que no volvías nunca!

Era mi mujer.

VII

¡Sí; era mi mujer!

¡Estaba en mi casa, en mi propia casa, en el jardin de mi *chalet*, semejante en un todo al de Antonia y al de todos los *chalets* del mundo!

Cuando me caí del caballo....

—¡Comprendido! ¡Comprendido! (interrumpió el Duque). El animal se volvió, como hacen siempre todos en tal caso, en sentido contrario á la marcha que habia seguido hasta entónces....

—¡Exactamente! Y, como yo, con el aturdimiento de la caida, y con las vueltas que di para buscar el sombrero, me desorienté por completo....

—¡Eso es!...—El caballo prefirió regresar á casita á seguir corriendo aventuras....

—¡En una palabra; Como yo tenia en aquel momento algo de animal irracional, no caí en la cuenta de que podia estar desandando lo andado.

—¡Bien!—¿Y qué?

—Termine usted su historia....

—Esperamos el desenlace....

—¿Qué ocurrió despues?

—¡Nada! Lo que ya he dicho: que estaba en micasa, y que tenia entre los brazos á mi mujer, á mi buena Eloisa, á vuestra amigota la Marquesa....

—¡Bueno!..: Pero ¿que hizo usted? ¿Qué dijo?

—¡Toma! La llevé al pabellon del jardin....(pues tambien aquel jardin tenia su pabellon correspondiente, ¡en el cual habia estado aguardándome la pobre, para hallarse más á la vista de la carretera!) La llevé, digo, al pabellon del jardin..., y nunca mas volví á ver á Antonia, ni á pensar en otra mujer que en aquella que me abrazó llorando de amor y de alegria, precisamente en el momento en que yo creia tener entre mis brazos á su rival!

—¡Pobre Antoñita! (exclamó el Duque).

¡Qué noche pasaría!

Todos soltaron la carcajada.

VIII

—Por lo demás (concluyó el Marques, tirando el resto del cigarro), háganme ustedes el favor de considerar ahora el respeto con qne miraria yo desde entónces á aquel caballo que me habia vuelto á la senda de la virtud....

Si yo hubiera sido emperador, como Calígula, lo habria hecho, no digo cónsul, sinó catedrático de Etica... Pero no era más que Marqués, y lo vendí casi de balde, avergozado de que un animal irracional fuese, dentro de mi misma casa, más digno que yo de las bendiciones de mi confiada esposa.

Madrid, 1874.

GUERRA JUNQUEIRO

Esta traduccion es apenas una traduccion.

Empeñados por el compromiso de dar material para «El Lúnes de la Razon», y no sabiendo qué dar, indicónos un nuestro amigo que no estaria fuera de conveniencia el hacer conocer, mas que fuera mal y poco, algo de lo mucho y bueno que ha dado à luz el jóven y notable

poeta portugués *Guerra Junqueiro*, casi ó sin casi desconocido en Montevideo. Urgidos por la premura del tiempo y dificultados á cada paso por nuestros escasos conocimientos del idioma portugués, que apenas nos valen pàra comprender lo que en él se escribe, hemos hecho esta traduccion.

Hemos tomado para traducir *A morte de Don Joao*, como podiamos haber tomado cualquiera de sus demas obras, pues donde todo es bueno no queda lugar á decision alguna, se *elige* lo primero que se encuentra: esto esplica también, el porquè hemos empezado por el canto cuarto de la segunda parte del poema.

Sin embargo, si el Señor Director del Lúnes fuera en ello gustoso y nuestra audacia no se anduviera en miramiento, prometemos desde ya acometer la traduccion completa.

Ella servirà apenas para hacer las veces de ugier levantando la cortina que oculta las bellezas del original, y anunciando con voz desabrida y gangosa à nuestro lectores: *A morte de Don Joao—El Señor Guerra Junqueiro.* Y con esto—vale.

HERMOSILLA.

RUINAS

CANTO IV DEL POEMA *A morte de D. Jodo*, DE GUERRA JUNQUEIRO

ERA una noche pavorosa, oscura,
De esas noches de horror que Dios mandaba
A las razas esclavas
De los siglos malditos.
La gran ciudad, la meretriz impura,
Reposaba en su lecho de granito,
El lecho colosal de mil orgias.
De los vientos la música sonora
Resonaba tremenda como otrora
La férrea voz del lívido Isaias

—

Llegado habia la hora en que los sueños,
Los sueños pavorosos,
Como fetos siniestros, monstruosos
Llenaban de la noche
La soledad funesta:
En que el alma suspira dolorida
Como virgen fantástica perdida
En las sombras sin fin de las florestas.
Hora fatal en que germina, ondea
La semilla del mal, que el mal procrea
Del corazon en la árida campiña,
Y las yerbas malditas, venenosas
Dormitan silenciosas
En la lepra verdeada de las ruinas.
En la quietud profunda del hospicio
Arde la flor del vicio
Llora la flor del llanto,
Y el enfermo en sudores de agonía
Contempla con dolientes fantasías
Las legiones nocturnas del espanto.

—

En las plazas desiertas
Miles de luces, trémulas, inciertas,
Bostezaban con brillo sepulcral;
Pareciéndo en las calles solitarias
Procesiones mortuorias que pasaban
Para aplacar las cóleras del mal.
Mas, del silencio aquel en el arcano
Habia un sordo fermentar de oceáno,
Un vago estremecer....
Era el asombro, la convulsion latente
De Mesalina lúbrica que siente
Su crimen, sus entrañas revolver.

—

Entre el hondo silencio tumular
Cual una hornalla ardiente
Erguíase febril, resplandeciente
El vasto lupanar

—

En frente del burdel yacia un templo
Triste como un desierto,
Grande como un ejemplo.
Su vetusto portal estaba abierto.
Dentro, silencio inerte,
Silencio pensativo y formidable
Como un asceta lívido que duerme.
La oscuridad en torno espesa y vasta;
Y al fondo un Cristo pálido, inefable,
De una tristeza luminosa y casta.

—

Negras cajas mortuorias
Sobre las lozas húmedas, impuras.
En las sombras velanse sudarios.
Olia à sepulturas.
Palpitaba en el aire
Algo como un misterio,
Un no sè què de trágico y sombrio....
Los ojos tenian miedo
Las almas tenian frio.
De la profunda bóveda pendiente
Roja, débil, exánime
Titilaba una lámpara doliente
Como suspensa lágrima de sangre.

EL POETA

(Arrodillándose delante del altar)

Oh! espíritu inmortal,
Oh! inmortal miseria!
Y decir que un pedazo de materia
Crapulosa y gentil
Partir puede en un beso, en un abrazo
Las mallas aceradas
De un corazon viril!
Oh! Espíritu inmortal,
Oh! inmortal miseria!

. . . .

Con cosas trasparentes, fabulosas,
Con oro, luz y pedreria y flores
Levanté sobre nubes vagorosas
Un palacio de Olímpicos amores.
Tenia vastas ventanas enrejadas,
Para entrar à las glorias deslumbrantes
De las celestes vivas alboradas.
Tenia el aire fantásticos mirages
Do las almas severas, impecables,
Cual grupo de palomas inefables
Se hundian en la azul inmensidad.
Tenia vastas penumbras pensativas,
Torres maravillosas, fugitivas,
Cual la idea febril de libertad ...

. . . .

Cayó todo ante el soplo de los vientos.
¡Son así los castillos ideales
Que edifica en la luz el pensamiento!
Y sobre las tristísimas ruinas
De aquellas altas torres cristalinas,
Despeñadas al soplo del Nordeste,
Quedó mi corazon despedazado,
Cual si se hubiera sobre mí voleado

La bòveda celeste.

. . . .

Oh! Jesucristo, oh! sàbio
Para ir al paraiso
Mataste la sonrisa, flor del làbio;
Dividiste los trozos de tu manto;
E hiciste de los ojos virtuosos
Constelaciones de divino llanto.
Si eres padre, en verdad del desdichado,
Y si tu dulce mano
De luz y de esperanza
Sabe curar las lepras del pecado,
Arràncame del alma esta pasion,
Como se arranca el hierro de una lanza
Del pecho de un soldado.

. . . .

Para què sirves tù oh! flor celeste,
De què me sirves, dì, si no supiste
Lo que es amor brutal?
Si en tus labios severos y tristes
Nunca en vida sentiste
La mordida de un beso sensual!

(Se levanta)

Un Dios cadàver, un cadàver frio!
De què nos sirve un Dios, yermo, sombrio,
Con labios mudos, con mirar sin luz?
Còmo èl ha de amparar los desgraciados
Si están sus brazos lìvidos plegados
En los brazos abiertos de una cruz!

(Concluir á.)

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 31

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C 7 D	R 4 AR
D 6 R (jaque)	R toma D
A 4 CR (mate)	

1.ª variante

C 7 D	R 4 AR
D 6 R (jaque)	R 5 A ò 4 C
D 4 C ò 6 A (mate)	

2.ª variante

C 7 D	P 7 AD
D 6 CR (jaque)	R 5 D ò 5 A
D 3 D ò 4 C (mate)	

3.ª variante

C 7 D	P 5 D
D 6 R (jaque)	R 5 A ò cubre C
D 4 C ò toma C (mate)	

La solucion exacta nos fuè enviada por El Duende y Eduardin.

Ulises se queja de la sencillez del problema, y sin embargo, la solucion que èl envia no es exacta, pues altera el òrden de las jugadas, dando primero movimiento á la D, à la cual coloca en la casilla 6 C R, para en seguida mover el C á 7 D.—En estas condiciones el problema falla en algunas de sus variantes.

CHARADAS

1.ª Saturnino—2.ª Mariano

La solucion de las dos nos fuè enviada por Riana, Una Floridense, Fugo y A. P.—Lolò y Tito descifraron la segunda solamente.

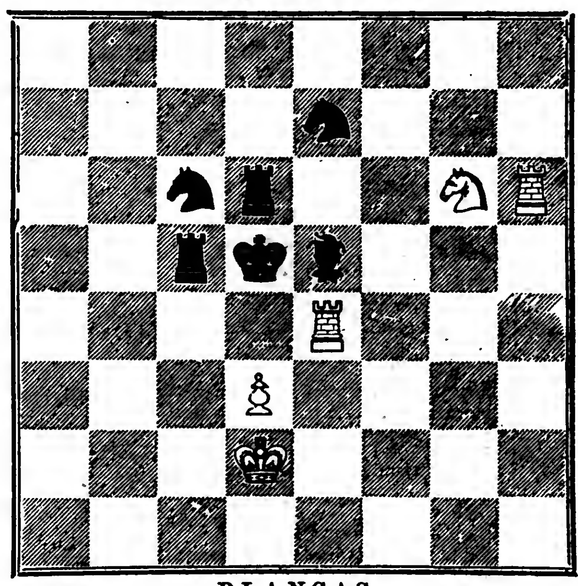
GEROGLÍFICO NÚM. 31

Quien más mira, mènos vé.

Fuè descifrado por Doso, Lolò, Fugo, Riana, Higo, X. R., Uno, Diego, Tutti y Una Floridense.

Problema de Ajedrez por E duardin

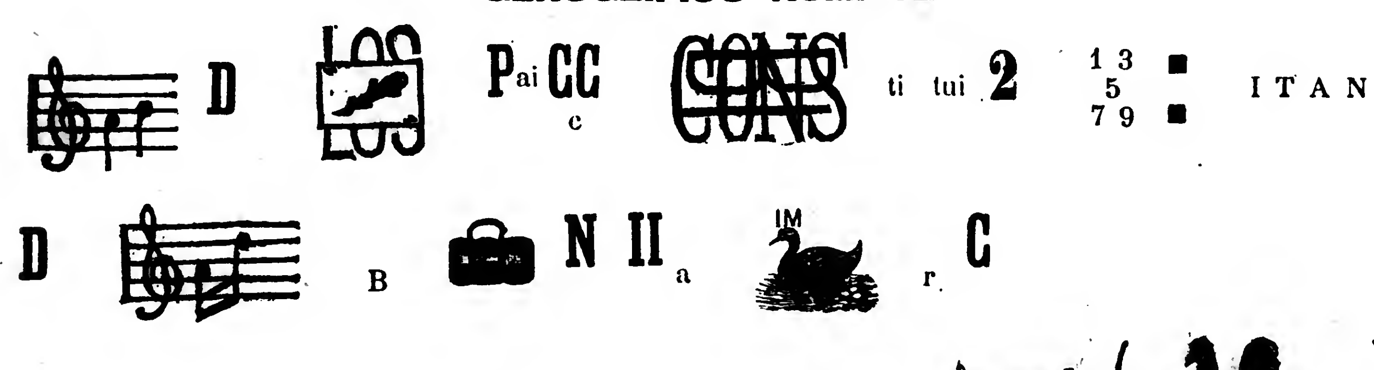
NEGRAS

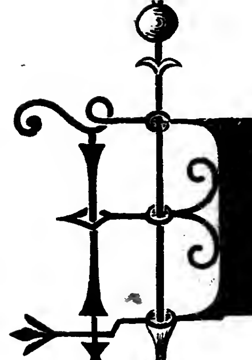


BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 32

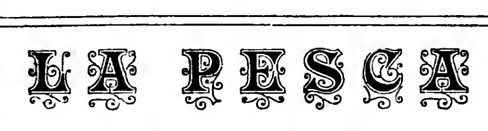




EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Marzo 17 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 33.*



LA PESCA

Suspendemos por hoy otros materiales (incluso *Los Amores de Marta*) para proporcionar á nuestros lectores la agradable sorpresa del último poema de Gaspar Nuñez de Arce,—cuyos primeros ejemplares acaban de llegar á Montevideo.

Una nueva produccion del autor del *Idilio*, *El Vértigo* y *La última lamentacion de Lord Byron*, es la mayor novedad literaria que puede ocurrir en el mundo de las letras castellanas.—La ofrecemos, pues, á nuestros lectores:

I

¡CUÀNTAS veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mia
honda melancolia,
tu atronador, tu interminable grito!

II

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asolò con sus batallas;
hasta los dioses que de polo à polo
temidos son; tù sòlo
sientes rodar los siglos, y no callas.

III

No callas, y hasta el alto firmamento
sube tu ronco acento,
y cuando revolvièndote en tì mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empeña el huracàn con el abismo.

IV

Sòlo alcanza poder tan soberano,
el pensamiento humano
como tù grande, como tù profundo,
que alzando sin cesar su voz de trueno,
forja en su ardiente seno
las glorias y catàstrofes del mundo.

V

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Què hiciste de las naves
con que surcò tu inmensidad, la aciaga
y trágica ambiciòn? ¿A dònde han ido?
Como el mortal olvido
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI

Todo perece en tì sin dejar huella:
el barco que se estrella
contra el peñòn, la armada que devoras,
los continentes que iracundo invades,
las sordas tempestades
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
mantiene en piè las ruinas
que las ciegas catàstrofes dejaron.
Tù, con desdèn soberbio, las rechazas:
por tì pueblos y razas
como sombras efimeras pasaron.

VIII

El furor de los tiempos, que venciste,
sòlo tu voz resiste:
tu acento fuè, como clamor de guerra,
el que la humanidad oyò primero,
¡ay! y serà el postrero
que en su agonia escucharà la tierra.

IX

Pero màs, mucho màs que cuando inmolas
y abismas en tus olas
la insolencia del fuerte à quien humillas,
mi espìritu conturbas y enajenas
con las tristes escenas
que esparcen el terror en tus orillas.

X

No lejos de un peñòn agrio y salvaje
que con recio oleaje
el cantàbrico mar bate y socava,
al travès de los árboles blanquea
casi ignorada aldea,
sobre la costa inabordable y brava.

XI

Mirando al mar, de frente al Oceano,
que sacudiendo en vano
la roca estèril sin cesar se agita,
el horizonte corta y se alza enhiesta
sobre la calva cresta
del picacho granìtico, una ermita.

XII

¡Con què placer la gente pescadora,
que al despuntar la aurora
por entre escollos à la mar se lanza,

del sol poniente al último vislumbre,
ve lucir en la cumbre
aquel faro de amor y de esperanza!

XIII

Cuando, salvo de innúmeros azares,
torna á los patrios lares,
el marinero audaz ¡con qué alegría,
con qué ferviente fé, descalzo y roto,
corre á colgar su voto
en aquel pobre templo de María!

XIV

¡María! que del piélago y del alma
las tempestades calma;
que recoge en sus brazos, y consuela
al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo á toda herida,
puerto á toda aflicción. *¡Maris stella!*

XV

Desde el peñón desnudo y solitario
que el blanco santuario
con su apacible majestad abruma,
contempla por do quiera la mirada
la costa acantilada
donde se estrella con fragor la espuma.

XVI

Y al dilatarse por el mar, divisa
en la línea indecisa
do se juntan las nubes y las olas,
raudo vapor, que con la crin al viento,
acelera el momento
de arribar á las costas españolas.

XVII

Luego, á medida que la luz desmaya,
con rumbo hácia la playa
cuyos contornos borra la neblina,
se ven llegar las pescadoras naves,
como tímidas aves
que al nido vuelven, cuando el sol declina.

XVIII

El faro, al descender la noche oscura,
en la empinada altura
del negro promontorio centellea,
y su destello intermitente oscila,
cual la roja pupila
de un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX

Están, desde la cúspide del monte,
el mar y el horizonte
á la absorta mirada siempre abiertos,
y al otro lado, en la vertiente opuesta
de la escarpada cuesta,
reclinado el lugar entre sus huertos.

XX

Silvestres hayas y robustos pinos
de los cerros vecinos
orlan y ciñen la brumosa frente,
por cuyas quiebras rueda y se desata,
como líquida plata,
el sonoro raudal de alguna fuente.

XXI

Y allí, donde de pronto se despliega
la pintoresca vega,
siguiendo los contornos desiguales
de la verde montaña, resguardado
por el peñón tajado
de recios y furiosos vendavales;

XXII

bajo el amparo de la Iglesia santa,
sobre la cual levanta
sencilla cruz sus brazos redentores,
sin que la sed de la ambición le aflija,
humilde se cobija
aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII

Por entre los repliegues de una loma,
rústico albergue asoma
al margen de un arroyo cristalino,
cuyo limpio caudal, abriendo calle
por el fondo del valle,
mueve después las piedras de un molino.

XXIV

Fresca arboleda en sus orillas crece,
y cuando el viento mece
con leve impulso sus tupidas frondas,
parece, reflejándose en el río,
que el ramaje sombrío
en el espacio tiembla y en las ondas.

XXV

Junto al arroyo que lamiendo pasa
las tapias de la casa,
un jóven pescador de piel curtida
por el viento del mar, áspero y rudo,
iba nudo por nudo
recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI

para coger los puntos de la malla,
que en su postrer batalla
rompió, saltando el pez, vencido y preso
en la jornada del pasado dia,
cuando la red crujía
de la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII

Agraciada mujer, viva y morena,
en la ingrata faena
le acompañaba, y con secreto gozo,
á menudo, ligera como el rayo,
mirándole al soslayo
orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!—

XXVIII

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
en el redondo seno

que el ceñido jubòn reprime y tapa,
suspendiendo de pronto su trabajo,
decìa por lo bajo
con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!

XXIX

Entonces, dibujàndose indecisa
en sus labios la risa,
contemplàbase, muda de embeleso,
la dichosa pareja enamorada,
y era aquella mirada
una promesa, una caricia, un beso.

XXX

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
como su nombre, hermosa:
arde en sus ojos del placer la llama.
Su fresca boca, que al halago brinda,
es dulce cual la guinda
que el pàjaro voraz pica en la rama.

XXXI

No tiene la blancura de la nieve,
que se deshace en breve:
negros sus ojos son, negro el cabello.
Competir en su rostro parecìa
la noche con el dìa;
pero ¿acaso el crepùsculo no es bello?

XXXII

Cayò en las redes de su amor cautivo
Miguel, el màs activo
y arriesgado patròn de aquella playa,
que àgil en el timòn, fuerte en el remo,
en el peligro extremo
ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

XXXIII

Adiestrado en el ìmprobo ejercicio
de su penoso oficio,
por la abierta camisa muestra el pecho
de fuerte y musculosa contestura,
no à la molicie impura,
sinò à las fieras tempestades hecho.

XXXIV

Bajo su tosca y natural corteza
oculta la nobleza
de un corazon resuelto, pero sano.
Tan solo Rosa conquistò la palma
de someter un alma,
que no logrò domar el Oceano.

XXXV

Santificò su paz y su ventura
la bendiciòn del cura.
Tres meses hace que al sagrado lazo
la ya vencida voluntad rindieron,
tres meses, que se dieron
el primer beso y el primer abrazo.

XXXVI

Nunca viò la cantàbrica montaña,
honor y prez de España,
dos almas en sus gustos más unidas,
ni con tan casto ardor el himeneo
en un mismo deseo
fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII

En su hogar deslizábanse veloces
las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
su amor tan inocente como vivo:
pero el beso furtivo,
la franca risa el apretón de manos,

XXXVIII

el íntimo y verboso cuchicheo,
semejante al, gorjeo
de alegres aves, el falaz desvío
de que mimada jóven alardea,
sólo el tiempo que emplea
en decir su amador:—¡Dulce bien mio!—

(Continuará).

EL INTRUSO DE CAZA

(ORTEGA MUNILLA)

I

En los buenos tiempos aquellos en que era rey de España, por la gracia de Napoleón, su hermano José, no constituía la caza ejercicio muy usado en la Península. Ocupación más grave que la de dar muerte á conejos y perdices entretenía las escopetas, que andaban por esos montes de Dios cargadas con balas y convertidas en fusil belicoso y antihumanitario. Los ciudadanos, que por temor se sometían al rey intruso, hubieron de entregar sus armas de fuego en la Casa-Concejo de sus respectivos pueblos, y los no sometidos usábanlas en la noble empresa de arrojar de nuestra bendita tierra á los señores gabachos. Así es que las perdices se morian de aburrimiento dentro de sus jaulas, tomando el sol ó escarbando la tierra, sin que un cazador las sacase á ver el campo; los conejos y liebres se multiplicaban entre los piés de los combatientes, de modo que causó asombro á lord Wellington el gran número de estos doctos animalitos que vió en el Arapil grande de Salamanca; los siervos y venados paseaban sus gentiles personas por la pacífica extensión de sus antes conturbados dominios, y las codornices emigradoras tornaban á su Africa, llevando en el pico la verde rama del emblemático olivo, que la patria ensangrentada y doliente buscaba sin éxito por el desolado territorio de Bailén.

No faltaba, sin embargo, algún aficionado al gran placer de la caza, que, dando de mano á trascendentales ocupaciones políticas y cual si en nada tuviera el desenlace de la gloriosa tragedia, fuese una hermosa mañana de primavera por el polvoriento camino del Pardo, como quien se dirije hácia el cuartel de San Roque, puesto sobre un vigoroso caballo de campo y seguido de 6 ú 8 oficiales franceses, todos ellos vestidos de paño azul, con botas de cuero adobado y cascos de reluciente metal en las cabezas.

Salió del Pardo esta lucida cabalgata á tiempo que el sol asomaba su rodela llameante tras las oscuras lomas del Guadarrama que á lo lejos descubría sus escalinatas gigantescas de granito, sus rampas grandiosas de pendiente inaccesible, sus cresterías y granulaciones verrugosas,en que la vejetación muere, tratando en vano de subir aquellas cuestas y despeñaderos, agar-

rándose con las uñas de las zarzas y con el vejetador plé del musgo.

En las afueras del pueblo cruzóse la cabalgata con un pelotón de soldados franceses que vivaqueaban allí. Todos se cuadraron al descubrir al ginete del cabello negro, y gritaron con voz becerril y aguardentosa:

— *Vive le Roy*!

— *Vive*!—respondieron los de la escolta.

El real ginete, pues real era, toda vez que así le llamaba la *Gazeta*, no contestó á la entusiasta salutación de otro modo que espoleando el caballo el cual tomó á media rienda el camino que conducia al monte y serpeaba entre un espeso tomillar, y cuya atmósfera, llena de los aromas saludables de la sierra, animaba el deseo de penetrar en la espesura del rebollar vecino, donde mil berracos murmuraban no sé qué chismes patrióticos, y huian á la llegada de S. M. deteniéndose cerca de él, como si los muy picaros osasen burlar su voluntad omnipotente.

S. M. el rey José iba de mal humor, segun refiere el puntual cronista. Su ancha frente estaba contraida por las arrugas del disgusto, y su lábio inferior, descolorido y muy delgado, dejábase morder por los reales dientes, que eran blanquisimos y pequeños, como de dama. Llevaba al descuido las riendas de la noble bestia, que, usando con prudencia de su libertad, no salia de una mediana carrera, con que bien pronto ganó la entrada del monte. Entonces el rey intruso llamó á los de la escolta, que adelantaron sus caballos hasta emparejar con el de José, y éste dijo con aquel insinuante tono que le caracterizaba.

—¿Dónde vamos á cazar, Augereau?

Augereau, que iba á la derecha del rey, caballero en un potro de fiera é inquieta cabeza, patas finas y crines recortadas, contestó, refrenando el hermoso bruto, que irreverente trataba de adelantar á la real cabalgadura:

—*Sire*, en el llamado Cuartel de las Aguilas, V. M. verá cuán agradable cazadero. La abundancia de reses mayores es grande en él. No es extraño, porque hace meses no suena un tiro en toda la extensión de esta finca de Vuestra Majestad.

—Si se exceptúan los de esos malditos guerrilleros que, á modo de langosta, surgen en asoladora nube por todas partes, y se multiplican por todas partes como los gusanos.

—¡Guerra de bandidos es la que hacen!—exclamó con indignación Augereau, miéntras su caballo, cordobés de pura sangre, piafaba furiosamente como si quisiese protestar del aserto del ginete.

—¿Y las escopetas?—preguntó el rey.

—Aquí las trae uno de la escolta,—repuso Augereau.

—Dadme una, y retiraos todos. La caza, como la oración, sólo tienen mérito cuando es individual. No saco gusto á este ejercicio si una turba de ojeadores me trae las piezas poco ménos que del rabo, diciéndome: «Mátelas V. M...»

—Vuestra Majestad piensa en esto de otro modo que su augusto hermano el emperador.

—Mi hermano es ménos cazador que yo,—afirmó José con entonación orgullosa.

Augereau detuvo su caballo, llamó á uno de la escolta, que traia sobre la perilla del marcial aparejo varias armas de fuego, encerradas en sus ricos estuches de piel, y tomando una de ellas, puso el gatillo en el seguro, y dijo al rey entregándosela:

—Como V. M. guste. El bosque ha sido explorado préviamente, y una guardia numerosa le rodea; de suerte que puede V. M. gozar con tranquilidad de esta hermosa mañana. Las guerrillas de bribones serranos andan por toda la comarca; pero aquí no han de llegar seguramente.

—¿He preguntado yo eso? - exclamó con enojo el rey intruso, dando indicios en su pálido semblante de lo poco que le agradaba verse tratado de cobarde.

—*Sire*,—contestó Augereau, bajando su confuso rostro hasta el nivel del cuello del caballo, como para hacer una reverencia, —perdone V. M. si oficiosamente...

—Está bién,—replicó con sequedad el monarca espoleando su corcel, que se encabritó ántes de partir á galope, y haciendo piernas gallardamente, se separó de la escolta.

Augereau se acercó á los otros oficiales que se habian detenido. Uno de ellos dijo:

—Mal humor tiene hoy S. M.

—Malo,—añadió Augereau.—Como que ha habido carta del emperador.

—Y, segun costumbre, le dará esos consejos que él suele y que suenan á censura.

—Hoy es más grave la cosa. Yo he oido un párrafo de la carta. Le llama inepto.

—¡Inepto!—dijo el oficial que antes habia hablado.

—¡Inepto!—repitió otro de la escolta.

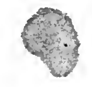
Y la palabra *inepto* corrió de boca en boca en aquel corrillo de Martes cortesanos.

II

Su Majestad corrió á galope tendido un buén espacio.

Su mal humor necesitaba algun desahogo, y hallólo espoleando al potro, por cuyos relucientes ijares se escurrian las plateadas estrellas del acicate, ya húmedas de sangre. De trecho en trecho aparecia, detrás de algún chaparro ó matorral espeso, la vistosa figura de un soldado de la Guardia Real, que presentaba su arma al monarca, gritando: «¡Viva el rey!»

—Así no es posible cazar,- pensó José con ira.—Estos bárbaros, por guardarme á mí, ahuyentan la caza. Mas valia no haber salido del Pardo y permanecer encerrado en aquella parodia de Versalles, recibiendo á esos enfadosos consejeros de Castilla, que no me hablan de otra cosa que de los tapices, de su Moratin, de su Romero y de los frailes; ¡Maldecida generación de Quijotes! ¡Voto al diantre, que ya me va cargando tan monótona sociedad!



En esto llegaba el rey á un paraje donde, desapareciendo súbitamente la espesa vejetación de pinos, tomillares y lentiscos, comenzaba una gran calva desnuda de yerbas altas, y llanísima como la palma de la mano, que se perdia á lo lejos en varias ondulaciones y declives. Un soldado de la Guardia Real estaba allí tieso, derecho, erguido é inmoble cual muñeco de palo, con su mosquete entre las manos y el morrión peludo en su cabeza. El rey le llamó.

—Acércate,—dijo, -toma el caballo de la rienda y condúcele á la escolta.

El muñeco de palo perdió la inmovilidad de su apostura, y dejando caer el arma sobre el suelo, sostuvo el caballo mientras echaba pié á tierra el rey José. Este exáminó el oido de su escopeta, y descendió por la limpia ladera con paso firme y seguro. Su traje le componian: sombrero de fieltro negro, sin plumas, cintillos ni adornos; casaca azul con botones de oro, y calzon verde que venia á acabar en la campana de una bota de charol armada de espuela de paseo. Unos guantes de color de ámbar remataban el adorno de la real persona, que, con la escopeta apercibida para hacer fuego, avanzaba despacio, explorando el terreno atentamente. Mucho anduvo así. La mañana estaba apacible, el cielo despejado de nubes, quieto el aire y lleno de los aromas campesinos la atmósfera. José, sin ser muy poeta, era accesible á los gratos sentimentos de la naturaleza bella, y acaso entónces, al escuchar el pitido de alguna alondra que alzaba su vuelo cantando,

«Simbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.»

al aspirar el balsámico ambiente que exhalaban los tomillos, cuyas débiles ramas se estremecian como tiritando al menor soplo

del aire, viéndose solo en medio de la campiña, sin consejeros de Castilla aduladores, sin aquella corte de relumbron que le ajustó su hermano, como se ajusta una compañía de cómicos, para representar el papel de monarca, envidió la paz, el sosiego de su edad infantil; aquella casa de Córcega que habitaron sus antepasados, humildes y pobres.

¿Quién es capaz de percatarse en los misterios que encerraba entónces su alma, supeditada á impuestas obligaciones, abandonada por un momento, al sentirse libre de su enojoso freno?

Sentóse en un enorme tronco de sabina que abatió el hacha ó el rayo, y dejó á un lado la escopeta, apoyando la frente en las enguantadas manos. Así estuvo algun tiempo. Cuando alzó la vista del suelo contempló delante de sí, á unos cincuenta pasos de distancia, el espectáculo que más puede impresionar á un cazador.

Eran tres gamos que sobre un monticulo cubierto de malezas pastaban tranquilos. Sus airosas cabezas se destacaban con arrogante elegancia sobre el fondo azul purísimo del horizonte. Bajábanlas para comer la dorada graminea que alfombraba con sumenuda vejetacion la ladera, y atentos á todo rumor, con las movibles orejas en movimiento continuo, y la lánguida pupila mirando al mismo tiempo á todas partes, suspendian el movimiento de las mandíbulas de rato en rato, quedando entonces, con los belfos llenos de yerba, en actitud observadora y temerosa. La caida de una hoja, el volar de un insecto, el graznido de la urraca los alarmaba, interrumpiendo su comida, que proseguían poco después.

El rey, sin apartar sus ojos de los gamos, buscó á tientas la escopeta; montóla sin mirar el gatillo, apuntó hácia el grupo de sencillos animales é hizo fuego. La detonacion resonó en la llanura, sin que un eco la reprodujese, y los gamos huyeron ilesos, con la cabeza echada sobre el lomo y en vigorosa tensión los músculos de sus nerviosas patas. Levantóse precipitadamente el rey para cerciorarse de su torpeza y falta de tino, cuando á la derecha de un pequeño matorral, inmediato al montecillo donde estaban los gamos, se oyó una recia voz, que decia con mucho temor y azoramiento:

—¡Eh, cuidado que hay aquí un cristiano, y le vais á acribillar con vuestros perdigones!

Al mismo tiempo salió de detrás del matorral un hombre altísimo y desgarbado, cuyo rostro curtido por el aire del campo, surcado de profundas arrugas y erizado de barbas, parecia carecer de toda expresion, como en efecto carecia, porque el tal hombre era ciego. Gran sorpresa produjo á Bonaparte la aparicion súbita de tan extraño personaje, y más aún le sorprendió su vestido que era pobre, astroso y roto hasta frisar, casi casi en la desnudez. Traia un burdo chaquetón de paño pardo con las mangas deshilachadas y raidas, calzón de pana agujereado hacia el sitio que por su propio nombre llamamos posaderas; polainas remendadísimas y sucias del barro, borceguíes gruesos y torcidos, y en la cabeza el casquete de piel que suelen usar los patanes de tierra de Madrid. Pendiente del cuello, y reposando sobre la espalda del desarrapado viajero, veíase un morral de lienzo renegrido y una guitarra con tantos agugeros de más como clavijas de ménos; su mano derecha exprimia un garrote de aferrada punta, con que apaleaba cruelmente el suelo, al andar, para orientarse. El ciego introdujo en su ancha y desdentada boca los dedos índice y anular de ambas manos, y dejó oir un silbido penetrante. El rey lo miraba con cierta sorpresa.

—Llamo á mi burro,—dijo el ciego acercándose hacia donde por el ruido del disparo, supuso él que se hallaba el cazador.—Por lo visto hay aquí cazadores; y como soy ciego y no veo, hasta que me han descerrajado un tiro, no sé el peligro que corro. Me marcho á otra parte.

Entonces el rey dijo en el más correcto castellano que pudo, y pronunciando despacio las palabras á fin de despojarlas de todo acento galo:

—Me alegro de que mi escopeta no haya hecho el flaco servicio de regarte de plomo las espaldas... Pero ¿qué demonios hacías ahí? ¿Ignoras que este monte es del rey y coto vedado para los demás?

—¡Vaya, señor!—repuso el ciego—Esto es del rey; pero como ahora no hay rey, porque el rey de España está en Bayona...

—¿En Bayona? ¿Y el rey José?

—¡Bah, bah! ¿El tuerto Pepe Botella? Ni ese es nuestro rey, ni lo será en la vida ningún francés pícaro.

—¿Tú has visto el rey tuerto?—preguntó festivamente Bonaparte.

—¡Señor! Vuesa merced se burla. ¿No sabe que soy ciego ¿Cómo he de verlo?

—Entonces, ¿quién te ha dicho que es tuerto?

—¡Toma! Eso lo dice todo el mundo. Tan tuerto es como su madre.

—Verdad es, que su madre tenía dos ojos como dos luceros. ¡Mal quereis á ese pobre rey tuerto!

—¡Pobre! ¡Valiente tuno está el rey de copas! ¿Vuesa merced quiere enterarse de la nueva relación que le ha sacado un grande poeta de Madrid? Aquí la traigo,—dijo el ciego, metiendo la mano en el zurrón y sacando un buen legajo de papeles groseramente impresos.—En esta relación le ponen como no digan dueñas. ¡Bién merecido le está al que nos llama á los españoles fripones, que es una cosa así como bribones; se le dicen aquí las verdades del barquero!

El rey oía sonriendo las lindezas que el ciego le ensartaba.

—Vamos, caballero,—añadió éste,—ya que por un tris no? me ha convertido su merced en criba, cómpreme unos romances. ¿Quiere usted el *Romance del buen Ruy Diaz de Vivar?* También habla de cosas de guerra, y trae la *Carta de Jimena Gomez*, que empieza así:

«A vos, mi señor, el rey,
El bueno, el aventurado,
El magno, el conqueridor,
El agradecido, el sabio,
La vuesa sierva Jimena,
Fija del conde, Lozano,
A quien vos marido disteis
Bien así como burlando
Desde Burgos os saluda,
Donde viene lacerando.»

El ciego recitaba el romance con quejumbroso tonillo de escuela, en tanto que buscaba entre el montón de papeles la *Relación del rey Pepe Botella*, de que habia hablado.

—¿Qué te parece á ti ese Cid del romance?—preguntó José.

—Que era lo que se dice un guapo mozo,—respondió con viveza el ciego;—pero hay quien le gana en guapezas y en bizarrias. Ahí está, si no, mi señor Empecinado, que no me dejará mentir; ó si no, cójame á Francisquete y á Mir... ó á Chemburgo, que ellos solitos han matado lo menos mil gabachos. ¡Vaya unas despachaderas que tienen los niños! ¡Eso es matar, y no Napoleon, que necesita millones de hombres para conquistarnos! Aquí está el romance, cójale usted y léalo, que es cosa buena. Mire aquí, que hay una estampa. Pero no; me he equivocado. Este es el *Paso gracioso de don Napoleon Malaparte y don Pepe el Tuerto*, que trae al fin las *Seguidillas lacrimosas de Murat*, por el bachiller Carrasco.

Empezaba á amostazarse el rey intruso con los patrióticos desahogos del ciego, y así antes de que le viniesen ganas de endosarle cuatro culatazos, lo cual hubiese sido criminal y bárbaro en demasía, quiso poner fin á la charla del Homero guadarramesco, y le dijo:

—No, yo no quiero romances ni quiero desatinos. Toma esta moneda por el susto que te he dado, y vète de aquí antes de que te sorprendan los guardias y te rompan la guitarra en los cascos.

Alargó el ciego la áspera mano, y el rey depositó en ella una moneda de oro.

—Gracias, señor; que Dios os dé tanta salud como mal deseo á Pepe Botella.

En esto dejóse oir en los silenciosos ámbitos del monte un rebuzno pausado, grave y estrepitoso, digno de los regidores del cuento cervantino, y el ciego exclamó, volviendo la cabeza hácia el lugar donde sonaba:

—Vén acá, alma de mi alma, luz de mis ojos, guia de mis pasos, sosten de mi persona.

Asomáronse, en efecto, por la vecina loma dos orejas puntiagudas y largas, una cabeza de burro huesuda y triste, y todo el burro, en fin, que á paso tranquilo y mordisqueando aquí y acullá la yerba, se acercó al ciego. Móntole este con presteza, saltando sobre él ligeramente, y despidiéndose del rey, enderezó la desmenbrada y flaca bestezuela hácia el camino, mientras cantaba:

«Anoche... Pepe Botella,
Anoche... se emborachó,
Tra... la... ron, lairaron,
Y le decia su hermano:
«¡Borracho, tunante, perdido y lairon!»

Escuchóle el rey José, echóse la escopeta al hombro y se dirijió hácia el lugar donde había dejado el caballo, murmurando:

—¡Pues señor, buen dia se presenta! Mi hermano me llama inepto, he herrado un tiro á cincuenta pasos, y me he dejado tratar de borracho y tuerto por un ciego maldito.

Ruinas

CANTO IV DEL POEMA A MORTE DE DON JOAO, DE GUERRA JUNQUEIRO

(Continuaciòn)

(*Se sienta sobre un escaño—Silencio prolongado—Continúa*)

EL bisturí punzante de escèptica experiencia,
De la razòn la lanza, inquebrantable y fria,
Cegò los claros ojos de la alta Providencia:
La bòveda celeste es òrbita vacia.

—

La crìtica fatale de nuestrá decadencia
Negó tu divo origen oh! hijo de Maria.
La fè desamparòme. Severa la conciencia
La ley solo respeta de la árdua geometria.

—

El tiempo, el gran guzano, pudriò la inmensa escala
Por donde el visionario en noche constelada
Viò descender los àngeles de la celeste esfera.

—

En el sensual regazo del cielo indefinido
Hà mucho que ha exalado su postrimer gemido
El Dios omnipotente,—esa ideal quimera.

. . . .
. . . .

Llevamos en nosotros, hediondos animales,
Palomas lujuriosas, colèricas panteras,
Reptiles y vampiros y sueños y chacales
Brillantes cual la luz.

—

El sàbio varonil de instintos ideales,
Para expulsar del cráneo las lìvidas quimeras
Para cortar del vicio las garras sensüales,
Es menester que sea un domador de fieras.

—

Del mal en la floresta, en nuestros corazones
Hay màs rèptiles, tigres y sapos y leones
De que astros inmortales en el profundo azul.
El hèroe intransigente, inquebrantable, recto
Que dominar pudiera su corazòn abyecto,
Dominador del mundo, serà como Jesùs.

. . . .
. . . .

Yo entrego, yo abandono el corazòn oscuro
Al moho que tritura las lùcidas espadas
Creced dentro de mi como en un viejo muro
Oh! lùbricos deseos, oh! lepras verdeàdas.

—

Oh! flacas cortesanas de impùdicas miradas,
Febriles gabilanes de bocas carcomidas,
Buitres que andais rondando, en torno á la montaña,
El corazon partidme con lùbricas mordidas.

—

Quiero desnudos brazos, brazos como serpientes
Que rebentar pudieran, salvajes, musculosos,
Los tigres del deseo, los tigres lujuriosos
Que rugen y se agitan dentro del pecho ardiente.

—

Yo quiero hacer pedazos los lirios inocentes,
Las vìrgenes creencias, los astros lùminosos.
Quiero alentar mis sueños, mis sueños tenebrosos
Y del remordimiento,
Sentir en mis entrañas los purpurinos dientes.

—

(*Abre otro cajón—Es un viejo que va á la sepultura como quien va para un baile: está afeitado, rizado, lleva grandes cruces en el frac y brillantes en los dedos.*)

Fuiste rico y feliz y has muerto viejo.
Los severos preceptos no seguiste
Que marca el evangelio;
Mas, eso poco importa
Has de llevar sermòn, misa cantada
Y ya siento à San Pedro abrir la puerta
Que te lleva à la eterna madrugada.

—

Tiñò color de rosa
Esa faz macilenta, escrofulosà
Donde habita el tenaz remordimiento....
Y me parece por demàs dudosa
Esa color que tienen tus cabellos.

—

Vas vestido segun las etiquetas
De guantes blancos y casaca oscura;
Puedes hacer la corte á las Julietas
Que duermen, cual tristìsimas violetas,
Marchitas en las hondas sepulturas.

—

Atraviesa sin miedo
El tenebroso umbral!
Què importa que burlases la justicia
Y encarnases el mal,
Si tù, toda tu vida, oiste misa
Y dejaste un legado al hospital!

—

(Abre otro cajón—Es probablemente un viejo operario que murió de hambre. Tiene la fisonomía fatigada y triste de los mártires oscuros)

Tù oh! viejo de frente broncečda,
Hijo de antigua raza de valientes,
Flaco leòn del arenal ardiente,
Reposa en el silencio de la nada.

—

Ya nada te atormenta y te consume
En la tenaz mudez de la materia:
Ya nunca màs sabràs lo que es el hambre
Ya nunca más sabràs lo que es miseria.

—

(Abre otro cajón—Reconoce el cadáver de Falstaff)

Falstaft, oh! buen amigo!
Risueño bebedor de vino antiguo,
Llegò tu muerte al fin;
Y la muerte, parásito insaciable,
En tu gordura cìnica de abate
Ha de hacer su festìn.

. . . .

Yo veo clara cual la luz del dia
La vida extraña que animò tu seno:
Embriagueces, lascivia, cobardia,
Ah! todo, todo, leo
Perfectamente en tu nariz prodigio,
Esa nariz que tiene
El color y la forma
De los birretes frigios!

Rimas de colores

(LA ESTRELLA DOBLE)

¡VEN! ven! yo te adoro, no quiero renegar de tì, pues arrancarte de mi alma seria arrancarme la vida; ven, inspiracion; ven, locura; ven, tù, sea quien fueres, y haz que mi pluma se deslice cual àntes solia derramando frases sonoras, imágenes luminosas, leyendas sin tema, cuentos de hadas.......

La realidad huye ante mì; mi espìritu no puede reflejarla con verdad, y, cual rayo de luz que atraviesa un prisma, se descompone en colores varios que mienten pero son hermosos;—mis pupilas al reflejar un objeto lo deforman, más lo hacen embelleciéndolo: dejèmoslas mentir à trueque de que vean.

El cielo, el sol, el mar, todo lo que puebla la tierra, es pequeño para mì tal como ès: y la bòveda celeste, y el astro radioso, y las azules campiñas de las aguas, y todo, todo lo que perciben los sentidos, es pequeño si una frase no lo pinta, con mágica belleza, à la imaginacion que soñadora busca un acorde entre el sèr que adora y todo lo que flota en lo infinito, pues donde ella no está, está el vacio.

¡Què me importa à mì la realidad de todo lo que dentro mi cerèbro no palpita! ¡Que me importa à mì que sea ò no sea cierto el que la luna tenga ò no tenga habitadores; que sea un astro muerto y que refleje la luz que de prestado nos envia, si al brillar en la noche me recuerda la pàlida faz de la muger que adoro!

¡Que me importa á mi que el sol gire ò no gire, ruede ò se esté quedo en el espacio! Me importa solo soñar cuando me veo entre los hebras de su luz, que ella en el manto, que desciende règio en hilos de oro de su gentil cabeza, cariñosa en sus mallas me cobija.

¡Y que me importa á mì que las violetas pertenescan à tal ò cual familia de las que sábios prolijos y prosàicos forman con raros è imposibles nombres,—si la color de esas flores me recuerda la dulzura sin par de sus pupilas y su aroma el que tibio siempre exhalan sus làbios frescos y por mis besos hùmedos!

¡Y que se me daria el mar con su estension monòtona si mi mente no lo poblara de quimèricas sirenas que, en las noches de verano, en la fosforescente playa, á repetirme vienen las frases que al oido su dulce voz otrora me dijera!

. . . .

Hay quien cree, y yo lo sostenia, que lo bello solo està en lo verdadero. Voy á contar, pues, el porquè ahora pienso que hay mentiras, artìsticas mentiras, que valen por cien mundos de verdades.

Dejando, pues, à mis manias *veristas* que se aburran si se les dà la gana, la imaginacion se va por donde quiere hallando gusto en pasearse libre por campos en que nadie la moleste.

Nada de trabas à no ser lo feo, es la divisa que proclama en alto y buscando la belleza pura toma cual faro los ojos de mi amada.

Mas... fuèra digresiones tontas y ahì và el cuento que contar pensaba.

. . . .

Ayer en el salon, estando solos, me tomò de la mano prometièndome mostrarme algo que me prendaria. Dudè al momento que cumplir pudiera tal promesa, pues cuando veo su faz encantadora el bello ideal en ella se concentra; mas obedecì dòcil á su òrden, siempre pàra mì divina, aunque fuera el echarme de cabeza entre una hoguera, y atravesámos la lujosa estancia. Al detenerse, con la mano libre, pues la otra estrechamente yo entre las mias oprimìa, indicòme un cuadro de Falèro que aùn yò no habia visto.

Ella lo encontraba hermoso, luego pues ¡que hermoso era!

Figùrate, lector, que aquella pintura representa un pedazo de cielo por estrellas azuladas, cual los ojos de mi amante, iluminado. Dos de ellas, muy hermosas y muy juntas, las mas hermosas de todas, indicánlas con sus ìndices dos mugeres de quimèrica belleza, cuyas formas blanquìsimas un manto azul no envuelve que desnuda.

En verdad que es gran poeta el artìfice que tal creacion imaginara, pues veo aùn ante mis ojos, como una estrofa viva, aquel cielo azulado, aquellas mugeres de blonda cabellera, en los aires, cual si fueran incorpòreas suspendidas, y aquellas otras, que á lo lejos se entreveen confusamente, sosteniendo las plateadas antorchas de la noche.

Las estrellas para mì nunca decian lo que ahora, desde que aquel cuadro vì, me dicen; pues anoche, al retirarme de la casa de mi amada, mirè al cielo y parecióme ver èl una imàgen vaporosa que sonriendo con sonrisa màgica *la estrella que siempre ha sido mia* con el indice solìcita indicàbame.

. . . .

Anoche tambien tras los cristales claros de una vidriera *La estrella doble* se exhibia; al punto me detuve à contemplar el cuadro y oì un dialogo que á mi lado sostenian dos entes que tambien lo examinaban.

¡Que representa eso! con voz un tanto becerril decia, uno de aquellos dos conocedores, y proseguia diciendo: ¡Es una creacion, que á mi ver, no tiene significacion alguna!

No quise oir mas; me marchè rápido por no oir otra sandèz y al llegar á mi casa y ver desde mi ventana la «australia celestial» desarrollarse, la vì poblada por àngeles sin álas rodeando en coro à la muger que sueño, la cual con el cabello destrenzado y sosteniendo à Vènus en la diestra desde el fondo del cielo me miraba.

FORTUNY.

CUATRO ÈPOCAS

I

ELLOS son.—¿Còmo à querer
Llegaron así en la vida?
«¡Tú eres mi sombra querida!
«¡Eres mi dicha mujer!
«¡Eres mi aliento y mi ser
«¡En mi esperanza escondida!»



Eso.... era ayer.

II

Las horas lentas se van.
Dos se aburren.—Ellos son.
El, tendido en un sillon
Empalado en un gaban.
Ella.... pensando en Adan,
Extasiada ante un tizon.
Hoy.... así están.

III

Muchas penas que sufrir.
Mucho llanto que verter,
E ilusiones que perder.
La planta débil sentir,
Porque se siente morir
Cuando se quiere mover.
¡Qué porvenir!

IV

Piedra, en monton, agrupada.
Musgo, que muerto reposa
Sobre el frio de una loza.
Rota, una cruz olvidada.
Del cielo, la luz callada
Filtrándose silenciosa
En la densa oscuridad....
¿Dònde estás, felicidad?

S. A. y A.

Montevideo, Marzo 4 de 1884.

CUANDO el rayo á lo lejos serpentea
Y el huracan tremendo se desata,
Como una ola del rugiente Plata
Que furiosa al morir caracolea:

Cuando se eleva colosal marea
Y al pescador incauto lo arrebata,
Como el recuerdo al pensamiento ata,
Como el amor absorve hasta la idea:

Cuando se rompe la brumoza noche
Al tibio rayo de la blanca luna,
Como se rompe de la flor el broche
Y se pierden sus hojas una á una:

Entònce y muchas veces, mi creencia
Admira á Dios, resùmen de la ciencia!

ZULEMA.

Montevideo, Marzo de 1884.

CHARADA

Prima y *segunda* el matizado hermoso
Ostenta en el jardin y la pradera,
Mi *tercia* vivifica y rejenera,
El país que recorre caudaloso.
Forma mi *todo*, nombre femenino
Y en nuestra iglesia es práctica sencilla,
Por medio de la cual, ora y se humilla
El buen cristiano ante el Señor Divino.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 32

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
T toma A (jaque)	C toma T
C toma C (jaque)	R 5 D
T toma T (jaque)	T 4 D
T toma T (mate)	

La solucion de este problema nos fuè enviada por El Duende y Arturemus.

GEROGLÍFICO NUM. 32

Las ideas en los paises bien constituidos no necesitan de la rebelion para imponerse

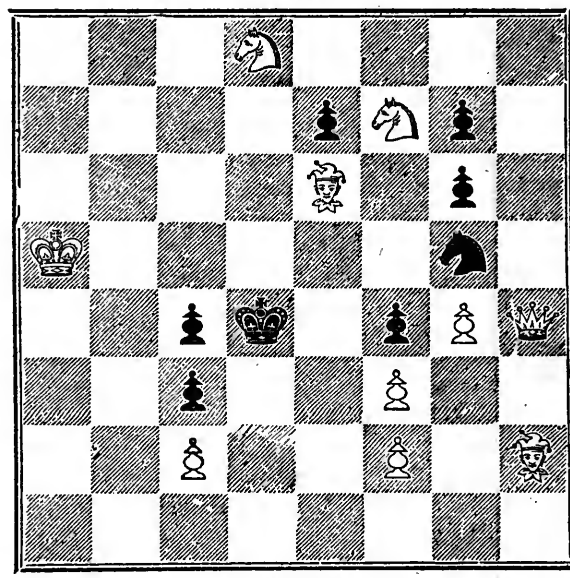
PY Y MARGALL.

Nos enviaron la solucion Wesceslao, Charles Carriere y Tutti.

Por correo recibimos las soluciones de los juegos publicados en el nùmero 31 enviadas de Treinta y Tres por Ofelia A.

Problema de Ajedrez por Manfredi

NEGRAS

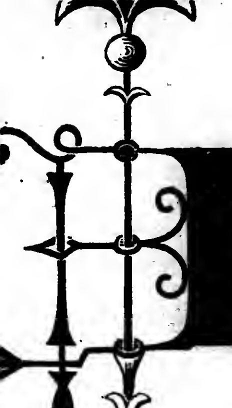


BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

GEROGLÍFICO NÚM. 33

DD UU  R LUNES MARTES CA  KI  C 



EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Marzo 24 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 34.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ



SEGUNDA PARTE

—

CAPITULO DÉCIMO

DUELO Y ORFANDAD

INMENSO era el dolor de Marta en su orfandad. Ante el abismo de la muerte, crée haber comprendido por primera vez la profundidad del amor que profesaba á sus abuelos.—Pero que tarde ha podido comprenderlo! que tarde! —Ahora, cobra su memoria una vivacidad febril para recordar todo lo que debe á aquellos dos ancianos en cuidados y cariños y complacencias de todo linaje.... Que buenos eran ellos! Que nobles sus sentimientos! Que pura su existencia!—¿Y que ha hecho, ella—qué ha hecho,—para recompensar tanta ternura y corresponder á tantas virtudes?—Solo ha pensado en sí misma, atormentándolos constantemente, ó con sus caprichos temerarios, ó con sus pasiones desgraciadas, ó con sus desvios de huraña soledad..... Ah! si pudiese devolverles la vida!—Cómo cambiaria su manera de ser con ellos!—No los abandonaria un solo instante, porque todos los instantes del tiempo indifinido le parecerian escasos para saborear la afectuosa proteccion de sus abuelos, santo refujio, dulce sombra, para siempre perdida!.... Hay remordimientos hondos en el inmenso dolor de Marta.... Frecuentemente le sucede soñar con doña Emilia, ó con don Francisco, ó con los dos, y casi siempre en esas escenas creadas por la imaginacion, figura ella como el modelo de las nietas, una nieta ideal, que solo vive para los abuelos, desbordante de ternura y capaz de todas las abnegaciones posibles.... Despues, cuando despierta, y reconoce la horrible realidad, llanto copioso inunda sus mejillas,—amargo desconsuelo anonada todas las enerjias de su ser.

—¡Si pudiera devolverles la vida!—Porque tan tarde, tan tarde, llegar á comprender el sentimiento del deber y del amor filial!

Las aflicciones de Marta eran profundamente reconcentradas. —Jamás hablaba de sus abuelos con Orfilia, aunque esta procurase hallarse constantemente á su lado, y manifestaba en el semblante tal disgusto cuando Orfilia y el doctor Arismendi los nombraban, en algun incidente oportuno de la conversacion, que uno y otro comprendieron la necesidad de evitar sistemáticamente esos recuerdos... Parecia dominarla el ardor de un culto celoso y exclusivo... Hubiera creido desvirtuar la intensidad de su dolor, al espaciarlo en confidencias externas... Ni aún en su querida amiga esperaba encontrar un alma que supiera valorar la indecible verdad de sus torturas... Intentaba velar la memoria de los dos ancianos, como quien vela recóndito sepulcro á resguardo de indiscretas miradas y livianos homenajes. —Queria sufrir á solas, y sufria tenazmente, porque en aquella casa donde habia vivido diez y siete años al lado de sus mayores, cada sitio cada mueble, cada cuadro, cada objeto de arte ó de lujo, suscitabaen su memoria el recuerdo de una conversacion, de un incidente, de un gesto, de algo, en fin, cuya evocacion tenia la virtud de restituirla momentáneamente á los halagos de la pasada existencia, para acibarar aún mas la tristeza de verlos irreparablemente disipados en los eternos crepúsculos de la eterna ausencia.

Todas las ideas melancólicas que habian alguna vez enlutadô el espíritu de Marta, reaparecian ahora en el monólogo de sus cavilaciones incesantes.—Estaba ya casi olvidada de las aciagas circunstancias de su orígen, y ahora, revolviendo constatemente el pasado, pensaba tambien en su infortunada madre, en sus abuelos de la linea materna, en la vida salvaje del desierto, en los antepasados de la Pampa.... Un sentimiento de inferiosidad moral brotaba en ella bajo la influencia de esos extravagantes devaneos, y luego su corazon se despeñaba en una nueva exaltacion de amor y de respeto á la memoria de los ancianos generosos que la habian arrancado de una oscuridad humilde y humillante para darle brillo y lustre en el apogeo de la fortuna...Ah la fortuna! Ya no era para ella una esperanza...Era la realidad... Todo suyo, exclusivamente suyo.—Contaba apenas 19 años de edad y heredaba aquel enorme caudal de la familia Valdenegros. —Era su ambicion suprema amar y ser amada; pero aquella herencia colosal envenenaba todas sus ilusiones amorosas... Queria ser amada por sí misma, no por su fortuna, y pensaba que su fortuna se alzaba sobre ella con una superioridad abrumadora... Aspiraba á encontrar en el hombre amado el fuego y la abnegacion de la pasion mas pura; y siendo desmesuradamente rica, se desesperaba al pensar que el lenguaje del amor podia ser en el hombre que la cautivase máscara faláz de vil codicia... Y ese hombre, acaso, ¿no tenia ya su imágen dibujada en el corazon de Marta? En los primeros dias de su duelo, pudo ella alejar el recuerdo de Rodolfo como una debilidad que profanaba la solemnidad de sus dolores; pero despues, pensaba involuntariamente en él, y al verse privada de la proteccion de sus abuelos, para defenderse de las inclinaciones que á su pesar la arrastraban, sentia como el supersticioso instinto de un peligro que amenazaba su destino y contra el cual le seria imposible combatir á solas... Pasaron muchos dias antes de que consintiera en recibir á Rodolfo... Cuando le recibió por primera vez, fué tanta su emocion que apenas pudo permanecer con él unos instantes; y despues, en las visitas subsiguientes, se veia obligada á levantarse sin haber desplegado los lábios, para dar en su alcoba rienda suelta á las irresistibles espansiones del llanto.... La pobre jóven, ahondando sus cavilaciones y sus dudas, veia cada vez más cerradas y sombrios los horizontes de su vida.... Vagaba desconsolada é incierta entre la régia pompa de su vasta morada, y al verse en los espejos cubiertos de crespones, enlutada y siniestra, se figuraba ella misma ser una de las grandes mariposas negras que á veces penetraban hasta el interior

de los salones con fatídico volido.... Ah! si al menos viviesen todavia los ancianos!.... Creia ahora de buena fé que á su lado habria podido dejar que se deslizasen las horas, indiferentes y tranquilas, sin perturbarla con el áspero choque de las pasiones del mundo!

Habia sido respetada la voluntad de doña Emilia, mediante los empeños eficaces del doctor Nugués.—Era el tutor de Marta el doctor Arismendi, y este y su familia se encontraban, como era natural, instalados con la opulenta pupila en el palacio de la calle Florida. Ella encontraba algunos ratos breves de solaz acariciando al *bebé*, y trataba á Orfilia como á una hermana mayor.—El doctor Arismendi se esforzaba por eliminarse, en lo tocante á la guarda de la persona de Marta,—que dejaba reservada á su esposa,—y contraia su atencion al manejo honrado y diligente de los intereses pertenecientes á la jóven.—Orfilia, á su vez, estaba algo aturdida de verse disfrutando tan suntuoso bienestar como si fuese cosa propia, y de tener bajo su responsabilidad á una amiga en cuyo ánimo solo habia pretendido influir, antes de la muerte de los abuelos, con la influencia indirecta del consejo.—Dominábase, asi mismo, por su imperturbable buen sentido, y estudiaba atentamente los movimientos del espíritu de Marta, para poderla guiar con delicadeza y tino.—Lo que más preocupaba á Orfilia, en medio de todo, era la frecuencia de las visitas de Rodolfo,—misteriosa esfinge que siempre contemplaba recordando las palabras inquietas de la moribunda anciana.

Estaba el Dr. Arismendi ocupado del inventario de los bienes de su pupila, y con ese motivo hizo un viaje á la estancia de las Alamedas. Volvió de allí muy favorablemente impresionado con doña Catalina y Jorje Parles. No se cansaba de alabar las amabilidades de aquella y la simpática circunspeccion de este último... Complaciase Marta en interrogarle al respecto... Podia hacerlo con entera libertad, porque ella jamás habia confesado á Orfilia sus veleidades amorosas de las Alamedas; —y el doctor Arismendi, completamente ajeno á toda sospecha, acentuaba con entusiasmo cándido su gratitud por las bondades de la madre y su simpatía por las bellas prendas del hijo.

—La pobre viejita, dijo una vez, conversando con Marta y Orfilia, tomó conmigo tanta confianza que llegó á hablarme de las cosas más íntimas. Hállase muy disgustada por cierto cambio, que, segun ella, se ha operado en el modo de ser de Jorje. Este, efectivamente, parece sufrir una intensa melancolia. Su expresion, su actitud, son siempre tristes;—no emplea mas que las palabras indispensables para cumplir su deber, pero á fé que las pronuncia con tal dulzura varonil que llega uno hasta encontrarle amable é insinuante.... Pretende doña Catalina que si bien su hijo fué siempre sério y circunspecto, la melancolia data en él de dos á tres años atrás y esta circunstancia la tiene vivamente preocupada..... Antes, dice ella, Jorge no tenia secretos para mí, ahora, comprendo que los tiene.... La pobre no se conforma con que el hijo le guarde reserva sobre alguna de las debilidades de su alma.... Ella pretende adivinar que Jorge está enamorado, y se avanza á suponer que le avasalla una pasion desgraciada; pero no acierta á presumir quien sea el malhadado objeto de su amor.... Lloraba inconsolablemente al contarme estas cosas, y yo muy tonto, cautivado por aquella bondadosa viejecita, llegaba tambien á enternecerme al imajinar las secretas cuitas del mayordomo de las Alamedas!

Despues de esta conversacion, las aflicciones de Marta tuvieron algunos dias de recrecimiento.... Buscaba ella la soledad con nuevo ahinco, y noche hubo en que no salió á recibir á Rodolfo.—Orfilia se limitaba á observar, á estudiar, como un intrincado laberinto, el carácter incomprensible de su amiga.

Como á los tres meses de muerta doña Emilia quedó concluido el inventario de los bienes que heredaba Marta.—En manos de ésta puso el doctor Arismendi una voluminosa copia auténtica de la operacion practicada.—Aquel inventario era una cosa enorme.—Casas, quintas, terrenos, minas, estancias, rebaños y rodeos, títulos de deuda pública, cédulas hipotecarias, acciones, créditos, comanditas, depósitos, metálico, halajas, moviliarios, todo se acumulaba allí dentro con una minuciosidad desesperante, abultando desmesuradamente el número y la proporcion de las cosas, que no necesitaban por otra parte, exageracion artificial, pues el monto estimativo de la totalidad de los bienes ascendia á *doscientos diez y siete millones de pesos*, sin contar la fraccion que por sí sola era una pequeña fortuna!—Pasó Marta largos dias leyendo con avidez aquellas páginas prolijas, analizando los detalles y valorando la síntesis de sus inmensas riquezas.—Tenia conciencia de estar llamada á recibir una gran herencia,—pero no se habia dado cuenta exacta de la magnitud de sus derechos hereditarios... Palpando la realidad, se abismaba ante el espectáculo de su propia grandeza, y, trás ligeras veleidades de satisfaccion y de orgullo, concluia por pensar que se despojaria de toda su opulencia á trueque de resucitar á sus abuelos, ó de saber con certeza que un hombre, digno de ella, la amaba verdaderamente en la tierra, como Alberto Valdenegros habia amado á la humilde hija del desierto!

En cierta noche tempestuosa del mes de Julio, estaban sentados junto al fuego de una estufa de mármol, en una salita interior, Marta, Orfilia y el doctor Arismendi.—La pupila, reclinada en un sillon, con la mirada perdida entre las oscilantes llamas, parece meditar profundamente.—La jóven matrona, en el sillon frontero, arrulla y adormece al niño que tiene en su regazo, y el tutor, al medio, junto á una mesa donde alumbra una lámpara de gusto pompeyano, se encuentra abstraido en la lectura de un libro de legislacion.

—Doctor Arismendi, dijo Marta de repente, tomando postura de persona que inicia una conversacion importante,—tengo una idea, y quiero que me ayude á realizarla.

—A sus órdenes, dijo el doctor Arismendi, poniendo su libro sobre la mesa.

—¿Puedo oir? preguntó Orfilia.

Ciertamente!—repuso Marta.

Pero contra su costumbre, se sentia trabada y vacilaba.

—Se trata de lo siguiente,—dijo despues de un momento de silencio.— La estancia de las Alamedas, con todas sus existencias, vale, segun el inventario, como unos once millones de pesos.... ¿No es verdad?

—No lo tengo presente; pero, asi será, asi debe ser,—respondió el tutor.

—Si! es eso, es eso... Once millones representan mucha riqueza para quien no posee otra cosa,—pero representan poco para mí que sin ellos poseo todavia más de doscientos millones (y no lo decia con soberbia sinó con tristeza).—Me encuentro, respecto de esa estancia, en una disposicion de ánimo muy particular.. .Razones íntimas, recuerdos de familia, penosos ó desagradables, me impedirán en todo tiempo habitar ó ver de nuevo ese establecimiento...... Al mismo tiempo, jamás consentiré que se venda—que vaya á manos completamente extrañas.... He ideado, pues, algo que concilia todos mis gustos, que llena todo mis deseos....

Marta se interrumpe, como si cada vez le fuera mas difícil revelar su pensamiento. -Orfilia y su esposo se miran con extrañeza.

—Tiene nuestra familia, dijo ella al fin, una deuda de gratitud que yo estoy en situacion de pagar mejor que nadie.... Me refiero á esa familia escocesa, de quien usted, doctor Arismendi, vino tan prendado.... De padres á hijos nos han servido con una fidelidad admirable.... Tienen algo, pero merecen tener mucho.... Ah! tal vez merecerian tener todo... Adoro á doña Catalina.... Quiero donarle la estancia de las Alamedas ....Si, quiero donársela! Sírvase indicarme la forma en que debo hacerlo.

Y á medida que hablaba iba cobrando su habitual imperio, hasta terminar con el ademan y el acento de una órden irresistible.

Orfilia inclinó la cabeza y besó á su niño, ocultando así con su rostro la demostracion del espanto que le habia causado la increible excentricidad de su amiga.

El doctor Arismendi se sonrió, y dijo con mucha calma:

—Señorita! usted se olvida de que es menor de edad, y los menores de edad no pueden hacer donaciones.... de ese tamaño, sobretodo!

—Se equivoca! replicó Marta vivamente; no me olvido de lo que soy y por eso le pido á mi tutor que me indique el medio de realizar mis deseos... y le autorizo á usted para que en mi nombre done la estancia de las Alamedas á la persona que designo...

—Ah! señorita! Si no puede la pupila hacer tales donaciones, menos puede hacerlas el tutor... Eso es absolutamente imposible ante la ley... De aquí á tres años, cuando usted sea mayor de edad, no tendrá usted que consultar á nadie para hacer las donaciones que quiera....

—Y de aquí á tres años, querida Marta,—interrumpió Orfilia,—es probable que tu imaginacion tenga ya menos vuelo, y no te parecerá tan sencillo donar á una sola persona valores de once millones de pesos!

—Talvez sí!—repuso Marta mirando fijamente á Orfilia.

Despues, dirigiéndose al doctor Arismendi, añadió:

—Con que sus leyes me impiden á mi disponer de lo que es mio, y á usted tambien!—Es lo mismo entonces que si yo no tuviese absoluta mente nada! Si me muriese antes de ser mayor de edad—¿para que me habria valido la fortuna?—Curioso!—En vida,—todo como ageno, y despues de mi muerte—oh!—¿adónde irian á parar mis bienes?

—Usted no se vá á morir, señorita, respondió el doctor Arismendi con grave afabilidad. Es de todo punto inadmisible que usted piense en semejante cosa;—pero, de todas maneras, no son tan injustas ni tan torpes, como usted supone, *nuestras* leyes. El legislador se ha preocupado de defender á la extrema juventud contras las propias ligerezas que pueden perjudicarla, pero reconoce el derecho de testar á toda persona mayor de diez y ocho años...

—Ah! ¿podria yo testar, como abuelita? ¿Podria yo dejar mis bienes á quien mejor me pareciese?

—Si!—Pardiez...

—¿Y cómo se testa?

—Por Dios, Marta, por Dios! exclamó Orfilia, no pudiendo ya reprimir su disgusto;—nos haces sufrir hablando de eso... tan triste, tan desagradable en todo sentido...

—No, no, replicó la jóven con aire convencido; necesito conocer mis derechos. Hay que pensar en todo.—Vamos, doctor Arismendi, tenga la bondad de contestar á mi pregunta.

—Lo que yo puedo hacer, dijo el tutor para cortar la conversacion, es traerle á usted un ejemplar del Código Civil. Usted lo estudiará á su gusto!

Aceptó Marta esta proposicion, y al dia siguiente exigió su cumplimiento, que no pudo esquivar el doctor Arismendi.- Hízose Marta, entónces, una lectora infatigable del Código Civil. Los títulos relativos á los menores, á la tutela, al matrimonio, á la legitimacion de los hijos, á la sucesion intestada y á los testamentos, servian ahora de pasto á su curiosidad tenaz, é inflamaban su imajinacion, como en otro tiempo las novelas románticas.... Orfilia se encontraba cada dia más perdida en sus observaciones sobre el carácter incompensible de su amiga...

La conducta de Rodolfo en casa de su opulenta sobrina seguia siendo muy discreta.—Visitaba el jóven dos ó tres veces por semana, en la noche, pero disimulando las pretensiones galantes con el aparato de sus afecciones de familia.—A veces, sin embargo, fijaba en Marta miradas de intensidad magnética, y ella bajaba los ojos, sintiendo en todo su cuerpo un estremecimiento convulsivo. No hablaban nunca á solas. Marta habia suplicado á Orfilia que no la abandonase un momento, y Orfilia cumplia su consigna con la mejor voluntad.

Tampoca descuidaba Rodolfo sus visitas á Genoveva Ortiz.—El primer miércoles que concurrió á casa de la viuda, despues de la muerte de doña Emilia, se acercó á una mesa donde habia un gran florero vacio y arrojó adentro un billete, aprovechando un momento en que solo Genoveva le miraba.—Ella resplandeció de alegria.—Un billete de Rodolfo era un arma terrible en sus manos—Hasta entonces, en vano se habia valido de Pancha Ovalle para arrastrar á su amado al sistema de los amores escritos.—Rodolfo no queria soltar esa prenda, y al fin acababa de soltarla. Era una victoria espléndida! No pudo Genoveva resistir á la avidez de conocer el billete.—Sin esperar la retirada de sus tertulianos, en presencia de don Alejo Nuñez, que no le quitaba los ojos,—tuvo bastante desparpajo para retirar el precioso depósito confiado al florero, y se retiró á sus habitaciones interiores con nervioso paso.... Grande fué su sorpresa y mayor su decepcion cuando encontró bajo la cubierta arrojada por Rodolfo el anónimo que ella habia enviado dias antes á don Francisco Valdenegros!

¿Cómo lo habia conseguido Rodolfo?—Muy sencillamente.—El habia ayudado á desnudar á don Francisco en el momento del ataque apoplético, cuando habia aún esperanzas de que la muerte no hubiese sido instantánea.—Al sacar la levita, cayeron del bolsillo interior algunos papeles que un criado levantó y puso sobre una mesa.—Más tarde, miéntras los médicos disertaban, examinando el cadaver del anciano, Rodolfo habia venido á quedar, casualmente, sentado junto á la mesa donde estaban los papeles, dando esto ocasion á que viese su nombre escrito en una cartulina rectangular; y no vaciló ni hubo menester de precauciones para apropiarse de tan interesante objeto.—¿Conocia aquel anónimo doña Emilia?—Durante la enfermedad de ésta, permaneció Rodolfo bajo la influencia de esa duda inquietante; pero, despues, interrogando con habilidad á Orfilia y al doctor Arismendi, pudo persuadirse de que el señor Valdenegros habia llevado al sepulcro el secreto de la pérfida denuncia.—En cuanto á la procedencia del anónimo, era imposible toda duda. Descubrió Rodolfo al punto la mano aleve de la viuda, en quien adivinaba un alma hermana de la suya, capaz de emplear todos los medios para llegar á su fin.—Era presumible que don Alejo Nuñez se hubiese gozado en contarle á Genoveva la historia de las dos hipotecas, con los picantes comentarios del caso, y ella habria querido utilizar esa intriga para atraer sobre Rodolfo la decidida oposicion de los tios..... Tentativa frustrada por la oportunísima intervencion de la muerte!—Rodolfo, ya triunfante, solo quiere ver en la perfidia de Genovevr una violenta manifestacion de amor,—pero desea demostrarle que ha sido descubierta, para reprimir en adelante sus maniobras.

Volvió Genoveva excesivamente alterada.—Don Alejo, en ese instante, estaba en un extremo del salon, muy entretenido con Pancha Ovalle y el Baron Romberg.—Rodolfo, más cerca de la antesala, de pié junto á una consola, se ocupaba de hojear distraidamente un album de retratos.

—Usted se permite atribuirme ese anónimo,—dijo con acento airado Genoveva.

—Cómo nó, si es genuinamente *tuyo*, respondió Rodolfo, empleando un *tú* que en aquel momento era una audacia de bandolerismo.

La audacia surtió efecto.—No pudo ella reprimir las lágrimas, y exclamó:

—Tiene razon; es mio!

—No necesitas jurarlo, adorada mia.

—Pero ese anónimo ¿cómo se halla en poder de usted?

—¡Pardiez! me lo entregó el mismo don Francisco, que supo descubrir en la cosa una intriga de rivalidad amorosa.—Me ví obligado á esplicarle el estado de mis negocios, pero respeté el nombre de Genoveva Ortiz.—Talvez me veria obligado á no respetarlo en adelante si Genoveva Ortiz reincide en sus culpables manejos.

—Reincidiré, Rodolfo!—Para mi amor no hay barreras....

—Ni para el mio tampoco, Genoveva!—Sepamos, pues, amarnos!—Seamos al mismo tiempo razonables. V. debe casarse con don Alejo Nuñez, y yo *necesito* casarme con Marta Valdenegros....

—¡Infame!

Cortábase á tiempo la conversacion;—ya un impulso de alarma y desconfianza ponia en movimiento el abdómen y la calva del receloso cancerbero.... Aquella noche, al despedirse don Alejo, tuvo la viuda que tranquilizarle con una nueva dósis de pastillas balsámicas!

Pasado este incidente, las relaciones de Rodolfo y Genoveva retornaron al antiguo curso.— Aquel era infalible tertuliano de los miércoles, y esta se presentaba alguna noche de la semana en casa de Pancha Oballe.— Habia tambien miradas del balcon á la calle y de la calle al balcon, encuentros dudosamente fortuitós en la calle Florida, concurrencia de ámbos á la ópera de Colon en posiciones estratégicas; pero de ahí no pasaban los amores.— El eterno acompañante de Genoveva era siempre el respetabilímo señor Nuñez! Tenia ella motivos para no precipitar su campaña contra Marta Valdenegros. Pancha Oballe, con motivo de las desgracias ocurridas en la casa, habia logrado reanudar su amistad con la opulenta jóven, aunque en términos más ceremoniosos que antes.— Iba allí casi todas las semanas y se injeniaba para recoger informes fidedignos sobre la situacion moral que Rodolfo ocupaba en la familia.— Durante cuatro ó cinco meses, los partes semanales que Panchita llevaba á Genoveva fueron de todo punto tranquilizadores. Parecia aplazada la batalla!— Esta era tambien la opinion del doctor Nugués, que visitaba dn tiempo á Marta, juzgándola tan enérgicamente reconcentrada en su dolor filial que ni se atrevia á ensayar en ella los recursos de la propia seduccion, ni la consideraba accesible, por el momento al menos, á las seducciones de ningun otro hombre.

Rodolfo, entre tanto, deshojaba todos los placeres de la vida con despreocupacion y buen tono.—Habiéndo renunciado formalmente á la carrera diplomática, estaba ya positivamente instalado en Buenos Aires, en una buena casa, lujosamente amueblada, y ya señalada por los públicos rumores como regalado albergue de altos misterios amorosos.—Tenia diversos carruajes y notable variedad de soberbios troncos. Eran todos sus hábitos los de un gran señor, y nadie le sobrepasaba en refinamiento y *distincion* para disfrutar de su fortuna...¿Su fortuna?—Con individuos de su misma estofa, habia simulado una sociedad de *explotacion agricola en grande escala*, que debia establecerse en la chacra de Moreno, y á la sombra de ese negocio imaginario no le habia sido difícil obtener injentes sumas del Banco de la Provincia. A la vez, puesto que gastaba sin reparo, se le suponia muy rico, y por todas partes sus dilapidaciones encontraban abiertas de par en par las puertas del crédito.—Tambien él se daba maña para hacer creer que estaba asociado á las especulaciones del favoritismo oficial, y con esta aureola, el prestigio de su posicion social se iba á las nubes.—¿Cual seria el desenlace de aquel vértigo?—Rodolfo confiaba siempre en su estrella.—Estaba cierto de llegar á conquistar el corazon de Marta, sola ahora en el mundo y ya dueña exclusiva de un estupendo patrimonio!

Hácia el fin del invierno, no le faltaron á Rodolfo motivos suficientes para confirmar sus esperanzas.—Comenzó á operarse una transformacion en el espíritu de Marta.—Se sentia resignada; volvia á pasar las horas, serena y casi alegre, con el hijo de Orfilia, y tenia para esta misma las frecuentes espansiones de otra época.—Jamás dejaba de recibir á Rodolfo, y se animaba mucho con la conversacion del jóven... Alguna vez, soportaba frente á frente las miradas calcinantes de Rodolfo; y, habiéndole recomendado á Orfilia que jamás la dejase sola, se olvidaba de su recomendacion hasta el punto de ser ella la que se separaba de su amiga para que Rodolfo la siguiese al mas apartado y penumbroso extremo de la habitacion donde se le hubiese recibido... Pero Rodolfo tenia que andar con piés de plomo... A la menor palabra que soltaba, susceptible de interpretarse como palabra de amor, una intensa conmocion nerviosa se apoderaba de Marta, haciendo imposible la continuacion del coloquio.... Ella misma, entonces, buscaba refugio y proteccion en Orfilia!

—Mucho me temo, decia esta, conversando con el doctor Arismendi, que Marta concluya por enamorarse de Rodolfo... Era la zozobra de doña Emilia en sus últimos momentos, no porque le creyese malo, sino porque no tenia certeza de que fuese bueno... y al fin y á la postre ¿qué piensas tú de Rodolfo?

—Ya te lo he dicho, respondió el doctor Arismendi. Ha sido indudablemente un desatado calavera, y no deja de serlo un poco todavia! Gasta enormemente; dicen unos que despilfarra á todo galope lo que le dejó la madre, y otros pretenden que tiene parte en los mas pingües negocios de estos tiempos.... Es buen mozo, inteligente, a veces simpático, á veces no.... un enigma en fin!—

—Cuanta responsabilidad para nosotros! Ha sido desgraciada esta muchacha.... Es linda, buena en el fondo, y con el atractivo excepcional de una fortuna inmensa... pero las cosas han corrido para ella de tal modo que no ha podido exhibirse, que casi no ha estado en contacto con el mundo, y en vez de rodearla una constelacion de festejantes, apénas si ha conocido tres ó cuatro hombres casaderos durante toda su vida... Cuando volvió de Europa, debió presentarse, y de seguro que habria tenido un buen éxito... Maldita veleidad aquella con el Ministro Austriaco!... Esta aventura malhadada estimuló las extravagancias de su carácter, determinándola á pasar más de un año en completa reclusion... Volvia al estado normal, para entrar de nuevo al mundo, y sobrevienen de golpe estas desgracias... El dolor la extravia otra vez y la obliga á vivir enclaustrada.... No ve sinó al doctor Nugués y á Rodolfo... ¿Como impedir que se enamore de uno de los dos?—Nuestro plan, aunque provoque ciertas criticas, debe ser procurarle á Marta distracciones, abreviar su duelo, hacerla conocer cuanto antes la sociedad, para que compare á los hombres, para que elija entre los muchos cortejantes que tendrá....

Siendo esas las ideas de Orfilia, fácilmente aceptadas por su esposo, es natural que Marta les causase una sorpresa agradable cuando á mediados de Noviembre les manifestó que deseaba ir á vivir en la quinta del Tigre. — En el campo hay mas libertad para aliviar el luto; se traban mas corrientemente las relaciones sociales; y puesto que ella misma indicaba la oportunidad del viaje parecia con eso acentuarse una reaccion favorable en el seno de aquella alma enferma!

Pocos dias despues de hecha la indicacion, Marta y su nueva familia se encontraban en el Tigre. Genoveva Ortiz tambien alquiló una quinta en las inmediaciones de la Estacion, y se apresuró á habitarla.—Queria que sus hijos en las vacaciones próximas tomasen una buena temporada de campo.—Este rasgo de prevision maternal levantó mucho á Genoveva en el concepto amoroso de don Alejo Nuñez!

Tales innovaciones no disgustaban aparentemente á Rodolfo.—En aquellos dias, cerrando una entrevista tempestuosa con don don Agustin de la Peña, dijo con aire muy gozoso:

—Alma grande, señor don Agustin!—Usted está montado á la antigua y yo á la moderna.... Los grandes desastres se repa-

ran con grandes golpes de fortuna.—Confie usted en mí.... Seré el hombre más rico de Buenos Aires, y lo seré pronto.

Estas palabras ya no eran un misterio para el honrado escribano. Con motivo de la muerte de don Frrncisco Valdenegros habia tenido ocasion de averiguar las ambiciones amorosas de Rodolfo. Estaba horrorizado del carácter de aquel jóven, y apenas le veia salvar los umbrales de la casa, cruzaba las manos exclamando:

·Mil veces peor que el padre!

(Continuará).



POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuacion)

XXXIX

LA voz, el gesto, la expresiòn, el modo
de contemplarse, todo
trastornaba sus almas, pues ¿què idioma
por inculto que sea, y por grosero,
para el amor sincero
no es tierno como arrullo de paloma?

XL.

Juntos en deleitable compañia
trabajan á porfia
repasando la red, y tan molesta
como pesada operaciòn sazona
la burla retozona,
la aguda chanza ò la atrevida fiesta.

XLI;

Reconcentrados en su amor profundo
¿què les importa el mundo?
Los sueños de ambiciòn dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
y juegan, como juegan
los pàjaros incautos en su nido.

XLII

No lejos, en el tèrmino de un pradò
donde manso ganado
con la hierba otoñal su gula aplaca,
la madre de Miguel, limpia y risueña,
tranquilamente ordeña
las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos
tan jòvenes, tan bellos
y tan rendidos à su mutuo encanto,
los dulces ojos, que la edad apaga,
y por sus labios vaga
leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV

¡Con que inefable paz la pobre vieja,
à quien tan sòlo deja
vanas memorias la cansada vida,
con què intenso y profundo regocijo
siente y ve en aquel hijo
reverdecer su juventud perdida!

XLV

Èl la hace recordar tiempos mejores,
con sus castos amores,
sus ansias, sus placeres y congojas
Es como tronco roto, que aùn resiste,
y el mes de mayo viste
de nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVJ

Fijòse en ella embebecido el mozo,
y desbordando el gozo
que en sus plàcidos ojos centellea,
dijo, llamando la atenciòn de Rosa:
—Mìrala que hacendosa
y entretenida està. ¡Bendita sea!—

XLVII

—¿Què puede apetecer? ¡Nos ve felices!
Rosa exclamó:—Bien dices.—
respondiòla Miguel:—¡Quieran los cielos
para colmar la dicha de esa anciana
concederle mañana
inocentes y hermosos netezuelos!—

XLVIII

La joven, con el seno palpitante,
mostrando en su semblante
el vivido color de la amapola,
al cuello se colgò de su marido,
y murmurò á su oido
una timida frase ¡una tan sola!

XLXIX

Mas de poder tan penetrante y hondo,
que removiò hasta el fondo
el alma de Miguel, como la ardiente
lumbre del sol que las campiñas dora,
hace, germinadora,
estallar en el surcò la simiente.

L

—¡Madre! ¡madre!—gritò falto de aliento:
y pronta al llamamiento
con creciente ansiedad la anciana vino.
—¿Què es esto?—preguntò sobresaltada.
—¿Què es esto? ¡Pues es nada!—
contèstole Miguel fuera de tino.

LI

—¡Què avanza mi ventura à toda vela!
¡Què vas à ser abuela!
¡Què mis sueños de amor alcanzo y toco!
Y hablaba cada vez menos tranquilo,
levantàndola en vilo,
locuaz y descompuesto como un loco.

LII

Por fin la anciana desasirse pudo
del apretado nudo,

y no vuelta del pasmo todavía,
haciendo á Rosa malicioso guiño,
con maternal cariño,
—¡Ah bobo!—prorrumpió—¡si lo sabía!

LIII

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,
en íntimo, en estrecho,
en entrañable abrazo confundidos,
mezclaron sus sencillos corazones,
anhelos, ilusiones,
lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
se anticipa el deseo
con sus alas de rosa al bien distante,
Miguel dijo soñando: —Si no muda
el tiempo, y Dios me ayuda
la pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
á Castro.., ¡no! á la córte
iré en seguida, y si en las tiendas hallo
cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
y le traeré un hatillo
de príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!

LNI

Y añadió enternecido, sonriendo:
—¡Si casi le estoy viendo
con su carita colorada y fresca,
y sus gracias alegres y sencillas,
sentarse en mis rodillas
para escuchar los lances de la pesca!

LNII.

¡Verás como retoza por la playa
cuando á buscarme vaya!
Y cuando se acostumbre, al lado mio,
al olor del carbón y de la brea,
¡Verás como gatea
por los palos y jarcias de un navío!

(Continuará).



(Continuación)

(Véase el número 30)

IV

POR asiento el duro lecho,
y por mesa la rodilla,
y de un algodón con borras
empeñado en sacar tinta;
á su asistente mirando
está el capitán García,
cual si quisiera sacarle
las palabras con la vista.
el asistente cuadrado,
las orejas encendidas,
puestos los ojos en tierra
y la boca sin saliva,
no acierta á hablar ni á moverse,
y trasuda de fatiga,
alentando cual si el peso
del mundo tuviera encima.
Uno y otro, al embarazo
en que están, preferirían
asaltar al descubierto
las trincheras enemigas.
Al fin logra el asistente
recobrarse, y así dicta:
«Madre: sabrás como tengo
la absoluta concedida;
pero habrás de hacerte cuenta,
lo mismo que mi Inesilla,
que á pesar de haber cumplido
no he cumplido todavía.
Mi Capitán está malo
y su cariño me tira,
como el tuyo y el de *ella*
y el de toda la familia.
Hasta verle bueno y sano
me quedo en su compañía.
Adios y no pases penas
madrecita de mi vida.»
El Capitán, perjurando
que es el humo de la pipa
lo que le corta el resuello
y le oscurece la vista,
en vez de escribir las frases
que el asistente le dicta,
escribe en letras muy gordas
estas palabras sencillas:
«Madre: ya soy licenciado
y partiré de seguida
al pueblo para abrazarte
y unirme con Inesilla.
Mi Capitán, en recuerdo
de haberle salvado un dia,
me dará con que rescate
la casa y tierras vendidas.
A Inesilla que prepare
el ajuar á toda prisa;
tú, por hoy, recibe á cuenta
la mitad del alma mia.»
Y esto escrito, procurando
con una tos mal fingida
ocultar al asistente
la emoción que le domina,
después de cerrar la carta
con manos extremecidas,
—¡Al correo, pronto, pronto!—
desentonado le grita.
Y el mozo sale con ella
casi llorando de dicha
al verse libre del trance
más amargo de su vida.
—Necesitaba estar solo,—
exclama entonces García,
—Si dura más esta escena
muero al cabo por asfixia.
¿Quién en ese pobre mozo
tal cariño supondría?
¿Y cómo hasta hoy no he sabido

que le tengo en tanta estima?
Si mañana por mi causa
alguna bala perdida....
¡Su pobre madre.... su novia....
¡No ha de ser, por vida mia!
¡Y es bravo! ¡vaya si es bravo!
¡con cuánto esmero me cuida....
¡Justo! Pasado mañana
le mando con su familia.—
Estas frases y otras muchas
desordenado decia,
llevando á secar sus ojos
las mangas de su levita;
Cuando viene á interrumpirle,
tan recia como sumisa,
la voz del chico que vuelve
retozando de alegria.
El Capitán ya repuesto,
le llama y le dice:—Mira,
en la carta que te he escrito
he anunciado tu partida.
Tù, cumplido con la patria,
te debes á tu familia
pasado mañana al pueblo;
yo dotarè á tu Inesilla.—
—¡Mi capitàn!—sollozando
el asistente replica,—
—Vamos; basta; buenas noches,—
interrùmpele Garcìa.
Al par pujando y gruñendo
el muchacho se retira;
la noche se hace muy larga,
y la luz del nuevo dia
á los dos halla despiertos,
con la voz enronquecida,
con los ojos como puños
y la conciencia tranquila.

(Continuarà).

ASPIRACIONES

Deja, mi bien que tu ternura loca,
Cuàl vaso lleno, sobre el labio mio
Se desborde en un beso de tu boca
Y en el regazo de tu amor, mi frente,
Como la ola de cansado rio,
Desmaye dulcemente.

Mi pecho necesita
De cariño y reposo,
De ese cariño que en tu sèr palpita,
De esa serena calma
Que, cual rocio, de tu rostro hermoso
Baja ¡oh mi amiga! à refrescar el alma.

No ya el amor, cual àntes, imajino
Tempestad y combate:
Pasò por siempre el rudo torbellino
Que sembraba de escombros su camino,
Y el corazon apaciguado late.

Otro ideal mas puro
Conduce mi existencia,
Y allà, en el vasto porvenir oscuro,
Un hogar á mis ojos se levanta,
Un dulce hogar, bañado
En la süave y misteriosa esencia
De tu ternura santa.

En èl, todos mis sueños se han posado
Como bandadas de aves fujitivas
En la copa de un àrbol sosegado;
El es mi religion y mi esperanza,
Y á su sombra feliz, con ansias vivas,
Buscando paz, mi corazon se lanza.

Ah! si algun dia de mi vista huyera
Esa vision encantadora y pura
¿Què de mi vida miserable fuera?
Ni placer ni amargura,
Nada, ya nada despertar podria
Mi corazon sombrio,
Y ùnico amigo, el implacable hastio
Rey de mis horas sin cesar seria.

¿Pero por què esta duda
Viene á enlutar mi frente?
¿Por què mi rostro de colores muda
Y mi alma ya desfallecerse siente?

Es que siempre los tristes desengaños
Que recojemos al cruzar el mundo,
Dejan su hiel à los mejores años,
Y el corazon humano,
Es un campo fecundo
Donde madura el mas ligero grano!

Perdona, pues, perdona
Si he dudado de tì! Tanto te quiero,
¡Oh ùnica flor de mi mortal corona
Y ùltima prenda de mi amor postrero!
Que hoy, al pensar que alguna vez podria
Para siempre perderte,
Hoy que me alumbra tu sereno dia,
De piè saludaria,
Como un atleta, la triunfante muerte.

Màs, no, dame tu mano,
Calma, este pecho, de tu amor sediento'
Y deja al par del mio, de su hermano,
Libre volar tu puro pensamiento
Hàcia la luz del porvenir lejano.
Nuestra dicha està allì. Sonriente
A los dos nos espera,
E el sol de la fecunda primavera
Baña en su luz nuestra serena frente!

D. D. Martinto.

Febrero 1884.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 33

CHARADA

Rosario

Fuè descifrada por Lolò, Riana, Una Floridense, O. P. y Doso.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
A 1 CR	C toma P
D 5 CR	C toma D
P 3 AR (mate)	

1.ª *variante*

Blancas	Negras
A 1 CR	C toma C ò A
D toma P	Cualquiera
D ò C da mate	

No esponemos detalladamente todas las variantes porque todas son fàciles.

El Duende y Ulises son los ùnicos que nos han enviado la soluciòn exacta.

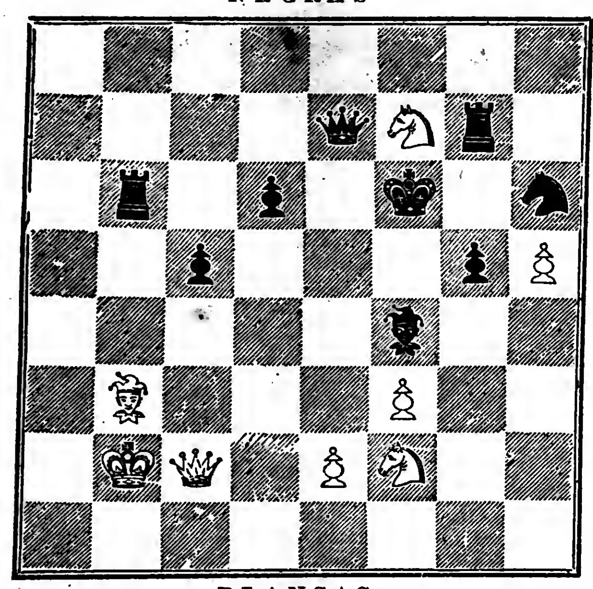
GEROGLÍFICO NUM. 33

De sus picardias se acuerda quien á solas se rie

Ha sido resuelto por Omega, La Ondina, Tutti, Wenceslao, Doso y Vasco.

Problema de Ajedrez por Eduardin

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

CHARADAS

Cuando mi *todo* el sol al horizonte,
En el balcon de brazos colocada,
Una *dos tercia cuarta* que yo tengo
Se entretiene en mirar un pollo erguido,
Con cara de sarcòfago sagrado,
Que de una esquina à otra eternamente
Con gran desenvoltura se pasea
Las piedras de la acèra desgastando,
Dicen que es un poeta à la moderna
De rècia inspiracion y rècio acento
Que cuando està de mi *segunda cuarta*
Apostrofa en estrofas sibilinas
A la moderna sociedad corrupta;
O cantos amantisimos dedica
A mi *primera cuarta*, que es la niña
Que en el balcon de brazos colocada
Lo contempla pasear eternamente,
En cuanto el sol al horizonte *todo*.

OTRA

Tañed pastores mi *todo* rùstico,
Que ya aparece cual la alborada,
De mi tristeza las densas nieblas
Desvaneciendo con su mirada
La flor mas bella de mis jardines,
La mas gentile de las zagalas;
Vertiendo aromas con sus suspiros
De los pastores rindiendo el alma.
Mas que mi *prima* con mi *segunda*
Cuando en los bosques alegre canta,
Tiene su acento notas y trinos
Donde palpitan sus esperanzas,
Donde palpitan nuestros amores,
Donde palpitan secretas ànsias...
Paced ovejas de mis campiñas,
Paced cabrillas de mis montañas,
Tañed pastores mi *todo* rùstico
Que ya aparece cual la alborada
Mi *prima tercia*, desvaneciendo
De mi tristeza las densas nieblas
Con su mirada.

FUGA DE VOCALES

D. l. .lt. d. l. G.r.ld.
Y. s.b. .st.d .aq..l c..nt.
D.spr.nd..s. .n p.br. d..bl.
. l. gr.t. .n c.mp.ñ.r.

FUGA DE CONSONANTES

.ue e. u. .a..o..i.o e..a.a
.e. .i.a..e .o.u.e..o,
a. .e..e .a.a.:—¿A.i.o,
.ue .a. .a.? Y e. .e. .o..eo

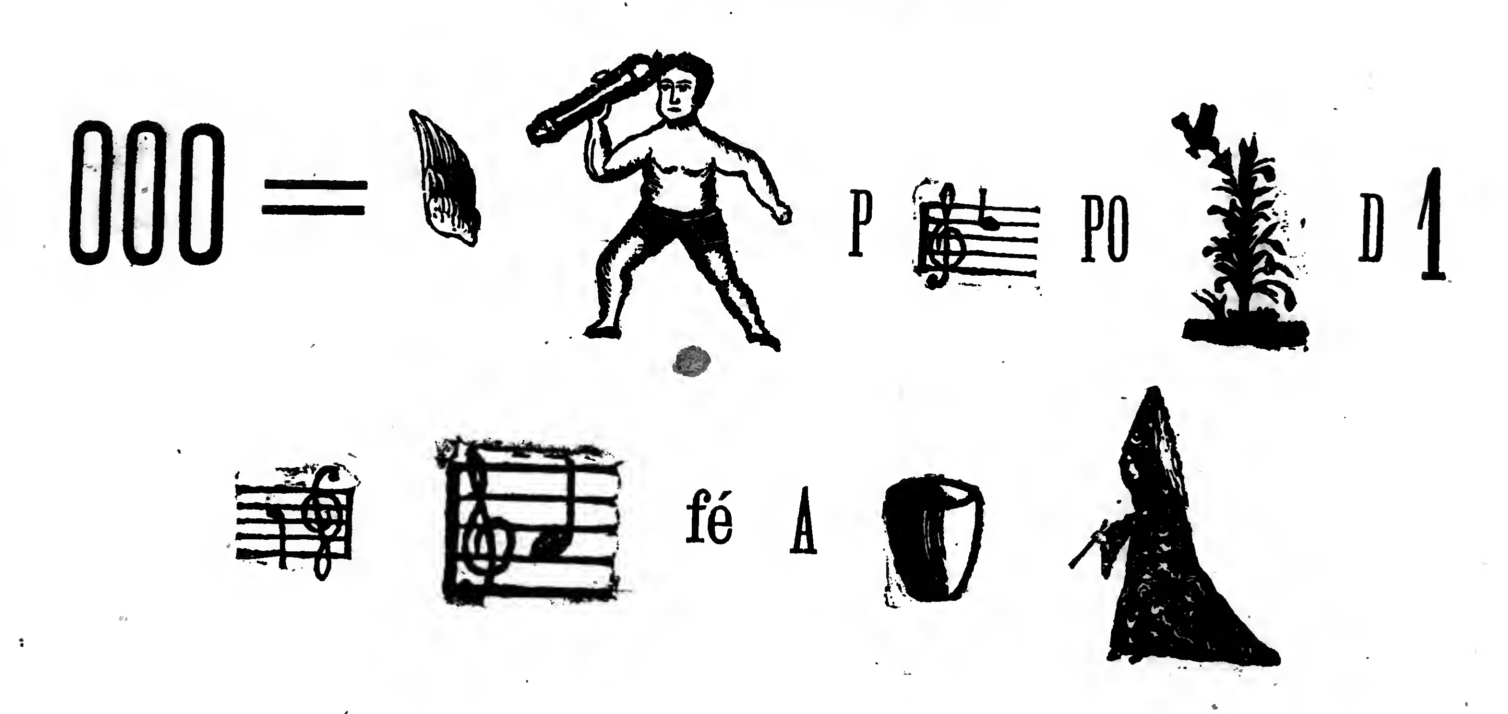
FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

h.ch. u. o.i.ll. e. e. a.r.
.e .o.t.s.t. c.n .r.c j.:
H.s.a .h.r. n. v.m.s .a.;
.e.é .u.u.o .e.u. a. s.e.o

PALABRAS DESCOMPUESTAS

AAETSC—SLCNOIEI—UEOTSTV

GEROGLÌFICO NÚM. 34





PERIÓDICO LITERARIO

Marzo 31 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 35.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

—

CAPITULO UNDÉCIMO

EN LA BOCA DEL ABISMO

MUCHO arte de persuasion amistosa desplegó Orfilia para convencer á Marta de que en su nueva posicion, como pupila del doctor Arismendi, estaba estrictamente obligada á guardar en el Tigre una conducta menos libre que cuando vivian los abuelos.—Estos, segun la sensata jóven, tenian el derecho de ser complacientes hasta los últimos extremos; pero un tutor no podria eludir del mismo modo el cumplimiento de sus deberes rigorosos.— Era otra su responsabilidad,— y otra su mision.— Lo que en los abuelos debia atribuirse á exceso de cariño, que nada niega á los caprichos de una nieta, se atribuiria en el tutor á indiferencia de afecto ó á culpable debilidad. Debian suprimirse, pues, aquellos paseos á caballo, y aquellas excursiones fluviales que habian sido fuente inagotable de placeres para Marta.

—Si, queridita, decia Orfilia con graciosa autoridad moral,— si se trata de salir al campo, iremos en carruaje, ó te acompañará á caballo mi marido.—Si se trata de andar en el rio, todos nos embarcaremos en el mismo bote.—Para volver á sus romanticismos, deberá usted esperar hasta que se case, y veremos entonces como le va con su novio!

Marta aceptó sonriendo todas esas restricciones de conducta, sin renunciar al derecho de violarlas cuando fuera necesario. Por el momento, lejos de sentir el vacio inquieto, el devaneo indeciso, que antes la empujaban á la exageracion del ejercicio físico, al desenvolvimiento de una actividad motriz sin objeto ni propósito, tenia preocupaciones constantes qne la sujetan más bien al quietismo de las meditaciones profundas. Contempló sus caballos, examinó sus embarcaciones queridas,—y recordó con envidia el tiempo aquel en que, juzgándose inmensamente desgraciada, podia, sin embargo, hallar consuelo y solaz al galopar como una vagabunda por los campos, ó al fatigarse sobre el remo en las aguas, regresando despues al hogar donde la esperaban anhelos y caricias que ahora habian desaparecido de la tierra!

La quinta que ocupaba Genoveva no estaba distante de la quinta de la familia Valdenegros; pero, desde el desgraciado incidente de la pierna de goma del Sr. Nevares, no se habian reanudado las relaciones personales entre Genoveva y Orfilia. Limitábanse á saludarse con la cabeza las dos primas, cuando se encontraban en la Estacion, en la Iglesia del pueblo, ó en alguno de las encrucijadas del lugar. Pancha Ovalle, entretanto, servia de vínculo de union entre las dos familias. Pasaba largas temporadas en casa de Genoveva, y durante el dia se hartaba de conversacion en casa de Marta... Conversacion inocente!—los brazos de un molino de viento aplicados á las noticias menudas de la sociedad porteña!

Rodolfo comenzó á visitar á Marta con frecuencia, no obstante las molestias del viaje en el diabólico Ferro-Carril del Norte.—Era lo natural que Orfilia y el Dr. Arismendi le ofreciasen el *chalét*, ahora desocupado, para que se quedase algunas noches;—pero no lo hicieron;—no querian echar combustibles á la hoguera. -Teniendo que visitar tambien á Genoveva, veiase Rodolfo en una posicion dificil.—Creyó allanarla tomando, á su vez, una quinta en San Fernando, y en ella se instaló con su grandeza caracteristica.—De ese modo, un cuarto de hora de camino en su cupé ó en su breck bastaba para llevarle á casa de Genoveva, ó á casa de Marta, segun las circunstancias, pudiendo prolongar su visita sin sufrir la esclavitud del itinerario del tren. No tardó Don Alejo Nuñez en seguir el ejemplo, colocándose más cerca aún de la disputada presa femenina. Tuvo pronto su casita en las Conchas, rio por medio con la casita de Genoveva, y un buen servicio de botes y carruajes.—Se preparó á pasar de esta manera un verano delicioso.—Genoveva le concedia audiencia casi todos los dias, aunque con asistencia de testigos, y en iguales condiciones salian á pasear muy á menudo... Jactábase Don Alejo de estar empezando á comprender la poesía de la naturaleza!.... Menos feliz Rodolfo, sólo le era permitido visitar el miércoles, como en la ciudad, y sin mas diferencia que el derecho de presentarse en la tarde: pero él se abstenia de ejercer ese derecho, rehuyendo los paseos que le hubieran espuesto á un encuentro con la vecina de Genoveva. Su amor sensual, sin embargo, iba, cada dia más, tomando proporciones de incendio!

En la tarde y en la noche, pasaban Rodolfo y Marta largas horas sentados en un banco del jardin ó del muelle, casi siempre silenciosos. Rodolfo contemplaba siempre á Marta; y ella, si estaba en el jardin, contemplaba el cielo,—si estaba en el muelle, contemplaba el rio; pero se sentia constantemente acariciada por miradas de amor, y creia á veces que un hálito de fuego serpenteaba entre las matas de su cabellera, ó penetraba por el cuello de su corpiño entreabierto.... Orfilia y el doctor Arismendi tenian una paciencia inalterable para estar sentados ó pasearse en las inmediaciones del sitio que hubiese elegido la pareja.

Salian de tiempo en tiempo en bote ó en carruaje;—pero Marta no gustaba ya de esas diversiones.—Perdia toda libertad yendo con su tutor cara á cara;—preferia entonces quedarse en su casa, soportando una vigilancia menos inmediata, menos deprimente.... Tampoco ambicionaba una libertad absoluta.... Le inspiraba aún pavor la idea de encontrarse enteramente á solas con Rodolfo.... Contra su costumbre, preferia un término medio:—cierta latitud de accion para dejarse amar, y cierta proximidad del auxilio para no entregar su corazon antes de tiempo... Queria estar en la boca del abismo, que la atraia podero-

samente; pero con alas para huir de él mientras durasen las luchas interiores.

Rodolfo adivinaba esas luchas, y adivinándolas, se proponia no precipitar el desenlace.—Debia contemporizar con Marta, por su carácter extremadamente susceptible, desatinadamente impresionable.—No le era difícil, por otra parte dar pruebas de sangre fria en las peripecias de su conquista.—Se sentaba al lado de Marta perfectamente tranquilo, sin ilusiones ni deseos.—Creia ganar terreno en el corazon de la jóven; y eso le bastaba.—Cuando fuese enteramente dueño de ese corazon, en vano el universo se conjuraría contra sus gigantescos sueños de fortuma!

Habia, empero, algunas cosas que vencian en ciertas ocasiones la impávida serenidad de Rodolfo. Algunas noches, — sentiase pasar por la calle una comitiva más ó menos numerosa, que hablaba, que reia, y que parecia detenerse, con intencion ó por acaso, delante del jardin donde Rodolfo magnetizaba á Marta como la vívora al pájaro..... Otras veces, en las noches oscuras, divisaba Rodolfo una sombra de mujer que pasaba y repasaba por la calle, y ocasion hubo en que, paseando con Marta en el camino paralelo de la verja, pudo percibir el rumor de una persona que hacia crugir las hojas de la madreselva, entre cuyas ramas se ocultaba del lado opuesto de la verja...... Era el temible espionaje de Genoveva Ortiz!—Temible y halagñeño!—Rodolfo la adoraba; —pero esta misma adoracion, todavia sedienta, infligia á su alma un suplicio cuando estaba junto á Marta Valdenegros.

Otra circunstancia muy molesta era la permanencia del jardinero *Luigi* en el servicio de aquella casa. No podia Rodolfo verle sin recordar á *Giacomo*, y *Giacomo* se le aparecia como la conciencia acusadora de los más negros extravios de su vida... ¿No perseguia acaso su antiguo plan de envenenamiento? Esta misma idea se acentuaba en las turbaciones de su espíritu, cuando se encontraba con el Dr. Nugués, despreciativo y burlon, amenaza eterna de revelaciones siniestras! Y eso que el doctor Nugués se reconocia ahora desmontado ante la indiferencia glacial de Marta, y abandonaba con despecho el campo, gozándose al pensar que, en todo caso, la jóven quedaria suficientemente castigada de sus indiscretas preferencias... Asi lo exigia, hasta cierto punto, la moral científica del Dr. Nugués, pues las faltas humanas, segun él, debian siempre hallar la sancion penal en sus propias y virtuales consecuencias!

Trascurrieron asi mas de dos meses. A fines de Enero, en una noche sin luna, Marta y Rodolfo se encontraban de pié, uno junto al otro, con los brazos apoyados en la barandilla del muelle. Habia en el cielo una asombrosa titilacion de estrellas, y en la estera de las aguas y en la maraña de la orilla enjambres infinitos de emanaciones fosfóricas. Se respiraba un aire cálido, cargado de electricidad, que irritaba la sangre y exasperaba los nérvios. Orfilia y el Dr. Arismendi, sentados en un banco de fierro del mismo muelle, atendian á la explicacion de un criado que daba cuenta de un desórden ocurrido entre los servidores de las caballerizas. Rodolfo aprovechó ese momento... Cogió con delicadeza la mano carnosa y suave de Marta, diciéndole en seguida con voz muy dulce:

—Há tiempo que me debes una contestacion...

—Nó! respondió Marta, haciendo un leve esfuerzo para desasir su mano.

—Si!—te hice una pregunta, insistió él, oprimiendo el primer botin de su conquista,—te hice una pregunta y no me has contestado...

—No!—repite ella, temblando,—ninguna pregunta me has hecho hasta ahora...

—Hay confesiones que reclaman implícitamente una contestacion... Te confesé que te amo, que te adoro... Espero la contestacion...

—No...

—¿Qué no, dices?

—Todavia no me la exijas, murmuró Marta, retirando violentamente su mano, y revolviendo hácia Rodolfo ojos de moribunda súplica.

La ausencia de la luna volvió á protejer, dias despues, los avances de la campaña iniciada... Era la noche profundamente oscura, anunciando ya la borrasca. Marta y Rodolfo estaban sentados en un banco del jardin, y Orfilia y el Dr. Arismendi se paseaban delante de ellos, abarcando una distancia considerable. Rodolfo, protegido por la sombra, se acercaba á Marta hasta rizarle con el aliento la mejilla... Creyó de repente percibir que la jóven lloraba y muy luego oyó la explosion ahogada de un sollozo.

—¿Qué tienes? dijo en voz muy queda.

Marta guardó silencio; dejó pasar á Orfilia y al Dr. Arismendi, y cuando ellos estuvieron lejos, exclamó:

—Si abriendo el corazon y partiendo el cráneo de una persona, fuera posible saber lo que ella siente y piensa,—yo te abriria el corazon, yo te partiria el cráneo....

—Siento que te adoro... pienso que eres muy cruel...

—¿Y si me engañaras?

—Todas las mujeres, á lo ménos todas las mujeres ricas, podrian hacerse la misma interrogacion, y no saldrian de dudas ni aún abriendo el corazon y partiendo el cráneo de los hombres que las aman...

—Si! Pero yo no soy como las demas mujeres. Braman dentro de mi pasiones salvajes... Si despues de haberte dado yo mi alma y mi cuerpo, supiera que me habias engañado, ó que me traicionabas,... ah! lo juro!... tú no me conoces!... seria capaz de un crimen!

—Enhorabuena! ¿Que mereceria yo en tal caso? La muerte! Y bien!—aún injustamente, la recibiria yo con placer si de tus manos viniese...

Y asi, hablando al oido, en las tinieblas, deslizando las palabras como caricias voluptuosas, como gotas de metal hirviente, mezclando en su lenguaje de amor exageraciones románticas y osadias realistas, hurgoneando sin piedad el fuego interior de aquella alma desquilibrada y enferma, prosiguió Rodolfo largo tiempo en el empeño tenaz de disipar las dudas y vacilaciones de Marta.—Despues, cuando la juzgó vencida, en su silencio tembloroso, aprovechó la lejania de Orfilia y del Dr. Arismendi en el paseo incesante por el camino del jardin, para oprimirla entre sus brazos, y murmurar, casi rozando con sus lábios los húmedos lábios de la jóven:

—Di que me amas, dilo!

Abandonóse Marta unos instantes; pero reaccionó en seguida.

—Nó! todavia no!—dijo, poniéndose de pié con un salto violento.

Comenzaban á caer algunas gotas de lluvia y ya se desencadenaba el huracan.—El Dr. Arismendi y Orfilia se acercaron.

—Será prudente que entremos, dijo esta última.

—Y archi-prudente que me retire,—repuso Rodolfo,—antes de que se ponga intransitable el camino á San Fernando.

Asi terminó el peligroso episodio de aquella noche oscura.

Desde muchos dias atrás andaba Orfilia cismando con los progresos visibles que operaba en el espíritu de Marta el afecto de Rodolfo. Rehuia Marta las confidencias de amor, y Orfilia se lo perdonaba; se lo agradecia casi, pues no hubiese acertado á darle un consejo decidido... Ese mismo presentimiento contribuia á detener las confianzas de la enamorada... Ella comprendia que Rodolfo no suscitaba en Orfilia abiertas simpatias... ¿Porqué? Lo ignoraba! y no queria saberlo.... Temia padecer una decepcion; temia su propio enojo.... Flotaba su voluntad en incertidumbres dolorosas... Habian sido tan desgraciados sus amores! Se creia predestinada al infortunio en aventuras de amor.... Jamás habia revelado á Orfilia sus desvarios con Jorge

Parler, y daria diez años de su vida por borrar el recuerdo de sus devaneos con el Baron Bomberg.... Nuevamente herida, en medio de tantas circunstancias que agravaban sus recelos, vacilante aún ella misma, encontraba algo como un refugio, como una fuerza, resistiéndose á confesar su amor.

Orfilia, entretanto, se convencia de que habia llegado el momento de definir la situacion, y aquella noche, así que se retiró Rodolfo, tuvo el coraje de abordar resueltamente á su amiga. La hizo sentar en un sofá, le tomó las manos, la miró un rato con cariño, y despues le dijo:

—¿Completamente arreglados?

—No! Todavia no!—respondió Marta, temblando como si estuviera delante de Rodolfo, y repitiendo las mismas palabras, cual si fueran el amuleto de su salvacion.

Pretendió insistir Orfilia,—pero Marta le cubrió la voz con un beso y se alejó corriendo.

El tutor y su esposa conversaron largamente sobre sus responsabilidades en aquel asunto.... A instancias de Orfilia, prometió el Dr. Arismendi hablar al dia siguiente con el Dr. Nugués para que explicase el fundamento de la terrible severidad con que en todas partes hablaba de Rodolfo.... Y á la tarde del dia siguiente, cuando volvió de la ciudad el Dr. Arismendi, Orfilia le preguntó con anhelo:

- ¿Qué hay?—¿qué dices?

—Lo de siempre, respondió aquel, que Rodolfo es un foragido! Lo afirma con una conviccion admirable, pero añade que como no puede probarlo, materialmente hablando, es inútil pedirle explicaciones.... Traté de averiguar si se referia á las calaveradas de Rodolfo.... Yo sé, le dije, que ese mozo derrocha y juega, y es un libertino... «Pecados veniales! contestó; si no fuera mas que eso!»—Y vuelta al estribillo del foragido, sin adelantar un paso... Todo esto, con acopio de bromas y de sátiras y de excentricidades.... Dice que es contrario á sus principios querer darla de redentor,—y que solo redimiria á Marta casándose con ella... «Pero la niña prefiere á Rodolfo;—resignacion! —y que ella se divierta!»—Para desorientarme más, concluyó por decirme: «Al fin y á la postre yo soy tambien un pretendiente; mi testimonio es tachable; me comprenden las generales de la ley, señor abogado»

—Hay un misterio, hay un misterio en eso! murmuró Orfilia.

—Pero me falta lo mejor, prosiguió el Doctor Arismendi. – Salgo de casa del doctor Nugués para ir al Club del Progreso, y allí me cuentan que un amigo de Rodolfo habia estado anoche "perorando en un corrillo, con mucho desenfado, sobre el siguiente tópico: es muy dificil que Rodolfo llegue á casarse con Marta, porque tú y yo le armaremos toda clase de intrigas para oponernos á los amores y al casamiento.... ¿La razon?... Muy simple. Queremos que la tutela se prolongue hasta la mayoridad de Marta,—porque, aún con toda honestidad ..—aquel jóven me hacia el favor de considerarme honrado!— tres años más de tutela darán un asombroso rendimiento, y á todo trance necesitamos impedir que el matrimonio de la pupila nos deje con la cara larga.

—Qué infames!

—Y como el hecho es cierto,—como el diez por ciento que el tutor tiene, segun el Código Civil, sobre los frutos de los bienes que administra, puede, tratándose de la fortuna de Marta, subir en tres años á una suma enorme.... he ahí que las observaciones del amigo de Rodolfo obtuvieron facilmente la aprobacion del corrillo... Cuestion de perspicacia!

Orfilia estaba desolada. Vagamente habia comprendido siempre que la administracion de los bienes de Marta seria lucrativa para su marido; pero jamás habia querido entrar en detalles sobre eso. Tenia suficiente buen sentido para estimar los favores de la fortuna, pero rozaba su delicadeza instintiva todo lo que fuera codiciarlos con el pensamiento, ó saborearlos con la fruicion del comentario minucioso. Persuadida además de que el Doctor Arismendi compartia esos nobles sentimientos, no atinaba á comprender como la maledicencia osaba arrojarles tan injuriosa y menguada sospecha!—Departieron largo rato sobre la gravedad de su situacion, y acordaron al fin cruzarse enteramente de brazos, dejar correr las cosas, pensando en resumidas cuentas que, muy á túrbio correr, estaban ellos justificados por el hecho de haber comenzado las relaciones entre Rodolfo y Marta mucho antes de fallecer los abuelos.

Dos ó tres dias despues recibieron Orfilia y Marta la visita de Pancha Ovalle.—Habiéndose levantado un momento la pupila, Panchita se acercó misteriosamente á Orfilia.

—Sé por el doctor Nugués, dijo, que los amores, entre Rodolfo y Marta andan á vapor.... ¿Ustedes no le tienen miedo á Rodolfo? Miren que es un diablo!- Está enamoradísimo de tu prima Genoveva... Perdido!... Para mi es evidente que la engaña á esta niña, y que quiere casarse por la plata.... Su verdadero amor es Genoveva...

– No sé, ni quiero saber nada, respondió Orfilia. Marta tiene ya diez y nueve años y debe juzgar por sí misma si Rodolfo la ama ó no la ama...

—Pero tú tienes el deber de advertirle que Rodolfo pretende tambien á Genoveva, replicó Panchita, con aire de moralista convencido.

—No! no me reconozco tal deber. Adviérteselo tú, si te parece.

—¿Me lo aconsejas?

—No. Ni consejos quiero dar en ese asunto.—Unicamente te prevengo que yo nada le diré.

En el curso de la visita, Marta y Pancha vinieron á quedar solas.

—Picarona! exclamó la última; estás en grande con Rodolfo!

—En grande no. Usted exagera. . se avanza demasiado, replicó Marta con expresion displicente.

—Es un modo de decir, repuso Pancha con zalameria. Sé bien que no hay entre ustedes nada muy formal.... Si lo hubiera.... otra seria la conducta de Rodolfo.

Marta se mordió los labios,—pero llevó su orgullo hasta el punto de no pedir aclaraciones de la frase.

—Sabrás, por supuesto, que tienes una rival, prosiguió la otra, despues de un momento de silencio, bajando la cabeza y mirando á Marta por entre las cejas y el abanico.

—Una rival! repitió la jóven más desdeñosa que colérica.

—Sí! una rival, y muy interesante, y está muy cerca de tu casa....

—¿La viuda de Nevares?

—Genoveva!

—Oh! las mujeres de reputacion equivoca nunca son rivales de las señoritas..... Por otra parte, V. se engaña si piensa que Rodolfo es mi novio.

—Marta! Eres injusta con Genoveva. No puedo saber lo que ha sido antes, pero te aseguro que ahora es una mujer muy honrada.... Precisamente, Rodolfo la ha puesto bien á prueba!—Porque Genoveva, eso si, está loca por él, y sin embargo, te puedo garantir que no le ha tocado ni la punta de los dedos del pié...... El pobre se desespera mucho con esto...... O es un gran farsante ó está muy enamorado. Como soy tu amiga, cumplo con el deber de decírtelo!

– Que lo esté! —repuso Marta, encogiéndose de hombros; hablemos de otra cosa.

No era completamente fingido su desden.—Sabia que Rodolfo visitaba á Genoveva;—pero en su ciega soberbia, no creia que esas visitas debiesen llamar decorosamente su atencion. La misma Orfilia, no disimulando el disgusto de tener semejante prima, habia cooperado, sin saberlo, á fomentar esa orgullosa indiferencia.—No obstante, las palabras de Pancha Ovalle quedaron labrando lentamente el corazon de Marta.

Rodolfo la encontró á la noche en la sala, reclinada en un sillon de hamaca, profundamente pensativa. Léjos de ella, en un sofá, Orfilia y su marido jugueteaban con el niño.

—¿Cómo está la jóven *rêveuse*? preguntó Rodolfo sentándose al lado de Marta.

—Bien, muy bien, respondió ella; y tu ¿qué traes? ¿El barrio está tranquilo?

- En una tranquilidad patriarcal.

—¿Se goza de buena salud en la vecindad?

—Como no! Estos sitios son admirablemente salubres.

—Pero hay en ellos enfermedades del alma.... ¿Cómo vá la de Genoveva Ortiz?

—¿Y eso? ¿Qué significa eso?

—Segun Pancha Ovalle, que puede saberlo, la viuda de Nevares tiene el alma enferma... Verdad que, segun ella, tú la tienes aún más... Responde, pues... ¿Como va?

Desde la primera interrogacion de Marta, habia visto Rodolfo venir una tormenta, y se preparaba para recibir sus golpes. No la esperaba tan recia, sin embargo, y al punto comprendió que necesitaba conjurarla con un rasgo de audacia cínica:

—Si tu ya hubieses respondido á una pregunta mia, dijo pausadamente, pocas dificultades ofreceria ahora mi respuesta. Te diria simplemente: ordena y todo habrá concluido... pero ni eso fuera menester decirte... Todo habria concluido por si mismo... Soy entre tanto un hombre libre... tú lo quieres asi... y hasta poco favor te hace escudriñar la vida agena, en el órden de ciertas relaciones reservadas, que no merecen excusa en absoluto, pero que todos los hombres libres tienen la debilidad de cultivar.... ¿Entiendes? No soy un ángel, pero solo de tí depende que no necesites volver á preguntarme por la salud moral ó física de Genoveva Ortiz!

Quedó Marta callada, reflexionando, con la vista baja.

—Responde, pues, á mi pregunta antigua, añadió Rodolfo.

—Nó! Todavia nó!—dijo Marta con resolucion.

Y despues, modificando el tono, trasparentando fruiciones de orgullo satisfecho:

—Te encuentro razon..... Lo mismo habia pensado yo..... Todavia eres libre!

Por aquel entonces, no tuvo otra consecuencia el incidente.

Dos dias mas tarde, se presentó de nuevo Pancha Ovalle. Iba á despedirse, muy de prisa, pues estaba de viaje para Córdoba, acompañada de su señora madre y de don Alejo Nuñez, que volveria enseguida, dando un visitazo á sus estancias de Santa Fé. La castidad de Genoveva quedaba protegida por sns hijos, ahora en vacaciones. El objeto del viaje era patético; pero no lo demostraba el semblante de Panchita..... La tia cordobesa se sentia morir..... al fin!..... y por el telégrafo llamaba á su ahijada y sobrina predilecita. Esta iba, pues, á recibir su pingüe, herencia, de buena gana, y tanto más halagada cuanto que el Barán Bomberg aprovechaba la oportunidad de tan selecta compañia *para conocer el interior del pais*, como lo prescribe el reglamento de la diplomacia austriaca .... Notábanse fosforencias inusitadas en los ojos revueltos de la *buena amiga* del señor Baron!

Marta estuvo con ella extraordinariamente amable, y al despedirse, separándose de Orfilia, pudo decirle:

—Sabes que hablé con Rodolfo á propósito de la viuda de Nevares.... Los hombres son perversos!—Rodolfo disimula poco la clase de relaciones que le envuelven momentáneamente con esa pobre señora.... Tú que eres su amiga, debes prevenirselo!

—Ay! Marta! exclamó la señorita Ovalle; ó Genoveva, ó Rodolfo miente con un descaro inaudito... Siento no poder ayudarte á descubrir la verdad!

Eran ingénuas esas frases. Ocupada ahora en sus propias intrigas, se ha desinteresado Pancha en las agenas; pero como vuelve á casa de Genoveva para reunirse allí con su señora madre y Don Alejo, á fin de tomar en seguida el vapor que parte de la boca de Lujan, no le parece correcto ocultar á la perjudicada el jactancioso alarde de Rodolfo. —Genoveva supo todo.

Aquel mismo dia, horriblemente caloroso, de un sol abrasador, fué Marta como de costumbre á darse un baño en el rio. Debajo del muelle, formado por un estrecho enrejado de madera, pintada de verde claro, estaba el cuarto de baño. Una puerta levadiza y una pequeña escalera daban acceso á él, y despues una puerta lateral y otra escalera pequeña abrian comunicacion al agua.—Acababa Marta de salir. Su celeste traje de bañista estaba á sus piés, empapado y esponjoso... Ella, envuelta en una ámplia sábana, de trasparente blancura, y con la cabellera suelta, indolentemente sentada, dejaba que la reaccion natural del calor secase todo su cuerpo... De repente oyó rumor de remos en el rio... Una ligera embarcacion se acercaba.... llegaba á la escalera y amarraba allí... Abrióse despues la pequeña puerta, y apareció Genoveva, vestida de blanco, con gasas blancas en la cabeza, muy pálida pero, aparentemente tranquila. —Cerró la puerta y dijo:

—No se asuste! Nada tema! ¡Vengo de paz, y por su propio bien.—Sabia que se bañaba usted enteramente sola, porque á mi virtuosa prima no le gustan los baños al aire libre, y usted no quiere que la acompañe ninguna criada.... Sabia eso por Pancha Ovalle, que tantas cosas me cuenta, y lo vi con mis propios ojos, oculta entre los juncales de la orilla opuesta.—Tambien yo he venido sola, pues he aprendido á remar, á navegar, para no ser ménos que usted.... que tiene fama de excelente marinera! Podemos, pues, conversar muy tranquilamente ....Le interesa á usted muchísimo lo que voy á decirle....Pero me sentaré por mi propia iniciativa, ya que usted no se digna ofrecerme asiento....

Temblaba Marta de los piés á la cabeza; no podia articular una sola palabra, y con anómalo instinto de pudor, procuraba encerrarse herméticamente en los pliegos de la sábana.—Una media luz verdosa, iluminaba aquella escena extraña.

—Es usted, señorita, cruelmente injusta conmigo, continuó Genoveva, despues de sentarse frente á Marta, y desciñéndose las gasas de la cabeza con desenvoltura y donaire. Dias pasados le habló usted á Pancha Ovalle de mi *reputacion equívoca*, añadiendo que no podia descender á sentir celos por mi....... Hoy ..... ha ido usted un poquito más allá..... Está usted segura de mi mala conducta... Pretende, al parecer, que Rodolfo ha tenido con usted singulares confidencias...... Pobre niña! Es usted vilmente engañada por un hombre que no quiere casarse conmigo, es cierto, pero que me ama inmensamente, mientras solo busca en Marta Valdenegros la posesion de una fortuna inmensa. Yo me propongo desengañarla..... Quiero que usted se desengañe por si misma..... Quiero que vea, que palpe la realidad de las cosas...... El medio es muy simple....... Rodolfo debe ir á mi casa mañana á las dos de la tarde.... Es una cita que le he dado..... Estarémos solos..... Pero no completamente solos ..... Usted podrá ir tambien, y desde la pieza contigua oirá toda nuestra conversacion...... Asi sabrá usted cuales son mis relaciones con Rodolfo..... Asi sabrá usted lo que él piensa y siente...... ¿No le parece bien?...... ¿No acepta?—Necesita aceptar! Vaya mañana á la una y media..... Irá usted sola por el rio..... Yo la esperaré en el muelle de mi quinta..... Le recomiendo únicamente que se arme de un valor feroz para oir con impasibilidad á Rodolfo!

Se levantó Genoveva y abrió la pequeña puerta de salida. Detúvose en el úmbral. Grueso haz de luz enrojecida penetra por aquella puerta y alumbra á Marta, amorotada, con los ojos extraviados, el cabello suelto, temblando entre las sábanas con expresion huraña y salvaje...

—Es verdaderamente una pampita!—decia despues Genoveva, á sólas, cuando se acordaba de aquel cuadro.

El Capitán García

(Conclusion)

V

TAN cargado de arrebol,
vino aquel amanecer
que pareciò el mundo arder
en las llamas de un crisol;
y alzòse tan vivo el sol
que quisieron comenzar
las semillas à brotar,
los arroyos à reir,
los enjambres á bullir
y las aves à cantar.

—

Gozosa la tierra entera
recibe tan bello dia
como un beso que le envia
la cercana primavera;
y hasta el anciano que espera
su fin, resignado ya,
aquel dia alegre està,
olvidado de su cruz
bebiendo ansioso en la luz
la vida que se le va.

—

Todo el pueblo se alboroza;
al campo sale en tumulto
à rendir à la luz culto
la gente vieja y la moza:
hasta el aflijido goza;
no queda angustia ni duelo
sin un rayo de consuelo;
que cuanto más sufre un alma
encuentra màs dulce calma
en la sonrisa del cielo.

—

De un convento hecho cuartel,
voces de jùbilo dando,
sale la tropa imitando
del vivo enjambre el tropel;
se arremolina como èl,
espàrcese en derredor,
y cada cual tràs su amor
precipitado se aleja
al modo que cada aveja
vuela en busca de una flor.

—

Andando con mucho afàn;
en su asistente apoyado,
à gozar del sol templado
tambièn sale el Capitán.
Y asì le aconseja:—Juan,
la dicha te espera allì,
si honrado como hasta aquì,
en aquellas dos mujeres
cifras todos tus placeres
con la fè que ellas en tì.

—

Si te ves en un apuro
acuèrdate de este viejo
que sabe que no hay consejo,
para el pobre, como un duro.
Sè bravo siempre, seguro
de que triunfa solo el fuerte;
y no olvides, si la suerte
te es contraria en la contienda,
que no hay en el mundo senda
que no termine en la muerte.

—

Vuelto á la tierra natal,
limpia el hierro del arado
y llèvalo tan honrado
como hoy el hierro marcial.
De uno y otro por igual
son honrosas las hazañas;
si hace el uno en sus campañas
libre à la patria y gloriosa,
hàcela el otro dichosa
fecundando sus entrañas.

—

Si te llegas à casar
resigna el mando en Inès,
que más vale que le dès
lo que al fin te ha de quitar.
Tengan en tu pecho altar,
honra, patria y religiòn.
Con fè pide en la aflicción
seguro de hallar consuelo,
que tan solo no oye el cielo
al mudo de corazòn.

—

Esto el Capitán decia
de modo tan imponente
que temblaba el asistente
creyendo que le reñia.
De una exclamaciòn impìa
cada frase acompañaba,
y motivos mil buscaba
para ocultar, con un gesto
de furor, con un denuesto,
la ternura que le ahogaba.

—

Cuando esta tenaz idea
le dejò libre el sentido
notò que estaba rèndido
y muy lejos de la aldea.
—¡Maldita esta pierna sea!—
dijo sentándose al par;
y un terrible malestar
sin duda le acometiò,
pues èl, que nunca temblò,
rompiò de pronto á temblar.

—

Fuè que, al llevar la mirada
por el tranquilo horizonte,
viò descender por el monte
una enemiga avanzada.
Sin decir al mozo nada,
se interpuso entre ella y èl,
sacò làpiz y papel,
escribiò rapidamente
y le mandò de repente
con lo escrito al coronel.

—

Pero Juan, que entonces viò
al enemigo venir,
le dijo en vez de partir:
—Tambièn quiero morir yo.—

—¿No me obedeces?—rugió
como un tigre el Capitán,
con imponente ademán
desenvainando el acero.
—Que me mate Vd prefiero—
murmuró, sumiso, Juan.

—

—Imbécil—gritó García—
la gloria de la campaña,
la suerte quizá de España
depende de la orden mia.
Tu insensata villania
puede á la patria perder.—
Estas frases convencer
lograron al asistente
que le abrazó estrechamente
y echó llorando á correr.

—

El Capitán le siguió
con cariñosa mirada
hasta que en una hondonada
del camino le perdió.
—¡Adios! ¡Adios!—exclamó.
Te he engañado, pobre amigo;
Sè feliz; llevas contigo
mi testamento y mi herencia.
¡Ya está libre mi conciencia,
ya me encuentro bien conmigo!—

—

Y al enemigo cercano
se volvió tranquilamente,
y le esperó frente á frente
con el acero en la mano.
Unia aquel veterano,
al arrojo para ir
como el héroe á combatir,
la fuerza de corazón,
que presta resignación
al mártir para morir.

—

Y en tanto que desalado
corriendo al pueblo iba Juan
y la muerte el capitán
esperaba resignado;
en monte, valle y poblado
todo era paz y alegria,
cantaban en armonía
hombres, pájaros y fuentes
y derramaba á torrentes
sus resplandores el dia.

VI

Lentamente de los valles
la noche subiendo va,
y al quedarse todo en sombras
y silencio y soledad,
—¡Centinela alerta!—se oye
á lo lejos exclamar,
y otra voz más á lo lejos
responder:—¡Alerta está!—
En la nave de una iglesia
convertida en hospital,
donde el eco hace á los ayes
como truenos retumbar,
y donde en sombras se pierde
la trémula claridad
de una lámpara, que alumbra
de un Crucifijo la faz;
rodeado de cien hombres
que ni aun osan respirar,
sobre un lecho de campaña
agoniza el Capitán.
Sangrando por diez heridas
inmóvil y mudo está,
abrazado á una bandera
que pidió con vivo afán,
hasta que al cabo se duerme
para nunca despertar,
dibujada en el semblante
dulce sonrisa de paz,
una mano en las del gefe,
otra puesta en las de Juan,
y con los ojos clavados
en el Cristo del altar.
Entonces, uno le llora,
otro le abraza tenaz,
éste reza, aquél medita,
y todos tristes se ván,
dejando el templo sumido
en silencio sepulcral,
y tristísima penumbra
y medrosa soledad.
Y Juan, que vela y delira
junto al cadáver glacial,
cada vez que oye un alerta
á lo lejos resonar,
creyéndose que le llama
desde el cielo el Capitán,
se extremece, abre los ojos
y murmura:—¡Alerta está!—

JOSÉ VELARDE.

Madrid, Enero 1884.



LA PESCA

POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(*Continuacion*)

LVIII.

SERÁ—siguió diciendo satisfecho,—
un mozo de provecho
más resistente y firme que una entena.
Iremos juntos y se hará á mis mañas.—
—¡Hijo de mis entrañas!—
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...
¿No bastan los pesares
que me aflijen por tí? ¡Vaya un empeño!
No lograrás vencerme, te lo digo,
harto sufro contigo
sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

LX

—¡Bravo!—exclamó Miguel:—¡Famosa idea!
Pues ¿qué quieres que sea?—

Y mirándole Rosa con ternura,
—¡Cura!—le respondió.—¡Cómo!—repuso
el pescador confuso,
¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!—

LXI

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y dia
á la Virgen María,—
respondió con ternísimo arrebato,
—por cuantos mueren en la mar traidora,
por la infeliz que llora
su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

LXII

—Pues no me harás cejar.—Ni á mi tampoco.
—Vayamos poco á poco—
dijo, cortando la incipiente riña
la madre de Miguel.—Pues yo no paso
por que apurèis el caso
sin contar con el huèsped. ¿Y si es niña? —

LXIII

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
arrugò el entrecejo
contrariado tal vez; pero de pronto,
à compás de ruidosa carcajada
prorrumpiò: —¡Nada, nada,
madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV

—Si es niña, ya sabèis, no la recibo,
aun cuando sea el vivo
retrato de mi adusta morenita.—
Y con franca efusiòn abrazó á Rosa,
que entre esquiva y gozosa
dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

LXV

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
¡Santa y perenne fuente
del amor paternal, que en nuestro anhelo
en misteriosas ondas repartida,
para endulzar la vida
y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI

¡Sentimiento purísimo del alma,
que turbas nuestra calma,
y con ritmo jamás interrumpido
despiertas los estímulos que duermen,
haces vibrar el germen,
subir la savia y palpitar el nido!

LXVII

A tu voz la inmortal naturaleza
suspende la fiereza
del oso huraño y del leòn hirsuto,
y tu fuego vivaz que do quier arde,
ìmpetu da al cobarde,
vigor al dèbil y razòn al bruto.

LXVIII

Tódo, sujeto à inexorable norma,
se muda, se trasforma,
y en este inmenso impenetrable abismo
que la infinita variedad encierra,
tan sòlo tù, en la tierra,
en el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
de su mayor contento,
asomando al travès de los maizales
que encubren la vereda del molino,
un marinero vino
à turbar sus ensueños paternales.

(*Continuará.*)

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 34

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D 5 AR (jaque)	R toma D
C toma C (jaque)	R 4 R
C en 2 AR á 4 CR (jaque)	R 5 D
C 5 AR (mate)	

El Duende, Ulises y Filoctetes remitieron la solucion exacta.

CHARADAS

1ª. *Avecina*—2ª. *Avena*

Ambas fueron descifradas por Riana y Listo.—Lolò descifrò la primera.

FUGA DE VOCALES

De lo alto de la Giralda
Ya sabe usted aquel cuento,
Desprendióse un pobre diablo
Y le grita un compañero

FUGA DE CONSONANTES

Que en un balconcito estaba
Del gigante monumento,
Al verle pasar: ¿Amigo
Qué tal vas? Y el del volteo,

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Hecho un ovillo en el aire
le contesta con gracejo:
«Hasta ahora no vamos mal;
veré cuando llegue al suelo».

Las tres fugas fueron descifradas por Lolò y la primera y tercera por Una Floridense.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1ª. *Estaca*—2ª. *Silencio*—3ª. *Vetusto*

Enviaron la solucion Una Floridense y Listo.—Riana la de la segunda.

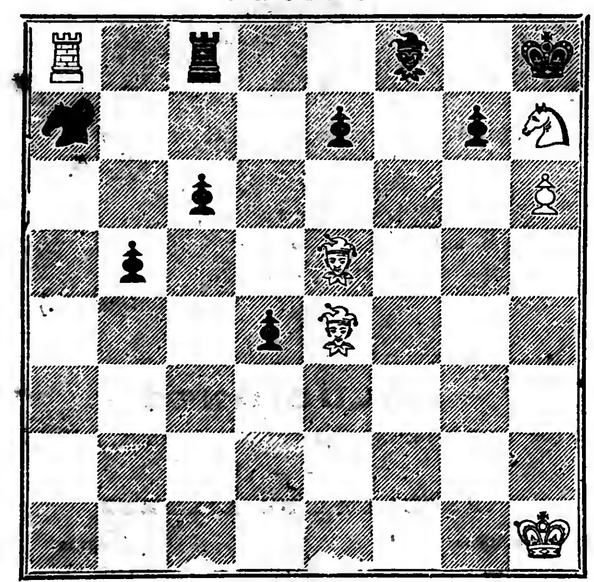
GEROGLÍFICO NUM. 34

Nada iguala la fuerza prepotente de una alma en la fé acrisolada.

Descifrado por Una Floridense, Lolò, Riana y O. P.

Problema de Ajedrez por M. J. C.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SALTO DE CABALLO

es	Vu	De	na,	mun	gros	bre	so
bra	re	te	ojos,	mi	la,	da,	ne
es	mi	vi	do	blan	che	Y,	sò
Se	som	es	No	da	apar	en,	in
tra	tro	ad,	Mi (1)	de	son	Cer	tad,
ca	vu	má	em	ble	ce	em	bi
po	ple	ñar!	dul	rad	ja	da	nios
con	gi	der	más! (64)	so	sí	me	pre

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

CHARADAS

Dame del *dos y cuarta*
De tus viñedos,
Que en tu bodega guardas
Claro y añejo;
Quiero beberlo,
Que al alegrar el alma
Remoza el cuerpo.

—

Dame, manola, dame
Todo el salero,
Que lleva esa mantilla
De terciopelo;
Y alumbra mi alma,
Con la luz de esos ojos
Hechos de llamas.

—

Deja en tu *prima y cuarta*
Posar mi frente,
Y al soplo de tu aliento
Calmar mi fiebre;
Si pedigüeña
Mi boca, con tu boca
Prima tercera.

—

Prima, segunda, tercia
Tiene en su llano
Màs rosas y jazmines
Que el cielo astros,
Pero no encuentra
Un garbo que á tu garbo
Se le parezca.

—

Te diò su luz el cielo
De Andalucia,
Su color la azucena,
Su ardor la viña,
Y sus acentos,
El ave que posada
Canta en tus huertos.

—

Cuando un *todo* te mira
Siente en su cuerpo,
Discurrir por sus venas
Sangre de fuego;
Cuando te miro,
Siento..... no sè què siento
Que me horripilo!

OTRA

Entre los grandes defensores del Cristianismo hallaràs 1, 2, 3 y 4—con 3 y 4 obra siempre en la vida y saldrás avante—3 y 5 eres de hermosura,—6 y 8 de la pradera en hùmedos lugares ostenta sus azules florecillas; en la mùsica encontraràs 8 y 7.

Natural de una ciudad es el todo de esta Charada.

X.

GEROGLÌFICO NÚM. 35







R



EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Abril 7 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.--Núm. 36.*



LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPITULO DUODÉCIMO

VENGANZAS FEMENINAS

HABIA quedado Marta sumerjida en un horrible estupor al retirarse Genoveva; pero, así que estuvo sola, sintió una brusca reaccion de orgullo;—odió intensamente á la mujer audaz que venia á provocarla y decidió aceptar el combate para vencer y humillar á su rival.—Herida ahora en su amor propio, hubiérase dicho que desaparecian sus dudas sobre la sinceridad de Rodolfo.—Se creia fuerte;—parecíale segura la victoria, y no se perdonaba á si misma que la sorpresa y la emocion del primer momento la hubiesen entregado indefensa á la arrogante insolencia de la viuda de Nevares.

Vistióse, pues, con precipitacion nerviosa,—fué á conversar un momento con Orfilia, para disimular mejor lo extraordinario de su posicion, acarició al niño como de costumbre, y se encerró en seguida en sus habitaciones para escribirle á Rodolfo un billete concebido en estos términos.

«Rodolfo:

Mucho sentí que no vinieses anoche. Me tenian muy preocupada tus relaciones con Genoveva Ortiz.... Intentaba pedirte una nueva explicacion.... Como estoy enferma, y aunque vinieses hoy no podria recibirte, te escribo para suplicarte que me tranquilizes del todo, repitiéndome lo que la otra noche me decias,—repitiéndomelo sin reticencias, sin vacilaciones.... Ah!—la otra noche, noté que vacilabas.—¿Amas, por ventura, á esa mujer?.... Ella lo cree; ella lo dice.... Todos piensan que tu conducta lo comprueba....

«Debes comprender ahora mi obstinada resistencia á darte la respuesta que ha tanto tiempo me pides..., Debes comprender mis dudas....Sufro mucho!

«Marta Valdenegros».

El criado que llevó á San Fernando ese billete volvió á la media hora diciendo que Rodolfo estaba en la ciudad, y no debia, segun informes de los criados, regresar sinó en el último tren. Dispuso Marta que el mensajero fuera otra vez á San Fernando y esperase la vuelta de Rodolfo, para traer la contestacion del billete.

—¿Y si no llegase en el último tren?

—Esperará vd. hasta mañana.

Pero Rodolfo llegó, y á las once de la noche tuvo ella en sus manos esta contestacion deliciosa:

«Marta:

«¿Es posible que te preocupes de una cosa tan baladí?

«Será menester que te repita lo que te dije tan claramente el otro dia?

«Vacilaba... dices tú.—¿Cómo concibes que se pueda hacer una confianza de ese género sin vacilacion? Casi estoy arrepentido de haberla hecho... Es poco digna de un *gentilhomme*, y yo me precio de serlo.

«Tus dudas son insensatas.—Eres demasiado jóven para saber que muchas cosas en el lenguaje vulgar llevan el nombre de amor, y sólo uno la merece: la pasion pura y desinteresada del alma.

«¿Pretenderias tambien registrar mi vida galante de Nueva-York ó de Paris para alimentar tus dudas?—Sé que me dan fama de calavera... Ay! Marta, te engañan!—Juegan con tu inocencia, no porque yo no haya efectivamente sido un poco calavera,- mucho, si se empeñan!—pero si, porque todos los hombres libres lo son!

«Una palabra tuya,—te lo repito ahora,—puede encadenar mi libertad para siempre... Si pronunciases esa palabra, no tendrias pretesto—lo juro,—para manchar tu pensamiento con la imágen de mis calaveradas.—Pronúnciala!

«RODOLFO DE SIANI.»

Este billete no consignaba el nombre de Genoveva,—pero las alusiones eran transparentes.—Solo podian referirse á ella, dados los antecedentes del asunto.—Marta quedó profundamente satisfecha, felicitándose todavia de la delicadeza de sentimiento que, sin duda, impulsaba á Rodolfo á omitir el nombre de su querida.—Pudo dormir tranquila, más complacida aún por el acierto vengador del plan que habia ideado. Acudiria á la cita de Genoveva. Le enseñaria la carta de Rodolfo; se la dejaria de regalo; y despues de verla doliente y humillada, le diria con desden supremo: «Ahora puedes quedarte sola con tu amante!»

Al dia siguiente, despues de medio dia, Marta se despidió de Orfilia diciendo que iba á dormir la siesta.

Tenian ambas esa costumbre, encerrándose cada cual en sus propias habitaciones.—Reinó el silencio en la casa, recojida, fresca, bajo la atmósfera caldeada por el sol canicular. Hasta los criados dormian. —Marta entónces, echando llave á la puerta que daba comunicacion á sus habitaciones con las habitaciones de Orfilia, salió al jardin por una puerta falsa.—Vestia un traje de raso negro y sombrero de paja del mismo color. Iba radiante de alegria.—Nadie la vió tomar su bote y alejarse rozando los juncales de la orilla para bogar con la mayor ocultacion posible.—Genoveva la esperaba en el muelle, como lo habia prometido, espléndidamente vestida de blanco, defendiéndose de los rayos del sol con una sombrilla de seda chinesca,—y la recibió muy amable, haciéndole una cortesia gentil, tendiéndole la mano para subir la escalera. Marta saludó tambien con gentileza y aceptó aquella mano aleve;—la conciencia de su fuerza le permitia ser galante.

—Iremos adentro, dijo Genoveva, indicando el camino. Estamos enteramente solas.—Mis hijos han ido á la ciudad con las

criadas, y el jardinero aguarda á Rodolfo en la puerta exterior.—Será puntual, si es que no se anticipa......

Atravesaron una corta calle de álamos; subieron algunos escalones; cruzaron un patio embaldosado, luego un corredor; y llegaron asi á una pequeña sala, donde la luz, tamizada por celosias verdes, lánguidamente alumbraba, sobre un piso de tablas angostas y lustrosas, muebles bajos y repantigados, forrados en percal celeste, convidando á la molicie. Genoveva prosiguió, sin perder la exquisita amabilidad del primer momento:

Aquí recibiré á Rodolfo.—Nos sentaremos en este canapé... Es muy cómodo, por cierto!.. Ahora le designaré su sitio de observacion.

Abrió Genoveva una pequeña puerta.—Hiso pasar á Marta. Habia allí un cuarto guarnecido con muebles de tocador, y velado tambien por celosias verdes.

—El tabique divisorio de estas dos piezas está compuesto apenas de una doble tela.—Lo que se conversa en la salita se oye en este tocador sin ninguna dificultad... Seria trasparente el tabique, si no fuese la pintura que hay de uno y otro lado... Usted, sentada en esta silla que casi toca con el canapé, será un testigo fiel de la conversacion que tendré con Rodolfo, y despues de haberla oido sabrá hacerme justicia... Cuando ya esté suficientemente edificada, ó el valor le falte, puede usted salir por esta puerta que conduce al jardin,—que del jardin se divisa el muelle, y podrá usted tomar el bote para llevar á su casa el conocimiento indudable de la comedia indigna que Rodolfo representa cuando se dice enamorado de usted!...

Estaba Genoveva tan hermosa, tan llena de hechizos, y hablaba con tanta serenidad, con tanto garbo, que Marta, en un instante, vió desaparecer su aplomo y convertirse en impetus de celos su proyectado desden.. Le faltaba la palabra... Pudo apenas, con mano temblorosa, entregar á Genoveva el pérfido billete de Rodolfo.

Una palidez mortal cubrió las mejillas de la viuda, despues de la lectura de la carta. —Cerró ella los ojos, y guardó silencio unos instantes.

—Seria inútil, dijo enseguida, devolviendo el billete, seria inútil una escena de indignacion harto justificada en si misma. Dentro de breves momentos, Rodolfo se encargará de desmentirse y de reparar mi honor.... Usted oirá!.... Usted llegará á saber, á ciencia cierta, si pueden manchar su pensamiento mis relaciones con Rodolfo.... Usted oirá!

Y reia, saboreando de antemano un placer infernal.

—Ocupe su asiento,—añadió alejándose —El del amor *puro y desinteresado* no tardará en llegar.....

—No!... – respondió Marta, con un esfuerzo de soberbia;—yo me retiro;—puede usted recibirle sola....

Genoveva dió un salto hácia Marta, que tembló de los piés á la cabeza.

—¿Qué dices?—exclamó, fuera de sí, trémula de ira, admirable por su belleza en aquel arranque de furor. ¿Te retiras?—¿No quieres oir á Rodolfo? ¿Renuncias á saber lo que piensa de tí, de mi, de si mismo?—¿Renuncias á conocer todos los misterios de su vida?... Ah! viniste á insultarme con ese billete infame y pretendes retirarte sin conocer mi justificacion! No! no lo harás!... Eres, por otra parte, muy nécia... ¿Prefieres vivir perpetuamente engañada? Quédate y sabrás que Rodolfo solo se acerca á tí, por tu fortuna, para explotar tu fortuna... Quédate y sabrás que Rodolfo me ama, como aman verdaderamente los hombres, como yo tambien le amo, resistiéndole mientras no se resuelva á darme su nombre... Quédate, y conocerás el plan de Rodolfo... que yo me case con Don Alejo Nuñez,—y él contigo, para vivir él y yo en la opulencia,—traicionando yo á mi esposo, y él á tí! ¿Entiendes? Merecerias que te dejase con la venda en los ojos, en vez de salvarte!

Marta se encontraba anonadada. Reconocia instintivamente la fuerza de aquella palabra impetuosa; sentia renacer todas sus dudas, todos sus temores, y no podia ya resistir al deseo de poner á prueba las protestas de Rodolfo y las revelaciones de Genoveva. Esta, comprendió fácilmente el estado de ánimo á que habia llegado su rival; y despues de mirarla fijamente unos segundos concluyó:

—Siéntate!

Marta obedeció, temblando, más humillada aún que en la humillante escena de la víspera.

Pero la terrible viuda tuvo todavia una reaccion de cólera.—Estaba ya en la puerta de la salita donde debia ser recibido Rodolfo, y se detuvo allí, tomando su fisonomia una magnífica expresion de rencorosa fiereza.

—Insensata!—dijo; cabeza llena de fantástico orgullo!.... Suponiendo que fuera Rodolfo mi amante,—¿piensas que podrias desdeñar á una querida como yo? ¿Te atreves á fingir indiferencia sabiendo ó creyendo que Rodolfo me va á tener en sus brazos?.... Desgraciada!

Y levantó su mano derecha, en actitud amenazante, con alegría feroz, cual si hubiese iluminado su alma tenebrosa la idea súbita de una venganza suprema.

Marta quiso hablar,—intentó repetir el sofisma que extraviaba su orgullo:—«no era la novia de Rodolfo; no le habia confesado su amor; él era libre, y prometia abandonar á Genoveva desde el momento que obtuviese un sí, - el sí que Marta se resistia obstinadamente á pronunciar!» pero la traicionaban sus lábios balbucientes, y tampoco Genoveva queria oirla.—Iba á recibir á Rodolfo, que no tardaria en llegar;—su triunfo estaba allí.

A la hora prefijada, Rodolfo se presentó, en efecto.—Vestia un traje azul y un sombrero de paja de Chile.... En su rostro pálido revelábase una dulce emocion comprimida.... Tambien él estaba seguro de su triunfo.

Dos dias antes, habiale tocado su turno de visita á Genoveva.—Cuando llegó era ya de noche, y Genoveva con don Alejo Nuñez y otras personas andaban de paseo en el rio.—Rodolfo se sentó á esperar en un banco del jardin.—Repentinamente, sintió que unas manos perfumadas acariciaban su cabellera negra, y que unos lábios húmedos besaban su frente, murmurando despues al oido, sin darle tiempo de moverse ni de responder:

—Se van mañana. Le espero pasado mañana, á las dos de la tarde.... Deje su carruaje lejos de mi quinta.—Don Alejo ignora que usted está aquí.—Retírese.

Y como Genoveva se alejó corriendo, Rodolfo se limitó á cumplir su consigna, ébrio de ensueños de amor.

El dia siguiente debia ser de ansiosa y mortificante espera.—Lo aprovechó Rodolfo, yendo á Buenos Aires en busca de placeres que le distrajesen... Cuando volvió á la noche y encontró al mensajero de Marta, experimentó alguna alarma,—pero luego se tranquilizó.—Era el contenido del billete muy propio del caracter de la jóven... Tal vez buscaba su altivez un pretexto para declarse rendida... Talvez Orfilia habia sugerido á su amiga la idea de exigir una prueba escrita sobre las relaciones con Genoveva... Rodolfo no tenia inconveniente en darla........ Era brutalmente franco con la viuda.... Seria indispensable un embuste en la contestacion al billete de Marta...... ¿Que importaba? Lo era aquella noche,—pero talvez dejaria de serlo al dia siguiente..... La cita dada por Genoveva, conociendo como conocia ella las intenciones de Rodolfo, parecia un síntoma decisivo..... La viuda, al mismo tiempo, acentuaba sus benevolencias para Don Alejo Nuñez..... Era esa la mitad del plan..... ¿podia ella oponerse al éxito de la otra mitad?—Cada cual empleaba sus resortes,—ella para engañar á Don Alejo y él para engañar á Marta..... Estaban, pues, á manos..... Ocurriósele, sin embargo, á Rodolfo que más convenia retardar la respuesta del billete hasta despues de consumada la cita con Genoveva, para evitar una maligna travesura de Marta,—pero la actitud del mensagero no consentia evasivas..... Ella exijia una respuesta inmediata.....

Era menester negarla ó concederla.... Eludirla, retardarla, expedirla en términos ambiguos, equivalia,—tratándose del carácter de Marta,—á encerrarse en una absoluta negativa..... Despues de masticar todas esas reflexiones, habia Rodolfo escrito con pulso firme la contestacion del billete.

Al dia siguiente, sin embargo, no podia alejar de sí cierta desazon que le inspiraba oscuramente la coincidencia de la cita de Genoveva y la interpelacion de Marta. Para tranquilizarse del todo, se acercó á los fondos de la quinta de la familia Valdenegros y habló con uno de los caballerizos, á quien tenia de tiempo atrás ganado para que le informase de lo que pasaba en la casa, valiéndose de una criada que era su prometida, ó algo así. Pidióle que averiguase si Marta habia salido, ó lo que hacia, en caso contrario. Poco despues, volvió el caballerizo asegurando que la señorita estaba encerrada en su cuarto, durmiendo la siesta,—como todos los dias.—Rodolfo, entónces, sintió mas firme el terreno y se encaminó á casa de la viuda... Bajo la calma bochornosa del dia, todos los habitantes del lugar parecian entregados al sueño, y se oia el monótono canto de la chicharra como en el silencio de la pradera desierta.

A mayor abundamiento, prévia oblacion de una pequeña suma de dinero, interrogó al hombre que le esperaba en la puerta del jardin de Genoveva.—La señora estaba sola... completamente sola... Los niños habian ido á Buenos Aires con las criadas... Nadie habia entrado, y el jardinero tenia encargo de cerrar el paso á todo el que pretendiese entrar.—Era claro, pues!—Esta vez, el *Paraiso* dejaria de ser una metáfora.

Cuando Genoveva sintió los pasos de Rodolfo, salió á recibirle al corredor y le hizo entrar á la salita, despues de un saludo reservado y discreto.—Se sentaron en el canapé, á respetuosa distancia, y hubo un intérvalo de mutismo embarazoso.... A su espalda, helábase la sangre en las venas de Marta Valdenegros.

—Le he dado esta cita,—dijó al fin Genoveva,—esta cita que tanto me compromete, que es una imprudencia extrema, porque necesitamos, Rodolfo, definir resueltamente nuestra situacion.

—¿No la encuentras definida?—exclamó Rodolfo, haciendo crujir el canapé al acercarse á su hermosa interlocutora. Te amo... me amas!... ¿qué nos falta entónces?

—Te amo, si,—repuso Genoveva aceptando la corriente voluptuosa del *tú* que Rodolfo empleaba.—Te amo!—pero mi pasion se fatiga de luchar contra el deber.... Me siento el coraje de triunfar con él!

—El deber, Genoveva, el deber! ¿Se habla de eso en nuestro tiempo, acaso?—¿Puede la juventud prosternarse ante el altar de esa deidad pálida y fria?—Si me amas,—¿te obliga el deber á vivir alejada de mi, fingiendo glacial indiferencia? Si te amo, si te adoro,—¿será para mi un deber el suplicio de soportar tu desvio cuando podria con tu amor, oh! Genoveua!—ser el más feliz de los hombres?

—¿Y porque no lo eres? ¿No está en tu mano el serlo?—Quiero ser tu esposa, para ser tu esclava.... Solo á ese precio seré tuya, con todo mi amor, con toda mi vida.—¿Porque me rechazas?

—Imposible, Genoveva, imposible!

—Amas á Marta Valdenegros!

—Estás loca!—¿Pues la amaré porque quiero casarme con ella?—Ah! si supieras!.... pero qué!.... lo sabes!

—Si me amaras verdaderamente, si no amaras algo á Marta, renunciarias á la ambicion de su fortuna.... Te bastaria la felicidad de mi amor, en el hogar sereno y modesto.—¿Ambiciono yo otra cosa?

—Deliras, Genoveva, deliras.—El amor puede ser un idilio, aunque es más á menudo una borrasca, un crimen; pero el matrimonio será siempre una realidad árdua y prosáica.... ¿Tú mi esposa y yo tu esposo?—Una imposibilidad absoluta! Necesitariamos tener veinte años, carecer de toda experiencia de la vida, figurarnos que en el mundo solo hay placeres, idealidades, quimeras!

—Pero, Rodolfo,—¿tú no eres todavia rico?

—No, hija mia! ni cosa parecida á rico.—Tú conoces mis compromisos con don Alejo Nuñez.... Tengo muchos otros, muchos.... Devoro mi patrimonio con una rapidez vertiginosa....

—Pero en fin, si tú te encuentras arruinado, yo conservo una pequeña fortuna.... Seremos juiciosos, viviremos modestamente.... El amor nos dará fuerzas para todo.

Pobre Genoveva! esa pequeña fortuna no te pertenece.... Unicamente la administras en nombre de tus hijos.... Si te casas todo pasaria á un tutor. Una bagatela podria quedarte apenas.... ¿En que piensas, por Dios? Estás habituada á las comodidades, y amas el beoato, el lujo.... En mi, esa pasion es todavia más arraigada, más violenta.... Una fatalidad de mi naturaleza me impulsa á disipaciones incesantes.... Oye, Genoveva. Sólo con la fortuna de los Valdenegros puede calmarse esta horrible fiebre de mi ser... Solo con esa fortuna, es posible que no llegue yo, como mi padre, á la bancarrota, y despues de la bancarrota, á la locura!—¿Te parezco un mónstruo? Lo seré; pero te amo, te adoro!

—¿Qué hacer entónces?—El destino nos es adverso; abre un abismo entre nosotros dos.—Olvidemos, pues!—Yo buscaré en la soledad un refugio á mi virtud, que no ha vacilado hasta hoy, pero que podria vacilar mañana, si mantuviesemos nuestra relacion personal, Usted... (ese usted indicaba la solemnidad de una ruptura) si es que todavia no está enamorado de Marta Valdenegros, procure amarla y hágala feliz!

—Y tú que me propones eso... pretendes que me amas!...—¿Piensas acaso que yo puedo renunciar á tu amor?—¿No comprendes que en todas las situaciones de la vida, yo seré tu sombra. tu perseguidor, hasta alcanzar la embriaguez de tus caricios?—Renuncien los corazones helados; mi corazon no renuncia. Retroceda tu voluble amor; mi amor no retrocede ni ante el espectro del crimen...

—¿Del crimen?

—Si! el crimen en nombre del amor... Desde Adan y Eva son hermanos...

—Redolfo!

—Genoveva!

Guardaron silencio largo rato.—Se miraban de hito en hito.—Ella, bajo la ficcion de la comedia que representaba para abrumar á su rival, se sentia á veces dominada por las emociones de la realidad, y mientros gozaba pensando en el dolor de Marta sufria con sus propios dolores.

—¿No te lo he dicho ya? murmuró Rodolfo.—Debes casarte con Don Alejo Nuñez. Ese casamiento asegura tu porvenir..... y asegurará tambien la tranquilidad de nuestros amores.....

—Si me casara con Don Alejo Nuñez, replicó Genoveva, alzando mucho la voz, seria con la inquebrantable resolucion de serle fiel..... Me asombra la sangre fria con que V. me propone la mayor de las infamias...... Pero no me casaré......... Preferiria mi libertad de viuda para ser culpable...... Puede usted casarse con Marta Valdenegros .....

—Si! me casaré.—Perdon, Genoveva; la fatalidad lo impone.... Estoy arruinado, estoy desesperado, en una situacion peligrosisima, al borde de un precipicio..... Solo ese casamiento puede ya salvarme, y es menester que me salve pronto..... Seré rico, Genoveva! la riqueza es poder, y el poder es libertad, pero yo solo usaré de la mia para deponerla á tus piés..... No quiero tu esclavitud..... quiero ser tu esclavo!

—Ilusiones! Marta se hará querer de usted..... Es interesante; es hermosa *la pampita*...... ¿Porque no amarla entónces?

—No sé si es hermosa; no sé si es interesante.—Nada me inspira; nada me halaga en ella. Cuando estoy á su lado, pienso en ti.—Cuando la miro, te veo en el fondo de mi alma.—Cuando la

escucho, sueño con la música de tus acentos..... No ha logrado ella ni siquiera encender la fiebre de mis sentidos..... Oye!—La he tenido casi entre mis brazos y me he encontrado impasible; pero antes de anoche, cuando estaba yo solo en el jardin, y te acercaste con sijilo y se posaron tus manos en mi cabeza y tus labios en mi frente, crei que la embriaguez del deleite iba á hacer estallar la trama de mi vida!

—Embriagueces del momento! Es natural que Marta concluya por hacerse querer....

—No! no!—te sería siempre fiel.... Amándote, no es posible olvidarte.—Tienes el andar de las diosas.... la voz de las sirenas.... el perfume de la magnolia recien abierta.... el vértigo de los abismos insondables.—Será tormentoso nuestro amor, pero en sus alas de fuego arrastrará para siempre nuestros dias...

Y Rodolfo, con ardoroso entusiasmo, acortando la distancia, pero sin tocar á Genoveva, seguia derramando las exaltaciones locuaces de su amor.—Genoveva, de tiempo en tiempo, interrumpia á su amado, repitiendo:

—Ilusiones! ilusiones! Quien conozca un poco el mundo, ha de comprender que Marta concluirá por hacerse querer de usted...

Y Rodolfo entonces, perifraseaba, nuevamente sus protestas de amor á Genoveva y de indiferencia inalterable por la que debia ser su esposa... Ya le faltaban las palabras paro traducir su exaltacion, para demostrar la sinceridad de sus pasiones voraces, y se sentia inclinado á dejar escapar en aquel momento confidencias infernales... Revelaria la causa del ódio que le profesaba el Dr. Nugués... Confesaria que habia querido envenenar á Marta... Prometeria hacerlo por si mismo... Pero este horrible desahogo vino á ser innecesario... Pudo apercibirse Rodolfo de que Genoveva le escuchaba ya con ternura indecible, abandonada, vencida...

Entretanto, hacia ya largo rato que Marta, horrorizada, habia abandonado la casa.—Huyó creyendo en la virtud de Genoveva, y se salvó así del último suplicio con que intentaba castigarla su rival!

(Continuará.)



POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuacion)

LXX

Era Roberto, amigo y camarada
de Miguel. Alma honrada
que á su pesar apasionado culto
consagra á Rosa; amor inofensivo,
pero punzante y vivo,
en lo mas hondo de su pecho oculto.

LXXI

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
que tienes—contestò—la paz en casa,
y que el relò se atrasa
para quien vive à gusto. ¡Son las doce!

LXXII

¿A què esperamos, pues? El tiempo es bueno,
el cielo està sereno
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
calcular el aguante de tu malla,
pues hoy, ò todo falla,
van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII

¡No es licito à los pobres el regalo!...
El año ha sido malo.... -
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito
no perder la ocasión, porque mi esposa....—
Iba á hablar; pero Rosa
dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

LXXIV

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
no dirè una palabra,—
contestòle Miguel. Mientras Roberto
rendido al golpe de su ¡ardiente pena,
contemplaba la escena,
livido y silencioso como un muerto.

LXXV

Quien en lo oscuro de su pecho esconda
la herida viva y honda
que sangra sin cesar, de un desdichado
amor, y tenga para más tortura,
el sueño de ventura
que nunca lograrà, siempre á su lado;

LXXVI

quien de los celos pertinaces sienta
la mordedura hambrienta,
y finja indiferente y satisfecho
ver su imposible bien en otros brazos,
mientras quiere á pedazos
el corazòn saltàrsele del pecho;

LXXVII

quien amando en silencio hasta el delirio,
no tenga en su martirio
ni aùn el triste consuelo de la queja,
podrá tan sòlo comprender el fiero
pesar del marinero,
ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII

Miguel de pronto profiriò:—¡Al avio!—
con desenvuelto brio
la fuerte red plegando. Diligente,
y segùn su costumbre cariñosa,
iba á ayudarle Rosa
cuando èl le dijo amedrentado:—¡Tente!

LXXIX

¡Por Dios! ¿Que vas à hacer? Pues bueno fuera
que un esfuerzo cualquiera...
¡No me des què sentir! Y á más, te aviso,
que hoy la felicidad me presta aliento.
¡Hasta capaz me siento
de cargar con la barca, si es preciso!—

LXXX

Entre risas, y plácemes y fiestas
Miguel echòse á cuestas

la recogida red, diciendo:—¡Vaya!
Nada hacemos aquí.. -Y él y Roberto,
en íntimo concierto
tomaron el sendero de la playa.

LXXXI

Marchaba el ágil mozo con presteza,
volviendo la cabeza
á cada instante hàcia su hogar cercano,
desde donde en señal de despedida,
la jòven conmovida
le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII

Y hasta que casi al fin de la jornada,
su prenda idolatrada
se internò en las revueltas del camino,
no apartò, con dulcisima porfía,
del rumbo que èl seguia,
ni el corazòn ni el rostro peregrino,

LXXXIII

viendo, no sin nublárse'e el semblante,
cada vez más distante
al dueño de su vida y de su casa;
que la ausencia en amor, aun la más breve,
cual nubecilla leve
oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXV

—¡Ah! ¿còmo no quererle si es tan bueno!.....—
dijo, oprimiendo el seno
maternal, con tan blando y dulce nudo,
que, de la dicha de su hogar ufana,
la enternecida anciana
contener una lágrima no pudo.

LXXXV

En tanto, los alegres marineros
perdièronse ligeros
tras un peñòn que hàcia la senda avanza,
y al fin de cuya estrecha cortadura
la indòmita llanura
del vasto mar à descubrir se alcanza.

LXXXVI

Desde allí se divisan derrepente,
su grandeza imponente,
su augusta calma ò su furor sublime,
y con su règia magestad á solas,
òyese de sus olas
la voz tonante que amenaza ò gime.

LXXXVII

En coloquio jovial entretenidos
van, de la mano asidos,
hàcia á donde à merced de la marea
que su ancha curva en las arenas raya,
cual reina de la playa
la barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII

¡Què es verla, al separarse de la orilla,
con atrevida quilla
surcar graciosa el líquido elemento,
y mar afuera, inquieta y juguetona,
tender la blanca lona
à las caricias pèrfidas del viento!

LXXXIX

¡Què es ver còmo al peligro se aventura,
cuando la sombra oscura
se precipita sobre el mar de Atlante!
Y cuando viento duro el golfo riza,
¡què es ver cuál se desliza
por la espalda ondulosa del gigante!

XC

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
y hiende tan gallarda
la inmensidad del piélago bravío,
que no deja tras sí, rápida y suave,
ni aun la huella que un ave,
rozando con el ala, abre en el rio.

XCI

El noble pecho de Miguel se ensancha
ante la airosa lancha
que su fortuna y su ambiciòn encierra,
y le presta solícito el cuidado
con que el bravo soldado
mima y atiende à su corcel de guerra.

XCII

Un mancebo, que estaba de atalaya,
gritò á los de la playa:
—¡El patròn!—Y animosa la cuadrilla
á la dura jornada se dispuso.
Sòlo absorto y confuso
un pescador permaneciò en la orilla.

XCIII

Sentado en un montòn de hùmeda arena,
extraño à la faena
ocultaba su rostro entre las manos,
mostrando sòlo en su actitud doliente
la ancha y curtida frente
orlada à trechos de cabellos canos.

XCIV

Cual no maduro fruto, que la helada
malogra, su hija amada
cayò marchita al soplo de la muerte,
y se le sale, sin sentir, del pecho
el corazòn deshecho,
en las acerbas lágrimas que vierte.

XCV

Quien ha sufrido la mortal congoja
que, sin piedad, deshoja
como agostada flor nuestra ventura
en ese instante de terrible prueba,
en que voraz se lleva
parte de nuestro sèr, la sepultura;

XCVI

cuando con lenta gradaciòn se apaga
la luz dudosa y vaga

que colora la faz del moribundo,
¡ay! y á medida que en sus ojos crece
la sombra, nos parece
que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII

cuando vencidos en estèril lucha,
nuestra impotencia escucha
el tremendo estertor de la agonía,
y con angustia alborotada y loca
posamos nuestra boca
sobre otra boca descompuesta y fria,

XCVIII

casi cerrada en su letal reposo
al ritmo fatigoso
que el pecho cadavèrico le presta,
y que ya de la muerte bajo el peso,
ni al anhelante beso,
ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX

cuando aun tibios los mìseros despojos,
vemos con turbios ojos
toda nuestra ilusiòn desvanecida,
y en medio del pesar que nos destroza,
sentimos cuál se goza
traidor recuerdo en enconar la herida;

C

cuando envuelto en su fùnebre mortaja,
negra y medrosa caja
el bien amado para siempre encierra,
y siente el corazòn despavorido
el ruido, el sordo ruido
que hace al cubrir el fèretro la tierra:

CI

¡ay! quien tenga grabada en su memoria
esa trágica historia,
sin cesar repetida y siempre nueva,
verà, evocando su dolor pasado,
el dardo envenenado
que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII

Al verle presa de afliccìòn tan viva,
con frase compasiva
le interrogò Miguel franco y abierto.
Alzò el viejo la faz desencajada,
y con voz desmayada,
—¿No sabes?—sollozò- ¡mi Juana ha muerto!—

CIII

El sentimiento concentrado es mudo,
mientras un choque rudo
no sacude el marasmo que le embota,
porque entonces el ansia comprimida,
como por ancha herida
la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV

Y cuando el corazòn rompe su valla,
en el dolor que estalla
se mezclan y amalgaman con espanto,
como fundidos por el mismo fuego,
la imprecaciòn y el ruego,
y el gemido, y la còlera, y el llanto.

CV

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
exasperò la pena
que al tosco anciano le apretaba el cuello,
y exaltàndose al cabo poco à poco,
con la ràbia de un loco
maldiciendo y mesàndose el cabello,

CVI

—¡ay!—de pronto exclamò con ceño adusto:—
¡Mentira! Dios no es justo
cuando se goza en aumentar mi cuita.
Tienen en buena paz muchos bribones
tierras, barcos, millones...
¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

CVII

¿Què mal hacìa la infeliz doncella?
¿Còmo vivir sin ella?...—
Y se apagò la voz en su garganta.
Mas sin justicia ni razon me quejo,
gimiò el honrado viejo:
—¡No naciò para el mundo! ¡Era una santa!

CVIII

Miguel, tendiendo al afligido anciano
la encallecida mano,
—vuelve à casa,—le dijo - y llora y reza
junto à la amada prenda que perdiste.
—¡No!—contestòle el triste
moviendo gravemente la cabeza.

CIX

—Aunque me falte el sol de la alegrìa,
conservo todavìa,
gracias à Dios, mi voluntad de hierro.
¿Por què te he de mentir, si eres mi amigo?
Saldrè à la mar contigo.
¡Necesito el jornal para su entierro!

(Continuarà)

RUINAS

CANTO IV DEL POEMA A MORTE DE DON JOAO, DE GUERRA JUNQUEIRO

(Continuaciòn)

(Abre el último cajòn.—Es el cadáver del Doctor Fausto)

Oh! Fausto, oh! Fausto, pàlido alquimista!
Tù, que perdiste el corazòn, la vista,
En manejar los viejos astrolabios;
Tù, que ideàstè una ciencia estraña
Y el mayor sabio fuiste de Alemania
Que es la clàsica tierra de los sabios;
Dime tu ahora, oh! tràgico doctor,

Como caiste en esa gran tontera,
De hipotecar toda tu vida entera
Por tres noches de Amor!
Oh! Fausto, oh! dolorido trovador!
La corrupcion de nuestra decadencia,
Nuestros vicios sensuales y tiranos,
Conocen mucho más que la experiencia
De tus ochenta años!

. . . .

Hoy un *dandy* cristiano,
No necesita de infernal sorpresa
Para haber á la mano
El corazòn de la mayor belleza.
Un Fausto que ande con cabellos blancos,
Para alcanzar de nuevo la hermosura,
Emplea, en vez del diablo, una tintura
Que le cuesta dos francos.
Pásase asi la vida alegremente,
Despuès, cuando la gente,
Quiere dormir debajo de una loza,
Como madre amorosa,
Nuestra iglesia catòlica romana
Nos lleva para el cielo. ¡Què gran cosa,
El *agua circasiana!*
Mas, como tu, mi idiota,
Vendiste al diablo él corazòn ardiente,
El diablo, que es grandisimo agiotista,
A buscarlo vendrá probablemente

. . . .

Què viejo es el Señor!
El angèlico rey de las tinieblas,
El viejo tentador
De las pùdicas Evas;
Espiritu orgulloso,
Tenaz, rebelde, infiel,
Que levantò hacia el cielo esplendoroso,
Como fiera amenaza,
La torre de Babel;
El hèroe, que en las noches tenebrosas,
Levantaba ciudades monstruosas,
Babilonias ciclòpeas y estrañas,
Adonde los gigantes indomables
Construian palacios formidables
En el vientre tenaz de las montañas;
El, el jefe de tràgicos guerreros,
El negro salteador,
Que iba á prenderle fuego á los conventos
Para robar las hijas del Señor;
Y que entraba en las viejas abadias
Destrozando los tùmulos reales,
Derramando el falerno de la orgia
En las hojas de gòticos misales;
Alegre tentador de formas varias,
Que con lascivias mòrbidas, secretas,
Iba á tentar los pálidos ascetas;
En torno de sus grutas solitarias;
El, el paje, que en noches luminosas,
A bellas castellanas,
Dormidas, vaporosas,
Iba à cantarles lánguidas baladas;
Que à veces se paraba en su camino,
Seduciendo á las niñas virtuosas,
Que estaban descuidadas
Hilando el albo lino
Al borde de las sendas solitarias;
Hijo de las tinieblas y el pecado,
Soberbio y orgulloso
Al contemplar la raza de Cain;
Dado el mirarlo asi:
Repelente, grotesco, desdentado.
¡Y què vida sombria y desastrosa,
En su nariz jigante,
Que parece una trompa de elefante
Pintada de color de caparrosa!
Ese mirar cansado, metafisico,
Y esas grandes pupilas apagadas
Revelan las desgracias,
La hipocondria de un macaco tisico.



Oh! quien pudiera, cual alado insecto,
Cuando cierra sus pàrpados el sueño,
De la alta noche en la quietud profunda
En torno de su lecho revolando,
De suave luz à los reflejos tènues,
Mirar tranquila á la gentil doncella
Velado el cuerpo por el albo lino
Que leve agita su pausado aliento
Y sus contornos mòrbidos dibuja!....
Oh! quièn pudiera sobre el casto seno
Posarse aleve y escuchar el ritmo
Del corazòn que apaciguado late,
Y libar en su boca sonriënte
La miel purpùrea de sus labios rojos!....
Oh! cuantas veces sorprendiera acaso
Los celestes misterios de su alma,
Que, rompiendo del sueño la clausura,
Sonámbulas de amor, me revelasen
Henchidas de deseos, sus palabras!
Y cuantas, los acentos de mi nombre,
Pronunciara con voz estremecida,
Los rumores de un beso remedando!
Cuantas veces sus brazos torneados,
Cuál si abrazara un invisible objeto,
Su palpitante seno comprieran,
Mostrando, por su rostro difundidas
De un placer infinito las fruiciones.

. . . .

Oh! quien pudiera, cual alado insecto,
En torno de su lecho revolando
Velar el casto sueño de la hermosa!
Y apena el alba despuntara tènue,
Agitando los èlitros dorados,
Volar hacia el jardin y de las flores
Las esencias libar y nuevamente
De la alta noche en la quietud profunda,
Libar la miel purpùrea de sus labios......

1878 ...

SOLUCIONES
DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 35

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C 7 CR	Cualquiera
P 7 TR	Cualquiera
C 7 AR (mate)	

Enviaron la soluciòn exacta El Duende, Filoctetes y Ulises.

SALTO DE CABALLO

Miradme bien negros ojos
Vuestro poder emplead,
Serena, blanda, insondable
Noche de dulce soñar!
Con vuestra májica sombra
De mi este mundo apartad
Y sola, sobre mi vida
Cernios siempre jamás!

Fue descifrado por Gualberto y Una Floridense.

CHARADAS

1.ª *Sevillano*—2.ª *Constantinopolitano.*

Loló, Riana, Una Floridense y X. descifraron las dos.—Cosmos descifrò la primera solamente.

GEROGLÍFICO NUM. 35

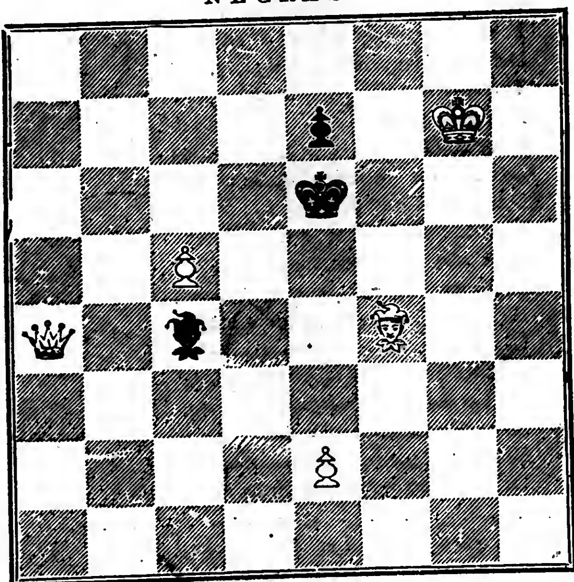
Cria fama y échate á dormir.

Descifrado por Riana, Loló, O. P., Mambrù, Chacha y Listo.

Tambien hemos recibido de Buenos Aires la solucion de la charada y el geroglífico por Pitonisa.

Problema de Ajedrez por M. S. L.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SALTO DE CABALLO

dias	De	sol,	nu	no!	ve	ge.	te
sol	ber;	oh!	nie	ru	tris	lo	las
da;	sin	to	vier	de	nie.	zas	oh!
De ho	sin	car	blas;	vien	in	al	cie
cha;	le	jas	Cae	de	se-el	ve; el	del
lum	la-es	so	cas	Cú	sue	Ca	tas.
bo	se	bre	lo	bres;	cier	bre	a
Cú (1)	brel(61)	la-ar	pla-el	se-el	lla-el	cum	zo;

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

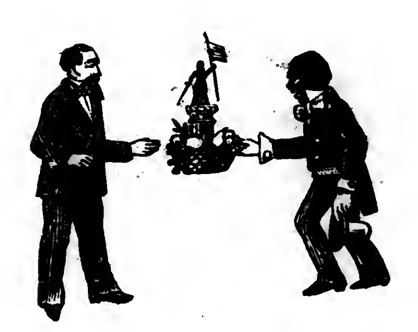
CHARADAS

Hàgome *todo*. Pues, que ser no puedo
Cuarta quinta y feliz y estoy sufriendo
De *tercera y segunda* los achaques,
Rèstame solo à la esperanza asirme
De gozar nueva vida, en nuevos seres
Por arte de natura transformado.
Tal vez en ave de siniestro augurio,
De torpe vuelo y aceradas garras,
Y de *prima* con *quinta* temeroso
Convertido serè; mas, nada importa
A mi afan de lograr nuevo destino
A una nueva existencia vinculado.
Si acaso fuera, de fatal pònzoña
Repugnante rèptil, que el jugo acerbo
De *primera y segunda* alimentase,
De tan misera suerte soportara
Con estoica virtud los infortunios,
Antes que nuevamente, retornasen
De mi humano existir los sufrimientos.

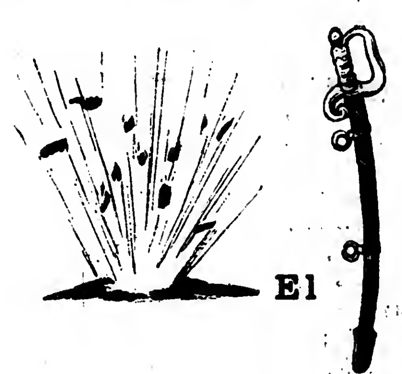
OTRA

Siempre fuè de mi vida *dos* y *prima*,
Del *todo* remedar la voz divina.

GEROGLÍFICO NÚM. 36







El





PERIÓDICO LITERARIO

Abril 14 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 37.*

El paraiso perdido



ALLÁ en los primeros años del mundo, vino á él, sin padre ni madre, un niño llamado Epimeteo; y como el pobre se aburria de estar solo en su cabaña, le enviaron de regiones muy apartadas una niña preciosa, tambien sin padres, para que le hiciese compañía. Se llamaba Pandora.

Al llegar Pandora á la cabaña de Epimeteo, ¿qué creerán ustedes que le llamó la atencion?

Una caja.

¿Y qué pregunta la primera que hizo á Epimeteo?

Qué tenia dentro.

El interpelado, que era, segun lo pinta la tradicion, un niño muy formal y muy juicioso, le contestó:

—Aquí la trajo un caballero para que se la guardase; y como no me dijo su contenido, no lo sé.

—Pero, ¿de dónde vino ese caballero?

—Tampoco lo sé.

—¡Jesus! ¡qué fastidio! exclamó Pandora, haciendo un mohin remonísimo;—¿y cuándo se la llevan?

—¡Qué sé yo!—dijo el chico encogiéndose de hombros.

—Por mi parte, ya se la podian haber llevado.

—Pues no pienses más en eso, y vámonos á jugar.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que andaban los niños libres y sueltos por el mundo; pues como no habia inquietudes, afanes, ni peligros, ni calcetines que zurcir, ni era preciso para alcanzar el sustento necesario tomarse otro trabajo que el cogerlo de los árboles, los papás y las mamás eran cosa inútil y no se conocian! ¡Oh vida deliciosa, y cuán diferente de la trabajada que pasamos en estos detestables tiempos! Todo paz, todo amistad, todo concordia entre los chiquillos, que, ni trabajaban, ni estudiaban, ni reñian, ni lloraban nunca. ¡Bien hicieron los antiguos en llamar á ese tiempo, que ya pasó, para nunca más volver: *¡Edad de oro!* Tambien es verdad que las *penas* y los *cuidados* hoy tan innumerables, no se conocian, como que antes de la curiosísima de Pandora, jamás sufrió ningun chiquillo desazón tan grande como la suya al verse contrariada por Epimeteo delante de la caja.

Lo que tenia Pandora, no era, sin embargo, una *pena*, sinó la sombra de ella; pero la niña dió en pensar en aquello, y como se pasaba el angelito las horas muertas haciendo reflexiones acerca de la dichosa caja, se puso pálida, embebida y triste; y Epimeteo se aburrió, y la cabaña se convirtió en un calabozo relativamente, por supuesto, á las cabañas de los otros chicos de la vecindad, donde todo era contento y alegría.

—Anda, Epimeteo, dime: ¿de dónde han traido esa caja?—repetia sin cesar Pandora.—¿No sabes tú lo que tiene dentro?

—¡Por Dios; hija, siempre estás á vueltas con la caja! Ya te he dicho que no lo sé. Vamos—prosiguió cambiando de tono,—vente conmigo por uvas para merendar. Mira, yo sé una viña que tiene unos racimos que da gloria verlos.

—Y tú no piensas sinó en comer,—exclamó la niña de mal humor.

—Pues entónces—replicó Epimeteo, que tenia muy buena pasta,—iremos á jugar.

—No quiero, ea; ya me fastidio de jugar y de todo.

—¿De todo?

- Si, de todo, si no me dices que tiene esa caja.

—Pero, mujer, si no lo sé, ¿cómo te lo he de decir?

—Abrela y lo veremos,—le repitió Pandora, dirijiendo á Epimeteo la mirada más provocativa que se pueda imaginar.

—Que se te quite eso de la cabeza.—Y la fisonomia del niño expresó tanto terror á la idea de violar el secreto que le habian confiado, que Pandora tuvo por cuerdo no volver á decírselo. Pero como seguia preocupada con la misma idea:

—Pues dime siquiera: ¿quién la trajo?—le preguntó.

—Mujer, la dejó á la puerta, poco antes de que tú llegases, un hombre con la cara más burlona que se ha visto, y por poco no suelta el trapo á reir cuando la puso en el suelo. Tenia puesta una capa muy rara y un sombrero con alas. ¿Quieres que te lo diga otra vez?

—¿Con bastón?

—Sí, por cierto, y muy extraño: con dos culebras enroscadas á manera de borlas.

—Ya sé quién es—exclamó Pandora, quedándose pensativa:—¡Mercurio! Él me trajo tambien. Ya ves tu si en esa caja no vendrá mi ropa, ó muñecas ó algo para nosotros.

- Podrá ser, pero mientras él mismo no me dé licencia de abrirla, ni tú ni yo debemos hacerlo.

—¡Ave-María! ¡qué chiquillo más tonto!—murmuró Pandora viendo alejarse á su compañero;—¡y que corto es!

Verdaderamente era un fastidio para el pobre niño estar oyendo siempre la misma cancion, de la mañana á la noche, y sobre todo en unos tiempos en los cuales, como yo dije antes, la gente menuda sufria tan pocas contrariedades, que la menor cosa les producia el mismo efecto que en nuestros dias causan á los hombres los males más graves.

No bien hubo salido Epimeteo, se quedó Pandora como en éxtasis, contemplando la caja. Muchas, infinitas veces habia dicho la caprichosa niña que la caja era fea; pero, á pesar de esto, la tal caja era un mueble de la más exquisita elegancia, tanto que hoy dia hubiera hecho un buen papel en el gabinete mejor amueblado. Figúrense Vds. que la madera de que estaba echa era hermosisima, veteada de colores, y tan perfectamente pulimentada y bruñida como un espejo. Solo por esta circunstancia, ya que Pandora carecia de espejo, debía desear conservarla. Luego los filetes y cantoneras estaban tallados con primor y maestria maravillosa, y al rededor ostentaba una guirnalda de figuras de hombres, mujeres y niños entre follaje; pero todo de dibujo y de trabajo tan delicado y de composicion tan artística, que las flores y las formas humanas ofrecian al cambinarse, un conjunto de singular belleza. No obstante Pandora creyó descubrir una ó dos veces entre la hojarasca una figura menos hermosa que las demás, con cierta expresion

desagradable; pero mirándola mas despacio y tocándola, no vió en ella nada que la confirmase en su primera impresión: en realidad aquella cabeza tenia buenas facciones; mas el artista que debia serlo consumado, la dió tal traza que, al mirarla de cierto modo, pareciese fea.

La obra más notable se hallaba esculpida en un círculo sobre la tapa; dentro del círculo campeaba, en fondo negro y brillante un busto con la frente ceñida de flores. Despues de haberla contemplado largo rato, Pandora se convenció de que la boca se sonreia y se ponia seria como la de cualquier mortal, y de que reinaba en las demas facciones una expresión viva, suspicaz y maliciosa en grado sumo.

Estoy cierto de que, si aquella boca hubiese hablado, habria dicho:—¡No tengas miedo, Pandora! ¿qué mal puede pasarte de abrir esta caja? No hagas caso del tonto de Epimeteo. ¡Pues no faltaba otra cosa, teniendo tu diez veces más talento que él! ¡Abre la caja niña y verás que cosas tan lindas trae dentro!

La caja, y ya me olvidaba decirlo, estaba cerrada, no con llave ni cosa parecida, sino por medio de una cuerda de oro, atada con el nudo mas ingenioso, complicado y difícil que pueda imajinarse, y esto mismo aumentaba la curiosidad de Pandora y le avivaba el deseo de desatarlo, únicamente, así decia ella, para resolver el problema de su combinación. Dos veces abismada en sus reflecciones, llevó distraida la mano á la cuerda.

—Ya me parece que voy dando con el secreto,- dijo para su sayo.— Si lo desato, lo vuelvo á atar y punto concluido; por eso no se incomodará Epimeteo.... En no habriendo la caja... Eso nó, lo que es la tapa no la levanto aun cuando no pueda volver á echar el nudo.

Mejor hubiera sido para Pandora tener alguna laborcita entre manos, y distraerse bordando siquiera unas zapatillas para Epimeteo, ó una randa para ella, que no estarse todo el dia de Dios con los brazos cruzados mirando la caja. ¡Pero, ya se ve, los chicos hacian una vida tan holgazana antes de que los males invadieran la tierra! ¡Como si cuando no hace falta trabajar para comer, no fuese indispensable trabajar para *vivir!*

No sé si la tal caja llegó á convertise con el tiempo en una distracción para Pandora; lo que sí sé es que le inspiraba muchas y diversas civilaciones el bruñido de sus tablas, y los festones y las orlas de sus filetes y cantoneras. También solia ponerla de mal humor, y entonces ¡oh! entonces, se desahogaba dándole un puntillón con su piececito, y así llevó infinitos..... ¡más se merecia!

—Pero, ¿qué tendrá esa caja?—exclamaba sin cesar.

Pónganse en el lugar de Pandora todas las niñas del universo, y en las mismas condiciones de *farniente,* y les sucede lo propio.

Ignoro si Pandora creia encontrar juguetes en la caja, porque á la verdad, entonces no se hacian, probablemente á causa de que en aquella época el mundo todo no era otra cosa que un gran juguete para sus habitantes. Lo que sí esperaba descubrir dentro era alguna cosa muy bonita, y ved ahí por qué la consumía la impaciencia y la curiosidad.

El dia de que hablamos, mientras Epimeteo jugaba á los pollitos en el prado vecino con una caterva de chicuelos de su edad, le dió á Pandora más fuerte que nunca por la caja, y se fué á ella casi decidida á destaparla si podía. ¡Infeliz criatura!

Quiso levantarla, pero pesaba demasiado para las fuerzas de una niña; así que, no bien la hubo alzado algunas pulgadas del suelo, se le cayó de las manos. Parecióle entonces que se escapaba del interior de la caja un leve ruido; puso atención, detuvo el aliento y escuchó. ¿Serian los latidos de su corazón? Ella misma no lo sabia; mas es lo cierto que su curiosidad iba creciendo de una manera extraordinaria.

Al levantar la cabeza, sus ojos se fijaron en la cuerda de oro.

—Por supuesto que es preciso tener mucho talento—dijo casi en alta voz—para echar un nudo semejante. Pues yo voy á ver si lo suelto.

Cuando más engolfada estaba en su trabajo, entró por la ventana un rayo de sol muy brillante y muy dorado, y lo llenó todo de alegría, y detrás del sol entraron por el mismo sitio qué se yo cuántas carcajadas de los amigos de Epimeteo, que bullian por allí junto. Pandora se detuvo para oirlos.

—¡Qué dia tan hermoso! — exclamó, y se le escapó un suspiro.

El manuscrito que me está sirviendo para hilvanar esta historia dice que en aquel momento tuvo Pandora impulsos de soltar la cuerda, de no pensar más en la caja, y de irse á correr con los demás chicos de la vecindad; y yo creo al manuscrito bajo su palabra. Pero lo cierto y averiguado es que sus deditos no desistieron de la empresa, y que, aún cuando le pareció notar en la cabeza esculpida sobre la tapa cierto gesto desagradable, siguió dando tirones, apretando aqui, aflojando allí, hasta que al fin ¡qué horror! sin saber cómo, se soltó la cuerda.

Pandora se quedó inmóvil.

—¡Ay! ¿qué va á decir aquél cuando entre? ¿Cómo podría yo hacer el nudo otra vez?

¡Pues ahí era nada reanudar aquello! ¡Así hubiera estado hasta la consumación de los siglos en probaturas! ¿Ni como habia de dar tampoco con la clave, si ya se le habia borrado de la memoria de qué manera estaba hecho el lazo? No tenia, pues, más remedio que fastidiarse y aguantar la reprimenda de Epimeteo.

Ocurriósele entonces una idea peregrina.

—Si cuando entre mi compañero—dijo—ve la cuerda en el suelo, desde luego se figurará que yo la he desatado para registrar la caja, y aunque me ponga en cruz no va á creer que no me he atrevido a tanto; pues si de todos modos me ha de atribuir esa indiscrección, levantemos la tapa y veamos.

¡Pícara niña! Lo que debió de haber hecho,, la creyesen ó no, era dejar quieta la caja, y no apurarse por las dudas de Epimeteo; que, cuando se inculpa sin razón, la conciencia puede aguardar tranquila á que, mas tarde, ó más temprano, brille la verdad y triunfe. Tengo para mí que Pandora hubiera obrado así de no advertir en la figura de la tapa una expresión seductora y persuasiva, y, lo que es peor, percibir ciertos rumores vagos de la parte de adentro, los cuales se iban haciendo por momentos más claros é inteligibles, hasta el punto de parecerle que le decian muchas vocesitas:

Déjanos salir, Pandora, y estaremos siempre contigo.

—¿Que podrá ser esto?—se preguntaba la niña.—¡Pues yo he oido bien; esas son voces! ¡Ea! pecho al agua; voy á levantar la tapa, miro una vez no más, y vuelvo á cerrar en seguida. ¿Qué tiene eso de malo?

Pero volvamos á Epimeteo, á quien nada le salia bien aquel dia: si jugaba al toro, siempre le tocaba ser caballo; si buscaba uvas, todos los racimos eran agraz; si higos (Epimeteo gustaba mucho de los higos), no habia uno sano para él. Resultado: que se aburrió, que cerró su boca y que se fué á un rincón á llorar su mala ventura. Los demás niños se devanaban los sesos por darse cuenta de lo que le pasaba, cosa que ni el mismo comprendía; pues, como ya dije al principio, todo el mundo era feliz entonces, y nadie habia sufrido todavia lo más mínimo, física ni moralmente.

Conociendo al fin el pobrecillo que solo servia de estorvo á sus compañeros, tomó el camino de su casa en busca de Pandora, con quien es fama se llevaba perfectamente, excepto en el asunto consabido. Para no entrar con las manos vacias, cortó unos pensamientos, y fué por la vereda tejiéndole una corona con el primor y la destreza que en aquellos felices tiempos hacian estas cosas los muchachos.

Bueno será dejar consignado, que mientras iba Epimeteo la vuelta de su casa, comenzaron á formarse en el cielo unos nuba-

rrones muy densos, los cuales fueron poco á poco extendiéndose hasta interceptar el sol completamente á tiempo que entraba en ella. Quiso el niño ir de puntillas hasta donde estaba Pandora (la cual de espaldas á la puerta se disponia entonces á levantar la tapadera), para ponerle por sopresa la corona; pero bien hubiera podido adelantarse, no digo á su paso, sinó con más ruido que un elefante, seguro de que ella lo sintiese. Cuando Epimeteo vió en que se ocupaba su compañera, se quedó parado, con los ojos de par en par pero no chistó.

¡Ay! Epimeteo, si hubieras dado un grito, tu compañera no habria levantado la tapa, y ¡quien sabe si el misterio fatal que contenia la caja no se hubiera conocido jamás!

Pero también Epimeteo, á pesar de la poca curiosidad que aparentaba, sentia de vez, cuando mucha gana de asomar las narices por allí. Asi fue que, al ver á Pandora en actitud de apoderarse del secreto, siguió el partido de no dejar que ella sola lo poseyera. Y luego si habia hallí dentro juguetes ó golosinas, era preciso repartirselos como buenos hermanos. De este modo Epimeteo se hizo tan culpable como Pandora, y por tanto, siempre que en el curso de la presente maravillosa historia digamos mil merecidas picardias de la curiosa niña, no podremos menos de encojernos de hombros al pensar en su cómplice.

Apénas hubo Pandora levantado la tapa, se llenó la cabaña de tinieblas y de horror; y las nubes pardas y amenazadoras, se interpusieron entre el sol y la tierra, como si estuviese á punto de caer, nuevo diluvio universal en medio de un tumulto de truenos.

Pero la funesta niña, sin parar mientes en tan lúgubres presagios, acabó de abrir la caja y miró dentro. Entonces, una multitud innumerable de séres con alas de murciélago y colitas de escorpión, tan menudos como abejas, salieron en tropel, tropezando con su cara y desparramándose por la cabaña.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mio! ¿Qué es esto?—gritó con toda la fuerza de sus pulmones Epimeteo, á quien por lo visto habian saludado ya los animalitos con sus lancetas.— ¿Por qué has abierto esa caja? ¿No te lo decia yo?

Asustada Pandora con las voces de Epimeteo, dejó caer la tapa del cofre y miró á su alrededor; pero fué en vano, porque nada le permitia ver la nube que formaban los fugitivos.

Aquella escena era horrible. La cabaña sumida en sombra Epimeteo llorando á grito herido; Pandora, muertecita de miedo y toda temblorosa; por el aire, millones de insectos, zumbando como cien enjambres de abejas, y desde fuera, dominándolo todo con voz pavorosa, el trueno, que resonaba por las nubes con infernal estrépito.

Cuando los ojos de Pandora se hubieron hecho algo á la oscuridad, vió que á Epimeteo le habia picado uno de aquellos insectos. Ella misma estuvo á punto tambien de recibir un saetazo de cierto monstruo tamaño como una mosca.

¿Y saben Vds. qué clase de animalitos era la que se escapó de la caja? Pues nada menos que la terrible familia de las *penas* terrestres; las *malas pasiones*, los *cuidados*, más de doscientas clases de *pesadumbres*, quinientas *enfermedades*, todas las *infamias* y todas las *malicias*; en fin, cuantos males aflijen ahora á la especie humana y que habian sido encerrados alli de orden superior para preservar de sus estragos á los venturosos hijos de la naturaleza.

Si los depositarios de la tranquilidad universal hubieran sido fieles y obedientes, nadie habria sufrido jamás el más leve, el más insignificante dolor; pero ¡admírense Vds. de la calamidad que trajo al mundo la falta de un solo individuo! Pandora con abrir la caja y Epimeteo con tolerarlo, diéron lugar á que todas las *penas* se desparramasen por la tierra, y vivieran multiplicándose entre nosotros por los siglos de los siglos.

Como no era posible que los dos niños pudieran soportar aquella nube de malignos animales en los estrechos limites de su abaña, habrieron de par en par puertas y ventanas para librarse de ellos; los cuales, una vez fuera se estendieron por toda la redondez de la tierra á caza de criaturas humanas. Todo se puso triste, y hasta la misma naturaleza pareció resentirse de aquella invasión inesperada. Las flores que antes no se marchitaban, comenzaron á tener vida fugaz y leve, quedando en estrecho limite encerrada; y los niños ¡que dolor! dieron en crecer, en hacerse hombres, en ponerse viejos y en morirse despues sin haber tenido tiempo siquiera de pensarlo.

La pícara de Pandora y su cómplice se habian quedado muy serios y pensativos, suspirando y poniéndose saliva en los picotazos para calmar sus dolores que les parecian insufribles. Ya se ve ¡no estaban acostumbrados á padecer!

Al fin, Pandora rompió á llorar y apoyó tristemente su cabezita en la caja para dar mejor salida á las lágrimas y sollozos qne la ahogaban. Estando asi oyó dentro del cofre un golpecito.

¿Qué será eso Epimeteo?

El niño no contestó palabra.

—¿Epimeteo?—dijo la niña entre suspiros;—¡contéstame!

Y el ruido volvió á percibirse mas claro, como si una mano muy pequeña diese contra las tablas.

—¿Quién eres?—preguntó Pandora por un resto de curiosidad.

Una voz sutil y armoniosa le respondió:—Levanta la tapa y lo sabrás.

—No por cierto.

Y se volvió hácia Epimeteo, esperando que aprobase su prudencia; pero el niño se contentó con decir:—¡A buena hora!

—Abreme, Pandorita, que yo no soy hermana de esos que han salido. Abreme, si, Pandora, y verás como te quiero.

Habia en el acento de la voz una dulzura tan encantadora, que no era posible resistir. Además, los niños, solo con oirla, experimentaban cierto consuelo, cierto alivio en sus penalidades, como si les quitasen de peso encima del corazón.

—¡Epimeteo!—exclamó Pandora,—¿has oido? ¡Que voz tan bonita! ¿no es verdad?

—Si, ¿y qué?

—¿Abro?

—Como quieras. Después de lo que has hecho, tanto me da una pena más ó menos.

—¡Pícaro!—le gritó desde adentro la vocesita riéndose:—¡Si tú tienes más ganas que ella de saber quien soy! Abridme, quiero salir para consolaros: ya vereis cuando yo este fuera como las cosas no son tan malas como parecen.

—Epimeteo, yo voy á abrir.

—Espérate mujer, y te ayudaré.

Y entre los dos alzaron la tapa, y al punto salió volando de la caja una figura humana del tamaño de una muñequita; pero muy esbelta, muy simpática, muy risueña, y con un mirar tan resplandeciente, que alli donde ponia los ojos, al punto quedaban disipadas las sombras.—¿Han hecho ustedes alguna vez bailar un rayo de sol en la pared con la luna de un espejo? Pues eso parecia la encantadora aparisión, volando de acá por allá, hasta que acercándose á Epimeteo, le puso la punta del indice sobre la picadura de una pena, y le quitó el dolor, lo mismo que á Pandora todos los suyos, dándole un beso en aquel pimpollo que tenia por boca. Y siguió la risueña criatura dando vuelecitos por la cabaña y llenándola toda de una cosa mejor que la alegria. Tan amable, tan afectuosa, tan buena se mostraba, que llegaron los chicos á ponerse contentos de haber abierto por segunda vez la caja. A decir verdad, hubieran hecho muy mal en dejar cosa tan peregrina dentro de ella.

—Dime, ¿quién eres?—le preguntó Pandora.

—Soy... la *Esperanza*—respondió la aparición;—y como tengo el poder de consolar, me pusieron en esta caja con las *penas*. Ya vez que no era justo estuviesen ellas libres y yo prisionera.

—¡Qué alas tan preciosas tienes!

—Sí, son de los colores del arco iris; pero no creas al verme alegre que hay en mí ménos lágrimas que sonrisas.

—¿Quiéres quedarte con nosotros para siempre?—le preguntó Epimeteo.

—Mientras que os haga falta estaré con vosotros—contestó la *Esperanza* sonriendo,—y duraré mientras esteis en el mundo· —Tal vez haya momentos—añadió,—en los cuales creais que os dejo en olvido; pero tened por cierto que, cuando ménos lo penseis, vereis brillar el iris de mis alas en vuestra cabaña; sí, y además, yo sé una cosa muy buena, muy buena, que os está reservada.

—Pues dí lo que es, sí, dilo.

—Por ahora es un secreto; pero no hay que desesperar si no veis realizada esa esperanza mientras esteis en la tierra.—Confiad y esperad

—Mira que confiamos en tí—exclamaron á una voz Epimeteo y Pandora.

Y no sólo confiaron ellos en la *Esperanza,* sino es todos los demás mortales.

A decir francamente mi opinión, reconozco que Pandora cometió una falta gravísima por ser curiosa, pero casi me alegro de ello. Porque si bien es cierto que por su desobediencia se extendieron las *penas* por el mundo, creciendo y multiplicándose entre nosotros de una manera prodigiosa, tambien lo es que tenemos la *Esperanza* en el punto mismo que la necesitamos; que ella espiritualiza la vida y la renueva sin cesar, y que, hasta en los momentos de mayor ventura, cuando se nos ofrece la existencia como un sueño de color de rosa, la *Esperanza* nos hace ver en esa dicha misma un destello de la infinita felicidad que, siendo buenos, podremos alzanzar en el cielo.

N. Hawthorne.
(Trad. por Juderías Bender).



POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Continuacion)

CX

QUIERO comprarle, si tenemos suerte
las galas de la muerte:
una cruz, un sudario y una palma.—
Guardò breve silencio el desdichado
y luègo desolado
clamò con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI

Su misma voz, que reprimir no pudo,
como puñal agudo
clavòsele en el pecho, y tan activa
creciò en su corazòn la angustia fiera.
cual la insaciable hoguera,
que cuanto más devora, màs se aviva.

CXII

Enternecido ante infortunio tanto,
y conteniendo el llanto
Miguel le respondiò:—Tu pobre Juana
tendrà lo que tu anhelo solicita:
la humilde cruz bendita,
la palma vìrgen y el saval de lana.

CXIII

Pero vuelve à tu hogar, porque no quiero
que un bravo compañero
à su propio tormento contribuya.
No seràs, si te niegas, buen amigo,
y atiende à lo que digo:
hoy pesco para tí. ¡Mi parte es tuya!—

CXIV

Cayò, cual dulce bàlsamo, la oferta
sobre la herida abierta
del triste anciano, y mitigò su duelo
llanto reparador, tranquilo y suave.
Siempre para quien sabe
sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
con blando acento dijo,
las làgrimas secando en su mejilla.
Miguel para ocultar su sentimiento,
ligero como el viento
à la barca saltò desde la orilla.

CXVI

Toda su gente al tràfago dispuesta,
con ansia manifiesta
esperaba no màs la voz de mando.
Diòla el patròn; y con vigor supremo,
el resistente remo
en las arenas de la playa hincando,

CXVII

puso à flote la lancha embarrancada,
que lenta y sosegada
siguiò despuès por la canal angosta,
ùnica vìa, franca y descubierta,
entre la barra incierta
y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII

La roca, à modo de ciclòpeo muro,
inabordable, oscuro,
desde la playa misma se adelanta,
hasta la punta del siniestro Cabo
do el mar potente y bravo
con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX

Varias cruces sencillas de madera,
en pavorosa hilera
resaltan del peñòn de trecho en trecho,
sññalando en el àspero arrecife,
el sitio en que un esquife
quedò, à los golpes de la mar, deshecho.

CXX

Recuerda cada cruz alguna escena
de horror y espanto llena.
Màs de un pobre marino hallò su fosa,

entre el medroso y formidable estruendo
de la borrasca, oyendo
los desolados ayes de su esposa.

CXXI

Donde la punta del peñón termina,
por mísera y mezquina
pudiérase decir que el mar desdeña
aunque á veces su presa le disputa,
una abrigada gruta
labrada por las olas en la peña

CXXII

Gratas para las lanchas pescadoras
las apacibles horas
trascurren sin sentir. Con los reflejos
de la luz que en las aguas reberbera,
el mar, como si fuera
de inflamado metal, brilla á lo lejos

CXXIII

Miguel desde la popa de su barca,
con la mirada abarca
el golfo en que indolente se aventura.
Está á sus pies sumiso y reposado
como león cansado,
y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV

Lánguida brisa, replegando el ala,
mansamente resbala
sin conmover el piélago sereno,
como el aliento sosegado y leve,
que apenas alza y mueve
de una virgen dormida el casto seno.

CXXV

El barco, al apartarse de la playa,
como argentada raya
deja en las ondas su espumosa estela;
y al avanzar con suave balanceo,
va como si el deseo
le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
la gente se prepara,
el remo suelta, y su esperanza funda
en la corriente azul del Océano,
como el dolor humano,
amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII

Tres veces por el ámbito marino
con provechoso tino
tiende la fuerte red, y las tres veces
al recogerla, abrillantó su trama,
la refulgente escama
que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
Dice alegre Roberto
mientras que sujetando por la agalla
con diligente mano desenreda,
al pez, que preso queda
en los hilos nudosos de la malla.

CXXIX

Y con aire triunfal alzando á pulso
un sollo, que convulso
entre sus férreos dedos se torcía,
regocijado exclama:—¡Brava presa!
No se pone en la mesa
del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX

El sol empieza á declinar. La gente
á medida que siente
su ganancia crecer, redobla el celo,
y sin cejar un punto en su tarea,
quién en la red se emplea,
quién, sentado en la borda, echa un anzuelo.

CXXXI

quien al enorme pez, que agonizante
colea, en un instante
con implacable actividad remata;
y de la pesca el acre olor parece
que alienta y fortalece
al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII

A poco, ténue y vaporoso velo
fué enturbiando del cielo
la limpia claridad. Oscura nube
desde el confín remoto se avecina,
sorbiendo la neblina
que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII

A medida que llega va aumentando:
el mar plácido y blando
por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido.
y hácia el agreste nido
tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV

De improviso una racha fugitiva
del oleaje aviva
el ímpetu naciente. Las espesas
nubes marchan en giro apresurado,
y al fin rompe el nublado
en gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
un pescador ya viejo:
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—Se aguó la fiesta!
—¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI

—¿Os asusta una nube de verano?
—¡Sí!—responde el anciano.
—¡La galerna está encima!—No discuto—
le interrumpe el patrón. Mas Juana ha muerto,

y yo no vuelvo al puerto
si no llevo à su padre para el lecho.—

CXXXVII

Y la pesca siguiò con mayor brio,
sin que del mar bravio
la sorda turbaciòn los contuviera.
Pues ¿quièn fuerza al lebrel cuando en la pista
la ansiada res avista,
à pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII

Mas de golpe la lluvia se desata
cual rauda catarata:
el huracàn sus ràfagas sacude
como un corcel la crin; al llamamiento
del alterado viento,
la ola, bramando de furor, acude.

CXXXIX

Y se empeña otra vez con recio embate
el eterno combate
que presencian los siglos confundidos,
en que despues de tràgicos horrores,
los fieros gladiadores
ceden cansados, pero no vencidos.

CXL

Quèdase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
rueda la tempestad: con ciego empuje
cual fogoso bridòn que se desboca,
la ola adelanta, choca
contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,
aunque la red se pierda!
Aun habrá tiempo de llegar al faro.
¡Ànimo, chicos! y forzad los remos,
que pronto arribaremos.
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

CXLII

El endeble timòn Miguel aferra
y à la cercana tierra
dirige el rumbo como buen marino,
mièntras la gente, ante el peligro absorta,
con àgil remo corta
la indòcil ola, abrièndose camino.

CXLIII

Como acosado por la voz del trueno,
el mar su turbio seno
con resonante convulsiòn agita;
cual irritada fiera el lomo enarca
y hácia la frágil barca
sus gigantescas olas precipita.

CXLIV

À merced de la mar arrolladora,
la lancha pescadora
los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
vuelan llenos de espanto,
en confuso tropel hácia la playa.

CXLV

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
imploran por los seres
que amenaza el furor del mar sombrio,
y ardientes quejas, alteradas voces
revueltas y veloces,
pueblan el aire en ronco griterio.

CXLVI

Luego el tropel desordenado y vario
invade el santuário
que la escarpada cùspide corona,
donde al piè del altar, una y cien veces
con dolorosas preces,
pide auxilio à su cèlica Patrona.

CLXVII

Joven esposa sus cabellos mesa,
otra, en silencio besa
desesperada à un pàrvulo inocente,
un dèbil niño en su pueril despecho,
golpeàndose el pecho,
en el polvo del templo hunde su frente.

CLXVIII

Otro ofrece à la Virgen con devoto
fervor, sencillo voto;
y del concurso general, movido
por el temor, la angustia y el deseo,
el alto clomoreo,
¡ay! màs que una oracion, es un jemido.

CXLIX

En el lugar más árduo de la costa,
hácia la boca angosta
del canal, siempre al marinero aciaga,
bulle otra multitud, dando à los vientos,
sus ayes y lamentos,
que el recio sòn del temporal apaga.

CL

Pintàndose en su faz el extravio,
por medio del gentio,
la madre de Miguel, como una sombra,
se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
reza, las manos junta,
y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI

Rosa trèmula y muda la acompaña;
copioso llanto baña
sus claros ojos que oscurece el duelo.
Tiene el lìvido rostro de una muerta,
y la razòn cubierta
de tormentosas nubes como el cielo.

CLII

Todos enternecidos la abren paso.
¿Conocerán acaso
la noticia fatal? La incertidumbre
de Rosa surge à tan horrible idea,

y con terror pasea
su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII

Aquel silencio lùgubre la mata.
Frenètica, insensata
á una amiga se acerca:— ¿Dònde, dònde
està Miguel? ¡Tèn làstima!—solloza.
La sorprendida moza
Mírala estupefacta, y no responde.

CLIV

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—
Pero un marino esperto
en los trances del mar, compadecido
de la atroz inquietud que la enagena,
para templar su pena
dícele con amor:—¡Cobra el sentido!

CLV

¿A què viene apurarse de esa suerte?
¿Què sacas con ponerte
en el ùltimo extremo? Cuando tarda
la barca en presentarse, conjeturo
que ya en lugar seguro,
tan sòlo el fin del temporal aguarda.

CLVI

¡Ea! Enjuga tus làgrimas: no llores,
porque riesgos mayores
ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
turbada y anhelosa,
y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII

Entonces trepa á la escarpada cima,
al borde se aproxima
del saliente peñòn, como una idiota
y expuesta á peligroso paroxismo,
avanza hàcia el abismo
la descompuesta faz, que el viento azota

CLVIII

En medio del pesar que la anonada,
la atònita mirada
hunde en la inmensidad, y es su porfía
tan profunda y tenaz, que si pudiera,
la mar rebelde y fiera
con sus àvidos ojos sorberla.

CLIX

¡Ay! ¡si lograse traspasar la bruma!...
¡Si entre la blanca espuma
viese al mortal por quien suspira y ruega!...
Cuando divisa un barco en lontananza,
renace su esperanza,
y clama, llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

CLX

¡Estèril impaciencia! ¡Vano empeño!
¿En dònde està su dueño
que no acude á su voz? ¿Por què no viene?
Su amante madre la acaricia y calma.
¡Compadeced al alma
que de consuelos ¡ay! y no los tiene!

CLXI

Allà en la playa un grupo generoso,
sin tregua ni reposo
anuda cuerdas y apareja un bote,
sometido al mandato soberano
de respetado anciano,
mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII

Viril arrojo en sus pupilas arde
sin ostentoso alarde,
y aunque à los años la cerviz inclina,
presta vigor à su cabeza cana
la fortaleza humana,
templada al fuego de la fè divina.

CLXIII

Al cabo por la estrecha cortadura,
luchando à la ventura
con el viento y las olas, impelida
por la borrasca hàcia el difícil paso,
en donde puede acaso
quedar à salvo ò perecer hundida,

CLXIV

entre el fragor que por momentos crece,
intrèpida apareee
la barca de Miguel; pero ¡en què estado!
Cual gladiador que tras inùtil prueba
huye vencido, lleva
cien heridas de muerte en su costado.

CLXV

Resistiendo la còlera salvaje
del soberbio oleaje,
la gente fuerzas del peligro cobra;
y aunque la lancha, como leve pluma
entre montes de espuma
parece á cada instante que zozobra.

(Continuarà).

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 36

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
P 4 R	A 4 D
P 6 AD	Cualquiera
D toma A (mate)	

Tiene variantes de fàcil soluciòn.
Fuè resuelto con las variantes por *El Duende, Ulises y Filòctetes.*

SALTO DE CABALLO

Cùbrese el suelo de nieblas;
Cùbrese el cielo de nubes;
De hojas secas la arboleda;
De nieve las altas cumbres;
Cae la escarcha; sopla el cierzo;

Calla el ave; el viento ruge.
Oh! tristezas del invierno!
Oh! dia sin sol, sol sin lumbre!

Fuè descifrado por *Una Bagèense.*

CHARADAS

1.ª *Pitagòrico*—2.ª *Tenor*

Fueron descifradas por *Pitonisa* de Buenos Aires.

GEROGLÍFICO NUM. 36

Donde domina el sable perece la justicia

Fuè descifrado por *Pitonisa* de Buenos Aires, y *Tutti.*

Al Sr. F. A. B. de Palmira, le advertimos que recibimos demasiado tarde sus soluciones.

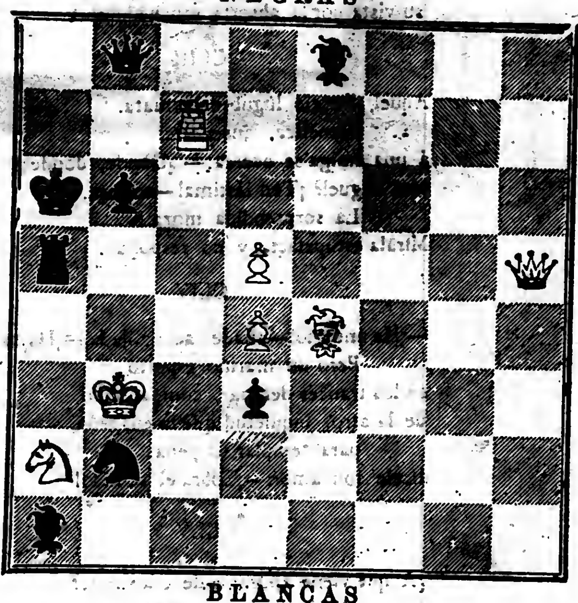
SALTO DE CABALLO Y DE REY

tre-en	tro	El	ño-en	las	la-a	jas,	Pa (1)
ne	los	ca	jes.	na	ra	te	Y
no-es	la	pe	o	to	ti	ser	pri
te-en	sa;	ve	mas	fe	ma	ve	gre
Que-el	ra	no	liz-	ra	el	te	rior
vier	de	Ja	En	in	del	cia	ma (64)
in	A	ci	ci	nie	na-an	Es	al
a	so	que-el	sus	fre	na,—	tos	u

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

Problema de Ajedrez por M. C.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

CHARADAS

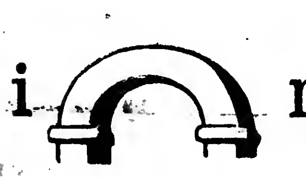
Ya mi *todo* acabò! De que me sirven
De la fortuna los inciertos goces
Que mi destino pròdigo me brinda,
Sino logro alcanzar, lo que divino
Ansia el corazòn, sueña la mente?
De mi *prima* el amor, no màs las horas
De mi existencia, poblarà de dichas
Blandos ensueños y esperanzas costas!
Prima y segunda soy, *prima y segunda,*
Que nò *prima y segunda* dentro el pecho
De aquel por quien en ansias se consume.....
Frágil amor, el que su amor me usurpa,
Sea, y estinto para siempre vaga,
Quieran los cielos que cegados mire
Los ojos que arrobados le contemplan
Y mi dicha y su amor me arrebataron.

GEROGLÍFICO NÚM. 37





i



n



lss el







s



PERIÓDICO LITERARIO

Abril 21 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 38.*



Constante Guignard

LOS consortes Guignard, casados por amor, deseaban ardientemente un hijo. Como si aquel pequeño sèr tan deseado quisiera apresurar el cumplimiento de sus votos, vino al mundo ántes de tiempo. Su madre muriò del prematuro parto; y su padre, no pudiendo soportar el dolor de su muerte, se ahorcò.

—

Constante Guignard tuvo una infancia ejemplar, pero desgraciada. Pasò su tiempo en el colegio haciendo penitencias que no merecia, recibiendo cachetes destinados á otros, y en estar enfermo los dias de fiesta. Concluyò sus estudios con la reputacion de un gran hipòcrita y tacaño. Al prestar exàmen de bachillerato, hizo la versiòn latina de un condiscipulo, que fuè felicitado, y à èl lo expulsaron por plàgio.

—

Tan malhadados comienzos en la vida habrian maleado á cualquier naturaleza vulgar. Pero Constante Guinard era un alma de Dios, y, persuadido que la felicidad es la recompensa de la virtud, resolviò vencer la mala estrella à fuerza de heroismo.

Se empleò en una casa de comercio que ardiò al dia siguiente de tomar èl posesion de su empleo. En medio del incendio, como viera desesperado à su patron, se echò en las llamas por salvar la caja. Con el pelo chamuscado, los miembros cubiertos de llagas, consiguiò, con peligro de su vida, forzar la burra y sacar todos los valores.

Pero el fuego los consumiò en sus manos. Cuando saliò de aquel horno, fuè agarrado por el cuello por dos guardias civiles; y un mes despues se le condenaba à cinco años de prision por haber pretendido apropiarse, à favor de un incendio, una fortuna que no corria riesgo alguno en una burra incombustible.

—

En la prision en que estaba, hubo una rebelion. Queriendo socorrer à un guardian, le hizo una zancadilla y fuè causa de que los rebeldes lo hicieran pedazos. En el acto lo enviaron à Cayena por veinte años.

Consciente de su inocencia, se evadiò, volviò á Francia bajo otro nombre, creyendo que habia despistado à la fatalidad, y se dedicò con màs ahinco à hacer el bien.

—

Un dia, en una fiesta, viò un caballo desbocado que arrastraba un carruage en direccion à los fosos de la muralla. Se arroja à la cabeza del caballo, saca una muñeca torcida, una pierna rota, una costilla hundida, pero consigue impedir la caida inevitable. Solo que, cambiando de ruta el animal, va derecho á la gente y aplasta un viejo, dos mujeres, y tres niños. En el carruage no habia nadie.

—

Fastidiado esta vez de las acciones heròicas, Constante Guignard tomò el partido de hacer el bien humildemente y se consagrò al alivio de las miserias ocultas. Pero el dinero que daba á pobres y hacendosas mujeres era gastado por sus maridos en las tabernas; los abrigos que distribuyò à obreros habituados al frio, les hicieron atrapar resfrios; un perro errante que recojiò mordiò y trasmitiò la ràbia à seis personas del barrio; y el reemplazante militar que comprò para un jòven digno de interès por sus buenas cualidades, vendiò al enemigo las llaves de una plaza fuerte.

—

Constante Guignard pensò que el dinero hace más mal que bien y que en vez de diseminar su filantropia, valia más concentrarla en un solo sèr. Adoptò, pues, una huèrfana, que no era bonita, pero que estaba dotada de las màs raras cualidades, y la educò con todas las ternuras y atenciones de un padre. Pero ¡ay! fuè tan bueno, tan abnegado, tan amable para ella, que una noche la jòven se echò á sus piès y le confesò que lo amaba. Èl procurò hacerle comprender que siempre la habia considerado como hija, y que se creeria culpable de un crimen si cediera à la tentacion que le ofrecia. Le demostrò paternalmente que ella tomaba por amor el despertar de sus sentidos, y le prometiò desde luego que obedeceria à esta advertencia de la naturaleza buscándole lo màs pronto un esposo digno de ella. Al dia siguiente, la hallò tirada en el umbral de su puerta, con el corazon atravesado por un puñal.

—

En consecuencia, Constante Guinard renunciò á su papel de protector, y se jurò qne en adelante, para hacer el bien, se contentaria con impedir el mal.

Poco tiempo despues, la casualidad lo puso sobre la pista de un crimen que uno de sus amigos iba á cometer. Hubiera podido denunciarlo à la policia; pero le agradò màs tentar de evitar el crimen sin perder el criminal. Tomò intima participacion en el golpe que se preparaba, consiguiò tomar todos sus hilos, y esperò el momento preciso da malbaratarlo todo, arreglàndolo todo à la vez. Pero el pillo à quien èl queria manejar, descubriò claramente su intencion y combinò el asunto de tal modo que el crimen se cometiò, el criminal se salvò, y Constante Guignard fuè preso.

—

La requisitoria del procurador general contra Constante Guignard fuè una obra maestra de lògica. Recordò toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos, su expulsion de los exàmenes, la audacia de su primera tentativa de robo, su odiosa complicidad en la rebelion de la prision, su evasion de Cayena, su vuelta á Francia bajo un nombre supuesto. A partir de este momento, sobre todo, el orador llegò al màs alto grado de la elocuencia judicial.

Estigmatizò aquella hipocresia de bondad, aquel corruptor de matrimonios honestos, que para saciar sus pasiones enviaba á los maridos à la taberna à que bebieran su dinero, aquel falso bienhechor que procuraba, por medio de regalos nocivos à las buenas costumbres y à la salud, captarse una popularidad dañosa, aquel mònstruo oculto bajo el manto de un filàntropo. Profundizò con horror la refinada perversidad de aquel picaro que recojia perros rabiosos para azuzarlos contra la gente, de aquel demonio, que, solo por hacer mal, se esponia à ser estropiado deteniendo á un caballo desbocado, y porquè? para tener el espantoso goce de verlo lanzarse sobre la multitud y matar à viejos, mujeres y niños. Ah! un miserable semejante era capaz de todo!

Sin ningun gènero de duda, aquel hombre habia cometido tal nùmero de crimenes que jamas se llegaria á conocerlos todos. Existian mil razones para creer que el habia sido còmplice del personero puesto por èl para traicionar à la Francia. En cuanto á la huèrfana que habia criado

y que se hallò una mañana muerta en su puerta, quièn màs que èl podia haberla asesinado? Ese asesinato era seguramente el epllogo sangriento de uno de esos dramas infames, conjunto de vergüenza, libertinage y fango. Despues de tanto hecho horrible, ni aùn habla necesidad de detenerse en el ùltimo crimen. Aqui, apesar de las negaciones impudentes del acusado, la evidencia era absoluta. Era, pues, preciso condenar à ese hombre con todos los rigores de la ley. El castigo era justo, y difìcil seria encontrarlo suficiente à sus crimenes. Se tenia entre manos no solo à un gran criminal, sino tambien à uno de esos gènios del crimen, á uno de esos mònstruos de malicia y de hipocresia que llegan hasta à hacer dudar de la virtud y desesperar de la humanidad.

Ante tal requisitoria, el abogado de Constante Guignard no podia alegar en favor de su defendido otra cosa que la locura. Hizo lo que pudo, hablò de casos patològicos, disertò sàbiamente sobre la *neurosis del mal*, presentò á su cliente como un monomaniaco irresponsable, como una especie de Papavoine inconsciente, y concluyò diciendo que tales monomanias se trataban en Charenton mas bien que en la plaza de la Roquette.

Constante Guignard fuè condenado à .erte por unanimidad.

—

Los hombres virtuosos, à quienes el òdio del crimen los hace feroces, se arrebataron de alegrìa y gritaron ¡bravo!

—

La muerte de Constante Guignard fuè como su infancia, ejemplar pero desgraciada. Subiò al patibulo sin miedo y sin fanfarroneria, con el semblante tranquilo como su conciencia, con una serenidad de màrtir que todo el mundo tomò por una atonia de bruto. En el momento supremo, sabiendo que el verdugo era pobre y padre de familia, le hizo saber con dulzura que le habia legado toda su fortuna. El ejecutor se conmoviò á tal punto, que para cortar la cabeza de su bienhechor tuvo que descargar tres veces la cuchilla sobre el cuello.

—

Tres meses despues, un amigo de Constante Guignard que volvia de un lejano viaje, supo el triste fin de aquel hombre cuyos mèritos solo èl conocia. Para reparar en cuanto pudiera la injusticia de la suerte, comprò un sepulcro, elevò en èl un monumento de màrmol y escribiò un epitafio para su amigo. Al dia siguiente muriò de un vòmito de sangre. Sin embargo, como los gastos habian sido pagos adelantados el guillotinado tuvo su sepulcro. Pero el obrero encargado de grabar e, epitafio, tomò á su cargo corregir una letra confusa en el manuscrito. Y aquel pobre corazon de oro descouocido durante su vida, yace en la muerte con este epitafio:

AQUÍ YACE CONSTANTE GUIGNARD
Un corazon de oso

J. RICHEFIN.



POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(Conclusión)

CLXVI

cien veces con impávido heroismo,
resurte del abismo
obediente à la mano que la guia.
Ninguna voz en su interior se escucha,
que el riesgo de la lucha
tiene una majestad muda y sombria.

CLXVII

¡Oh!, van à perecer!—¿Querèis seguirme?
Con voz entera y firme
pregunta el cura.—¡A vuestro amor apelo!
Arrancaremos à la mar su presa,
y si en tan santa empresa
morimos, ¿què es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII

El religioso impulso que le mueve
su aliento dobla, leve
cual fornido mancebo, al bote sàlta.
El peligro conoce y no lo esquiva:
pues ¿á quien, si arde viva
la fè en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX

Todos se aprestan á seguir su suerte,
que aquel combate á muerte
de generosa emulaciòn los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX

El bote listo ya, con seis remeros
hàbiles y ligeros,
abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusiòn! ¡La mar embravecida
con fuerte sacudida,
pedazos hecho le arrojò á la playa.

CLXXI

– ¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
llorando como un niño,
gimiò en su angustia el viejo venerable.
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos
hijos! Tal vez podamos
desde el mismo peñòn hechar un cable.—

CLXXII

Respondiendo à su voz, segùn costumbre,
à la empinada cumbre
el grupo corre, y con empeño lanza
el rèciocabo à la corriente ciega;
mas ¡ay! que nunca llega
al nàufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII

¡No hay esperanza! El cura consternado
increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
la tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
—¡Hijos mios! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

CLXXIV

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota
desgobernada y rota.
Aun los pobres remeros, más audaces
cuanto màs la borrasca se acrecienta,
lidian con la tormenta
desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV

¿Dònde tender la salvadora amarra?
¿Còmo cruzar la barra
que el paso cierra del canal estrecho,
si ya tiene la barca pescadora,
quebrantada la prora,
el casco hendido y el timòn deshecho?

CLXXVI

El avariento mar la presa ansìa.
¡Ya es suya! Todavia,
resistiendo en los fràgiles despojos
del roto barco, en su ansiedad suprema,
la gente rema, rema,
rema, y nublan las làgrimas sus ojos,

CLXXVII

¿Què busca? ¿A dònde va? ¿Por què se afana?
Su resistencia es vana.
¡Ay! la esperanza al corazòn se aferra
en los casos adversos è infelices,
aun màs que las raìces
à las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII

—¡Juan, làrgame una estacha!—grita el bravo
Miguel, y por un cabo
àtala pronto y bien, que si consigo
con el otro nadar hasta la orilla,
podrà nuestra barquilla
en la gruta del faro hallar abrigo.—

LCXXIX

Doblò la frente oscurecida y grave.
¿En què pensaba? ¿Cabe
dudarlo un punto? En el edèn perdido,
en su infeliz mujer, en el risueño
àngel, que viò en un sueño,
huèrfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

CLXXX

De pronto grita Juan:—¡Ahì va la estacha!—
Miguel la frente agacha
para esquivar el golpe; mas Roberto,
cogièndola en el aire de improviso,
prorrumpe:—No es preciso:
yo llegarè à la costa, vivo ò muerto.—

CLXXXI

La pasiòn que alimenta su ternura,
y en èl, como la pura
làmpara de un altar, arde escondida,
le inspirò, en su postrera llamarada,
ofrecer à su amada
no sòlo el corazòn, sino la vida.

CLXXXII

De su mojado traje se desnuda,
y à su cintura anuda
la retorcida cuerda. Intenta en vano
resistirse Miguel en son de queja,
y se obstina, y forceja,
y arrancàrsela quiere de la mano,

CLXXXIII

—¡Quita! —Roberto exclama:—¡Si en un credo
ganar la costa puedo!
¡Es inùtil que chilles: no te escucho!
Esto serìa asesinar à Rosa.
Y con voz temblorosa
dice, saltando al mar: ¡Quièrela mucho!—

CLXXXIV

Haciá el negro peñòn el rumbo guìa,
y sin temor confìa
à sus robustos brazos su defensa.
Pero de pronto, en turbio remolino,
à trastornarle vino
ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV

Sobre su frente de improviso estalla,
y en desigual batalla
le revuelca, le arrastra y le sofoca.
Desaparece el desdichado, juega
la onda con el, y ciega
le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI

Ante aquel espectàculo de muerte,
desencajada, inerte,
de piè sobre la mole de granito
que sacude la mar tempestuosa,
lanzó de pronto Rosa
un grito aterrador. ¡Què horrible grito!

CLXXXVII

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
de quien no espera nada;
¡ay! que del corazòn en lo màs hondo
las heces amarguìsimas remueve
del caliz en que bebe
la humanidad, para el dolor sin fondo

CLXXXVIII

Cual mies que cede al ìmpetu del viento,
convulsa, sin aliento,
levantando sus manos, ya inactivas,
la hùmilde multitud se postra en tierra,
y con fervor que aterra
eleva à Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX

¡Oh momento solemne! Austero y triste
la majestad reviste
de su augusta misiòn èl sacro anciano,
y humedeciendo el llanto sus mejillas,
se dobla de rodillas
ante la inmensidad del Oceano.

CXC

Su mano extiende trèmula y cansada,
levanta la mirada
à la celeste bòveda, testigo
mudo de tanto horror, y con acento
pareeido à un lamento:
¡Hijos!—grita—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI

¿Què viò despuès la multitud? Ver pudo
el cielo siempre mudo,
desierto el mar, la barca destruida,
y una hermosa mujer, rigida y yerta,
lo mismo que una muerta,
en el estèril peñascal tendida.

CXCII

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
con su postrera lumbre
baña fúlgido sol desde el ocaso,
y en hora tal de paz y de misterio,
al santo cementerio
una dèbil mujer dirige el paso.

CXCIII

¡Cuàn sola està, cuàn pobre, cuàn cambiada!
Rosa de pronto ajada
en mitad de su alegre primavera,
bajo el vivaz recuerdo que la excita,
aquella flor marchita
ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV

Abraza y besa con febril cariño,
à un escuàlido niño
nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de prìncipe, que un dìa
soñò la fantasìa
del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCV

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
entre la fresca hierba
dos fosas buscase, prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
el desvalido infante
sus manecitas mueve, y tambièn llora.

CXCVI

¡Ay! ¿Podrà ser que el leño de la selva
à engalanarse vuelva?
¿Renovarà sus cànticos el ave
que dejò la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
olvidarà algun dìa? ¡Dios lo sabe!

CXCVII

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
el ardiente arrebato
del amor, la ilusión que se deshoja,
la fe que espira, el gozo y el tormento:
que el hondo pensamiento,
como el mar, sus cadàveres arroja.

CXCVIII

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
cuando tenaz se enreda
al dèbil corazòn, y en èl dilata
su raìz, como hiedra trepadora,
entonces nos devora,
porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

LA VEUVE

DE OCTAVIO FEUILLET

La última novela de Octavio Feuillet ha sido recibida con estrépito en Francia. Los diarios y revistas parisienses le hicieron esa atmósfera de aplausos y alabanzas entusiastas que dan vida á un libro nuevo, despertando el interés público y han favorecido la venta rápida de varias ediciones.

Y sin embargo «La Veuve» no es una obra que vivirá con vida propia ni siquiera algunos años, porque no tiene ninguna de las condiciones esenciales que requiere una novela para perpetuarse como una leccion de la esperiencia y de la lucha de las pasiones, como una enseñanza sobretodo arrancada de las escenas de la vida humana.

Ante todo convengamos en que la novela que no enseña, que no levanta el espíritu, que no regenera la moral, que no dignifica al ser humano, que no alecciona, que no conforta y abre rumbos al pensamiento y al corazón, no llena las altas condiciones de ese género de literatura.

Dentro de la verdad cabe el sentimentalismo y el realismo, la fantasía y la cópia, pero no hay mérito en uno ú otro caso cuando se lleva lo imaginativo al absurdo ó cuando se reproducen servilmente cuadros vulgares de la vida real. Hay necesidad siempre, para hacer la obra duradera en la posteridad, que los tipos resalten con los rasgos de los carácteres, que ellos sean dignos, superiores, alzados sobre el nivel de las bajas pasiones ó que los dramas sociales ó de la vida íntima traigan consigo una enseñanza esperimental. De otra manera ¿qué mérito tienen las cópias serviles de los vicios que degradan al ser humano? Quién no ha visto á un ébrio revolcarse en el fango? á una prostituta vendiendo sus caricias? á una adúltera profanando el tálamo nupcial? á un asesino partiendo por la espalda un corazon? á un traidor vendiendo á su amigo?

Cualquiera sabe que no está el mérito genial en los detalles de un cuadro cuando es absurdo el conjunto, cuanto es vulgarísimo el tema.

Podemos referir con verdad una escena de orgia: romper las copas, derramar el vino] sobre el mantel, poner en boca de los personajes coplas de escándalo, desgarrar vestidos, exhibir hombres y mujeres corrompidos en una noche de fiebre y de disolucion vergonzosa, pero ¿qué quedará de el cuadro? El vicio y nada mas que el vicio, la podredumbre; el gusano viviendo á espensas de la animalidad.

Si al lado de ese cuadro ó junto á él no se produce el contraste de la virtud; de la rejeneracion, del esfuerzo viril, noble y grande que revele caracteres y tipos superiores, la novela no será otra cosa que un vehículo ó un medio de existencia del escándalo.

Los que hemos hecho nuestro paladar á lo bueno, rechazamos esos jarabes cargados de veneno, donde germinan y se desarrollan los microbios de la literatura.

¿Qué se ha propuesto Feuillet con su libro titulado *La Veuve*? Nada. Ha escrito un libro, es verdad, pero sin darle proyecciones en el campo de la filosofía ó del arte.

Sépanlo los que no hayan leido la novela, que se trata simplemente de dos amigos, tipos hidalgos al principio, que brillan por el valor en la carrera de las armas. Uno de ellos se enamora perdidamente de una muger hermosa, con quien se casa; de una muger de buenas condiciones sociales. A este amor sacrifica el marido su carrera: prefiere á la gloria de esta saborear la felicidad en el fondo del hogar que ha formado. Pero la fatalidad lo lleva á la guerra por los sucesos del 70 ocurridos entre Francia y Prusia. Los amigos se encuentran. En un hecho de arma

el marido es herido mortalmente: agonizante llama á su amigo, á su amigo de la infancia, á su amigo íntimo, el de todas sus confianzas y le hace depositario de su última voluntad. Es tan exajerado el amor que ha depositado en la muger amada, que no puede soportar ni siquiera la idea de que se case con otro y pretende nada ménos que el compromiso de parte de su amigo de que matará á su muger si llega á casarse. Es tan grave el encargo que el amigo lo rechaza. Si quiera, le dice, te encargarás de decirle cual es mi última voluntad: que no quiero que se case... El amigo lo jura, recoje aquel depósito sagrado, el ruego ó la órden del moribundo y sus prendas últimas.

Qué piensa el lector que sobreviene? Que la viuda es un tipo de fidelidad como lo supondria cualquiera al leer el título de la novela? Que el amigo, cumple con los deberes de su amistad? Que enamorado de la viuda se sacrifica al juramento empeñado, al deber contraido, á la amistad guardada, durante toda una juventud? Que lucha y se domina, que batalla en medio del mundo, que vence el deber, la virtud y el honor? Que la viuda sabe guardar el nombre de su marido? que aún dando que se enamore del amigo de su marido luche á su vez y triunfe de la pasion vulgar? que cumpla el ruego del moribundo?

Pues nada de eso sucede. El noble y pundonoroso amigo de otros tiempos es un ser raquítico, de una moral dudosa, si guarda alguna su rebajada personalidad. Es un hombre que no se atreve á cumplir el juramento empeñado; que se deja asaltar por las mas indignas dudas, que vá á un cura á consultar si cumple con su deber haciendo caso dudoso de conciencia de la mas rudimental forma del honor individual!

La viuda recibe el lienzo sangriento arrancado de sobre su pecho por el moribundo, pero tiene tiempo y está su ánimo tan despreocupado que se fija en los rasgos fisonómicos del amigo de su marido y lo halla un buen mozo, es decir un buen marido para reemplazar al muerto.

Y después? Escenas francesas que no conocemos en nuestra sociabilidad americana, felizmente. El interés sórdido, la especulacion matrimonial, una suegra desalmada que arma y desarma matrimonios vulgarísimos, una viuda que prepara escenas de lupanar para alejar á un pretendiente; y un casamiento llevado á cabo entre la viuda del único tipo noble que sucumbe al empezar la novela y el amigo tr. idor.

El desenlace prosáico, es tan sin consecuencias morales, tan sin arte, tan torpe, tan de todos los dias, que el novelista se ha visto en conflicto para cerrar la obra con el banquete en honor de los desposados.

Qué hace entónces? Que el amigo traidor, el tipo vulgarísimo, se levante de entre los convidados á la fiesta y se pierda en un jardin: los remordimientos le asaltan, precisamente entónces es que se acuerda de su amigo, de sus promesas, de su juramento etc.

Situacion difícil, nó? No, para el autor es ya muy sencilla. Un balazo y asunto concluido!

Es así como termina la novela, suicidándose el amigo traidor. Y la viuda? Ah! de la viuda no se dice mas nada. Probablemente á la fecha se habrá casado ya unas cuantas veces.

Digan nuestros lectores; ¿es digna de Octavio Feuillet la novela *La Veuve*? Es el mismo autor de esta el del Romance de un jóven Pobre?

No; cuando una obra de este género, sin novedad y sin alcance, no trae contingente alguno á la lucha en que nos debatimos en la vida y se cierra el libro sin que deje rastros en el alma, justo es que no nos hagamos eco de la vocinglería europea que pretende imponernos, con los libros que nos envia, opiniones hechas sobre su mérito.

C.

LITERATURA MODERNA

(DE A MORTE DE D. JOÃO DE GUERRA JUNQUEIRO)

EL arte moderno especialmente en la raza latina, es hijo de una sociedad que ha perdido la creencia religiosa sin haber adquirido la conviccion científica.

De ahí el esceptisismo moral, ese gusano que roe hace cincuenta años una literatura, que, á lo que parece, morirá de escrófulas.

Hoy el arte sabe diseñar admirablemente todos los estados dolorosos del alma, desde los pantanos de la hipocondría hasta las alucinaciones de la neurosis. Por el lado de la forma es de una correccion geométrica, pintoresca, insuperable. Cada adjetivo es un bisturí.

Fáltale el sentido moral y fáltale la alegría.

No la alegría del paradojo, sino la alegría heróica, sincera, verdaderamente humana, la alegria que es el oxígeno del espíritu, y que proviene de la nobleza del carácter, de la conciencia tranquila, de la salud robusta.

El siglo XIX ligó los continentes por el telégrafo y los espíritus por la fraternidad; libertó á Bélgica, libertó á Grecia, libertó á España, libertó á Portugal y libertó á Italia; destruyó los dogmas; inventó la locomotora y abrió el Istmo de Suez; resolvió el problema político y formuló el problema social, descubrió la ley de las corrientes marítimas, la ley de la história y la ley de las tempestades; con el telescópio vió lo infinitamente grande. con el microscópio lo infinitamente pequeño; sondeó los mares, abrió las montañas, estudió las lenguas, examinó las razas, liquidó el universo.

Ahora una literatura dá la medida de una sociedad. Es un axioma de crítica. Pues bien, si preguntamos á la literatura de nuestro tiempo, qué es lo que ha producido la sociedad moderna, la literatura responderá: adulterios y anemias.

Esta contradicion se esplica.

En general, el poeta moderno no comprende á su tiempo. Ignora los resultados asombrosos de la química, de la geología, de la etnografía, de la lingüística. Vive fuera de la ciencia y fuera de la industria.

No conoce la oficina, conoce el *boulevard*. No conoce el laboratorio, conoce el restaurant. Sabe los escándalos, vé las *cocottes*, frecuenta los teatros, fuma nicotina, bebe cogñac, siéntese débil, melancólico, impotente, y de todo esto saca la siguiente conclusion: la vida es un sueño, el mundo está perdido.

De cuando en cuando tiene tristezas pantanosas, sombriamente ridículas. Anda en el medio artificial de las fantasías brillantes.

La *originalidad* le preocupa. Originalidad en este caso, quiere decir aberracion. Avalúa la sociedad simplemente por el lado esterior del lujo, del café, de las anécdotas.

En suma: es la demagogia artística y el ateismo literario.

Por consiguiente, la poesia moderna, en general completamente extraña á las grandes corrientes del trabajo y á las grandes corrientes de las ideas, no puede, en manera alguna, darnos la medida exacta de la sociedad actual.

Si todos los fenómenos de la naturaleza moral, aún los mas apasionados é incoercibles, como las tempestades y el amor, son regidos por las leyes de la armonía y de la justicia, porqué, pues, la poesia que va forzozamente á buscar el asunto á cualquiera de esos fenómenos, no ha de ser gobernada por las mismas leyes que los rigen.

¿Cuál es el tema del arte? el universo. ¿Cuál es el principio que lo domina? la justicia ¿Cuál es, pues, el ideal artístico? la justicia.

Contra esto hay simplemente una objecion: Mas, que cosa es la justicia? dónde está ella? Lo que es justo para unos, es injusto para otros. La justicia varia con las razas, los climas, los temperamentos. Aparece una obra de arte; trátase de juzgarla, de saber si es justa. Quién lo ha de decidir? La conciencia? No puede ser. La conciencia del autor no es igual á mi conciencia y la mia tampoco es igual á la de mi vecino. Luego tenemos tantas justicias como conciencias, y esto es la anarquia.

Basta la conclusiòn del argumento para demostrar su falsedad.

Entre tanto respondamos directamente. La justicia no es una quimera, un sentimiento, una abstracciòn.

La Justicia tiene òrganos, la Justicia es la conciencia colectiva. Pongamos ejemplos: Cuàl es, en los pueblos civilizados, la ley de justicia que domina al amor? el casamiento: Cuál es. la que domina á la politica? la libertad. Cuàl es la que domina a la naturaleza? las leyes fisicas descubiertas è interpretadas por lás ciencias naturales. Por consiguiente: si la poesla proclama el amor libre, será injusta; si, en vez de encarar la naturaleza por su lado grandioso, segun los resultados de la ciencia, la encara por su lado bucòlico y sentimental, serà aùn injusta.

Dedùcense de esta teorla dos resultados.

Primero:—El arte debe tener un caràcter *universal*. No puede por consiguiente decirse, que un poeta que canta la sociedad sea superior à un poeta que canta la naturaleza. Tan revolucionario puede ser uno como otro, porquè tan revolucionario es Proudhon que descubriò las leyes econòmicas, como el capitan Maury que descubriò las leyes de las corrientes marìtimas. Reducir el arte à la polìtica, reducirlo al al amor, reducirlo à la naturaleza es amputar el infinito.

La quìmica, la fìsica, la historia, la lingüistica, la etnografla, la astronomla, la filosofìa, en suma, todas las ciencias humanas, son millares de rayos luminosos que se cruzan interceptándose en un punto ùnico.

En este punto debe estar el poeta.

Segundo:—El arte tiene y debe tener un carácter *progresivo*. Si todo artista superior debe hacer en sus creaciones la sìntesis de su tiempo, sìguese fatalmente que, en virtud de la ley de progreso, el artista de mañana debe ser superior al artista de hoy.

Por el lado de la religiòn, de la polìtica, de la ciencia, Dante es inferior á Hugo. No quiere decir esto, que el gènio de uno sea mayor que el del otro; quiere decir simplemente que entre uno y otro han transcurrido cinco siglos.

Establecido esto, el poeta debe ser justo de dos maneras: afirmando el bien y negando el mal. Existe en el universo una cualidad eterna. Toda cuestiòn tiene dos lados, toda medalla tiene dos caras. No basta hacer la apoteòsis de Cristo es necesario azotar el rostro de Judas. No basta cantar la estrella, es necesario aplastar al gusano.

Todo lo que hoy se opone à la realizaciòn de la Justicia puede sintetizarse en dos grandes figuras, en dos sìmbolos—D. Juan y Jehovah.

D. Juan resume en sì, todo cuanto hay de doloroso en la sociedad moderna: el idealismo, el tedio, la neurosis, la indiferencia, la duda, la paradoja, la falta de carácter, D. Juan anda en los cafès, en los *boulebards*, en los teatros, en la literatura, en las iglesias y en las conciencias. Simboliza perfectamente una parte de la sociedad moderna, por el lado exterior de las costumbres. Es necesario matarlo; moralmente, se entiende.

Jehováh representa la tiranìa, el derecho divino. Està con el papa contra la Italia, con Chambord contra la repùblica francesa, con Carlos VII contra la repùblica española, con D. Miguel contra D. Luis I. Papista, Chambordista, Carlista y Miguelista. Con el despotismo niega la libertad; con la trasmiciòn del pecado niega la responsabilidad. Anda en los espìritus: es el dogma. Anda en la naturaleza: es el milagro. Anda en los còdigos: es el privilegio.

Despuès de la negaciòn, la afirmacion. Despues de haber destruido el mal, simbolizado en esas dos figuras grandiosas, es necesario afirmar la justicia encarnada en dos figuras sublimes: Cristo y Prometeo. Es la ciencia y la conciencia, la libertad y la fè, el sentimiento y la razòn. Cuando estos dos tèrminos del espìritu humano, ha tantos siglos alejados, se identifiquen en una armonìa completa, el hombre desde ese momento será justo, será bueno, serà feliz.

La muerte de D. Juan es la primera parte de esta trilogia: Yo di à D. Juan todos los encantos poèticos, todas las bellezas románticas, todos los prestigios legendarios, para entregarlo, como á cualquier vago a la policia correccional. Hicele partir del idealismo, del sentimentalismo, para conducirlo à la duda, al tedio, á la indiferencia, á la relagaciòn de las costumbres, á la falta de carácter. Procurè sintetizar de esta manera dos dolencias morales de una de las partes exteriores de la sociedad moderna, dolencias que influyendo en la literatura, la han llevado desde el romanticismo de 1830 hasta la bajeza descarada de los ùltimos tiempos del segundo imperio. Nòtese: yo no hice de D. Juan un idiota, por el contrario, á medida que va perdiendo la dignidad y el sentido moral, va adquiriendo la análisis, la crìtica, la inteligencia y es esto mismo lo que lo hace doblemente responsable.

Muchos otros poetas han cantado á D. Juan, más, todos ellos bajo un punto de vista contrario al mio. Poetìzanlo, engrandècenlo, y cuando, al fin de una vida impunemente criminal, se hace necesario castigarlo, entònces àbrense las gargantas del infierno y tragan al condenado. Para un miserable, es èpico por demàs.

Yo seguì un camino diferente. D. Juan en su cualidad de paràsito, muere como debe morir: de hambre. Quièn no trabaja, no tiene derecho á la vida. Apelar para la justicia de Dios, como en el quinto acto de los dramas *morales*, es el supremo cinismo, porque es negar la justicia de los hombres, mostrando que la sociedad es impotente para castigar al culpable.

TOROS Y CAÑAS

(SIGLO XV)

ROMANCE MORISCO

I

TODO en la ciudad es fiesta,
Regocijo y algazara,
Y écos de guzlas, clarines,
Atabales y dulzainas.

Verdes juncias y romero
Alfombran calles y plazas,
En terrados y alminares
Hay banderas desplegadas,

Y colgaduras de seda
Con rapacejos, y franjas,
Y bordados y divisas
Engalanando las casas.

En apretados cordones
Ó en tropel las gentes ganan,
Luciendo vistosos trajes,
La plaza de Vivarrambla,

Donde moros y cristianos,
El hierro trocado en galas,
Hoy con júbilo celebran
Fiesta de toros y cañas.

II

Tal se llenan los andamios
Que crujen bajo la carga,
Y en los altos miradores,
Azoteas y ventanas,

Ó en riquìsimos estrados
De telas adamascadas,
Venciendo al sol se presentan
Las huríes africanas.

Cuadro de tal hermosura
Jamás se ha visto en Granada,

Tan famosa por el brillo
De sus torneos y zambras.

El cielo sin una nube,
Templado el sol, tibia el aura,
Que se impregna del aroma
De las flores y del ámbar;

En huecos y praderías
La multitud apiñada
Vestida de mil colores
Que la luz aviva y cambia;

Los rostros todos alegres,
Las apostursa gallardas;
Tal la escena, que no hay pluma
Ni pincel para pintarla.

Los hombres lucen emblemas
En capellares y adargas,
En bonetes y turbantes,
En plumas, joyas y mangas;

Y las damas terciopelos,
Y tafetanes, y gasas,
Recamos de pedrería,
Volantes, vivos y randas.

Aquí flotan alquiceles
Guarnecidos de esmeraldas,
Los albornoces, las tocas
Y los lazos de las bandas;

Allá los ojos deslumbran
Del oro el reflejo gualda,
El brillo de los diamantes.
Junto al negro de Etiopía,

El beduino de Arabio;
Entre el marroquí y el turco,
El moro de la Alpujarra;

Al lado del sibarita
El guerrillero almogávar,
Y entre libres andaluzas
Hermosas griegas esclavas.

Y á tal cuadro que el sentido
Suspendé, deleita y pasma,
Se junta el loco concierto
Del aire de las sótanas,

(Continuará).

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 37

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C. 4 CD (jacque)	R. 4 CD
P. 6 D »	A toma D
A. 6 AD (mate)	

Enviaron la solución exacta el Duende, Filòctetes y Ulises.

SALTO DE CABALLO

Para ser feliz—decia
A sus nietos una anciana—
Es preciso que el invierno
Jamàs penetre en la casa;
Que el verano esté en los trojes,
El otoño en las tinajas,
Y la alegre primavera
En el interior del alma.

CHARADA

Reinado

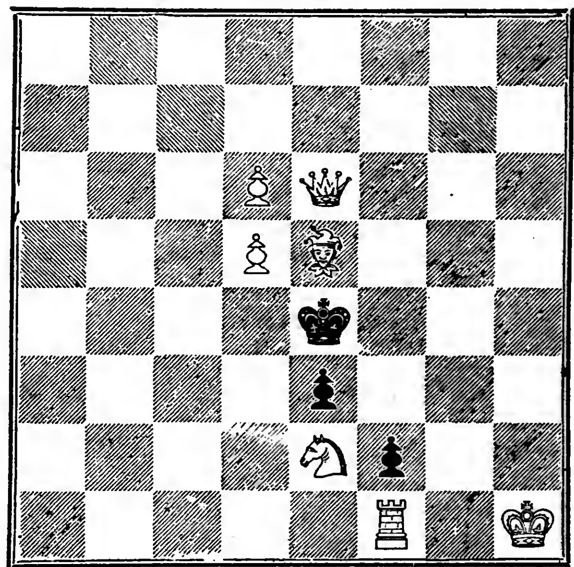
GEROGLÍFICO NUM. 37

El lidiar con animales es el mayor de los males.

Fuè descifrado por *Tutti*, *Ben-Zouf*, *Tarantella* y *Amen* que nos enviò la solucion en verso.

Problema de Ajedrez por M. S. L.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

CHARADAS

Sentada sobre una roca,
Que el mar con sus ondas baña,
Contemplando el horizonte
Con angustiosa mirada,
Está mi *todo*, que espera
Presa de terribles ansias
La barquilla de su esposo,
Que la tormenta pasada
Del manso y seguro puerto
Lejos, muy lejos tomara.
Amargas lágrimas corren
Por su hermosa *dos* y *cuarta*,
Y hondos y amargos lamentos
Y hondos suspiros exhala...
Por fin en el horizonte,
Cual ave de blancas alas,
Aparece una barquilla
Surcando las olas ráuda;
Por fin se acerca á la costa,
Por fin à mi *todo* abraza
Un robusto pescador

Que con voz alborozada
Buena *primera* y *segunda*!
Buena *prima y dos*! exclama...
Y miranse difundidos
Del *todo* por la *dos cuarta*
La celeste placidès
de una pena disipada

OTRA

Cuando à la tierra, el liquido elemento
Por la divina còlera lanzado
Los montes mas altìsimos cubriera,
Tercera y *prima* dentro el arca santa
No entonce alimentò, los que alimenta
Brutos y aves, en nùmero infinito,
Un mi vecino, socio diplomado
De una moderna Sociedad que cuida
De cuanto irracional puebla la tierra.
Ya desde pequeñuelo descubria
De aquesta su pasiòn, claros indicios,
Pues que apenas *dos cuarta*; reservando
Para perros y gatos su alimento.
Si mi *todo* ha estudiado y si la estudia
No serà, vive Dios, en su provecho,
Que poco cuida de èl; hàcelo solo
Por inquirir espèditos los medios
De acumular innùmeras riquezas,
Para lograr la suspirada dicha,
De poder reunir mas animales
Que mi *tercta* con *prima* reuniera.

SALTO DE CABALLO

va (64)	No	zan	Bue	el	que	dos,	¡Por (1)
Cru	na	o	la	to	qué	do	dan
tris	no	che-	do	tan	brin	¡hay!	mien
Es	ñas	Tan	cea	A	tras	Can	y
de	te-y	no	tra	sa	rien	que	Es
che	pea	sus	da	el	par,	jer	do
ca	jo	Y	tem	en	mo	ta?	lla
tad	de	lla	hi	es	mu	al	.her

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

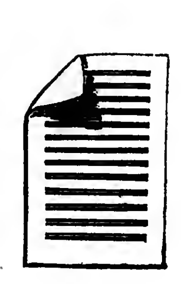
FUGA DE VOCALES

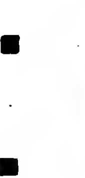
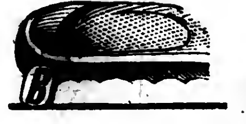
.n—l.s – p.l.c..s—.—.n—l.s—m.s..s
V.r..s—p.nt.d.—p.l.d.n – r.d.,
Q..—r.v.st..nd.—n.bl.s—.rr..s,
.mbr.z.—.f.n.—l.nz.—.—.sc.d.

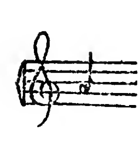
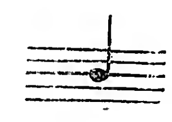
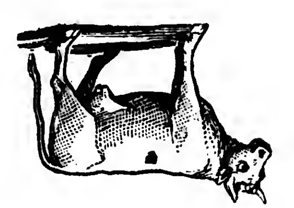
FUGA DE CONSONANTES

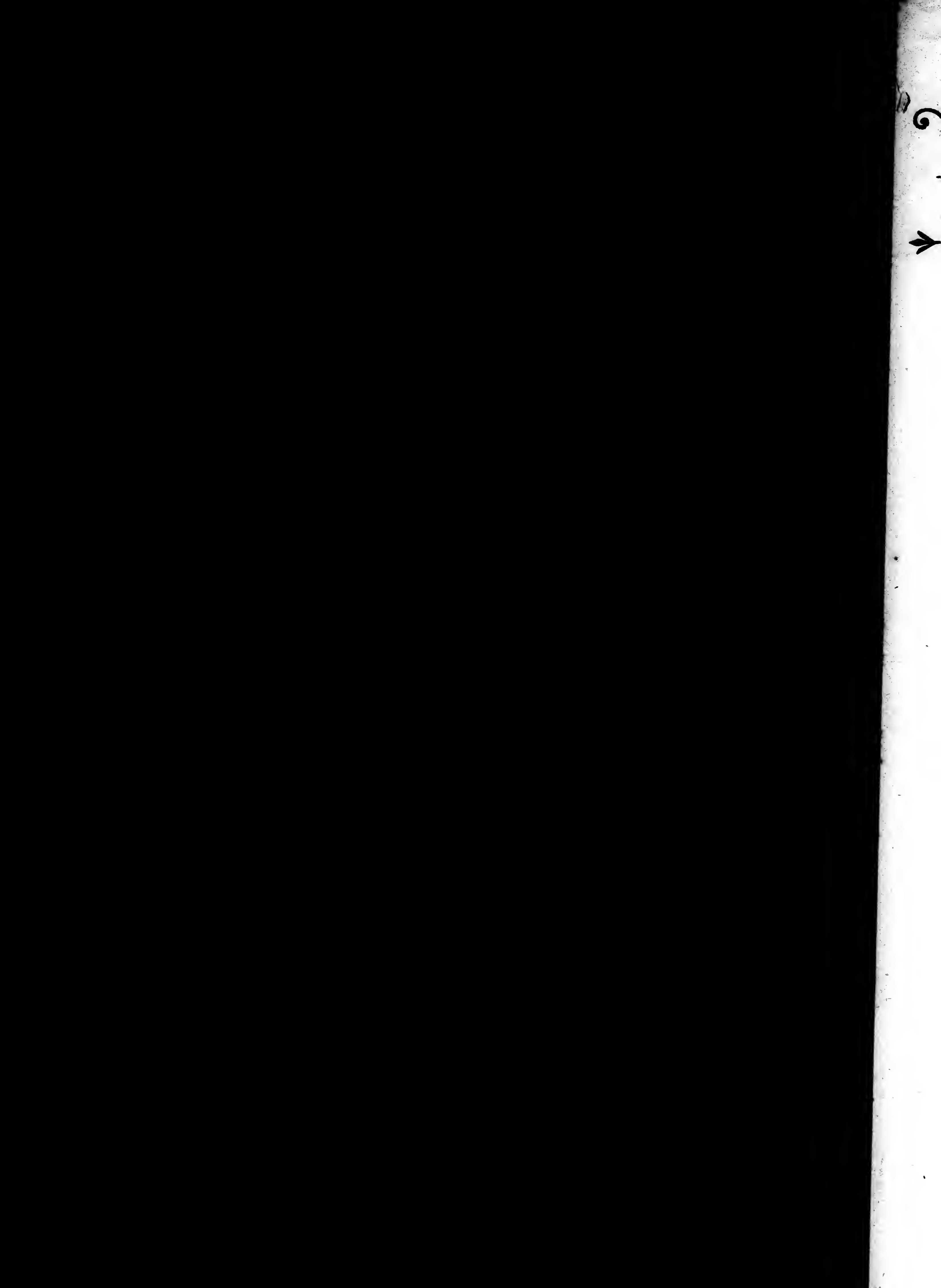
.e.o – .i.ue.a—..o.a—.e—a.o.e.
.o—e..ue..e—e.—.i.o.—.e—a.e..e—.a..a,
E..a.e—a.—.ue.o—.a.o.—.e—..o.e.
Y—.e—.c..o.a—.e—e..u.o—y—.a..a

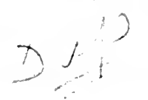
GEROGLÌFICO NÙM. 38




D



EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Abril 21 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 38.*





Constante Guignard

LOS consortes Guignard, casados por amor, deseaban ardientemente un hijo. Como si aquel pequeño sèr tan deseado quisiera apresurar el cumplimiento de sus votos, vino al mundo ántes de tiempo. Su madre muriò del prematuro parto; y su padre, no pudiendo soportar el dolor de su muerte, se ahorcò.

—

Constante Guignard tuvo una infancia ejemplar, pero desgraciada. Pasò su tiempo en el colegio haciendo penitencias que no merecia, recibiendo cachetes destinados á otros, y en estar enfermo los dias de fiesta. Concluyò sus estudios con la reputacion de un gran hipòcrita y tacaño. Al prestar exàmen de bachillerato, hizo la versiòn latina de un condiscipulo, que fuè felicitado, y à èl lo expulsaron por plàgio.

—

Tan malhadados comienzos en la vida habrian maleado á cualquier naturaleza vulgar. Pero Constante Guinard era un alma de Dios, y, persuadido que la felicidad es la recompensa de la virtud, resolviò vencer la mala estrella à fuerza de heroismo.

Se empleò en una casa de comercio que ardiò al dia siguiente de tomar èl posesion de su empleo. En medio del incendio, como viera desesperado à su patron, se echò en las llamas por salvar la caja. Con el pelo chamuscado, los miembros cubiertos de llagas, consiguiò, con peligro de su vida, forzar la burra y sacar todos los valores.

Pero el fuego los consumiò en sus manos. Cuando saliò de aquel horno, fuè agarrado por el cuello por dos guardias civiles; y un mes despues se le condenaba à cinco años de prision por haber pretendido apropiarse, à favor de un incendio, una fortuna que no corria riesgo alguno en una burra incombustible.

—

En la prision en que estaba, hubo una rebelion. Queriendo socorrer à un guardian, le hizo una zancadilla y fuè causa de que los rebeldes lo hicieran pedazos. En el acto lo enviaron á Cayena por veinte años.

Consciente de su inocencia, se evadiò, volviò á Francia bajo otro nombre, creyendo que habia despistado à la fatalidad, y se dedicò con más ahinco à hacer el bien.

—

Un dia, en una fiesta, viò un caballo desbocado que arrastraba un carruage en direccion à los fosos de la muralla. Se arroja à la cabeza del caballo, saca una muñeca torcida, una pierna rota, una costilla hundida, pero consigue impedir la caida inevitable. Solo que, cambiando de ruta el animal, va derecho á la gente y aplasta un viejo, dos mujeres, y tres niños. En el carruage no habia nadie.

—

Fastidiado esta vez de las acciones heròicas, Constante Guignard tomò el partido de hacer el bien humildemente y se consagrò al alivio de las miserias ocultas. Pero el dinero que daba á pobres y hacendosas mujeres era gastado por sus maridos en las tabernas; los abrigos que distribuyò à obreros habituados al frio, les hicieron atrapar resfrios; un perro errante que recojiò mordiò y trasmitiò la ràbia à seis personas del barrio; y el reemplazante militar que comprò para un jòven digno de interès por sus buenas cualidades, vendiò al enemigo las llaves de una plaza fuerte.

—

Constante Guignard pensò que el dinero hace más mal que bien y que en vez de diseminar su filantropia, valia más concentrarla en un solo sér. Adoptò, pues, una huèrfana, que no era bonita, pero que estaba dotada de las màs raras cualidades, y la educò con todas las ternuras y atenciones de un padre. Pero ¡ay! fuè tan bueno, tan abnegado, tan amable para ella, que una noche la jòven se echò á sus piès y le confesò que lo amaba. El procurò hacerle comprender que siempre la habia considerado como hija, y que se creeria culpable de un crìmen si cediera á la tentacion que le ofrecia. Le demostrò paternalmente que ella tomaba por amor el despertar de sus sentidos, y le prometiò desde luego que obedeceria à esta advertencia de la naturaleza buscàndole lo màs pronto un esposo digno de ella. Al dia siguiente, la hallò tirada en el umbral de su puerta, con el corazon atravesado por un puñal.

—

En consecuencia, Constante Guinard renunciò á su papel de protector, y se jurò que en adelante, para hacer el bien, se contentaria con impedir el mal.

Poco tiempo despues, la casualidad lo puso sobre la pista de un crìmen que uno de sus amigos iba á cometer. Hubiera podido denunciarlo à la policia; pero le agradò màs tentar de evitar el crìmen sin perder el criminal. Tomò intima participacion en el golpe que se preparaba, consiguiò tomar todos sus hilos, y esperò el momento preciso da malbaratarlo todo, arreglàndolo todo à la vez. Pero el pillo à quien èl queria manejar, descubriò claramente su intencion y combinò el asunto de tal modo que el crìmen se cometiò, el criminal se salvò, y Constante Guignard fuè preso.

—

La requisitoria del procurador general contra Constante Guignard fuè una obra maestra de lògica. Recordò toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos, su expulsion de los exàmenes, la audacia de su primera tentativa de robo, su odiosa complicidad en la rebelion de la prision, su evasion de Cayena, su vuelta á Francia bajo un nombre supuesto. A partir de este momento, sobre todo, el orador llegò al màs alto grado de la elocuencia judicial.

Estigmatizò aquella hipocresia de bondad, aquel corruptor de matrimonios honestos, que para saciar sus pasiones enviaba á los maridos à la taberna à que bebieran su dinero, aquel falso bienhechor que procuraba, por medio de regalos nocivos à las buenas costumbres y à la salud, captarse una popularidad dañosa, aquel mònstruo oculto bajo el manto de un filàntropo. Profundizò con horror la refinada perversidad de aquel pìcaro que recojia perros rabiosos para azuzarlos contra la gente, de aquel demonio, que, solo por hacer mal, se esponia à ser estropiado deteniendo á un caballo desbocado, y porquè? para tener el espantoso goce de verlo lanzarse sobre la multitud y matar à viejos, mujeres y niños. Ah! un miserable semejante era capaz de todo!

Sin ningun gènero de duda, aquel hombre habia cometido tal nùmero de crìmenes que jamas se llegaria á conocerlos todos. Existian mil razones para creer que el habia sido còmplice del personero puesto por èl para traicionar à la Francia. En cuanto á la huèrfana que habia criado

y que se hallò una mañana muerta en su puerta, quién màs que èl podia haberla asesinado? Ese asesinato era seguramente el epilogo sangriento de uno de esos dramas infames, conjunto de vergüenza, libertinage y fango. Despues de tanto hecho horrible, ni aùn habia necesidad de detenerse en el ùltimo crimen. Aquì, apesar de las negaciones impu dentes del acusado, la evidencia era absoluta. Era, pues, preciso condenar à ese hombre con todos los rigores de la ley. El castigo era justo, y dificil seria encontrarlo suficiente à sus crimenes. Se tenia entre manos no solo à un gran criminal, sino tambien à uno de esos gènios del crimen, à uno de esos mònstruos de malicia y de hipocresia que llegan hasta à hacer dudar de la virtud y desesperar de la humanidad.

Ante tal requisitoria, el abogado de Constante Guignard no podia alegar en favor de su defendido otra cosa que la locura. Hizo lo que pudo, hablò de casos patològicos, disertò sàbiamente sobre la *neurosis del mal,* presentò à su cliente como un monomaniaco irresponsable, como una especie de Papavoine inconsciente, y concluyò diciendo que tales monomanias se trataban en Charenton màs bien que en la plaza de la Roquette.

Constante Guignard fuè condenado à muerte por unanimidad.

—

Los hombres virtuosos, à quienes el òdio del crimen los hace feroces, se arrebataron de alegria y gritaron ¡bravo!

—

La muerte de Constante Guignard fuè como su infancia, ejemplar pero desgraciada. Subiò al patibulo sin miedo y sin fanfarroneria, con el semblante tranquilo como su conciencia, con una serenidad de màrtir que todo el mundo tomò por una atonia de bruto. En el momento supremo, sabiendo que el verdugo era pobre y padre de familia, le hizo saber con dulzura que le habia legado toda su fortuna. El ejecutor sè conmoviò à tal punto, que para cortar la cabeza de su bienhechor tuvo que descargar tres veces la cuchilla sobre el cuello.

—

Tres meses despues, un amigo de Constante Guignard que volvia de un lejano viaje, supo el triste fin de aquel hombre cuyos mèritos solo èl conocia. Para reparar en cuanto pudiera la injusticia de la suerte, comprò un sepulcro, elevò en èl un monumento de màrmol y escribiò un epitafio para su amigo. Al dia siguiente muriò de un vòmito de sangre. Sin embargo, como los gastos habian sido pagos adelantados el guillotinado tuvo su sepulcro. Pero el obrero encargado de grabar el epitafio, tomò à su cargo corregir una letra confusa en el manuscrito. Y aquel pobre corazon de oro desconocido durante su vida, yace en la muerte con este epitafio:

AQUÍ YACE CONSTANTE GUIGNARD
Un corazon de oso

J. RICHEPIN.



POEMA

POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(*Conclusiòn*)

CLXVI

cien veces con impàvido heroismo,
resurte del abismo
obediente à la mano que la guia.
Ninguna voz en su interior se escucha,
que el riesgo de la lucha
tiene una majestad muda y sombria.

CLXVII

¡Oh!, van à perecer!—¿Querèis seguirme?
Con voz entera y firme
pregunta el cura.—¡A vuestro amor apelo!
Arrancarèmos à la mar su presa,
y si en tan santa empresa
morimos, ¿què es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII

El religioso impulso que le mueve
su aliento dobla, leve
cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conòce y no lo esquiva:
pues ¿à quien, si arde viva
la fè en su pecho, el ànimo le falta?

CLXIX

Todos se aprestan à seguir su suerte,
que aquel combate à muerte
de generosa emulaciòn los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
podrà mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX

El bote listo ya, con seis remeros
hàbiles y ligeros,
abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusiòn! ¡La mar embravecida
con fuerte sacudida,
pedazos hecho le arrojò à la playa.

CLXXI

-- ¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
llorando como un niño,
gimiò en su angustia el viejo venerable.
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos
hijos! Tal vez podamos
desde el mismo peñòn hechar un cable.—

CLXXII

Respondiendo à su voz, segùn costumbre,
à la empinada cumbre
el grupo corre, y con empeño lanza
el rècio cabo à la corriente ciega;
mas ¡ay! que nunca llega
al nàufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII

¡No hay esperanza! El cura consternado
increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
la tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
—¡Hijos mios! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

CLXXIV

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota
desgobernada y rota.
Aun los pobres remeros, màs audaces
cuanto màs la borrasca se acrecienta,
lidian con la tormenta
desesperados, sì, pero tenaces.

CLXXV

¿Dònde tender la salvadora amarra?
¿Còmo cruzar la barra
que el paso cierra del canal estrecho,
si ya tiene la barca pescadora,
quebrantada la prora,
el casco hendido y el timòn deshecho?

CLXXVI

El avariento mar la presa ansia.
¡Ya es suya! Todavia,
resistiendo en los fràgiles despojos
del roto barco, en su ansiedad suprema,
la gente rema, rema,
rema, y nublan las làgrimas sus ojos,

CLXXVII

¿Què busca? ¿A dònde va? ¿Por què se afana?
Su resistencia es vana.
¡Ay! la esperanza al corazòn se aferra
en los casos adversos è infelices,
aun màs que las raices
à las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII

—¡Juan, làrgame una estacha! —grita el bravo
Miguel, y por un cabo
àtala pronto y bien, que si consigo
con el otro nadar hasta la orilla,
podrá nuestra barquilla
en la gruta del faro hallar abrigo.—

LCXXIX

Doblò la frente oscurecida y grave.
¿En què pensaba? ¿Cabe
dudarlo un punto? En el edèn perdido,
en su infeliz mujer, en el risueño
àngel, que viò en un sueño,
huèrfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

CLXXX

De pronto grita Juan:—¡Ahi va la estacha!—
Miguel la frente agacha
para esquivar el golpe; mas Roberto,
cogièndola en el aire de improviso,
prorrumpe:—No es preciso:
yo llegarè à la costa, vivo ò muerto.—

CLXXXI

La pasiòn que alimenta su ternura,
y en èl, como la pura
làmpara de un altar, arde escondida,
le inspirò, en su postrera llamarada,
ofrecer à su amada
no sòlo el corazòn, sino la vida.

CLXXXII

De su mojado traje se desnuda,
y à su cintura anuda
la retorcida cuerda. Intenta en vano
resistirse Miguel en son de queja,
y se obstina, y forceja,
y arrancàrsela quiere de la mano,

CLXXXIII

—¡Quita! — Roberto exclama:—¡Si en un credo
ganar la costa puedo!
¡Es inùtil que chilles: no te escucho!
Esto seria asesinar à Rosa.
Y con voz temblorosa
dice, saltando al mar: ¡Quièrela mucho!—

CLXXXIV

Hacia el negro peñòn el rumbo guia,
y sin temor confia
à sus robustos brazos su defensa.
Pero de pronto, en turbio remolino,
à trastornarle vino
ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV

Sobre su frente de improviso estalla,
y en desigual batalla
le revuelca, le arrastra y le sofoca.
Desaparece el desdichado, juega
la onda con el, y ciega
le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI

Ante aquel espectàculo de muerte,
desencajada, inerte,
de piè sobre la mole de granito
que sacude la mar tempestuosa,
lanzó de pronto Rosa
un grito aterrador. ¡Què horrible grito!

CLXXXVII

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
de quien no espera nada;
¡ay! que del corazòn en lo más hondo
las heces amarguisimas remueve
del caliz en que bebe
la humanidad, para el dolor sin fondo

CLXXXVIII

Cual mies que cede al impetu del viento,
convulsa, sin aliento,
levantando sus manos, ya inactivas,
la humilde multitud se postra en tierra,
y con fervor que aterra
eleva à Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX

¡Oh momento solemne! Austero y triste
la majestad reviste
de su augusta misiòn èl sacro anciano,
y humedeciendo el llanto sus mejillas,
se dobla de rodillas
ante la inmensidad del Oceano.

CXC

Su mano extiende trèmula y cansada,
levanta la mirada
à la celeste bòveda, testigo
mudo de tanto horror, y con acento
parecido à un lamento:
¡Hijos!—grita—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI

¿Què viò despuès la multitud? Ver pudo
el cielo siempre mudo,
desierto el mar, la barca destruida,
y una hermosa mujer, rigida y yerta,
lo mismo que una muerta,
en el estèril peñascal tendida.

CXCII

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
con su postrera lumbre
baña fúlgido sol desde el ocaso,
y en hora tal de paz y de misterio,
al santo cementerio
una dèbil mujer dirige el paso.

CXCIII

¡Cuàn sola està, cuàn pobre, cuàn cambiada!
Rosa de pronto ajada
en mitad de su alegre primavera,
bajo el vivaz recuerdo que la excita,
aquella flor marchita
ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV

Abraza y besa con febril cariño,
à un escuàlido niño
nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un dia
soñò la fantasìa
del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCV

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
entre la fresca hierba
dos fosas buscase, prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
el desvalido infante
sus manecitas mueve, y tambièn llora.

CXCVI

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
à engalanarse vuelva?
¿Renovarà sus cànticos el ave
que dejò la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
olvidarà algun dìa? ¡Dios lo sabe!

CXCVII

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
el ardiente arrebato
del amor, la ilusión quo se deshoja,
la fe que espira, el gozo y el tormento:
que el hondo pensamiento,
como el mar, sus cadàveres arroja.

CXCVIII

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
cuando tenaz se enreda
al dèbil corazòn, y en èl dilata
su raìz, como hiedra trepadora,
entonces nos devora,
porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

LA VEUVE

DE OCTAVIO FEUILLET

La última novela de Octavio Feuillet ha sido recibida con estrépito en Francia. Los diarios y revistas parisienses le hicieron esa atmósfera de aplausos y alabanzas entusiastas que dan vida á un libro nuevo, despertando el interés público y han favorecido la venta rápida de varias ediciones.

Y sin embargo «La Veuve» no es una obra que vivirá con vida propia ni siquiera algunos años, porque no tiene ninguna de las condiciones esenciales que requiere una novela para perpetuarse como una leccion de la esperieneia y de la lucha de las pasiones, como una enseñanza sobretodo arrancada de las escenas de la vida humana.

Ante todo convengamos en que la novela que no enseña, que no levanta el espíritu, que no regenera la moral, que no dignifica al ser humano, que no alecciona, que no conforta y abre rumbos al pensamiento y al corazón, no llena las altas condiciones de ese género de literatura.

Dentro de la verdad cabe el sentimentalismo y el realismo, la fantasía y la cópia, pero no hay mérito en uno ú otro caso cuando se lleva lo imaginativo al absurdo ó cuando se reproducen servilmente cuadros vulgares de la vida real. Hay necesidad siempre, para hacer la obra duradera en la posteridad, que los tipos resalten con los rasgos de los carácteres, que ellos sean dignos, superiores, alzados sobre el nivel de las bajas pasiones ó que los dramas sociales ó de la vida íntima traigan consigo una enseñanza esperimental. De otra manera ¿qué mérito tienen las cópias serviles de los vicios que degradan al ser humano? Quién no ha visto á un ébrio revolcarse en el fango? á una prostituta vendiendo sus caricias? á una adúltera profanando el tálamo nupcial? á un asesino partiendo por la espalda un corazon? á un traidor vendiendo á su amigo?

Cualquiera sabe que no está el mérito genial en los detalles de un cuadro cuando es absurdo el conjunto, cuanto es vulgarisimo el tema.

Podemos referir con verdad una escena de orgia: romper las copas, derramar el vino] sobre el mantel, poner en boca de los personajes coplas de escándalo, desgarrar vestidos, exhibir hombres y mujeres corrompidos en una noche de fiebre y de disolucion vergonzosa, pero ¿qué quedará de el cuadro? El vicio y nada mas que el vicio, la podredumbre; el gusano viviendo á espensas de la animalidad.

Si al lado de ese cuadro ó junto á él no se produce el contraste de la virtud; de la rejeneracion, del esfuerzo viril, noble y grande que revele caracteres y tipos superiores, la novela no será otra cosa que un vehículo ó un medio de existencia del escándalo.

Los que hemos hecho nuestro paladar á lo bueno, rechazamos esos jarabes cargados de veneno, donde germinan y se desarrollan los microbios de la literatura.

¿Qué se ha propuesto Feuillet con su libro titulado *La Veuve*? Nada. Ha escrito un libro, es verdad, pero sin darle proyecciones en el campo de la filosofía ó del arte.

Sépanlo los que no hayan leido la novela, que se trata simplemente de dos amigos, tipos hidalgos al principio, que brillan por el valor en la carrera de las armas. Uno de ellos se enamora perdidamente de una muger hermosa, con quien se casa; de una muger de buenas condiciones sociales. A este amor sacrifica el marido su carrera: prefiere á la gloria de esta saborear la felicidad en el fondo del hogar que ha formado. Pero la fatalidad lo lleva á la guerra por los sucesos del 70 ocurridos entre Francia y Prusia. Los amigos se encuentran. En un hecho de arma

el marido es herido mortalmente: agonizante llama á su amigo, á su amigo de la infancia, á su amigo íntimo, el de todas sus confianzas y le hace depositario de su última voluntad. Es tan exajerado el amor que ha depositado en la muger amada, que no puede soportar ni siquiera la idea de que se case con otro y pretende nada ménos que el compromiso de parte de su amigo de que matará á su muger si llega á casarse. Es tan grave el encargo que el amigo lo rechaza. Si quiera, le dice, te encargarás de decirle cual es mi última voluntad: que no quiero que se case... El amigo lo jura, recoje aquel depósito sagrado, el ruego ó la órden del moribundo y sus prendas últimas.

Qué piensa el lector que sobreviene? Que la viuda es un tipo de fidelidad como lo supondria cualquiera al leer el título de la novela? Que el amigo, cumple con los deberes de su amistad? Que enamorado de la viuda se sacrifica al juramento empeñado, al deber contraido, á la amistad guardada, durante toda una juventud? Que lucha y se domina, que batalla en medio del mundo, que vence el deber, la virtud y el honor? Que la viuda sabe guardar el nombre de su marido? que aún dando que se enamore del amigo de su marido luche á su vez y triunfe de la pasion vulgar? que cumpla el ruego del moribundo?

Pues nada de eso sucede. El noble y pundonoroso amigo de otros tiempos es un ser raquítico, de una moral dudosa, si guarda alguna su rebajada personalidad. Es un hombre que no se atreve á cumplir el juramentó empeñado; que se deja asaltar por las mas indignas dudas, que vá á un cura á consultar si cumple con su deber haciendo caso dudoso de conciencia de la mas rudimental forma del honor individual!

La viuda recibe el lienzo saugriento arrancado de sobre su pecho por el moribundo, pero tiene tiempo y está su ánimo tan despreocupado que se fija en los rasgos fisonómicos del amigo de su marido y lo halla un buen mozo, es decir un buen marido para reemplazar al muerto.

Y despues? Escenas francesas que no conocemos en nuestra sociabilidad americana, felizmente. El interés sórdido, la especulacion matrimonial, una suegra desalmada que arma y desarma matrimonios vulgarísimos, una viuda que prepara escenas de lupanar para alejar á un pretendiente; y un casamiento llevado á cabo entre la viuda del único tipo noble que sucumbe al empezar la novela y el amigo traidor.

El desenlace prosáico, es tan sin consecuencias morales, tan sin arte, tan torpe, tan de todos los dias, que el novelista se ha visto en conflicto para cerrar la obra con el banquete en honor de los desposados.

Qué hace entónces? Que el amigo traidor, el tipo vulgarísimo, se levante de entre los convidados á la fiesta y se pierda en un jardin: los remordimientos le asaltan, precisamente entónces es que se acuerda de su amigo, de sus promesas, de su juramento etc.

Situacion difícil, nó? No, para el autor es ya muy sencilla. Un balazo y asunto concluido!

Es así como termina la novela, suicidándose el amigo traidor. Y la viuda? Ah! de la viuda no se dice mas nada. Probablemente á la fecha se habrá casado ya unas cuantas veces.

Digan nuestros lectores; ¿es digna de Octavio Feuillet la novela *La Veuve*? Es el mismo autor de esta el del Romance de un jóven Pobre?

No; cuando una obra de este género, sin novedad y sin alcance, no trae contingente alguno á la lucha en que nos debatimos en la vida y se cierra el libro sin que deje rastros en el alma, justo es que no nos hagamos eco de la vocinglería europea que pretende imponernos, con los libros que nos envia, opiniones hechas sobre su mérito.

C.

LITERATURA MODERNA

(De A Morte de D. João de Guerra Junqueiro)

El arte moderno especialmente en la raza latina, es hijo de una sociedad que ha perdido la creencia religiosa sin haber adquirido la conviccion científica.

De ahí el esceptisismo moral, ese gusano que roe hace cincuenta años una literatura, que, á lo que parece, morirá de escròfulas.

Hoy el arte sabe diseñar admirablemente todos los estados dolorosos del alma, desde los pantanos de la hipocondría hasta las alucinaciones de la neurosis. Por el lado de la forma es de una correccion geomètrica, pintoresca, insuperable. Cada adjetivo es un bisturí.

Fáltale el sentido moral y fáltale la alegría.

No la alegría del paradojo, sino la alegría heròica, sincera, verdaderamente humana, la alegría que es el oxígeno del espíritu, y que proviene de la nobleza del carácter, de la conciencia tranquila, de la salud robusta.

El siglo XIX ligò los continentes por el telègrafo y los espíritus por la fraternidad; libertò à Bèlgica, libertò à Grecia, libertò à España, libertò à Portugal y libertò à Italia; destruyò los dogmas; inventò la locomotora y abriò el Istmo de Suez; resolviò el problema político y formulò el problema social, descubriò la ley de las corrientes marítimas, la ley de la història y la ley de las tempestades; con el telescòpio viò lo infinitamente grande. con el microscópio lo infinitamente pequeño; sondeò los mares, abrió las montañas, estudiò las lenguas, examinò las razas, liquidò el universo.

Ahora una literatura dà la medida de una sociedad. Es un axioma de crìtica. Pues bien, si preguntamos à la literatura de nuestro tiempo, què es lo que ha producido la sociedad moderna, la literatura responderá: adulterios y anemias.

Esta contradiciòn se esplica.

En general, el poeta moderno no comprende á su tiempò. Ignora los resultados asombrosos de la química, de la geología, de la etnografía, de la lingüística. Vive fuera de la ciencia y fuera de la industria.

No conoce la oficina, conoce el *boulevard*. No conoce el laboratorio, conoce el restaurant. Sabe los escándalos, vè las *cocottes*, frecuenta los teatros, fuma nicotina, bebe cogñac, siéntese dèbil, melancòlico, impotente, y de todo esto saca la siguiente conclusiòn: la vida es un sueño, el mundo está perdido.

De cuando en cuando tiene tristezas pantanosas, sombriamente ridiculas. Anda en el medio artificial de las fantasías brillantes.

La *originalidad* le preocupa. Originalidad en este caso, quiere decir aberraciòn. Avalúa la sociedad simplemente por el lado esterior del lujo, del cafè, de las anècdotas.

En suma: es la demagogia artística y el ateismo literario.

Por consiguiente, la poesia moderna, en general completamente extraña à las grandes corrientes del trabajo y à las grandes corrientes de las ideas, no puede, en manera alguna, darnos la medida exacta de la sociedad actual.

Si todos los fenòmenos de la naturaleza moral, aùn los mas apasionados è incoercibles, como las tempestades y el amor, son regidos por las leyes de la armonia y de la justicia, porquè, pues, la poesia que va forzozamente á buscar el asunto á cualquiera de esos fenòmenos, no ha de ser gobernada por las mismas leyes que los rigen.

¿Cuál es el tema del arte? el universo. ¿Cuál es el principio que lo domina? la justicia ¿Cuál es, pues, el ideal artístico? la justicia.

Contra esto hay simplemente una objeciòn: Mas, que cosa es la justicia? dònde está ella? Lo que es justo para unos, es injusto para otros. La justicia varia con las razas, los climas, los temperamentos. Aparece una obra de arte; trátase de juzgarla, de saber si es justa. Quièn lo ha de decidir? La conciencia? No puede ser. La conciencia del autor no es igual á mi conciencia y la mia tampoco es igual à la de mi vecino. Luego tenemos tantas justicias como conciencias, y esto es la anarquia.

Basta la conclusiòn del argumento para demostrar su falsedad.

Entre tanto respondamos directamente. La justicia no es una quimera, un sentimiento, una abstracciòn.

La Justicia tiene òrganos, la Justicia es la conciencia colectiva. Pongamos ejemplos: Cuàl es, en los pueblos civilizados, la ley de justicia que domina al amor? el casamiento: Cuál es, la que domina á la politica? la libertad. Cuàl es la que domina a la naturaleza? Las leyes fisicas descubiertas è interpretadas por las ciencias naturales. Por consiguiente: si la poesla proclama el amor libre, será injusta; si, en vez de encarar la naturaleza por su lado grandioso, segun los resultados de la ciencia, la encara por su lado bucòlico y sentimental, será aùn injusta.

Dedùcense de esta teoria dos resultados.

Primero:—El arte debe tener un caràcter *universal*. No puede por consiguiente decirse, que un poeta que canta la sociedad sea superior à un poeta que canta la naturaleza. Tan revolucionario puede ser uno como otro, porquè tan revolucionario es Proudhon que descubriò las leyes econòmicas, como el capitan Maury que descubriò las leyes de las corrientes maritimas. Reducir el arte à la politica, reducirlo al al amor, reducirlo à la naturaleza es amputar el infinito.

La quìmica, la fisica, la historia, la lingüistica, la etnografía, la astronomia, la filosofia, en suma, todas las ciencias humanas, son millares de rayos luminosos que se cruzan interceptàndose en un punto ùnico.

En este punto debe estar el poeta.

Segundo:—El arte tiene y debe tener un carácter *progresivo*. Si todo artista superior debe hacer en sus creaciones la sìntesis de su tiempo, sìguese fatalmente que, en virtud de la ley de progreso, el artista de mañana debe ser superior al artista de hoy.

Por el lado de la religiòn, de la politica, de la ciencia, Dante es inferior á Hugo. No quiere decir esto, que el gènio de uno sea mayor que el del otro; quiere decir simplemente que entre uno y otro han transcurrido cinco siglos.

Establecido esto, el poeta debe ser justo de dos maneras: afirmando el bien y negando el mal. Existe en el universo una cualidad eterna. Toda cuestiòn tiene dos lados, toda medalla tiene dos caras. No basta hacer la apoteòsis de Cristo es necesario azotar el rostro de Judas. No basta cantar la estrella, es necesario aplastar al gusano.

Todo lo que hoy se opone à la realizaciòn de la Justicia puede sintetizarse en dos grandes figuras, en dos sìmbolos—D. Juan y Jehovah.

D. Juan resume en si, todo cuanto hay de doloroso en la sociedad moderna: el idealismo, el tedio, la neurosis, la indiferencia, la duda, la paradoja, la falta de carácter, D. Juan anda en los cafès, en los *boulebards*, en los teatros, en la literatura, en las iglesias y en las conciencias. Simboliza perfectamente una parte de la sociedad moderna, por el lado exterior de las costumbres. Es necesario matarlo; moralmente, se entiende.

Jehováh representa la tirania, el derecho divino. Està con el papa contra la Italia, con Chambord contra la repùblica francesa, con Carlos VII contra la repùblica española, con D. Miguel contra D. Luis I. Papista, Chambordista, Carlista y Miguelista. Con el despotismo niega la libertad; con la trasmiciòn del pecado niega la responsabilidad. Anda en los espíritus: es el dogma. Anda en la naturaleza: es el milagro. Anda en los còdigos: es el privilegio.

Despuès de la negaciòn, la afirmacion. Despues de haber destruido el mal, simbolizado en esas dos figuras grandiosas, es necesario afirmar la justicia encarnada en dos figuras sublimes: Cristo y Prometeo. Es la ciencia y la conciencia, la libertad y la fè, el sentimiento y la razòn. Cuando estos dos tèrminos del espìritu humano, ha tantos siglos alejados, se identifiquen en una armonìa completa, el hombre desde ese momento será justo, será bueno, serà feliz.

La muerte de D. Juan es la primera parte de esta trilogia: Yo di à D. Juan todos los encantos poèticos, todas las bellezas románticas, todos los prestigios legendarios, para entregarlo, como à cualquier vago a la policia correccional. Hìcele partir del idealismo, del sentimentalismo, para conducirlo á la duda, al tedio, á la indiferencia, á la relagaciòn de las costumbres, á la falta de caràcter. Procurè sintetizar de esta manera dos dolencias morales de una de las partes exteriores de la sociedad moderna, dolencias que influyendo en la literatura, la han llevado desde el romanticismo de 1830 hasta la bajeza descarada de los ùltimos tiempos del segundo imperio. Nòtese: yo no hice de D. Juan un idiota, por el contrario, á medida que va perdiendo la dignidad y el sentido moral, va adquiriendo la análisis, la crítica, la inteligencia y es esto mismo lo que lo hace doblemente responsable.

Muchos otros poetas han cantado á D. Juan, más, todos ellos bajo un punto de vista contrario al mio. Poetizanlo, engrandècenlo, y cuando, al fin de una vida impunemente criminal, se hace necesario castigarlo, entònces àbrense las gargantas del infierno y tragan al condenado. Para un miserable, es èpico por demàs.

Yo seguì un camino diferente. D. Juan en su cualidad de parásito, muere como debe morir: de hambre. Quièn no trabaja, no tiene derecho á la vida. Apelar para la justicia de Dios, como en el quinto acto de los dramas *morales*, es el supremo cinismo, porque es negar la justicia de los hombres, mostrando que la sociedad es impotente para castigar al culpable.

TOROS Y CAÑAS

(SIGLO XV)

ROMANCE MORISCO

I

Todo en la ciudad es fiesta,
Regocijo y algazara,
Y écos de guzlas, clarines,
Atabales y dulzainas.

Verdes juncias y romero
Alfombran calles y plazas,
En terrados y alminares
Hay banderas desplegadas,

Y colgaduras de seda
Con rapacejos, y franjas,
Y bordados y divisas
Engalanando las casas.

En apretados cordones
Ó en tropel las gentes ganan,
Luciendo vistosos trajes,
La plaza de Vivarrambla,

Donde moros y cristianos,
El hierro trocado en galas,
Hoy con júbilo celebran
Fiesta de toros y cañas.

II

Tal se llenan los andamios
Que crujen bajo la carga,
Y en los altos miradores,
Azoteas y ventanas,

Ó en riquísimos estrados
De telas adamascadas,
Venciendo al sol se presentan
Las huríes africanas.

Cuadro de tal hermosura
Jamás se ha visto en Granada,

Tan famosa por el brillo
De sus torneos y zambras.

El cielo sin una nube,
Templado el sol, tibia el aura,
Que se impregna del aroma
De las flores y del ámbar;

En huecos y praderías
La multitud apiñada
Vestida de mil colores
Que la luz aviva y cambia;

Los rostros todos alegres,
Las apostu ras gallardas;
Tal la escena, que no hay pluma
Ni pincel para pintarla.

Los hombres lucen emblemas
En capellares y adargas,
En bonetes y turbantes,
En plumas, joyas y mangas;

Y las damas terciopelos,
Y tafetanes, y gasas,
Recamos de pedrería,
Volantes, vivos y randas.

Aquí flotan alquiceles
Guarnecidos de esmeraldas,
Los albornoces, las tocas
Y los lazos de las bandas;

Allá los ojos deslumbran
Del oro el reflejo gualda,
El brillo de los diamantes.
Junto al negro de Etiopía,

El beduino de Arabio;
Entre el marroquí y el turco,
El moro de la Alpujarra;

Al lado del sibarita
El guerrillero almogávar,
Y entre libres andaluzas
Hermosas griegas esclavas.

Y á tal cuadro que el sentido
Suspende, deleita y pasma,
Se junta el loco concierto
Del aire de las sótanas,

(Continuará).

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 37

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C. 4 CD (jacque)	R. 4 CD
P. 6 D »	A toma D
A. 6 AD (mate)	

Enviaron la solución exacta el Duende, Filòctetes y Ulises.

SALTO DE CABALLO

Para ser feliz—decia
A sus nietos una anciana—
Es preciso que el invierno
Jamàs penetre en la casa;
Que el verano esté en los trojes,
El otoño en las tinajas,
Y la alegre primavera
En el interior del alma.

CHARADA

Reinado

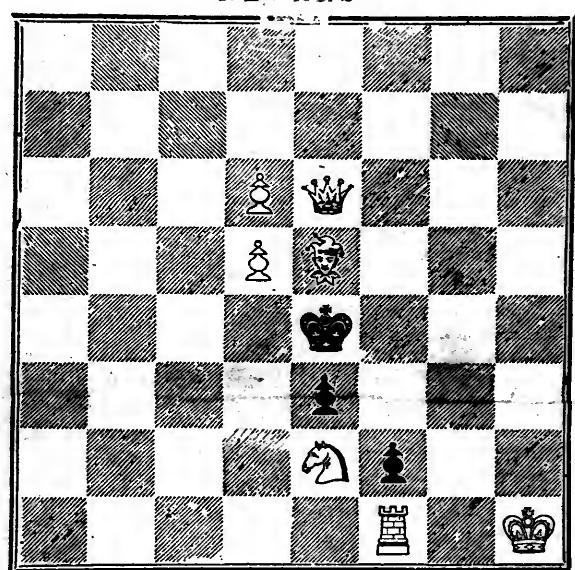
GEROGLÍFICO NUM. 37

El lidiar con animales es el mayor de los males.

Fuè descifrado por *Tutti*, *Ben-Zouf*, *Tarantella* y *Amen* que nos enviò la solucion en verso.

Problema de A[illegible] por M. S. L.

NE[illegible]S



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

CHARADAS

Sentada sobre una roca,
Que el mar con sus ondas baña,
Contemplando el horizonte
Con angustiosa mirada,
Está mi *todo*, que espera
Presa de terribles ansias
La barquilla de su esposo,
Que la tormenta pasada
Del manso y seguro puerto
Lejos, muy lejos tomara.
Amargas làgrimas corren
Por su hermosa *dos* y *cuarta*,
Y hondos y amargos lamentos
Y hondos suspiros exhala...
Por fin en el horizonte,
Cual ave de blancas alas,
Aparece una barquilla
Surcando las olas ráuda;
Por fin se acerca á la costa,
Por fin à mi *todo* abraza
Un robusto pescador

Que con voz alborozada
Buena *primera* y *segunda*!
Buena *prima y dos*! exclama...
Y míranse difundidos
Del *todo* por la *dos cuarta*
La celeste placidès
de una pena disipada

OTRA

Cuando à la tierra, el liquido elemento
Por la divina còlera lanzado
Los montes mas altìsimos cubriera,
Tercera y *prima* dentro el arca santa
No entonce alimentò, los que alimenta
Brutos y aves, en nùmero infinito,
Un mi vecino, socio diplomado
De una moderna Sociedad que cuida
De cuanto irracional puebla la tierra.
Ya desde pequeñuelo descubria
De aquesta su pasiòn, claros indicios,
Pues que apenas *dos cuarta*; reservando
Para perros y gatos su alimento.
Si mi *todo* ha estudiado y si la estudia
No será, vive Dios, en su provecho,
Que poco cuida de èl; hàcelo solo
Por inquirir espèditos los medios
De acumular innùmeras riquèzas,
Para lograr la suspirada dichà,
De poder reunir mas animales
Que mi *tercia* con *prima* reuniera.

SALTO DE CABALLO

va (64)	No	zan	Bue	el	que	dos,	¡Por (1)
Cru	na	o	la	to	qué	do	dan
tris	no	che-	do	tan	brin	¡hay!	mien
Es	ñas	Tan	cea	A	tras	Can	y
de	te-y	no	tra	sa	rien	que	Es
che	pes	sus	da	el	par,	jer	do
ca	jo	Y	tem	en	mo	ta!	lla
tad	de	lla	hi	es	mu	al	.her

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

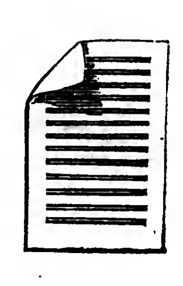
FUGA DE VOCALES

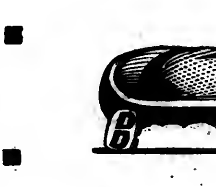
.n—l.s—p.l.c..s—.—.n—l.s—m.s..s
V.r..s—p.nt.d.—p.l.d.n—r.d.,
Q..—r.v.st..nd.—n.bl.s—.rr..s,
.mbr.z.—.f.n.—l.nz.—.—.sc.d.

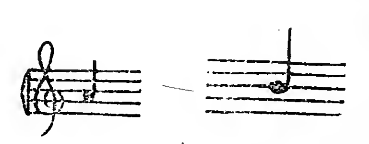
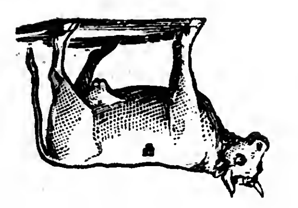
FUGA DE CONSONANTES

.c.o—.i.ue.a—..o.a—.e—a.o.e.
.o—e..ue..e—e.—.i.o.—.e—a.e..e—.a..a,
E..a.e—a.—.ue.o—.a.o.—.e—..o.e.
Y—.e—.e..o.a—.e—e..u.o—y—.a..a

GEROGLÍFICO NÚM. 38




EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Abril 28 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 39.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

—

CAPITULO DÉCIMO TERCIO

ODIO Y AMOR

¡IMPOSIBLE contenerla! Volvió Marta á sus antiguos hábitos de locomocion nerviosa y solitaria. Salia á caballo de mañana y de tarde, sin admitir compañía, y vagaba por los caminos más apartados, hasta que se sentia postrada de fatiga. Regresaba entónces á su quinta, perc no á menudo para reposarse, sinó para recomenzar otro ejercicio físico, en excursiones por el rio, siempre sola, y cada vez más temeraria, desafiando todos los peligros.—Ya no se contentaba con navegar en el Tigre. Avanzaba hasta la boca de Lujan, para contemplar la salida de la luna, y no pocas veces cortaba con su débil *gig* aquellas corrientes impetuosas para penetrar en los riachos, donde los isleños la veian deslizarse, como un fantasma negro, con superticioso respeto.—Conocianla ántes con la designacion de *niña rica*, y ahora se habian acostumbrado á decirle: *la niña loca*.

Vanos fueron los consejos y los ruegos de su amiga Orfilia.—Inútiles las admoniciones del Dr. Arismendi.—Ella á su vez, diciéndose inmensamente desgraciada, suplicábales que no le negasen el consuelo de sus inocentes caprichos. ¿Porqué contrariarla en cosas tan inofensvas?—Porqué encadenar su espíritu voluntarioso en detalles nimios de la vida? Debian naturalmente seguir el ejemplo de sus abuelos, y puesto que ellos la habian dejado libertad completa, siendo aún más jóven, no debian Orfilia y el Dr. Arismendi pretender arrebatársela.—¿Temian el peligro?—Pero el peligro no existia, ó era remotisimo.—Mayor seria el de condenarla á la inaccion, al quietismo, en medio de una mortal tristeza—No le hablasen de acompañarla en sus paseos.... Necesitaba soledad.... Sólo en ella podia desahogar sus penas y esperar la cicatrizacion de sus heridas.—¿No habia sido ella condescendiente y juiciosa en los primeros tiempos? Oh! entónces podia serlo; ahora nó;—imposible ahora, porque necesitaba todas las fantasías de su espíritu para olvidar todos los dolores de su corazon!... No debian tampoco temer las criticas de la sociedad. La sociedad sabia que ella era una mujer extravagante, habituada desde niña á satisfacer todos sus antojos.—¿No la habian visto allí mismo, en el Tigre, hacer las locuras que queria repetir ahora?—¿Quién podia sorprenderse entonces?—¿Quién le censuraria al Dr. Arismendi que no hiciera uso de una autoridad material más enérgica que la que habian usado los abuelos?—Y con estas súplicas, con estos argumentos,—sobre todo, con la clara manifesiacion de una voluntad inquebrantable, habia Marta vencido las últimas resistencias de Orfilia y del Dr. Arismendi,—tristemente resignados á dejarle realizar todos sus caprichos, como se habian resignado los antecesores en la direccion de aquella alma veleidosa é indómita.

La verdadera causa del rompimiento de Marta con Rodolfo era un misterio para Orfilia.—Ella lo atribuia vagamente á las revelaciones de Pancha Ovalle sobre la relacion de aquel con Genoveva Ortiz; pero no habia logrado que Marta se lo confesara. Resistiase el orgullo de la jóven á referir lo que habia oído ella misma de los propios labios de Rodolfo, y no queria simular otras causas de agravio.... Rehuia ella, sobretodo, la pendiente de las confidencias, porque habia en el fondo de su alma un secreto que era la más punzante de sus torturas, que la desesperaba como un sentimiento de deshonra, y temia descubrirlo, temia darlo á conocer!

La ida de Marta á casa de Genoveva era completamente ignorada.—Nadie la habia visto regresar.—Entró sigilosamente á sus habitaciones,—cambió su traje por un baton lijero, llamó á su criada para prevenirle, y hacer prevenir á Orfilia, que, sintiéndose enferma, iba á ponerse en cama.—Orfilia acudió en el acto.... No era nada de cuidado!—apresuróse Marta á protestar. Se habia despertado con dolor de cabeza y malestar general; pero ya empezaba á sentirse mejor. A la noche, sin embargo, tenia fiebre. Orfilia quiso que se llamara á un médico de San Fernando; pero la enferma se opuso á ello con tenacidad; exigia que se esperase hasta el dia siguiente, y al dia siguiente habia desaparecido la fiebre.—Tenia así mismo, su semblante signos inequivocos de una perturbaciou más ó menos profunda.... Destacábase la palidez con tintes morados sobre su tez moreua, y la sombra de las ojeras invadia la mitad de sus mejillas, mientras se movian y brillaban sus ojos como los de una persona dominada por una fuerte sensacion de espanto. Pero no sentia ningun dolor,—decia ella;—estaba bien, y se levantó, aunque para no salir de su alcoba.—Orfilia comprendió el orígen de aquella rara enfermedad, á la tarde, cuando tuvo con Marta el siguiente diálogo:

—Tu pariente Rodolfo, que ya se chasqueó anoche, acaba de llegar y pregunta efusivamente por tí.—¿Saldrás á recibirle? ¿Le haremos entrar?

—No! De aquí en adelante, está destinado á chasquearse; sus visitas son ya perfectomente inútiles.—Yo me encargaré de hacérselo sentir!

—Hola!—tenemos ya enojos de enamorados!

—No!—Es una ruptura, y para siempre!

—¿Lo jurarias?

—Algo más que un juramento me separa irrevocablemente de él; pero te ruego que no prétendas saber más..... no me interrogues...... Entre él y yo todo ha concluido..... Te lo juro y basta!

Orfilia no insistió. Besó en la frente á su amiga, y salió para

notificar á Rodolfo, en términos muy corteses, que Marta no podia recibirle.—Con este motivo, fué muy breve la visita de Rodolfo; Orfilia contó rápidamente á su esposo la conversacion que acababa de tener con Marta, y volvió á su lado, encontrándola ya recojida en su lecho, y sumerjida en honda pesadumbre. Tenia sueño y queria descansar.... Orfilia se vió obligada á dejarla, y ahí comenzaran entre ella y el Doctor Arismendi inagotables comentarios y conjeturas sobre aquella violenta é inesperada resolucion de la jóven en sus amores con Rodolfo. —¿Seria inquebrantable?—Siempre que lo fuese, se verian ellos aliviados de una responsabilidad muy penosa!

Al dia siguiente, un domingo, consideróse Marta completamente restablecida. Fué á misa por la mañana; y en la tarde, vistiendo un traje de cambrai blanco adornado con lazos de terciopelo negro, ostentando margaritas rojas entre las trenzas de su cabellera renegrida, con alarde fantástico, se paseaba á solas delante de la puerta del jardin. Era evidente que esperaba á Rodolfo, y este no tardó en llegar.

Pálida, ojerosa, con los ojos inquietos y brillantes.....No podia sorprenderse Rodolfo de encontrarla asi.... ¿No habia estado enferma algunos dias?—Avanzó, pues, hácia ella, risueño y afectuoso, téndiendole la mano desde lejos, con gracia seductora. Buscó una frase poética y tropezó con esta frase trivial:

—Despues de varios dias nublados, se contempla con alborozo al sol.

Pero Marta, sonriendo sardónicamente, irguiendo la cabeza con jactancia, habia cruzado las manos por la espalda y guardaba un silencio ultrajante.

Palideció Rodolfo.—Toda su audacia pudo hacerle articular apenas:

—¿Me niegas la mano?

—Si! te la niego.

—¿Porqué?

—Porqué los dedos de la tuya me hacen el efecto de culebras.

—Singular fantasia!

—Si! Y cuando tú te acercas, me parece que se acerca una serpiente.... Y hasta me figuro que las serpientes de cascabel han de hacerlo sonar como tú haces sonar la lengua!

—Te has vuelto loca!

—Quisiera estar loca!

Y Marta se alejó, lentamenta, arrancando y deshojando las margaritas rojas que momentos antes habia enredado en su cabellera renegrida.

Rodolfó quedó perplejo. Ni Orfilia, ni el Dr. Arismendi le habian visto entrar.—Podia, pues, marcharse sin ir á saludarlos. ¿Era una huida?—Talvez; pero, antes de recomenzar la lucha, debia investigar la causa del desastre que venia á sorprenderle en el camino de sus victorias.

Despues de cerrada la noche, se acercó á la quinta de Genoveva.—Reinaba una grande oscuridad, y ella paseaba en el jardin. —Rodolfo entró resueltamente, aunque, el dia de la memorable entrevista, Genoveva le habia prohibido que volviese. No deberia repetirse, decia ella, el vértigo de una hora fatal, y Rodolfo reservaba en su imaginacion la oportunidad de repetirlos impunemente!

—¿Qué haces? esclamó Genoveva al verle.

— Necesito hablarte!

—Te lo habia proibido.

—Dos palabras solamente, vida mia.

—Habla, pues.

Y buscaron la sombra espesa de una acacia, en cuyo tronco ella recostó su hombro derecho y él su hombro izquierdo, rozándose, mezclando los alientos.—Pero Rodolfo, en aquel momento, aturdido por otras impresiones, casi no prestaba atencion á las espansiones amorosas.

—Díme, Genoveva,—¿es humanamente posible que alguien escuchase nuestra conversacion del viérnes?

Al punto comprendió la viuda que aquella interrogacion era provocada por los cóleras de Marta y sintió el placer satánico de la venganza consumada.

—Pregunta extraña!—respondió, frunciendo el ceño.

—Contéstala, asi mismo.

—¿Hay quién se jacta de conocerla?

—No... eso no.

—Seria entónces indicio; cierto que tú la has contado!

—Genoveva!—Pero no respondes á mi pregunta... ¿Puede alguien haberla oido?

—Si! Alguien expresamente introducido por mi para oirla.

—Genoveva!

—Solo asi!—Y seria muy sencillo. Yo habria querido tener testigos de mi culpa. Habria caido en su presencia

—Ah! no, Genoveva; yo no puedo pensar eso; es absurdo! Pero temo que un descuido, una sorpresa... pueda haber comprometido tu honor...

—Mi honor! ¿Mucho te preocupas tú de mi honor?

—¿Pero es posible el descuido?—¿Es posible la sorpresa?

—¿Te batirias tú por mi honor, como te batistes por las locuras de *la pampita*?

—Responde á mi pregunta...

- Oh! es tu honor, tu fortuna, tu porvenir lo que cobardemente piensas haber comprometido en lo que tu llamas nuestra conversacion del viérnes.—Nada temas!—Yo no iré á decírselo á Marta Valdenegros!

Rodolfo procuró atraer á Genoveva sobre su pecho, con un movimiento de amor; pero ya era tarde. Ella se apartó violentamente, y exclamó con explosion de ira:

—Eres algo peor que un bandido.—Te falta corazon—Eres un miserable... Me avergüenzo, no tanto de haber sido un dia tu querida, como de haberte amado durante un año!

Y se alejó con paso altivo, dejando á Rodolfo anonadado.—Pero al dia siguiente, trás una noche de insomnio, recuperó Rodolfo todas las energias de su ser y volvió con ahinco á sus pesquisas sobre las causas de la insurreccion en que habia encontrado á Marta. Con las palabras ambiguas y enigmáticas de Genoveva, abrigaba nuevas dudas.—Volvió á interrogar al jardinero, y este confirmó sus declaraciones anteriores; garantía la soledad de sus ama.—Hizo lo mismo con el caballerizo de la quinta Valdenegros, y obtuvo idéntico resultado. Marta habia estado durmiendo y despues se habia sentido enferma.- ¿No lo anunciaba ya en la carta que habia escrito el juéves á Rodolfo? Otras indagaciones concordaron en el hecho de no haberse vista á Marta andar el viérnes por las calles del Tigre.—¿Acaso por el rio?—Iluminó esta idea el espíritu de Rodolfo, y fué la base de un nuevo interrogatorio; pero ni las gentes del rio ni los empleados subalternos de la Estacion pudieron suministrar ningun dato concluyente.—Alguien declaró que habia visto á una señora navegando sola, pero no el viérnes, sino el juéves, y las señas de la tal señora no coincidian en manera alguna con las de la señorita Valdenegros. Imposible, pues, admitir que Marta, por propio ardid ó por ardid de Genoveva, hubiese traidoramente asistido á la entrevista.... ¿Otra persona por ventura? ¿Orfilia tal vez?—Pero siempre debia considerarse absurdo que Genoveva, como lo decia ella misma, hubiera buscado testigos para su caida!—Imajinaba Rodolfo otras hipótesis... Acaso habia hecho el Dr. Nugués revelaciones siniestras...... pero—¿como suponerlo?—¿Como habria él justificado sus afirmaciones?—¿Porqué hubieran tenido algun valor moral partiendo de un hombre á quien se sospechaba de ambicionar tambien la mano de la opulenta heredera?—Esos revelaciones, por otra parte, habrian sido dirijidas al Dr. Arismendi ó á Orfilia.—Ambos, á lo menos tendrian, conocimiento de ellas,—y si les daban crédito, si aprobaban que Marta funda-

ra en ellas su ruptura, mal podrian tratarlo como le trataban, con la discreta amabilidad de siempre.—La intervencion del Dr. Nugués era por consiguiente inverosímil. ¿Qué quedaba entonces? - Concluyó Rodolfo por atribuir la borrasca á algunos anónimos pérfidos de Genoveva, á la imprudencia de la carta en que él mismo confesaba sus amores con la viuda, á informes malignos sobre sus calaveradas, á consejos hábiles de Orfilia, y á otras causas subalternas, operando todas ellas sobre el carácter bruscamente impresionable de la jóven.—Siendo asi, el mal no parecia irreparable... Tal vez una carta con explicaciones, excusas y protestas, escrita con ardor, con brillo, para herir la imaginacion de Marta, restableceria las buenas condiciones del combate.... Rodolfo ocupó todo la noche en escribirla, y la envió muy de mañana.—Marta acababa de levantarse y caminaba por las calles del jardin. Ella misma recibió al mensajero de Rodolfo.—Tomó en el primer momento la carta, sin poder disimular cierta expresion de júbilo...... Era muy abultada..... La comtempló unos instantes, oprimiéndola entre su manos temblorosas.

—No! dijo despues, cual si pusiera fin á una angustiosa discusion consigo misma.

Y devolvió al mensajero la carta de Rodolfo, diciéndole:

—Lleve y no vuelva. No recibiré jamás ninguna carta de su amo!

Dataron de ese dia los paseos á caballo y las excursiones fluviales. Sólo en la violencia del ejercicio físico hallaba Marta alivio á sus dolores, y sólo en la exajeracion de la fatiga podia propiciarse el bálsamo reporador del sueño!

Un dia, ocurriósele que estaba en falta con Genoveva.—La habia calumniado y le debia una reparacion.—Escribióle, pues, un billete que ella misma dejó en la quinta de su rival, en manos de una criada. Decia así:

Señora:

He sido profundamente injusta con Vd.—y debo reconocerlo así.

Sé ahora que usted es una mujer honrada, capáz de amar violentamente, pero incapáz de faltar á los deberes.

Ya no veo en usted á mi rival; veo á mi salvadora y le trasmito en estas lineas el testimonio indeleble de mi gratitud.

M. V.

Habia mucho candor, mucha ingenuidad en esta carta.—Genoveva no pudo descubrir en ella una sola punta de ironia.— Como! era precisamente Marta quien venia á darle patente de pureza!—¿Se habia frustrado entonces una parte de su venganza?—Sea! la venganza hubiera sido excesiva y Rodolfo era indigno de haberle servido de instrumento.—En presencia de aquella humillacion, llegó Genoveva á compadecer á Marta, tanto cómo ya despreciaba á Rodolfo!

Pero Marta, en sus impetuos apasionados, no abandonaba el tema de los injustos agravios que habia hecho á Genoveva y tampoco perdia ocasion de repararlos... La defendia á menudo, conversando con Orfilia, que se abstenia por cierto de atacarla... La defendió una vez conversando con el doctor Nugués, que satirizaba con finisimos epigramas aquella inocente apolojia... Hizo mas aún D. Alejo Nuñez habia regresado de Santa Fé.—Ella, volviendo de su paseo matinal á caballo, le encontré á pié en las inmedia ciones de la Estacion y se acercó á él para decirle, toda emocionada, suprimiendo todas las fórmulas del saludo:

—Sé que Vd. festeja á la señora viuda de Nevares... Puedo asegurarle que es una mujer honrada y si se casa con Vd. le hará feliz!

Mientras D. Alejo, sorprendido por tan brusco vaticinio, revolvia su gruesa cabeza sobre su vasto abdómen, buscando una respuesta, Marta daba vuelta su caballo y se alejaba al galope.—Pero las palabras que habia pronunciado requerian explicacion, el buen señor fué á buscarla, no obstante lo inoportuno de la hora, en el amoroso seno de la señora viuda de Nevares. Esta le recibió,—deplorable coincidencia!—en la misma salita donde dias antes habia recibido á Rodolfo, y ocupó el mismo canapé!—D. Alejo, sentándose respetuosamente en un sillon, expuso con su mejor elocuencia,—(que nunca dejaba de ser algo tartamuda)—el objeto de su madrugadora visita.

—Cuando esa señorita lo afirma, dijo Genovevo, razones tendrá para afirmarlo.—No es mi amiga.—No tiene porqué simpatizar conmigo.—Habrá escudriñado, por motivos que ella sabrá, la intimidad de mi conducta, y la ha encontrado irreprochablemente pura.....

—¿Pero qué motivos? balbució D. Alejo.

- Vamos! me atrevo á adivinarlos..... Supone la gente que Rodolfo De S'ani me festeja, siendo al mismo tiempo novio de la señorita Valdenegros, y en esto último creo que no hay suposicion.—Se explica, por consiguiente, que Marta haya querido averiguar la verdad, y al averiguarla ha podido convencerse de que soy una mujer honrada, invulnerable..... ¿No se siente usted lisongeado por el risueño pronóstico de esa jóven?

—Si fuera cierto......

—Usted hace progresos, señor mio, y es probable que el próximo invierno dejemos ambos á dos de pasar soledades melancólicas.....

Don Alejo, súbitamente elevado al quinto cielo de la felicidad, quiso profundizar el sentido de la frase con que acababa de embriagarlo Genoveva, y más que profundizarlo, hacérsela repetir, oirla con diferentes palabras, saborearla en prolongadas sensaciones; pero Genoveva le contuvo.—Por aquella vez era ya suficiente. Hablarian despues. Debian respetar las formas. No era correcta la visita en hora tan temprana.—Tuvo, pues, que retirarse don Alejo, aturdido, mareado ya con los espejismos de un porvenir cercano.—Genoveva le acompañó hasta la puerta del jardin—Estaban allí Genovevita y Arturo cortando flores para formar un ramo.—La niña, en su precocidad vigorosa, ostentaba ya lozanias y contornos de floreciente pubertad.... Cuando Genoveva, habiéndose marchado don Alejo, volvió á pasar delante de ellos, Genovevita le dijó sin mirarla, inclinándose para cortar una rosa amarilla:

—Parece increible que no te repugne recibir por la mañana á semejante viejo!

Arturo,—pálido y tristo siempre,—arrojó al suelo las flores que tenia en la mano, y salió corriendo, á todo correr de sus piernas largas y descarnadas.

Rodolfo seguia visitando en casa de Marta.—Despues de rechazada su palabra escrita, necesitaba tentar el recurso de la palabra hablada.—Orfilia y el Dr. Arismendi le recibian cortesmente. -Marta, en presencia de aquellos, fingia que le tendia la mano, pero la retiraba ántes de que él pudiese tocarla. Algunas veces, se encerraba en sus habitaciones á poco de haber entrado Rodolfo; otras, se sentaba al lado de Orfilia, y no intervenia en la conversacion, sinó para soltar un sátira un dardo agudo y envenenado, que se clavaba en el alma de Rodolfo, haciéndole perder todo su aplomo.

Fué absolutamente imposible que él le hablase á sólas. En vano trataba de sorprenderla en sus paseos á caballo, en carruaje ó á caballo él mismo.—Marta le reconocia desde léjos, y huia á gran galope, sin dejar esperanzas de una debilidad veleidosa.—La huida era mas difícil en el rio, y allí fué Rodolfo á buscar fortuna.—Cierta noche oscura, navegando en el Tigre, sintió Marta el rumor de un *gig* que se acercaba.... Lo vió despues á su lado, y lanzó un grito pavoroso, horrible, que hizo huir á Rodolfo, como si hubiese sido descubierto en el acto de cometer un crimen.... Marta jamás interrumpió ni sus paseos ecuestres por la mañana y por la tarde, ni sus excursiones nocturnas por el rio; pero Rodolfo habia desistido de pretender hacerle compañia!

Tambien el Doctor Nugués visitaba de tarde en tarde.—Conocia la ruptura de Marta con Rodolfo, y aceptaba sin beneficio de inventario la explicacion de Orfilia. ¿Pero que provecho reportaba de aquella dramática ruptura? Marta apenas se dignaba conversar con él breves instantes.—Le dejaba plantado para ir á loquear con sus esquifes.—Se mostraba taciturna y hosca..... No disimulaba sus pesares.... Despues de atentas observaciones síquicas y fisiológicas, concluia el Dr. Nugués por creer que ni siquiera habia conseguido Marta emanciparse de su amor á Rodolfo.

—Quizás más enamorada que antes!—exclamaba.

Y Orfilia comenzaba á participar de esa misma opinion.

Una noche, dió la casualidad de encontrarse en casa de Marta Rodolfo y el doctor Nugués.—Hacia mucho calor y salieron todos al jardin. El médico y el abogado ocuparon un banco, y Orfilia y Rodolfo se sentaron en el de enfrente.—Marta iba y venia, con inquietud insociable, deteniéndose de tiempo en tiempo á escuchar la conversacion que seguian los dos doctores, por creer que con eso mortificaba á Rodolfo.

El Dr. Nugués, cada dia más apasionado de la doctrina darwinista, desenvolvia los principios de la *ley de herencia*, teniendo por contradictor al Dr. Arismendi, que era un espiritualista clásico, en cuyo reino aún no habian penetrado tan temerarias novedades.—Respondia á todas las objeciones el dialéctico facultativo, luciendo erudicion, é insistia en la importancia del principio de las *transformaciones de la herencia*. Segun él, un loco, por ejemplo. podia enjendrar un genio ó un malvado, ó un ser clasificable en cualquiera de las zonas intermedias de esos dos *neurósis*.—Lo esencial era descubrir las causas de esas transformaciones y la ley á que obedecen en el misterioso laboratorio de la vida...... Cuando estuviese completo ese estudio, *la ley de herencia* vendria á dar la clave de todos los secretos de la humanidad.....

Marta se habia interesado realmente en aquella parte de la conversacion y escuchaba atentamente.—Orfilia se habia levantado. Rodolfo estaba solo y Marta se le acercó, pausada, aparentemente tranquila, colocándose entre él y los que conversaban enfrente.

—Ves, dijo, casi sin bajar la voz, apuntándole con el indice de su mano derecha;—tú no necesitas de mi herencia. Tú tienes la herencia de tu padre. Tu padre era loco, y tú, no siendo un génio, has salido más que un malvado, un monstruo!

Y volvió enseguida á oir la conversacion del doctor Nugués y el doctor Arismundi, que ya no continuó, porque ambos habian percibido claramente la terrible invectiva de la jóven.

Dos dias despues, á la tarde, iba Marta distraida, dejando trotar su caballo por la calle que costea el arroyo de las Conchas.

El tilbury de Rodolfo desembocó de una calle traviesa y ella y él se detuvieron instintivamente.—Iba enteramente solo.

—Hasta cuando, Marta,—dijo pricipitadamente Rodolfo, hasta cuando intentas prolongar mi suplicio!—¿Porque lo he merecido?—Dímelo al menos.

—Tu suplició!—replicó Marta, poniéndose livida y colocando su latiguito de ballena negra sobre el hombro derecho de Rodolfo.

—Si! mi suplicio!—¿Eres incapaz de compasion?

—Para compadecerte seria menester que tuvieses alma, - alma humana,—y no la tienes.

—Ah! si supieras cuanto te amo ahora!—Mi amor.....

—No profanes ese nombre!

Dijo, y cruzó con su latiguito de ballena negra el pálido rostro de Rodolfo.

Rodolfo quedó solo..... pero no.... frente á él, un hombre se habia detenido á comtemplar la escena.... !Era *Luigi*, que por allí transitaba casualmente. Rodolfo tuvo todo su pasado por delante, en el espacio de un segundo, y lágrimas que le parecian de sangre brotaron en sus ojos.

Aquel incidente llegó á noticia de Orfilia, trasmitido por las criadas á quienes lo referia *Luigi*.—Era aún más grave que la invectiva sobre «la ley de herencia». Orfilia, de acuerdo con el doctor Arismendi, se propuso cortar tan peligrosas escenas.—Se encerró con Marta,—la arrulló con todo género de caricias, y despues, recordándole los hechos, señalándole sus inconveniencias, sus peligros, concluyó por decirle:

—¿Porqué haces esas cosas?

—Porqué le aborrezco!—respondió Maria, sumamente impresionada.

—Pero si le aborreces, replicó Orfilia,—no hay razon para que sigas soportando su presencia. —Podemos decirle que se retire y nunca volverás á verle... ¿Quieres?

—Nó!

—¿Porqué?

—Porqué le adoro!

Y Marta prorumpió á llorar, escondiendo su cabeza entre los brazos de Orfilia, con u violento acceso histérico.

(Continuará).

TOROS Y CAÑAS

(SIGLO XV)

ROMANCE MORISCO

(Conclusión)

El relincho de los potros,
El redoble de las cajas,
Y requiebros, y suspiros,
Y gritos y carcajadas.

III

Suena el clarin, y el concurso
Como por ensalmo calla,
Y lleva ansioso la vista
Á las brillantes escuadras,

Que salen de pronto al cerco
Tan lujosas y bizarras,
Que hacen prorrumpir á todos
En vitores y alabanzas.

Miden y parten los jueces
El sol, el campo y las armas,
Y ordénanse las cuadrillas
Y frente á frente se paran.

Rigiendo va la morana
El arrogante Abenaya,
Jinete en potro morcillo
Con la crin desmelenada.

Membrudo, la tez curtida,
Rubia y sedosa la barba,
Apretado el entrecejo,
Altanera la mirada,

Abierto al desdén el labio,
La voz recia y dura el habla,

Todo en el moro es firmeza,
Gallardía y arrogancia.

Lleva en bonete leonado
Plumas negras y moradas,
Como anunciando tristezas
O marchitas esperanzas;

Capellar y toca azules
Con que sus celos delata,
Marlota color de sangre
Que lo es también de venganza.

Y en el adarga esta letra
Entre hierros y guirnaldas:
—*«He de ser correspondido
Por fuerza, si no de gracia.»*—

IV

Todos le auguran el lauro,
Que es de león su pujanza,
Y muy señor, aunque fiero,
De sí mismo y de las armas;

Pero en la tierra andaluza
No goza de menos fama
El denodado caudillo
De la cuadrilla cristiana.

Mozo, y esbelto y forzudo,
La cabellera castaña,
Trigueño, y los ojos pardos
Que acarician y amenazan,

Con la sonrisa enamora
Y seduce con la gracia,
Y rinde su cortesía
Y su altivez avasalla.

Viste, en señal de agasajo
De los moros á la usanza,
Pero defiende su pecho
Con la cruz de Calatrava.

Verdes, porque mucho espera
Lleva el bonete y la manga,
Y asimismo la marlota
De oro y piedras recamada;

El capellar amarillo,
Y por cifra en el adarga
Un pájaro y este mote:
—«*Tan libre como mi alma.*» –

Más con la voz que con hierro
Rige una yegua alazana,
Que el jaez lleva cuajado
De campanillas de plata;

De tal sangre y tan airosa,
Que si el jinete la para,
Sacude la crin, relincha,
Se encabrita, bufa y piafa,

Y, al andar, encorva el cuello,
De espuma el pretal se mancha,
Y en vivo tropel las manos
Hasta la cincha levanta.

V

Hacen señal los clarines,
Pífaros, trompas y cajas,
Y veloces como el viento
Se arremeten las escuadras.

Corren, huyen, se revuelven,
Unas con otras se traban,
Y todo es polvo y estruendo,
Y confusión y algazara.

Más bien que juego, parece
Que se riñe una batalla;
Tal ofenderse procuran
Hierro haciendo de las cañas.

Con una hirió el castellano
Al arrogante Abenaya,
Mas no se le vió la sangre
Por llevar marlota grana:

Y en tanto que se repone
Del golpe que le malpara;
Ve descender una toca
Del estrado de su dama,

Y que el jóven nazareno
Al correr de su alazana,
La recoge de la arena
Y se la pone por banda.

Correr quisiera á vengarse,
Mas gritando:—«*¡Aparta, aparta!*»—
Los jueces dan fin al juego
Y echan un toro á la plaza.

VI

Colorado, cervigudo,
Negras y agudas las astas,
Fruncida y hosca la frente,
Espesa la cola y larga,

Finos y cortos los remos
Y de fuego la mirada,
Jamás vió tan brava fiera
Guadalquivir en sus aguas.

Ligera sale, y embiste,
Y atropella y desbarata,
Y párase, y desafía,
Y fatea, bufa, y brama.

Los cobardes se retiran,
Los valientes se recatan,
El concurso se impacienta,
El toro la arena escarba.

Al ver tal, el caballero
De la cruz de Calatrava
Toma un rejón y á la fiera
Con paso sereno marcha.

Acállase el vocerío,
Tiemblan medrosas las damas,
Mírale el toro suspenso
Y la multitud pasmada.

La fiera atrás se retira
Para acrecer en pujanza,
Tuerce la cola, y embiste
Ciega y bufando de rabia.

Por tres veces acomete,
Otras tres se ve burlada,
Y rompe en un alarido
La muchedumbre otras tantas,

Hasta que al fin el mancebo
El hierro agudo le clava,
Quiebra el rejón, y da el toro
En la arena ensangrentada.

Ensordece el bocerío
Con que celebra su hazaña:
Las mujeres le saludan,
Los caballeros le aclaman;

Pero el mozo no desea
Más premio que una mirada
De aquella hurí de los cielos
De cuya toca hizo banda.

Mas ¡ah! la ve sin sentido
En el seno de Abenaya,
Que, furioso, con el puño
Y la vista le amenaza.

Entonces se enciende en ira,
En vivos celos se abrasa,
Palidece, ruge, ciega,
Y, herida de muerte el alma,

Espolea los ijares
De su yegua jerezana,
Que, partiendo como un rayo,
Fuera del coso le saca.

José Velarde.

Marzo, 1882.

El Pillete de la tia Antonia

(Traducido para el «Lunes de La Razon»)

COMO he sabido la historia que os voy à contar? Què os importa con tal que os la cuente bien? Y estoy seguro de que la contarè bien, lo declaro con anterioridad, y sin amor propio de autor, porque en ella nada tengo que ver como tal y solo me limitarè á anotar los hechos tales como los he recojido.

Habia una vez una pobre abuela y su pobre nieto, que no poseian otra cosa en el mundo que la afeccion del uno por le otro; la abuela tenia setenta y siete años y el nieto tènia ocho.

Vivian en el sexto piso de una casa de obreros en el callejon de Onllon, entre Belville y Menilmontart, barrio en que no se vè ni un rico para remedio. Pues bien, àun entre los miserables del vecindario, su miseria sobresalia. Con esto se verá cuàn grande era.

Juzgad. El niño era enfermo, raquìtico, hacia doce meses que estaba en cama, y la vieja era muy vieja, muy dèbil, casi impotente tambien, de suerte que con la mejor voluntad del mundo no podia trabajar mucho.

Felizmente los pelagatos son buenos para sus semejantes! La pobre gente del barrio hacian limosna á aquella pobreza más lastimosa aùn que la suya; y sus caridades, unidas á algunos socorros de la Beneficencia pùblica, bastaban à la subsistencia de la abuela y del nieto.

La vieja se llamaba la tia Antonia, y el niño se llamaba el pillete de la tia Antonia. No se le conocia otro nombre, porque nunca se le habia visto correr y jugar en la calle con los pilluelos de su edad; jamàs se habia oìdo gritarle por un camarada suyo de una vereda à la otra, intercalando, como hacen los muchachos, à su nombre de galopin un consonante absurdo y sonoro:

—Juan, barriga de pan!

—Antonio, cara de demonio!

—Pablo, hijo del diablo!

—Pancho, ojos de chancho!

No! Solo de tiempo en tiempo, las vecinas se preguntaban entre ellas:

—Y bien! còmo va el pillete de la tia Antonia?

Ay! el pillete de la tia Antonia iba de mal en peor. Hijo de una tìsica y de un *sublime*, el pobrecillo era tìsico y raquìtico á la vez, y cuando no gritaba por los dolores sordos de su coxalgìa, tosia con una tos seca y sangrienta que le hacia resaltar dos manchas violadas en las mejillas.

Durante toda su infancia, aunque siempre enfermo, tuvo sin embargo buenas èpocas. En ese entonces el abuelo, que aùn trabajaba apesar de sus ochenta años, lo llevaba à dar soberbios paseos al aire libre y puro, à que tomara un poco de sol, y ganaba con què comprarle remedios. Pero desde que habitan aquel pobre chiribitil del sexto piso, sobre un patio de donde sube el olor nauseabundo de los vertederos de aguas sùcias, desde que la vieja no puede agenciar sino lo que justamente se necesita para no morir de hambre, desde Diciembre dèl año anterior, el muñeco de la tia Antonia no se ha levantado ya, y es probable que nunca vuelva à levantarse.

La ùltima vez que saliò, fuè el dia de Navidad.

Ese dia la tia Antonia lo habia arrebujado lo mejor posible en una bufanda que le habia hecho con un chal viejo suyo; le habia puesto los dos ùnicos pares de medias suyas para que tuviese calientes los piès dentro de sus zuecos nuevitos, y lo habia llevado á los boulevares, á lo largo de las tiendas y carpas llenas de juguetes, de imágenes, de muñecos, que era como un cuento de hadas esplèndido.

Aquel espectáculo se habia impreso en los ojos y en la imaginacion del enfermo; y siempre, desde entònces, hablaba de èl con calofrios de pesar y de deseo, abriendo toda la boca, tendiendo sus bracitos flacos hàcia el mirage de todas aquellas entrevistas è inolvidables maravillas como en un èxtasis.

En la plaza de la Opera, habia sobre todo un polichinela, pintarrajeado, dorado, casi tan alto como èl mismo, y que, cuando se le tiraba de la cuerdita, sacudia alegremente campanillitas y cascabeles, levantaba los brazos, separaba las piernas y os miraba al mismo tiempo con su cara iluminada y su mueca casi viviente.

—Oh! què lindo, què lindo era! esclama con frecuencia el pillete de la tia Antonia. Dime, madre, ¿cuesta muy caro un *polichinela* así?

Y la vieja responde siempre:

—Anda, que ya te comprarè uno.... cuando seamos ricos.

—Y cuándo seremos ricos?

—Pronto, hijo mio, pronto.

—Entònces, eh! tendrè el *porichinela*?

—Sì, sì, lo tendràs.

—Mira, madre, estoy seguro que si tuviera ese polichinela, me curaria en seguida...

Y esa idea va y vuelve sin cesar. Y cuando el pobre chico está peor, cuando sus dolores lo torturan más, cuando la abominable tos lo sacude como si quisiera arrancarle la respiracion, oh! entònces el deseo se hace más vivo, casi acerbo. Se ve que ese deseo aumenta el sufrimiento y que en realidad la posesion del juguete aplacaria el mal como por encanto.

Y la vieja lo habia comprendido asì! A fuerza de prometer el polichinela, ella se decia que debia cumplir la promesa y que para poder hacer vivir algo màs á su querubin no tenia otro medio que ese. Sì, tendrìa su polichinela! Y se curaria! Ella tambien habia acabado por creer en aquella loca esperanza.

Sì, lo tendrìa. Pero cómo? Como èl mismo lo decia con lágrimas de codicia impotente, debia costar muy caro un polichinela asì! Era un juguete de rico. Lo menos veinte francos. Quizá más. Dònde hallaràn ese oro, ella que ni ya conocia el color de la plata y que veia solo

de tiempo en tiempo las monedas de cobre que por limosna le daban? Veinte francos! Una fortuna!

Vendiò los pingajos que le daban á la entrada del invierno; vendiò hasta los vales de pan y carne, que tanto trabajo le costaba obtener de la Beneficencia, no reservando mas que lo necesario para el chico. Ella ayunaba. Y cuando el niño comia solo y le decia:

—No tienes hambre, madre?

—Nó, respondia, me han hecho tragar un plato de sopa en el taller del ebanista.

Y asì pasò los dias y los dias, à veces sin nada en el estòmago. Què importa! El tendria su *porichinela.*

Hace tres meses que economiza de esa suerte, y antiyer de mañana tenia reunido en todo nueve francos y tres sueldos.

- Lo mènos diez francos, pensò, me faltan diez francos, lo mènos. Y à mas diez y siete sueldos, que juntarè de hoy á mañana.

Ese dia el pillete de la tia Antonia estaba muy mal. Diantre! con los quince dias de invierno que acababan de pasar ved en què estado està el angelito. Y los pobres no han podido hacer mucha limosna à la vieja, pues que ellos mismos se morian de hambre y frio. Ya no hay trapejos que vender! Tres vales de pan y leña, era lo que quedaba en la bohardilla.

Pero el chico estaba tan dèbil, tan dèbil, que no podia ya tragar nada. Para què quiere hoy el pan, pues? Para ella? Bah! Y mañana? Ah! mañana, se verà de buscar. Lo que es preciso en el momento, lo necesario, lo indispensable, no es el alimento, es el polichinela. Si èl lo tuviese, allì, ahora, entre sus manecitas temblorosas, de seguro que mejoraria.

—Què bonito era! se le siente decir al pobrecillo entre su respiracion anhelosa y ahogada.

Y sus ojos se dilatan; las fosas de su nariz, afilada ya, se estremecen; un calor reanima su tez marchita; la vida vuelve à sus làbios tan pálidos. La vida, sì, la vida! Aùn vivirà si se realiza su ensueño.

—Què lindo era!

—Voy á buscàrtelo; voy en el acto.

—Què, el polichinela?

—Sì, el polichinela.

—Es decir que ya somos ricos, madre?

—Sì, hijo mio. Mira.

Y le enseña sus nueve francos y tres sueldos, todo en cobre; un inmenso monton de cobre.

El niño palmotea.

—Vè pronto, madre, vè pronto, te digo! No te tardes mucho!

—Y la anciana parte. Nò, no se tardarà mucho. Con sus viejas piernas, corre primero á casa de sus vecinos para vender sus tres vales, los ùltimos.

—Es para comprar un remedio al niño, dice.

Y dice verdad: lo que và comprar es un remedio.

Diez francos! al fin los tiene! Fuè necesario perder media hora para ello, pero los tiene. Còmo camina apesar del empedrado resbaladizo, apesar del entumecimiento del frio que le hiela los huesos; porque no ha comido nada ayer, nada hoy, y toda su ropa de abrigo la hà hechado sobre el enfermo! No lleva puesto màs que la camisa y un vestido de zaraza. Borr! Sin embargo camina, casi corre! Y què lejos es! No quiere entrar en la primera tienda que encuentra. A donde necesita ir, es allà, á la plaza de la Gran Opera. Quizás està aùn el mismo *porichinelà*, y quien sabe? puede ser que no cueste màs de diez francos!

Sì, era justamento el mismo, y lo ha obtenido por diez francos regateando mucho. Justamente el mismo, bien que lo recuerda! Vuelve apretàndole contra su pecho, con precauciones de madre, como si temiera hacerle daño. Y ella tambien decia:

—Què lindo es!

Abreviemos. El destino es el màs terrible de los dramaturgos. Nadie tan bien como la realidad inventa los efectos teatrales. Cuando se les relata, puede hacerse en dos palabras.

La vieja ha tardado dos largas horas. Al entrar encuentra muerto al niño.

Ayer enterraron al pillete de la tia Antonia.

La anciana puso en el cajoncito, sobre el sudario hecho de un gènero remendado, el hermoso *porichinela* cubierto de colorinches, de sonoras campanillitas, de dorados maravillosos; asì el pobre cadàver ha tenido su aguinaldo.

Que la tia Antonia pueda tambien tener el suyo: la muerte!

JUAN RICHEPIN.

EL CAMPO SANTO

POR no apartarse de la iglesia santa,
El cementerio humilde de la aldea
En medio de los vivos se levanta.
De negro barro y de ladrillo rojo
Un muro sin revoque le rodea,
Que ya del tiempo destructor despojo,
A trechos està unido por bardales
De apisonada tierra, dònde crecen
La pita, la chumbera y los zarzales,
Y donde en el verano reflorecen
Espinos majoletos y rosales.
La puerta, sin pintura y carcomida,
Al abrirse ó cerrarse para el muerto
Parece que solloza dolorida,
Exclamando: «Venid, que èste es el puerto
Donde acaban los males de la vida.»
Dentro, la vanidad aparatosa
Las cenizas en màrmoles no encierra,
Y dulcemente el campesino posa
En el regazo de la madre tierra
Sin sufrir ni aun el peso de una losa.
Cubierto por el cèsped de verdura,
Aquel paraje destinado al duelo
No lleva espanto al alma ni amargura.
A no ser por las cruces de madera
Que señalan las fosas en el suelo,
Un huertecillo alegre se creyera,
Pues cubrèn los sepulcros y el osario
El limonero, el álamo y la higuera;
Y no hay más obelisco funerario
Qué un ciprés, que se eleva con anhelo
Por encima del mismo campanario,
Para indicar la senda que va al cielo.

José Velarde.



CUANDO su alma no era mia
Y alguno me preguntaba
Adonde era que vivia,
Yo su casa señalaba
Y—«vive allì»—respondia.

Pero si hoy de su mansiòn
Viene una persona á mi
Pidièndome la razòn,
Yo respondo —«vive aquì»—
Y señalo el corazòn.

Luis M. Muñoz.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 38

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D.8 R	R. 6 D ó 6 R
D. 4 TD	R toma C
D. 1 D (mate)	

Tiene varias variantes.

Nos enviaron la solución exacta con diversas variantes *El Duende, Utises, E. Loedel, Filòctetes.*

SALTO DE CABALLO

Porqué mientras todos brindan
Cantando y riendo al par
Aquella mujer hermosa
Tan triste y callada está?
Es ¡ay! que la Noche-Buena
Es noche de tempestad,
Y el hijo de sus entrañas
Cruzando el océano va.

Fuè descifrado por *Una Floridense, Panife y Mateo.*

CHARADAS

Pescadora—Economia

Fueron resueltas por *Una Floridense, Mateo y Aurelio 1º; Mirasol* resolvió la primera.

FUGA DE VOCALES

En los palacios y en los museos
Vereis pintado paladin rudo,
Que revistiendo nobles arreos
Embraza ufano lanza y escudo.

FUGA DE CONSONANTES

Pero risueña tropa de amores
Lo envuelve en giros de alegre danza,
Echale al cuello lazos y flores
Y le despoja de escudo y lanza.

Fueron halladas por *Penco* y *Corbata Blanca*; la fuga de vocales por *Una Floridense* y *Mirasol.*

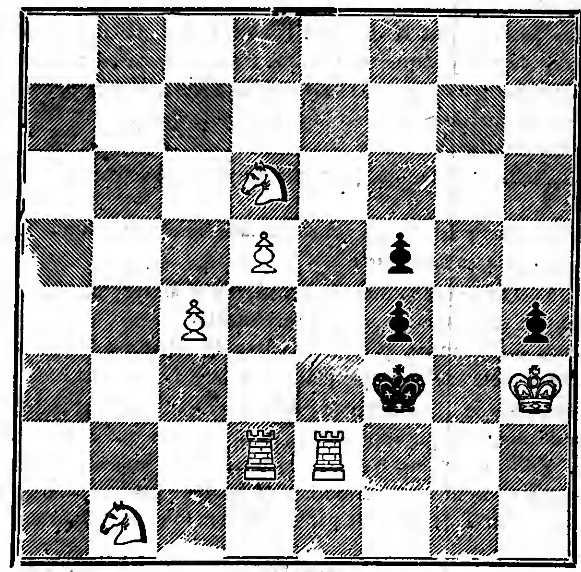
GEROGLÍFICO

La falsa modestia es descendiente en linea recta de la sonsera.

Fue descifrado por *Chivito, Aurelio 1.º, Panife y Mateo.*

Problema de Ajedrez por M. S. L.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

SALTO DE CABALLO

do-en	ce,	de-un	piér	nal,	su	ta	tro.
hú	Des	pien	Di	lo	De	mi	es
rom	so	sue	tan	ta	rras	ros	gui
bas	me	ma!»	Ten (1)	ro	ma	roz	cri
llo	to,	bom	ci	y	le-el	du	lo
do	al	la	ro	di	co	me un	fe
Y—	zos. (64)	ta	zam	dre	zo,	al	el
del	ca	«¡Ma	bo	bo	do-en	mo	duer

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

GEROGLÍFICO NÚM. 39













PERIÓDICO LITERARIO

Mayo 5 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 40.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

—

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

LUCHAS DEL ALMA

POR aquellos dias, volvió la señorita Ovalle de su viaje á Córdoba.... Viaje verdaderamente desastroso!.... La anciana madrina se habia dignado exhalar el último suspiro en brazos de la interesante ahijada; pero en su testamento solo se habia acordado de ella para dejarle un legado de módico valor.—El resto de su fortuna,—que no era tan cuantiosa como se suponia,—debia repartirse entre los conventos de la devotísima ciudad!—La indignada legataria atribuia ese calamitoso testamento á la influencia de los clérigos y de las monjas de Córdoba, que se habian complotado para arrebatarle aquella herencia, y con ella todas sus esperanzas de color de rosa.—La enferma habia testado dos dias antes de la llegada de Pancha, y ella, ajena á la tenebrosa intriga, siempre delicada de sentimientos, no se habia preocupado de averiguar el sentido de las disposiciones testamentarias.... Verdad que el testamento era cerrado, y la tia ya habia perdido el habla cuando llegó la sobrina!—pero, de todas maneras, la señorita Ovalle, conversadora y espansiva como siempre, sabia poner muy de relieve el contraste honroso entre su desinterés absoluto y la codicia artera del fanatismo cordobés.... Desenvolvia una elocuencia rara para describir todas las cosas feas que habia visto en Córdoba, y se desbordaba patéticamente contra *los abusos de la Iglesia*....

—Panchita, no le queda más remedio que hacerse volteriana!—decia el doctor Nugués, gozándose en tirarle la lengua.

Pero la indignacion de Panchita tenia tambien otro objetivo.... Estaba furiosa con el Baron Romberg, que se le habia escapado para Tucuman así que tuvo noticia de la apertura del testamento de la tia.—Habia cometido el Austriaco esta infidencia, observando siempre las formas de su galantería irreprochable.—Fué á despedirse de Panchita, le reiteró su *condoléance* por el fallecimiento de la respetable dama, y áun protestó que regresaría con aquella á Buenos Aires *si no le hubiese comprometido el Présidente Avellaneda á visitar la bella tierra de su nacimiento*.... No tragaba estos anzuelos la señorita Ovalle.... Acusaba al Baron Romberg de ser un insigne hipócrita, y de no tener entrañas, ni más Dios que el dinero.... Sublevábanse con esto los generosos sentimientos de su alma, á juzgar por las vociferaciones de su lengua; y cuando volvia al tema de las intrigas clericales que le habian arrebatado la herencia, no podia menos de afirmar melancólicamente que con esa herencia habria sido en breve nada menos que la señora del Ministro Austriaco!.... Para colmo de males, don Alejo Nuñez la recibió anunciándole que su enlace con Genoveva Ortiz se verificaria en el próximo invierno, y eso á más tardar, porque don Alejo, con una impaciencia digna de la ardorosa juventud, forcejeaba todavía por acortar el plazo.... Y ella, tan desinteresada, tan imprevisora, que habia favorecido los amores de su candoroso cuñado con la astuta viuda de Nevares!—¿Tendria que renunciar irremisiblemente á todas las ilusiones del amor? Pudo notarse, desde aquella fecha, que comenzó á descuidar así las flexibles estrecheces de su cintura fugitiva como los primores arquitectónicos de sus piés volátiles!

Fué Rodolfo De Siani una de las primeras visitas que recibió Pancha Ovalle. Habian pasado una larga temporada de relaciones bastante frias, porque él se negaba á entrar en confidencias con ella, temiendo sus indiscreciones,—y ella, para vengarse de tan injusto desvío, habia puesto sus servicios á la disposicion de Genoveva.—Rodolfo, ahora, se presenta con una amabilidad particular, rindiendo culto asíduo al salon casi desierto de su antigua amiga.—Pancha le recibe como á un compañero fiel de la desgracia;—le refiere todas sus cuitas, sin exponerse á oír las sátiras intempestivas del doctor Nugués, obligándole indirectamente á referir las suyas, pues debe tenerlas Rodolfo cuando hay en su rostro tan visibles huellas de inquietud y de dolor.—Y Rodolfo no se hace de rogar.—Cuenta que está completamente olvidado de Genoveva y que ama con delirio á Marta. Cuenta que Marta habia llegado á corresponderle, y áun afirma que ella todavia le ama; pero un complot tenebroso, formidable, abre un abismo entre ellos dos, extraviando y exasperando el carácter altivo de la jóven.—Lo que Rodolfo necesita ahora es conocer ese complot, descubrir su trama para poder luchar contra él.... Hay un enemigo oculto.... Ó Genoveva, ó el doctor Nugués, ó acaso Orfilia.... ¿Quién más habilitada que Pancha Ovalle para un trabajo de exploracion activa?—Ella lo comprende, y se ofrece, guardándose bien de confesar que ha servido de intermediaria en las primeras querellas de Genoveva y Marta.—Rodolfo acepta con agradecimiento, y la campaña empieza.

Empieza por el doctor Nugués, á quien Pancha hace llamar só pretexto de que su mamá está enferma.—Cosa de nada!—Un resfrio con apreton de garganta.... Receta el facultativo, y pretende escurrirse, pero Pancha le aprisiona con esta brusca interrogacion:

—¿Y qué me dice usted de las novedades del Tigre?—Genoveva Ortiz que se casa con Alejo Nuñez.... Marta Valdenegros que rompe inopinadamente con Rodolfo De Siani....

—Don Alejo Nuñez, responde el doctor Nugués, comenzando á pasearse por la sala mientras Pancha se sienta en un sillon,—don Alejo Nuñez es un grande hombre, un gigante, un titan!—Para encontrarle émulo, necesitariamos remontarnos hasta la mitologia y tropezar con aquel famoso Atlas, que soportaba sobre su cabeza todo el peso del mundo.... Marta Valdenegros es tambien un ejemplar curioso en la galería humana! Mire, Panchita.—Yo me casaria con ella, respetando su cuerpo, que es hermoso, y hasta su fortuna, que es fascinadora, sólo para tener ocasion de estudiar prolijamente la fisiologia de su espíritu!

—Pues ahora, doctor Nugués, sin necesidad de respetos, debe usted aprovechar la ocasion....

—¿Qué ocasion?

—Vamos! tiene usted la mitad del camino andado. A fuerza de repetir que Rodolfo es un forajido, ha conseguido que Marta lo crea al pié de la letra.... Picaron! No es poco, desembarazarse de un rival temible.... y es mucho ya ejercer influencia sobre el alma de una jóven....

El doctor Nugués se detuvo delante del sillon de Pancha y la miró con sorna.

—Debo hacerle una prevencion amistosa, dijo en seguida, con una risita cargante;—nó se precipite demasiado desempeñando la mision de interrogar á las personas que suelen estar de vuelta cuando otras van!—Sepa ahora una cosa,—y es que su amigo Rodolfo presenta muchas facetas.—La que yo conozco no es, no puede ser, la que conoce Marta, y ambas, sin embargo, conducen al mismo resultado!—Entiéndase con Genoveva Ortiz.... Por lo demás, en la historia natural de la raza humana, nadie ignora que los forajidos suelen gozar de gran prestigio sobre el corazon de las mujeres!

Y saludó con una inclinacion de cabeza, dejando á Pancha muy poco satisfecha del fruto recogido en aquella primera pesquisa.

Dos dias más tarde, la exploradora obtuvo compañía adecuada para trasladarse al Tigre. Eran unas amigas suyas que tenian parientes veraneando en aquel lugar, adonde iban con frecuencia. —Durante el trayecto, conversaron largamente de la ruptura entre Rodolfo y Marta.... Segun ellas, no se hablaba de otra cosa en el Tigre, siendo materia especial de escándalo el latigazo con que la jóven habia obsequiado al jóven en el camino de las Conchas.... ¿Por ventura, aquella señorita, en razon de su fortuna excepcional, se creía autorizada á todo en este mundo?—Sin embargo, añadian las amigas, *toda la gente* sospechaba que algo muy grave habia descubierto Marta en relacion á Rodolfo cuando se atrevia á inferirle tan bárbaros ultrajes; y sobre este tópico soltaban reticencias comprometedoras para la hermosa viuda de Nevares.

Bajo estas impresiones, fué Pancha á casa de Genoveva. Era medio dia y ella estaba enteramente sola, pues los niños,—terminadas ya las vacaciones,—habian vuelto á su respectivo colegio.—La entrevista tuvo muy poco de cordial.—Los desengaños de Pancha en el viaje á Córdoba no lograron interesar la sensibilidad de Genoveva, y ésta habló sin calor de su casamiento con don Alejo Nuñez.

—Tuviste que renunciar á Rodolfo!—dijo la otra, procurando picarle el amor propio.

—Es cierto, respondió la viuda, muy tranquila; pensaba acertadamente Rodolfo al pensar que era nuestro enlace una locura!

—Pero la partida no es igual, ingrata!—Tú te reservas marido, y no quieres que él encuentre esposa....

—¿Cómo así?

—Has conseguido enemistarle con Marta Valdenegros!

—Te consta lo contrario, replicó imperiosamente Genoveva;—sabes que Marta me tenia en ménos y que el mismo Rodolfo le contaba nuestros amores.... á su modo!.... Es igual!—No quiero volver á oir hablar de estas cosas.... Las paredes de mi casa tienen oidos!—Tu amigo así lo cree;—sea!—Te ruego que no vuelvas á presentarte desempeñando comisiones suyas.

Nada le valieron á la señorita Ovalle sus negativas y protestas. - Genoveva cortó la discusion con palabras enérgicas, maravillándose aquella de que tan fácilmente le descubriesen el juego!

Orfilia y Marta quedaban aún por explorar. Marta, aquel dia, no recibia visitas.—Orfilia se mostró muy amable, pero muy reservada.—En vano exageraba Pancha la impresion que producia entre las familias del Tigre saber que Marta daba de latigazos á un pariente suyo. Orfilia se encogia de hombros; ni ella ni su esposo intervenian en las intimidades de la jóven.—Tampoco sabian fijamente la causa del rompimiento; respetaban la deliberada reserva en que Marta habia envuelto siempre sus relaciones con Rodolfo.

—Intrigas del doctor Nugués! exclamó Pancha.

Orfilia quiso ser franca para defenderle mejor.

—Te engañas.—Son conocidas las opiniones del doctor Nugués sobre Rodolfo; pero él se ha negado rotundamente á dar el fundamento de sus opiniones. Confiesa que no tiene como justificarlas y prefiere callar.—Te juro que esta es la verdad de las cosas!

Un juramento de Orfilia imponia respeto.—Pancha quedó convencida y procuró otro hilo en sus pesquisas.

—Entonces, dijo,—la intriga parte de tu prima Genoveva.... No hay la menor duda!

—Eso, respondió Orfilia, tú puedes saberlo mejor que nadie. ¿No viniste á decirme que Rodolfo estaba enamorado de Genoveva y sólo perseguia en Marta la fortuna?—Me parece que se lo dijiste á ella misma!—Si ella lo ha creido, estaria suficientemente explicada la ruptura.... Debo prevenirte, sin embargo, que Marta tiene una alta idea de Genoveva..... No se cansa de proclamar su honradez..... Por consiguiente, Pancha, aquí vivimos en paz con todo el mundo. El doctor Nugués no pierde su tiempo en intrigas.—Estamos en entredicho con Genoveva, es cierto, por cosas muy antiguas; pero nadie se permite hablar de ella en mal sentido. Cada cual se ocupa de lo suyo; Marta gobierna su corazon libremente, y es inútil que se agite el mundo por saber si ella lo gobierna mal ó lo gobierna bien!

La señorita Ovalle alega en su defensa *las buenas intenciones* con que había hablado á Marta de las *simpatías aparentes* que Rodolfo demostraba á Genoveva;—tuvo todavía *la nobleza* (asi decia ella) de confesar que se habia equivocado al dudar de la sinceridad de Rodolfo, y ensayó diversos medios para arrancar nuevas confidencias á Orfilia; pero esta, sin perder su amabilidad paciente y serena, se conservó impertérrita en el círculo de sus declaraciones anteriores.—No habia más que hacer, y Pancha levantó sus reales, sumamente pesarosa de ver terminada sin éxito su campaña, y agradecida á Orfilia, por haberle ahorrado al ménos el reproche de ser una emisaria de Rodolfo!

Al dia siguiente, daba ella cuenta de su comision, haciendo grandes esfuerzos de memoria para repetir todo lo que le habian dicho, Orfilia, Genoveva y el Dr. Nugués, con exclusion de aquello que la comprometia malamente.—Grande fué su asombro al ver que Rodolfo escuchaba complacido aquellas informaciones para ella tan insustanciales, y mayor aún cuando el jóven dijo, en tono de intimidad bondadosa:

—Se ha portado usted á las mil maravillas!—Quedo profundamente grato.... pero las buenas acciones no deben hacerse á medias.... Usted me oculta algo,—y algo muy importante!—Tuvimos, Pancha, nuestra mala época. Yo no cultivaba, como era mi deber, la amistad de usted, y usted se habia entregado á Genoveva en cuerpo y alma.... ¿Qué extraño, pues, que usted se encargase de hacerle saber á Marta mis relaciones con la viuda?.... Recuerdo que Marta me lo dijo una noche, y ella no tenia interés en inventarlo.... Tranquilícese.... Si no se lo tomo á mal!.... Todo lo contrario.... Si usted no hubiese llevado esa historia, otro la habria llevado, y habria sido mucho peor.... Entre tanto, de todas las indagaciones posibles, la que mas podria halagarme seria precisamente esta: saber que Marta obra bajo la influencia única de los celos, creyendo que amo á Genoveva y que sólo me acerca á ella la codicia....

Pancha tuvo que rendirse á estas razones, y confesó paladinamente su pecado, no sin excusarlo con las injustas frialdades de Rodolfo y la dominacion fatal que sobre ella ejercia Genoveva.

—¿Y Marta,—que respondia Marta, cuando usted le decia esas cosas?

—Desdeñosa, muy desdeñosa.... Tambien....

—¿Tambien qué? Prosiga....

Panchita se ruborizaba.—Rodolfo debió estimularla nuevamente, y ella entónces dijo:

—Marta, en esa fecha, juzgaba muy desfavorablemente a Genoveva.... Pretendia que usted la consideraba una mujer perdida,.... una relacion de mal género....

—Y usted, Pancha....

—Yo...: debo decirle la verdad.... Cómo usted no me habia hecho ninguna confidencia.... era natural que me atuviese á lo que contaba Genoveva.... Por eso, yo le sostenia á Marta que Genoveva es una mujer honrada....

Llegada la conversacion á este punto, no quiso Rodolfo saber más, dejándose llevar por una verdadera explosion de alegría. Creia haber descubierto la clave del enigma. Haciase la ilusion de tener como único enemigo á un fantasma agigantado por la imaginacion de Marta.... ¿Qué importaban los ultrajes, los vejámenes?—Escondíase en ellos el fermento del amor ofendido y sublevado.... La constancia, la consagracion, disiparian, sin duda, aquellos agravios suscitados por una intriga baladi en un corazon exageradamente susceptible y receloso.... Concluiria Marta por oirle, y él, ahora más que nunca, tenia fé en la fuerza de su palabra y en la fascinacion de su presencia.

Aturdido con esas esperanzas, y dominando sin repugnancia su orgullo, reanudó Rodolfo sus visitas del Tigre.—Orfilia y el doctor Arismendi le recibieron como siempre, con sencilla cortesia, con naturalidad indiferente. Tambien Marta salió á saludarle, repitiendo la ficcion de extender la mano para retirarla, con un movimiento de horror, antes de que él pudiese tocarla.—Sentóse después al lado de Orfilia, levantándose á ratos para ir á las habitaciones interiores, inquieta, nerviosa, sardónica, aprovechando siempre las oportunidades de lanzar un epigrama envenenado, un dardo agudo, cuya herida hacia temblar á Rodolfo. Repetia Rodolfo la visita, y Marta repetia la escena, y emponzoñaba sus epigramas, y aguzaba sus dardos, rencorosa, implacable, respirando con fuerza en el áspero placer de una venganza inextinguible..... ¿Como conseguir hablarle á solas?—¿Como hacer llegar hasta ella una palabra de justificacion y de amor? Nuevamente escribió Rodolfo una carta, y nuevamente Marta se la devolvió cerrada..... Ah! pero se conocia que algunas lágrimas habian regado su cubierta!

Corria entre tanto el tiempo. Era ya el mes de Marzo. La situacion de Rodolfo llegaba á ser desesperada. Don Agustin de la Peña habia renunciado sus poderes, para no verse comprometido en la catástrofe inmediata que presagiaba á su poderdante, aún sin conocer todas las causas que la hacian inconjurable. El Banco de la Provincia proveia á todas las disipaciones de Rodolfo; pero, á fin de tenerlo disponible, habia sido menester apurar los estratajemas dolosos. No bastaba ya la simulacion de la gran empresa agrícola, para la cual Rodolfo y sus asociados habian pedido ingentes capitales. Simulaban operaciones concernientes á la empresa y presentaban al descuento valores de comercio imaginarios. Para cubrir despues una parte de esos valores, se habian visto obligados á falsificar una letra, suscrita por comerciantes conocidos, esperando rescatarla antes de su vencimiento; y en todas estas maniobras criminales ya no obedecia Rodolfo solamente al impulso de sus propios desórdenes; estaba sujeto á la ominosa cadena de la complicidad y debia subvenir á todos los desórdenes de sus cómplices. Pero él, durante algun tiempo, se habia dejado deslizar por aquella pendiente, despreocupado, impávido, aceptándolo todo, como una aventura pasajera, como una nueva calaverada juvenil, cuyos peligros transitorios disiparia en breve su ya seguro casamiento con Marta Valdenegros... El despertar habia sido terrible... Quedaba Rodolfo espantado ante la obstinacion de Marta, y veia acercarse, justiciero y pavoroso, el dia de la bancarrota, de la deshonra, de la miseria, del hundimiento inevitable en los últimos abismos de la degradacion social.

A veces, en el paroxismo de su desesperacion, rehacia sus pasadas ilusiones, casi certidumbre un dia... Dueño de una fortuna inmensa, eliminaba instantáneamente sus miserias, borraba la huella de sus faltas, colmaba hasta la saciedad sus ambiciónes, serenaba los horizontes de su vida, afianzaba el porvenir con la fuerza superior de una opulencia incontrastable.... Forjábase en aquellos instantes una fantasía extraña á las corrientes habituales de su naturaleza pervertida.... Creia sentir una reaccion de dignidad.... Imaginaba que la adquisicion de una fortuna inmensa hubiera podido asegurarle, á la par de la bonanza y de la felicidad, la regeneracion moral de su existencia, por el sentimiento responsable del poder que un enorme caudal representa en las sociedades humanas.—Y entónces, cuando llegaba á la cumbre de estas visiones engañosas, recobraba el sentido de la realidad, palpaba los horrores de su situacion, y se horrorizaba aún más de la debilidad de su albedrío con las pasiones y bajezas que le habian conducido á ese abismo! ¿Porqué no habia sido capaz de dominar su amor al fausto, sus instintos de disipacion y libertinaje? ¿Porque se habian dejado arrebatar por aquel capricho ardiente de la posesion de Genoveva? ¿Amaba acaso á ese mujer?—Si la hubiese verdaderamente amado—¿sólo por haberla poseido se habria desvanecido la pasion?—Si la hubiese verdaderamente amado—¿habria sido suficiente que otra mujer le opusiese una resistencia indómita para encender la llama de otra pasion en su alma? Rodolfo cree sentir ahora la obsesion de Marta;—tiénela constantemente en su presencia, y ella le flagela sin piedad con su mirada, con su risa, con su palabra, con su látigo.... Aquella altaneria indomable, aquella saña hiriente, donde la cólera desborda mezclada con el amor ofendido, embellecen y prestigian ahora la fisonomia física y moral de Marta.... Ya la ambicion y el amor ruedan confundidos en el alma tormentosa de Rodolfo..... Siéntese capaz de repetir con sinceridad, con fuego intenso, arrancado á las profundidades de su ser, todo lo que antes forjaba con perfidia helada para cautivar á una heredera opulenta..... Si le fuese dado hablarle!.... ¿Cómo no podria ahora lograr con la verdad lo que antes con el engaño habia logrado? Esta esperanza terca, última esperanza de salvacion, le alienta siempre para seguir visitando á Marta; pero ella, destilando agravios, erizada de ironias, inflexible y cruel, le rechaza constantemente hácia el abismo de deshonra, degradacion y miseria que se abre á sus piés como termino fatal de su existencia!

Marta se habia encerrado nuevamente en su reserva sombria.—La confesion de que amaba á Rodolfo le habia hecho derramar tantas lágrimas que se creia dispensada del sacrificio de una nueva confesion. . . . Sobre todo, no confesaria jamás la causa de su ruptura con Rodolfo. Seria excesiva humillacion descubrir aquel raro misterio de su alma, amarrada al amor de un alma infame!—Orfilia, prudente y hábil, sabia contemporizar hasta el último extremo con el carácter de su amiga, pero insistia suavemente en la necesidad de hacer más efectiva la ruptura, de poner una barrera insalvable entre Rodolfo y ella . . . . Marta eludia siempre la respuesta, y su silencio era una negativa implícita. . . . ¿No le había fatigado la venganza?—Talvez su corazon enfermo encontraba todavia en ella, por una combinacion monstruosa, el placer que inspira la presencia de la persona amada!—Pero Orfilia insistia siempre.—Creyó causar efecto en Marta contándole lo que habia dicho Pancha Ovalla sobre la publicidad que tenia entre las familias del Tigre el incidente del latigazo dado á Rodolfo, y quedó asombrada al

apercibirse de que su jóven amiga recibia la noticia con manifestaciones de júbilo.

—¿Te alegras? Está bien; es el colmo de la venganza contra un hombre infiel, ingrato, ó que se yó! —Démosla por concluida y empieze de una vez el olvido. . . . ¿No te hallas tódavia satisfecha?

—Todavia no! respondió Marta, entre risas y lágrimas.

Ya Orfilia obsérvaba con amarga tristeza el empecinamiento de su jóven amiga.—Creia discernir en él, ó un fondo de maldad innata, ó el peligro de una debilidad, de una reaccion favorable para el hombre que ella misma no podia mirar sin repulsion instintiva, envuelto en la atmósfera misteriosa y siniestra que le habian formado los juicios del doctor Nugués y los anatemas de Marta.

¿Existia realmente el peligro?—En ciertos momentos, volvia Marta los ojos al pasado y comparaba los dolores de hoy con los que habia experimentado en sus otros amores infelices.—Recordaba el idilio plebeyo de las Alamedas. Habia estado, sí, realmente enamorada de Jorge; pero aquella pasion, qué pasion inconsistente y fugaz!—No habia sido un imposible para su corazon pronunciar un voto de renuncia á ella, cediendo blandamente á los consejos de la razon serena. Habia sufrido, sí, creyendo sufrir inmensamente; pero con cuanta facilidad la ausencia, las nuevas impresiones, las locas ambiciones del mundo, consiguieron borrar para siempre de su alma la imágen de un hombre que nada habia hecho para merecer el olvido y todo para merecer el amor!—Recordaba después la fantasía aristocrática originada por su viage con el Baron Romberg.—¿Tambien habia estado enamorada entónces? Probablemente sí, puesto que ella lo creia, puesto que tan hondas tempestades levantó en su espíritu la sórdida franqueza del señor Baron. Mucho sufrió tambien en ese tiempo; grandes decepciones acosaron su alma, dejándola impregnada con la sombra de dudas y recelos que mataron todos los encantos morales de su juventud; pero el hombre que se mostró indigno de su amor no conservó la posesion de su alma; ella no soportó esa afrenta; ella supo castigarle con el desprecio y el olvido!—Y ahora, en su nueva pasion—¿qué tremendo suplicio queria imponerle el cielo?—¿Porque habia ámado á Rodolfo, cuando se creia ya incapaz de amar? ¿Porque le habia amado como jamás amara á otro hombre?—¿Porqué Rodolfo, descubierto en su traicion, desenmascarado en sus vicios, infame y execrable, era todavia para ella el soberano triunfante que la subyugaba, el genio poderoso, infernal que hacia estremecer su carne, que retorcia las fibras de su corazon y desquiciaba las ideas de su pensamiento? ¿Porqué? Sentia á veces que una ternura voluptuosa embargaba todas las energias de su vida.... Evocaba dulcemente la seductora imagen de Rodolfo..... Estaba él allí con su sombreada palidez, con sus miradas calcinantes, con su palabra ardiente, con sus audacias lúbricas.... Y ella desmayaba en la ternura voluptuosa de su ensueño, hasta que surgiendo potente la reaccion natural de su dignidad y de su orgullo, maldecia su flaqueza y se avergonzaba de sí misma..... Para darse fuerzas, evocaba nuevamente la imágen de Rodolfo, pero Rodolfo, aleve, libertino, desvergonzado, cínico, mendigando las caricias de Genoveva á quien vilmente calumniaba; y entonces, con el embate de esas dobles visiones, amorosas y ultrajantes, se fortalecia en ella aquel deseo inextinguible de venganza que no admitia ni perdon ni olvido, y era como el ultimo eslabon de la cadena inquebrantable que vinculaba fatalmente su destino al fatídico destino de Rodolfo!

Los paseos á caballo y las excursiones fluviales habian ido fatigando paulatinamente á Marta.— En algunos dias, preferia permanecer en la indolencia, hundida en un sillon de su alcoba, casi completamente á oscuras.—Otras veces, pasaba largas horas en la iglesia, haciendo esfuerzos tenaces para curar las heridas de su corazon con la santa mirra de la fé; pero la gracia divina no descendia hasta ella. Eran sus oraciones impotentes, para exorcisar aquella pasion irresistible y degradante, que la poseía como una sustancia deletérea, inoculada en la sangre de sus venas, en la médula de sus huesos, en los tejidos celulares de sus nervios, y en todos los organismos de su ser!

En medio de tantas torturas indecibles, Marta recordaba tiernamente á sus abuelos, y se planteaba á si misma un problema lleno de lúgubres incertidumbres. —¿Reposan al fin aquellos nobles ancianos? ¿Viven extraños á los nuevos sinsabores de su nieta, ya desesperados, ya incurables,—ó la acompañan tambien en su desgracia, sufriendo como ella, prolongando en la vida ulterior los mismos dolores de la tierra? Ella preferiria saber que el éco de las miserias del mundo no profana la beatitud de sus almas en el cielo, como no perturba el reposo de sus restos mortales en el panteon sagrado. . . Desgraciada! ¿Sabes si allí, realmente, yacen esos restos en reposo?

Era una tarde, á mediados de Marzo. Traen del correo una carta con sobrescrito para Marta.... Letra desconocida... ¿Acaso una celada de Rodolfo?—No importa! No está comprometido el orgullo, y Marta rompe la cubierta sin temor.... Los *Hijos de las Tinieblas* anuncian allí, en términos brutales, que tienen en su poder los cadáveres de los ésposos Valdenegros y que cometerán en ellos profanaciones horrendas si al dia siguiente, en Buenos Aires, por el medio que indican, no se les hace entrega de una enorme suma de dinero. Previenen además que la menor denuncia levantará cien puñales sobre el corazon de Marta!

Ella quedó aterrada.—Veia en aquella infamia un paso más de su fatal destino.... Su fortuna era la maldicion de su vida.—Existia para todos el amor, pero ella sólo despertaba vil codicia.... Todos tenian derecho al descanso sepulcral de sus mayores; pero ella, con su fortuna inmensa, daba cita al sacrilegio en la fastuosa tumba de los suyos!

Orfilia procuró calmarla, sin dejar de estar ella misma vivamente impresionada. Desde luego, Marta declaraba con imperio que era menester entregar la suma reclamada, á fin de rescatar los cádaveres.... Todo lo que pedian, y más aún, si necesario fuese!

—Esperemos la vuelta de mi marido, decia Orfilia con dulzura —él sabrá aconsejarte.

No tardó en llegar el doctor Arismendi, que habia ido como de ordinario á la ciudad. Orfilia y Marta salieron á recibirle al corredor.....

—¿Hay novedad? preguntó ansioso.

Marta soltó el llanto y Orfilia comenzó á explicarse. Pero el docter Arismendi la interrumpió con un gesto, y abrazó solemnemente á su pupila.

Todo estaba satisfactoriamente arreglado. Habiendo el doctor Arismendi recibido una carta idéntica á la de Marta, no habia perdido un minuto para trasmitirla al Jefe de Policía. Empezaron inmediatamente las indagaciones en la Recoleta. Faltaban, en efecto, dos atabudes en el sepulcro de la familia Valdenegros, y tenia este falseada la cerradura de su puerta de hierro; pero el delito habia dejado huellas, y los dos atahudes fueron pronto hallados en el interior de otro sepulcro, cuya lápida tambien habia sido violentada.—Al mismo tiempo, estaban tomadas las medidas conducentes para que los culpables cayesen en poder de la justicia, en el acto de ir á recoger el fruto de su crímen. Nada habia que temer; las amenazas de esos miserables eran una fórmula usual y vana de sus abominables tentativas.

Las seguridades del doctor Arismendi quedaron al dia siguiente confirmadas.—Aprehendió la Policia á los autores y cómplices del delito,—pasando su causa á la jurisdiccion ordinaria.—Dos dias despues, pidió Marta á Orfilia que la acompañase á Buenos Aires para visitar la tumba de sus abuelos.—Pudo cerciorarse de que los dos atahudes estaban allí, inviolados, intactos. Oró y lloró junto á ellos durante largas horas.

Le fué hondamente doloroso abandonarlos, y despues, á la noche, cuando regresó al Tigre, paseando solitaria en las oscuridades de su alcoba, volvia tenazmente á cavilar que su fortuna inmensa era la maldicion de su vida,—y qué mucho que por ella no hubiese esperanza de paz para su alma si tampoco la habia para el sagrado panteon de su familia!

Aquel incidente puso fin á todos los paseos de Marta.—Nadie volvió á encontrar á la amazona, en los caminos apartados. Nadie volvió á divisar en el rio á la intrépida argonauta.— En las noches sin luna, caminaba por las calles del jardin, arrancando las flores de las plantas y las ramas de los árboles con manos extraviadas, mezclando con los rumores vagos de la noche palabras inconexas de melancólica armonia. Pasaba el resto de su vida retirada en su alcoba, donde frecuentemente la acompañaba Orfilia haciendo oir en aquel ambiente lúgubre la nota plácida y discreta de su admirable buen sentido. El niño de Orfilia gozaba tambien de libre acceso en las habitaciones de Marta. . . Ella le acariciaba con ternura, derramando algunas veces lágrimas que le asustaban y le hacian huir.—Se habia enflaquecido, y tenia en su rostro como una expresion sombria de maceraciones ascéticas. Hacia ya muchos dias que no visitaba Rodolfo; pero otra carta suya, tan pronto recibida como devuelta sin abrir, habia anunciado á Marta que aquel hombre esperaba todavia vencerla. . . y ella, despedazada en sus torturas, se sentia sin embargo infl·xible. . . Nó! . . No la venceria!

(Concluirá en el próximo número).

RECUERDOS ÍNTIMOS

XLIII

BASTÒ un instante oh Dios! i ya mi pecho
Tu bella imágen guarda:
Tiene tanta expresion, tanta ternura
Tu voz vibrante i clara.

Cuando la frente virginal inclinas
Y las pupilas bajas,
Me parece que lloras porque vives
En extranjera playa.

No las auras de Amèrica han mecido
La cuna de tu infancia,
Ni modula tu idioma el làbio mio
Ni es mi patria tu patria.

Y cuando niño, si en mis dulces sueños
La dicha imajinaba,
Asì, como eres tu, la presentia
Mi mente entusiasmada.

De frente altiva, de cabello oscuro
De limpida mirada
En los ojos azules reflejando
El cielo de la Italia.

Hijo yo de los Andes, con las hijas
De los Alpes soñaba
Y aunque su cima no escalè, te encuentro
Hoi en la màrjen oriental del Plata.

XLIV

Apenas un instante
Sentì tu amable acento—
Ai! porquè entònces te dejè, si solo
Palpita i vive por tu amor mi pecho?

Al comtemplarte tuve
Los frìvolos recelos
Que siente el niño, si á su vista un rayo
Cruza la etèrea inmensidad del cielo.

Porquè no te hablè entònces
De mi cariño inmenso?
Por què mi labio enmudeciò? Perdona,
Temblò mi pobre corazon de miedo.

¿Què pude, dì, ofrecerte
Si nada grande tengo;
Si ni la fè que idializò mi infancia,
Hoi en mi triste juventud conservo?

Sin rumbo i sin destino
Por el mundo navego:
Salvè en las ondas del Lebù, y ahora
Vuelvo en el Plata á naufragar de nuevo.

Tened piedad, amiga,
!De mi angustiado pecho!
Oye, yo guardo de ternura un mundo;
Mira, yo tengo un corazon de fuego.

Cuando en mis tristes noches
Con tus pupilas sueño,
Que por mis venas turbulenta pasa
La hirviente lava del Vesubio siento.

Los bosques de mi patria
Por ti risueño dejo,
Y embebecido en tu cariño entònces
Surco el ocèano i á la Italia llego.

Y allì contigo, niña,
A Nàpoles contemplo:
Tù en sus jardines bulliciosa corres,
Y yo las huellas de tus plantas beso.

. . . .
. . . .

Porquè, si hasta dormido
Te adora el pensamiento
Asì mi làbio enmudeciò? Perdona,
Temblò mi pobre corazon de miedo.

Montevideo, Abril de 1884.

W. Athelstone.

PASATIEMPO

LA mujer de un zapatero, que por su estado *especial*, tenia cada dia un antojo distinto, se acercò á su esposo, que se desvivia por satisfacerlos todos, y le dijo:

—Luis mio, perdòname si soy tan exijente, pero desearia que accedieses á mi ùltimo capricho.

—Dì cuàles.

—Tengo la seguridad de que no vas à querer...

—Ya sabes que los he satisfecho todos, y lo mismo harè con este. ¿Què es?

—No te enfades...quisiera quedarme viuda.



En los bailes las niñas suelen apuntar en el programa, al lado de cada pieza el nombre del jòven con que tienen compromiso para bailarla.

A una niña forastera se le cayò un programa que decia asì, por ignorar ella los nombres de los comprometidos:

Wals—El pollo que anda tieso.
Polka—El más ji-life.
Cuadrillas—El hijo de la que se pinta.
Mazurka—El de los caramelos.
Y así hasta el final.



Un sujeto muy avaro y algo tartamudo decia, à propòsito de lo caro que està todo en Montevideo.

—¿Querrán us...te...tedes...cre..·creer...que... me ha costado diez...na... nacionales...un...un pan...

—No puede ser, interrumpiò vivamente uno de sus oyentes.

—Si, señor: diez nacionales...un pan...talon.



Diàlogo en un cafè con honores de taberna:

—Yo, puedes creerlo, estoy mas tranquilo porque el arrepentimiento lava toda mancha.

— Pues mira, haz que se arrepienta tu pantalon.



—Tia, dème la capa.

—Pero, muchacho, ¿vas à salir con capa à mediados de Diciembre?

—Si me dà mucho calor, la dejarè en el Montepio de la esquina.



—Cree Vd. en la trasmigracion de las almas D Tadeo?

—Si, señor, ereo, à piès juntillos, y la prueba es qne yo he sido borrico...

—Hombre, borrico Vd.! ¿Y cuándo?

—Cuando le prestè à vd. los cien nacionales, que aun no me ha deuelto, ni me volverá jamàs.



La señorita Cardinal, que ha llevado sus compasiones por los hombres enamorados de ella à extremos inconvenientes, vá à casarse.

Pero, en el momento de ponerse en camino para la Iglesia, un escrùpulo la detiene, no quiere ponerse la corona de azahares.

La Sra. Cardinal se enfurece y grita:

—Vas à ponèrtela. Yo te lo ordeno. ¿Què te importa, puesto que son artificiales, tonta?



La señora de Bartuldo toma una cocinera, à la que se le hace toda clase de recomendaciones.

—Sobre todo, hija, le dice al terminar, tenga mucho cuidado con el fuego: tengo un miedo horrible á los incendios.

—Oh! la señora puede estar tranquila, responde la cocinera, casi todas las noches habrá un bombero en la cocina.

En un club:

—¿Còmo quereis que la deje? Amenaza con echarse por la ventana. Hasta la abre y yo me veo obligado à cerrarla.

— Ese es su error, querido, àbrala Vd. mismo y ella la cerrarà... de miedo de resfriarse.



Un niñito mira con gran curiosidad à un señor adornado por una calvicie estravagante.

Despues de contemplarla se inclina de repente hàcia su mamá y le dice;

—Dime, mamà; ¿à las personas grandes se les pega allì cuando hacen mal?



Una cantante, pobre de talento, pero rica de protecciones, se quejaba de no estar contratada para ninguna compañia de òpera.

—En vuestro lugar, le dice una compañera, me contrataria en un cafè concierto.

—Yo, cantar al aire libre, nunca!

—Es justo, no teneis nada de comun con los ruiseñores.



SANTA

(EPISODIO DEL MAHABJHARATA)

El rey de Anga, Lomapad glorioso,
A un brahman ofendiò, no dando en premio
De un sacrificio lo que dar debiera.
Irritados entònces los brahmanes,
Salieron todos de su reino: el humo
Del holocausto al cielo no subia;
Indra negaba la fecunda lluvia,
Y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
El parecer de los varones doctos,
Y los llamò à consejo, y preguntòles
Què medio hallaban de aplacar la ira
Del Dios que lanza el rayo y amontona
En el cielo del agua los raudales.
Mil sentencias se dieron; mas al cabo
El más prudente de los sabios dijo:
—Escucha, ¡oh rey! mientras brahman no haya
Que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed abriendo
El lìquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
Al sacrificio no se prestan. Oye
Para cumplir el venerando rito
Còmo hallar solo sacerdote puedes:
En la fèrtil orilla del Kausiki,
En lo esquivo y recòndito del bosque,
Del trato humano lèjos, su vivienda
Vifandák tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahman austero y penitente. Vive
En el yermo con èl su ùnico hijo,
El piadoso mancebo Risyaringa.
No viò à más hombre que à su padre nunca;
Solo frutos silvestres, hierbas solo
Y licor solo que entre rocas mana,
Alimento le dieron y bebida.
Tan inocente y puro es el mancebo,
Que de lo que es mujer no tiene idea.
Manda, pues, rey, que una doncella hermosa
Vaya al bosque, le hable, y con hechizos
De amor, cautivo à la ciudad le traiga.
Nó bien sus pies en tus sedientos campos
La huella estampen, no lo dudes, Indra
Dará propicio el suspirado riego.
Así hablò el sabio, y su atinado aviso
Agradò mucho al rey. Dinero y honras
Prometiò Lomapad á la doncella
Que hábil trajese al candoroso jòven:
Pero todas miraban con espanto
De Vifandák la maldicion horrible,
Y exclamaban: —!Oh prìncipe! perdona;
No llega á tal extremo nuestra audacia.
En tanto, iban mostrándose tan fieras
La sequia y el hambre, que perdieron
Toda esperanza el rey y sus vasallos,
Cuando Santa, del rey ùnica hija,

Vìrgen por su beldad maravillosa,
Modestamente se acercò à su padre
Y asì le hablò:—Si quieres, padre mio,
Yo he de intentar que venga á nuestra tierra
El Jòven que no viò seres humanos.
Con gran contento el rey escuchò à Santa,
Y al instante dispuso que una nave
Se aprestára, de flores y verdura
Cubierta por doquier, como retiro
Feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,
Fuè contra la corriente del Kausiki
Hasta llegar al prado y á la selva,
Mansion de Vifandàk el solitario.
Con discretos consejos de su Padre
Para tan àrdua empresa apercibida,
Santa desembarcò, y entrò en la choza
Do el mancebo por dicha estaba solo.
—Dime, *múni*, le dijo, sì te place
La penitencia aquì. ¿Vives alegre
En esta soledad? ¿Tienes en ella
Abundancia de frutos y raices?
—Tengo, contestò el jòven; mas ¿quièn eres
Que como llama refulgente luces?
Bebe del agua mia: te suplico
Que mis flores aceptes y mis frutos.
—Allà en mi soledad, replicò Santa,
Al otro lado de los altos montes,
Nacen flores màs bellas y olorosas,
Son los frutos màs dulces, y es más clara
Y màs salubre el agua de las fuentes.
—¡Oh huèsped celestial! dijo el mancebo;
Algun sèr superior eres sin duda.
Yo me postro á tus plantas y te adoro
Como adorar debemos á los dioses.
—¡Ah, no! tù eres mejor, tù eres perfecto,
Y adorarme no debes: yo rechazo
La no fundada adoracion: permite
Que te dè paz como se da en mi patria.
Cediendo en parte entònces al consejo
Discreto de su padre, y al impulso
Del corazon tambien, Santa la bella
Al cuello del garzon echò los brazos,
Y le diò un beso, y llena de sonrojo
Huyò á la nave do su padre estaba.
Volviò del bosque Vifandàk en esto,
Grave, terrible, penitente, todo
Desde los piès à la cabeza hirsuto.
—¡Hijo! exclamò, ¿por què has holgado, hijo?
Ni partiste la leña, ni atizaste
El fuego, ni lavaste la vajilla,
Ni la vaca cuidaste ni el becerro.
Mudado me pareces. ¿En què sueñas?
¿Què cavilas? ¿Sabrè lo que ha pasado?
—Un peregrino, respondiò el mancebo,
Estuvo por aqui de negros ojos
Y sonrosada y blanca faz; en trenzas
Los cabellos caian por su espalda;
En sus labios brillaba la sonrisa;
Gentil, gracioso, esbelto era su talle,
Y en suave curva levantado el pecho.
Como canta el *kokila* en la alborada,
Asì su voz sonaba en mis oidos,
Y à su andar una aroma yo sentia
Como el del aura en grata primavera.
No quiso de mis frutos, y no quiso
Agua tampoco de mis fuentes: frutos
Más sazonados me ofreciò y bebida
De más ricò sabor, cuya promesa
Bastó á embriagarme un tanto. Ciñò luègo
Con sus brazos mi cuello el peregrino,
Inclinò hácia la suya mi cabeza,
Tocò en mi boca con su amable boca,
Hizo un susurro pequeñito y blando,
Y por todo mi sèr discurriò al punto
Un estremecimiento delicioso.
Por este peregrino en vivas ánsias
Me consumo; do vive vivir quiero;
De que se ha ido el corazon me duele;
Y à hacer la misma penitencia aspiro
Que me enseñò, para endiosar el alma
Más eficaz ¡oh padre! que las tuyas.
Vifandàk contestò:—No te confies,
Hijo, en belleza material; à veces
Van los gigantes por el bosque errando,
Y toman bellas formas, con intento
De seducir á los varones pìos
Y perturbar su penitente vida.
Para buscar à Santa saliò entònces
Vifandák, ciego de furor; y apenas
Hubo salido, penetrò de nuevo
La linda moza con furtivos pasos.
La viò el mancebo, trèmulo de gozo;
Corriò à ella y dijo:—No te parese,
Huyamos sin tardanza do tù vives;
No nos halle mi padre cuando vuelva.
Asi Santa logrò que Risyaringa
La siguiese à la nave. Diò á los vientos
La vela entònces Lomapad, y raudo
Bajò por la corriente del Kausiki.
No bien puso la planta el virtuoso
Mancebo en tierra, cuando abierto el cielo
Vertiò torrentes de fecunda lluvia.
El rey, viendo sus votos ya cumplidos,
A Risyaringa desposò con Santa.
Volviò entre tanto, Vifandák del bosqne
A la chozá y al hijo fugitivo
Buscò en balde doquier. Con safia cruda
De Anga à la capital marchò en seguida
Para lanzar su maldicion tremenda.
Con la fatiga à reposar paròse
En medio del camino, y mirò en torno,
Y viò praderas de abundantes pastos,
Y ovejas mil y lucios corderillos
Y pastorès alegres.—¿Quièn os hace
Tan dichosos? les dijo y respondieron:
—El piadoso mancebo Risyaringa.
Siguiò su marcha Vifandak, y hallaba
Paz, opulencia, dicha en todas partes,
Y cada vez que de álguien inquiria
De tanto bien la causa, mil encomios
Escuchaba de nuevo de su hijo.
Adulò con sòn grato las orejas
Del austero varon tanta alabanza,
Y se entibiò su còlera fogosa.
Llegò, por fin, à la ciudad, en donde
Le colmò el rey de honores y mercedes;
Vió feliz como un Dios al hijo amado;
Viò tan gozosa à la gallarda nuera,
Que como luz de amor resplandecia;
Y en torno viò rebaños florecientes.

Y amenos, verdes sotos, y el hartura
Y el deleite por huertos y jardines.
No pudo entònces maldecir las manos
Elevò hàcia los cielos y bendijo.

JUAN VALERA.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 39

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
C. 4R	P toma C
C. 3 AD	P. 6R
T. 2 AR	P toma T
T. 3D (mate)	

Nos enviaron la solucion exacta *El Duende, Eduardo Loedel, Filóctetes.* y *Aurelio 1.º*

SALTO DE CABALLO

Tendido en el duro suelo
De un húmedo calabozo,
Duerme un criminal, tan malo
Como feroz es su rostro.
De guitarras y zambombas
Despiértale el alborozo,
Y—«¡Madrecita del alma!»
Dice, rompiendo en sollozos.

Fuè resuelto por *Una Floridense, Chivito, Aurelio 1.º, Sisebuto* y *Panife.*

GEROGLÍFICO

Por que te quiero te aporreo

Fuè descifrado por *Sisebuto, Pánife y Aurelio 1.º*

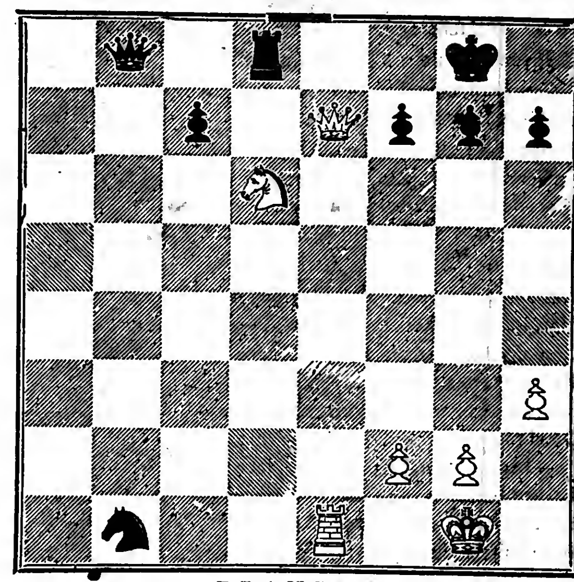
SALTO DE CABALLO

ca	ra	—Por	do	de _	tren	rar	de.
el	—¡Cuá	do	se	no	—¿Y	dón	al.
rá!	mi	pa	vá!	¡á	—¿Có	pue	—Pa
dad.	mun	mo.	nan	e	tren!	de	mo
mis	—Ya	—¡Quién	el	i	en	en	—¡Al (1)
le	ni	ri	—Pro	do	to	se	vá
mas! (64)	—Dios	hu	del	so.	ma?	él?	bus
ma	di	gre	ge?	—La	ca.	—¡Quién	lla

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

Problema de Ajedrez por M. E. L.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

CHARADA

De los gustos los varios pareceres,
En intima agradable compañia,
Mi *todo* censuraba ò aplaudia
Cual censuran ò aplauden las mujeres.

Cifraba *prima cuarta* sus placeres
En surcar mi *primera* noche y dia,
Y *tercera* con *cuarta* repetia
Què en fielmente cumplir con sus deberes.

Mi *todo* á *dos* y *cuarta* acariciando,
De amarillo color y suave pelo,
Reveló sus deseos, revelando:

Que era en la tierra su mayor anhelo,
Vivir amada sin vivir amando,
Gozar sin tasa y alcanzar el cielo.

FUGA DE VOCALES

N.—t.m.s- q..—.nt.—l.- j.nt.
D.sc.br.—y.—m.—.ns..d.d,
..nq..—.f.n.s.—.—.rd..nt.
H.bl.—h.p.rb.l.c.m.nt.
M.—l.b..—d.—t.—v.ld.d

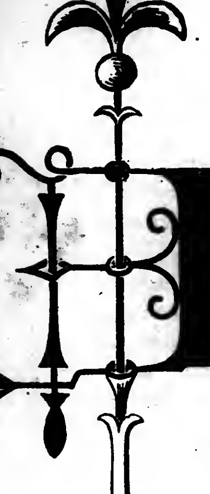
FUGA DE CONSONANTES

.a.o—e.e e.e..o—.o..o.
.e—.e.a.ó.i.a.—..o.e.,
.ue - .i...a.a.—.i—.a.io.,
..a.a.—.u—.o...i.a.io.
.ue...o.—.e...o.—a.o.e.

GEROGLÍFICO NÚM. 40



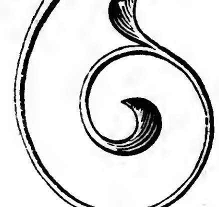




EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Mayo 12 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 41.*



LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

—

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

¡ HAZLO !

UN domingo, á principios de Abril, tuvo Orfilia especiales motivos para sentirse alarmada en relacion al estado moral de Marta, que parecia agravarse por momentos.—Despues de un ligero desayuno, que aquélla presenció, encerróse Marta en sus hábitaciones, advirtiendo antes á su criada que no recibiria á nadie mientras no abriese las puertas ella misma. Y asi pasaban las horas; las puertas permanecian cerradas:—Orfilia, al verlas, experimentaba una inquietud mortificante,—que en seguida trasmitia al doctor Arismendi.

Aquel dia, el señor Sanchez y doña Margarita habian ido á visitar á su hija y á deleitarse con su nieto;—pero encontraban en la casa una atmósfera singularmente triste, cuya influencia debia necesariamente alcanzarles.—Reunidos todos en la sala, hablaron largamente de los padecimientos de Marta y del remedio que seria posible aplicarles.

—¿No convendria llamar á un médico, para que esa jóven se sometiese á un tratamiento?—decia el señor Sanchez.

—Lo que sufre Marta es una enfermedad del alma,—replicaba Orfilia.

—Pues mira!—insistió su padre, hablando dias pasados con el doctor Nugués acerca de esta jóven, él me aseguraba que la curaria con bromuro de potasio....

—Juegos burlescos del Dr. Nugués!—Bien sabe él que no es así.—Por otra parte, le hemos indicado á Marta la necesidad de llamar á un médico, y ha rechazado la idea con una de esas energías genuinamente suyas, que no dan esperanza de condescendencia....

—Es lástima!—Yo tengo ciega fé en el doctor Nugués, como facultativo, y no creo que juegue con asuntos tan sérios!

—Bah! si juega!—exclamó el Dr. Arismendi. ¿Sabe usted lo que á mi me ha dicho? Que lo que Marta necesita es volver al medio ambiente de sus antepasados....

Orfilia comprendió el alcance de la frase, y antes de que sus padres procurasen aclararla, cortó aquel incidente de la conversacion, diciendo.

—No confundamos! El Dr. Nugués juega con su talento epigramático, pero no juega con su profesion.—Si le llamásemos formalmente para asistir á Marta, ya le oiriamos hablar con propiedad y buen tino!

—No habiendo más que una enfermedad moral, observó doña Margarita, yo creo que con la religion podria curarse esta jóven... En vez de un médico, deberia venir un sacerdote.

—Ciertamente que la religion podria curar á Marta, contestó Orfilia, si fuese posible administrarla como se administra una pocion... ¿Pero como se impone el poder sobrenatural de la fé? Marta no es incrédula, ni siquiera indiferente... En estos últimos tiempos, la he visto entregada á largas devociones, y sin embargo, en vez de alcanzar resignacion, su mal ha ido siempre creciendo. Hoy mismo fuimos juntas á la primera misa...Ella oró con un fervor extraordinario, con verdadera emocion,—y está á la vista el poco resultado de sus oraciones... Es la primera vez que me cierra las puertas de sus habitaciones durante tantas horas!

Con esto, se levantó Orfilia para ver si todavía estaban cerradas aquellas puertas, y volvió desconsolada—porque efectivamente lo estaban. —Aplicando á ellas el oido, no se percibia un rumor en las habitaciones de Marta.

— Habrá pasado mala noche, y estará durmiendo.—dijo el señor Sanchez, para tranquilizar á su hija.

Doña Margarita la hizo sentar á su lado y reanudó la conversacion interrumpida.

—¿No se confiesa esa jóven?

—Se confesó poco ántes de venir al Tigre....

—¿Y porque no se confiesa ahora?

—Oh! la pobre tiene más pesares que pecados!—No dudo, sin embargo, que se confesará cualquier dia....

—¿Porqué no se lo indicas?

—¿Crées tú que los confesores disponen de algun remedio infalible para el amor desgraciado?

— Quien sabe, hija mia, quien sabe!

—Bien! Se lo indicaré.

El Dr. Arismendi, conversando con el señor Sanchez, decia:

—Lo que le convendria más, seria un viaje á Europa.—Yo estoy seguro de que con un viaje á Europa se irian como por ensalmo todas sus cavilaciones, todas sus tristezas, y volveria ella á Buenos Aires para encontrar el brillante partido que merece....

—Pero no hay forma de prestarse á eso, interrumpió Orfilia... Cuánto he trabajado para seducirla con la idea de un viaje, y cada dia la encuentro más resistente! Parece que ahora la apasionase el quietismo, como hace poco la apasionaba el movimiento... Es una apatia invencible . . . Le pregunto á veces cuando volveremos á Buenos Aires, y me responde con un gesto displicente, cual si se sintiese contrariada por la más ligera preocupacion del porvenir.

Siguieron divagando sobre el mismo tema. De tiempo en tiempo, levantábase Orfilia con la esperanza de hallar abierta alguna de las puertas de las habitaciones de Marta, y volvia con semblante pesaroso, anunciando en él su desengaño. Insistian los demás en que no habia motivo para tanta alarma.

—En todo caso, dijo el doctor Arismendi,—¿por qué no le golpeas la puerta y la llamas, bajo cualquier pretexto?

No queria ella hacerlo.—Conocia el carácter de Marta y sabia hasta qué punto increible amaba ésta su libertad y exigia el res-

peto de sus órdenes.—Pero pasaba el tiempo con una lentitud desesperante, y aquellas puertas no se abrian; seguian siempre velando el mismo silencio sepulcral.—Orfilia tuvo entonces una idea;—que Eduardito se acercase y llamase á Marta jugueteando. Así la indiscrecion quedaba disfrazada bajo la travesura de un niño.—Eduardito comprendió perfectamente su papel, y fué á golpear la puerta de la alcoba de Marta, con toda la fuerza de sus manecitas rosadas, llamándola al mismo tiempo con los nombres y títulos cariñosos que acostumbraba darle;—pero la puerta quedó inmóvil y ninguna voz respondió á los alegres llamados infantiles. Orfilia volvió á la sala con el niño, y refirió la escena.—De nuevo quisieron todos calmarla.—Tenia ella en sus faldas á Eduardito, que escuchaba con atencion, sin comprender otra cosa que las aflicciones de su madre.

—¿No responde porque se murió?—preguntóle el niño,—y soltó el llanto.

Orfilia siguió el ejemplo, y fué menester que el doctor Arismendi hiciese sentir un poco de autoridad marital para que ella recobrase su serenidad característica.—Como se encontraba en estado interesante, insinuaron sus padres que á eso debia atribuirse el exceso injustificado de su sensibilidad; pero ella reclamó de semejante juicio.

—No! ustedes se engañan, si creen exagerados mis temores... Marta sufre una crisis que puede tener terribles consecuencias... Oh! yo la conozco bien! Si ustedes la hubiesen estudiado como yo, participarian de todas mis alarmas y estarian dispuestos á temerlo todo en cualquier momento!

Acababa Orfilia de pronunciar esas palabras, cuando se sintieron pasos en las inmediaciones de la sala. Dos segundos despues, aparecia Marta arrancando á todos una involuntaria exclamacion de júbilo. Vestia de negro con sencillez y esmero.—Su peinado era elegante. Una sonrisa llena de afecto atenuaba la expresion dolorosa de su rostro descolorido.

Saludó la jóven al señor Sanchez y á doña Margarita con muchísimo cariño, sentándose en el sofá, junto á la señora.

—No nos veíamos tampoco hace dias!—dijo enseguida, dirigiéndose al Dr. Arismendi; soy una malcriada que huye de la gente—¿no es verdad?

—Es una buena manera de hacerse desear, respondió el tutor.

Eduardito estaba todavía en las faldas de Orfilia.—Marta le llamó y le hizo sentar en las suyas.

—Briboncito! con que usted se permite ir á hacer ruido en la puerta de mi cuarto, contrariando mis órdenes!

Y le cubrió de besos, que fueron oportunos para salvarle de un nuevo llanto.—Despues, dirigiéndose á Orfilia, dijo:

—No le abrí, porque estaba acabando de vestirme; si le abro, me pongo á jugar con él y no termino en toda la tarde mi *toilette*.

Habia en las palabras de Marta una naturalidad espansiva y cariñosa que dejaba encantada á Orfilia.—Verla en la sala era ya un pequeño triunfo;—verla tan sociable, y tan sencillamente obsequiosa, era una victoria tanto más espléndida cuanto más inesperada.

La conversacion se hizo general, con mucha intimidad y franqueza.—Intervenia Marta en ella sin exageracion ni alarde de amabilidad, pero manteniendo la plácida actitud con que se habia presentado en la sala.

Un criado anunció que la mesa estaba servida.

—¿Nos acompañarás?—dijo Orfilia.

—Cómo no!- respondió Marta;—¿qué dirian tus padres si no lo hiciese así?

Nueva sorpresa!—Tiempo hacia que Marta comia sola en sus habitaciones, pretextando necesitar horas y alimentos especiales.

Durante la comida, hubo cordialidad alegre en todos los comensales.—Exigió Marta que Eduardito se sentase tambien á la mesa; le puso á su lado; le hizo soltar la lengua, y todos acogian las gracias del niño con una risa ingénua. Ella, además, le besaba á cada instante, y Orfilia sorprendió algunas lágrimas mezcladas con alguno de esos besos.

Sirvieron los criados el champagne.—Marta levantó su copa y saludó á todos con expresion que Orfilia encontró demasiado solemne, poco adecuada á la intimidad de aquella mesa familiar, —sintiendo al punto que se le oprimia el corazon, como si adivinase un misterio siniestro en la reaccion aparente de su amiga; pero despues, restableciendo Marta su naturalidad cariñosa, recuperó Orfilia la suave sensacion de una esperanza grata.

Cuando se levantaron, aun quedaban algunos minutos de sol. —La tarde era fresca, pero hermosa. Fueron todos al jardin.—Parecia que Marta, por una brusca transicion, propia de su carácter, reanudaba el hilo roto de una existencia normal.—El doctor Arismendi y los padres de Orfilia se miraban llenos de satisfaccion.—No pudo Orfilia resistir al deseo de poner á prueba todo el alcance de la reaccion salvadora que Marta revelaba, pero que podia ser engañosa. Casualmente, en esos dias, se habia inaugurado un nuevo puente que unia las dos riberas del Tigre, un poco hácia adelante de la Estacion del Ferro-Carril. Conocerlo era plausible pretesto de un paseo, y Orfilia dijo á Marta, con acento tímido:

—Te encuentro tan bien, querida mia, y tanto me complace verte así, que me atrevo á proponerte... no eres capaz de adivinar qué!... Me atrevo á proponerse un paseo! Vamos á visitar el puente nuevo; irémos á pié, á fin de hagas ejercicio . . . Ves! una tarde deliciosa!—Tú tambien lo estás; vamos á lucirnos!

Orfilia se animaba á medida que Marta la dejaba hablar con extrañeza benévola, sin manifestar desagrado.

—Si! señorita, si!—Un lijero paseito, por via de exordio, le sentará á vd. maravillosamente bien. . . Si no quiere hacerlo por usted, hágalo por nosotros. . . Mañana, mis padres llevarán á Buenos Aires esa gratísima noticia... Con qué!—¿cosa resuelta?

—¿Te empeñas? murmuró Marta.

—Te lo ruego!

—Nada puedo negarte ahora!

Y Marta, con sus lábios morados, imprimió un tierno beso en la mejilla rosada de su amiga,—que se preguntaba á si misma—¿porqué ese *ahora?*

Muy pronto estuvo la comitiva en marcha. Doña Margarita se habia puesto su gorra, y Orfilia y Marta sus sombreros, diciendo esta última:

—Envuelta en mi gasa negra disimularé mi flacura!

Habiendo instado para que el niño participara del paseo, ella iba adelante, y le llevaba de la mano.—Seguian, del brazo, el doctor Arismendi con Orfilia, y más atrás el señor Sanchez con doña Margarita.

A pocos pasos de la quinta, al atravesar la calle, tuvieron que detenerse porque un breck descubierto venia en aquella direccion, ya muy cerca, rápidamente arrastrado por un soberbio tronco de tordillos negros;—pero, á su vez, el garboso jóven que manejaba el breck lo detuvo delante de la comitiva; y mientras con la mano izquierda acortaba las riendas hasta que los caballos ponian sus espumosas barbadas sobre el récio pecho, con la otra mano alzaba su sombrero, saludando y haciendo una seña respetuosa para que la comitiva siguiese su camino.

La gasa negra del sombrero de Marta escondia las emociones de su dueña; pero Orfilia, con el velo levantado, no podia disimular en su rostro la contrariedad que le causaba aquel fortuito encuentro con Rodolfo. Precisamente, el dia anterior, habia traido su esposo gravísimas noticias sobre la conducta y situacion de aquel jóven. Era voz corriente en Buenos Aires que sus desórdenes le habian arruinado por completo y que estaba comprometido en operaciones criminales—Sabiendo esto, Orfilia miraba á Rodolfo con terror, y creia descubrir en la marmórea palidez de aquel semblante, realzada por la sombra negra de sus cabellos,

cejas y bigotes, el signo inequívoco de las torturas del réprobo.
Sólo el doctor Arismendi y el señor Sanchez contestaron cortesmente al saludo de Rodolfo.

Hubo un momento de vacilacion embarazosa. Marta dió al fin la iniciativa atravesando resueltamente la calle, con el niño de la mano, y los demas la siguieron; pero apenas llegaron á la acera, soltó al niño, y en medio del grupo que formaban, exclamó:

—Podemos hacer una cosa:—Rodolfo, sin duda, iba á nuestra casa.—Subamos todos en el breck,- daremos la vuelta por el puente viejo para visitar el nuevo... y despues...

No concluyó, ni esperó contestacion.—Decidida y ágil, estuvo en un abrir y cerrar de ojos sentada en el pescante, al lado de Rodolfo.—Asi era ella, habituada á realizar crudamente sus caprichos!

Orfilia y el doctor Arismendi se miraron un momento, consternados, pero luego ambos hicieron á la vez un gesto de resignacion. El señor Sanchez y doña Margarita habian quedado estupefactos.

—Paciencia! les dijo Orfilia con voz breve:—no podemos provocar una escena!—

Y ella misma abrió la portezuela del breck,—hizo subir á su madre y subió enseguida,—ocupando las dos los asientos delanteros... Subieron despues el Dr. Arismendi y el Sr. Sanchez, que cargaba al niño... Aquel cerró la portesuela, y Rodolfo, cerciorado de que todos ocupaban su asiento, hizo andar los caballos, famosos trotadores sobre el piso arenuzco de las calles del Tigre,—siguiendo el itinerario qne Marta habia trazado.

Todos guardaban silencio. Tocóle á Orfilia interrumpirlo cuando iban llegando á la via del ferro-carril, que debian atravesar, para pasar el rio por el puente viejo:

—Deténgase, Rodolfo,—exclamó;—tal vez esté por llegar ó salir un tren...

Obedeció aquel; pero no se oia el silbato de la locomotora.—Aún observó el Dr. Arismendi que faltaba algun tiempo para la llegada del tren más inmediato.

—¿Puedo pasar? preguntó el jóven.

—Pero pase lijero!—respondió Orfilia.

Atravesó el breck sin novedad.—Para romper, con un tema cualquiera de conversacion, la penosa impresion de aquel paseo forzado, púsose el doctor Arismendi á disertar sobre los accidentes de los ferro-carriles, y el diálogo se animó de esa manera en el interior del vehículo.—Rodolfo aprovechó aquel instante. Clavó sus grandes ojos pardos en los ojos velados de Marta, y dijo en voz muy queda:

—Me parece un sueño la felicidad de esta tarde!

—Felicidad.... ¿tú?—respondió Marta, sin levantar la voz, pero con acento profundamente sardónico.... No he logrado ni encender la fiebre de tus sentidos.... Me has tenido casi entre tus brazos, y te has encontrado impasible....

Estas palabras resonaron al oido de Rodolfo como un eco lejano y fatídico de palabras que reconocia por suyas.... Por vez primera, daba ese giro Marta á su venganza.... Rodolfó quedó espantado. Sentia helársele la sangre, y creia que las riendas iban á escaparse de sus manos. Volvió á reinar el silencio en el pescante, mientras en el interior del vehículo seguian conversando sobre los accidentes que originan los caminos de fierro.

Pasaron el puente viejo, que estaba solitario; y costearon el rio por su márgen izquierda, teniendo á un lado los sauzales de la ribera y al otro las quintas más pintorescas de las Conchas. Llegaron en breve al puente nuevo, y antes de que Rodolfo, advertido con retardo por Orfilia, pudiera detener los briosos caballos, batallábase el breck en la mitad del puente.

—Aquí es nuestro paseo, dijo Orfilia; bajemos.

Estaba aquel sitio lleno de gente. Se formaban grupos alegres de señoritas y caballeros á cada lado del puente, junto á las balaustradas, y los niños corrian en todas direcciones, lanzando jubilosos gritos, en tanto que los botes y los *gigs* cruzaban por el rio, con bulliciosos navegantes de domingo. Era el cielo de un azul muy límpido; suavísima la brisa, y el sol se ocultaba entre las grandes arboledas de las islas, con arreboles ténues, vagorosos, en la dulzura infinita de la tarde.

Mientras Orfilia y los suyos bajaban del breck, Marta se encaraba con Rodolfo y le decia:

—Fíjate como nos mira la gente... A tí, sobre todo, te están devorando con los ojos!... ¿Sabes porqué? porque nadie ignora que mi látigo ha cruzado tu rostro... Vengo á tu lado para exhibir tu ignominia... Pero todos ignoran el porqué de los furores de mi látigo... ¿Sabes que tengo tentaciones de decirlo ahora á todos?

—A mí, al menos! muamuró Rodolfo.

—¿No te bajas. Marta? preguntaba Orfilia, acercándose al pescante.

—Despues, despues;—de esta altura parece mucho más lindo el paisaje... ¿no es verdad, Rodolfo?

Orfilia y el doctor Arismendi se miraron, sin poder disimular su contrariedad creciente.—El señor Sanchez y doña Margarita, un poco mas distantes, estaban entretenidos con el nieto.

—Ten piedad de mi! respondia Rodolfo....

—Piedad! ¿Acaso la tuviste tú conmigo? ¿Acaso con nadie la has tenido? Mira!

Marta señalaba un bote que avanzaba para pasar debajo del puente, y en cuya popa, como una pareja matrimonial, se sentaban Genoveva Ortiz y don Alejo Nuñez.

—Esa es una mujer honrada, y tú la has calumniado con jactancia infame....

—Deliras!

—Marta! te estamos esperando!—decia Orfilia, con cierta severidad en ella inusitada.

—Un momento! un momento! contestó la jóven.

Y despues, volviéndose á Rodolfo:

—Ah! no te permitiré ahora que la insultes... A ella debo haber salvado de tu vil celada.....

—Eres tú, replicó Rodolfo, una víctima de sus intrigas.... Te ha engañado... Te ha mentido... Soy yo el calumniado...

No pudo Marta contener una carcajada sarcástica, que todos oyeron en el puente.—Aquella escena, que podia llegar á extremos deplorables, sublevaba el buen sentido de Orfilia.

—Marta!—repitió, te estamos esperando... Baja; pues.

—Un momento, un momento! repitió ella tambien, agitando su mano izquierda enguantada de negro.

—Explícame el sentido de tu carcajada, decia Rodolfo, desconcertado y trémulo.

—Necio! son mis oidos los que te calumnian....¿No lo has comprendido entónces? Yo estaba presente en aquel medio dia de Febrero, á tu espalda, apenas separada de tí por una débil tela, cuando tú le revelabas á Genoveva todos los secretos de tu corazon y de tu vida...¿Comprendes ya porque te ódio y te castigo sin compasion?

Oyóse en ese instante, á lo léjos, el ronco silbato de una locomotora.

—Marta! Marta! exclamó Orfilia;—el tren va á llegar; es peligroso que te quedes en el breck;—baja, por Dios, baja.

Habia en efecto algun peligro.—No tenia espacio el carruaje para volver atrás, y hácia adelante la via férrea cortaba la salida del puente, á pocos metros de distancia. Si los caballos se espantaban al acercarse el tren, podria ocurrir una catástrofe. Ellos estaban, entre tanto, con la cabeza muy erguida, husmeando el horizonte, moviendo incesantemente las orejas, hermosos é imponentes en la fijeza estatuaria de su musculatura vigorosa.

Sin escuchar las exhortaciones de su amiga, Marta proseguia:

—Jamás hubiera imaginado que en el corazon de un hombre cabia tanta perversidad, tanta corrupcion! Eres un monstruo!

—¿No oyes el silbato? continuaba Orfilia; con afligido acento. El tren se aproxima..... Baja pronto, Marta, baja pronto!

—Sí, señorita,—dijo el doctor Arismendi, forjando autoridad para su palabra sin influencia:—es menester que baje.

Y Marta, arrebatada por el huracan de sus pasiones, mirando fijamente á Rodolfo, á través de la gasa negra que envolvia su rostro:

—Enmudeces! Tiemblas como una mujer ante la responsabilidad de tu crímen! ...Y todos te contemplan asombrados! —Mira! Te estoy ajusticiando, antes de ajusticiarme á mi misma por el delito de haberte amado.

—Si no callas, Marta, dijo Rodolfo, reaccionando sobre su inmenso abatimiento,—suelto las riendas y vamos á estrellarnos contra la locomotora que avanza....

—Hazlo! hazlo! exclamó la jóven con una alegria insensata;—apresurarias mi hora completando mi venganza.

Hablaban en voz queda y rápida. Orfilia repetia en vano sus exhortaciones. El doctor Arismendi se agitaba sin concebir un medio eficaz de hacerse obedecer por su pupila.—El señor Sanchez y doña Margarita, cuidando siempre al niño, hallaban ahora justificadas las aflicciones de su hija. Toda la concurrencia dividia su atencion entre los dos grupos de la escena: Rodolfo y Marta, en el pescante, sosteniendo una conversaciod apasionada, y Orfilia y el Dr. Arismendi, junto al breck, pugnando inútilmente por hacer bajar á Marta. Los botes y los *gigs* seguian cruzando, bajo los arcos del puente, en navegacion festiva; y ya las claridades del crepúsculo luchaban con las primeras sombras de la noche.

Sintióse avanzar rápidamente el tren en marcha, creciendo los ecos del silbato y los rumores de las enormes masas de hierro al rodar sobre los rieles de acero.... Orfilia se desesperaba........ En vano, algunos comedidos se acercaban para asegurarle que ningun peligro habia,—que muchos otros carruajes habian esperado, en otras tardes, en aquel mismo sitio, la llegada del tren, sin que se espantasen los caballos......

—Que un hombre los sujete! exclamó ella, viendo aproximarse el momento en que despuntaria el tren por el extremo visible de la curva.

Hallábanse en el puente, detenidos por el incidente, algunos individuos de la servidumbre de la quinta....

—Vaya uno de ustedes á sujetar los caballos!—gritó el doctor Arismendi.

Y fué *Luigi* quien salió presuroso á cumplir aquella órden. Le interesaba la aventura; su ama no queria ahora separarse del hombre en cuyo rostro habia puesto el látigo algunos dias antes!

Rodolfo y Marta habian continuado entretanto su nervioso diálogo.

—Refrena tus palabras.... por piedad!

—No! no las refreno, ya que te imponen un suplicio.... Quiero hacerlo más cruel.... ¿Saves?.... Te amaba.... te adoraba.... No eres capaz de imajinar cuanto te he amado!.... Y ahora.... Oh! Dios sabe perdonar, y espero que me perdonará; pero yo, culpable criatura, no te pordonaré jamás! Prefiero la muerte ó la debilidad posible de un perdon.

—¿Quieres morir?... La muerte está delante....

—Hazlo!.... No lo harás... Eres cobarde!... Amas lo que yo aborrezco, la fortuna! Tienes el alma abyecta.... He de morir despreciándote!

Rodolfo dirigió la vista hácia adelante, y apercibió á *Luigi*, teniendo de la rienda el caballo del lado izquierdo. Esa vision acabó de trastornarle el pensamiento. Era cómo el recuerdo de sus grandes culpas surgiendo en la hora fatal de su desastre inconjurable.... Volvió los ojos á Marta, con una mirada de interrogacion suprema....

—Hazlo! hazlo! repitió ella, con delirante gozo. Así, al menos, moriré pensando que tambien tenias corazon......

La locomotora despuntaba en el extremo visible de la curva, entre penachos de humo y bocanadas de vapor, dovorador, rugiente.—Piafaban los caballos con estremecimientos nerviosos. Orfilia tendia á Marta sus dos manos, repitiendo todavia sus ruegos, y el doctor Arismendi, aturdido é incierto, ordenaba á otro individuo de la servidumbre de la quinta que fuese á tener de la rienda el caballo del lado derecho;—pero ya era tarde! Sonaba el chasquido de un látigo; arrancaban encabritados los caballos; rodaba *Luigi* por el suelo; agitaba Marta sus dos brazos exhalando hirientes gritos; y enseguida, entre unánimes exclamaciones de horror, la locomotora y el breck chocaban en la via férrea con un espantoso estruendo de catástrofe.

(*Por falta de espacio, suspendemos hasta el próximo número la publicacion del capitulo final de la novela*)



El disecado

TRADUCIDO PARA «EL LUNES DE LA RAZON»

EN una de las viejas, súcias y caprichosas callejuelas que todavia se extienden en ciertos recovecos del barrio latino, existia, allà por el año 1871, una miserable fonda llamada por sus mismo clientes la *Cita de los hambrientos.*

Tras de la vidriera se balanceaban pequeños cartones, en los cuales se leia: *Arroz—Café—Comida á 3 sueldos el plato.*

Los flecos de las cortinas se ajitaban sobre cuatro fuentes de loza, esas cuatro fuentes que se ostentan en las vidrieras de todas las fondas, fuentes miserables, fuentes que no se mudan jamàs; fuentes con el borde festoneado como una gorguera, cruzadas de rajaduras, que podrian tomarse por rios dibujados sobre una carta geogràfica; fuentes sobre cuyo esmalte grietado se ven eternamente aves y pàjaros azules en posiciones estravagantes, dragones encargados de guardar los tesoros que sobre ellas reposan.

En esas cuatro fuentes estàn los manjares destinados á los muertos de hambre. Allà, la carne cruda, pálida y venosa, se seca sobre una camada de perejil. Aquì, en una salsa en que el aceite casi brilla por su ausencia, nadan los porotos blancos; creerìase un cielo pesado y nevoso, en el cual una rebanada de cebolla hiciera las veces de luna. Màs lèjos, el arroz agranujado se hincha como arrecife que baña un mar azulado. A lo ùltimo de la fila, las ciruelas arrugadas, en su jugo negro, semejantes á perros muertos ya deshinchados que forman islotes sobre e Bievre.

Ahì comìa yo durante la Comuna.

En ese tiempo, poca gente iba á la *Cita de los hambrientos*, porque los hambrientos estaban batièndose.

Todas las tardes, á la hora de la comida, el patron limpiaba como por rutina las mesas de màrmol gris, y disponìa con aire desganado lo cubiertos abollados de fierro batido, los gruesos vasos, los grandes platos pesados y las botellas de agua. Aparte de dos ò tres consumidores de relance, reclutados por la casualidad, solo èramos cinco los parroquianos: dos obreros viejos, uno de ellos enfermo, un quincallero al pormenor del barrio, un estudiante y yo.

Los dos obreros comian en la misma mesa; parecian desprecias mucho al quincallero que se sentaba solo á la entrada de la sala y leia *El Bien Público*, à la par que comia. De tiempo en tiempo, cuando los asuntos de la Comuna iban bien, se permitian una copita y algun extra. Esos dias, al irse, canturreaban este refran de su juventud;

De Rouen j'nì en fus á Nantes,
Ville bien commerçante,
Où j'mi fie recevoir
Compagnon du devoir.

Aquellos dos honrados hombres, el quincallero y yo, entrábamos, naturalmente, por la puerta de la calle. El quinto parroquiano, el estudiante, llegaba siempre por la puerta de la cocina. A eso de las siete, aparecia, sin sombrero, por las hornallas, donde la patrona tenia caliente su sopa. Bebia primero un gran vaso de agua con avidez. En seguida comia muy lentamente. Su comida era siempre la misma: una sopa de lentejas, muy espesa, una tortilla casi cruda, un *purée* de alberjas y un poco de queso. Asì que concluia, se echaba hácia atrás y parecia dormir cerca de media hora, como un boa que digiere. Cuando el reloj, colgado encima del mostrador, daba las ocho, se levantaba y se iba por la cocina, tal como habia entrado, sin ocuparse de nadie.

Su cabeza era extraña. Un enmarañamiento de cabellos negros, risados, ensortijados, velaba su frente. Algunos mechones rebeldes, se levantaban acà y allà. La barba, por el contrario, era fina y muy regular. En aquel marco sombrio brillaban dos ojos grandes y claros casi vagos à fuerza de ser dulces. El rostro, de un blanco mate, parecia iluminado por su luz indecisa.

En cuanto al cuerpo que soportaba aquella cabeza extraña, era el de un niño, dèbil, flaco, desgarbado.

Aquel sèr original, aquellas costumbres y modales que tenian algo de monomania, aquel silencio impenetrable, picaron vivamente mi curiosidad. Què clase de estudiante podria ser aquèl? Seria estudiante, en realidad? yo habia oido llamarlo asì por los dos obreros, pero eso nada probaba. No pude aguantar màs, é interroguè al patron.

—Es el señor Feru, respondiòme. Es muy conocido en el barrio.

—Ah! Y què es lo que hace?

—Es estudiante en medicina, y ha curado muchos pobres de valde. Muy buen muchacho. Lo que tiene es que es algo salvage.

—Sì, lo parece. Su aspecto me interesaba mucho y por eso le he preguntado quien era. Què costumbres tan endiabladas tiene!

El patron estaba encantado de poder charlar un poco con alguien, y no se hizo rogar para continuar.

—Es toda una historia! me dijo con cierto aire misterioso.

E inclinandose à mi oido agregò:

—Es un filòsofo; tiene su vena de loco!....

—Còmo asì?

—Sì, es algo tocado! Trabaja demasiado. Solo baja á comer. Oh! puedo decir à Vd. á ciertas lo que hace: vive en la casa, y mi mujer es quien cuida de su cuarto. Si viera Vd. su habitacion, es un revoltijo! Librajos, huesos, papeluchos! Escribe como un condenado. Y hasta hace versos!

—Pero yo no veo nada en eso que pueda hacer suponer.....

—Còmo no! Vaya! un jòven de veinticinco años que trabaja de ese modo todo el dia, no es natural. En su vida ha corrido una noche la tuna. Y despues, se ha fijado Vd. en lo que come?

—Sì, siempre lo mismo.

—Pues bien, en èl es cuestion de principios.

—Bah! de principios?

—Sì, señor. Varias veces le he dicho que el no cambiar de alimento le haria daño, y entònces me ha explicado el porquè nunca cambiaria. Va Vd. à ver! Es preciso estar verdaderamente loco para tener tales ideas. Los huevos y el queso, dice èl que tienen materias buenas para el cerebro, cosas que concluyen en *ina*, què se yò!...

—Albumina y caseina, quizàs?

—Si, eso mismo. Pero no es eso lo más divertido. Pretende que el *purée* da fòsforo y que las lentejas desenvuelven las facultades intelectuales.

El fondero no pudo mènos de reirse á esta ùltima confidencia.

—No quiero decir con esto, agregò despues de su acceso de hilaridad, que no sea inteligente. Al contrario! parece ser muy capaz. Ha ganado un premio en medicina, y escribe en varios periòdicos.

—Sabe vd. en cuáles?

—Sì! El recibe uno de ellos: la «Revista positiva».

—Y decia vd. que hace versos?

—Sì, muchos, hasta demasiados hace el pobre diablo! Entre nosotros, yo creo que eso es lo que le descompone el magin. Mi mujer ha leido algunos al hacer la limpieza del cuarto. Ella dice que son buenos. Pero ya sabe vd. lo que son las mujeres! de versos no entienden gran cosa. Y, à más, les gusta todo lo que es copla. La mia compra todos los domingos hasta màs de cuatro sueldos de coplas. Còmo comprenderà vd...

—Vaya si comprendo! Las coplas son muy divertidas.

—Pardiez! Si es vd. aficionado, le dirè à mi mujer que le muestre algo del señor Feru.

—Oh! no; seria una indiscrecion. No haga vd. eso, se lo ruego.

Hablè en valde. El dia siguiente, asì que lleguè, el patron corriò hàcia mì riendo y me diò un pedazo de papel arrugado, cubierto de borrones y palabras borradas, de las que pude descifrar los versos siguientes. Era indudablemente el final de un fragmento, y faltaba la primera palabra del primer verso:

. . . .
. . . .
. . . . limpiar el mundo, purificar el cielo,
Y en delicado aroma, trocar la pudricion,
E infeccionar la sávia ardiente de tu seno
De un cuerpo descompuesto, con el malsano humor;
Y de esa carne liquida, hedionda, amarillenta,
Alimentar un àrbol de gigantesca raiz
Y alzar su frente al cielo de flores mil cubierta
Con un gusano bàstate, Naturaleza, à tì.

—Y bien, dijo el fondero, què piensa? Es vd. de la opinion de mi mujer?

—Ciertamente. Esos versos son curiosisimos. El señor Feru no es, evidentemente, un cualquiera. Desearia conocerlo más de cerca.

En ese momento, daban las siete y media, y Feru entraba por la puerta de la cocina. Cuando se hubo sentado, el patron se aproximò á èl y le hablò al oido. Què estupidez cometeria aquel imbècil? Le hablaria de mì acaso? No me quedò duda alguna cuando vì al jòven levantar la cabeza para mirarme. Aquella mirada me incomodaba, con tanto mayor motivo cuanto que yo tenia en la mano sus versos.

No sabia còmo salir de aquel paso ridiculo, cuando el mismo Feru vino hàcia mì y me dijo con voz dulcísima:

—Es cierto, caballero, que encuentra vd. buenos esos versos?

—Los encuentro muy buenos, caballero, respondì; pero le pido á vd. perdon por la indiscrecion.....

—Oh! no podria tomarlo á mal, puesto que ella me reporta alabanzas. Es la primera vez que las oigo à propòsito de mis versos.

Yo estaba admirado de su desenvoltura, de su afabilidad. Aquel salvage era muy amable. Levantème y le acompañè hasta su mesa, donde tomè asiento frente á èl.

Naturalmente, sus versos fueron el tema de nuestra conversacion. Le dije que yo tambien era poeta; y, despues de haber alabado sin reserva su desarrollo, el largo aliento y los toques vigorosos de su composicion le hice algunas observaciones de detalle sobre ciertas repeticiones, sobre algunas rimas dèbiles y otras faltas pequeñas. Me prometiò mostrarme otros versos, y nos separamos esa noche casi amigos, esa amistad ràpida y franca que brota entre jòvenes.

Al cabo de quince dias, estábamos completamente unidos. Todas las tardes conversábamos durante una hora larga. Por una agradable casualidad, nuestras ideas eran iguales sobre muchos puntos, en arte y en filosofia. Pero cuanto màs se abria al hablar de versos, tanto màs parecia encerrarse y mostrarse reservado al discutir ciertos grandes problemas filosòficos. Sin embargo, bien veia yo que era materialista y comprendia que habia llegado hasta las ùltimas conclusiones del sistema. ¿Por què le repugnaba exponer claramente su opinion, que indudablemente debia haber corroborado con su ciencia fisiològica y sus estudios mèdicos? Dos ò tres veces, lo traje á la cuestion, desentendièndose siempre. Por fin, una noche me le fuì á fondo preguntàndole por què no hablaba nunca de medicina, y no se animaba á descender al fondo de su ateismo.

—No le hablo de medicina, me respondiò, porque vd. no es mèdico, porque la ostentacion de una ciencia ante alguien que no la posèe, se parece à charlatanismo.

—Yo no soy mèdico, es verdad; pero no soy un ignorante en su ciencia. Mi padre es mèdico, y he estudiado con èl. Puede vd. estar seguro que le escucharè con mucho agrado y sin intencion preconcebida.

Como se callàra y no pareciera, apesar de mi respuesta, dispuesto à franquearse, le hice comprender que sospechaba un mal motivo à su reserva y que sin duda no tenia bastante confianza en mi.

—Oh! exclamò, suplìcole que no crea tal.

—Entònces, què debo pensar? Será, agreguè riendo, que no està vd. seguro de su doctrina? Serà vd. uno de esos filòsofos superficiales que profesan un sistema sin creerlo, como se toma un *chopp* sin tener sed? Tiene vd. miedo de quedarse en mitad del camino queriendo profundizar su idea?

—Pardiez! replicò, esto sí que es gracioso! Que tengo miedo de profundizar mi idea! Que soy un filòsofo superficial! No me conoce, mi querido amigo! Sepa Vd. que estudio, que pienso, que busco, desde hace cerca de diez años. Y tanto me he roto la cabeza que algunos de mis camaradas pretenden que la tengo vacìa. En cuanto à mi idea, he tomado la costumbre de guardarla para mì y de evitar toda cuestion que pueda hacerla entrever. No me gusta pasar por un idiota; mejor quiero pasar por un salvage.

—Es decir que su idea es muy rara?

—No, es muy sencilla.

—Entònces, puede Vd. decìrmela. Espero que no me confundirà con los tontos que de todo se rien. Vd. mismo me ha confesado que he sido el ùnico en admirar sus versos. No puedo ser tan capàz para comprender su idea?

—En efecto, por què nò? Mire Vd., le estimo mucho, voy à tratarlo como verdadero amigo y á confesàrselo todo. Mas no vaya à esperar algo monstruoso y gigantesco, no abra demasiado los ojos anticipadamente. Lo que va vd. à oir es una verdad de M. de la Palice, nada màs.

Posò los codos sobre la mesa, pasòse la mano por el rostro y empezò con aire tranquilo, fijando en mì su mirada nebulosa.

—Soy materialista, como ya lo ha comprendido vd. Con esto quiero decirle que no conozco en el mundo màs que una sustancia: la materia. Todos los fenòmenos son, pues, fenòmenos materiales. Al decir *pues*, he dicho mal: precisamente ese *pues*, es el que hay necesidad de hacer evidente. Ahora bien; hasta aquì nadie lo ha hecho. Se ha devuelto à la materia todos los fenòmenos fisiològicos, fìsicos y quìmicos, pero no asì los fenòmenos intelectuales. Entiendo por esto que nunca se ha tomado á la materia en flagrante delito de pensar. Hè ahì lo que es preciso buscar, y lo que espero encontrar. Ya ve vd. que es lo màs natural.

—Su razonamiento, si; pero el medio pràctico, no lo veo.

—Dios mio! bastaria conseguir esto: analizar, disecar, tener bajo los dedos un cerebro en accion de pensar. Evidentemente se agarraria el pensamiento, se le sentiria, se le tocaria, como se agarra, se siente y se toca un fenòmeno elèctrico, por ejemplo.

—Pero còmo puede vd. esperar la posibilidad de estudiar un cerebro en accion?

—Ah! hè ahì el punto difìcil, es cierto. Sin embargo, ya tengo idea de tentar algo que se le acerca, y que me llevará à mi objeto. Quiero disecar un sèr viviente.

—Un sèr viviente?

—Si. Y puesto que conoce vd. mi idea, puedo confiarle todos los sueños insensatos que me ha hecho forjar. Mi sueño es poder estudiar en hombres.

—Lo que me dice vd. es espantoso! Mataria vd. hombres para hacer su gusto?....

—Nò por mi gusto. Mataria hombres por el bien de los hombres.

Su rostro estaba transfigurado en ese momento. Sus ojos, de vagos, estaban fijos y huraños; un lijero rojo coloreaba su tez blanca, como si tuviera fiebre. Estaba allì, inmòvil ante mì, apoyada su barba sobre sus dos puños. Parecìa extasiado. Indudablemente se hallaba poseìdo por su idèa màs de lo que se debe estar al enunciar una teoria. Comprendì que allì habia algo màs que una simple tension de la intelijencia; su idea era una idea fija, y el pobre desgraciado era algo monomaniaco. Entonces me reprochè amargamente haber trabado asì la conversacion, y llevado á Feru à un terreno que temia indudablemente porque tenia la certeza de extraviarse en èl. No sabia còmo volverlo à la realidad.

Al cabo de algunos minutos volviò en sì sacudiendo vivamente la cabeza, como si un insecto le incomodara. La coloracion de sus mejijillas desapareciò sùbitamente y se puso muy pàlido.

—Què tiene vd? le dije. Està vd. enfermo?

—No, no, respondiò levantàndose para irse.

Cuando estuvo cerca de la puerta, volviò el rostro lentamente. Leiase en èl que se habia olvidado de algo.

—Ah! exclamò de pronto, ya me acuerdo. Queria decirle que no me hablara màs de eso, verdad?

No tenia necesidad de hacerme tal recomendacion. En adelante, antes que hablarle del asunto, haria lo posible por distraerlo siempre que èl iniciara la conversacion. Desde ese dia nos contentàbamos con hablar de arte y de poesìa. Por otra parte, èl se mostraba mènos familiar, parecia que yo le incomodaba, y à veces me dejaba disertar solo. Poco à poco su silencio se hizo una especie de repulsa. Comprendì que lo importunaba, y volvimos á hacernos como desconocidos el uno para el otro.

El volviò á ocupar su rincon, dando la espalda à la sala. Yo volvì à acercarme à los obreros, cuya charla era la sola que acompañaba al ruido de las cinco frugales comidas.

Como á los ocho dias despues de nuestra separacion definitiva, llegò el fin de la Comuna.

El mièrcoles 24 de Mayo, entrè á la fonda, despues de medio dia, echado de mi casa por el combate. No habia comido nada desde la vìspera, y me hice servir de almorzar. Cinco minutos despues, la lucha se empeñò en las calles vecinas. Se oian los tiros de fusil chasquear como chicotazos en un cuarto cerrado. El ruido se aproximaba por momentos para alejarse en seguida.

El quincallero llegò pocos minutos despues que yo.

—Me vengo á su casa, patron, dijo al entrar. Cerrè mi establecimiento, porque me gusta mas en estos casos estar acompañado que solo... Y la cosa aprieta!... Y el diablo es que tendremos hasta mañana... Es un tole tole de los demonios...

È iba largando tonteras, insultos, profecìas, todo lo que puede vomitar un cobarde contra un partido vencido.

—No hable Vd. tanto, le dije. Quizá haya federados que puedan oirle.

Diòse vuelta aterrado hàcia la puerta, como si se sintiera cojido. Sus rodillas estuvieron á punto de doblarse bajo su peso. Este acceso de miedo calmò su acceso de rabia, y se callò por un momento.

—Tiene razon, repuso. Por otra parte los dos borrachos que vienen aquì todas las tardes no tardaràn en llegar. Acabo de ver pasar al viejo. Estoy seguro que ha ido à pelear, y que despues vendrá á refrescarse. Parece mentira que se pueda pelear á su edad! Porque ese pìcaro viejo tiene lo mènos setenta años!

Iba à continuar sus dicterios, cuando oìmos un estrèpito de vidrios rotos en la cocina, cubierta por una claraboya. Hubièrase dicho que era un cuerpo que caìa. El fondero y yo corrimos hàcia la cocina, entanto que el quincallero se ocultaba bajo una mesa, gritando:

—Una bomba!... cuidado que va à estallar!...

Era Feru.

Yacia en tierra, boca abajo y completamente desnudo. Tenia los costados como rayados por largas lìneas rojas causadas por el cortante vidrio, semejantes à heridas hechas por una navaja.

Nuestro primer movimiento fuè tomarlo por debajo los brazos para levantarlo. Pero apenas se diò vuelta lo dejamos caer de espaldas, espantados, horrorizados. El desgraciado tenia el pecho desollado, en carne viva, y no por efecto de los vidrios, sino á causa de una operacion. Estaba disecado. Los nervios blancos, las arterias azules, los mùsculos rojos, las aponemòsis grises, estaban completamente á descubierto; y la piel, cortada en un gran pedazo cuadrado, caìale sobre el vientre como un delantal rosado.

Por último tuve valor de inclinarme para cubrir con el mismo giron de epidermis aquella carniceria, y llevamos el cuerpo à la sala.

El quincallero permanecia siempre inmóvil, no atreviéndose á mirar. En nada nos ayudò.

El frio del mármol hizo volver en sí à Feru.

—Es horrible, verdad? me dijo en voz muy baja. Esa era mi idea!

Quise hacerle callar.

—Nò, nò, escùcheme vd., repuso. Voy à morir, estoy seguro, dentro de un cuarto de hora. Escùcheme! He tenido un acceso de locura. He querido disecar la vida en mì. Nada he sentido mientras trabajaba. De golpe he vuelto à la razon,y sufria tanto que me tirè por la ventana. Ay què desgracia morirme sin haber hecho el descubrimiento! Mi preparacion anatòmica estaba bien hecha, no es cierto?

Y hacia por levantar la cabeza para mirarse el pecho.

—A la verdad, repuso, una gran idea muere conmigo. . . Disecar la vida! . . . Estudiar un cerebro en accion! . . .

Los intervalos siniestros que entrecortaban sus palabras eran llenados por el tiroteo, cada vez màs cercano.

—Siguen batièndose! . . . Y yo aprovechaba el momento en que todos se batian para trabajar! . . . Què cosa graciosa! . . . Para què sirve pelearse entre hermanos? . . . Para matar? . . . Para què matar? Para nada? . . . Yo hubiera muerto á toda esa gente, si ella hubiera querido, para algo útil siquiera! . . . Disecar la vida!. . .

En ese momento se abriò la puerta violentamente; y el obrero más viejo entrò, sostenido por dos hombres. Estaba cubierto de sangre.

—Toma! dijo al ver á Feru acostado sobre una mesa, ya hay un herido aquì?

—Nò, respondiò el fondero, es el señor Feru que ha querido matarse.

—Matarse! respondiò el obrero; entònces es un gran cobarde; matarse sin ningun objeto, cuando se puede morir por algo! . . .

Feru intentò incorporarse, para responder sin duda. Pero la vida se rompiò con este último esfuerzo, y cayò muerto sobre la mesa.

El obrero continuò hablando.

—Càllese! le dije. Ya ve vd. que està muerto.

—Y què? quizà yo tambien estarè muerto dentro de poco. Tengo el derecho de decir lo que pienso. Yo, al mènos, muero por. . .

Interrumpìle, descubriendo el pecho de Feru, diciéndole:

—El ha muerto por la ciencia!

El obrero y sus dos compañeros quedaron inmòviles, mudos, aterrados. Absorbidos por la contemplacion de aquel horrible espectàculo, no se daban cuenta de lo que veian ni de lo que yo les decia. De pronto, uno de ellos lo comprendiò todo, y, iluminando con su mirada á los otros, los tres se quitaron respetuosamente sus kepìes.

Durante este tiempo, el quincallero aprovechaba de un instante de reposo del tiroteo para escurrirse por la puerta trasera. Cuando pasó cerca de mì, oì que murmuraba entre dientes:

—Dios mio! son tan brutos unos como otros!

JUAN RICHEPIN.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 40

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
D. toma P	R. 1T
C. 8 R	T. toma C
T. toma T	D toma T
D. toma D (mate)	

Nos enviaron la solucion exacta *El Duende, Filóctetes, Eduardo Loedel, Lunar* y *Panife*

SALTO DE CABALLO

¡Alto el trén!—Parar no puede.
—Y ese tren ¿á dónde vá?
—Por el mundo caminando
En busca del ideal.
—¿Cómo se llama?—Progreso.
—¿Quién vá en èl?—La humanidad.
—¿Quién le dirige?—Dios mismo.
—¿Cuándo parará?—Jamás!

Fuè resuelto por *Una Floridense, Lunar, Coseghé, Aurelio 1.o y Chivito.*

CHARADAS

Margarita

Fuè descifrada por *Una Floridense, Lunar, Julia Prima, Aurelio* 1.º y *Panife.*

FUGA DE VOCALES

No temas que ante la jente
Descubra yo mi ansiedad
Aunque afanoso y ardiente
Hable hiperbólicamente
Mi làbio de tu beldad.

FUGA DE CONSONANTES

Bajo ese eterno monton
De metafóricas flores
Que filtrarán mi pasion,
Traban su complicacion
Nuestros secretos amores.

Fueron resueltas por *Lunar, Aurelio 1o. y Chivito.*
Una Floridense, Juancito y Paula y Maria, la fuga de vocales.

GEROGLÍFICO

Nunca es tarde cuando la suerte es buena.

Fuè descifrado por *Lunar, Una Floridense; Juancito, Paula* y *Maria A. Dondiñato, J. Rosas Julia Prima* y *Panife.*

PASO DE REY Y SALTO DE CABALLO

Te (1)	vi,	y-ha	lló	Que	en	So	ñé
ver	un	mi,	de	que	cha	dí!	mia
te	i	co	rri,	mi	cie	tro	co
go	du	pe	¡Tor	di	La	La	ma
do	la	cie	lo	go	de	se-en	yu
co	Mi	ma.	cal	sion!	lu	al	sin
tré,	que	Tras	un	li	rio	go.	¡Lo
zon. (64)	ra	sin	dé	i	ca	sér	á-un

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

FUGA DE VOCALES

R.t.z.n—.nq..l.n.—d.l—P.rn.s.,
d.—l.s—n..v.—d.nc.ll.s—r.g.e.j.,
c.—tr.sp.ll.d.—n.m.n—y—c.n.j.,
.—h.r.m.s..r—t.s—l..r.l.s m.—pr.p.s.

FUGA DE CONSONANTES

.—.o.e.- .—.o..o.o.—e.—.e.a.o
.e—.a.ue—.e—.o..e.o—e.—e...e.i.o,
.ue.—.o.—.eo.o—.ue.o—.—.ui.—a.i.o
.o—.u.—..o.ia.—.e.e..o,—.a.—a..a.o

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

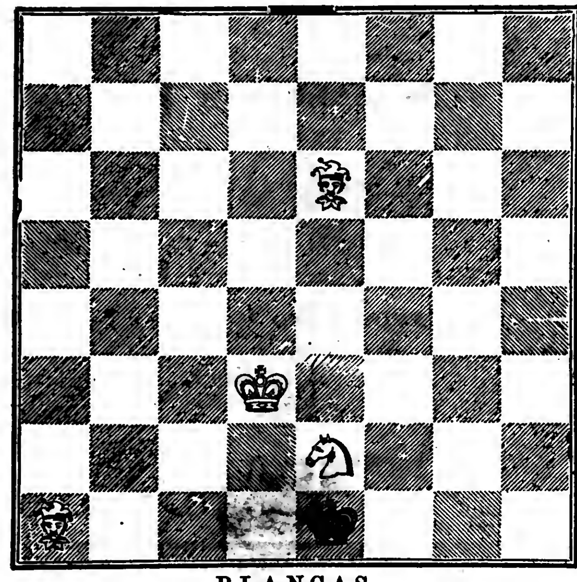
F.i.t.,—b.r.a—b.r.a.d.,—a.o.e—.u r.e,
.u.a—.e.c.o.—e.—z.m.a.—s.—d.v.s.,
e.r.i.i.n.o,—.—l.—p.r—.u.—n.s—.i.i.r.e,

FUGA DE DOS LETRAS SI Y DOS NO

.—.on..nd.—.—lo.—.ic..s—c..ta..sa,
..do.—.or—..—ri..on,—.—.—tu—..er..
co..os.—.an..—de..tó—..—ri..

Problema de Ajedrez por M. S. L.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

CHARADA

De piè sobre la alta cumbre
De una inmensa *prima y tercia*,
Que el inmenso mar domina
Y al borde del mar se eleva,
Cual jigantesco torreon
De jigante fortaleza,
Una *prima con segunda*
Está inmòvil, cual si fuera
De aquel pedestal altísimo
Sombrìa estátua de piedra.
Besa el viento y acarìcia
Su flotante cabellera,
Y el mar *primera con cuarta*
Su hermosa faz descompuesta,
Al chocar embravecido
En mi *prima con mi tercia*,
De pronto en amargas voces
Exhala doliente queja,
Y de su amador esquivo
Las esquiveces lamenta,
Y amargas lágrimas surcan
Su hermosa faz descompuesta,
Y con nervioso ademan
Deshace mi *dos primera*,
Que de su esquivo amador
Ay! fuera engañosa ofrenda!
Y en el abismo lo arroja
Y la corriente lo lleva;
Y con febril arrebato
Cual si cogerlo quisiera,
Inclìnase hacia el abismo
Que su hondo mirar penetra,
Y vè que sus pobres flores
La corriente se las lleva;
Y en el abismo profundo
Se precipita tras ellas.

. . . .

¿Què *todo* sacarse puede
De esta historia verdadera?
Que es un tirano el amor
Que ni la muerte respeta.

OTRA

Era mi *todo* un *todo*
De airoso cuerpo,
Que iba al andar diciendo
¡Ole, salero!
Con mas entrañas
Que todos los *todos* juntos
Que hay en España.

—

Cuando la arena pisa,
Vaya una gracia!
Lleva en sus alamares
Prendida el alma,
Prendìda el alma
De todas las manolas
Que hay en la plaza

—

Cuando mi *prima y tercia*
Furioso embiste,
No hay capa cual su capa
Para los quites.
Siempre en los medios,
Para èl, estàn de sobra
Los burladeros.

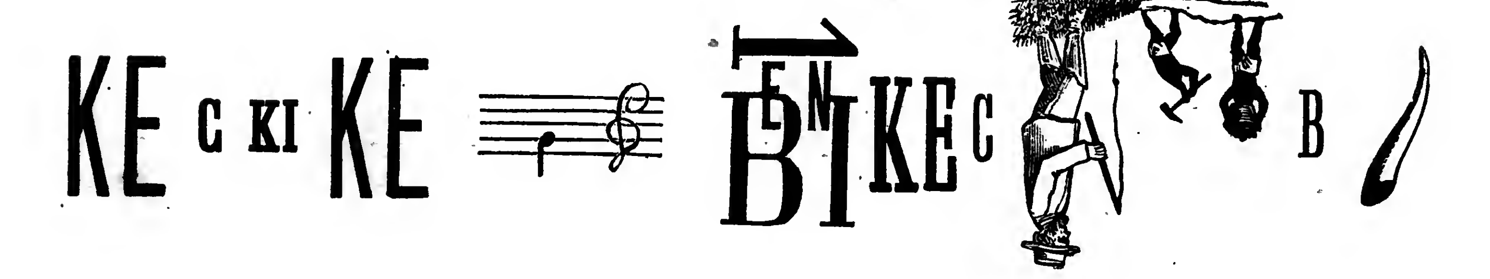
—

Cuando coje los *trastos*
Vaya un arrojo!
Parece que *una tercia*
Fuera de plomo.
Y su muleta
Parece el abanico
De una coqueta.

—

Cuando *lia* y se *tira*
Corto y derecho
No hay *todo* que le iguale;
¡Jesùs! que miedo
Y recibiendo....
No se queda Vd. visco
Señò Frascuelo?

GEROGLÌFICO NÚM. 41





PERIÓDICO LITERARIO

Mayo 19 de 1884. *MONTEVIDEO.* *Vol. I.---Núm. 42.*

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO (1)

CONCLUSION

Pasa por indudable que el mejor de los artículos literarios del doctor Nugués es el que escribió sobre la horrible muerte de Marta Valdenegros y Rodolfo De Siani.—Pasajero del tren que originó la catástrofe, pudo participar de las impresiones del choque, examinar los cadáveres mutilados, sangrientos, de las víctimas, y recoger todas las versiones que acerca del horrendo suceso circulaban entre las personas que lo habian presenciado con trágica emocion.—Apuró el doctor Nugués, en aquel artículo, el poder de sus facultades descriptivas y la mágia de su pintoresco estilo. La pintura del cuadro, en su conjunto, hacia estremecer; y la descripcion de los cadáveres, sin perder un ápice de su precision científica, sólo podia ser leida á través de lágrimas copiosas.—Las diferentes versiones del suceso estaban referidas con animacion dramática, y el autor entraba á su vez en informaciones confidenciales acerca de las víctimas, guardando empero reservas delicadas.—Aquella produccion, publicada primero en *El Nacional*, fué reproducida en los demás diarios de Buenos-Aires; de ahí pasó á los diarios de Montevideo, y al cabo de pocos meses habia recorrido las columnas de todos los periódicos de América, debiendo esa fortuna, tanto al interés patético del asunto, como á la exquisita belleza de las formas.—El doctor Nugués aseguraba que la emocion con que escribiera aquellas páginas le habia consumido diez años de energía vital; pero todos le veian rozagante y justamente embriagado con las satisfacciones de su ruidoso triunfo literario!

El artículo del doctor Nugués, tratando de explicar la catástrofe, establecia tres hipótesis:—¿Accidente involuntario?—¿Asesinato de Marta y suicidio de Rodolfo?—¿Suicidio de los dos?

La primera hipótesis suscitaba graves objeciones.—Todos los espectadores habian podido darse cuenta de un debate apasionado, de una escena violenta, que ocurria en el pescante del breck, y los que ocupaban el mismo lado de Rodolfo, sobre la plataforma del puente, afirmaban haberle visto levantar el látigo y castigar los caballos para lanzarlos contra la locomotora que avanzaba.

Tampoco estaba la segunda hipótesis exenta de objeciones sérias.—Desde luego—¿cómo se conciliaria con ella la obstinada resistencia que oponia Marta para descender del carruaje?—Además, los espectadores que estaban de su lado, declaraban uniformemente que sus movimientos, sus gritos, y la expresion de su fisonomía, cuando arrancaron los caballos, léjos de revelar pavor y espanto, manifestaban una alegria exaltada,—salvaje, decian los unos,—insensata, los otros.

Quedaba, pues, como más verosímil, la hipótesis de un doble suicidio; y el doctor Nugués, conocedor de tan íntimos secretos en aquel desastroso drama de familia, presentaba esa solucion conmovedora, con insinuaciones misteriosas cuya profunda vaguedad realzaba el sugestivo interés de su relato.

Podia escribirse así al dia siguiente de la catástrofe.—Dias despues, llegaban las conjeturas á convertirse en certidumbre.

Eran exactos los rumores que circulaban sobre la posicion de Rodolfo.—Las diligencias de embargo, en las ejecuciones iniciadas contra él, no encontraban bienes libres para hacerse efectivas.—Quedaban en trasparencia las simulaciones de la *explotacion agrícola*.—Desaparecian de Buenos-Aires los aventureros asociados á Rodolfo. Descubríase la falsificacion de la letra, y no podia caber duda de que aquel jóven, pródigo y disoluto, se encontraba, al tiempo de su muerte, en una de esas situaciones extremas, preñadas de desesperacion y de vergüenza, que abortan fácilmente en el suicidio.

En relacion á Marta, el doctor Arismendi exhibia á sus amigos esta carta, datada de aquel domingo infausto, y hallada en un pequeño cofre del escritorio de la desgraciada jóven:

---

(1) El capítulo que publica el *Lunes* último, adolece de algunos *saltos*. Al empezar la página 313, donde dice: «el signo inequívoco de las torturas del réprobo»—y sigue párrafo aparte: «Sólo el doctor Arismendi etc.» —corresponde este largo párrafo:

«Los momentos eran, en efecto, decisivos y terribles para él. Habia ya enagenado ó comprometido en hipotecas la totalidad de sus bienes, y agotado los artificios del crédito. Algunas de sus letras acababan de ser protestadas por el Banco de la Provincia, y otros acreedores deducian acciones judiciales. Además, estaba inmediato el vencimiento de la letra falsificada, y como no tenian ni él ni sus cómplices recursos para rescatarla, parecia inevitable que la administracion del Banco descubriese el delito. Pero una palabra amorosa de Marta Valdenegros podia aún salvarle, pues habia un usurero dispuesto á facilitarle capitales, á elevadísimo interés, así que él pudiese justificar su reconciliacion con la opulenta heredera.—Iba á tentarla en un supremo esfuerzo, y su semblante traicionaba toda la intensidad de sus angustias!»—Y despues, aparte: «Sólo el doctor Arismendi etc.»

En la misma página, 2ª columna, donde dice:

«Nécio! son mis oidos los que te calumnian—¿No lo has comprendido entónces? Yo estaba presente en aquel medio dia de Febrero, á tu espalda, separada de ti por una débil tela, cuando tú le revelabas á Genoveva todos los secretos de tu corazon y de tu vida.... Comprendes ya porque te ódio y te castigo sin piedad?

«Oyóse en ese instante etc».

Debe decir:

«cuando tu le revel[illegible]bas á Genovev todos los secretos de tu corazon y de tu vida.... *Tuve q*[illegible]*horrorizada de tus infamias*.... Comprendes ya porque te ódio y te castigo sin compasion?

«Al oir esa revelacion, siempre temida y siempre desechada, sintió Rodolfo como que las tinieblas invadian súbitamente el cielo y que se abria la tierra para arrastrarle á sus abismos.

«Oyóse en ese instante etc.»

Omitimos la rectificacion de errores tipográficos, que, así como todos los de anteriores capítulos, serán salvados en la nueva edicion que prepara la *Librería Barreiro* y aparecerá dentro de breves dias.

«Queridísima Orfilia:

«Acabo de hacer mi testamento y tengo el alma preparada para abandonar la tierra.... He luchado en vano con mis padecimientos.... Me han vencido!.... Antes de ser culpable, puedo decir que he sido una mártir....

«Durante largos dias rogué á Dios que emancipase mi corazon del amor que lo tortura y lo deshonra; pero Él no ha escuchado mis ruegos; su misericordia no ha alcanzado hasta mi..... Para arrancar las raíces de ese amor fatal, necesito arrancarme la existencia..... Sea!..... Dios me perdone!

«Muy cruel ha sido mi destino.... Nací para amar con una fuerza inmensa, y necesitaba ser amada inmensamente; pero todos mis amores han sido sueños enfermos, extravios dolorosos, y ni siquiera he acertado á comprender y valorar el verdadero amor de los otros..... Pienso en mis abuelos.... ¿Recuerdas? Sólo supe imponerles desazones, inquietudes... Yo era el universo para ellos, y ellos, mientras vivieron, apenas ocupaban un pequeño espacio oscuro en el vasto cielo de mis locas fantasias..... Viven tambien los muertos....Todavia me contemplan mis abuelos, torturados con mis torturas, y humillados con mis humillaciones..... Estoy condenada á elevar mi pensamiento hasta ellos, sin poder enviarles una sonrisa pura..... La fortuna que me legaron es en mis manos perpétua maldicion..... Tú lo sabes..... Perturba la paz de sus sepulcros, y ennegrece los horizontes de mi vida!

«Ah! Orfilia! Has amado á un hombre que te amaba y que merecia ser amado. No juzgues las tormentas de mi vida por el sosiego de la tuya. . . . ¿Imaginas lo que significa llevar aquí dentro esta contradiccion monstruosa: amar y odiar á un mismo tiempo á un hombre?—¿Vivir con él á toda hora en las intimidades del alma, y horrorizarse ante la idea de pertenecerle algun dia?. . . En presencia de esas dos fuerzas que dividen mi existencia y libran combates incesantes, me siento despedazada y sucumbo!

«Cuando por vez primera abrí los ojos ante el abismo de mi infortunio, comprendí las seducciones de la muerte. . . Me encontraba en medio del rio, y hube allí de poner fin al suplicio que empezaba. . . . . ¿Porqué me faltó coraje para hacerlo? ¿Porqué me sujetaron los lazos del mundo? He vivido desde entonces sufriendo horriblemente y espantada de mí misma. . . . ¿Cuál pudiera ser la esperanza consoladora en mi suplicio? . . . ¿Olvidar? No puedo! . . . ¿Perdonar?. . . . Antes la muerte!

«Ella es mi única salvacion posible. Despues de abrazar esta idea, he sentido que me inundaba una serenidad desconocida.—Mis pasiones se han calmado. Mis dolores se han adormecido... El absoluto desprendimiento de la vida se confunde en mi espíritu con el bálsamo de la resignacion.... Ahora, en los momentos que me quedan, antes de reconcentrarme para el supremo instante, estaré tranquila, y me despediré de los séres que me aman, con dulce gratitud.

«Vivo ya en la muerte! Cuando ella sea visible para todos... tú y tu esposo imploren del cielo mi perdon... Enséñale á tu hijo a rezar por mí... Adios! única amiga que he tenido en la tierra! Adios! hermana mia!»

Convaleciente de una penosa enfermedad que puso sus dias en peligro y malogró la segunda flor de sus entrañas, leia y releia Orfilia aquella carta de su amiga, vertiendo raudales de llanto... Con sonrisa melancólica, solia detenerse en el pasaje que explicaba la reaccion aparente de la jóven el mismo dia de su fin tremendo... Criatura apasionada y voluble! creias haber llegado al desprendimiento absoluto de la vida, á la tregua final de todas las pasiones mundanas, y bastó la presencia instantánea de Rodolfo para desencadenar el huracan sobre las aguas dormidas de tu alma!...

El enigma estaba descifrado..... Sólo quedaba en la penumbra la verdadera causa de las cóleras que Marta hacia sentir á Rodolfo; pero, en el oculto motor de la catástrofe, se veia claramente la siniestra conjuncion de dos almas enfermas, que, por distintas causas, gravitaban fatalmente hácia el suicidio, y no pudiendo unirse por el amor en la vida, se desposaban por el crimen en la muerte!

Marta, en su testamento ológrafo, comenzaba por legar la estancia de las Alamedas á doña Catalina y su hijo.—Decia despues:

«Dejo el resto de mis bienes á Orfilia Sanchez de Arismendi. —Confio á la bondad de su corazon el encargo de hacer constantemente generosas obras de caridad, y espero que la fortuna de mis santos abuelos será en sus manos talisman de paz y de felicidades!»

Las formas del testamento eran legalmente irreprochables,—y los tribunales reconocieron sin objecion su validéz.—Inesperadamente elevado al pináculo de la riqueza, no podia el doctor Arismendi dejar de pensar en la maravillosa utilidad de aquel Código Civil que en dia lejano entregó á la curiosidad de su pupila; pero Orfilia solo aceptaba con tristeza inquieta aquella brusca trasformacion de su suerte. Incesantemente se preguntaba á sí misma si con más energía, ó con mayor solicitud, no habria sido posible evitar que el infortunio de su bienhechora tuviese por desenlace el suicidio. . . . Sentia remordimientos vagos. . . . Contemplaba con supersticioso recelo aquella fortuna colosal que el acaso le habia dado, á favor de la desgracia y del delito.... Ella, dotada de una inteligencia tan abierta y luminosa, se estremecia, sin embargo, ante la idea de haber heredado, junto con el patrimonio de los Valdenegros, el destino aciago de sus dueños!—Y allá, en la estancia de las Alamedas, nada parecia cambiado.—El hijo cuida á la madre, en su vejez precaria y enfermiza... La madre se desespera en la investigacion del mal oculto y creciente que marchita la juventud del hijo .. Habitan siempre su modestísimo *chalet*, respetando la casa señorial como si todavia perteneciese y esperase á los muertos!

Para Genoveva Ortiz, la catástrofe del Tigre habia sido, al parecer, un mero objeto de conmiseracion banal. Pocos dias despues de ocurrida, la arrogante viuda otorgaba su mano á don Alejo Nuñez, cuyas instancias para apresurar la boda habian obtenido al fin un éxito superior á sus propias esperanzas.

Una de las primeras preocupaciones del señor Nuñez fué demostrar su cariño por los hijos de su predecesor.

«Para ir á visitarlos, será nuestra primera salida»—dijo don Alejo, y Genoveva aprobó la idea con desgano, temiendo las indiscreciones de los niños, aunque ya se les habia prevenido la realizacion del casamiento.

Como Arturo estaba á pupilo en un colegio inglés, de una calle central de la ciudad, por él dió comienzo la visita de los novios.—No fué posible hacerle articular una sola palabra. . . Pálido, desencajado y tembloroso, abria desmesuradamente los ojos, y contraia todos sus músculos faciales para reprimir el llanto Genoveva se manifestó muy irritada; pero el señor Nuñez se despidió del niño con tanto afecto como si hubiese hallado en él una acojida favorable.

—Pobrecito! decia despues, en el cupé que los llevaba al colegio de la niña; se conoce que tiene mucho corazon!

—Pero es nécio!—replicó la madre.

D. Alejo, en el optimismo de su embriaguez amorosa, sentia una benevolencia infinita, y deploraba la severidad de su consorte.

El otro colegio, situado en los suburbios, era de hermanas de caridad.—La hermana de servicio les abrió la puerta y los hizo entrar á una sala, severamente amueblada, con los muros cubiertos de imágenes. Allí esperaron algunos minutos.—Llegó la Superiora en seguida trayendo de la mano á Genovevita, que tenia ya la misma belleza de la madre, y aún bajo su desairado

uniforme de lustrina negra desplegaba prematura gracia de mujer.

Despues de cambiar saludos en que Genovevita estuvo muy correcta, la Superiora y Genoveva ocuparon un sofá. Entre esta última y don Alejo, tomó asiento la niña.

Ella no guardó silencio ni tuvo tentaciones de llorar. Respondió galantemente á todas las preguntas y cumplidos de su padrastro,—que rebosaba de contento; pero la madre, conversando con la Superiora, podia apenas disimular sus iras.... La insolente niña clavaba sus ojos picarescos, ó en la calva lustrosa, ó en la nariz prominente, ó en el abdómen monumental del nóvio, y miraba enseguida á la novia con soberana impertinencia.

Al despedirse, don Alejo besó á su hijastra en la frente.—Genoveva se inclinó para besar á su hija en la boca;y ella aprovechó ese momento para decirle cara á cara, con un gesto de indignacion y desprecio:

—Sin vergüenza!

Estas dos palabras, que solo Genoveva oyó, zumbaron largo tiempo en sus oidos.—Con toda su despreocupacion é impavidez, no podia dejar de pensar en las mortificaciones que le esperaban cuando hubiese de tener á su lado á los hijos de su primer matrimonio.—Pero al cielo de don Alejo Nuñez no alcanzaban esas nubes, ni ninguna otra de funesto augurio. Armado de primeras hipotecas, cobró sin dificultad el capital y los intereses de las sumas prestadas á Rodolfo, y fué el mas feliz de los mortales el dia en que Genoveva, traspasada de emocion, coronó los deliquios de la luna de miel con una revelacion dulcísima!

FIN

Coloquio entre dos libros

LIBRO PRIMERO

SUCÈDENOS á nosotros lo que à los humanos, que por diversos y varios motivos, vienen todos á dar en un mismo y forzoso tèrmino, cual es la muerte, sin que les valga á apartarse de èl, ni los merecimientos que lograran, ni las virtudes que ejercieran, ni los honores alcanzados, ni la sabiduria adquirida, ni las suplicas, ni el llanto, ni todo aquel conjunto de circunstancias que fueran suficientes á mover á lástima los mas empedernidos corazones: muèrense los recien nacidos y malógranse los por nacer, ya por negarles naturaleza su ayuda, ya por descuido de los padres, ya por de ellos recibir las causas de incurables males, ya, en fin, por los infinitos accidentes à que están espuestas todas las cosas de este mundo.

De la misma manera à nosotros acontece; de igual modo venimos al mundo, y por igual modo en èl hallan tèrmino nuestros sucesos, despues de pasar poi los variados acaecimientos de nuestra suerte: parto somos, ya de maduros ingènios que dilatada vida nos prometen, ya de empobrecidos talentos, ya de enfermas y dañadas ideas; obrando en nuestra duracion y estima ó en nuestra temprana muerte y desgraciada existencia, el saber, la honradez del propòsito, la honestidad de los medios, la enseñanza del fin, lo que en ellos obra la salud robusta, la bondad de los alimentos, la naturaleza de las costumbres, la benignidad del clima y la templanza de los hábitos.

Verdad es, que no nos es dado hacer uso de ese tan alto don solo à ellos concedido, de poder comunicarse libremente sus pensamientos, si ya no es por influjo sobrenatural como el que en este momento nos asiste; ni tampoco gozar, mucho ni poco, de esa libertad de que ellos tan á su antojo disfrutan.

LIBRO SEGUNDO

No sè si debamos alegrarnos de no poseer eso que tu dices, que si á buenas obras y honrados propòsitos pueden ser encaminados, en dudosos fines y dañosos objetos suelen muy á menudo emplearse, á parte de que, en lo de libertad, gozàmosla nosotros tambien á nuestra manera, que consiste en decir, á quien nos consulta, aquello que está en nuestro espíritu, sin que poder humano alguno lo detenga, y todo sin hacer imposicion ni valernos de amenazas, como ellos suelen hacerlos viniendo á quitar à otros aquello mismo de que estan haciendo uso.

Nosotros à nadie quitamos, ni á nadie damos forzadamente: tòmamos quien nos quiere tomar, dèjanos quien nos quiere dejar; rie con nosotros quien está en talante de reir, llora quien de llorar tiene ganas; saber y experiencia adquiere quien à sàbio y experimentado aspira, y no ha de desvivirse por lograr solaz y entrenimiento quien ha con nosotros à las manos.

LIBRO PRIMERO

Todo cuanto llevas dicho son cosas muy exactas y verdaderas y mucho màs pudièrase decir en nuestro abono, que no poco dijera de los beneficios que dispensamos: quien de nosotros cuida, fieles y buenos amigos tiene con ello; acompañàmosle en sus soledades, consolàmosle en sus tristezas, recreàmosle en sus ocios, y todo esto, sin que nos postre la fatiga, ni nos ablanden las promesas, ni nos obligan temores, ni nos hagan dadivosos las simpatias, ni huraños el maltrato, ni egoistas el interès; que exentos estamos de todas esas debilidades que mueven las amistades humanas.

LIBRO SEGUNDO

Verdad es, y mucho ganaran los hombres, en mirarse en nuestros ejemplos.

LIBRO PRIMERO

Y mucho que sì, mas dejara de ser este mundo lo que es: máquina milagrosa de las màs contrarias obras, movida por las màs distintas y contrarias fuerzas; siendo esto mismo causa de que exista, como muy sábiamente vàselos asì anunciando naturaleza à los mortales, de que nacen hasta que mueren: Huelga la esposa de ser madre y apenas lo es, por divinos afectos movida, tiembla por el nacido, desgárranle las entrañas sus llantos, muerta se mira en sus enfermedades, embravecida leona en su defensa y elegida de Dios en sus risas y juegos; por igual acontece al avaro, sufre toda clase de privaciones y miserias por la codicia del dinero y luego de poseerlo, atèrralo el temor de que se lo hurten, aumentando asì al par de su dicha su infortunio.

LIBRO SEGUNDO

Y no ahì solo para esa extraña mezcla de bienes y males que tan discretamente habeis apuntado; que cuando ellos son obra de naturaleza, quitasele al ánimo toda ocasion de desesperar, por estar ya el juicio conformado à mirarlas como cosa fuera de humano remedio; lo que à más dolorosas pruebas los somete, enflaqueciendo sus esperanzas y en mortales ansias anegàndolos, es el pensar cuan inclinadas à infelices tèrminos hàllanse sus màs seguras previsiones: muèstransele, en los comienzos de todas sus empresas, favorables las circunstancias, fàciles los obstáculos, los presentimientos propicios y la voluntad codiciosa, de acometerlas, y guiados los hombres por tan pròsperos anuncios, lànzanse valerosos y confiados y en el mismo punto, nácenles las contrariedades, acreciéntanseles los peligros, acobárdanlos los temores, detiènenles las dudas, llegando al logro de sus esperanzas, con el ànimo más inclinado à mirarlas como escasa recompensa á sus muchas fatigas, que colmado favor à sus luengos afanes. Y ni aun sus menores circunstancias escapan á esta acabada razon de su flaqueza: no hay alegrìa que no tenga ocasiones de tristeza, ni goce que algun sinsabor no enturbie, ni dicha que alguna desgracia no acontezca; todo en fin, cuanto en el ánimo encuentra agradable asiento, hàllase limitado por causas frecuentes de motivos que les son contrarios.

Libres de todo esto hallàmonos nosotros: ni ambiciones nos desvelan, ni esperanzas nos animan, ni pesares nos desalientan, ni alegrias nos transportan, ni tristezas nos nublan, ni nada de esas cosas de que viven esclavos los hombres y que los mueve à hacer aquello que talvez no hicieran sin exentos de su influjo se hallaran.

LIBRO PRIMERO

De todo lo cual, podemos concluir, que muchos son los motivos que tenemos para no mostrarnos pesarozos de nuestra suerte, que si de humilde peca, nos es por aquella humildad que proviene de la escasès de mèritos, sino de nuestra fácil docilidad, en servir à los humanos en cuanto de nosotros depende, sin exigencias que deslustran el servicio y quitan toda ocasion de agradecimiento.

Y poderosa humildad es la nuestra, que sin contrariar las obras de naturaleza, engrandècelas y perfecciònalas: que librados los hombres á solo su instinto natural, por muchos y variados dotes que les adornaran, jamás realizar pudieran aquellos progresos, que con nuestra ayuda realizan y disfrutan: que no hay talento por vasto que sea, que en la brevedad de la existeneia humana, logre, por inconcebible adivinacion y por su propio esfuerzo, llegar à la posesion de los infinitos conocimientos, que de luengos siglos venimos acumulando en nuestras páginas.

Dàmosle à los escritores modelos dignos de imitacion, que duraderos hagan los productos de su injenio: que si en gran parte contribuye à la bondad de una obra literaria la originalidad de sus conceptos è imágenes, no en solo eso estriba, sino tambien, en la galanura y correccion en el decir, la armonia de la frase, y propiedad del estilo y cuanto de agradable pone el arte para cautivar y suspender el ànimo con no interrumpido deleite. Y partes son estas que utiliza el ingènio con la lectura de reconocidos autores, que depuran y acendran la natural tosquedad de su gusto.

Dámosle à los sábios detallada noticia de cuantos fenòmenos han ocurrido y ocurren que convengan al objeto de sus inquisiciones, que à las de su propia experiencia agregadas, permiteles descubrir las leyes y principios que los rijen.

Dámosle á los artífices aquellas reglas que han de observar para obtener justa proporcion y armonía en sus obras.

Busca el viajero en nosotros, acabada relacion de cuanto codicia ver en los paises que visitá: Describimosle los monumentos; medimosle las distancias, señalámosle los obstàculos, indicàmosle los peligros, prestándole en todo utilisima ayuda.

Esplicamos á los navegantes la carta del cielo, para guiarse á travez de los mares. Y saludables consejos, provechosas enseñanzas, y anticipada esperiencia damos à todo el mundo.

LIBRO SEGUNDO

Y todo para venir à parar en el estado en que nos vemos: sucios y polvorientos, en más sucia y polvorienta estanteria; roidos por la polilla, regateados por los compradores, leidos de unos, hojeados por otros y cuidados de ninguno.

LIBRO PRIMERO

Consolèmonos pensando, que si fuèramos mortales no tuvieran mejor tèrmino nuestros males: que tanto dà ser roidos por la polilla como ser devorados por los gusanos.

MATEO ALEMAN.

LA VENDEDORA DE PERIÓDICOS

CUENTO PARISIENSE

(DE FRANCOIS COOPÉE)

LOS diarios de la tarde!
¡Eh! *¡La Libertad! ¡La Francia!*
Al escuchar estos gritos
salir de la voz cascada
de una vieja, en una esquina
del *boulevard* me paraba
todas las tardes. Los vidrios
en farolas y ventanas
del sol los rayos postreros
partian en rojas bandas.
Yo pedia mi periódico,
interrumpiendo la marcha,
y, luchando con el aire,
sus dos hojas desplegaba.
Las intermitentes luchas
políticas no me exaltan;
las revoluciones hacen
escépticas á las almas,
y no consiguió la mia
lauros de privilegiada;
mas por añeja costumbre
maquinal y necesaria,
compro siempre algun diario
y leo todas sus páginas
para enterarme siquiera
del que sube y del que baja,
como quien mira al barómetro
ántes de salir de casa.

—

«¡Los diarios de la tarde!»
grita sin cesar la anciana!

—

A veces, ágil muchacho
por allí corriendo pasa,
y sobre la tiendecilla
un grueso paquete lanza
de diarios, que aún conservan
el ácre olor de la máquina,
por entre cuyos cilindros
ruedan las hojas gallardas,
apareciendo partidas
en líneas negras y blancas.

—

«¡Ya no me queda ninguno!
¡Señor! ¡Es muy tarde! ¡Vaya!
¡Un *Pais!* ¡Una *Estafeta!*»
Así, con sonrisa franca,
la vieja todas las tardes
al llegar yo, me gritaba:
«¡Las discusiones aumentan!
¡El ministerio declara
su política! ¡Las jentes
peroran y se entusiasman
cruzando por las aceras
con mucha ansiedad. Aguardan
los periódicos... Y vienen...
¡zás! ¡Y me los arrebatan!»

—

¡Lo que yo me divertia
con sus veras y sus chanzas!

—

«Vamos mal ¡oh! ¡Los veranos
son lentos! ¡Nunca se acaban!
No producen emociones!
¡Y ya V. lo sabe; tardan
de una manera en abrirse
las sesiones de las Cámaras!
¡Hasta el quince de Noviembre!
¡Si no fuera por las causas
criminales, de seguro,
De seguro me arruinaba!
¡Es muy triste confesarlo,
pero las grandes infamias,
los grandes robos, las grandes
explosiones en las fábricas,

nos producen tanto, tanto,
que... la verdad!... ¡hacen fal ta!
En los dias del proceso
¡Billoir, Dios mio! ¡Qué ganga!
Pagué todos mis atrasos;
deshice todas mis trampas.
Pero... como las sesiones
en Versalles nada, ¡nada!
¡Todas tan entretenidas!
¡Todas! ¡Y luégo, diarias!!...»

—

Al ir entrando la noche
de la tienda me alejaba
riéndome del destino
que en sus volubles mudanzas
permite que las mas grandes
trasformaciones, las altas
empresas, el mismo crímen
no sólo sirvan y valgan,
ya de feliz escarmiento,
ya de costosa enseñanza,
sino para que en el pobre
rincon de su oscura casa
viva, sin la compañía
del temor, aquella anciana.
Desde entónces los ruidos
de la prensa no me cansan.
Gracias á sus discusiones
y á sus veleidades gracias,
En el bajel del Estado
que se tuerce, gira y vaga,
puede vivir satisfecha
una mujer desgraciada.
así como el ratoncillo
que por las bodegas salta,
de un gran vapor..... ¡no se cuida
ni del vino ni del agua!

II

Una tarde- ya los frios
tiranizaban la tierra—
entre las sombras del fondo
de la pobrísima tienda
algo ví de triste y nuevo
que me causó larga pena.
Un niño; no contaria
más de nueve primaveras;
rubio, pálido, su rostro
trasparentaba tristeza;
sus vestidos convenian
á su dolor, negros eran.
Estaba sentado en una
butaquilla, muy estrecha,
y sosteniendo en su falda
un Diccionario; sus tiernas
miradas, á quien supiese
descubrir, estremecieran!
«¿Qién es?»—dije— y al instante
con cierto orgullo la vieja
me respondió: «¡Si es mi nieto!
¡Aprende mucho! ¡Son buenas
todas mis noticias!» «¡Bravo!
repliqué—¡bravo!»—La abuela
temblorosa, no sabía
como pagar mis finezas.
Yo le pregunte: «¿Lo mandan
sus padres para que os vea?»
—«No señor, el pobrecito
es huérfano; ya en la tierra
solo en mis cansadas manos
ayuda y apoyo encuentra.
Pero si yo vivo mucho
ha de valer, á la fuerza.
El estudia, y sabe, ¡sabe!
y yo le idolatro, y mientras
estudio y amor le valgan...
¿no comprende V. mi idea?
—»Toma—le dije al muchacho—
toma y corre, buena pieza,
¡toma!» y en sus dedos hice
deslizar una moneda.
Solos quedamos, y entonces
dije: «¡La verdad! ¿Es buena
su salud?» Con un sollozo
dió principio la respuesta:
«¡Ay, señor, esos temores
son los que me desesperan!
¡No va bien, no; sufre tanto;
¡ay, señor, y no se queja!
¡Tan débil como su padre!
¡Tose mucho! ¡Duerme apénas!
No conozco ningun niño
mas dispuesto á la obediencia,
ningun otro que más calle,
ningun otro que más sepa...
pero sus ojos se cubren
con unas sombras muy negras
y sus mejillas se tiñen
del color de la azucena.»
«¡Valor!» contesté.—«Lo tengo.
¡Oh! mi negocio prospera,
así, que nada le falta
al pobrecito. Si ordena
el médico muchos gastos,
Dios en seguida me presta
salvacion. Hace tres meses
temieron por su existencia
y fueron las medicinas
muchas y muy caras. Era
por los dias de la crísis
Dufaure; aumentó la venta,
y con lo que fuí ganando
la salvé.»—La pronta vuelta
del niño cortó mis frases,
todas rápidas y trémulas.

—

A Paris y á su tumulto
dejé con el alba nueva;
entre brumas se quedaron
sus *vaudevilles*, sus tragedias,
su lago, su hermoso Bosque,
sus pillos y sus *grisetas*.
Desde entónces ya leia
con más interés la prensa,
y cuando en las apretadas
líneas de menudas letras
surgian, ya fuertes luchas
en las Cámaras ya horrendas
catástrofes, ya el escándalo
de la atriz más hechicera,
soñando con perspectivas
más libres y más risueñas,

sin cuidarme de perfiles
gramaticales, de nécias
metáforas ó de giros
de pretenciosa belleza,
decia: «¡Cuanto me alegro!
¡Lo que ganará la abuela!

III

Al volver à Paris supe
que ya el niño estaba muerto.
«¡Ay! ¡ay, señor! me decia
la pobre abuela gimiendo:
«¡educarlo! ¡contemplarle
con tanto amor! ¡y perderlo!
¡dígame V. si en el mundo
cabe mayor sufrimiento!
Este dolor me asesina,
al andar me tambaleo,
todo logra trastornarme
y ya de nada me acuerdo...
Antes, por verle dichoso
me afanaba en mi comercio;
más de una vez combinando
ardides, vencióme el sueño!
¡Ya! ¿Qué me importa? Ya sólo
en mi desventura pienso!
¿Cómo no? ¡Los *Incurables*
me abrirán sus puertas! ¡Quiero
morir pronto! ¡Talvéz pueda
volverle á ver! ¡Ya veremos!

—

¿Qué responder á sus frases?
¿Cómo calmar su tormento?
Para tamaños dolores
alivio eficaz no encuentro.
Todas las tardes volvia
por mis diarios, y viendo
su pena muda, guardaba
un elocuente silencio.

—

Por entonces discutíanse
los actos de aquel Gobierno
con tal irritado encono,
con tan visible desprecio,
que al fin logró interesarme
aquel batallar tremendo
de pasiones desbordadas
y femeniles deseos.
Ya con furor atacando,
ya con afan defendiendo,
eran muchas las polémicas
y el hablar alto y violento.
«¡El gabinete no sabe
utilizar los progresos!
Ah, señores, es preciso
derrotar al Ministerio.
¡La agricultura y las artes
y la industria y el comercio
florecerán con la vida
y la proteccion del nuevo!
¡Qué será mas decidido!
¡Qué será mas homogéneo!

—

Despues de siete semanas
de lucha cayó el Gobierno.
¡Yo estaba desesperado!
¿Cómo tolerar aquello?
¡Destruía las costumbres
del órden! ¡Clamaba al Cielo!
Abandoné muy temprano
la cama y salí corriendo
á la calle; no podia
convencerme, lo confieso.
¿Lo afirmaban los periódicos?
¡Era preciso leerlos!
¡Ya todo París se había
anticipado á mi celo!
Tan solo quedaba un *Siglo*
de la víspera. Recuerdo
que ya estuve casi á punto
de desesperarme; pero
al reparar en el rostro
alegre, movido y fresco
de la pobrecita anciana,
mudaron mis sentimientos.

—

- «¡Vaya! ¡Se olvida!»—me dije—
¡ya no se acuerda del nieto!
¡Todos iguales!» Mas, ella
que leyó mi pensamiento,
así dijo: «¡Vaya! Cuando
está mi rostro risueño
es ¡ay! porque solamente
por su dicha me intereso.
Yo, ¿para qué necesito,
—diga V.—tanto dinero?
¡Ya la tierra que le envuelve
es suya! ¡propia! Yo rezo
allí todas las mañanas,
muy temprano, y cuando puedo,
muchas flores, sobre todo
rosas y adelfas, le llevo...»
—»¡Muy bien!»—«¡Señor! Esparcidas
sobre la tumba las dejo,
y al irme digo, llorando:
«Mis plegarias recogieron
en sus cálices; ¡su aroma
las hará subir al cielo!»

—

Estreché la débil mano
de la infeliz, y emitiendo
mis infundadas sospechas,
mis criminales recelos,
en tristezas y en ternuras
medité por largo tiempo.
Desde entónces, cuando llega
á mis oidos el eco
de la noticia que anuncia
alguna crisis, me alegro,
porque digo: «¡Pobre abuela!
¡Lo que estará recogiendo
para rosas! ¡Cuantas rosas
va á tener el pobre nieto!»

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

¿QUÉ ES UN HOMBRE

BAH! por un hombre más ó ménos!....

El doctor me miró, con la boca abierta.

—Diantre! esclamó. Y sabe Vd. lo que es un hombre?

—Como nó! Eso se aprende en el colegio, en los manuales de filosofía espiritualista y tambien en Bufon. Parece que ese animal está hecho á semejanza de Dios y que es la obra maestra de la naturaleza.

—No sabe Vd. de la misa la media! Lo compadezco. En cuanto á mí viejo filósofo, no puedo mirar á un niño sin estremecerme. Me es imposible comprender cómo puede vivir. Ah! los que encuentra, normal y regular que la tierra sea poblada por esa bestia facticia que llaman hombre......

—Bestia facticia, el hombre? le interrumpí yo. Oh! eso, doctor, es de fuerza de cuarenta caballos. No me haga Vd. reir!....

—Ah! esclamó el médico con un gesto dígno del gran Federico; ah! con que vd. es de los que creen que la naturaleza es benèvola y que nos ama?...

—

Tirò el cigarro por la ventana y tornò à su paseo por la estancia. La noche era tibia y serena; sobre la ciudad dormida titilaban un millon de estrellas. El doctor parecia indignado. Detùvose ante la balaustrada y enseñando los puños al firmamento prosiguiò:

- Amarnos tù! Si tù nos odias, monstruo de òrden!

Despues de un momento repuso:

—Vosotros, oh poetas! nos cantais la benevolencia de la naturaleza por el hombre, y estallais en himnos de bendicion! Ay! ella es su enemiga. Se ceba en la especie; no tiene otro objeto que suprimir al hombre de la creacion. Diríase que la incomodamos en las evoluciones de su implacable indiferencia.

Nuestras civilizaciones la entorpecen, nuestras ciudades la obstruyen, nuestras casas la roban, nuestros cultivos la desnivelan. Gasta el tiempo en desembarazarse de los pueblos, de sus obras y de sus recuerdos. Borra hasta nuestras tumbas. Su animosidad salta à los ojos.

En el comercio del hombre con la naturaleza, cìteme Vd. una transaccion que no sea un lazo mortal tendido por esta irreconciliable enemiga á la estùpida confianza del gènero humano. El dia mata y la noche asesina. Nos vienen tantos males de la luz como de las tinieblas. Todo lo que es vital es igualmante mortal. Al travès de los cuatro elementos accesibles, el hombre huye erizado de horror, vencido en su inteligencia, roto en su fuerza, achatado en su voluntad y convencido en fin que solo el azar dirige al mundo.

Què fenòmeno extraordinario es un hombre viviente!

Los medios que la naturaleza tiene para abatirnos son de tal modo numerosos que los mèdicos, por su parte, han renunciado à contarlos. En compensacion, ella no tiene «ni uno solo» para conservarnos. La terapèutica, por más que se apoye en la química, no puede garantir la eficacidad de ningun jugo, de ningun simple, de ningun remedio. No existe la ciencia de curar. Se crèe, se espera saber, pero nada se sabe. Estamos en la higiene, es decir en un equilibrio ideal, imposible, que concluye en el instinto y llega á la fatalidad.

Ella preserva, abriga, anida, repara, vivifica y renueva á todo y á todos, en los tres òrdenes, excepto al hombre. Se toma más cuidado por un mosquito que por un Aristòteles ò por un Shackespeare.

—

Hè aquì el cuadro de la vida humana:

Apènas nacido, el niño se ve atacado por los gèrmenes mòrbidos, los gèrmenes atàvicos de que es receptàculo, por las influencias climátericas, por su desnudez y por su lactancia.

Si escapa de todo eso, lo agarra la denticion y el destete despues. Ya no hablo de la cuestion de la alimentacion, que el pacto social ha hecho poco mènos que secundario. El perrillo ciego se arrastra hasta la teta de la perra: el niño, que nace viendo, se morirá de hambre al lado mismo del seno de su madre si ella no lo acerca à èl con sus propios brazos.

Apenas salvo de esas primeras «benevolencias» de la naturaleza, el pequeño hombre es asaltado por las fiebres especiales de la infancia, pues las hay que le son peculiares, - tanto es lo que nos mima! El sarampion, las viruelas, la escarlatina, la meningitis y el delicioso crup, que lleva el nombre de un armero europeo, su rival.

La diezma ha empezado, nuestros niños ya han partido por millares. Llega sobre los que quedan el batallon de males de la adolecencia: un ejèrcito elejido! Se muere si se tiene calor, y si se tiene frio se sucumbe. Si no se tiene ni calor ni frio, el desarrollo os espia. Si se sale vencedor de esa transformacion natural, à lo que se dice, se ve uno asaltado por esos duendes alocados llamados resfrios, capaces de echar por tierra más de lo que puede bendecir un obispo.

Y así se llega, uno entre cien, à la pubertad.

El hijo del milagro que consigue llegar, à traves de más peligros que dias cuenta, à la crisis de la pubertad, inspira una rabia particular á la naturaleza, porque para ella se trata de impedirle que llegue á la edad viril, edad en que èl puede producir. En esa tarea emplea todo su genio.

De quince à veinte años, eso que nosotros llamamos Vicios y eso que nosotros llamamos Virtudes, son fuerzas iguales de suicidio y de destruccion. La tala continùa.

Agregad á eso las otras «benevolencias» de reserva que se llaman accidentes, y gracias à los cuales no se puede ni correr, ni moverse, ni comer, ni beber, sin exponerse á caer acogotado, descuartizado, envenenado. El amable fuego os asa; la dulce agua os ahoga; la tierra os inciensa con el aroma de sus flores venenosas que el cèfiro propaga con sus rosadas álas. Y ved con què solicitud la buena madre os acaricia!

—

En fin, se pasa à la època de servir á la patria, y la naturaleza olvida por un momento à la sociedad.

Hay para ella en esa època algun tiempo de reposo, durante el cual se fia en el Hombre mismo para que se degüellen mutuamente. Es ese el periodo del armero europeo que lleva el nombre de una de sus primeras benevolencias. Cuando este armero hace el gasto, la naturaleza descansa las manos sobre el vientre, y sonriente mira desaparecer à la bestia humana.

Concluida la faena de Mr. Krupp, la naturaleza, casi satisfecha, se divierte en deformarlos, en hacerlos ridiculos, en reducirlos à caricaturas. Les dibuja lineas en el rostro; les desguarnece la frente y las mejillas; les hace saltar los huesos y les vuelve al estado pueril de que salieron. La atroz ironia de la vejez, es la suprema «benevolencia» de esa que cantais en vuestros versos mentirosos è ilusorios; es la rùbrica de su obra de odio.

Què milagro espantoso es un hombre en vida!...

EMILE BERGERAT.

*
* *

TE acuerdas, amigo mio,
Que en època no lejana,
A deletrear la cartilla
Del cielo, tu me enseñabas?

—

Oh! sí—recuerdas de estío
Esas noches perfumadas,
Que en sociedad de familia
Las horas se deslizaban:

—

El cielo estaba sereno,
Adormecidas las auras,
Parecía que los astros
Escuchaban tu palabra.

—

Con atencion religiosa
Todos los ojos se alzaban;

De la bóveda celeste
Suspendíanse las almas.

—

Y tu indicabas sonriendo
Las constelaciones blancas.
Y el nombre de las estrellas
Con respeto pronunciabas.

—

Entónce tu éras dichoso
Amabas mucho y te amaban
. . . .
Tornóse el placer en penas
Y las sonrisas en lágrimas!
. . . .

—

Estás solo! ya no tiénes
El calor de su mirada,
Su cuerpo tragó la tierra,
Y absorvió el cielo su alma.
. . . .
. . . .
Cuando alces al firmamento
En estas noches heladas
Los ojos, buscando letras
Brillantes en azul página,

—

Y encuentres que el cielo impío
Está gris como tu alma,
Sin las luces que otros tiempos
Despertaban tu esperanza,—

—

No desmayes, noble amigo,
Trás aquella oscura manta
Ella te está contemplando
Como siempre enamorada.

—

Escucha: Cuando yo hallo
El cielo con nubes pardas,
Con terror los ojos vuelvo
Y encuentro luz en mi alma.

—

Esa luz tú necesitas,....
Es la fé, paloma casta
Invócala, que ella acude
Volando cuando la llaman.

—

Tu amor existe en el cielo,
Y en la tierra está tu hermana,
No olvides que los amigos
Son tambien parte del alma.

—

Tienes talento y nobleza
Estudia, ten fé y trabaja
A la humanidad los hombres
Como tú, siempre hacen falta.

—

Estudia sí, que la ciencia
Con la fé te darán calma...
Ellas no son enemigas
Y si lo fueran, hermánalas!

Montevideo, Mayo 1884. ZULEMA.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 40

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
R. 3 R	R. 8 A
A. 5 R	R juega
A. 3 CR	R juega
A. 3 TR (mate)	

Variante

Blancas	Negras
R. 3 R	R. 8 D
A. 3 AD	R. 7 A
A 2 TD	R. 8 D
A. 3 CD (mate)	

Nos enviaron la solucion exacta *El Duende, Filóctetes, Aurelio 1.o y Panife.*

SALTO DE CABALLO

Te vi te idolatré, quedé sin calma.
Torpe de mi
Que en mi ciego delirio á un ser sin alma
La mia dí!
La dicha que soñé trocóse en yugo,
¡Loca ilusion!
Tras un cielo corrí y halló un verdugo
Mi corazon.

Fuè resuelto por *Una Floridense, Panife, Chivito, Aurelio 1.º y Sisebuto.*

CHARADAS

Moraleja - Torero

—

Fueron resueltas por *Una Floridense, Silvestre, Sisebuto, y Boca de Cofre.*

Dendiñato resolviò la primera.

FUGA DE VOCALES

Retozon inquilino del Parnaso,
De las nueve doncellas regocijo,
Con traspillado númen y canijo
A husmear tus laureles me propaso.

FUGA DE CONSONANTES

A coces y corcovos el Pegaso
me saque de coplero el entrecijo
pues con meollo huero y ruin alijo
no tus glorias celebro, las arraso.

FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO

Fuiste, burla burlando, azote fuerte,
cuya leccion en zumbas se divisa,
corrigiendo, à la par que nos divierte,

FUGA DE DOS LETRAS SI Y DOS NO

Y poniendo à los vicios cortapisa,
todos por ti rieron, y à tu muerte
copioso llanto desató la risa.

Fueron resueltas por *Sisebuto; Aurelio 1.º, Chivito, y Panife* la primera y tercera.

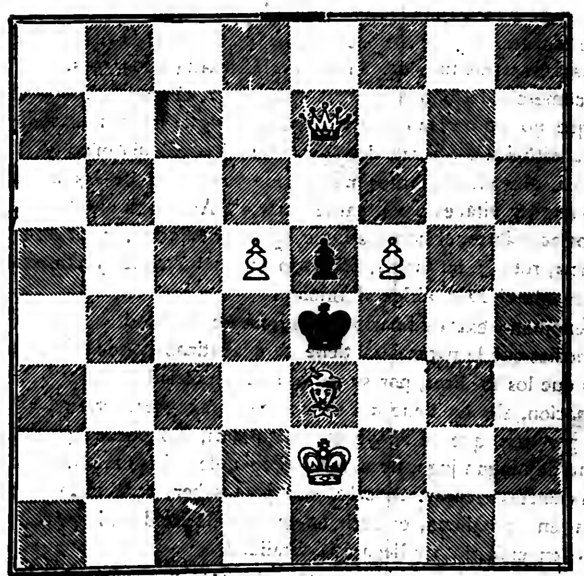
GEROGLÍFICO

Entre dos que se quieren bien con uno que coma basta

Fuè descifrado por *Silvestre, Sisebuto, Panife, Sanson y Mercader.*

Problema de Ajedrez por M. D. M.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

GEROGLÍFICO NÚM. 42

B (k) O T n R o A